

SANCTA HILDEGARDA SCIVIAS O LIBROS DE VISIONES Y REVELACIONES EN TRES PARTES.

PRIMER LIBRO.

PRÓLOGO.

He aquí que en el año cuarenta y tres de mi vida temporal, mientras me aferraba a la visión celestial con gran temor y atención temblorosa, vi un gran resplandor, en el cual se hizo una voz del cielo que me decía: Oh hombre frágil, y ceniza de cenizas y podredumbre de podredumbre, di y escribe lo que ves y oyes. Pero como eres tímida para hablar, y sencilla para exponer, e ignorante para escribir, di y escribe no según la boca del hombre, ni según el entendimiento de la invención humana, ni según la voluntad de la composición humana, sino según lo que ves y oyes en las maravillas de Dios desde lo alto en los cielos; exponiéndolo así como el oyente percibe las palabras de su maestro, según el tenor de su locución, queriendo, mostrando y ordenando él mismo. Así pues, tú también, oh hombre, di lo que ves y oyes: y escribe no según tú, ni según otro hombre, sino según la voluntad de quien sabe, ve y dispone todo en los secretos de sus misterios. Y de nuevo oí una voz del cielo que me decía: Di pues estas maravillas, y escríbelas así enseñada, y di. Sucedió en el año mil ciento cuarenta y uno de la encarnación del Hijo de Dios Jesucristo, cuando tenía cuarenta y dos años y siete meses, que una luz ígnea de gran resplandor viniendo del cielo abierto, inundó todo mi cerebro, y todo mi corazón y todo mi pecho como una llama, no ardiente, sino cálida, así me inflamó, como el sol calienta algo sobre lo que lanza sus rayos. Y de repente comprendí la interpretación de los libros, a saber, del Salterio, de los Evangelios y de otros volúmenes católicos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, pero no la interpretación de las palabras de sus textos, ni la división de las sílabas, ni el conocimiento de los casos o tiempos. Sin embargo, la virtud de los misterios, de las visiones secretas y admirables, desde la edad de niña, es decir, desde el tiempo en que tenía cinco años hasta el presente, la he sentido de manera maravillosa en mí, como aún ahora: lo cual, sin embargo, no manifesté a ningún hombre excepto a algunos pocos y religiosos que vivían en la misma conversación en la que yo estaba, pero mientras tanto hasta el tiempo en que Dios quiso manifestarlo por su gracia, lo reprimí en un silencioso reposo. Las visiones que vi: no las percibí en sueños, ni durmiendo, ni en frenesí, ni con los ojos corporales o los oídos del hombre exterior, ni en lugares ocultos, sino que las recibí vigilante, mirando con la mente pura con los ojos y oídos del hombre interior, en lugares abiertos según la voluntad de Dios. Cómo es esto, es difícil de investigar para el hombre carnal. Pero habiendo pasado la meta de la niñez: cuando llegué a la mencionada edad de fortaleza perfecta, oí una voz del cielo que decía: Yo soy la luz viviente, y la que ilumina lo oscuro; al hombre que quise, y que maravillosamente según me plació sacudí en grandes maravillas más allá del modo de los hombres antiguos que en mí vieron muchos secretos, lo puse; pero lo derribé a la tierra, para que no se levantara en ninguna elevación de su mente. El mundo tampoco tuvo en él gozo, ni deleite, ni ejercicio en las cosas que le pertenecen, porque lo aparté de la audacia obstinada, teniendo temor, y temiendo en sus trabajos. Pues él en las médulas y en las venas de su carne dolió: teniendo el ánimo y el sentido constreñidos, y sufriendo mucha pasión del cuerpo, de modo que en él no habitó ninguna seguridad, sino que en todas sus causas se consideró culpable. Pues rodeé las ruinas de su corazón, para que su mente no se elevara por soberbia o por vana gloria, sino que más bien en todas estas cosas sintiera temor y dolor más que gozo o petulancia. Por lo cual en mi amor buscó en su ánimo, dónde encontraría a aquel que corriera el camino de la salvación. Y encontró a uno y lo amó, reconociendo que era un hombre fiel y semejante a él en alguna parte de su trabajo que tiende hacia mí, yteniéndolo junto con él en todas estas cosas por

estudio supremo, se esforzó para que mis milagros ocultos se revelaran. Y ese hombre no se elevó sobre sí mismo, sino que se inclinó hacia aquel en ascensión de humildad y en intención de buena voluntad que encontré, con muchos suspiros. Tú pues, oh hombre, que recibes estas cosas no en inquietud de engaño, sino en pureza de simplicidad dirigida a la manifestación de los ocultos, escribe lo que ves y oyes.

Pero yo, aunque veía y oía estas cosas, sin embargo, por duda y mala opinión, y por la diversidad de las palabras de los hombres, durante tanto tiempo no por terquedad, sino en el oficio de humildad, me negué a escribir, hasta que caí en el lecho de enfermedad, abatida por el azote de Dios, de modo que finalmente, compelida por muchas enfermedades: con el testimonio de una noble y de buenos modales doncella y de aquel hombre que secretamente (como se ha dicho) había buscado y encontrado, puse manos a la obra de escribir. Lo cual, mientras lo hacía, sintiendo la profunda profundidad de la exposición de los libros, como he dicho, y recobrando fuerzas de la enfermedad, apenas en diez años consumando esta obra la llevé a término. En los días de Enrique, arzobispo de Maguncia, y de Conrado, rey de los romanos, y de Cunón, abad en el monte del Beato Disibodo, bajo el papa Eugenio, estas visiones y palabras fueron hechas. Y dije y escribí estas cosas, no según la invención de mi corazón ni de ningún hombre, sino como las vi, oí y percibí en los cielos por los secretos misterios de Dios. Y de nuevo oí una voz del cielo que me decía: Clama pues y escribe así.

VISIÓN PRIMERA.

RESUMEN.---De la fortaleza y estabilidad de la eternidad del reino de Dios. Del temor del Señor. De aquellos que son pobres de espíritu. Que las virtudes que vienen de Dios, guardan a los que temen a Dios y a los pobres de espíritu. Que los estudios de los actos de los hombres no pueden esconderse del conocimiento de Dios. Salomón sobre el mismo asunto.

Vi como un gran monte, de color de hierro, y sobre él a alguien sentado de tal claridad, que su claridad ofuscaba mi vista, de quien de cada lado de sí, se extendía una suave sombra como un ala de admirable anchura y longitud. Y ante él, en la raíz de ese monte, una imagen llena de ojos por todas partes estaba de pie, cuya forma humana no podía discernir por la multitud de ojos, y ante esta, otra imagen de edad infantil, vestida con una túnica pálida, pero con calzado blanco, sobre cuya cabeza descendía tal claridad de aquel que estaba sentado sobre el monte, que no podía mirar su rostro, pero de aquel que estaba sentado sobre el monte: muchas chispas vivientes salían, que rodeaban con gran suavidad a esas imágenes. En el mismo monte se veían como muchas ventanitas, en las cuales aparecían como cabezas de hombres, algunas pálidas y otras blancas. Y he aquí que el que estaba sentado sobre el monte, clamaba con voz fortísima y penetrante, diciendo: Oh hombre frágil, polvo del polvo de la tierra, y ceniza de ceniza, clama y di sobre la entrada de la salvación incorrupta: para que sean instruidos aquellos que viendo la médula de las Escrituras, no quieren decirla, ni predicarla, porque son tibios y torpes para conservar la justicia de Dios, a quienes abre el cierre de los misterios: que ellos tímidos en el campo oculto sin fruto ocultan. Por tanto, en la fuente de la abundancia así dilátate, y así en la erudición mística fluye, para que aquellos sean sacudidos por la efusión de tu irrigación, que por la transgresión de Eva quieren que seas despreciable. Pues tú no tomas la agudeza de esta profundidad del hombre, sino que la recibes de lo alto del juez supremo y temible, donde esta serenidad brillará fuertemente en la luz clara. Levántate pues, clama y di: lo que se te manifiesta con la fortísima virtud de la ayuda divina, porque aquel que a toda su criatura poderosamente y benignamente manda, a los que le temen y le sirven con dulce amor en espíritu de humildad, los inunda con la

claridad de la ilustración suprema, y los conduce a los gozos de la visión eterna perseverando en el camino de la justicia.

Por lo cual también, como ves, este gran monte de color de hierro, designa la fortaleza y estabilidad de la eternidad del reino de Dios; que no puede ser exterminado por ningún impulso de mutabilidad deslizante, y sobre él alguien sentado de tal claridad que su claridad ofuscaba tu vista: muestra en el reino de la bienaventuranza, a aquel que en el fulgor de la serenidad indeficiente imperando sobre toda la tierra con divinidad suprema, es incomprensible para las mentes humanas. Pero de cada lado de sí se extiende una suave sombra como un ala de admirable anchura y longitud: lo que es en la admonición y en la corrección de la defensa bienaventurada una protección suave y benigna, mostrando justa y piadosamente la justicia inefable en la perseverancia de la verdadera equidad.

Y ante él, en la raíz de ese monte, una imagen llena de ojos por todas partes está de pie, porque ante Dios mirando en humildad el reino de Dios, rodeado del temor del Señor, ejerce su estudio y estabilidad en los hombres con la perspicacia de la buena y justa intención, de modo que no puedes discernir su forma humana por los mismos ojos, porque toda la obliteración de la justicia de Dios que a menudo los hombres sienten en el tedio de su mente, la rechaza por la agudísima agudeza de su inspección: que la investigación mortal no discute su vigilancia en su debilidad.

Por lo cual también ante esta, aparece otra imagen de edad infantil, vestida con una túnica pálida, pero con calzado blanco, porque precediendo el temor del Señor, aquellos que son pobres de espíritu le siguen, porque el temor del Señor en la devoción de la humildad sostiene fuertemente la bienaventuranza de la pobreza de espíritu; que no apetece la jactancia ni la elevación del corazón, sino que ama la simplicidad y sobriedad de la mente, no para sí sino para Dios como en el palor de la sujeción atribuyendo sus obras justas como vestidura de túnica pálida, y siguiendo fielmente las huellas blancas del Hijo de Dios. Sobre cuya cabeza descende tal claridad de aquel que está sentado sobre el monte, que no puedes mirar su rostro; porque la potestad y fortaleza de su bienaventuranza la serenidad de la visita de aquel que laudablemente manda a toda criatura infunde tal que no puedes captar su copiosidad con consideración mortal e infirma, porque también aquel que tiene las riquezas celestiales, se sometió humildemente a la pobreza.

Pero que de aquel que está sentado sobre el monte salen muchas chispas vivientes, que rodean con gran suavidad a esas imágenes: esto es que del Dios omnipotente vienen diversas y fortísimas virtudes resplandeciendo en la claridad divina, que a aquellos que verdaderamente temen a Dios y que aman fielmente la pobreza de espíritu, rodeándolos con su ayuda y custodia los abrazan ardientemente y los deleitan. Por lo cual también en el mismo monte se ven como muchas ventanitas, en las cuales aparecen como cabezas de hombres algunas pálidas y otras blancas; porque en la suma altitud, a la profundísima y perspicacísima agnición de Dios no pueden esconderse ni ocultarse los estudios de los actos de los hombres, cuando también muestran en sí mismos a menudo el calor y el candor, porque también ahora los hombres en sus corazones y en sus hechos fatigados en la contumelia dormitan: ahora despertados en el honor vigilan, como Salomón en mi voluntad testifica, diciendo: La mano remisa obra pobreza, pero la mano de los fuertes prepara riquezas (Prov. X). Lo que se dice, el hombre se hizo débil y pobre, que no quiso obrar justicia, ni borrar la iniquidad, ni remitir la deuda, donde permaneció ocioso de las obras maravillosas de la bienaventuranza. Pero el que obra las fortísimas obras de la salvación: corriendo el camino de la verdad, toma la fuente de la gloria saliente, en la cual se prepara preciosísimas riquezas en la tierra y en el cielo. Por

lo cual cualquiera que tiene ciencia en el Espíritu Santo y alas en la fe, no transgreda mi admonición, sino que la perciba abrazándola en el gusto de su alma.

VISIÓN SEGUNDA.

RESUMEN.---Que los ángeles bienaventurados no son aterrados por ningún impulso de injusticia, y no son apartados del amor y alabanza de Dios. Que Lucifer, considerando su belleza y fuerza, se enorgulleció, y por eso fue expulsado de la gloria celestial junto con los que consintieron con él. Que Dios sería injusto si no lo hubiera expulsado. Palabras de Job sobre el mismo asunto. Del infierno que en su voracidad retiene la sumersión de las almas. Que en la caída del diablo, se hizo el infierno. Que la gehena es para los impenitentes; para los que deben ser purgados se han puesto otros tormentos. Palabras de Ezequiel sobre el mismo asunto. Del engaño diabólico que engañó al primer hombre a través de la serpiente. Que el diablo no sabía que el árbol estaba prohibido, sino por la respuesta de Eva. Qué se debe mantener o evitar en el matrimonio. Palabras del apóstol sobre el mismo asunto. Por qué antes de la encarnación del Señor, algunos tenían varias esposas. Por qué ni el hombre ni el ángel pudieron liberar al hombre, sino solo el Hijo de Dios. Palabras de la Sabiduría sobre el mismo asunto. Que los consanguíneos no se unan en matrimonio. Ejemplo de la leche. Por qué en el Antiguo Testamento se permitió el matrimonio entre consanguíneos: en el Nuevo está prohibido. Que el hombre no tome esposa sino en edad fuerte, y no tome esposa sino que sea núbil. De evitar la contaminación ilícita y libidinosa. Por qué la mujer después del parto, o corrompida por el hombre, debe permanecer en oculto, y abstenerse de entrar al templo. Los que se contaminan en la unión con una mujer embarazada, son homicidas. Oseas sobre el mismo asunto. De la recomendación de la castidad. Juan sobre el mismo asunto. Que expulsado Adán, Dios protegió el paraíso. Que porque el hombre se rebeló contra Dios, la criatura que antes le estaba sujeta, se le opuso. De la amenidad del paraíso, que da el jugo y la fuerza a la tierra como el alma al cuerpo. Por qué Dios hizo al hombre de tal manera que pudiera pecar. Que el hombre no debe investigar las cosas supremas; cuando ni siquiera puede examinar las ínfimas. Que el hombre ahora brilla más que antes en el cielo. Semejanza del jardín, la oveja y la perla con el hombre. De la recomendación de la humildad y la caridad que son más claras que las demás virtudes.

Luego vi como una multitud grandísima de lámparas vivientes, que tenían mucha claridad; que recibiendo un fulgor ígneo, adquirieron un esplendor serenísimo. Y he aquí que apareció un lago de gran anchura y profundidad, con una boca como la boca de un pozo y vomitando humo ígneo con mucho hedor del cual también una niebla muy terrible exhalando hasta el fin casi imperceptible a la vista, y en una región clara una nube blanca que de la hermosa forma del hombre saliendo contenía muchas estrellas, sopló, y expulsó a esa forma del hombre de esa región. Hecho esto, un esplendor muy luminoso rodeó esa región, y así todos los elementos del mundo, que antes estaban en gran quietud, convertidos en gran inquietud mostraron terrores horribles. Y de nuevo oí a aquel que me había hablado antes, diciendo: Los que siguen a Dios con devoción fiel, y ardiendo en digno amor en su dilección, no son apartados de la gloria de la bienaventuranza suprema por ningún impulso de injusticia, mientras que aquellos que atienden a Dios de manera ficticia: no solo no son promovidos a mayores cosas, sino que también son justamente expulsados de aquellas que falsamente creen tener. Lo que también muestra esta grandísima multitud de lámparas vivientes, que tienen mucha claridad: que es el numerosísimo ejército de espíritus supremos resplandecientes en la vida bienaventurada, y existiendo en gran decoro y ornato, porque cuando fueron creados por Dios: no tomaron la soberbia elación, sino que permanecieron firmemente en el amor divino. Pues ellos recibiendo un fulgor ígneo, así adquirieron un esplendor serenísimo, porque

cuando Lucifer con los suyos intentó rebelarse contra el supremo Creador, estos teniendo celo de Dios en la caída de él y de los que consintieron con él, se revistieron de la vigilancia de la dilección divina, mientras que aquellos incurrieron en la ceguera de la ignorancia por la cual no quisieron conocer a Dios. ¿Cómo? En la caída del diablo en esos espíritus angélicos que perseveraron con Dios en rectitud, surgió una grandísima alabanza, porque iluminados con la vista reconocieron perspicazmente que Dios es inmutable, sin ninguna mutación de ninguna mutabilidad en su potencia persevera, de modo que no podrá ser superado por ningún guerrero. Y así ardiendo en su amor, y perseverando en rectitud, despreciaron toda morada de injusticia.

Sed Lucifer, quien por su soberbia fue expulsado de la gloria celestial, al inicio de su creación fue tan grande y espléndido que no sintió defecto alguno ni en su belleza ni en su fortaleza. Por eso, al contemplar su belleza y considerar su fuerza en sí mismo, encontró la soberbia, que le prometió que podía comenzar lo que quisiera, porque podría completar lo que iniciara. Y viendo el lugar donde pensó que podría colocarse, queriendo mostrar allí su belleza y fortaleza, decía en sí mismo: Quiero brillar allí, como este aquí. A lo cual toda su hueste dio su consentimiento, diciendo: Lo que tú quieres, eso también queremos nosotros. Y cuando, elevado por la soberbia, quiso completar lo que había pensado, el celo del Señor, extendiéndose en una negrura ígnea, lo arrojó con toda su comitiva, de modo que se volvieron opacos en contraste con la serenidad que habían tenido. ¿Qué es esto? Porque si Dios no hubiera derribado su presunción, sería injusto, ya que favorecería a aquellos que querían dividir la integridad de la divinidad; pero los derribó y redujo su impiedad a la nada, como también aparta de la vista de su claridad a todos los que intentan oponerse a Él, como lo muestra mi siervo Job, diciendo: La lámpara de los impíos se apagará, y les sobrevendrá una inundación, y los dolores dividirán su furor. Serán como paja ante el viento, y como ceniza que el torbellino dispersa (Job XXI). Lo que se dice, la gloria de la iniquidad soberbia de la falsa prosperidad, como una luz de honor procedente de la voluntad de su carne que no temen a Dios (sino que lo desprecian en perversa impiedad, ignorando que nadie puede vencerlo, queriendo quemar en el fuego de su ferocidad todo lo que se opone): esto en la hora de la venganza de Dios será pisoteado como tierra, y del juicio supremo caerá sobre esos mismos impíos la indignación de todo lo que está bajo el cielo, de modo que serán molestos tanto para Dios como para los hombres. Por eso, como Dios no les permite tener lo que quieren, por eso, atormentados por el dolor por todas partes, se enfurecen en los hombres por la rabia de su locura, deseando ardientemente poseer lo que Dios no les permite devorar. Y cuando de esta manera se alejan de Dios, se comparan a cosas inútiles, de modo que no quieren hacer nada bueno ni en Dios ni en los hombres, cortados del grano de la vida en el ojo previsor de la inspección de Dios. Por lo tanto, son entregados a esta clase de destrucción, que se disipan en el sabor tibio de un rumor iniquo, cuando no reciben la lluvia venidera del Espíritu Santo.

Pero ese lago de gran anchura y profundidad que se te aparece es el infierno, conteniendo en sí la amplitud de los vicios y la profundidad de las perdiciones, como ves, teniendo también una boca como la de un pozo, y emitiendo humo ígneo con mucho hedor; porque en su voracidad retiene la sumersión de las almas, mostrándoles suavidad y dulzura, las conduce a la perversión de los tormentos mediante una perversa decepción, donde arde el fuego con una terrible difusión de humo y emana un hedor mortal hirviente; porque estos terribles tormentos están preparados para el diablo y sus seguidores (que se apartan del sumo bien, ni se preocuparon por conocerlo o entenderlo); por lo cual fueron arrojados de todo bien, no porque no lo conocieran, sino porque lo despreciaron con gran soberbia. ¿Qué es esto? En la

caída del diablo, estas tinieblas exteriores, que contienen todo tipo de penas, fueron establecidas; porque estos espíritus malignos, en contra de la gloria que les fue preparada, recibieron la miseria de diversas penas, y en contra de la claridad que tuvieron, se vistieron de densísimas tinieblas. ¿Cómo? Cuando el ángel soberbio se elevó como una serpiente, recibió la cárcel del infierno, porque no podía ser que alguien prevaleciera sobre Dios. Y así como no sería conveniente que en un solo pecho hubiera dos corazones, tampoco debieron haber dos dioses en el cielo. Pero como ese mismo diablo con los suyos tomó la presunción soberbia, por eso encontró preparado para sí el lago de perdición. Así también aquellos hombres que los imitan en sus acciones, se hacen partícipes de sus penas según sus méritos. Pero hay algunas almas que, teniendo el cúmulo de la condenación, han sido arrojadas del conocimiento de Dios: y por eso tendrán las penas infernales sin consuelo de liberación; otras, sin embargo, no estando en el olvido de Dios, sino recibiendo en exámenes superiores la purificación de sus pecados en los que han caído; finalmente sienten la absolución de sus ataduras, llegando a la paz liberadas. ¿Qué es esto? El infierno se presenta a aquellos que tienen a Dios en el olvido de su corazón sin penitencia: pero los demás tormentos son para aquellos que, aunque hagan malas obras, no perseveran en ellas hasta el final, sino que finalmente miran a Dios en sus gemidos. Por eso, los fieles deben huir del diablo y amar a Dios, rechazando las malas obras y completando las buenas con el decoro de la penitencia, como mi siervo Ezequiel, inspirado por mí, exhorta, diciendo: Convertíos y haced penitencia de todas vuestras iniquidades, y no os será la iniquidad en ruina (Ezequiel XVIII). Lo que se dice: Oh vosotros, hombres que hasta ahora habéis yacido en pecados: recordad el nombre cristiano vuestro, convirtiéndoos al camino de la salvación, y haced otras obras en la fuente de la penitencia: vosotros que antes hicisteis muchos crímenes en muchos vicios, y así levantándoos de vuestra mala costumbre: no os hundirá en la ruina de la muerte esa iniquidad en la que os habéis ensuciado, porque la habéis rechazado en el día de vuestra salvación. Por lo cual también de este modo habrá gozo de los ángeles sobre vosotros, porque os habéis apartado del diablo y habéis corrido hacia Dios, conociéndolo mejor en buenas acciones, de lo que antes lo conocíais cuando estabais en la burla del antiguo seductor. Pero lo que de ese mismo lago una niebla muy oscura exhalando hasta el final casi imperceptible a la vista alcanzó: esto es que de la perdición más profunda la astucia diabólica emanando, conteniendo en sí la intención fraudulenta para engañar, invadió al hombre latentemente. ¿Cómo? Porque cuando el diablo vio al hombre en el paraíso, exclamó con gran indignación, diciendo: Oh, ¿quién me alcanzará en la mansión de la verdadera bienaventuranza? Y así en sí mismo sabía que la malicia que tenía en sí aún no la había completado en otra criatura, pero viendo a Adán y Eva viviendo en la inocencia infantil en el jardín de las delicias, con gran astucia se levantó para engañarlos a través de la serpiente. ¿Por qué? Porque entendió que la serpiente se asemejaba más a él que cualquier otro animal; se esforzó para que en la astucia de aquella completara ocultamente lo que en su propia forma no podría completar abiertamente. Por lo cual, cuando vio a Adán y Eva apartarse del árbol prohibido para ellos tanto en alma como en cuerpo, entendió en sí mismo que allí tenían el mandato divino, y que en la primera obra que comenzaran, fácilmente los derribaría. Pues no sabía que aquel árbol estaba prohibido sino que lo reconoció según la prueba de su engañosa interrogación, y según sus respuestas. Por eso, en esa clara región sopló una nube blanca (que había salido de la hermosa forma del hombre conteniendo muchas estrellas en sí) a través de una niebla muy oscura, porque en ese mismo lugar de deleite el diablo invadió a Eva, que tenía un alma inocente (quien había sido tomada de Adán inocente llevando en su cuerpo toda la multitud del género humano resplandeciente en la preordenación de Dios) a través de la seducción de la serpiente para su caída. ¿Por qué esto? Porque sabía que la blandura de la mujer era más fácil de vencer que la fortaleza del hombre; viendo también que Adán ardía tan vehementemente en el amor de Eva, que si él vencía a Eva, cualquier cosa que ella dijera a Adán, Adán la cumpliría. Por lo cual el

diablo expulsó a ella y a la forma del hombre de esa región, y el mismo antiguo seductor, expulsando a Eva y a Adán de la sede de la bienaventuranza con su engaño, los arrojó a las tinieblas de la subversión. ¿Cómo? a saber, primero sedujo a Eva, para que ella halagara a Adán para que le prestara su consentimiento, porque ella podía llevar a Adán a la desobediencia más fácilmente que cualquier otra criatura; porque había sido hecha de su costilla. Por eso, la mujer derriba al hombre más rápidamente, cuando él no la rechaza, asumiendo fácilmente sus palabras.

Sin embargo, no a un niño sino a un hombre perfecto, es decir, a Adán, se le dio una mujer perfecta, así también ahora, cuando el hombre está en la edad perfecta es fértil, una mujer perfecta debe unirse a él, como cuando el árbol comienza a emitir flores, se le debe aplicar el cultivo adecuado. Pues de la costilla con el calor y la humedad insertos de Adán, Eva fue formada, y por eso ahora de la fortaleza del hombre y del calor de su semilla recibida, la mujer se esfuerza por producir descendencia en el mundo, porque el hombre es el sembrador, y la mujer es la receptora de la semilla, por lo cual la mujer permanece bajo el poder del hombre, porque así como la dureza de la piedra es a la ternura de la tierra, así también la fortaleza del hombre es a la blandura de la mujer. Pero que la primera mujer fue formada del hombre, esto es la unión del desposorio de la mujer con el hombre. Y esto debe entenderse así. Esta unión no debe ejercerse vanamente ni en el olvido de Dios, porque quien tomó a la mujer del hombre, instituyó esta unión bien y honestamente, a saber, formando carne de carne. Por lo cual, así como Adán y Eva fueron una sola carne; así también ahora el hombre y la mujer se convierten en una sola carne en la unión de la caridad para multiplicar el género humano. Y por eso debe haber perfecta caridad en estos dos, así como en aquellos primeros. Pues Adán podría culpar a su esposa, porque con su consejo le trajo la muerte, pero sin embargo no la dejó mientras vivió en este mundo, porque reconoció que le había sido dada por el poder divino. Por lo cual, por la perfecta caridad, el hombre no debe abandonar a su esposa, salvo por una causa razonable, aquella que le propone la Iglesia fiel. Ni debe haber división alguna entre ellos: a menos que ambos con una sola mente quieran mirar a mi Hijo, diciendo así en ardiente amor de Él. Queremos dejar el mundo y seguir a aquel que por nosotros sufrió. Pero si estos dos difieren en una devoción para dejar el mundo, entonces no deben separarse en absoluto, porque así como la sangre no puede separarse de la carne mientras el espíritu permanezca en ella, así tampoco el marido ni la esposa deben dividirse, sino caminar juntos en una sola voluntad. Pero si hay transgresión de la ley en fornicación ya sea en el hombre o en la mujer, entonces, ya sea por sí mismos o por sus sacerdotes, serán sometidos a la censura del magisterio espiritual según lo que es justo. El marido, sin embargo, de la esposa y la esposa del marido se quejarán ante la Iglesia y sus prelados de la transgresión de su unión según la justicia de Dios: pero no de tal manera que el marido o la esposa busquen otra unión, sino que ellos o permanecerán juntos en la rectitud de la unión, o se abstendrán juntos de tal unión, según lo que se les demuestre por la disciplina de la institución eclesiástica, ni se desgarrarán con laceración de víbora, sino que se amarán con pura devoción, porque ni el hombre ni la mujer pueden existir sino por esta copulación, como mi amigo Pablo testifica, diciendo: Así como la mujer es del hombre, así también el hombre por la mujer: pero todo procede de Dios (I Cor. XII). Lo que se dice: La mujer fue creada por el hombre, y el hombre fue hecho por la mujer; porque así como ella del hombre, así también el hombre de ella para que no se separen uno del otro en la unidad de sus hijos, porque en una obra, obran uno, como el aire y el viento entrelazan sus obras. ¿Cómo? El aire es movido por el viento, y el viento se entrelaza con el aire, de modo que en su ámbito todo lo verde que les está sometido. ¿Qué es esto? La mujer coopera con el hombre y el hombre con la mujer en la obra de los hijos, por lo cual hay grandes crímenes allí, donde la fornicación en los días de la creación de los hijos hace división, porque allí el hombre y la mujer cortan su propia sangre

de la base de su lugar, arrojándola a un lugar ajeno. A estos ciertamente se les dejará la astucia del diablo y la ira de Dios; porque han transgredido el pacto que Dios les estableció. Por lo cual, ¡ay de ellos, cuando sus pecados no les sean perdonados! Pero aunque el hombre y la mujer en sus hijos, como se ha mostrado, se cooperen mutuamente, sin embargo, todo, a saber, tanto el hombre como la mujer y las demás criaturas son de la disposición y ordenación divina, porque Dios las hizo según su voluntad.

Antes de la encarnación de mi Hijo, algunos en el pueblo antiguo tenían muchas esposas según su voluntad al mismo tiempo; porque aún no habían oído la prohibición de la demostración abierta de esto, que mi Hijo mostró viniendo al mundo en el orden más recto de esta copulación en el marido y la esposa mientras respiraran en esta vida según la unión de Adán y Eva revelada, porque esta unión no debe ejercerse según la voluntad del hombre sino según el temor de Dios; porque es mejor tener un matrimonio recto según la disposición de la discreción eclesiástica que desear la fornicación, aunque vosotros, hombres, negligentes en esto, ejercéis vuestra lujuria no solo según los hombres sino también según los animales. Pero la fe recta y el amor puro del conocimiento de Dios deben estar entre el marido y la esposa, para que no sean golpeados por la venganza divina cuando su semilla sea contaminada por el arte diabólico, mordiendo y desgarrándose mutuamente, y cuando siembran su semilla inhumanamente según la brutalidad de los animales. Por lo cual, cuando la envidia los atormenta al modo de la víbora y cuando la superfluidad manchada de su semilla está en ellos sin temor de Dios y sin disciplina humana; frecuentemente para la corrección de esta perversidad de ellos, por el justo juicio de Dios, los que nacen de ellos son privados de la prosperidad de su vida, a menos que recibiendo su penitencia, me muestre placable a ellos. Pues quien en la penitencia de sus pecados me invoque, recibiré su penitencia por el amor de mi Hijo; porque quien levante su dedo hacia mí en penitencia, es decir, quien extienda el gemido de su corazón hacia mí en penitencia, diciendo: He pecado, Señor, ante ti; esa penitencia me la muestra mi Hijo, que es sacerdote de sacerdotes, porque la penitencia que se ofrece a los sacerdotes en el amor de mi Hijo, concede la purificación de los pecados a quienes la hacen. Por lo cual, haciendo dignamente su penitencia, los hombres salen de la mandíbula del diablo, porque él, queriendo devorar el anzuelo del poder divino, se hirió fuertemente en él, donde también ahora las almas fieles pasando de la perdición llegan a la salvación. ¿Cómo? Porque los sacerdotes en el altar, siendo invocadores de mi nombre, recibirán la confesión de los pueblos, donde les mostrarán el remedio de la salvación. Por lo cual, para tener a Dios placable, no contaminen su semilla en la diversidad de vicios, porque quienes en fornicación o adulterio arrojan su semilla, hacen a sus hijos que nacen de ellos de este modo más negligentes. ¿Cómo? Quien mezcla barro o estiércol con limo puro, ¿acaso hace un vaso estable? Así quien contamina su semilla en fornicación o adulterio, ¿acaso engendra hijos de fortaleza? Pero muchos de ellos sufren en la diversidad de sus costumbres y médulas, pero muchos de ellos se hacen prudentes tanto para el mundo como para Dios. Y con estos se llena la Jerusalén celestial, cuando ellos, abandonando los vicios y amando las virtudes, imitan a mi Hijo en castidad y en grandes trabajos, llevando en su cuerpo el martirio de él según su pasibilidad. Pero donde no quiero que nazcan niños del hombre, allí quito las fuerzas viriles de la semilla, para que no se coagule en el vientre de la madre; así como también niego las fuerzas fructíferas a la tierra, donde quiero hacer esto por mi justo juicio. Pero, ¿por qué te maravillas, oh hombre, de que en adulterios y en otros crímenes de este tipo permito que nazcan niños? mi juicio es justo. Pues desde la caída de Adán no he encontrado en la semilla humana la justicia que debía estar en ella, donde el diablo la había ahuyentado en el gusto del fruto, por eso envié a mi Hijo al mundo nacido de una virgen sin pecado alguno, para que en su sangre, en la que no había contaminación de carne, arrebatara al diablo los despojos que había robado en el hombre.

Porque ni el hombre concebido en pecado, ni el ángel sin el velo de la carne pudieron liberar al hombre yacente en pecados y sufriendo la carga corporal del poder diabólico, excepto aquel que viniendo sin pecado y teniendo un cuerpo puro sin pecado, lo liberó con su pasión. Por lo tanto, aunque los hombres hayan nacido en pecado, los recojo para el reino celestial cuando lo buscan con fidelidad. Ninguna perversidad puede apartar a mis elegidos de mí, donde la Sabiduría testifica, diciendo: Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no les tocará el tormento de la muerte (Sab. II). Esto se dice. Las almas de aquellos que abrazan el camino de la rectitud están con devoto afecto en las obras del supremo auxiliador: de tal manera que, por las buenas obras con las que miran al cielo en la altura de la justicia, no los quebrantará el tormento de la perdición, porque la verdadera luz los alimenta en el temor y en el amor de Dios. Pero después de que Adán y Eva fueron expulsados del lugar de deleite, conocieron en sí mismos la obra de concebir y dar a luz hijos, y así, cayendo en la muerte por su desobediencia, concibieron la dulzura del pecado cuando se dieron cuenta de que podían pecar. Pero ellos, de este modo, transformando mi recta constitución en la lujuria del pecado, cuando debían conocer la conmoción de sus venas no en la dulzura del pecado, sino en el amor de los hijos, la entregaron a la lujuria por sugestión diabólica, porque perdiendo la inocencia de su generación, la enviaron al pecado. Por lo tanto, ya que esto no se realizó sin persuasión diabólica, por eso el mismo diablo lanzó sus dardos a esta obra, para que no se completara sin su sugestión, cuando dijo: Mi fortaleza está en la concepción de los hombres, por eso el hombre es mío. Y viendo que el hombre debía ser partícipe de sus penas, porque le había consentido, nuevamente decía en sí mismo: Todas las iniquidades son contrarias al Dios fortísimo, porque en absoluto es injusto. Y este mismo engañador puso en su corazón un gran sello, a saber, que el hombre que voluntariamente le había consentido, no podía serle arrebatado. Por lo tanto, hubo un consejo secreto en mí para enviar a mi Hijo para la redención de los hombres, para que el hombre fuera devuelto a la Jerusalén celestial. Y ninguna iniquidad pudo resistir a este consejo, cuando mi Hijo viniendo al mundo, reunió a todos los que querían escucharlo e imitarlo abandonando los pecados. Porque yo soy justo y recto, no queriendo ninguna iniquidad, que tú, oh hombre, abrazas cuando reconoces que puedes hacer el mal. Pues Lucifer y el hombre, al principio de su creación, intentaron rebelarse contra mí, y no pudieron mantenerse; cayendo del bien y eligiendo el mal. Lucifer, sin embargo, comprendió todo el mal y rechazó todo el bien, ni siquiera lo probó, sino que cayó en la muerte. Adán, en cambio, probó el bien cuando aceptó la obediencia; pero codició el mal, y en su concupiscencia lo completó, cuando se mostró desobediente a Dios. ¿Por qué sucedió esto? No es para que tú, oh hombre, lo indagues, ni lo que fue antes de la constitución del mundo, ni lo que será después del último día puede saberlo el hombre mortal, sino solo Dios lo sabe: excepto en cuanto Dios permite que sus elegidos lo sepan. Pero esa fornicación que se hace común a los hombres es abominable ante mí, porque desde el principio constituí al hombre y a la mujer en honestidad, y no en torpeza. Por lo tanto, aquellos hipócritas que dicen que les es lícito fornicar según el apetito de los animales con quien quieran, son indignos de mis ojos, porque despreciando el honor y la altura de su racionalidad, miran a los animales y se hacen semejantes a ellos: ¡ay de aquellos que viviendo así, perseveran en esta torpeza!

Tampoco quiero que el conocimiento de la sangre se mezcle en el matrimonio, donde el ardor del amor en la consanguinidad aún no se ha atenuado; para que no surja un amor impúdico en el recuerdo de la consanguinidad, sino que se una la sangre de una estirpe ajena: que ya no siente arder en sí el conocimiento de la consanguinidad, para que la disciplina humana esté en su obra. Porque la leche cocida una o dos veces no ha perdido su sabor, cuando coagulada y

cocida por séptima u octava vez, llevando sus fuerzas, ya no tiene un sabor deleitable sino en la necesidad. Y así como el conocimiento de la consanguinidad en la propia esposa no debe ser conocido, así también el conocimiento de la consanguinidad de la esposa anterior en una unión ajena debe ser aborrecido; ni debe el hombre unirse a tal unión, como también la Iglesia prohíbe a través de sus doctores que la han establecido con mucha solicitud y honor. Pero lo que en el Antiguo Testamento los hombres fueron unidos en consanguinidad por mandato de la ley, esto se hizo por la dureza de ellos, para que tuvieran paz entre sí, y para que hubiera una caridad tan firme en ellos: para que las tribus divididas no se mezclaran con la unión de los gentiles rompiendo mi pacto, hasta que llegó el tiempo en que mi Hijo, trayendo la plenitud de la caridad, trasladó la unión de la consanguinidad de la unión carnal a una stirpe ajena con el pudor de la vergüenza. Por lo tanto, ya que la esposa de mi Hijo ha recibido ahora el vínculo de mi temor y la recta justicia en el santo bautismo, por eso también esta unión de consanguinidad debe estar ahora lejos de ella, porque la fornicación sin vergüenza y sin moderación de la lujuria en los abrazos del hombre y la mujer en sangre conocida se encendería más para una obra torpe que en sangre ajena. Porque yo expongo esta obra a través de este hombre: a quien le es desconocida en el hombre, y quien recibió este discurso no del hombre sino del conocimiento de Dios. Pero ¿qué ahora? Cuando el hombre está en la edad fuerte, de modo que sus venas están llenas de sangre, entonces es fértil en su semilla, entonces tome a una mujer en desposorio de legítima institución, que también estando en la edad ferviente reciba su semilla con vergüenza, y le engendre prole en el camino de la rectitud. Pero el hombre antes de los años de su fortaleza no debe derramar su semilla en la superfluidad de la lujuria, porque esto es una prueba del pecado sugerido por el diablo, si intenta sembrar su semilla en la concupiscencia de la lujuria, antes de que esa semilla pueda tener la correcta coagulación en el calor ferviente. Y cuando el hombre ya es muy fuerte en la obra de la generación, entonces no debe ejercer sus fuerzas según lo que pueda en ese tiempo, porque si entonces mira al diablo, obra la obra diabólica, haciendo también su cuerpo despreciable, lo cual es completamente ilícito. El hombre, sin embargo, según lo que la naturaleza humana le enseña, en la fortaleza del calor y en la abundancia de su semilla debe buscar el camino recto en su esposa; y esto lo haga con disciplina humana por el afán de los hijos. Pero no quiero que la misma obra se haga en la separación de la mujer cuando ya padece el flujo de su sangre: lo cual es la apertura de los miembros ocultos de su útero, para que el flujo de su sangre no derrame la semilla recibida madura, y así la semilla derramada perezca; porque entonces la mujer se ve a sí misma puesta en dolor y en cárcel: tocando la porción de dolor de su parto, pero no condeno este tiempo de dolor en la mujer; porque se lo di a Eva cuando en el gusto del fruto concibió el pecado, por lo que también la mujer en este tiempo debe ser levantada en gran auxilio de misericordia; pero ella misma debe contenerse en el escondite de la disciplina; no obstante, no de tal manera que se aparte del templo mío, sino que con fiel permiso entre en él en el oficio de la humildad por su salvación. Porque la esposa del Hijo de Dios siempre es íntegra, el hombre, con las heridas abiertas, si la integridad de sus miembros se ha dividido en el toque de la percusión, no entrará en mi templo sino con el temor de una gran necesidad para que no sea visto, como los miembros íntegros de Abel, que fue templo de Dios, su hermano Caín cruelmente rompió. Pero también la mujer cuando ha dado a luz prole, con sus miembros ocultos rotos, no entrará en mi templo sino según la ley dada por mí, para que los santos sacramentos de ese mi templo sean inviolables de toda contaminación y dolor del hombre y la mujer, porque mi Hijo fue engendrado por una virgen purísima: que fue íntegra sin ninguna herida de pecado. Porque el lugar que ha sido consagrado en honor de mi Unigénito debe estar íntegro de toda corrupción de lividez y herida, porque mi mismo unigénito conoce en sí la integridad del parto virginal; por lo que también la mujer que ha corrompido la integridad de su virginidad con el hombre, en la lividez de su herida por la que fue corrompida, debe abstenerse del ingreso a mi templo,

hasta que la herida de su llaga sea sanada, según lo que la disciplina eclesiástica le demuestra con certeza sobre la misma causa. Pues cuando mi Hijo en el madero de la cruz se unió a su esposa, ella, hasta que mi Hijo mandó a sus discípulos que diseminaran la verdad del Evangelio por todo el mundo, se contuvo en secreto, y luego se levantó abiertamente y proclamó la gloria de su esposo en la generación del espíritu y del agua. Así también la virgen que se une al hombre, lo haga con pudorosa vergüenza hasta el tiempo que le propone la censura eclesiástica; permanezca en secreto, y una vez hecho esto, trasladándose de su ocultación al amor de su esposo, proceda abiertamente.

No quiero tampoco que la obra mencionada del hombre y la mujer se realice cuando ya la raíz del niño está puesta en la mujer, para que la coagulación del niño no se contamine con semen superfluo y perdido hasta la purificación del parto de ella, lo cual, por amor a los hijos, no se prohíbe que se haga en rectitud y no en petulancia. Así, el género humano en su procreación está destinado a proceder en la honestidad de la disciplina humana: y no como clama la vana palabrería de los hombres necios que dicen que les es lícito ejercer su lujuria según su voluntad, diciendo: ¿Cómo podemos contenernos tan inhumanamente? Oh hombre, si miras al diablo, él te incita a todo mal y te mata con su veneno mortal; pero si levantas los ojos a Dios, él te ofrece ayuda y te hace casto. ¿No deseas más la lujuria que la castidad en tu obra? La mujer está sujeta al hombre en quien él siembra su semilla, así como también trabaja la tierra para que dé fruto. ¿Acaso el hombre trabaja la tierra para que produzca espinas y cardos? De ninguna manera, sino para que dé fruto digno. Así también este esfuerzo del hombre debe ser en el amor a los hijos y no en la petulancia de la lujuria. Por lo tanto, oh hombres, llorad y aullad a vuestro Dios a quien tan frecuentemente despreciáis en vuestros pecados, cuando en la peor fornicación arrojáis vuestra semilla; allí no solo sois fornicadores, sino también homicidas, porque rechazáis la mirada de Dios y cumplís vuestra lujuria según vuestra voluntad. Por lo cual también el diablo en esta obra siempre os persigue, sabiendo que deseáis más vuestra concupiscencia que contemplar el gozo de los hijos. Escuchad, pues, los que estáis en las torres de la iglesia. En vuestra fornicación no me acuséis, sino mirad a vosotros mismos; porque, cuando corréis al diablo despreciándome, hacéis obras ilícitas, y por eso no queréis ser castos, como mi siervo Oseas habla del pueblo contaminado, diciendo: No darán sus pensamientos para volver a su Dios, porque el espíritu de fornicación está en medio de ellos, y no conocieron a Dios (Ose. V, 4). Lo que se dice: Los hombres malignos que no conocen a Dios esconden el rostro de su corazón, no volviéndolo en las diversas envolturas de su maquinación para regresar a la verdadera claridad, no discerniendo con ojo perspicaz lo que es de Dios, sino que nutren el mal en sí mismos; porque la inspiración de la inmundicia petulante por la sugerencia diabólica ablanda la fortaleza viril que deberían tener en sí, no permitiéndoles poner su buena conciencia en Dios, cuando el adversario los aparta de la vida de felicidad. Pero ahora me volveré a mis ovejas amadísimas que están plantadas en mi corazón, siendo semilla de castidad; porque la virginidad fue plantada por mí, ya que también mi Hijo nació de una virgen. Y por eso la virginidad es el fruto más hermoso entre todos los frutos de los valles, y una gran persona entre todas las personas que están en el palacio del rey indeficiente, porque no está sujeta al precepto de la ley, ya que dio a luz a mi unigénito al mundo. Por lo tanto, escuchen los que quieren seguir al Hijo de Dios en la inocencia de la castidad libre y en la separación de la viudez doliente; porque la virginidad no contaminada desde el principio es más noble que la viudez oprimida por el yugo viril, aunque después de su dolor en el que perdió a su esposo, sigue la virginidad: porque mi Hijo sufrió muchos dolores en su cuerpo y soportó la muerte de cruz; por lo cual también vosotros en su amor sufriréis muchas angustias, cuando en vosotros mismos superaréis lo que en la lujuria del pecado fue sembrado por el gusto del

fruto; pero sin embargo allí soportando los riachuelos que fluyen del incendio de la lujuria en vuestra semilla, cuando no podéis ser tan castos que la fragilidad de la debilidad humana no se muestre latentemente en vosotros; en eso debéis imitar la pasión de mi Hijo, cuando os resistís a vosotros mismos extinguiendo la llama ardiente de la lujuria, es decir, en vosotros y cohibiendo otras cosas mundanas que son del mundo, a saber, la ira, la soberbia, la lujuria, y otros vicios de este tipo, y completando esta victoria con gran lucha. Por lo cual entonces estas batallas aparecen ante mí con gran decoro y mucho fruto más claras que el sol y más dulces que la suavidad de los aromas; porque imitáis a mi unigénito en sus dolores cuando con tan fuerte lucha pisoteáis la lujuria ardiente en vosotros. Y cuando así perseveráis, obtenéis de ello mucha gloria en el reino celestial. Oh flores muy florecientes, mis ángeles, se admiran en vuestra lucha de que escapáis de la muerte, de que no estáis contaminados en el lodo venenoso del mundo aunque llevéis un cuerpo carnal, pisoteándolo de esta manera, que seréis gloriosos en su compañía, porque aparecéis impolutos según su semejanza, por eso alegraos cuando así perseveráis, porque entonces estoy con vosotros, cuando me recibís fielmente y cumplís mi voz con el gozo de vuestro corazón, como nuestro en la visión secreta de Juan mi amado, diciendo: He aquí que estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz, entrará a él y cenará con él, y él conmigo (Apoc. III). Lo que se dice: Vosotros que me amáis fielmente como vuestro salvador, ved que queriendo socorremos espero en el tabernáculo de vuestro corazón, considerando qué contiene vuestra conciencia en el cofre de su corazón, y con la inspiración del recuerdo de vuestra mente os exhorto a abrir la recepción de la buena voluntad. Que si entonces el corazón fiel percibe el sonido de mi temor, me uno a él abrazándolo, tomando con él el alimento indeficiente, cuando él mismo me ofrece a mí el dulce sabor en las buenas obras, así también él percibirá el alimento de la vida en mí mismo, porque ama aquello que trae vida a los que desean la justicia. Pero, como ves, cuando Adán y Eva fueron expulsados del paraíso, un esplendor muy luminoso rodeó la misma región; porque al salir ellos por su transgresión del lugar de deleite, la potencia de la majestad divina, apartando toda mancha de toda contaminación de ese lugar, lo protegió con su claridad para que en adelante no fuera tocado por ninguna contrariedad, mostrando también que la transgresión que en él se había hecho alguna vez sería abolida clemente y misericordiosamente. Y así todos los elementos del mundo que antes estaban en gran quietud, convertidos en máxima inquietud, mostraron terrores horribles; porque aquella criatura que había sido creada para el servicio del hombre, y no había sentido ninguna adversidad en sí (al hombre abrazar la desobediencia y hacerse desobediente a su Creador) dejó su tranquilidad y asumió la inquietud, infligiendo a los hombres las mayores y más numerosas contrariedades para que el hombre, al haberse inclinado a lo peor, fuera cohibido por ella. ¿Qué es esto? Porque el hombre en el lugar de delicias se mostró rebelde a Dios, por eso también aquella criatura que estaba sujeta al hombre en servicio, se opuso al hombre. Y el paraíso es un lugar de deleite, que florece en el verdor de las flores, y de las hierbas, y en las delicias de todos los aromas, lleno de los mejores olores, dotado en el gozo de las almas bienaventuradas, dando fertilidad muy fecunda a la tierra árida, porque otorga una fuerza muy poderosa a la tierra, como el alma proporciona fuerzas al cuerpo, porque el paraíso no se oscurece en la sombra y en la perdición de los pecados. Por lo tanto, escuchad y entendedme vosotros que en vuestros corazones decís: ¿Qué son estas cosas? y ¿por qué son estas cosas? Oh, ¿por qué sois tan necios en vuestros corazones que habéis sido hechos a imagen y semejanza de Dios? ¿Cómo podría ser tan gran gloria y tanto honor que os fue dado, sin prueba: cuando sin embargo el oro que es casi nada y algo vano, debe ser probado en el fuego, y las piedras preciosas pulidas en la purificación, y todas estas cosas investigadas en todo? Por lo tanto, oh hombres necios, ¿cómo podría subsistir sin prueba lo que fue hecho a imagen y semejanza de Dios? Pues el hombre debe ser examinado sobre toda criatura, y por eso debe ser probado por toda criatura. ¿Cómo? El espíritu debe ser probado por el espíritu, la carne por la carne, la tierra por el aire,

el fuego por el agua, la lucha por la paz, el bien por el mal, la belleza por la deformidad, la pobreza por la riqueza, la dulzura por la amargura, la salud por la enfermedad, lo largo por lo breve, lo duro por lo blando, la altura por la profundidad, la luz por las tinieblas, la vida por la muerte, el paraíso por las penas, el reino celestial por el infierno, y las cosas terrenales con las terrenales, las celestiales con las celestiales. Así el hombre fue probado en toda criatura, a saber, en el paraíso, en la tierra y en el infierno: después fue colocado en el cielo. Claramente veis pocas cosas de muchas, que están ocultas ante vuestros ojos. ¿Y por qué os burláis de las cosas que son rectas, planas, justas y buenas en todos los bienes ante Dios? ¿Por qué os indignáis con ellas? Dios es justo; pero el género humano es injusto en la transgresión de los mandamientos de Dios, cuando pretende ser más sabio que Dios. Ahora dime, oh hombre, ¿qué piensas que eras cuando aún no existías en alma y cuerpo? Pero tú no sabes cómo fuiste creado. Pero ahora, oh hombre, quieres escrutar el cielo y la tierra, y juzgar su justicia en la constitución de Dios, y discernir lo supremo; cuando ni siquiera puedes examinar lo ínfimo, porque no sabes cómo vives en el cuerpo, ni cómo te despojas del cuerpo. Quien te creó en el primer hombre, él previó todas estas cosas. Pero también el Padre muy misericordioso envió a su Unigénito a morir por el pueblo, para liberar al hombre del poder diabólico. Y así el hombre liberado resplandece en Dios, y Dios en el hombre; teniendo el hombre consorcio con Dios, posee en el cielo una claridad más resplandeciente que la que tenía antes. Lo cual no habría sido, si el Hijo de Dios no hubiera asumido carne, porque, si el hombre hubiera permanecido en el paraíso, el Hijo no habría sufrido en la cruz. Pero cuando el hombre fue engañado por la serpiente astuta, Dios, tocado por la verdadera misericordia, quiso que su Unigénito se encarnara en la purísima virgen, y así después de la caída del hombre se elevaron muchas virtudes resplandecientes en el cielo, como es la humildad, reina de las virtudes, que floreció en el parto virginal, así como también las demás virtudes que conducen a los elegidos de Dios a las cosas celestiales. Pues cuando el campo se cultiva con mucho trabajo, produce mucho fruto, como se mostró en el género humano; porque después de la caída del hombre, muchas virtudes se levantaron para su elevación. Pero, oh hombres, vosotros cargados con el peso corporal, no veis aquella gran gloria que os está preparada sin mancha y sin ninguna indignación en la plena justicia de Dios, que nadie puede quitar; porque antes de que la fábrica del mundo fuera constituida, Dios había previsto todas estas cosas en verdadera justicia. Por lo cual, oh hombre, considera esta semejanza.

El Señor que con mucho esfuerzo quiere hacer un jardín, primero coloca el lugar adecuado del jardín, y luego disponiendo el lugar de cada plantación, considera el fruto de los buenos árboles que tienen utilidad, sabor, olor y los aromas de diversos géneros. Y así el Señor, gran y profundo artífice, dispone cada plantación suya en él, para que pueda discernirse bien en su utilidad, y luego piensa con cuánta protección lo rodeará, para que ninguno de los enemigos pueda destruir su plantación. Entonces también establece a sus perfumistas, que sepan regar ese jardín y que recojan su fruto, y de allí confeccionen diversos perfumes. Por lo tanto, oh hombre, considera diligentemente, porque, si el Señor prevé que su jardín no producirá ningún fruto ni ninguna utilidad y será destruido, ¿por qué entonces un artífice tan grande y tan profundo construye, planta, riega y protege ese jardín con tanto esfuerzo y tantos trabajos? Escucha, pues, y entiende. Dios, que es el sol de justicia, envió su esplendor sobre el lodo que es la transgresión del hombre; y ese esplendor resplandeció con mucha claridad, porque ese lodo era muy sucio y opaco. Pues el sol brilló en su claridad, y el lodo se pudrió en su suciedad; por lo cual el sol era abrazado con mayor deleite por los que lo veían, que si no se le hubiera puesto lodo. Pero así como el lodo es sucio en comparación con el sol, así también la transgresión del hombre es injusta en comparación con la justicia de Dios. Por lo cual la justicia, porque es hermosa, debe ser amada; y la iniquidad, porque es sucia, debe ser odiada. En esta suciedad cayó la oveja del Señor que había plantado el jardín. Y esta oveja

por su consentimiento, no por la negligencia del Señor, fue arrebatada del Señor; a la cual después el Señor buscó con mucho esfuerzo y justicia. Por lo cual entonces el coro de ángeles se iluminó con gran gozo, cuando los ángeles vieron al hombre en el cielo. ¿Qué es esto? Cuando el cordero inocente fue suspendido en la cruz, los elementos temblaron, porque el hijo más noble de la virgen fue corporalmente asesinado por manos homicidas. En cuya muerte la oveja perdida fue llevada de nuevo a los pastos de la vida. Pues el antiguo perseguidor, después de ver que debía perder a esa oveja por la sangre del cordero inocente que el cordero derramó para la remisión de los pecados de los hombres, entonces primero reconoció quién era ese cordero, porque antes no pudo saber cómo el cordero celestial fue encarnado en la virgen sin semilla viril y sin ninguna concupiscencia de pecado en la sombra del Espíritu Santo; pues el mismo perseguidor al inicio de su creación se levantó en el soplo de la soberbia, precipitándose a la muerte, y arrojando al hombre de la gloria del paraíso, a quien Dios en su poder no quiso resistir, sino que lo superó en humildad por su hijo. Y porque Lucifer despreció la justicia de Dios, por el justo juicio de Dios, no pudo conocer la encarnación del unigénito Hijo de Dios. Pues en este consejo oculto la oveja perdida fue llevada de nuevo a la vida. Por lo cual, oh hombres rebeldes, ¿por qué asumís tanta dureza? Dios no quiso abandonar al hombre, sino que envió a su Hijo para su salvación; porque así Dios aplastó la cabeza de la soberbia en la antigua serpiente. En la liberación del hombre de la muerte, el infierno abrió su cerrojo, clamando Satanás: ¡Ay, ay! ¿quién me ayudará? Pero también toda la turba diabólica se desgarró a sí misma con gran furia, admirándose de qué tan gran poder era, al que ella con el príncipe de la maldad no podía resistir, cuando veía que le eran arrebatadas las almas fieles. Así el hombre fue elevado sobre los cielos; porque Dios en el hombre, y el hombre en Dios apareció por el Hijo de Dios. El mismo Señor que había perdido la oveja, pero que la había llevado tan gloriosamente a la vida, tenía una perla preciosa en la misma semejanza, que perdida cayó en muchas inmundicias. Pero él no permitiendo que yaciera así en la inmundicia, la buscó, y encontrada la extrajo con alegría, y extraída de la inmundicia en la que yacía, la purificó así: como el oro suele purificarse en el horno y la restauró a su honor original con mayor gloria. Pues Dios creó al hombre, pero él por la persuasión diabólica cayó en la muerte; de la cual el Hijo de Dios lo rescató por su sangre, y lo condujo gloriosamente al honor celestial. ¿Cómo? En humildad y caridad. Pues la humildad hizo que el Hijo de Dios naciera de una virgen, donde la misma humildad no se encontró ni en los abrazos del mar, ni en la curiosidad de la carne, ni en las riquezas terrenales, ni en los adornos dorados, ni en los honores mundanos, sino que el Hijo de Dios yació en un pesebre, porque su madre era una pobre. Y la humildad siempre gime, llora y destruye todos los crímenes: que es su obra. Por lo cual quien quiera vencer al diablo, se arme y equipe con humildad, porque Lucifer huye tan intensamente, y como una serpiente se esconde en una cueva ante ella, porque donde ella lo atrape, lo rompe como un hilo muy frágil. También la caridad contiene al unigénito Hijo de Dios en el seno del Padre en el cielo y lo envió al vientre de la madre en la tierra, porque ella no desprecia ni a los pecadores ni a los publicanos, sino que intenta salvar a todos. Por lo cual también sacando frecuentemente la fuente de lágrimas de los ojos de los fieles, ablanda la dureza del corazón. En esto la humildad y la caridad son más claras que las demás virtudes; porque la humildad y la caridad son como el alma y el cuerpo, que tienen fuerzas más fuertes que las demás fuerzas del alma y los miembros del cuerpo. ¿Cómo? La humildad es como el cuerpo y la caridad como el alma, no pueden separarse entre sí, sino que operan juntas, así como ni el alma ni el cuerpo pueden separarse, sino que cooperan entre sí, mientras el hombre vive en el cuerpo. Y así como al alma y al cuerpo están sujetos los diversos miembros del cuerpo según sus fuerzas, así también a la humildad y a la caridad cooperan las demás virtudes según su justicia. Y por eso, oh hombres, seguid la humildad y la caridad para la gloria de Dios y por vuestra salvación: con las cuales armados no temeréis las insidias diabólicas, sino que poseeréis la

vida indeficiente. Por lo cual cualquiera que tenga conocimiento en el Espíritu Santo y alas en la fe, no transgreda mi admonición, sino que la perciba abrazándola en el gusto de su alma.

VISIÓN TERCERA.

SUMARIO.---Que a través de lo visible y temporal se manifiestan las cosas invisibles y eternas. Del firmamento hecho a semejanza de un huevo. Del fuego luminoso y la piel sombría. De la posición del sol y de tres estrellas. Del ascenso del sol. Del descenso del mismo y qué significa. Palabras de los Hechos de los Apóstoles sobre lo mismo. Del primer viento y sus torbellinos. Del segundo viento y sus torbellinos. Del fuego tenebroso, el sonido, y las piedras agudas. Del éter purísimo y la posición de la luna y dos estrellas. De la posición de otras estrellas. Del tercer viento y sus torbellinos. Del aire acuoso y la piel blanca. Del cuarto viento y sus torbellinos. Del globo arenoso de la tierra. Palabras de David sobre lo mismo. Del terremoto y qué significa. Del monte más grande entre el norte y el este. De aquellos que con arte perversa escrutan el futuro en las criaturas. Palabras del Evangelio. Cómo el diablo engaña a los hombres mediante el arte mágico. Parábola sobre lo mismo. Cuando la salvación del hombre y la utilidad se hayan completado, el siglo cambiará. Palabras de Job sobre lo mismo. Palabras de Dios sobre lo mismo. Que Dios ya no quiere tolerar más los augurios en las estrellas y en las demás criaturas. De la necedad y contumacia del hombre. Semejanza del cabrito, el ciervo y el lobo. Comparación del médico. Palabras de Juan.

Después de esto vi un gran instrumento, redondo y sombrío según la semejanza de un huevo, estrecho en la parte superior y amplio en el medio, y en la parte inferior constreñido; en cuya parte exterior alrededor había un fuego luminoso como si tuviera una piel sombría debajo. Y en ese fuego había un globo de fuego resplandeciente de tal magnitud que iluminaba todo el instrumento, teniendo sobre sí tres antorchas ordenadamente colocadas hacia arriba, que con su fuego contenían el mismo globo para que no cayera, y ese globo a veces se elevaba hacia arriba y mucho fuego le salía al encuentro, de modo que extendía sus llamas más lejos, y a veces se inclinaba hacia abajo, y mucho frío le salía al encuentro: por lo cual retiraba rápidamente sus llamas. Pero también de ese fuego que rodeaba el instrumento salía un soplo con sus torbellinos, y de esa piel que yacía debajo brotaba otro soplo con sus torbellinos, que se difundía en el mismo instrumento aquí y allá. En esa misma piel había un fuego tenebroso de tal horror que no podía mirarlo, que sacudía toda esa piel con su fortaleza, lleno de sonidos, tempestades y piedras agudísimas mayores y menores. Cuando elevaba su sonido, ese fuego luminoso, los vientos y el aire se agitaban, de modo que los relámpagos precedían a ese sonido, porque ese fuego primero sentía en sí la conmoción de ese sonido. Pero debajo de esa piel había un éter purísimo sin tener ninguna piel debajo; en el cual también veía un globo de fuego candente de gran magnitud, teniendo sobre sí dos antorchas claramente colocadas hacia arriba que contenían ese globo para que no excediera su curso, y en ese éter había muchas esferas claras ubicadas por todas partes; en las cuales ese mismo globo a veces se vaciaba un poco emitiendo su claridad, y así regresando bajo el mencionado globo rojo y de fuego, y restaurando de él sus llamas: nuevamente las soplaba en esas mismas esferas. Pero también de ese éter salía un soplo con sus torbellinos; que se expandía por todo el mencionado instrumento. Pero debajo de ese éter, veía un aire acuoso con una piel blanca debajo que se difundía aquí y allá, dando humedad a todo ese instrumento. Que cuando a veces se reunía repentinamente, emitía una lluvia repentina con mucho fragor; y cuando se difundía suavemente, derramaba una lluvia suave con un movimiento lento. Pero también de él salía un soplo con sus torbellinos, que se expandía por todo el mencionado instrumento. Y

en medio de esos elementos había un globo arenoso de gran magnitud: que esos mismos elementos rodeaban de tal manera que no podía deslizarse ni aquí ni allá. Pero cuando a veces esos mismos elementos con los mencionados soplos se sacudían entre sí, obligaban a ese mismo globo a moverse un poco con su fortaleza. Y vi entre el norte y el este como un gran monte, que hacia el norte contenía muchas tinieblas y hacia el este mucha luz; de tal manera que ni esa luz podía alcanzar las tinieblas, ni las tinieblas la luz. Y escuché nuevamente una voz del cielo que me decía: Dios, que creó todo por su voluntad, lo creó para el conocimiento y honor de su nombre, no solo mostrando en ellos las cosas visibles y temporales, sino también manifestando en ellos las cosas invisibles y eternas. Lo cual también demuestra esta visión que ves. Pues este gran instrumento que ves redondo y sombrío según la semejanza de un huevo, estrecho en la parte superior, y amplio en el medio y constreñido en la parte inferior, declara fielmente al Dios omnipotente en su majestad incomprensible, y en sus misterios inestimable, y la esperanza de todos los fieles existente, cuando al principio los hombres eran rudos y simples en sus actos, después en la ley antigua y nueva más instruidos se molestan y afligen mutuamente, y finalmente hacia el fin del mundo sufrirán muchas tribulaciones en sus angustias.

En cuya parte exterior alrededor hay un fuego luminoso, como si tuviera una piel sombría debajo: designa que Dios quema por todas partes con el fuego de su venganza a aquellos que están fuera de la verdadera fe; pero a aquellos que permanecen dentro de la fe católica, los purifica por todas partes con el fuego de su consolación; derribando así la oscuridad de la perversidad diabólica, como sucedió cuando el diablo, creado por Dios, queriendo oponerse a Dios, cayó derrotado en la perdición. Y en ese fuego hay un globo de fuego resplandeciente de tal magnitud que ilumina todo el instrumento; que con el esplendor de su claridad muestra que en Dios Padre está su inefable unigénito, el sol de justicia con el resplandor de la ardiente caridad, y existiendo en tal gloria que toda criatura es iluminada por la claridad de su luz, teniendo sobre sí tres antorchas ordenadamente colocadas hacia arriba, que con su fuego contienen el globo para que no caiga, a saber, con su administración la trinidad que todo lo contiene y demostrando que el Hijo de Dios descendiendo del cielo a la tierra, dejando a los ángeles en los celestiales, también manifestó a los hombres que subsisten en alma y cuerpo las cosas celestiales, quienes glorificándolo con el beneficio de su claridad: rechazan todo error nocivo, cuando lo magnificaron como el verdadero Hijo de Dios encarnado de la verdadera virgen, después de que el ángel se lo anunció a ellos, y después de que el hombre viviendo en alma y cuerpo lo recibió con gozo fiel.

Por lo cual también ese mismo globo a veces se eleva hacia arriba y mucho fuego le sale al encuentro, de modo que extiende sus llamas más lejos: significando que, cuando llegó el tiempo en que el Unigénito de Dios debía encarnarse por la redención y elevación del género humano por la voluntad del Padre, el Espíritu Santo en la virtud del Padre obró maravillosamente los misterios celestiales en la bienaventurada Virgen, de modo que con el mismo Hijo de Dios dando un resplandor maravilloso en la fecunda virginidad de la virginidad virginal, la virginidad se hizo gloriosa. Porque en la más noble virgen, se demostró la encarnación sumamente deseable. Y así también a veces se inclina hacia abajo, y mucho frío le sale al encuentro; por lo cual retira rápidamente sus llamas, declarando que el mismo Unigénito de Dios nacido de la virgen, y así inclinado misericordiosamente a la pobreza de los hombres, soportando muchas angustias corporales al encontrarse con muchas miserias, cuando se mostró corporalmente al mundo, pasando del mundo regresó al Padre con sus discípulos también presentes, como está escrito: Viéndolo ellos, fue elevado, y una nube lo recibió de sus ojos (Hechos I). Lo que se dice: A los hijos de la Iglesia recibiendo al Hijo de Dios en la ciencia interior de su corazón: la santidad de su cuerpo fue elevada en la potencia

de su divinidad y en el místico milagro una nube del secreto misterio lo recibió ocultándolo de los ojos mortales con los vientos sirviéndole. Pero como ves, de ese fuego que rodeaba el mismo instrumento salía un soplo con sus torbellinos: que muestra que del Dios omnipotente que llena todo el mundo con su poder, salió una verdadera diseminación con justos sermones cuando él mismo fue demostrado a los hombres como el Dios vivo y verdadero. Y de esa piel que está debajo de él brota otro soplo con sus torbellinos, porque también de la rabia diabólica que ignorando a Dios no lo teme, sale una pésima fama con nequísimas locuciones; que se difunden en el mismo instrumento aquí y allá, porque en el siglo de diversas maneras se mezclan rumores útiles e inútiles entre los pueblos. En esa misma piel hay un fuego tenebroso de tal horror que no puedes mirarlo: que declara que en las peores y más nequísimas insidias del antiguo traidor, estalla un homicidio tan terrible que la locura de este no puede ser discernida por el intelecto humano, que sacude toda esa piel con su fortaleza; porque el homicidio abarca con su horror todas las maldades diabólicas, cuando en los primogénitos por la ira el odio hirviente perpetró el fratricidio, ese fuego estaba lleno de sonidos, tempestades y piedras agudísimas mayores y menores: porque el homicidio está lleno de avaricia y ebriedades y nequísimas maldades que sin misericordia se desbocan tanto en grandes homicidios como en menores vicios. Cuando eleva su sonido, ese fuego luminoso, los vientos y el aire se agitan; porque, cuando el homicidio en la codicia de la efusión de sangre ruge, los juicios celestiales, los rumores veloces, y en todas partes la preparación extendida para la ruina del homicida en la venganza del juicio recto se suscitan: de modo que los relámpagos preceden a ese sonido, porque ese fuego primero siente en sí la conmoción de ese sonido. Pues la severidad del examen divino oprime superando ese crimen, cuando la majestad divina, antes de que el clamor de esa locura se manifieste públicamente, lo prevé claramente con el ojo al que todo está desnudo.

Pero debajo de esa piel hay un éter purísimo sin tener ninguna piel debajo; porque bajo las insidias del antiguo traidor brilla la fe serenísima, en la cual no se oculta ninguna incertidumbre de infidelidad, no fundada en sí misma, sino sustentada en Cristo, en el cual también ves un globo de fuego candente de gran magnitud que verdaderamente designa a la Iglesia unida, en la fe extendiendo el candor de la claridad inocente y de gran honor como se te demuestra, y teniendo sobre sí dos antorchas claramente colocadas hacia arriba que contienen ese globo para que no exceda su curso, que con su significado están mostrando; que la Iglesia edificada desde lo alto es llevada por dos Testamentos, a saber, de la autoridad del antiguo y nuevo, a los preceptos divinos de los secretos celestiales; porque ellos la contienen para que no se extienda precipitadamente en la variedad de costumbres, y porque tanto el antiguo como el nuevo testimonio le muestran la bienaventuranza de la herencia celestial. Por lo cual también en ese mismo éter hay muchas esferas claras ubicadas por todas partes en las cuales ese mismo globo a veces se vacía un poco emitiendo su claridad; porque en la pureza de la fe aparecen por todas partes muchas y espléndidas obras de piedad, en las cuales la Iglesia en cierto tiempo soportó un poco de opresión, y el decoro de sus maravillas se desvaneció un poco, cuando ella como yaciendo en tristeza, admiraba la claridad de las obras anteriores en los hombres perfectos; y así regresando bajo el mencionado globo rojo y de fuego y restaurando de él sus llamas: nuevamente las sopla en esas mismas esferas, porque ella puesta en contrición, apresurándose bajo la protección del Unigénito de Dios, y recibiendo de él las sufrenias de la divina confortación, declarando el amor de las cosas celestiales en las obras bienaventuradas. Por lo cual también de ese mismo éter sale un soplo con sus torbellinos, que se expande por todo el mencionado instrumento; porque de la unidad de la fe sale una fama muy poderosa con verdaderas y perfectas afirmaciones en ayuda de los hombres; golpeó los confines de todo el orbe con mucha celeridad. Pero debajo de ese mismo éter ves un aire acuoso con una piel blanca debajo, que se difunde aquí y allá, dando

humedad a todo ese instrumento; porque bajo la fe que estaba tanto en los antiguos como en los nuevos padres, el bautismo en la Iglesia para la salvación de los creyentes (como se te manifiesta muy verdaderamente) fundado en la inocencia de la estabilidad beatísima, se dilatando por la divina inspiración, trajo la irrigación de la salvación a todo el mundo en los creyentes. Que cuando a veces se reúne repentinamente, emite una lluvia repentina con mucho fragor; y cuando se difunde suavemente, da una lluvia suave con un movimiento lento, porque, cuando el bautismo a veces se multiplicaba por los asertores de la verdad en la velocidad de la predicación y en la profundidad de la mente de ellos, se manifestaba a los hombres atónitos con la rápida abundancia de palabras en la inundación de su predicación, a veces también el bautismo dilatado con la predicación en un suave temperamento, se propagaba con una suave irrigación con la ayuda de la discreción a los pueblos atraídos.

Por lo cual también de él sale un estado con sus torbellinos, que se difunde por todo el mencionado instrumento; porque de la inundación del bautismo que trae la salvación a los creyentes, sale una fama muy verdadera con palabras de sermones fortísimos, cubriendo todo el mundo con la manifestación de su bienaventuranza, como ya se declara abiertamente en los pueblos abandonando la infidelidad y deseando la fe católica. Y en medio de esos elementos, hay un globo arenoso de gran magnitud, que los elementos rodean de tal manera que no puede deslizarse ni aquí ni allá: que manifiestamente muestra en la fortaleza de las criaturas de Dios, al hombre viviendo en profunda consideración hecho de limo de la tierra de manera maravillosa con mucha gloria, y rodeado por la virtud de las criaturas de tal manera que de ellas no puede separarse de ninguna manera; porque los elementos del mundo creados para el servicio del hombre le exhiben su servidumbre, mientras el hombre como sentado en medio de ellos les preside por disposición divina, como también dice David inspirado por mí: Gloria y honor lo coronaste, y lo constituiste sobre las obras de tus manos (Salmo VIII). Lo que se dice: Oh tú Dios que todo lo hiciste maravillosamente, con una corona áurea y púrpura de intelecto y con un dignísimo vestido de especie visible coronaste al hombre; poniéndolo así como príncipe sobre la altura de las obras perfectas tuyas, que en tus criaturas dispusiste justa y bien. Porque tú, sobre tus otras criaturas, infundiste al hombre grandes y maravillosas dignidades. Pero, como ves, cuando a veces esos elementos con los mencionados soplos se sacuden entre sí, obligan a ese mismo globo a moverse un poco con su fortaleza; porque, cuando en tiempo oportuno, las criaturas de Dios con la fama de los milagros del creador se encuentran entre sí, de modo que un milagro se envuelve en otro milagro con gran trueno de palabras, el hombre golpeado por la magnitud de esos milagros siente la conmoción de su mente y cuerpo, cuando en esos milagros atónito considera la debilidad de su fragilidad.

Y ves entre el norte y el este como una gran montaña, que hacia el norte tiene muchas tinieblas y hacia el este mucha luz, porque entre la impiedad diabólica y la bondad divina se manifiesta la gran caída del hombre a través de la pésima decepción del maligno en los réprobos, sosteniendo muchas miserias de condenación, y a través de la deseable salvación en los elegidos, mucha felicidad de redención, de tal manera que ni aquella luz puede alcanzar las tinieblas, ni aquellas tinieblas pueden alcanzar la luz; porque las obras de la luz no se mezclan con las obras de las tinieblas, ni las obras de las tinieblas ascienden a las obras de la luz, aunque el diablo frecuentemente intente oscurecerlas a través de los hombres malos, como sucede con los paganos, los herejes, los falsos profetas, y aquellos a quienes estos intentan arrastrar tras de sí con su engaño falaz. ¿Cómo? Porque desean saber aquello que no les es dado conocer; imitando a aquel que quiso ser semejante al Altísimo. Y como lo siguen, él les muestra la mentira como si fuera verdad, según su propia voluntad, por lo cual no están conmigo: ni yo con ellos, porque no caminan por mis caminos, sino que aman senderos

extraños, buscando qué les puede mostrar falazmente la criatura insensata sobre causas futuras, y desean saberlo de la misma manera en que lo buscan perversamente, despreciándome a mí y rechazando a mis santos, que me aman con corazón sincero. Pero estos hombres que me tientan tan obstinadamente con arte perversa, investigando la criatura que fue hecha para su servicio, preguntando para que les muestre aquello que desean saber según su voluntad: ¿pueden en su investigación alargar o acortar el tiempo de vida que les ha sido establecido por su Creador? Ciertamente no pueden hacer ni un día ni una hora. ¿O pueden acaso desviar la predestinación de Dios? De ninguna manera, oh miserables, ¿no permito que las criaturas os muestren a veces vuestras pasiones, que tienen signos porque me temen como Dios, como un siervo a veces muestra la facultad de su Señor, y como el buey y el asno y otros animales manifiestan la voluntad de sus dueños, cuando la cumplen fielmente en su servicio? Oh necios, cuando me olvidáis, sin mirarme ni adorarme, sino mirando a la criatura sujeta a vosotros, qué presagia y muestra, entonces me rechazáis obstinadamente, adorando a la criatura débil en lugar de a vuestro Creador. Por lo tanto, también te digo: oh hombre, ¿por qué adoras a la criatura que no puede consolarte ni ayudarte, y que no te confiere ninguna prosperidad en la felicidad? como los matemáticos, instructores de la muerte y seguidores de la incredulidad de los gentiles, suelen afirmar temerariamente: que las estrellas otorgan vida a los hombres y disponen todos vuestros actos. Oh miserables, ¿quién hizo las estrellas? Pero las estrellas a veces se declaran a los hombres con ciertos signos por mi permiso, como también mi Hijo mostró en el Evangelio, donde dice: Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas. (Lucas XXI.) Lo que se dice: En la luz de estas luminarias se ministra a los hombres, y en su circuito se muestran los tiempos de los tiempos. Por lo tanto, también en los últimos tiempos se mostrarán tiempos lamentables y peligrosos por mi permiso en ellos, de tal manera que el rayo del sol, el esplendor de la luna y la claridad de las estrellas a veces se retirarán, para que los corazones de los hombres se conmuevan por esto. Así también, por mi voluntad, la encarnación de mi Hijo fue mostrada por una estrella. Sin embargo, el hombre no tiene una estrella propia que disponga su vida, como el pueblo necio y errante intenta afirmar, sino que todas las estrellas son comunes en servicio a todo el pueblo. Pero que aquella estrella brilló más que las demás estrellas: esto es porque mi Unigénito nació sin pecado por parto virginal, más que otros hombres. Sin embargo, no trajo ninguna otra ayuda a mi Hijo, sino que solo anunció fielmente su encarnación al pueblo, porque todas las estrellas y criaturas que me temen, solo cumplen mi mandato, y no tienen ninguna significación de ninguna cosa en ninguna criatura. Porque cuando me place, las criaturas muestran mi mandato, como cuando un artesano haciendo una moneda graba en ella la forma que le place; entonces la moneda declara la forma impuesta, sin tener ningún poder sobre sí misma, pues no sabe cuándo el artesano querrá imponerle otra forma, ya que no discierne ni el tiempo largo ni el corto de su forma. ¿Qué es esto? Oh hombre, si una piedra yaciera ante ti en la que, observando diligentemente, conjeturaras algunos signos de tus pasiones: entonces, según tu falsa estimación, dirías en tu engaño, ya sea entristecido por tu infelicidad o exaltado por tu prosperidad: ¡Ah! moriré, o ¡evah! viviré, o ¡ay! cuánta infelicidad; o ¡evah! cuánta prosperidad es la mía. ¿Y qué te conferirá entonces esa piedra? ¿Te quitaría o daría algo? Pero no podría ni perjudicarte ni beneficiarte. Así tampoco las estrellas, ni el fuego, ni las aves, ni otra criatura de este tipo en los signos de su investigación pueden dañarte o ayudarte en nada. Pero si confías en esta criatura que fue hecha para tu servicio, rechazándome a mí, entonces también yo, en mi justo juicio, te arrojo de mi vista, quitándote la felicidad de mi reino. Porque no quiero que examines las estrellas, ni el fuego, ni las aves, ni otras criaturas semejantes sobre causas futuras, porque si las miras obstinadamente, tus ojos me son molestos, y te arrojo como a un ángel perdido, que abandonó la verdad y se precipitó a la condenación. Oh hombre, cuando las estrellas y las demás criaturas fueron hechas, ¿dónde estabas? ¿Acaso diste consejo sobre su institución? Pero la presunción de esta investigación

surgió en el primer cisma: a saber, cuando los hombres olvidaron a Dios de tal manera que nación tras nación miró con soberbia a diversas criaturas, y buscó en ellas varios signos sobre causas futuras. Y así también surgió ese error en Baal: que los hombres, engañados, adoraban la criatura de Dios en lugar de a Dios, a lo cual también la burla diabólica los incitó, porque miraron más a la criatura que a su Creador: deseando saber lo que no debían saber. De donde también aparecieron cosas peores que estas: cuando los hombres comenzaron a enloquecer por el diablo con arte mágica, de tal manera que ven y oyen al diablo; él hablándoles y mostrándoles falazmente, como si miraran una criatura y existiera otra. Sin embargo, debe callarse cómo los primeros seductores fueron instruidos por el diablo, así también lo ven y oyen quienes buscan de esta manera, pero ellos son muy reprensibles por su maldad; ya que niegan a Dios su Señor de esta manera y siguen al antiguo seductor. Oh hombre, yo te busqué en la sangre de mi Hijo no con malicia e iniquidad, sino con gran equidad; sin embargo, tú me abandonas a mí, el verdadero Dios, y sigues a aquel que es mentiroso. Yo soy justicia y verdad; y por eso te amonesto en la fe, y te exhorto en el amor, y te conduzco al arrepentimiento, para que, aunque estés manchado de sangre en las contaminaciones de los pecados; sin embargo, te levantes de la caída de tu ruina. Pero si me desprecias, sentirás en ti la parábola de esta similitud.

Cierto Señor, teniendo muchos siervos bajo su mando, dio a cada uno de ellos muchas armas bélicas, diciéndoles: Sed probos y fuertes, desechando la tardanza y la pereza. Pero mientras esos siervos viajaban con él, vieron junto al camino a un cierto embaucador y pésimo inventor de un arte extraña, de donde algunos de ellos, engañados, dijeron: Queremos aprender las artes de este hombre. Y arrojando las armas que tenían, corrieron hacia él. A quienes otros les decían: ¿Qué hacéis? Siguiendo a este embaucador, y provocando la ira de vuestro Señor. Y ellos respondieron: ¿Qué le importará esto a nuestro Señor? Y su Señor les dijo: Oh siervos malvados, ¿por qué arrojasteis las armas que os di? ¿Y por qué os es más querido amar esta vanidad que servirme a mí, vuestro Señor, a quien sois siervos naturales? Id, pues, tras ese embaucador, como deseáis, porque ya no podréis servirme, y ved qué os aprovechará su engaño; y los arrojó de su presencia. Lo que se dice: Aquel Señor es Dios Todopoderoso, que gobierna a todos los pueblos bajo su poder, quien armó a cada hombre con razón e intelecto: mandándole que sea diligente y vigilante en los instrumentos de las virtudes, desechando la maldad y la negligencia. Pero mientras los hombres emprenden el camino de la verdad, dispuestos a avanzar en los mandamientos divinos: les ocurren muchas tentaciones, de tal manera que observan al diablo, seductor de todo el mundo y artífice malvado de múltiples victorias, no en el camino de la verdad, sino puesto en emboscada en el engaño. De donde algunos de ellos, amantes de la injusticia más que de la rectitud, seducidos por el diablo: se esfuerzan más en imitar los vicios del antiguo seductor que en abrazar las virtudes de Dios. Y el intelecto que deberían convertir a los mandamientos divinos; lo retuercen hacia los vicios de la iniquidad terrenal, sometiéndose al diablo. A quienes sus directores, como compañeros y consiervos, a menudo les reprochan sus hechos a través de las Sagradas Escrituras, y les increpan por qué, siguiendo las ficciones diabólicas, atraen sobre sí la venganza divina. Pero ellos, burlándose a menudo de sus amonestaciones, afirman con soberbia que pecan poco y que no ofenden a su Dios. Por lo cual, cuando perseveran en esa obstinación, reciben la sentencia divina, porque a esos siervos de la iniquidad se les reprocha por qué sofocaron el intelecto que les fue dado desde arriba, y por qué prefirieron las decepciones del antiguo seductor al Creador a quien debían servir con diligencia, así ellos, despreciados por Dios, son asignados a las ilusiones diabólicas según sus obras (porque no quisieron servir a Dios), donde se ven obligados a considerar: qué les ha aprovechado la seducción más malvada, porque de esta manera, rechazados, incurren en condenación, ya que, posponiendo los mandamientos divinos, se esforzaron más en seguir al diablo que a

Dios. No quiero que los hombres me desprecien, quienes deben conocerme en la fe, porque si me rechazan y miran a la criatura sujeta a ellos, imitando al antiguo seductor en esto; entonces también permito que les suceda a ellos, tanto con la criatura como con el diablo, según la concupiscencia de su corazón, para que así experimenten qué les aprovecha la criatura que adoraron, o qué les confiere el diablo a quien siguieron.

Y, oh hombres necios, ¿por qué inquirís a la criatura sobre el tiempo de vuestra vida? Ninguno de vosotros puede conocer, evitar o saltar el tiempo de su vida que por mí le ha sido establecido vivir, porque, oh hombre, cuando tu salvación esté completa tanto en lo secular como en lo espiritual, cambiarás este mundo presente, y pasarás a aquel que no encontrará fin. Porque cuando el hombre es de tanta fortaleza que arde más ardientemente en mí que otros, de tal manera que, no adormecido en la conciencia de la hez terrena de los pecados fétidos, evita las insidias de la antigua serpiente; no separo su espíritu de su cuerpo antes de que lleve sus dulces frutos a buen fin en el más suave aroma, pero a aquel que considero de tanta fragilidad, que es tierno y débil en el grave dolor de su cuerpo, y en la atracción del peor insidiador, lo retiro de este mundo antes de que en el tiempo de su mente marchita comience a secarse, porque todo lo sé. Sin embargo, quiero dar a la humanidad toda justicia para su cautela, de modo que ningún hombre pueda excusarse, cuando amonesto y exhorto a los hombres a hacer justicia, cuando les infundo el juicio de la muerte como si ya fueran a morir, aunque aún vayan a vivir más tiempo: hago esto porque nadie, excepto según el fruto que veo en el hombre y según mi voluntad por la cual le concedo vivir, podrá tener o disponer de otro tiempo, como también Job testifica por mí, cuando dice: Has establecido sus límites que no podrán ser traspasados (Job XVI). Lo que se dice: Tú que estás sobre todos, y todo lo prevés antes de que suceda: también en el secreto de tu majestad has establecido los límites de la vida humana, de tal manera que ni la ciencia, ni la prudencia, ni la astucia de ninguna cosa podrán ser traspasadas en ninguna edad, ya sea en la infancia, en la juventud o en la vejez de los hombres, sino según la providencia de tus secretos, que quisiste que los hombres fueran para la gloria de tu nombre. Porque yo, oh hombre, antes de la constitución del mundo te conocí; pero sin embargo quiero considerar tus días en tus obras y discernir su fruto, y examinar diligente y agudamente todas tus obras. A quienquiera que de repente retiro de la vida temporal, la utilidad de esta vida está completa, de tal manera que si su vida se prolongara más, no traería más abundancia de frutos buenos, sino que, teniendo solo el tibio calor de la fe carnal, emitiría solo humo como un sonido vacío de palabras y no me tocaría con el íntimo toque de su corazón. Por lo cual no le concedo las prórrogas de esta vida, sino que lo retiro de este mundo antes de que caiga en el tibio calor de tal infertilidad. Pero a ti va mi palabra, oh hombre. ¿Por qué me desprecias? ¿No envié a mis profetas a ti, y di a mi Hijo por tu salvación en el madero de la cruz, y envié a mis apóstoles para que te mostraran el camino de la verdad a través del Evangelio? Por lo cual no puedes excusarte de no tener todos los bienes por mí. ¿Y por qué ahora me pospones? Pero el error de esta perversidad, a saber, que buscas los signos de tus actos en las estrellas o en el fuego, o en las aves o en otra criatura semejante: ya no quiero tolerarlo, porque todos los que primero inventaron este error con visión diabólica: despreciando a Dios, rechazaron por completo sus mandamientos, por lo cual también ellos fueron despreciados. Pero yo resplandezco sobre toda criatura en la claridad de mi divinidad: de tal manera que mis milagros en mis santos te son manifiestos, por lo cual ya no quiero que practiques más este error de la adivinación, sino que mires hacia mí. Oh necio, considera quién soy yo; considera que yo soy el sumo bien. Por lo cual te concedo todos los bienes cuando me buscas diligentemente. ¿Y quién crees que soy yo? Soy Dios sobre todo y en todo. Pero tú quieres que me tenga como un rústico; que teme a su señor. ¿Cómo? Tú quieres que haga tu voluntad, cuando tú desprecias mis mandamientos. Pero Dios no es así. ¿Qué es esto? Porque él no tiene ni la opinión del principio, ni el temor

del fin. Los cielos resuenan en mis alabanzas mirándome, y obedeciéndome según la justicia por la cual fueron puestos por mí. También el sol, la luna y las estrellas aparecen en las nubes del cielo según su curso: y también los vientos y las lluvias corren en el aire como les ha sido establecido, y todas estas cosas obedecen a su Creador según su mandato. Pero tú, oh hombre, no cumples mis mandamientos, sino que sigues tu voluntad: como si la justicia de mi ley no te hubiera sido ni puesta ni mostrada. Porque estás en tanta contumacia, aunque seas polvo, que no te basta la justicia de mi ley que ha sido arada y cultivada en la sangre de mi Hijo y bien triturada en mis santos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Pero en tu gran necesidad quieres atraparme, cuando me insultas de esta manera, diciendo: Si a Dios le agrada que sea justo y bueno, ¿por qué no me hace recto? Tú quieres atraparme como un cabrito insolente quiere atrapar a un ciervo, que con sus fuertes cuernos lo rechaza y perfora. Así también yo, cuando quieres jugar insolentemente conmigo en tus costumbres, en los preceptos de mi ley, te quebranto con mi justo juicio. Estas son las trompetas que resuenan en tus oídos; pero tú no las sigues, sino que corres tras el lobo que crees haber domesticado de tal manera que no puede hacerte daño. Pero el lobo hambriento te devora, diciendo: Esta oveja se ha desviado del camino y no quiso seguir a su pastor, sino que corrió tras de mí, por lo que quiero devorarla, porque me eligió y abandonó a su pastor. Oh hombre, Dios es justo: y por eso dispuso todo lo que hizo en el cielo y en la tierra con justa ordenación. Yo soy el gran médico de todas las enfermedades: actuando como un médico que ve al enfermo que desea ardientemente la cura. ¿Qué es esto? Si la enfermedad es leve, la cura fácilmente; pero si es grave, le dice al enfermo: Te exijo plata y oro. Si me los das, te ayudaré. Así también yo, oh hombre, actúo. Borro los pecados menores con gemidos, lágrimas y buena voluntad de los hombres; pero en las culpas más graves, te mando, oh hombre, que hagas penitencia y corrijas tus costumbres, y te mostraré mi misericordia y te daré la vida eterna. Y no mires las estrellas ni otras criaturas por las causas que te ocurren, ni adores al diablo, ni lo invoques, ni busques nada de él, porque si deseas saber más de lo que te conviene, serás engañado por el antiguo seductor, ya que cuando el primer hombre buscó más de lo que debía, fue engañado por él y cayó en la perdición. Sin embargo, el diablo no conoció la redención del hombre, donde el Hijo de Dios mató a la muerte y rompió el infierno, porque el diablo al principio venció al hombre por medio de la mujer; pero Dios al final de los tiempos aplastó al diablo por medio de la mujer que dio a luz al Hijo de Dios, quien llevó a la nada las obras diabólicas de manera maravillosa, como mi amado Juan testifica, diciendo: En esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo (1 Juan 3). ¿Qué es esto? Por la salud y salvación de los hombres apareció la máxima claridad, es decir, el Hijo de Dios, vistiendo la pobreza del cuerpo humano; pero como una estrella ardiente brillando en nubes sombrías, así fue puesto en el lagar, donde el vino debía ser exprimido sin la suciedad de la levadura, porque él, la piedra angular, cayó sobre el lagar; y exprimió tal vino que dio el máximo aroma de suavidad. Él, sin la inundación de sangre contaminada en el género humano, resplandeció como un hombre claro, pisoteando con el pie de su milicia la cabeza de la antigua serpiente: deshaciendo desde el hígado de su iniquidad todos los dardos, que estaban llenos de furia y lujuria, lo hizo completamente despreciable. Por lo tanto, cualquiera que tenga conocimiento en el Espíritu Santo y alas en la fe; no transgrede mi advertencia, sino que la abraza en el gusto de su alma.

VISIÓN CUARTA.

RESUMEN.---Queja del alma sobre el camino del error, regresando por la gracia de Dios a la madre Sion. Sobre los castigos del alma. Sobre el tabernáculo al que entró. Queja del alma

resistiendo fuertemente a los torbellinos diabólicos con la ayuda de Dios. Sobre los torbellinos que la persuasión diabólica envía. Por qué se suscitan estos errores. Cómo se contiene la ira, el odio, la soberbia. Queja del alma saliendo de su tabernáculo con temor. Que el conocimiento de Dios no se nubla por la oscuridad de ninguna cosa. Que en la belleza de la justicia de Dios no se puede encontrar injusticia. Sobre los ídolos y que deben ser abandonados. Ezequiel el profeta sobre lo mismo. Sobre la desigualdad de las mujeres humanas y la diversidad de los hombres procreados de ellas. Palabras de Moisés sobre el mismo asunto. Por qué nacen contraídos y deformes. Cómo el niño en el vientre de la madre es vivificado y, al salir de allí, es solidificado y sostenido por el alma. Cómo el alma muestra sus fuerzas según las fuerzas del cuerpo. Que el hombre tiene tres caminos en sí mismo. Sobre el entendimiento. Sobre la voluntad. Semejanza del fuego y el pan. Cómo en el tabernáculo de la voluntad, es decir, en el ánimo, todas las fuerzas del alma se calientan y se unen entre sí. Sobre la razón. Sobre el sentido. Que el alma es maestra, la carne sierva. Semejanza del árbol al alma. Que el alma inclinada al pecado, compungida por el don de Dios, abandona los pecados. Que el alma, tentada por las insidias diabólicas, expulsa de sí los dardos del diablo por la inspiración celestial. Que el alma, al abandonar la morada del cuerpo, espera con gran temblor la sentencia del juicio. Palabras de Dios a los hombres para que obedezcan los preceptos divinos, y rechazando el mal, realicen fielmente el bien en el amor de Dios. Sobre la fe católica. Palabras de Isaías.

Y luego vi un esplendor grandísimo y serenísimo, como si estuviera ardiendo con muchos ojos, teniendo cuatro ángulos vueltos hacia las cuatro partes del mundo; que designando el secreto del Creador supremo, me fue manifestado en el mayor misterio, en el cual también apareció otro esplendor similar a la aurora, teniendo en sí la claridad de un fulgor púrpura. Y he aquí que vi en la tierra a hombres llevando leche en vasijas de barro y haciendo de ella quesos; de los cuales una parte era espesa, de donde se hicieron quesos fuertes, otra parte era delgada, de la cual se coagularon quesos débiles, y otra parte estaba mezclada con podredumbre, de la cual salieron quesos amargos, y así vi como una mujer teniendo en su vientre la forma completa de un hombre. Y he aquí que por la disposición secreta del Creador supremo, esa forma dio el movimiento de la vitalidad, y una esfera ígnea, sin tener las líneas del cuerpo humano, poseyó el corazón de esa forma y tocó su cerebro, y se transfundió por todos sus miembros. Y luego, al salir esa forma humana del vientre de la mujer, vivificada de este modo, según los movimientos que la esfera tuvo en esa forma humana, también cambió su color según ellos. Y vi que una esfera de este tipo permaneciendo en el cuerpo humano fue invadida por muchos torbellinos, inclinándola hasta el suelo, pero ella, recobrando fuerzas, se levantó valientemente y les resistió valientemente, y con gemido se quejó así:

¿Dónde estoy, peregrina? En la sombra de la muerte. ¿Y por qué camino voy? En el camino del error. ¿Y qué consuelo tengo? El que tienen los peregrinos. Yo debía tener un tabernáculo adornado con piedras cuadradas, más brillantes que el sol y las estrellas, porque el sol poniente y las estrellas ponientes no debían brillar en él, sino que en él debía estar la gloria angélica, porque el topacio debía ser su fundamento, y todas las gemas su estructura, sus escaleras de cristal y sus calles pavimentadas de oro. Pues yo debía ser consorte de los ángeles; porque soy el aliento viviente que Dios envió al limo árido. Por lo tanto, debería conocer a Dios y sentirlo. Pero ¡ay! cuando mi tabernáculo entendió que podía ver con sus ojos en todos los caminos, puso su instrumento hacia el norte. ¡Ah! ¡ah! ¿dónde fui capturada y despojada de mis ojos y del gozo del conocimiento, con mi vestido todo rasgado, y así expulsada de mi herencia; fui llevada a un lugar extraño, que carece de toda belleza y honor, donde estoy sujeta al peor servicio. Pero también aquellos que me capturaron, golpeándome con bofetadas, me hicieron comer con los cerdos, y así, enviándome a un lugar desierto, me

ofrecieron hierbas amarguísimas untadas con miel para comer. Después también, extendiéndome sobre el lagar, me afligieron con muchos tormentos, luego despojándome de mis vestiduras y causándome muchas heridas, me entregaron a la caza donde los peores y venenosos serpientes como escorpiones y áspides, y similares hicieron presa de mí y me rociaron toda con su veneno, de modo que me volví completamente débil y debilitada. Por lo cual, burlándose de mí, dijeron: ¿Dónde está ahora tu honor? ¡Ah! entonces temblé toda, y con gran gemido de tristeza dije en silencio: Oh, ¿dónde estoy? ¡Ah! ¿de dónde vine aquí? ¿Y qué consolador buscaré para esta cautividad? ¿Cómo romperé estas cadenas? Oh, ¿qué ojo podrá ver mis heridas? ¿Y qué narices podrán soportar este hedor fétido? ¿O qué manos las ungirán con aceite? ¡Ah! ¿quién tendrá misericordia de mi dolor? Que el cielo escuche mi clamor: y que la tierra tiemble por mi tristeza, y que todo lo que vive se incline con compasión hacia mi cautividad, porque un dolor amarguísimo me oprime; ya que, sin consuelo y sin ayuda, soy una peregrina. Oh, ¿quién me consolará, ya que incluso mi madre me ha abandonado, porque me desvié del camino de la salvación? ¿Quién me ayudará sino Dios? Pero cuando me acuerdo de ti, oh madre Sion, en la que debía habitar, miro los amarguísimos servicios a los que estoy sujeta. Y cuando traigo a la memoria todo tipo de música que hay en ti; miro mis heridas. Pero cuando también recuerdo el gozo y la alegría de tu gloria; entonces detesto esos venenos con los que estoy infectada. Oh, ¿a dónde me volveré? ¿Y a dónde huiré? Porque mi dolor es innumerable, ya que si persisto en estos males, seré compañera de aquellos con quienes me comporté deshonestamente en la tierra de Babilonia. ¿Y dónde estás, oh madre mía Sion? ¡Ay de mí! porque de ti me alejé infeliz, ya que si no te conociera, soportaría mi dolor más fácilmente. Pero ahora huiré de mis peores compañeros; porque la infeliz Babilonia me puso en una balanza de plomo, y me oprimió con grandes vigas, de modo que apenas puedo respirar. Pero cuando derramo mis lágrimas hacia ti, oh madre mía, con mis gemidos, la infeliz Babilonia emite tantos ruidos de aguas sonoras, que no atiendes mi voz. Por lo tanto, con mucha preocupación buscaré caminos estrechos, en los que pueda huir de mis peores compañeros y de mi infeliz cautividad. Y cuando dije esto, me escapé por un estrecho sendero donde me escondí en un pequeño agujero hacia el norte llorando amargamente, porque había perdido a mi madre; allí también consideraba todo mi dolor y todas mis heridas, y derramé allí tantas lágrimas llorando y llorando; que todo el dolor y toda la lividez de mis heridas se empaparon con estas lágrimas. Y he aquí que un suavísimo olor como una brisa suave emitida por mi madre impregnó mis narices. Oh, cuántos gemidos y cuántas lágrimas derramé entonces, cuando sentí que esa pequeña consolación estaba presente. Y di tantos lamentos con copiosas lágrimas de alegría; que incluso el monte en cuyo agujero me había escondido se conmovió por ello. Y dije: Oh madre, oh madre Sion: ¿qué será de mí al final? ¿Y dónde está ahora tu noble hija? Oh, ¿cuánto tiempo, cuánto tiempo estaré sin la dulzura materna tuya, que me criaste dulcemente en muchas delicias? Y en estas lágrimas me deleitaba tanto; como si viera a mi madre. Pero mis enemigos, al escuchar mis clamores, decían: ¿Dónde está aquella que hasta ahora hemos tenido en nuestra compañía según nuestra voluntad, que también ha cumplido toda nuestra voluntad hasta ahora? He aquí que ahora invoca a los celestiales. Por lo tanto, despertemos todas nuestras artes, custodiándola con tanto esmero y tanta preocupación, para que no pueda escapar de nosotros en ninguna parte, porque antes la sometimos completamente a nosotros. Si hacemos esto, de nuevo nos seguirá. Pero yo, saliendo en secreto del agujero en el que me había escondido, deseaba ir a cierta altura donde mis enemigos no pudieran encontrarme. Pero ellos me opusieron un mar de tal fervor, que de ninguna manera pude vadearlo. Pero también allí había un puente de tal pequeñez y estrechez; que tampoco pude cruzarlo. Al final de ese mar apareció una altura de montañas de tales acuminaciones que tampoco allí sentí que pudiera haber un camino. Y dije: Oh, ¿qué haré ahora, desdichada? Había sentido un poco la dulzura de mi madre, por lo que pensaba que quería llevarme de nuevo a ella; pero

¡ay! ¿me dejará de nuevo? ¡ay! ¿a dónde me volveré? Porque si ahora caigo en la cautividad anterior, seré más ahora que antes objeto de burla para mis enemigos, porque clamé fielmente a mi madre y porque sentí un poco la dulzura de su dulzura, cuando ahora de nuevo he sido abandonada por ella. Pero yo, por esa dulzura que antes había sentido venir por mi madre, aún fui de tal fortaleza que me volví hacia el oriente y comencé a intentar de nuevo los caminos más estrechos. Pero esos caminos estaban tan cercados de espinas y abrojos y otros impedimentos de este tipo, que apenas podía fijar mis huellas en ellos; pero sin embargo, con gran trabajo y sudor, apenas los atravesé al final: de ese trabajo incurrí en tal fatiga, que apenas podía respirar. Así, al final, con gran fatiga, escapando a la cima del monte en el que me había escondido antes, me incliné hacia su valle, donde al querer descender, áspides, escorpiones, dragones y otras serpientes de este tipo, encontrándose conmigo, emitieron sus silbidos hacia mí. Por lo cual, aterrorizada, emití grandes lamentos, diciendo: Oh madre, ¿dónde estás? Porque sufriría menos, si no hubiera sentido antes la dulzura de tu visita, porque ahora de nuevo caeré en esa cautividad en la que yacía antes. ¿Dónde está entonces ahora tu ayuda? Entonces escuché la voz de mi madre diciéndome.

Oh hija, corre, porque se te han dado alas para volar por el dador más fuerte; a quien nadie puede resistir. Por lo tanto, vuela rápidamente sobre todas estas contrariedades. Y yo, confortada con mucha consolación, tomé esas alas y salté rápidamente sobre todas esas cosas venenosas y mortíferas. Y llegué a cierto tabernáculo, que interiormente estaba todo fabricado de la más fuerte calibe. Y entrando en él, hice obras de claridad, cuando antes había hecho obras de tinieblas. En ese tabernáculo, al norte, coloqué una columna de hierro sin pulir; en la cual colgué abanicos de diversas plumas moviéndose de un lado a otro, y encontrando maná, lo comí. Al oriente, construí una fortaleza de piedras cuadradas: y encendiendo fuego en ella, allí bebí vino mirrado con mosto. Pero al sur, construí una torre de piedras cuadradas; en la cual colgué escudos de color rojo, y en cuyas ventanas coloqué trompetas hechas de marfil. En medio de esa torre derramé miel, de la cual hice un ungüento precioso con otras especias, de modo que de él se difundió un gran olor por todo el ámbito del tabernáculo. Pero al occidente no puse ninguna obra; porque esa parte estaba vuelta hacia el mundo. Pero mientras estaba ocupada en este trabajo; mis enemigos, tomando sus aljabas, atacaron mi tabernáculo con sus flechas; pero yo, por el esmero del trabajo que hacía; no atendí su locura hasta que llenaron las puertas del tabernáculo con flechas: sin embargo, ninguna de las flechas ni hirió la puerta, ni pudo penetrar la calibe del tabernáculo, por lo cual tampoco yo pude ser herida por ellas. Al percibir esto, emitieron una gran inundación de aguas, para derribarme a mí y a mi tabernáculo: sin embargo, en esta malicia suya no lograron nada. Por lo cual, los desafié audazmente, diciendo: El artesano que construyó este tabernáculo fue más sabio y fuerte que ustedes. Por lo tanto, recogiendo sus flechas, depónganlas, porque ninguna victoria de su voluntad podrá lograr en mí de ahora en adelante. He aquí, ¿qué heridas muestran? Yo, con mucho dolor y trabajo, libré muchas batallas contra ustedes, cuando querían entregarme a la muerte; pero sin embargo no pudieron, porque, armada con las armas más fuertes, blandí agudos espadas contra ustedes, por los cuales me defendí valientemente de ustedes. Retírense, entonces, retírense, porque no podrán tenerme más.

Pero yo, frágil e ignorante, vi también que en otra esfera muchos torbellinos irrumpían queriendo derribarla, pero no pudieron, porque ella, resistiendo con fuerza, no les dio lugar para enloquecer, sin embargo, así con queja dijo: Aunque soy pobre, he recibido un gran oficio. Oh, ¿qué soy yo? ¿Y cuál es la queja de mi clamor? Pues soy un aliento viviente puesto en el hombre, en el tabernáculo de las médulas, venas, huesos y carne, de tal manera

que a ese mismo tabernáculo le doy vegetación, y lo llevo por todas partes en sus movimientos. Pero ¡ay! la sensibilidad de él produce suciedad, lujuria y petulancia de costumbres y todo tipo de vicios. ¡Ah! ¡con qué gran gemido me quejo de esto! Pues cuando tengo la prosperidad de la vida en las obras de mi tabernáculo: me encuentro con la persuasión diabólica que me atrapa en todo, y me eleva en el soplo de la arrogancia de tal manera que a menudo digo. Quiero obrar según el apetito de las fuerzas de mi tierra; pues en mi tabernáculo entiendo todas las obras; pero me veo tan impedida por su concupiscencia que no distingo mis obras antes de sentir en mí terribles heridas. ¡Oh, cuánto llanto emito entonces! Y digo: Oh Dios, ¿no me creaste? He aquí que la vil tierra me oprime. ¿Y así huyo en él? ¿Cómo? Cuando mi tabernáculo tiene concupiscencia carnal; entonces, porque tengo placer en la obra, con ella realizo esa obra. Pero la razón que en mí vigila con conocimiento, me muestra que fui creada por Dios, en cuya razón también siento; porque Adán, cuando transgredió el mandato divino, temiendo se escondió. Así también yo, temiendo, me escondo de la faz de Dios: cuando siento que mis obras en mi tabernáculo son contrarias a Dios. Pero cuando peso la balanza de plomo del pecado: desprecio todas esas obras que arden en concupiscencias carnales. ¡Ay de mí errante! ¿cómo podré subsistir en estos peligros? Y cuando la persuasión diabólica me invade diciendo: ¿Es bueno esto que no sabes, ni ves, ni puedes hacer: qué será entonces? Y cuando de nuevo dice: Lo que sabes, y entiendes, y puedes hacer, ¿por qué lo abandonas? ¿qué haré entonces? Pero llena de dolor responderé. ¡Ah, misera de mí! porque por Adán me fueron insuflados venenos nocivos, cuando él transgredió el mandato divino y fue expulsado a la tierra, uniendo tabernáculos carnales. Pues en el gusto que él probó en la manzana por desobediencia, la dulzura nociva se introdujo en la sangre y la carne, y así produce la contaminación de los vicios. Por lo cual siento el pecado de la carne en mí; pero al purísimo Dios, porque estoy embriagada por la culpa, lo descuido. Pero no debo seguir lo que el gusto de mi tabernáculo tiene en sí. Pues por esto que Adán en la primera aparición fue creado puro y simple por Dios, temo a Dios, sabiendo que por él fui creada pura y simple. Pero ahora por la mala costumbre de los vicios, me vuelvo a la inquietud. ¡Oh, en todo esto soy peregrina y errante! Por lo cual los torbellinos de diversos sonidos profieren muchas mentiras, que surgen en mí diciendo: ¿Quién eres? ¿Y qué dices? ¿Y cuáles son las luchas que ejerces? Pues eres infeliz. Porque ignoras si tu obra es buena o mala. ¿A dónde irás finalmente, y quién te conservará? ¿Y cuáles son esos errores que te llevan a la locura? ¿Harás lo que te deleita, o huirás de lo que te angustia? ¡Oh! ¿qué harás, porque esto sabes, y aquello ignoras? Pues lo que te deleita no te es lícito, y a lo que te angustia, a eso te obliga el mandato de Dios. ¿Y cómo sabes si estas cosas son así? Sería mejor para ti, si no hubieras sido. Y después de que estos torbellinos se levantaron así en mí; comienzo a caminar por otro camino, que es pesado para mi carne, porque empiezo a hacer justicia. Pero de nuevo dudo dentro de mí, si esto es por don del Espíritu Santo o no, y digo: Esto es inútil. Y luego quiero volar sobre las nubes. ¿Cómo? Quiero ascender sobre mi entendimiento, y comenzar cosas que no puedo realizar. Pero cuando intento hacer esto, excito en mí una gran tristeza, de tal manera que ni en la altura de la santidad, ni en la llanura de la buena voluntad realizo obra alguna, sino que siento en mí la inquietud de la duda, la desesperación, la tristeza y la opresión de todas las cosas. Y cuando la persuasión diabólica me inquieta así. ¡Oh, cuánta calamidad me abruma entonces! porque todos los males que son o pueden ser en vituperio, en maldición, en mortificación del cuerpo y del alma, en palabras torpes contra la pureza, la salud y la altura que están en Dios: todos estos me ocurren a mí, infeliz. Por lo cual también esta iniquidad se levanta en mí, a saber, que toda felicidad y todo bien que tanto en el hombre como en Dios me serán molestos y graves, proponiéndome más la muerte que la vida. ¡Ah! ¡qué infeliz lucha se me presenta así de trabajo en trabajo, de dolor en dolor, de cisma en cisma, quitándome toda felicidad!

¿Pero de dónde se excita el mal de estos errores? de esto, a saber. Pues la antigua serpiente tiene en sí astucia y engañosa versatilidad, y el veneno mortífero de la iniquidad. Pues en su astucia me infunde la contumacia de los pecados, quitándome el entendimiento del temor del Señor: de tal manera que no temo pecar, diciendo así: ¿Quién es Dios? No sé quién es Dios. Pero en su engañosa versatilidad me induce la obstrucción, de tal manera que me obstruyo en el mal. Pero en el veneno mortífero de la iniquidad me quita el gozo espiritual, de tal manera que no puedo alegrarme en Dios, induciéndome así la duda de la desesperación, a saber, que dudo si puedo salvarme o no. ¿Qué son estos tabernáculos, que sostienen tantos peligros en el engaño diabólico? Pero cuando por don de Dios recuerdo que fueron creados por Dios; entonces entre estas opresiones, a estas persuaciones diabólicas respondo de esta manera. Yo, frágil de la tierra, no caeré, sino que libraré las más fuertes batallas. ¿Cómo? Cuando mi tabernáculo quiere ejercer obras de injusticia: defendiéndome triturando la médula, la sangre y la carne en la sabiduría de la paciencia, como un león fuerte se defiende, y como una serpiente en su cueva huyendo del golpe de muerte se esconde. Pues no debo recibir las flechas del diablo, ni ejercer la voluntad de la carne. ¿Cómo?

Pues cuando la ira quiere intensificarse alrededor de mi tabernáculo; miro a la bondad de Dios a quien la ira nunca tocó, y así me vuelvo más suave que el aire que con su suavidad riega la sequedad de la tierra, teniendo gozo espiritual, cuando las virtudes comienzan a mostrar su vigor en mí. Y así siento la bondad de Dios. Pero cuando el odio intenta denigrarme: miro a la misericordia y al martirio del Hijo de Dios, y así constriño mi carne recibiendo con fiel recuerdo el suave olor de las rosas que nacen de las espinas, y así reconozco a mi Redentor. Pero cuando la soberbia intenta poner en mí la torre de su vanidad sin fundamento de piedra, y erigir en mí esta altura que no quiere tener semejante, sino que siempre quiere parecer más alta que las demás. Oh, ¿quién me socorrerá entonces, pues la antigua serpiente que queriendo ser sobre todos cayó en la muerte intenta derribarme? Entonces digo con tristeza. ¿Dónde está mi rey y mi Dios? ¿Qué puedo hacer de bueno sin Dios? Nada. Y así miro a Dios que me dio la vida, y corro a la beatísima virgen que quebrantó la soberbia de la antigua cueva; así, hecha la piedra más fuerte del edificio de Dios, el lobo más voraz que fue estrangulado por el anzuelo de la divinidad, no podrá vencerme en adelante. Y así reconozco el bien suavísimo, es decir, la humildad en la altura de Dios y el recuerdo entre todos de la humildad de la beatísima Virgen, sintiendo la suavidad del bálsamo inagotable, y así gozando en la dulzura de Dios como si estuviera en el olor de todas las especias; también derribo los demás vicios con la fortísima humildad.

Y luego yo, pobre, vi que otra esfera, contrayéndose en los lineamientos de su forma: desató sus nudos, y se extrajo de ellos con gemido, y rompió su sede con tristeza. Y dijo: Saldré de mi tabernáculo. Pero yo, miserable y llena de tristeza, ¿a dónde iré? Por horrendas y terribles sendas al juicio donde seré juzgada. Pues mostraré las obras que he realizado en mi tabernáculo: y allí recibiré la remuneración según mis méritos. ¡Oh, cuánto temor! ¡oh, cuánta angustia habrá para mí allí! Y mientras se resolvía de este modo: vinieron ciertos espíritus, tanto luminosos como sombríos, que fueron compañeros de su conversación según se movía en su sede, esperando su resolución, para que, después de haberse desatado, la llevaran consigo. Y oí una voz viviente que les decía: según sus obras, sea llevada de un lugar a otro; y de nuevo oí una voz del cielo que me decía: La bienaventurada e inefable Trinidad se manifestó al mundo, cuando el Padre envió a su Unigénito concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen al mundo para que los hombres nacidos en mucha diversidad, y obligados por muchos pecados, fueran llevados por él al camino de la verdad, de tal manera que ellos, liberados de los lazos de la masa corporal, llevando consigo buenas y santas obras: alcanzaran los gozos de la herencia celestial.

Para que lo comprendas más profundamente, oh hombre, y lo juzgues más claramente: ves un esplendor grandísimo y serenísimo como si ardiera con muchos ojos, teniendo cuatro ángulos vueltos a las cuatro partes del mundo, que significa la gran y pura ciencia de Dios en los misterios y en las manifestaciones, resplandeciendo con la máxima profundidad de perspicuidad y extendiendo las agudísimas aristas de la estabilidad cuadrifacética a las cuatro regiones del orbe donde ella prevé agudísimamente tanto a los que son rechazados como a los que son recogidos viniendo; mostrando el misterio de la majestad suprema: que en el tipo de la suma altura y profundidad se te demuestra como ves. En el cual también aparece otro esplendor semejante a la aurora, teniendo en sí la claridad del fulgor purpúreo; porque la ciencia de Dios también muestra esto, que el unigénito del Padre tomando carne de la virgen, se dignó derramar su sangre en el candor de la fe para la salvación de los hombres, en la cual la ciencia de Dios, se muestran el bien y el mal, porque ella no se nubla con ninguna oscuridad de cosa alguna. Pero tú, oh hombre, dices: ¿Qué hará el hombre, cuando Dios ha previsto todo lo que él va a hacer? A lo cual yo:

Oh necio, en la malicia de tu corazón, imitas a aquel que primero rechazó el camino de la verdad oponiendo la mentira a la verdad, cuando quiso hacerse semejante a la suma bondad. ¿Quién podrá ocultar el principio y el fin de todo lo que es, fue y permanecerá? Pero tú, ¿quién eres? Eres polvo de ceniza. ¿Y qué sabes cuando no eras? Pero tú, teniendo un principio lamentable y un fin miserable, contradices lo que ni sabes, ni debes saber: a saber, la incomprensible belleza de la justicia de Dios en la cual no se encuentra, ni se encontró jamás, ni se encontrará sospecha de injusticia. Oh necio, ¿dónde piensas que está el padre de la iniquidad a quien imitas? ¿Qué es esto? Cuando la soberbia te infla sobre las estrellas, y sobre las demás criaturas, y sobre los ángeles quieres elevarte que cumplen los preceptos de Dios por todo y sobre todo. Pero tú caerás como él cayó; que opuso la mentira a la verdad. Pues él amó la mentira, y por eso envuelto en muerte cayó en el abismo. Por lo tanto, oh hombre, atiende. Cuando no miras aquella caridad con la que Dios te liberó, ni atiendes cuántos bienes Dios siempre te ha otorgado, ni consideras cómo él te llama de la muerte: frecuentemente caes en pecados donde amas más la muerte que la vida, si entonces finalmente recuerdas las escrituras y doctrinas que tus antiguos y fieles padres te propusieron, a saber, que debes evitar el mal y obrar el bien; si entonces desde lo más íntimo de tu corazón dices, he pecado gravemente; por lo cual debo volver con digna penitencia a mi padre que me creó, entonces tu padre te recibe benignamente y colocándote en su seno te abraza con dulces brazos. Ahora bien, desprecias conocer aquella bienaventuranza que te ha sido propuesta por Dios, y te niegas a escuchar o a obrar la justicia de Dios. ¿Acaso si fuera posible llamarías más injusto que justo el juicio de Dios? Por lo cual, si no hubieras sido redimido por la sangre del Hijo de Dios, yacerías perdido en la perdición. Pero el juicio de Dios es verdadero y justo. Por lo cual, oh hombre, ¿qué utilidad obtienes de que te desgarras en mi juicio? En el coro de los ángeles y en mi viña escogida está la alabanza de los que alaban y dicen: Gloria a ti, Señor, que eres justo y veraz, ni por ellos se contradice mi juicio; porque son justos. Pero ¿qué le aprovechó al diablo que se opuso a mí? Que cuando vio que tenía mucha claridad; quiso exaltarse sobre todos, de tal manera que una innumerable multitud de espíritus soberbios consintió con él, a quienes todos la divina virtud en el celo de su justicia derribó junto con él; así también todos son derribados que en la perseverancia del mal intentan posponer la justicia de Dios; porque ellos trabajan para pervertir el sumo bien en la perversidad de la maldad. Por lo cual Dios no estableció lo que es injusto; sino que ordenó todo lo que es recto en la equidad de su bondad.

Pero también aquellos hombres que en su infidelidad rechazaron a Dios, haciéndose esculturas en las que el diablo entró y los engañó, se levantaron en la locura de tal vanidad después de que pasó la generación de hombres a quienes Adán y Eva habían dicho cómo fueron hechos por Dios y cómo fueron expulsados del paraíso. A quienes otros siguiendo en la misma perversidad, adoraron más a la criatura de Dios que a su mismo creador, y pensaron que las cosas que no viven disponían su vida. Por lo cual también aquellos que aún se ensucian en esa infidelidad, abandonen su necedad y se conviertan fielmente a aquel que rompió los lazos del diablo, dejando la antigüedad de la ignorancia, y abrazando la novedad de la vida, como mi siervo Ezequiel exhorta, diciendo: Arrojad de vosotros todas vuestras transgresiones en las que habéis transgredido, y haced para vosotros un corazón nuevo y un espíritu nuevo (Ezequiel XVIII). Lo que se dice: Oh vosotros que queréis perseverar en la rectitud en el sol de justicia por cuyos caminos corren las ovejas bienaventuradas, arrojad de la conciencia de vuestro corazón la indagación de aquellos ocultos que en la doctrina necesaria y saludable os son inútiles, en los cuales quisisteis volar en vana altitud; cuando os sumergisteis en el lago precipitado en el que no habita orden alguno, sino aquella horrible confusión que ignora a Dios. Y cuando hayáis hecho esto, seguid el camino de la verdad para vuestra salvación, donde encontraréis en vuestro corazón la novedad del cielo resplandeciente y poseeréis en vuestro espíritu como de vivificante inspiración.

Ves también en la tierra a hombres llevando leche en vasijas de barro y haciendo queso con ella: estos son los hombres en el mundo, tanto hombres como mujeres, que en sus cuerpos tienen la semilla humana, de la cual se procrea la raza de diversos pueblos, de la cual una parte es espesa, de donde se forman los quesos; porque esa semilla, en su fortaleza, cocida y temperada útil y bien, produce hombres fuertes, a quienes también se les otorga gran claridad de dones tanto espirituales como carnales en grandes padres y en altas personas: de modo que en la consecución de la prudencia, la discreción y la utilidad de la vida en sus obras, florecen claramente ante Dios y ante los hombres, porque el diablo no encuentra su lugar en ellos, y una parte es delgada de la cual se coagulan quesos débiles: porque esta semilla, en su ternura, cocida e imperfectamente temperada, produce hombres tiernos que, en su mayoría, se encuentran estúpidos, tibios e inútiles, tanto ante Dios como ante el mundo, en sus obras, y que no buscan a Dios con esfuerzo. Pero también una parte está mezclada con corrupción, de la cual se hacen quesos amargos; porque esa semilla, en la debilidad de la mezcla, malamente extraída y mezclada inútilmente, hace hombres deformes que a menudo tienen amargura, dificultad y opresión del corazón, por lo que no pueden elevar su mente a lo superior. Sin embargo, muchos de estos se vuelven útiles; no obstante, sufren muchas tempestades e inquietudes, tanto en sus corazones como en sus costumbres, pero salen victoriosos; porque, si se sometieran a su inquietud, se volverían tibios e inútiles. Por lo tanto, Dios los cohibe y ayuda, y los conduce al camino de la salvación, como está escrito: Yo mataré, y yo haré vivir; heriré y yo sanaré, y no hay quien pueda librar de mi mano (Dan. XXXII). Lo que se dice: Yo, que soy, sin principio ni fin, destruyo a los hombres malvados en sus actos; que son atormentados por las impurezas del diablo en los vicios, y que son engañados en las partes del seminario infeliz por las cavernas diabólicas. Oh, cuán astuta es la mandíbula de la víbora que los infla de tal manera que la muerte entra en ellos; por lo que les quito la prosperidad de este mundo, donde son así asesinados por muchas tribulaciones que no pueden superar, pero que siempre están presentes para ellos por justo juicio. Pero yo, que no soy derribado por ninguna malicia, a menudo hago que estos vivan miserablemente en otra parte: donde, viviendo en ellos, atraigo su aliento hacia arriba desde lo terrenal para que no perezca en ellos, también los afligo con golpes a través de mucha debilidad del trabajo de su vida; que, por orgullo, desean ascender a una altura dañina para su mente, pensando que nadie puede

derribarlos, también a aquellos que, estando presente en todas partes, a veces los elevo hacia la verdadera salud, para que no sean consumidos en peligros engañosos por vanidades engañosas. Pero en todas estas cosas no hay hombre ni otra criatura que pueda desviar tales obras mías con su astucia o poder obstinado; porque no hay quien pueda resistir mi voluntad y justicia. A menudo también, como ves, en mi olvido y en la burla del diablo, se lleva a cabo la mezcla del hombre y la mujer allí y se encuentra la concepción de los hombres nacientes: para que, como sus padres transgredieron mis preceptos, en sus propios hijos crucificados regresen a mí en penitencia, a menudo también permito que esta maravillosa creación se realice para mi gloria y la de mis santos en los hombres, para que, cuando aquellos que están distorsionados de esta manera sean restaurados a la salud por la ayuda de mis elegidos, mi nombre sea glorificado tanto más ardientemente por los hombres. Pero aquellos que se constriñen por esta ley, de modo que desean la gloria de la virginidad; ascienden como el amanecer a los secretos celestiales, porque por amor a mi Hijo cortan de sí mismos las delicias de su cuerpo. Pero lo que ves como una mujer que tiene en su útero la forma completa de un hombre: esto es porque, después de que la mujer ha concebido la semilla humana, el niño se forma en la integridad de sus miembros en la cámara oculta de su vientre. Y he aquí, por la disposición secreta del Creador supremo, esa misma forma da el movimiento de una vivaz moción; porque tú, en la secreta y oculta orden y voluntad de Dios, el niño en el útero materno, en el tiempo divinamente dispuesto, recibe el espíritu, muestra que vive con el movimiento de su cuerpo, como la tierra se abre y produce las flores de su fruto, cuando el rocío ha caído sobre ella. De modo que, como una esfera de fuego que no tiene los lineamientos del cuerpo humano, posee el corazón de esa forma, porque el alma, ardiendo en el fuego de la profunda ciencia, discierne diversas cosas en el circuito de su comprensión; no teniendo la forma de los miembros humanos: porque ella no es corpórea, ni caduca como el cuerpo del hombre, fortalece el corazón del hombre: que, existiendo como el fundamento del cuerpo, gobierna todo el cuerpo y, como el firmamento del cielo, contiene las partes inferiores y cubre las superiores, y también toca el cerebro del hombre, porque en sus fuerzas no solo saborea lo terrenal, sino también lo celestial, cuando conoce a Dios sabiamente, y se difunde a través de todos los miembros del hombre, porque otorga el vigor de las médulas y venas y de todos los miembros a todo el cuerpo, como el árbol imparte su savia y verdor a todas las ramas desde su raíz. Pero luego, esa forma del hombre, saliendo del útero de la mujer de este modo vivificada, según los movimientos que esa esfera tiene en la misma forma del hombre, también según ellos cambia su color; porque después de que el hombre ha recibido el espíritu vital en el útero materno y así ha nacido, y ha dado el movimiento de su operación según las obras que el alma opera con el cuerpo, según estas también existen sus méritos, porque de los buenos se viste de claridad y de los malos de oscuridad.

Ella también, según las fuerzas del cuerpo, muestra sus fuerzas, de modo que en la infancia del hombre produce simplicidad, y en la juventud fortaleza; pero en la plena edad, cuando todas las venas del hombre están llenas, declara sus fuerzas más fuertes en sabiduría, como también el árbol, existiendo tierno en su primer brote y luego mostrando fruto en sí mismo, finalmente lo produce con plenitud de utilidad; pero después, en la vejez del hombre, cuando su médula y venas ya han comenzado a inclinarse hacia la debilidad, el alma muestra fuerzas más ligeras como en el tedio de la ciencia del hombre: así como también la savia del árbol, cuando ya se acerca el tiempo invernal, se contrae en sus ramas y hojas, y como ese mismo árbol ya comienza a inclinarse en su vejez. Pero el hombre tiene en sí tres caminos. ¿Qué es esto? Alma, cuerpo y sentidos; en estos se ejercita la vida del hombre. ¿Cómo? El alma vivifica el cuerpo y respira los sentidos; el cuerpo atrae el alma hacia sí y abre los sentidos: los sentidos tocan el alma y atraen el cuerpo. Porque el alma proporciona vida al cuerpo,

como el fuego infunde luz a las tinieblas: teniendo dos fuerzas principales, a saber, el intelecto y la voluntad, como dos brazos, no porque el alma tenga brazos para moverse, sino porque se manifiesta en estas fuerzas, como el sol se declara por su esplendor. Por lo tanto, oh hombre, a quien no pesa la carga de las médulas, atiende en la ciencia de las Escrituras. El intelecto está así fijado al alma, como el brazo al cuerpo. Porque así como el brazo, al que está unida la mano con los dedos, se extiende desde el cuerpo, así también el intelecto, con la operación de las demás fuerzas del alma con las que entiende las obras del hombre, procediendo ciertamente del alma; él, más que las otras fuerzas del alma, entiende todo lo que hay en las obras de los hombres, ya sea bueno o malo; de modo que por él, como por un maestro, se entienden todas las cosas, porque el alma misma discute todo de esta manera, como también el trigo se purga de toda contrariedad; investigando si son útiles o inútiles, si son amables o detestables, o si pertenecen a la vida o a la muerte. Por lo tanto, así como la comida sin sal es insípida, así también las demás fuerzas del alma sin intelecto son insípidas y no discernientes. Pero él también en el alma es como el omóplato en el cuerpo, existiendo como la médula en el cerebro de las demás fuerzas del alma y como el hombro fuerte del cuerpo, entendiendo también la divinidad y la humanidad en Dios, es una cierta inflexión del brazo, así también teniendo la fe recta en su obra: lo que también es la inflexión de la mano, con la cual entonces discierne diversas obras en la discreción como con los dedos; él mismo, sin embargo, no opera como las demás fuerzas del alma. ¿Qué es esto?

Porque la voluntad calienta la obra y el ánimo la recibe y la razón la produce, pero el intelecto entiende la obra mostrando el bien y el mal, como los ángeles tienen intelecto amando el bien y odiando el mal. Y así como el cuerpo tiene corazón, así también el alma tiene intelecto, que también ejerce su fuerza en esa parte del alma, como también la voluntad en otra. ¿Cómo? Porque la voluntad tiene gran fuerza en el alma. ¿Cómo? El alma está en el ángulo de la casa, es decir, en el firmamento del corazón como un hombre en algún ángulo de su casa para que, mirando toda la casa, gobierne todos los instrumentos de la casa, levantando el brazo derecho señalando y mostrando las cosas útiles de su casa y volviéndose hacia el oriente. Así también el alma hace a través de las calles de todo el cuerpo, mirando hacia el nacimiento del sol; porque ella pone la voluntad como el brazo derecho en el firmamento de las venas y médulas y en la conmoción de todo el cuerpo, porque la voluntad opera cualquier obra, ya sea buena o mala. Porque la voluntad es como el fuego que cuece cada obra como en un horno. Porque el pan se cuece para que los hombres, alimentados de él, se fortalezcan, para que puedan vivir. Así también la voluntad es la fortaleza de toda la obra, porque ella muele en el engaño y pone la levadura en la fuerza, y en la dureza golpea; y así, preparando su obra como pan en la consideración, la cuece en la perfección con la obra plena de su ardor, y de este modo hace un alimento mayor para los hombres en la obra que en el pan; porque la comida del hombre a veces cesa en él: pero la obra de la voluntad perdura en él hasta la separación de su alma del cuerpo, y en qué gran diversidad sea la obra, a saber, desde la infancia, la juventud, la plena edad, la decrepita inclinación; sin embargo, avanza en la voluntad y en ella muestra su perfección. Pero la voluntad tiene en el pecho del hombre una cierta tienda, a saber, el ánimo, que tanto el intelecto como la misma voluntad y cada fuerza del alma soplan con su fortaleza, y todas estas se calientan en esa misma tienda y se unen entre sí. ¿Cómo? Si surge la ira, la bilis se infla y así, emitiendo humo en la tienda, perfecciona la ira. Pero si se levanta una deleitación impura, se enciende el incendio de la lujuria en su materia, y se eleva esa petulancia que pertenece al pecado, y se reúne en esa misma tienda. Pero hay otra alegría amable, que se enciende en esa tienda por el Espíritu Santo; a la cual el alma, regocijándose, la recibe fielmente, y perfecciona la obra buena en los deseos celestiales. También hay una cierta tristeza, de la cual en esa misma tienda, de los humores que están alrededor de la bilis, nace la torpeza: engendrando indignación,

obstinación y contumacia en los hombres, y deprimiendo el alma, a menos que, con la gracia de Dios, sea rápidamente rescatada. Pero también cuando causas contrarias ocurren a esa tienda: frecuentemente se conmueve en odio y otras cosas mortíferas que matan el alma, y preparan grandes ruinas en la perdición. Pero cuando la voluntad quiere, mueve los instrumentos de su tienda, y los deposita en el calor ferviente, ya sean buenos o malos. Si esos instrumentos agradan a la voluntad, allí cuece su comida y la propone al hombre para que la pruebe. Por lo tanto, en esa misma tienda surge una multitud de bien y mal: como cuando un ejército se reúne en algún lugar. Pero cuando el príncipe del ejército llega, si ese ejército le agrada, lo recibe: si le desagrade, le ordena que se vaya, así también hace la voluntad. ¿Cómo? Si el bien o el mal ha surgido en el pecho del corazón, la voluntad lo perfecciona o lo descuida. Pero también en el intelecto y en la voluntad, la razón se muestra como el sonido del alma; que perfecciona cualquier obra, ya sea de Dios o del hombre. Porque el sonido eleva la palabra en alto; así como el viento que levanta al águila para que pueda volar, así también el alma emite el sonido de la razón en el oído y en el intelecto de los hombres; para que se entiendan sus fuerzas y para que cualquier obra se lleve a la perfección. Pero el cuerpo es el tabernáculo y el sostén de todas las fuerzas del alma, porque el alma, permaneciendo en el cuerpo, opera con el cuerpo, y el cuerpo con ella, ya sea bueno o malo.

El sentido es al que se adhiere la obra de las fuerzas interiores del alma; de modo que ellas se entienden en los frutos de cada obra a través de él, y él está sujeto a ellas; porque lo llevan a la obra, pero él no les impone la obra, porque es su sombra, haciendo según lo que a ellas les plazca. Pero también el hombre exterior, en primer lugar con el sentido en el vientre de la madre antes de nacer, despierta; mientras las demás fuerzas del alma permanecen aún en lo oculto. ¿Qué es esto? La aurora anuncia la luz del día; así también el sentido del hombre declara todas las fuerzas del alma con la razón. Y así como la ley y los profetas dependen de los dos mandamientos de Dios, así también el sentido del hombre vigila en el alma y en sus fuerzas. ¿Qué es esto? La ley está puesta para la salvación del hombre, y los profetas manifiestan los secretos de Dios: así también el sentido del hombre aleja de él las cosas nocivas y desnuda los interiores del alma. Porque el alma respira el sentido. ¿Cómo? Ella vivifica al hombre con rostro viviente, y lo dota de vista, oído, gusto, olfato y tacto. De modo que el hombre, tocado por el sentido, está vigilante en todas las cosas; porque el sentido es la señal de todas las fuerzas del alma, así como el cuerpo es el vaso del alma. ¿Cómo? El sentido encierra todas las fuerzas del alma. ¿Qué es esto? El hombre se conoce en el rostro, ve con los ojos, oye con los oídos, abre la boca para hablar, palpa con las manos, camina con los pies, y por eso el sentido en el hombre es como piedras preciosas, y como un tesoro precioso sellado en un vaso. Pero así como se ve el vaso, y se sabe que hay un tesoro en él; así también en el sentido se entienden las demás fuerzas del alma. Pero el alma es la maestra, y la carne la sierva. ¿Cómo? El alma gobierna todo el cuerpo en la vivificación, y el cuerpo recibe el gobierno de su vivificación, porque si el alma no vivificara el cuerpo, el cuerpo se disolvería en descomposición. Pero cuando el hombre obra mal con el alma consciente, esto es tan amargo para el alma como el veneno para el cuerpo cuando el cuerpo lo toma conscientemente. Pero de la buena obra el alma se alegra, así como el cuerpo se deleita con la comida sabrosa. Y el alma se infiltra en el cuerpo, como la savia en el árbol. ¿Qué es esto? Por la savia el árbol se vuelve verde y produce flores y luego da fruto, así también por el alma el cuerpo. ¿Y cómo se lleva entonces el fruto del árbol a la madurez? Por la templanza del aire. ¿Cómo? El sol lo calienta, la lluvia lo riega, y así se perfecciona en la templanza del aire. ¿Qué es esto? La misericordia de la gracia de Dios ilumina al hombre como el sol, la inspiración del Espíritu Santo lo riega como la lluvia, y así la discreción lo lleva a la perfección de los buenos frutos como una buena templanza del aire.

Pero el alma en el cuerpo es como el jugo en el árbol y sus fuerzas son como la forma del árbol. ¿Cómo? El intelecto en el alma es como el verdor de las ramas y hojas en el árbol, la voluntad es como las flores en él, el ánimo es como el primer fruto que brota, la razón es como el fruto maduro perfecto, y el sentido es como la extensión de su anchura. Y de esta manera, el cuerpo del hombre es solidificado y sostenido por el alma. Por lo tanto, oh hombre, comprende qué eres en tu alma; tú que dejas de lado tu buen entendimiento y deseas compararte con los animales. Pero tú, oh hombre, viendo estas cosas, considera también que una esfera de este tipo en el cuerpo humano es invadida por muchos torbellinos que la inclinan hasta la tierra: esto significa que el alma del hombre, mientras el hombre vive en alma y cuerpo, es perturbada por muchas tentaciones invisibles que frecuentemente la inclinan hacia los pecados de las concupiscencias terrenales a través del deleite de la carne, pero ella, recobrando fuerzas, se levanta valientemente y les resiste con firmeza; porque el hombre fiel y solícito, cuando ha pecado, a menudo, compungido por el don de Dios, abandona los pecados y pone su esperanza en Dios, rechazando las ficciones diabólicas, buscando fielmente a su Creador, como también la fiel alma, lamentando sus miserias, lo muestra verdaderamente arriba. Pero lo que ves que en otra esfera muchos torbellinos intentan derribarla, pero no pueden, significa que muchas insidias diabólicas invaden esa alma intentando arrastrarla a los pecados de muchos crímenes, pero no pueden prevalecer sobre ella con sus ilusiones porque ella, resistiendo con fuerza, no les da lugar para enloquecer, ya que, protegiéndose con inspiración celestial, expulsa de sí las flechas de las engañosas decepciones y recurre a su Salvador, como también lo declara arriba en las palabras de su queja, como se ha mostrado antes. Lo que ves que otra esfera, contrayéndose según los lineamientos de su forma, resuelve sus nudos: esto significa que esa alma, abandonando los miembros de su morada corporal, deja su unión cuando el tiempo de la disolución de su morada ha llegado, y se extrae de ellos con gemido, rompiendo su sede con tristeza, porque al quitarse de su cuerpo con angustia, permite que el lugar de su habitación caiga con gran temblor, temiendo el juicio inminente del juez supremo, porque entonces sentirá los méritos de sus obras por el justo juicio de Dios, como también lo manifiesta en su queja arriba. Por lo tanto, cuando un espíritu se resuelve de esta manera; vienen los claros y los oscuros que son compañeros de su conversación según se mueve en su sede; porque en esa resolución, cuando el alma del hombre abandona su morada, están presentes los espíritus angélicos, tanto buenos como malos, según la justa y verdadera ordenación de Dios, que fueron inspectores de sus obras según lo que operó en su cuerpo con su cuerpo, esperando su resolución para que, una vez se haya liberado, la lleven consigo, porque ellos esperan la sentencia del justo juez sobre esa alma en su separación del cuerpo; para que, una vez liberada del cuerpo, la lleven a donde el juez supremo haya juzgado según los méritos de sus obras, como también, oh hombre, se ha mostrado fielmente arriba. Por eso, vosotros, oh carísimos hijos míos, abrid vuestros ojos y oídos, y obedeced mis preceptos. ¿Y por qué despreciáis a vuestro Padre, que os liberó de la muerte? Los coros de ángeles cantan: Justo eres, Señor, porque la justicia de Dios no tiene mancha alguna; quien tampoco liberó al hombre por su poder, sino por compasión, cuando envió a su Hijo al mundo para la redención del hombre. Pues ninguna contaminación de levadura mancha al sol, así tampoco ninguna perversidad de injusticia puede tocar a Dios. Pero tú, oh hombre, en la ciencia contemplativa ves el bien y el mal. ¿Y qué eres: cuando en la multitud de deseos carnales te ensucias? ¿Y qué eres: cuando las clarísimas gemas de las virtudes brillan en ti? El primer ángel despreció el bien y deseó el mal, por lo que recibió el mal en la muerte de la perdición eterna, y fue sepultado en la muerte, porque rechazó lo que es bueno. Pero los ángeles buenos despreciaron el mal y amaron el bien, viendo la caída del diablo que quería oprimir la verdad y erigir la mentira: por eso ellos ardieron en el amor de Dios, teniendo el firme fundamento de todo

bien, de modo que no quieren otra cosa que lo que agrada a Dios, nunca cesando en su alabanza. Pero también el primer hombre conoció a Dios y lo amó en simplicidad y, recibiendo su precepto, se sometió a la obediencia, pero luego se inclinó hacia el mal, operando la desobediencia. Pues cuando el diablo le sugirió el mal, abandonó el bien y perpetró el mal, y fue expulsado del paraíso. Por lo tanto, el mal debe ser rechazado en la perdición de la muerte, y el bien debe ser abrazado en el amor de la vida. Pero tú, oh hombre, cuando tienes el recuerdo del bien y del mal, estás como en una encrucijada, porque si entonces desprecias las tinieblas del mal queriendo mirar a aquel cuya criatura eres y a quien confesaste en el santo bautismo donde la antigua culpa de Adán fue derribada, y si dices que quieres huir del diablo y de su malicia y seguir al verdadero Dios y sus preceptos; entonces considera cómo has sido enseñado a declinar el mal y hacer el bien, y porque el Padre celestial no perdonó a su Unigénito, sino que lo envió para tu liberación, y ora a Dios para que te socorra, y él, escuchándote, dirá: Estos ojos me agradan. Y si entonces rechazas el tedio corriendo con fuerza en los mandamientos de Dios, el clamor de tus oraciones es escuchado en todas partes. Pues debes domar tu carne y someterla al imperio del alma. Pero tú dices: Siento en mi carne pesos tan grandes que no puedo superarlos. Pero como Dios es bueno, que él me haga bueno. ¿Cómo podría domar mi carne siendo hombre? Dios es bueno, que él perfeccione todo lo bueno en mí. Pues cuando le plazca, podrá hacerme bueno. Pero te respondo: Si Dios es bueno, ¿por qué desprecias conocer su bondad? porque él entregó a su Hijo por ti; quien te liberó de la muerte en muchas aflicciones y grandes trabajos. Pero cuando dices que no puedes realizar buenas obras, lo dices en la injusticia de la iniquidad. Pues tienes ojos para ver, oídos para oír, corazón para pensar, manos para obrar, pies para caminar; de modo que con todo tu cuerpo puedes erguirte o inclinarte, dormir o vigilar, comer y ayunar; así te creó Dios. Por lo tanto, resiste a las concupiscencias de tu carne y Dios te ayudará. Pues cuando te opones al diablo como un fuerte guerrero a su enemigo; entonces Dios se deleita en tu combate, queriendo que lo invoques constantemente en todas las horas y en todas tus angustias. Pero cuando no quieres domar tu carne, entonces la haces banquetear en vicios y pecados, porque le quitas el freno del temor del Señor; con el cual deberías contenerla, para que no vaya a la perdición. Por eso miras al diablo como él miró a la iniquidad, cuando cayó en la muerte. Y él, gozándose de tu perdición, dice: He aquí el hombre que es como nosotros. Y entonces cae sobre ti, y pone sus caminos en la sombra de la muerte según le place en ti. Pero Dios sabe qué bien puedes hacer; por eso se te ha dado la ley, según lo que puedes trabajar. Dios desde el principio del mundo hasta su consumación quiere complacerse en sus elegidos, para que ellos, adornados fidelísimamente con la claridad de las virtudes, sean coronados. ¿Cómo? El hombre debe resistir a la voluptuosidad de su carne de tal manera que no se disuelva en los placeres de este mundo, ni viva tan seguro, como si permaneciera en su propia casa, porque es un peregrino, ya que su Padre lo espera; si quiere regresar a él en el cielo, donde sabe que está. Por lo tanto, oh hombre, si vuelves tus ojos a dos caminos, es decir, al bien y al mal: entonces serás enseñado, y entenderás lo grande y lo pequeño. ¿Cómo? Por la fe entiendes a un Dios en divinidad y humanidad; y también ves que las obras diabólicas están en el mal. Y cuando así conoces los caminos justos e injustos; entonces por mí eres interrogado. ¿Qué camino deseas tomar? Si entonces deseas ir por los buenos caminos, y si escuchas fielmente mis palabras: ora a Dios con oración constante y sincera para que te socorra y no te abandone, porque eres frágil en tu carne, y baja tu cabeza en humildad; y sacude de ti lo que en tus obras es malo, y arrójalo de ti rápidamente; esto te requiere Dios. Y como si alguien te propusiera oro y plomo y te dijera, extiende tu mano hacia lo que desees: tomarías el oro con avidez y dejarías el plomo, porque amarías más el oro que el plomo. Así también debes atender más a la patria celestial que a la depresión de los pecados. Pero si caes en pecados, levántate pronto en confesión y pura penitencia, antes de que la muerte nazca en ti. Pues tu Padre quiere que clames, llores y pidas ayuda: para que no

permanezcas en las inmundicias de los pecados. Pero si has recibido heridas, busca al médico para que no mueras. ¿No envía a menudo Dios tempestades a los hombres, para que sean invocados con más atención por ellos? Pero tú, oh hombre, dices: No puedo realizar buenas obras. Yo, sin embargo, digo: Puedes. Y tú preguntas, ¿cómo? Respondo: Con intelecto y razón. Dices: No tengo deseo en mí. Respondo: Aprende a luchar contra ti mismo. Y dices: No puedo luchar contra mí mismo, a menos que Dios me ayude. Escucha entonces cómo luchar contra ti mismo: Cuando el mal surge en ti sin saber cómo desecharlo; entonces, ayudado por el toque de mi gracia (pues en los caminos de los ojos interiores mi gracia te toca) clama, ora, confiesa y llora; para que Dios te socorra, y para que quite el mal de ti, y para que te dé fuerzas en el bien; esto lo tienes por el conocimiento con el que entiendes a Dios por la inspiración del Espíritu Santo; pues si fueras trabajador de algún hombre: cuántas veces tendrías que hacer lo que a tu cuerpo le sería difícil, ¿no soportarías mucho laboriosamente por tu recompensa terrenal? ¿Y por qué no sirves a Dios por la recompensa celestial; quien te dio tanto el alma como el cuerpo? Pues si quisieras tener alguna cosa temporal, oh cuánto trabajarías para poder tenerla al menos por poco tiempo. Ahora, sin embargo, te fastidia buscar aquello que no tiene fin. Pues como el buey es guiado por el aguijón, así también debes ejercitar tu cuerpo con el temor del Señor; porque si haces esto, Dios no te rechazará. Pues si algún tirano te capturara, inmediatamente te volverías hacia aquel que pudiera ayudarte y le suplicarías y le rogarías, y le prometerías tu sustancia para que te socorriera. Así también tú, oh hombre, haz cuando la iniquidad te haya capturado; volviéndote a Dios, suplica, ora y promete tu corrección, y Dios te ayudará. Pero tú, oh hombre, eres ciego para ver, sordo para oír, insensato para defenderte; porque el entendimiento que Dios te infundió y los cinco sentidos de tu cuerpo que te dio, los tienes como si fueran nada y vanidad. ¿No tienes entendimiento y conocimiento? El reino de Dios puede comprarse, pero no adquirirse en broma. Escuchad, pues, oh hombres, y no despreciéis la entrada de la Jerusalén celestial, no toquéis la muerte y neguéis a Dios y confeséis al diablo, no crezcáis en pecados, y no disminuyáis en el bien. Pues no queréis escuchar a Dios cuando os negáis a caminar en sus preceptos, y corréis hacia el diablo cuando os esforzáis por cumplir el deseo de vuestra carne. Arrepentíos, pues, y fortaleceos porque esto os es necesario. Pero el hombre fiel considere su dolor y busque al médico antes de caer en la muerte. Pues si considera su dolor y busca al médico, encontrado le mostrará el amargo jugo del ungüento por el cual podrá ser sanado, que son las palabras amargas por las cuales debe ser probado, si su penitencia procede de la raíz de su corazón o del viento de su inestabilidad. Y cuando lo haya probado, le da el vino de la compunción y la penitencia, para que lave el hedor de sus heridas y también le ofrece el aceite de la misericordia para que unte las mismas heridas hacia la sanidad. Entonces también le ordena que esté solícito en su sanidad, diciendo: Mira que permanezcas diligente y estable en esta medicina, y no tomes tedio de ella, porque tus heridas son graves. Pero hay muchos que apenas aceptan la penitencia de sus pecados, y aunque con mucho trabajo la realizan por temor a la muerte. Pero yo les extiendo la mano, y convierto esa amargura en dulzura para ellos, de modo que realizan esa penitencia por amor a mí con gran tranquilidad, la cual comenzaron con gran dificultad. Pero quien haya descuidado la penitencia de sus pecados, porque dice que castigar su cuerpo le es difícil, es miserable porque no quiere mirarse a sí mismo, ni buscar ningún médico, ni sanar sus heridas, sino que oculta en sí mismo la peor lividez y cubre la muerte con simulación para que no pueda ser vista. Por eso es perezoso para el gusto de la penitencia, no queriendo mirar el aceite de la misericordia, ni buscar el consuelo de la redención: y por eso se apresura hacia la muerte porque amó la muerte, y no buscó el reino de Dios. Por lo tanto, oh fieles, corred en los preceptos de Dios, para que no os alcance la condenación de la muerte. Imitad al nuevo Adán, y deseched al hombre viejo. Pues al que corre, el reino de Dios está abierto, pero al que yace en la tierra, está cerrado, pero son miserables aquellos que veneran al diablo, ignorando

a Dios. ¿Cómo? Quienes no adoran a Dios uno en Trinidad; ni quieren conocer la Trinidad en unidad. Por lo tanto, quien quiera salvarse, no dude en la fe recta y católica. ¿Qué significa esto? Porque no adora al Padre, quien niega al Hijo; ni ama al Hijo, quien ignora al Padre; ni tiene al Hijo, quien rechaza al Espíritu Santo; ni recibe al Espíritu Santo, quien no venera al Padre y al Hijo. Por lo tanto, la unidad en la trinidad, y la trinidad en la unidad debe ser entendida. Oh hombre, ¿acaso vives sin corazón y sin sangre? Así tampoco debe creerse que el Padre está sin el Hijo ni sin el Espíritu Santo, ni el Hijo sin el Padre, ni sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin ellos. Pero el Padre envió a su Hijo para la redención del hombre al mundo y nuevamente lo atrajo hacia sí: como el hombre emite los pensamientos de su corazón, y nuevamente los recoge hacia sí. Por lo tanto, de esta misión salvadora del Unigénito de Dios, Isaías habla en la voluntad de la majestad suprema, diciendo: El Señor envió la palabra en Jacob, y cayó en Israel (Isa. IX). Lo que se dice: La palabra por la cual todas las cosas fueron hechas, a saber, el Unigénito de Dios, que en el corazón del Padre según la divinidad siempre estuvo sin principio de tiempo, el mismo Señor, es decir, el Padre supremo, lo envió por boca de los profetas en Jacob, cuando ellos fielmente anunciaron que el mismo Hijo de Dios vendría al mundo para la salvación de los hombres; para que los hombres, advertidos y preparados por ellos, astutamente suplantarán al diablo, y sabiamente evitarán las astucias de sus engaños. Y así la misma palabra cayó en Israel, cuando el mismo Unigénito de Dios vino a la alta pureza de la virgen, en la cual ningún hombre puso su paso; sino que mantuvo su flor inviolablemente, para que él, nacido de una virgen, condujera a aquellos que ignoraban la luz de la verdad por la ceguera engañosa al verdadero camino, y los restaurara a la salvación indeficiente. Por lo tanto, quien tenga conocimiento en el Espíritu Santo y alas en la fe, no transgreda mi admonición, sino que la abraza percibiéndola en el gusto de su alma.

VISIÓN QUINTA.

RESUMEN.---De la Sinagoga madre de la encarnación del Hijo de Dios. Palabras de Salomón. Palabras del profeta Isaías. Del diverso color de la Sinagoga. De su ceguera, y lo que significa en el corazón de Abraham, en el pecho de Moisés, en el vientre de los demás profetas. Que es grande como una torre, teniendo un círculo en la cabeza similar al amanecer. Palabras de Ezequiel. Comparación de Sansón y de Saúl y de David con la misma cosa.

Después de esto vi como una imagen femenina desde la cabeza hasta el ombligo pálida, y desde el ombligo hasta los pies negra, y en los pies ensangrentada, pero alrededor de sus pies tenía una nube blanquísima y purísima, y estaba privada de ojos, mientras que sus manos las mantenía bajo sus axilas, de pie junto al altar que está ante los ojos de Dios, pero no lo tocaba. Y en su corazón estaba Abraham, y en su pecho Moisés, y en su vientre los demás profetas, cada uno mostrando sus signos y admirando la belleza de la nueva esposa. Esta apareció de tal magnitud como la torre más alta de alguna ciudad, teniendo en su cabeza como un círculo similar a la aurora. Y escuché de nuevo una voz del cielo que me decía: Dios impuso al pueblo antiguo la austeridad de la ley cuando ordenó la circuncisión a Abraham, la cual después convirtió en la gracia de la suavidad cuando dio a su Hijo la verdad del Evangelio a los creyentes, en la cual a los heridos por el yugo de la ley, los ungió con el óleo de la misericordia. Por eso ves como una imagen femenina desde la cabeza hasta el ombligo pálida, que es la Sinagoga, madre de la encarnación del Hijo de Dios y desde el inicio de sus hijos hasta su fortaleza, previendo en sombra los secretos de Dios, pero no abriéndolos completamente. Ella no es la aurora resplandeciente que habla abiertamente, sino que la contempla desde lejos con gran admiración, como se dice en los Cantares sobre ella: ¿Quién

es esta que sube del desierto, rebosante de delicias, apoyada en su amado? (Cant. VIII). Lo que se dice: ¿Quién es esta nueva esposa, que se eleva en muchas buenas obras a través de los desiertos de las naciones que abandonan los preceptos legales de la sabiduría y adoran ídolos, ascendiendo a los deseos celestiales con las delicias de los dones del Espíritu Santo en abundancia, y así anhelando con gran esfuerzo y apoyándose en su esposo, es decir, el Hijo de Dios? Esta es la que, dotada por el Hijo de Dios, resplandece en virtudes espléndidas, abundante en los riachuelos de las Escrituras. Pero también la misma Sinagoga pregunta con gran admiración sobre los hijos de esa nueva esposa a mi siervo Isaías: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, y como palomas a sus ventanas? (Isa. LX). Lo que se dice: ¿Quiénes son estos que, abstraídos en sus mentes de las concupiscencias terrenales y carnales, vuelan con pleno deseo y devoción a lo celestial, y con la simplicidad de una paloma sin amargura de hiel, protegen los sentidos de su cuerpo y buscan con gran ardor el refugio de la roca más firme, que es el Unigénito de Dios? Estos son los que, por amor celestial, pisan los reinos terrenales y buscan los celestiales. La Sinagoga, por tanto, se admiraba de la nueva esposa que es la Iglesia, porque no se reconoció a sí misma adornada con virtudes similares cuando la vio, ya que la Iglesia está rodeada de presencias angélicas para que el diablo no la desgarré y derribe, mientras que la Sinagoga yace abandonada por Dios en vicios.

Por eso ves también que desde el ombligo hasta los pies es negra: lo que significa que desde la fortaleza de su expansión hasta la consumación de su duración, ha sido sucia en la transgresión de la ley y en la violación del pacto de sus padres, porque de muchas maneras ha descuidado los preceptos divinos siguiendo el placer de su carne. Y en los pies ensangrentada, pero alrededor de sus pies tiene una nube blanquísima y purísima, porque en su consumación mató al profeta de los profetas, donde también ella misma cayó; sin embargo, en esa misma consumación, en las mentes de los creyentes surge una fe luminosa y perspicaz, porque donde la Sinagoga terminó, la Iglesia se levantó, cuando la doctrina apostólica después de la muerte del Hijo de Dios se difundió por todo el mundo. Pero también esa imagen está privada de ojos, manteniendo sus manos bajo las axilas porque la Sinagoga no miró la verdadera luz, cuando tuvo en desprecio al Unigénito de Dios. Por lo tanto, cubre las obras de justicia en el tedio de la buena obra y la pereza, no arrojándolas de sí misma, y las esconde negligentemente como si no existieran. Está de pie junto al altar que está ante los ojos de Dios, pero no lo toca, porque la ley de Dios que recibió por mandato divino y divina inspección la conoce en la corteza, pero no la tocó interiormente, porque más bien la aborreció que la amó, descuidando ofrecer sacrificios e incienso de oraciones devotas a Dios. Pero en su corazón está Abraham, porque él fue el inicio de la circuncisión en la Sinagoga. Y en su pecho Moisés, porque él trajo la ley divina a los corazones de los hombres, y en su vientre los demás profetas, es decir, en esa institución que les fue divinamente entregada, inspectores de los preceptos divinos. Cada uno mostrando sus signos y admirando la belleza de la nueva esposa, porque ellos mostraron las maravillas de su profecía en signos maravillosos, y contemplaron con gran admiración la belleza de la generosidad de la Iglesia. Ella misma aparece de tal magnitud como la torre más alta de alguna ciudad, porque recibiendo la magnitud de los preceptos divinos, proclamó la fortificación y defensa de una ciudad noble y elegida, teniendo en su cabeza como un círculo similar a la aurora, porque la Iglesia en su origen mostró el milagro de la encarnación del Unigénito de Dios, y mostró las claras virtudes y misterios que le siguen; pues ella fue coronada como en la primera mañana, cuando recibió los preceptos divinos, designando a Adán, quien primero recibió el mandato de Dios, pero luego en su transgresión cayó en la muerte. Así también hicieron los judíos, que primero recibieron la ley divina, pero luego en su incredulidad rechazaron al Hijo de Dios. Pero así como el hombre fue rescatado de la perdición de la muerte por la muerte del Unigénito de Dios en el último tiempo, así también la Sinagoga antes del último día,

despertada por la divina clemencia, abandonará la incredulidad y llegará verdaderamente al conocimiento de Dios. ¿Qué es esto? ¿No asciende la aurora antes que el sol? Pero la aurora se retira y la claridad del sol permanece. ¿Qué es esto? El Antiguo Testamento se retiró, y la verdad del Evangelio permanece, porque lo que los antiguos observaban carnalmente en las observancias legales, el nuevo pueblo lo ejerce espiritualmente en el Nuevo Testamento, porque lo que ellos mostraron en la carne, estos lo perfeccionan en el espíritu. Pues la circuncisión no pereció, porque fue trasladada al bautismo, así como ellos fueron marcados en un miembro, así también estos en todos sus miembros. Por lo tanto, los antiguos preceptos no perecieron, porque fueron trasladados a un estado mejor. Incluso en el último tiempo, la Sinagoga se transferirá fielmente a la Iglesia. Pues, oh Sinagoga, cuando errabas en muchas iniquidades de tal manera que te contaminabas con Baal y con otros semejantes, rompiendo la costumbre de la ley con costumbres muy viles, y yaciendo desnuda en tus pecados: hice lo que mi siervo Ezequiel dice, diciendo: Extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu ignominia, y te juré y entré en pacto contigo (Ezequiel XVI). Lo que se dice: Yo, el Hijo del Altísimo, en la voluntad de mi Padre extendí mi encarnación sobre ti, oh Sinagoga, es decir, por tu salvación, quitando tus pecados, que en muchos olvidos cometiste, y te establecí el remedio de la salvación, de tal manera que manifesté los caminos de mi pacto para tu salvación, cuando te abrí la verdadera fe a través de la doctrina apostólica, para que observaras mis preceptos como una mujer debe someterse al poder de su marido. Pues quité de ti la aspereza de la ley exterior, y te di la suavidad de la doctrina espiritual y te mostré todos mis misterios en doctrinas espirituales por mí mismo, pero tú me abandonaste, justo, y te uniste al diablo. Pero tú, oh hombre, entiende: así como la esposa de Sansón lo abandonó, de tal manera que fue privado de su luz, así también la Sinagoga abandonó al Hijo de Dios, cuando lo despreció endurecida, y cuando rechazó su doctrina. Pero después de que sus cabellos ya han crecido de nuevo, de tal manera que la Iglesia de Dios ha sido fortalecida, el Hijo de Dios en su fortaleza derribó a la Sinagoga, y desheredó a sus hijos, cuando incluso a través de los gentiles que ignoraban a Dios fueron contritos por el celo de Dios; pues ella misma se había sometido a muchos errores de toda confusión y cisma, y se había contaminado en las transgresiones de toda iniquidad. Pero también así como David recuperó a su esposa que primero le había sido desposada y que se había contaminado con otro hombre, así también el Hijo de Dios recibirá a la Sinagoga (que primero le fue unida en su encarnación, pero abandonando la gracia del bautismo siguió al diablo) finalmente en el último tiempo, donde ella misma, abandonando los errores de su infidelidad, regresará a la luz de la verdad. Pues el diablo arrebató a la Sinagoga en su ceguera, y la entregó a la infidelidad en muchos errores, y no cesará de hacer esto hasta el hijo de perdición. Quien, cuando en la exaltación de su soberbia caiga como Saúl pereció asesinado en el monte Gelboe, quien había expulsado a David de su tierra, así el hijo de iniquidad intentará expulsar a mi Hijo en sus elegidos, entonces mi Hijo, al derribar al Anticristo, devolverá a la Sinagoga a la verdadera fe, así como David recuperó a su primera esposa después de la muerte de Saúl: pues cuando en el último tiempo los hombres vean vencido a aquel por quien fueron engañados, volverán al camino de la salvación con gran prisa. No obstante, no convenía que la verdad del Evangelio anunciara la sombra de la ley, porque conviene que lo carnal preceda y lo espiritual siga, porque también el siervo predice la venida de su señor y no el señor precede al siervo en el servicio; así también la Sinagoga precedió en la sombra de la significación, y la Iglesia siguió en la luz de la verdad. Por lo tanto, cualquiera que tenga conocimiento en el Espíritu Santo y alas en la fe, no transgreda mi advertencia, sino que la reciba abrazándola en el gusto de su alma.

VISIÓN SEXTA.

RESUMEN.---Que Dios creó y dispuso su creación de manera maravillosa. Sobre el hábito de los ángeles y su significado. Sobre el hábito de los arcángeles y su significado. Sobre el hábito de las virtudes y su significado. Sobre el hábito de las potestades y su significado. Sobre el hábito de los principados y su significado. Sobre el hábito de las dominaciones y su significado. Sobre el hábito de los tronos y su significado. Sobre el hábito de los querubines y su significado. Sobre el hábito de los serafines y su significado. Que todos estos ejércitos resuenan con voces maravillosas aquellas maravillas que Dios obra en las almas bienaventuradas. El salmista sobre el mismo tema.

Luego vi en la altura de los secretos celestiales dos ejércitos de espíritus celestiales resplandeciendo con gran claridad, y los que estaban en el primer ejército tenían como alas en sus pechos y llevaban rostros como rostros de hombres, en los cuales también aparecían rostros de hombres como en agua pura, y los que estaban en el otro ejército también tenían como alas en sus pechos y mostraban rostros como rostros de hombres, en los cuales también brillaba la imagen del Hijo del hombre como en un espejo. Pero ni en estos ni en aquellos pude discernir otra forma. Estos ejércitos rodeaban a otros cinco ejércitos en forma de corona. Y los que estaban en el primer ejército de estos cinco, tenían como rostros de hombres desde el hombro hacia abajo resplandeciendo con gran esplendor. Los que estaban en el segundo eran de tal claridad que no podía mirarlos. Los que estaban en el tercero aparecían como mármol blanco, y tenían cabezas como cabezas de hombres; sobre las cuales se veían antorchas ardientes, y desde el hombro hacia abajo estaban rodeados como por una nube de hierro. Los que estaban en el cuarto tenían rostros como rostros de hombres y pies como pies de hombres, llevaban cascos en sus cabezas, vestidos con túnicas de mármol. Finalmente, los que estaban en el quinto: no mostraban ninguna forma de hombres en ellos, enrojecían como la aurora. Pero no veía ninguna otra forma en ellos. Y estos ejércitos también rodeaban a otros dos en forma de corona. Pero los que estaban en el primer ejército de estos, parecían llenos de ojos y alas, y en cada ojo aparecía un espejo y en ese espejo el rostro de un hombre, y elevaban sus alas a la altura celestial. Y los que estaban en el segundo ardían como fuego, teniendo muchas alas en las cuales como en un espejo mostraban todos los órdenes de la institución eclesiástica insignes. Pero no vi otra forma ni en estos ni en aquellos. Y todos estos ejércitos resonaban con voces maravillosas en todo tipo de órganos musicales aquellas maravillas que Dios obra en las almas bienaventuradas, por las cuales magnificaban a Dios gloriosamente. Y escuché una voz del cielo que me decía: El Dios Omnipotente e inefable que fue antes de los siglos, que no tuvo principio ni dejará de ser después del fin de los siglos, creó toda criatura de manera maravillosa por su voluntad, y la dispuso de manera maravillosa por su voluntad. ¿Cómo? Destinó a algunas criaturas a adherirse a lo terrenal, y a otras a estar en lo celestial. También dispuso a los bienaventurados espíritus angélicos tanto para la salvación de los hombres como para el honor de su nombre. ¿Cómo? Pues estableció a algunos para que socorran las necesidades de los hombres, y a otros para que los juicios de sus secretos se manifiesten a los hombres a través de ellos. Por eso ves en la altura de los secretos celestiales dos ejércitos de espíritus celestiales resplandeciendo con gran claridad, porque como se te muestra en la altura de aquellos ocultos que la vista carnal no penetra, sino que la visión del hombre interior contempla, estos dos ejércitos designan que el cuerpo y el alma del hombre deben servir a Dios donde ellos mismos tienen la claridad de la bienaventuranza eterna con los ciudadanos celestiales.

Y los que están en el primer ejército tienen como alas en sus pechos, y muestran rostros como rostros de hombres, en los cuales también aparecen rostros de hombres como en agua pura; estos son ángeles que extienden como alas los deseos de la profundidad de su intelecto; no porque tengan alas como las aves, sino porque cumplen la voluntad de Dios en sus deseos

rápidamente, como el hombre vuela rápidamente en sus pensamientos: de tal manera que también a través de sus rostros manifiestan la belleza de la racionalidad en sí mismos, donde también Dios examina claramente las obras de los hombres, porque así como el siervo escucha las palabras de su señor, las cumple según su voluntad; así también ellos atienden la voluntad de Dios en los hombres y le muestran sus actos en sí mismos. Por lo tanto, los que están en el otro ejército también tienen como alas en sus pechos, y muestran rostros como rostros de hombres, en los cuales también brilla la imagen del Hijo del hombre como en un espejo: los arcángeles también contemplan la voluntad de Dios en los deseos de su intelecto y manifiestan la belleza de la racionalidad en sí mismos magnificando puramente al Verbo encarnado de Dios, porque ellos, conociendo los secretos de Dios, frecuentemente preanunciaban los misterios de la encarnación del Hijo de Dios con sus signos. Pero ni en estos ni en aquellos puedes discernir otra forma, porque tanto en los ángeles como en los arcángeles hay muchos secretos de misterios que el intelecto humano, gravado por el cuerpo mortal, no puede comprender. Y que estos ejércitos rodean a otros cinco ejércitos en forma de corona: esto es que el cuerpo y el alma del hombre, comprendiendo los cinco sentidos del hombre con la virtud de su fortaleza, deben dirigirlos a la rectitud de los mandamientos interiores, purificados por las cinco llagas de mi Hijo. Por lo tanto, los que están en el primer ejército de estos, tienen como rostros de hombres desde el hombro hacia abajo resplandeciendo con gran esplendor; estas son virtudes que ascienden a los corazones de los creyentes y edifican en ellos una torre excelsa en ardiente caridad, que son sus obras. De tal manera que en su racionalidad muestran las obras de los hombres elegidos, y en su fortaleza los conducen a un buen fin con gran resplandor de bienaventuranza. ¿Cómo? Es decir, cuando los elegidos, teniendo la claridad del sentido interior, rechazan todas las iniquidades de sus males por la iluminación con la que han sido iluminados en estas virtudes en mi voluntad, y luchan valientemente contra las insidias diabólicas, y estas virtudes me muestran incesantemente las luchas que ellos ejercen de esta manera contra la turba diabólica. Pues los hombres tienen en sí mismos las luchas de la confesión y la negación. ¿Cómo? Porque este me confiesa y aquel me niega. Pero en esta lucha hay tal pregunta: ¿Existe Dios o no? Entonces esta pregunta tiene tal respuesta del Espíritu Santo en el hombre: Dios es quien te creó, pero también quien te redimió. Y mientras esta respuesta de la pregunta esté en el hombre, la virtud de Dios no le faltará, porque a esta pregunta y respuesta se adhiere la penitencia. Donde esta pregunta no está en el hombre, tampoco está esta respuesta del Espíritu Santo, porque este hombre expulsa de sí mismo el don de Dios, y sin la pregunta de la penitencia se precipita a la muerte. Las luchas de estas guerras las ofrecen las virtudes a Dios; porque ellos son tal sello ante Dios, por el cual se demuestra con qué intención se cultiva o se niega a Dios.

Quienes están en la segunda fila son de tal claridad que no puedes mirarlos; son potestades que indican que la serenidad y belleza del poder de Dios no pueden ser comprendidas por la debilidad de la mortalidad, ni hacerse semejantes a sí mismas, porque el poder de Dios es inagotable. Pero los que están en la tercera fila aparecen como mármol blanco y tienen cabezas de hombres, sobre las cuales se ven antorchas ardientes, y desde el hombro hacia abajo están rodeados como por una nube de hierro; son principados, prefigurando que aquellos que por don de Dios son príncipes de los hombres en el mundo deben revestirse de la fortaleza sincera de la justicia para no caer en la diversidad de la inestabilidad, y deben mirar a su cabeza, que es Cristo, el Hijo de Dios, y dirigir sus gobiernos según su voluntad hacia la necesidad de los hombres, atendiendo sobre sí mismos la gracia del Espíritu Santo en el ardor de la verdad, de modo que en la fortaleza de la equidad perseveren firmes y estables hasta su consumación. Por lo tanto, también los que están en la cuarta fila tienen rostros como

rostros de hombres y pies como pies de hombres, llevando cascos en sus cabezas y vestidos con túnicas de mármol; son dominaciones, mostrando que aquel que es Señor de todos elevó la racionalidad de los hombres, que yacía contaminada en el polvo humano, de la tierra al cielo, cuando envió a su Hijo a la tierra, quien con su rectitud pisoteó al antiguo seductor: de modo que los fieles lo imiten fielmente, quien es su cabeza, poniendo su esperanza en las cosas celestiales y protegiéndose con el fuerte deseo de buenas obras. Pero los que están en la quinta fila, sin mostrar ninguna forma humana en sí mismos, resplandecen como el amanecer; son tronos, demostrando que la divinidad se inclinó hacia la humanidad cuando el Unigénito de Dios asumió un cuerpo humano para la salvación de los hombres, que no tuvo en sí ninguna contaminación de los pecados humanos; porque él fue concebido del Espíritu Santo, en el amanecer, es decir, en la bienaventurada Virgen, tomó carne sin ninguna mancha de toda suciedad. Pero no ves ninguna otra forma en ellos; porque hay muchos misterios de los secretos celestiales que la fragilidad humana no puede comprender. Y el hecho de que estas filas rodeen a las otras dos en forma de corona: esto es que aquellos fieles que dirigen los cinco sentidos de su cuerpo hacia lo celestial, sabiendo que por las cinco llagas del Hijo de Dios fueron redimidos, llegan al amor de Dios y de su prójimo con todo esfuerzo y circunvolución de su mente, cuando descuidan el placer de su corazón y ponen su esperanza solo en lo eterno.

Por lo tanto, los que están en la primera fila de ellos, parecen llenos de ojos y plumas, y en cada ojo aparece un espejo y en ese espejo el rostro de un hombre, y elevan sus plumas a la altura celestial; son querubines, significando el conocimiento de Dios, en el cual, viendo los misterios de los secretos celestiales, cumplen sus deseos según la voluntad de Dios, de modo que ellos, teniendo la más pura claridad en la profundidad de su conocimiento, prevén maravillosamente en ella a aquellos que, conociendo al verdadero Dios, dirigen la intención de los deseos de su corazón hacia aquel que está sobre todos, como plumas de buena y justa elevación, amando más lo eterno que deseando lo caduco, según lo que ellos mismos muestran en la elevación de sus deseos. Pero los que están en la otra fila arden como fuego y tienen muchas plumas, en las mismas plumas como en un espejo muestran todos los órdenes de la institución eclesiástica; son serafines, significando que así como ellos arden en el amor de Dios, teniendo el mayor deseo de su visión, así también en sus deseos muestran tanto las dignidades seculares como espirituales que en los misterios eclesiásticos vigilan con mucha pureza, porque los secretos de Dios aparecen maravillosamente en ellos, así también todos los que, amando con la sinceridad de un corazón puro, buscan la vida celestial: amen ardientemente a Dios, y lo abracen con todo deseo, para que lleguen a los gozos de aquellos a quienes imitan tan fielmente. Y el hecho de que no veas otra forma ni en estos ni en aquellos: esto es que hay muchos secretos en los espíritus bienaventurados que no deben ser manifestados al hombre, porque mientras él exista mortal, no podrá discernir perfectamente las cosas celestiales.

Pero todas estas filas, como oyes, resuenan maravillosamente en todo tipo de sonidos musicales con maravillosas modulaciones, que Dios obra en las almas bienaventuradas por las cuales magnifican a Dios magníficamente, porque los espíritus bienaventurados en la virtud de Dios proclaman grandes gozos con sonidos inenarrables a través de las obras de sus maravillas en los cielos, que Dios perfecciona en sus santos, por las cuales magnifican gloriosamente a Dios, donde lo buscan en la profundidad de la santidad, regocijándose en el gozo de la salvación, como también mi siervo David, inspector de los secretos celestiales, testifica diciendo: Voz de júbilo y de salvación en las tiendas de los justos (Salmo CXVII). Lo que se dice: Sonido de alegría y prosperidad de aquello que la carne es pisoteada y el espíritu se eleva, cuando se conoce la salvación indeficiente en las moradas de aquellos que

rechazan la injusticia y obran la justicia, cuando, sugiriendo el diablo, podrían hacer lo que es malo; pero por inspiración divina, hacen lo que es bueno. ¿Qué es esto? El hombre frecuentemente muestra en sí mismo una alegría indecente: cuando ha cometido el pecado que deseó realizar inconvenientemente, pero no tiene salvación allí, porque hizo lo que fue contrario al mandato divino. Sin embargo, tendrá el júbilo de la alegría con la prosperidad de la verdadera salvación; quien completa valientemente el bien que deseó ardientemente, amando la morada de aquellos mientras habita en el cuerpo, que corriendo por el camino de la verdad declinaron el error de la mentira. Por lo tanto, cualquiera que tenga conocimiento en el Espíritu Santo, y plumas en la fe, no desprecie mi advertencia, sino que la perciba abrazándola en el gusto de su alma. Amén.

LIBRO SEGUNDO.

VISIÓN PRIMERA.

RESUMEN.---Sobre la omnipotencia de Dios. Palabras de Job sobre el mismo tema. Que el Verbo antes y después de asumir la humanidad está indivisiblemente y eternamente con el Padre. Por qué el Hijo de Dios se llama Verbo. Que por la virtud del Verbo de Dios toda criatura fue suscitada y el hombre revivió en la salvación. Que la incomprensible potencia de Dios fabricó el mundo y produjo diversas especies. Que creadas otras criaturas, el hombre fue creado del limo de la tierra. Que Adán, habiendo recibido el dulce mandato de la clarísima obediencia, no obedeció al ser aconsejado por el diablo. Que Abraham, Isaac y Jacob y otros profetas golpearon las tinieblas del mundo con sus significaciones. Que el principal profeta Juan, resplandeciendo con milagros, preanunció al Hijo de Dios. Que con el Verbo de Dios encarnado, se vio aquel gran y antiguo consejo. Que el hombre no debe escrutar más los secretos de Dios de lo que él mismo quiere manifestar. Que el Hijo de Dios, nacido en el mundo, venció al diablo con su muerte, y redujo a los elegidos a su herencia. Palabras de Oseas sobre el mismo tema. Que el cuerpo del Hijo de Dios, yaciendo en el sepulcro por tres días, resucitó, y se mostró al hombre el camino de la verdad de la muerte a la vida. Que el Hijo de Dios, resucitando de la muerte, apareció frecuentemente a sus discípulos para fortalecerlos. Que al ascender el Hijo de Dios al Padre, su esposa fue fundada con diversos ornamentos.

Y yo, hombre no versado en letras al modo de los fuertes leones, ni instruido por la infusión de ellos, sino permaneciendo en la suavidad, frágil costilla, imbuido del soplo místico: vi como un fuego lucidísimo, incomprensible, inextinguible, todo viviente, y todo existencia de vida, teniendo en sí una llama de color aéreo, que ardía con suave soplo; y que estaba adherida de manera inseparable a ese fuego lucido como las entrañas están adheridas en el hombre. Y vi que esa llama fulminante se encendió, y he aquí que un aire oscuro y redondo de gran magnitud surgió repentinamente, sobre el cual esa llama dio ciertos golpes, sacando de él una chispa tantas veces hasta que el aire fue llevado a la perfección y así el cielo y la tierra resplandecieron con plena institución. Luego también esa misma llama en el fuego y ardor se extendió hacia un pequeño terrón de tierra limosa yacente en el fondo, calentándola de tal manera que hizo carne y sangre, y la sopló de tal manera que fue hecha en alma viviente. Hecho esto, ese fuego lucido ofreció por esa misma llama que ardía con suave soplo al hombre un flor blanquísima colgando en la llama como el rocío cuelga en la hierba, cuyo aroma el hombre sintió con las narices, pero no lo probó con el gusto de la boca, ni lo tocó con las manos, apartándose de este modo y cayendo en densas tinieblas de las cuales no pudo levantarse. Pero esas tinieblas crecieron más y más extendiéndose en ese aire. Entonces aparecieron en esas tinieblas tres grandes estrellas adheridas en su fulgor, tras las cuales

muchas otras tanto pequeñas como grandes resplandeciendo con gran brillo, y luego una estrella muy grande resplandeciendo con maravillosa claridad y dirigiendo su fulgor hacia la mencionada llama. Pero también en la tierra apareció un resplandor como el amanecer; al cual la llama superior fue infundida maravillosamente, no obstante no separada del mencionado fuego lucido y en ese resplandor del amanecer se encendió una gran voluntad. Y cuando quise considerar más detenidamente la encendida voluntad de esto, en esta visión se me puso un sello secreto, y oí una voz desde lo alto que me decía: De este misterio no podrás ver nada más, salvo lo que se te concede por el milagro de la fe. Y vi salir de ese resplandor del amanecer un hombre brillantísimo, que derramó su claridad sobre las mencionadas tinieblas y fue rechazado por ellas, y convertido en el rubor de la sangre y en el palor de la blancura golpeó con tanta fuerza las tinieblas, que el hombre que yacía en ellas, apareciendo por esa atracción, resplandeció, y así erguido salió. Y así ese hombre espléndido que salió del amanecer, apareciendo en tanta claridad más allá de lo que la lengua humana puede expresar, se extendió en la altísima eminencia de innumerable gloria, donde resplandecía magníficamente en la plenitud de toda abundancia y fragancia. Y oí desde el mencionado fuego viviente una voz que me decía: Tú, que eres tierra frágil y en nombre femenino indocta en toda doctrina de maestros carnales, es decir, leer letras según la inteligencia de los letrados, pero solo tocada por mi luz que te toca interiormente con ardor como el sol ardiente, clama y narra y escribe estos mis misterios que ves y oyes en visión mística. No seas, pues, tímida, sino di lo que entiendes en el espíritu tal como lo hablo a través de ti, para que aquellos sean retenidos por la vergüenza que deberían mostrar al pueblo mi camino de rectitud, pero por la perversidad de sus costumbres rehúsan decir abiertamente la justicia que conocen, no queriendo abstenerse de sus malos deseos que les adhieren como si los dominaran, haciéndolos huir de la faz del Señor y avergonzarse de hablar la verdad. Por lo tanto, oh pequeña, que interiormente eres enseñada por inspiración mística aunque suprimida por la forma viril debido a la transgresión de Eva; di, sin embargo, la obra ígnea que se te muestra en visión certísima. Porque el Dios viviente que creó todas las cosas por su Verbo, por el mismo Verbo encarnado, redujo a la salvación fiel a la miserable criatura humana que se sumergió en las tinieblas. ¿Qué es esto? Pues ese fuego lucidísimo que ves, designa al Dios omnipotente y viviente que en su clarísima serenidad nunca es oscurecido por ninguna iniquidad permaneciendo incomprensible, porque no puede ser dividido por ninguna división, ni por principio ni por fin ni por ninguna chispa de conocimiento de su criatura comprendido tal como es y existiendo inextinguible, porque él es esa plenitud que nunca ha sido tocada por ningún fin y todo viviente, porque ninguna cosa le está oculta que no sepa, y toda existencia de vida, porque todo lo que vive toma vida de él, según lo que Job, inspirado por mí, mostró, diciendo: ¿Quién ignora que todo esto lo hizo la mano del Señor? en cuya mano está el alma de todo viviente y el espíritu de toda carne humana (Job XII). ¿Qué es esto? Ninguna criatura es tan torpe en su naturaleza que ignore la vicisitud de su plenitud en aquellas causas en las que consiste fructífera. ¿Cómo? El cielo tiene luz, la luz aire, el aire aves y la tierra nutre lo verde, lo verde fruto, el fruto animales; todos los cuales testifican que los puso la mano fortísima, es decir, la máxima potencia del Dominador de todos, que todo lo obró en la posibilidad de su virtud de tal manera que nada les falta en sus usos, y en la omnipotencia del mismo creador está el movimiento de todos los vivientes y terrestres, como los animales que buscan la tierra en lo terrenal y no tienen en sí la racionalidad del soplo de Dios, y la excitación de los espíritus que habitan la carne humana, en los cuales hay racionalidad, discreción y sabiduría. ¿Cómo? El alma circula en las causas terrenales trabajando en muchas variedades según lo que los modos carnales exigen. El espíritu, sin embargo, se eleva en dos modos, a saber, suspiro, gemido y deseo hacia Dios, o buscando al Señor y el gobierno y la opción en diversas cosas como en un precepto, porque tiene discreción en la racionalidad. Por lo tanto, también el hombre contiene en sí la semejanza del cielo y la tierra. ¿Cómo? Él tiene

un círculo en el que aparece la perspicuidad, el soplo y la racionalidad, como en el cielo se notan las luminarias; tiene un espíritu que va rápidamente por todo sentido y movimiento, como el aire las aves, también receptáculo de humedad en el que se nota la humedad, aparece germinación y parto, como en la tierra lo verde, lo fructífero y los animales. ¿Qué es esto? Oh hombre, tú eres todo en toda criatura y olvidas a tu Creador; y la criatura sujeta a ti le obedece como le fue constituido, y tú transgredes sus preceptos.

Pero ves que ese mismo fuego tiene en sí una llama de color aéreo, que arde con suave soplo y que está inseparablemente en ese fuego lucido como las entrañas están en el hombre, lo cual es en la eternidad antes de los tiempos de la criatura constituida el Verbo infinito, que en el ardor de la caridad bajo el curso de los tiempos transitorios fue maravillosamente sin mancha y carga de pecado por la virtud de la suavidad del Espíritu Santo en el amanecer de la bienaventurada virginidad encarnado, de tal manera que así como antes de asumir la carne estaba indivisiblemente en el Padre, así también después de asumir la humanidad permaneciera inseparablemente en él, porque así como el hombre no está sin el vital contacto en el camino de las entrañas, así el vital Verbo no debía ser separado del Padre. ¿Y por qué se llama Verbo? Porque así como por el verbo local que en el polvo terreno del hombre es transitorio, se entienden prudentemente las órdenes del preceptor por aquellos que saben y prevén la orden del que manda; así también por el verbo ilocal que por la vida inextinguible que vive en la eternidad es intransitorio, se conoce verdaderamente la fuerza del padre por las diversas criaturas del mundo que lo sienten e inteligentemente en el nacimiento en que fueron creadas, y así como por el verbo oficial se conoce el poder y honor del hombre; así también por el Verbo divino resplandece la santidad y bondad del Padre.

Pero ves cómo esa llama fulminante se enciende: esto es que el Verbo de Dios muestra su virtud como encendiéndose, cuando por él toda criatura fue creada, y como se encendió, cuando en el amanecer y candor de la virginidad fue encarnado, y de él destilaron todas las virtudes en el conocimiento de Dios: cuando el hombre revivió en la salvación de las almas. Pero también un aire oscuro y redondo de gran magnitud surgió repentinamente, que es el instrumento de ellos en la oscuridad de la imperfección, es decir, aún no iluminado por la plenitud de las criaturas, y es redondo, porque está bajo la incomprensible potencia de Dios, la divinidad nunca ausente, sin embargo, en la máxima potencia de Dios surgiendo como en un abrir y cerrar de ojos elevado en la voluntad suprema, sobre el cual esa misma llama como un herrero dio ciertos golpes tantas veces sacando de él una chispa, hasta que ese mismo aire fue llevado a la perfección, porque el cielo y la tierra resplandecieron con plena institución, cuando aquel que excede a toda criatura, el Verbo supremo, en la creación de las criaturas que mantienen la servidumbre mostró la virtud de su fortaleza desde su instrumento, sacando diversas especies de criaturas resplandecientes en el maravilloso nacimiento de su condición, como el herrero excava sus formas del aire competentemente, hasta que esas mismas criaturas resplandecieron en la belleza de su plenitud; arriba y abajo teniendo el decoro y el establecimiento de su creación perfecta, porque las superiores resplandecieron de las inferiores, y las inferiores de las superiores.

Pero luego esa misma llama en el fuego y ardor se extendió hacia un pequeño terrón de tierra limosa, yacente en el fondo del aire: esto es que, creadas otras criaturas, el Verbo de Dios en la fuerte voluntad del Padre y en el amor de la suavidad suprema del Espíritu Santo miró la materia frágil de la humanidad de fragilidad blanda y tierna de todos los hombres por nacer, tanto malos como buenos, detenida en el fondo de su insensibilidad y pesadez, y aún no excitada por el soplo eficaz y vital, calentándola y haciéndola carne y sangre en virtud infundiendo calor en ella, porque la tierra es la materia carnal del hombre nutriéndolo con su

fruto, como la madre con leche a sus hijos, y Dios la aspiró de tal manera que el hombre fue hecho en alma viviente, porque la excitó por la virtud suprema y de ella sacó maravillosamente al hombre discerniente en alma y cuerpo.

Quo facto, aquel fuego luminoso ofreció a través de esa llama, con un suave soplo ardiente, al mismo hombre una flor blanquísima colgando en esa llama, como el rocío cuelga en la hierba, ya que al crear a Adán, el Padre, que es la luz más brillante, le dio a través de su Verbo en el Espíritu Santo a ese Adán el dulce precepto de la clarísima obediencia adherida a ese Verbo en una gran lluvia de fructífera virtud, porque a través de ese Verbo, el dulcísimo rocío de santidad del Padre en el Espíritu Santo goteó, haciendo un fruto máximo y abundante, como el puro rocío que desciende sobre la hierba la fecunda para un gran crecimiento. Cuyo aroma el hombre percibió con la nariz, pero no lo probó con el gusto de la boca, ni lo tocó con las costumbres, ya que él atrajo el precepto de la ley con la inteligencia de la sabiduría casi como con la nariz, pero no introdujo perfectamente en la boca la fuerza de esa íntima perfección ni la cumplió con las obras de las manos en la plenitud de la bienaventuranza, de esta manera apartándose y cayendo en densísimas tinieblas de las cuales no pudo levantarse, porque al precepto divino, sugiriéndole el diablo, le dio la espalda cayendo en el abismo de la muerte, porque no buscó a Dios ni en la fe ni en la obra. Por lo cual, cargado de pecados, no pudo levantarse al verdadero conocimiento de Él, hasta que vino aquel que obedeció plenamente a su Padre sin pecado. Pero esas tinieblas crecieron en él más y más extendiéndose: el poder de la muerte en el mundo siempre tomó incremento en la amplitud de los vicios, moviéndose la ciencia del hombre en la diversidad de múltiples vicios y pecados fétidos emergentes por el error. Pero que tres grandes estrellas en su fulgor aparecieron unidas en esas tinieblas, tras las cuales muchas otras tanto pequeñas como grandes brillando con mucho esplendor: estas son en la figura de la suprema Trinidad grandes luminarias, a saber, Abraham, Isaac y Jacob, abrazándose mutuamente tanto en la obra fiel como en la unión de la carne, y golpeando las tinieblas del mundo con sus anuncios, y siguiéndolos otros muchos profetas mayores y menores resplandeciendo en grandes y admirables milagros. Luego apareció una estrella muy grande brillando con una claridad maravillosa y dirigiendo su fulgor hacia la llama mencionada, esa es el principal profeta Juan, es decir, el Bautista, resplandeciendo en obras fidelísimas y clarísimas en las grandezas, y en ellas mostrando el verdadero Verbo, es decir, el Hijo de Dios, porque no cedió a la iniquidad, sino que la pisoteó en las obras de justicia con valentía y fortaleza.

Pero que en esa tierra aparece un resplandor como el amanecer, al cual la llama superior está maravillosamente infundida: no obstante, no separada del mencionado fuego luminoso: esto es que Dios en el lugar de las cosas generables plantó un gran esplendor de luz resplandeciente, enviando a su Verbo en él con perfecta voluntad, no obstante, no separado de él, sino que lo dio, abundante fruto, y lo sacó, gran fuente de la cual toda garganta fiel bebiendo no se seca de sed. Por lo cual, en ese resplandor del amanecer se encendió una gran voluntad, porque en la claridad de la serenidad rojiza se conoció la virtud del gran y antiguo consejo, de tal manera que todas las legiones mencionadas y las huestes de los espíritus celestiales admiraron esto en felicísima lucidez. Pero tú, oh hombre, mientras deseas conocer más plenamente la eminencia de este consejo a la manera humana, se te opone el claustro de la ocultación, porque no debes escudriñar los secretos de Dios más de lo que por amor a los fielmente creyentes le place a la divina majestad manifestar.

Pero que ves del resplandor del amanecer un hombre esplendísimos saliendo, que derramó su claridad sobre las tinieblas y fue reflejado por ellas, que convertido en el rojo de la sangre

y en el pálido de la blancura golpeó con tanta fortaleza esas tinieblas, que aquel hombre que yacía en ellas resplandeció al aparecer con ese toque y así salió erguido: esto designa al Verbo de Dios encarnado inviolablemente en la blancura de la virginidad inmaculada, y nacido sin dolor, no obstante, no separado del Padre. ¿Cómo? Cuando el Hijo de Dios nació en el mundo de una madre: apareció en el cielo en el Padre, por lo cual los ángeles inmediatamente temblaron y exultantes entonaron alabanzas melifluas. El Hijo de Dios, sin mancha de pecado, viviendo en el mundo, emitió la doctrina lucidísima de la bienaventuranza y la salvación en las tinieblas de la infidelidad, pero rechazado por el pueblo incrédulo, y llevado a la pasión, derramó su sangre rosada y gustó corporalmente la oscuridad de la muerte. De lo cual, superando al diablo, liberó del infierno a sus elegidos que en él estaban detenidos y postrados, y con el toque de su redención los condujo misericordiosamente a su herencia que en Adán habían perdido. Cuando llegaron a su herencia, se despertaron los tambores y las cítaras y todo el conjunto de músicos con innumerable belleza, porque el hombre que yacía en la perdición, ya erguido en la bienaventuranza, había escapado de la muerte liberado por la virtud suprema, como hablé por mi siervo Oseas: La iniquidad de Efraín está atada, su pecado está escondido: le vendrán dolores de parturienta, él es un hijo no sabio. Ahora no permanecerá en la contrición de los hijos. Los libraré de la mano de la muerte, los redimiré de la muerte. Seré tu muerte, oh muerte, seré tu mordedura, infierno (Ose. XIII). ¿Qué es esto? En la eficacia del lazo está atada la perversidad de la maldad del diablo para que no merezca ser desatada por el celo de la ira de Dios, porque nunca lo vio pensando rectamente, así tampoco lo ven quienes temen fielmente a Dios. Pues siempre se eleva contra Dios, diciendo que él es Dios, siempre errando contra Dios, y por él contradiciendo al nombre cristiano. Y por eso su malicia está tan profundizada que ninguna medicina de reparación puede hacer que su pecado, que cometió impiamente en la más despreciable soberbia, sea digno de salvación, por lo cual él mismo estará en la perduración del dolor como una parturienta en la aflicción de la desesperación que desconfía de que en la apertura de su útero pueda vivir. Pues esta infelicidad siempre permanecerá sobre él porque fue expulsado de la bienaventuranza, porque la sabiduría de los hijos huyó de él que no se vuelve a sí mismo, como el hijo pródigo que volviéndose a sí mismo regresó de su iniquidad a su padre. Por lo cual nunca confiará en esa contrición en la que los hijos de la salvación en la muerte del Hijo supremo destruyen la muerte de la iniquidad más cruel, que el astuto serpiente hizo brotar cuando sugirió al primer hombre la astucia que el hombre no conocía. Pero porque los hijos del Salvador desprecian el veneno funestísimo de la sugestión y miran hacia su salvación, los libraré de la servidumbre de los ídolos, de la servidumbre, digo, de los ídolos que tienen el engaño en el poder de la perdición y en los cuales los infieles cambian el honor de su Creador, envolviéndose en el lazo del diablo y realizando sus obras según la voluntad de él. Y por eso redimiré las almas de aquellos que me adoran, las almas, es decir, de los santos y justos de la pena infernal, porque ningún hombre podrá ser liberado de las cadenas del diablo en las que está atado con la muerte más dura por la transgresión de los preceptos de Dios, sino en la redención de aquel que redimirá a sus elegidos con su propia sangre. Donde a tu exterminio, oh muerte, te mataré, porque en lo que piensas vivir, eso te extraeré, de tal manera que serás llamado cadáver inútil, porque yacerás postrada en tus fuerzas más fuertes, como también el cuerpo que es abandonado por el alma es completamente postrado a la destrucción. Pues la fuente de agua viva te sofocará, cuando las almas felices por el nuevo hombre que será inocente de la engañosa decepción sean misericordiosamente arrebatadas a la bienaventuranza suprema. Por lo cual también a tu confusión seré tu mordedura, infierno, cuando mi poder en gran virtud te arrebate esos despojos que fraudulentamente robaste; de tal manera que tú, oh muerte, justamente despojada, nunca más aparezcas plena en tus riquezas, sino que, herida con llagas y postrada en la fealdad, llesves tu confusión para siempre.

Pero como ves a ese hombre resplandeciente que salió del amanecer apareciendo en tanta claridad más allá de lo que la lengua humana puede expresar, se demuestra que el augustísimo cuerpo del Hijo de Dios nacido de la Virgen más hermosa y sepultado por tres días en el sepulcro, para insinuar que hay tres personas en una divinidad, resplandeció con la claridad paterna, y así recibió el Espíritu, y resucitó en la inmortalidad más resplandeciente que ningún hombre podrá explicar con pensamiento o palabra. A quien el Padre, con las heridas desnudas, mostró a los coros celestiales, diciendo: Este es mi Hijo amado (Mat. III), a quien envié para que muriera por el pueblo: Por lo cual, sobre el entendimiento humano, se renovó en ellos un gozo innumerable porque el olvido ciego por el cual Dios era desconocido fue así deprimido que la racionalidad del hombre que yacía postrada por la persuasión del diablo, fue elevada al conocimiento de Dios, porque por la suma bienaventuranza se mostró al hombre el camino de la verdad, en el cual fue conducido de la muerte a la vida. Pero según esto, como los hijos de Israel liberados de Egipto, atravesando el desierto durante cuarenta años, llegaron a la tierra que fluye leche y miel, así el Hijo de Dios resucitando de la muerte durante cuarenta días se mostró benignamente a sus discípulos con las santas mujeres que suspiraban por él y deseaban verlo con gran deseo, para confirmarlas en la fe, para que no dudaran, diciendo: No hemos visto al Señor: por eso no podemos creer que él sea nuestra salvación, sino que frecuentemente se manifestó a ellas, para fortalecerlas para que no cayeran.

Pero que se extendió a la altísima altura de la gloria innumerable donde resplandece maravillosamente en la plenitud de toda abundancia y fragancia: esto es que el mismo Hijo de Dios ascendió al Padre, a quien junto con el Hijo y el Espíritu Santo es la altísima y preexcelente altura de inenarrable gozo y alegría, donde el mismo Hijo aparece gloriosamente a sus fieles en la abundancia de la santidad y bienaventuranza más resplandeciente; quienes creen con puro y simple corazón que él es verdadero Dios y hombre. Pues también entonces su nueva esposa, el mismo cordero, le fue presentada en diversos ornamentos con los cuales debe ser adornada en todo género de virtudes del más fuerte combate de todo el pueblo fiel; quienes lucharán contra el astuto serpiente. Pero quien ve con ojos vigilantes, y escucha con oídos atentos, a este mis palabras místicas que emanan de mí viviente, ofrezca el beso de la amplexión.

VISIÓN SEGUNDA.

RESUMEN.---Del sentido de los misterios de Dios. De las tres personas. Que el hombre nunca olvide invocar ardientemente a un solo Dios en tres personas. De las tres fuerzas de la piedra. Juan sobre la caridad de Dios. De las tres causas del Verbo humano. De las tres fuerzas de la llama. Palabras de Salomón. De la unidad de la esencia.

Luego vi una luz esplendísimas y en ella la apariencia de un hombre de color zafiro que ardía completamente con un fuego suavísimo resplandeciente, y esa luz espléndida inundó todo ese fuego resplandeciente, y ese fuego resplandeciente toda esa luz espléndida, y esa luz esplendísimas y fuego resplandeciente toda la apariencia del hombre, existiendo una luz en una sola virtud y potencia. Y nuevamente escuché a esa luz viviente diciéndome: Este es el sentido de los misterios de Dios, para que se discierna e intente discretamente cuál es la plenitud que es sin origen y a la que nada le falta, que con potentísima virtud plantó todos los riachuelos de los fuertes. Pues si el Señor estuviera vacío de su propia virtud, ¿qué sería entonces su obra? Ciertamente vana, por lo cual en la obra perfecta se discierne quién es su artífice. Por lo cual ves la luz esplendísimas que es sin origen, y a la que nada le puede

faltar; que designa al Padre, y en ella la apariencia de un hombre de color zafiro sin ninguna mancha de imperfección de envidia e iniquidad declara al Hijo, engendrado por el Padre antes de los tiempos según la divinidad, pero después en el tiempo encarnado en el mundo según la humanidad. Que arde completamente con un fuego suavísimo resplandeciente, que ese fuego sin el toque de ninguna mortalidad árida y tenebrosa demuestra al Espíritu Santo de quien el mismo Unigénito de Dios según la carne fue concebido y nacido temporalmente de una virgen, infundió la luz de la verdadera claridad al mundo. Pero que esa luz espléndida inunda todo ese fuego resplandeciente, y ese fuego resplandeciente toda esa luz espléndida y la luz espléndida fuego resplandeciente toda la apariencia del hombre, existiendo una luz en una sola virtud y potencia: esto es porque el Padre que es la suma equidad, pero no sin el Hijo ni el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo que es el encendedor de los corazones fieles, pero no sin el Padre y el Hijo, y el Hijo que es la plenitud de la virtud, pero no sin el Padre y el Espíritu Santo, son inseparables en la majestad de la divinidad, porque el Padre no es sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin ellos, y estas tres personas son un solo Dios en una divinidad íntegra de majestad: y la unidad de la Divinidad en esas tres personas inseparablemente vigente, porque la Divinidad no puede ser dividida, sino que permanece siempre inviolable sin ninguna mutabilidad, pero también el Padre es declarado por el Hijo, el Hijo por el origen de las criaturas, y el Espíritu Santo por el mismo Hijo encarnado. ¿Cómo? El Padre es quien antes de los siglos engendró al Hijo; el Hijo, por quien todas las cosas fueron hechas por el Padre en el principio de las criaturas, y el Espíritu Santo, que apareció en forma de paloma en el bautismo del Hijo de Dios al final de los tiempos. Por lo cual el hombre nunca olvide invocarme a mí solo Dios en estas tres personas; porque las mostré al hombre para que el hombre arda tanto más intensamente en mi amor, ya que por amor a él envié a mi propio Hijo al mundo como Juan, mi amado, testifica, diciendo: En esto apareció la caridad de Dios en nosotros, porque Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto está la caridad, no como si nosotros hubiéramos amado a Dios; sino porque él nos amó primero, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (I Juan IV). ¿Qué es esto? Porque en esto que Dios nos amó: surgió otra salvación que aquella que tuvimos en el origen cercano cuando fuimos herederos de la inocencia y la santidad, porque el Padre supremo mostró su caridad en nuestros peligros cuando estábamos constituidos en penas: enviando su Verbo solo entre los hijos de los hombres en perfecta santidad, a través de la virtud suprema en las tinieblas de los siglos donde ese Verbo, obrando todos los bienes, condujo a la vida a aquellos que por la inmundicia de la transgresión estaban caídos, ni podían regresar a la santidad que habían perdido. ¿Qué es esto? Pues a través de esa fuente de vida vino la paternal dilección de la amplexión de Dios; que nos condujo a la vida, y que en los peligros fue nuestra auxiliadora que es la caridad profundísima y suavísima, instruyéndonos en la penitencia. ¿Cómo? Dios, recordando misericordiosamente su gran obra y su preciosísima perla, el hombre, digo, que formó del limo de la tierra y a quien inspiró el aliento de vida. ¿Cómo? Él instruyó la vida en la penitencia cuya eficacia nunca perecerá; porque el astuto serpiente engañó al hombre por la invasión soberbia, pero Dios lo derribó en la penitencia que muestra la humildad, que el diablo no conoció ni hizo; porque no supo levantarse al camino recto. Por lo cual esa salvación de la caridad no surgió de nosotros, porque ni conocimos ni pudimos amar a Dios en la salvación, sino porque él mismo, Creador y Señor de todos, amó tanto al mundo que por su salvación envió a su Hijo, príncipe y Salvador de los fieles, quien lavó y limpió nuestras heridas, de donde también de él sudó la dulcísima medicina, de la cual fluyen todos los bienes de la salvación. Por lo cual también tú, oh hombre, entiende, porque a Dios ninguna inestabilidad de mutabilidad lo toca. Pues el Padre es Padre, el Hijo es Hijo, el Espíritu Santo es Espíritu Santo: tres personas vigentes indivisiblemente en la unidad de la divinidad. ¿Cómo? Tres fuerzas en la piedra, y tres en la llama, y tres en el verbo son. ¿Cómo? En la

piedra está la virtud del humor, la virtud de la palpabilidad y la fuerza ígnea, pero tiene la virtud del humor para que no se disuelva y se quiebre; la comprensión palpable para ofrecer habitación y defensa, y la virtud ígnea para ser calentada y consolidada en su dureza; pero esa virtud húmeda significa al Padre; que nunca se seca ni se termina en su virtud, y la comprensión palpable designa al Hijo; que nacido de una virgen pudo ser tocado y comprendido, y la fuerza del fuego resplandeciente significa al Espíritu Santo; que es el encendedor e iluminador de los corazones fieles de los hombres. ¿Qué es esto? Así como el hombre que frecuentemente atrae con su cuerpo la virtud húmeda de la piedra, debilitándose por ello; así también el hombre que por la inestabilidad de sus pensamientos temerariamente quiere contemplar al Padre, perece en la fe, y como en la comprensión palpable de la piedra los hombres hacen su habitación defendiéndose de los enemigos; así también el Hijo de Dios que es la verdadera piedra angular, es la habitación del pueblo fiel, protegiéndolo de los espíritus malignos. Pero así como el fuego resplandeciente ilumina las tinieblas, quemando aquello sobre lo que se posa; así también el Espíritu Santo ahuyenta la infidelidad, quitando toda herrumbre de iniquidad. Y de la misma manera que estas tres fuerzas están en una piedra, así también la verdadera trinidad está en una deidad.

Así como una llama en un solo fuego tiene tres fuerzas, así también un solo Dios está en tres personas. ¿Cómo? La llama consiste en un resplandor brillante, un vigor innato y un ardor ígneo; tiene un resplandor brillante para iluminar, un vigor innato para fortalecerse y un ardor ígneo para quemar. Por lo tanto, en el resplandor brillante considera al Padre, quien con piedad paternal expande su claridad a sus fieles; en el vigor innato, que es la fuerza de la llama brillante en la que esta llama muestra su poder, entiende al Hijo, quien asumió un cuerpo de la Virgen, en el cual la Divinidad declaró sus maravillas; y en el ardor ígneo percibe al Espíritu Santo, quien suavemente quema las mentes de los creyentes. Pero donde no hay resplandor brillante, ni vigor innato, ni ardor ígneo, allí no se percibe la llama; así, donde no se venera al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, allí no se adora dignamente. Por lo tanto, así como en una llama se perciben estas tres fuerzas, así en la unidad de la divinidad se entienden tres personas. Así también como tres fuerzas deben notarse en la palabra; así la Trinidad en la unidad de la divinidad debe considerarse. ¿Cómo? En la palabra: hay sonido, fuerza y aliento. Pero tiene sonido para ser escuchada, fuerza para ser entendida, aliento para ser completada. En el sonido, nota al Padre, quien con poder inefable revela todo. En la fuerza, al Hijo, quien fue engendrado maravillosamente del Padre; en el aliento, al Espíritu Santo, quien sopla donde quiere, y todo se consume. Donde no se escucha el sonido, allí tampoco opera la fuerza ni se eleva el aliento; por lo tanto, tampoco allí se entiende la Palabra, así también el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no están divididos entre sí; sino que operan su obra unánimemente. Así como estas tres cosas están en una sola palabra, así también la suprema Trinidad está en la suprema unidad; así como en una piedra no hay ni opera la virtud húmeda sin la comprensión palpable y sin la virtud ígnea, ni la comprensión palpable sin la virtud húmeda y el vigor del fuego resplandeciente, ni el vigor del fuego resplandeciente sin la virtud húmeda y la comprensión palpable, y como en la llama no hay ni opera el resplandor brillante sin el vigor innato y el ardor ígneo, ni el vigor innato sin el resplandor brillante y el ardor ígneo, ni el ardor ígneo sin el resplandor brillante y el vigor innato, y como en la palabra no hay ni opera el sonido sin la fuerza y el aliento, ni la fuerza sin el sonido y el aliento, ni el aliento sin el sonido y la fuerza, sino que indivisiblemente en su obra están adheridos; así también estas tres personas de la suprema Trinidad en la majestad de la divinidad inseparablemente vigilan y no se dividen entre sí. Así, hombre, entiende a un Dios en tres personas. Pero tú, en la necedad de tu mente, piensas que Dios es tan impotente que no le es posible subsistir verdaderamente en tres personas, sino solo en una: cuando ni

siquiera ves que la voz consista en tres. ¿Qué es esto? Dios ciertamente es en tres personas, verdadero y único Dios, primero y último.

Pero el Padre no está sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni el Padre ni el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin ellos; porque estas tres personas son inseparables en la unidad de la divinidad. ¿Cómo resuena la palabra desde la boca del hombre? Pero no hay boca sin palabra, ni palabra sin vida. ¿Y dónde permanece la palabra? En el hombre. ¿De dónde sale? Del hombre. ¿Cómo? Con el hombre viviente. Así es el Hijo en el Padre, a quien el Padre envió por la salvación de los hombres que habitan en la tierra en tinieblas, concebido del Espíritu Santo en la Virgen. Este Hijo, así como es unigénito en la divinidad, así es unigénito en la virginidad, y así como es único del Padre, así es único de la madre, porque así como el Padre lo engendró único antes de los tiempos, así también la madre virgen lo engendró único en el tiempo, ya que permaneció virgen después del parto. Por lo tanto, hombre, entiende en estas tres personas a tu Dios, quien te creó en la fortaleza de su divinidad, y quien te redimió de la perdición. No olvides, entonces, a tu Creador, como también Salomón te aconseja, cuando dice: Recuerda a tu Creador en los días de tu juventud antes de que venga el tiempo de tu aflicción, y se acerquen los años de los cuales digas: No me agradan (Eccl. XII). ¿Qué es esto? Con tu sentido intelectual recuerda a aquel que te creó, como cuando en los días de tu confianza necia piensas que es posible para ti ascender a lo alto según tu deseo, precipitándote en el abismo, pero estando en prosperidad cayendo en extremas miserias. Pues la vida que está en ti siempre se esfuerza por perfeccionarse hasta ese tiempo en que aparezca perfecta. ¿Cómo? El niño desde su primer nacimiento hasta alcanzar la estatura perfecta asciende, y luego en la edad perfecta permanece, dejando la petulancia de los modos de la necia adolescencia, solo con grandes cuidados provee solícitamente qué debe hacer en sus asuntos, lo que entonces de ninguna manera hizo cuando la necia adolescencia hervía en inconstancia. Así debe hacer el hombre fiel, dejar la infancia de los modos; y ascender a la cumbre de las virtudes perseverando en su fortaleza, abandonando la altivez de su codicia que brota en la locura de los vicios y en la angustia medita qué le es útil después de haber declinado la infancia de los modos pueriles. Por lo tanto, hombre, así abraza a tu Dios en la fortaleza de tu vigor antes de que venga el hombre de la purgación de tus obras, cuando todo se manifestará, y nada quedará oculto donde vienen los tiempos que en su duración no fallarán. De los cuales, con tu sentido humano, no murmures, diciendo: No me agradan, ni entiendo si están en prosperidad o en miseria, porque la mente humana siempre está en duda sobre esto; pues incluso cuando hace el bien, tiene ansiedad sobre si agradan a Dios o no. Y cuando comete el mal, teme por la salvación del perdón. Pero quien ve con ojos vigilantes y escucha con oídos atentos, que ofrezca un beso de abrazo a mis palabras místicas que emanan de mí viviente.

VISIÓN TERCERA.

RESUMEN.---Sobre la construcción de la Iglesia que siempre engendra a sus hijos en la regeneración del espíritu y del agua. Que la Iglesia en su origen fue adornada con apóstoles y mártires. Que la Iglesia se adorna en el oficio sacerdotal y en la distribución de limosnas. Sobre la benignidad maternal de la Iglesia. Que la Iglesia aún no ha sido llevada a la perfección de su blancura, pero será llevada a la perfección cerca del tiempo del hijo de la perdición. Cómo la Iglesia ofrece devotamente a sus hijos en pureza. Que ninguna perversidad de arte diabólica puede oscurecer a la Iglesia. Que el intelecto humano no puede contemplar plenamente los secretos de la Iglesia. Sobre la virginidad de María. Sobre la expansión de los sacramentos de la verdadera Trinidad. Que a cada fiel le asiste el ministerio de los ángeles. Sobre aquellos que en la fe de la santa Trinidad son regenerados por la madre

Iglesia permaneciendo ella íntegra. Semejanza del bálsamo, el ónice y el carbunclo. Que la beatísima Trinidad aparece en el bautismo, con el cielo abierto a los bautizados: y quitándoles la negrura de los pecados, a cada uno los viste con una vestidura blanca. Sobre la queja de la Iglesia sobre el error de sus hijos. Que se han dado dos señales a los hombres para defenderse. Semejanza del joven. Por qué a Adán no se le debía dar una doble ley. Que la advertencia del Espíritu Santo, apareciendo, amenazó a la antigua serpiente en Noé, la circuncisión la golpeó en la mandíbula en Abraham, la Iglesia la ató. Sobre qué significan las tres alas. Que los varones que no fueron circuncidados en el tiempo de la circuncisión fueron transgresores de la ley. Así como en la creación de Adán se designaron tres causas, así también hay tres causas en el hombre en la procreación de hijos. Que la mujer que observa su virginidad en el amor de Dios es muy adornada por Dios. Que el hombre que rehúsa la unión matrimonial en el amor de Dios se convierte en consorte del Hijo de Dios. Palabras del profeta Isaías. Que la caída de Adán cerró el cielo al hombre, cierre que duró hasta el Hijo de Dios. Palabras del Evangelio. Palabras del Dios exhortante. Que en la circuncisión de Abraham un miembro fue circuncidado, pero en el bautismo de Cristo todos los miembros son circuncidados. Palabras del Evangelio. Que en todo tiempo y en toda edad, Dios recibe piadosamente a todo sexo, es decir, masculino y femenino, en el bautismo. Que tres deben estar presentes en honor de la santa Trinidad al bautizar, a saber, el sacerdote y dos que prometan la fe por él, y estos no deben unirse carnalmente con el bautizado. Comparación del infante. Que todos los pecados son perdonados en el bautismo. Que aunque el sacerdote sea pecador, Dios acepta de él el oficio del bautismo. Semejanza del rico. En necesidad, si no hay sacerdote presente, se concede a cualquier hombre fiel bautizar, manteniendo la forma del bautismo.

Después de esto vi una imagen femenina de gran tamaño como una gran ciudad, con la cabeza coronada con un adorno maravilloso, y brazos de los cuales un resplandor como mangas se extendía desde el cielo hasta la tierra. Su vientre, sin embargo, tenía la forma de una red con muchos agujeros, a través de los cuales entraba una gran multitud de personas; pero no tenía piernas ni pies, sino que solo sobre su vientre, ante el altar que está ante los ojos de Dios, permanecía abrazándolo con las manos extendidas, y con sus ojos miraba agudamente por todo el cielo. Pero no podía ver sus vestiduras, excepto que toda ella resplandecía con una claridad luminosa, rodeada de gran esplendor, en su pecho como una aurora brillando con un resplandor rojo donde también escuché de ella este canto en diversos tipos de música como una aurora muy resplandeciente. Y la imagen extendió su resplandor como un vestido diciendo: Me corresponde concebir y dar a luz. Y de inmediato acudió a ella como un rayo una multitud de ángeles haciendo grados y asientos en ella para los hombres, por los cuales la imagen debía ser completada. Luego vi niños negros cerca de la tierra en el aire reptando como peces en el agua y entrando en el vientre de la imagen por los agujeros (que se abrían para los que querían entrar). Y ella gimió atrayéndolos hacia arriba, quienes salieron por su boca, permaneciendo ella sin daño. Y he aquí, aquella luz serena y en ella la figura de un hombre todo, ardiendo con fuego resplandeciente, según la visión que había visto antes, apareció de nuevo ante mí, y a cada uno de ellos les quitó la piel negrísima y arrojó las pieles fuera del camino, vistiendo a cada uno de ellos con una vestidura blanquísima, y les abrió una luz clarísima, diciendo a cada uno de ellos: Despójate de la vejez de la injusticia, y vístete de la novedad de la santidad, porque se te ha abierto la puerta de tu herencia. Considera, entonces, cómo has sido instruido, para que reconozcas a tu padre a quien has confesado. Yo te he recibido y tú me has confesado. Ahora, entonces, mira dos señales, una al oriente y otra al norte. Si, por lo tanto, con los ojos interiores miras diligentemente como has sido instruido en la fe, te recibiré en mi reino. Y si me amas perfectamente, haré lo que pidas. Pero si me desprecias, apartándote de mí y mirando hacia

atrás, sin querer conocerme o entenderme, llamándote a la penitencia pura si recurres al diablo como si él fuera tu padre: entonces te recibirá la perdición, porque serás juzgado según tus obras, ya que cuando te di el bien, no quisiste conocerme. Los niños que habían entrado en el vientre de la imagen caminaban en el resplandor que la rodeaba. Y ella, mirándolos con gran benignidad, decía con voz triste: Estos mis hijos volverán al polvo; sin embargo, concibo y doy a luz a muchos que me fatigan y me oprimen con diversas sacudidas, atacándome con herejías y cismas y con luchas inútiles para ellos, en robos y homicidios, en adulterios y fornicaciones, y en muchos otros errores similares. Pero muchos de estos resucitan a la verdadera penitencia para la vida eterna, y muchos caen en la obduración engañosa hacia la segunda muerte. Y de nuevo escuché una voz del cielo que me decía: La plena construcción de las almas vivientes que se construye en los cielos adornada con inmenso decoro de virtudes en sus hijos a quienes abarca como una ciudad muy espaciosa: una gran multitud de pueblos y como una red muy amplia una gran multitud de peces florece muy decorosamente en las virtudes superiores según lo que en el nombre cristiano prospera la obra de los hombres fieles.

Por lo tanto, lo que ahora ves como una imagen femenina de gran tamaño como una gran ciudad, designa a la esposa del Hijo mío que siempre engendra hijos en la regeneración del espíritu y del agua, cuando el más fuerte guerrero la ha puesto en la amplitud de las virtudes para comprender y perfeccionar una gran multitud en sus elegidos y es como una gran torre, porque ningún enemigo puede prevalecer contra ella, expulsando la infidelidad con una impugnación contraria y expandiéndose fielmente: lo que en el mundo mortal se entiende según esto que cada fiel ofrece un ejemplo a su prójimo, por el cual ellos realizan muchas virtudes en los cielos. Pero cuando cada uno de los justos haya llegado a los hijos de la luz, entonces en ellos aparecerá la buena obra que han realizado, lo cual en la mortalidad del polvo terrenal no puede ser conocido, porque aquí está oscurecido en la sombra de la inquietud. Y tiene la cabeza coronada con un adorno maravilloso; porque en su origen, cuando fue levantada en la sangre del Cordero, fue decorada decentemente en los apóstoles y mártires con una verdadera desposación desposada con el Hijo mío, porque en su sangre se construyó fielmente en la edificación fiel de las almas santas. Por lo tanto, también tiene brazos de los cuales descende un resplandor como mangas desde el cielo hasta la tierra; que es la operación de la fortaleza en los sacerdotes que en la pureza del corazón y de las manos en el sacramento del cuerpo y la sangre de su Salvador, ofrecen el sacrificio sacrosanto sobre el altar santo en la virtud de las buenas obras, que es una obra clarísima para los que hacen misericordia que en la largueza siempre brindan ayuda a todo dolor, distribuyendo limosnas con un corazón muy amable a los pobres, y así en su ánimo perfecto diciendo: Esta no es mi sustancia, sino de aquel que me creó, porque esta obra inspirada por Dios: se presenta ante sus ojos en el cielo cuando en la cultura de la Iglesia, por los hombres fieles se perfecciona en la tierra. Pero el vientre de ella es en forma de red con muchos agujeros a través de los cuales entra una gran multitud de personas: esto es la benignidad maternal de ella que está abierta a la captura de las almas fieles en la multiplicidad de la altura de las virtudes en las que los pueblos creyentes se comportan devotamente por la fe de la verdadera credulidad. Pero aquel que lanzó su red para la captura de peces es el Hijo mío, esposo de su amada Iglesia, a quien en su sangre desposó para reparar la caída del hombre perdido. Que aún no tiene piernas ni pies, porque no ha sido llevada a la fortaleza de su constitución ni a la máxima blancura de su perfección, porque cerca del tiempo del hijo de la perdición que inducirá al mundo al error, sufrirá en sus miembros una angustia encendida y sangrienta de la más cruel perversidad, por la cual calamidad llevada a la perfección con heridas sangrientas: correrá rápidamente a la Jerusalén celestial, y cuando en la sangre del Hijo mío la nueva esposa haya surgido suavemente, entrará en la vida en la plenitud del gozo de su descendencia. Pero solo sobre su

vientre, ante el altar que está ante los ojos de Dios, permanecía abrazándolo con las manos extendidas; porque ella siempre está embarazada y procreando a sus hijos en la verdadera ablución, ofreciéndolos devotamente a Dios a través de las oraciones purísimas de los santos. Y por el suavísimo olor de la discreción de las virtudes ocultas y manifiestas que se presentan en la intención de los ojos de la mente, desechando toda ficción de simulación y apetito de alabanza humana; como el incienso se purifica de toda injuria de olor contrario, que es una buena operación, es un sacrificio suavísimo al conspecto de Dios; en el cual la nueva esposa frecuentemente trabaja con todo deseo en la obra de las virtudes fructíferas anhelando las cosas celestiales, y edificando una torre excelsa de los muros superiores con el fruto treinta, sesenta y ciento.

Por lo tanto, dirige sus ojos con agudeza a través de todo el cielo, porque su intención, que devotamente mantiene en las cosas celestiales, no puede ser oscurecida por ninguna perversidad, ni por ninguna persuasión de fraude diabólico, ni por el error del pueblo transgresor, ni por las conmociones difundidas en diversas tierras donde los hombres insensatos se desgarran cruelmente en la incredulidad de su furia. Pero el hecho de que no puedas considerar sus vestiduras significa que los secretos de ella no pueden ser contemplados en su totalidad por el intelecto humano, agobiado por la debilidad de su fragilidad, excepto que, resplandeciendo con una claridad muy luminosa, está rodeada de gran esplendor; porque el verdadero sol la ha bañado por todas partes con la clarísima inspiración del Espíritu Santo y el más digno adorno de virtudes. En su pecho, como la aurora resplandeciente con un fulgor rojo, porque en los corazones de los fieles brilla con ardentísima devoción la integridad de la beatísima Virgen que genera al Hijo de Dios, donde también escuchas de ella este cántico como una aurora muy resplandeciente ser cantado en múltiples géneros de música; porque toda voz de los creyentes, como se infunde en tu entendimiento, debe abrazar con toda intención en la Iglesia la virginidad de esa virgen inmaculada. Pero el hecho de que la misma imagen extienda su esplendor como un vestido diciendo que debe concebir y dar a luz: esto es que en la Iglesia se expande el sacramento de la confesión de la verdadera Trinidad, porque su vestidura es la protección de los pueblos fieles, a través de los cuales ella se levantará en la edificación de piedras vivas blanqueadas en la fuente del lavacro purísimo, así como ella misma confiesa que es necesario para la salvación concebir hijos en bendición, y para darles a luz en la ablución por la regeneración del espíritu y del agua. Por lo tanto, inmediatamente acude a ella como un rayo una multitud de ángeles que hacen grados y sedes en ella para los hombres, a través de los cuales la misma imagen debe ser perfeccionada; porque a cada hombre creyente le asiste el ministerio temible y amado de los espíritus bienaventurados, preparando ascensos por la fe y reposiciones por la suma quietud para aquellos fieles en los cuales se reconoce que la feliz madre Iglesia debe ser llevada a su decoro. Pero luego ves niños negros junto a la tierra en el aire, como peces reptando en el agua, y entrando en el vientre de la imagen por los agujeros (que se abren para quienes desean entrar); esto es la negrura de los hombres insensatos que aún no han sido lavados en el lavacro de la salvación, pero que, amando las cosas terrenales y corriendo por todas partes en ellas y poniendo su morada en su inestabilidad, finalmente llegan a la madre de la santidad, y contemplando la dignidad de sus secretos, reciben su bendición, por la cual son apartados del diablo y devueltos a Dios, sometándose a la sagrada constitución del orden eclesiástico en el cual el hombre fiel debe ser beatificado para la salvación, cuando en sí mismos dicen "Creo en Dios", y lo demás que pertenece a la fe bienaventurada. Por lo tanto, ella suspiró atrayéndolos hacia arriba, quienes salen de su boca, permaneciendo ella misma íntegra; porque esta bienaventurada madre extrae suspiros íntimos cuando el bautismo con el carisma es consagrado en la santificación del Espíritu Santo, para que el hombre sea

renovado en la verdadera circuncisión del espíritu y del agua, de esta manera siendo ofrecido hacia arriba a la suma bienaventuranza que es la cabeza de todo, siendo hecho miembro de Cristo, cuando por la invocación de la santa Trinidad, como por la boca de la bienaventurada María, es regenerado para la salvación; la misma madre no sufre ninguna lesión, porque ella permanecerá eternamente en la integridad de su virginidad, que es la fe católica, porque ella nació en la sangre del verdadero cordero, su esposo; quien sin ninguna corrupción de integridad nació de la virgen más pura. Así también la esposa permanecerá íntegra, de modo que ningún cisma podrá corromperla. A menudo, sin embargo, será fatigada por hombres perversos, pero por la ayuda de su esposo siempre se defiende muy fuertemente como una virgen que a menudo es atacada en las concupiscencias de la carne por el arte diabólico y las persuasiones de muchos hombres; pero sin embargo, ella es liberada valientemente de sus tentaciones por sus oraciones que derrama al Señor, conservando su benignidad. Así también la Iglesia resistía a los corruptores más malvados que son los errores de los herejes, es decir, tanto de los malos cristianos como de los judíos y otros infieles que la infestan, queriendo corromper su virginidad que es la fe católica, resistiendo ella sin embargo virilmente a ellos, para que no sea corrompida, porque siempre fue y es y permanecerá virgen, con la verdadera fe, es decir, la materia de su virginidad permaneciendo íntegra contra todo error; así como el honor de la casta virgen en la materia de la pureza de su cuerpo persevera incorrupto contra todo toque de lujuria. Por lo tanto, la Iglesia es la madre virgen de todos los cristianos; porque en el secreto del Espíritu Santo los concibe y da a luz, ofreciéndolos a Dios, de modo que también son llamados hijos de Dios. Y así como el Espíritu Santo cubrió a la beatísima madre, de modo que sin dolor concibió y dio a luz maravillosamente al Hijo de Dios y sin embargo permaneció virgen; así también el Espíritu Santo ilumina a la Iglesia, la feliz madre de los creyentes, y sin ninguna corrupción simplemente concibe y da a luz a sus hijos, y permanece virgen. ¿Qué es esto? Así como el bálsamo suda del árbol, y como las medicinas más fuertes emanan del vaso de ónice que en él se ocultan, y como el esplendor más claro se difunde del carbunclo sin ningún impedimento; así el Hijo de Dios nació de la virgen sin ningún obstáculo de corrupción, y así también la Iglesia, su esposa, genera a sus hijos sin ninguna contaminación de error; permaneciendo virgen, sin embargo, en la integridad de la fe.

Pero lo que ves, cómo esa luz espléndida, y en ella la figura de un hombre ardiendo completamente en fuego resplandeciente, según la visión que antes habías visto, te aparece de nuevo; esto es que la verdadera Trinidad en la verdadera unidad, es decir, el Padre lucidísimo, y en el Padre su dulcísimo Hijo que antes de los tiempos permaneciendo según la divinidad en el Padre, pero en el tiempo según la carne concebido del Espíritu Santo y nacido de la virgen como en la visión más verdadera te fue mostrado, ahora también para la confirmación de la fe te es mostrado, porque la misma bienaventurada Trinidad en el santo bautismo aparece a los bautizados con el cielo abierto: para que el hombre fiel reciba esta fe, cómo debe adorar a un solo Dios en la verdadera Trinidad, que también en el primer sacramento del bautismo verdaderamente apareció. Y quitando a cada uno de ellos la piel más íntegra y arrojando las pieles fuera del camino, a cada uno de ellos los viste con una vestidura blanquísima y les abre una luz esplendidísima, pronunciando a cada uno de ellos palabras de bienaventurada admonición; porque el poder divino mirando los corazones de los hombres, en el lavacro del bautismo misericordiosamente quita la infidelidad de sus crímenes, y arroja esos crímenes fuera del camino que es Cristo, porque no hay muerte en Cristo sino vida por la pura confesión y por la ablución de los pecados en él; cuando por él cada fiel es vestido con el candor de la salvación, y cuando por él se abre la claridad de la bienaventurada herencia de la cual el primer hombre fue expulsado, él mismo es amonestado por las palabras de la verdad, para que deposite la vieja costumbre de la iniquidad, y para que asuma el nuevo don

de la gracia para la salvación. Pero que los niños que habían entrado en el vientre de la imagen caminen en el esplendor que la rodeaba: esto es que aquellos cuya madre feliz es la Iglesia por la fuente del sagrado bautismo; deben permanecer en la ley divina con la cual la misma madre los ha instruido e iluminado y conservarla, para que si la rechazan infielmente: nuevamente se ensucien con los pecados de los cuales habían sido limpiados. Por lo tanto, ella mirándolos benignamente con voz triste dice, que esos hijos suyos volverán nuevamente al polvo; porque la misma bienaventurada madre amándolos con amor interior y condolidos con ellos desde sus entrañas más íntimas, se lamenta de que aquellos a quienes ha engendrado en el lavacro de la regeneración, hechos limpios en las cosas celestiales, nuevamente codiciando causas terrenales se ensucien en pecados. ¿Cómo? Porque muchos percibiendo la fe exteriormente: interiormente la atacan con diversos vicios, caminando más por el camino del error que por el camino de la verdad, de los cuales sin embargo muchos se arrepienten de la falsedad, muchos también permanecen en la iniquidad; como también esa madre con sus palabras que se han mencionado anteriormente, lo demuestra.

Porque se conocen dos signos de la ley dados a los hombres, a saber, la circuncisión en los antiguos padres, y el bautismo en los nuevos doctores, por los cuales los hombres son ingratos como el buey a su yugo; porque aunque sea corregido con el aguijón, sin embargo, llevaría el surco del carro si no estuviera atado al yugo. De manera similar, los hombres no caminarían por mis caminos, si no estuvieran atados al yugo de sus signos. Esto es como si un joven caminara por algún camino, y su padre le dijera: Camina por el camino recto, y sin embargo no le diera espada ni otras armas bélicas, con las cuales si se encontrara con peligro, se defendería. ¿Qué entonces? Huiría desnudo: ni se atrevería ni podría defenderse del peligro que se le presentara, y que quisiera impedirle su camino, sino que se escondería, porque no estaría marcado con la armadura terrible, por la cual debería defenderse. Así sería mi pueblo desnudo si no estuviera bautizado, por lo cual aparece terrible a sus enemigos que lo ven marcado con el crisma del bautismo, por el cual signo también les resiste fuertemente, quienes quieren destruirlo, ya sea una multitud humana o un ejército diabólico. Pero a Adán no se le debía dar una doble ley. ¿Cómo? Yo le di una ley en el árbol, cuando me veía en la inocencia del corazón; pero él me despreció consintiendo al astuto serpiente, lo cual fue tan nocivo que nunca los ojos mortales podrán verme mientras permanezca en este mundo transitorio. Pero porque Adán transgredió mi precepto, estuvo sin ley con su linaje, hasta el tiempo que anunció la nobleza de mi Hijo. Sin embargo, la admonición del Espíritu Santo apareció en Noé cuando la raza humana se apresuraba a perecer: donde sobre el diluvio erigió un arca, porque antes de los siglos previó que después de esa raza iniqua que se había contaminado con la iniquidad más vil, debía surgir una nueva descendencia. Porque después del tránsito de Adán, su linaje ignorando que yo soy Dios, erraba, diciendo: ¿Quién es Dios? ¿Quién es Dios? Y entonces surgía en ellos todo mal: de modo que entre ellos la antigua serpiente corría con poder suelto, persuadiéndoles para que cumplieran toda su voluntad. Porque entonces estaba suelto del vínculo de la atadura: de modo que antes del diluvio no le adversaba la admonición del Espíritu Santo, como le adversé en Noé, en quien surgió una nueva descendencia: cuando instruí a mi pueblo de tal manera que no podría olvidar esa instrucción. Porque la admonición del Espíritu Santo, primero le amenazó en Noé; pero después la circuncisión le golpeó en la mejilla, en Abraham; y luego la Iglesia lo ató en el último tiempo hasta que el mundo pase en el último día. Pero permití al diablo ejercer su poder en el mundo antes del diluvio, por la antigua contienda en la que venció a Adán hasta que llenó su vientre con el cadáver de toda iniquidad; y permití esto porque mi juicio es justo. Por lo tanto, también levanté las aguas del diluvio, y maté a los pecadores, reservando en mi misterio a Noé, a quien el mismo Satanás no pudo despojar, porque estaba sobre el diluvio en mi voluntad. Y designé en el diluvio el germen más recto, a saber, mi Hijo anunciándolo al

nuevo siglo, quien viniendo silenciosamente al mundo, manifestó la santísima Trinidad para ser adorada veracísimamente. ¿Cómo?

Muestra tres alas que significan la santísima Trinidad: donde tú, Sinagoga, me negarás, y donde un pueblo ajeno me recibirá, donde también tú, oh Abraham, serás magnificado. Oh Abraham, tú estás rodeado de circuncisión, tú estás como cercado por un muro en el Antiguo Testamento, tú estás adornado con la aurora del sol de la Iglesia. Yo te di a ti y a tu linaje la circuncisión hasta mi Hijo, quien abiertamente perdonó los pecados de los hombres, y donde la circuncisión carnal del viejo prepucio cayó: cuando la fuente del bautismo en la santificación del lavacro de mi hijo verdaderamente brotó. Pero quienes en el tiempo de la circuncisión de tu linaje no fueron circuncidados según el tiempo que se les mostró, ya sean de menor o mayor edad, han transgredido el pacto de mi alianza, excepto las mujeres a quienes no se les impuso la circuncisión; porque la mujer no debe ser circuncidada, porque el tabernáculo materno se oculta en su cuerpo, y no puede ser tocado por el tacto exterior, y porque ella está bajo el poder del hombre, como el siervo bajo su señor. Porque el hombre tiene tres causas en su obra, es decir, la concupiscencia, la fortaleza y el estudio. La concupiscencia enciende la fortaleza, de donde en ambos está el estudio del trabajo y la voluntad ardiente de ellos. Esto es como en la creación de Adán se designaron tres causas; porque la voluntad de Dios en el poder formó al hombre, y esto lo completó en gran piedad, cuando él mismo hizo al hombre a su imagen y semejanza. En la voluntad de Dios, nota la concupiscencia del hombre; y en el poder de Dios, la fortaleza del hombre, y en la piedad de la voluntad y el poder de Dios, el estudio de la concupiscencia y la fortaleza del hombre. De esta manera, por el hombre se procrea el género humano de la mujer; porque Dios hizo al hombre del limo de la tierra, porque así como la tierra está en la virtud del germen de los frutos de los campos, así también la mujer está puesta en el humor del parto para dar a luz hijos. ¿Qué es esto? La mujer tiene un tiempo de revelación del humor que está en ella, y que se difunde en ella con virtud húmeda con calor: de lo contrario, voluntariamente no recibiría al hombre, sino que desdénandolo no consentiría a su voluntad, ni procrearía hijos. Porque si no tuviera la virtud del humor en el calor, permanecería infructuosa: como la tierra árida que no se inclina a ningún uso de fructuosidad. Pero esa virtud del humor no siempre tiene en el calor el incendio del ardor de la concupiscencia en la mujer, a menos que ella primero tocada por el hombre, reconozca el ardiente fervor de la concupiscencia: porque en ella no hay una concupiscencia tan fuerte y tan ferviente como en el hombre, que es fuerte como un león para la concupiscencia de la obra de los hijos; de modo que él tiene la fortaleza de la concupiscencia y de la obra, teniendo la mujer solo este negocio que está sujeta al imperio de su voluntad, porque ella está ocupada en la procreación de los nacidos, hasta que los produce en el mundo. Quien deseando a mi Hijo, en amor de él deseando observar su virginidad: es muy adornada en su tálamo, porque desprecia el ardor que por su caridad soporta: no queriendo disolverse en el incendio del ardor lujurioso, perseverando en la castidad, porque desprecia al hombre carnal en el desposorio espiritual; anhelando con todo deseo tras mi Hijo, rechazando el recuerdo del hombre carnal. Oh germinaciones queridísimas, y oh flores más dulces y suaves sobre todos los aromas: donde la naturaleza blanda y frágil como la aurora se levanta para el desposorio de mi Hijo, amándolo con amor casto, ella su esposa, y él su esposo, cuando este género de vírgenes lo ama mucho en el reino celestial adornado con ornamentos insignes. Pero ¿qué ahora?

Cuando también la fortaleza del hombre rehúsa llevar el consorcio del matrimonio, de modo que el hombre por amor a mi Hijo se cohibe en su naturaleza vivaz, cuando florece en el germen de los hijos; él sin embargo constriñendo sus miembros para que no ejerzan la concupiscencia de su carne, esto me es muy amable porque el hombre de este modo se vence

a sí mismo. Por lo tanto, también lo haré consorte de mi Hijo; y pondré ante su rostro un espejo serenísimo, porque resistió fuertemente al diablo; quien había atraído al género humano por la infidelidad de la más malvada suciedad. De cuyo lazo para ser liberado, envié a mi Hijo al mundo, nacido de la dulcísima virgen sin ninguna mancha de pecado, trayendo la fuente de la salvación, que él mismo, el cordero inocente, consagró, para que el prepucio del viejo crimen en él fuera abolido. ¿Qué es esto? El prepucio amarguísimo es el crimen de la transgresión de Adán que mi Hijo quitó; cuando él mismo entrando en la fuente de la salvación dedicó nobilísimamente la cohorte cristiana, para que la serpiente antigua, que había engañado al hombre, en ese lavacro fuera sumergida. ¿Cómo? El hijo responde a la condición de su padre; y también retiene su herencia. ¿Qué es esto? El género de Adán por su transgresión fue expulsado del lugar de la amenidad, y en el bautismo de la salvación por mi Hijo fue llamado a la vida. ¿Cómo? Él sobre los incrédulos que resistieron a mis preceptos dio la voz de bendición; de modo que aterrorizados pidieran perdón en el espíritu de contrición, como Isaías mi siervo según lo que recibió de mí protesta, diciendo: "Y vendrán a ti encorvados los hijos de aquellos que te humillaron, y adorarán las huellas de tus pies todos los que te denigraban" (Isa. LX). ¿Qué es esto? Oh tú que eres la paz suprema y el sol purísimo, por ti brotará la raíz viviente que es la regeneración del espíritu y del agua, cuando ellos vendrán diligentemente a tu conocimiento quienes estaban postrados en la suciedad de la inmundicia más nefanda bajo la maldición más grave, porque ellos de este modo casi encorvados apenas finalmente se levantarán a la verdad y a la justicia. ¿Cómo? Ellos succionarán la dulzura materna de la verdadera fe, viéndola visiblemente, sin saber; pero solo creyéndola fielmente la captarán. ¿Y quiénes son ellos? A saber, quienes en la materia del pecado nacidos de estos, nunca te vieron en ardiente caridad; pero quienes oprimiéndote cruelmente te afligieron pertinazmente, como si tú no los dominaras: te amaron dulcísimamente en buen sentido. Y tanto cuando hayan seguido la verdadera fe, como rey te tomarán, y como Señor te adorarán, y correrán apresuradamente siguiendo tus santísimos caminos que les has mandado de modo que siempre con las manos elevadas te miren y en buenas obras siempre vigilen hacia ti, en la fe, es decir, sin cansarse de verte, y esto lo harán todos aquellos; quienes antes impudicamente e irreverentemente te desgarraron, y quienes en odio y envidia se dividieron de ti, cuando entonces en el espejo de la fe ardientemente te abrazaron. ¿Qué es esto?

Porque la caída de Adán cerró el cielo en mi indignación, cuando el hombre me despreció y escuchó al astuto serpiente. Por lo tanto, toda la gloria del paraíso le fue cerrada. Este cierre duró hasta mi Hijo de claridad, quien, en mi voluntad, entró en el Jordán fluyente; donde mi voz claramente resonó al decir que él era mi Hijo amado, en quien me complací; porque quise que al final de los tiempos redimiera al hombre a través de mi Hijo, tan adherido a mí con un vínculo indisoluble de amor, como el panal se adhiere a la miel, a quien también designé como fuente para mí; yo, fuente de agua viva, para que él, fuente de salvación, resucitara de la muerte eterna a aquellas almas a las que en el agua, por el Espíritu Santo, se les diera la remisión de los pecados. Por eso, allí también apareció el Espíritu Santo, porque a los fieles por él se les concede la remisión de los pecados, donde por el secreto místico mi unigénito fue mostrado por el Espíritu Santo en forma de paloma, que es de carácter simple y sincero, ya que el Espíritu Santo es justicia indeficiente en simplicidad y bondad de todos los bienes. Y esto era apropiado, porque mi Hijo nació sin mancha de crimen de una virgen, para que también el hombre, que nace con pecado de hombre y mujer, renaciera sin pecado espléndida y gloriosamente, como mi Hijo mismo dijo en el Evangelio a Nicodemo: "En verdad, en verdad te digo, que si uno no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan III). ¿Qué significa esto? Con certeza constante y no con ambigüedad inestable te digo

a ti, que naciste de la corrupción, que el hombre que nació del ardiente calor de la concupiscencia y envuelto en un vestido venenoso, a menos que renazca en el verdadero gozo de una nueva descendencia del agua de la santificación y del espíritu de iluminación, será confundido en el tiempo de su negligencia. ¿Cómo? Porque el hombre, como el agua, inunda con el espíritu de su vegetación, ya que así como el agua limpia las impurezas, y como el espíritu vivifica lo inanimado (a menos que sea purificado en la verdadera generación), no podrá convertirse en heredero del reino de su Creador a través de la entrada de la salvación, porque está atado en el pecado del primer padre, a quien el diablo engañó fraudulentamente. ¿Cómo? Porque como el ladrón que roba furtivamente el dinero más noble y precioso del rey, así la concepción tortuosa, sugerida en la gula por el diablo, se deslizó subrepticamente, de modo que él maliciosamente sustrajo la joya más querida de la santa inocencia y castidad en las que habita el Espíritu Santo. Por lo tanto, ahora debe ser limpiado en la santificación de la ablución. Porque el calor mortal que la lujuria en la acumulación de la concupiscencia de la transgresión de los mandamientos del Dios omnipotente encendió, debe ser sumergido en aquel que nunca ocultó envidiosamente sus maravillas, sino que las mostró misericordiosamente en su piedad incomprensible. Escuchen, pues, al Hijo en esta constitución de regeneración que es la revelación de mi reino, y aprendan de él para que cumplan mis mandamientos. Hagan así. Porque esto me es aceptable, y cuídense de que la antigua serpiente no los seduzca; y no morirán si guardan su bautismo, como se les ha ordenado en el nombre de la santísima Trinidad. Y cuantas veces caigan, levántense con la corrección de la penitencia según mi misericordia por sus pecados. Oh, ustedes, mis amadísimos hijos, reconozcan la bondad de su Padre; quien los liberó en sí mismo a través de la confesión pura y el verdadero perdón de la mandíbula del diablo, y quien les otorgó todos los bienes, en los cuales deben trabajar para poseer la Jerusalén celestial; que perdieron por el engaño falaz, porque nadie puede recuperar su herencia perdida, sino a través del sudor de su trabajo. Sin embargo, ustedes pueden recibir la bienaventuranza suprema, es decir, su herencia más excelente, con una ley no difícil. Porque el Espíritu Santo, como se ha dicho, expulsa el poder de Satanás en el bautismo del hombre, santificándolo como un nuevo hombre en la regeneración, para que pueda recuperar las alegrías perdidas. Por lo tanto, quien desee ser salvado en la purificación de sus crímenes, no debe rehusar ser regenerado.

Porque, yo di a los varones del linaje de Abraham la circuncisión de un miembro, pero en mi Hijo ordené a los hombres y mujeres de todos los pueblos la circuncisión de todos sus miembros. ¿Cómo? La circuncisión del bautismo surgió en el bautismo de mi Hijo y durará hasta el último día; y después de ese día, su santidad permanecerá en la eternidad, y no tendrá fin; y así, quienes son circuncidados en el lavacro del bautismo, serán verdaderamente conservados, si guardan fielmente este lavacro con obras justas, porque yo recibiré al hombre, ya sea de edad más débil o más fuerte, si guarda mi pacto, que hizo conmigo, es decir, creyendo en mí, y confesando la verdadera Trinidad, ya sea por sí mismo o por otros que fían por él, como el infante o el mudo que no habla, que requiere las palabras de la boca ajena, y no lo borraré en la eternidad; como aquel que rechaza recibir esta fuente con la obra de la fe, como está escrito en la doctrina del Evangelio de mi Hijo: "El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no crea será condenado" (Marcos XVI). ¿Qué significa esto? Aquel hombre que por su conocimiento, que es el ojo interior, ve lo que está oculto a la vista exterior, y en esto no duda, este cree con certeza, y esta es la fe. Porque lo que el hombre ve exteriormente, esto también lo conoce exteriormente, y lo que ve interiormente, esto también lo considera interiormente. Por eso, cuando el conocimiento del hombre percibe ardientemente a través del espejo de la vida la incomprensible divinidad que el ojo exterior no puede ver, entonces los deseos de la carne son oprimidos y golpeados contra la roca. Por lo tanto, el espíritu de ese hombre suspira hacia la verdadera altura, sintiendo esta

regeneración, que el Hijo del hombre concebido por el Espíritu Santo trajo, a quien la madre intacta no concibió de la carne del hombre sudando en lujuria; sino del secreto del padre de todos. Quien viniendo suavemente, mostró un espejo purísimo y vivo en el agua; de modo que el hombre vive por él en la regeneración. Porque así como el hombre nace de la carne, por el poder divino en la forma de Adán creándolo; así el Espíritu Santo recupera la vida del alma por la inundación del agua, cuando ella misma recibe el espíritu del hombre en sí, resucitándolo a la vida, como antes fue resucitado en la onda de sangre; cuando fue manifestado en el vaso corporal, pues así como la forma del hombre se forma sensiblemente cuando se dice que es hombre: así el espíritu del hombre ante los ojos de Dios es vivificado en el agua, de modo que Dios lo conoce para la herencia de la vida. Por lo tanto, quien así recibe la fuente de la salvación con el pacto de justicia, encuentra la vida en la salvación, porque ha creído fielmente; pero quien no quiere creer, está muerto, porque no tiene los alientos del espíritu, con los cuales volará a la altura del cielo: sino que solo palpita tocando con ojos ciegos, no viviendo en el conocimiento sombreado de la carne, porque carece de la disciplina vital, que Dios sopló en el hombre, ascendiendo hacia arriba contra la voluntad de la carne. Por lo tanto, este será condenado a la muerte de la infidelidad, porque no tuvo el lavacro de la salvación. Porque yo no separé ni el tiempo ni el linaje de esta salvación, sino que establecí esta vocación para todo el pueblo a través de mi Hijo con clemencia.

Porque, en cualquier tiempo de las horas que pasan, de cualquier sexo o edad, hombre o mujer, infante o anciano: cuando venga con afecto de devoción al bautismo, yo lo recibiré con la ayuda de la piedad. Y no rechazo el lavacro del bautismo del infante, como algunos falsos engañadores dicen; quienes mienten diciendo que yo rechazo tal ofrenda, como tampoco en el Antiguo Testamento desprecié la circuncisión del infante; cuando él ni la pedía con voz ni la recibía con voluntad, que sin embargo sus padres completaron por él. Así también ahora en la nueva gracia no rechazo el bautismo del infante: aunque él no lo busque ni hablando ni consintiendo, sino solo con sus padres ejecutándolo por él.

Y sin embargo, si él desea alcanzar la salvación, cumplirá con todo derecho la promesa fiel que le prometieron aquellos que lo llevaron a la fuente sagrada, quienes deben ser tres personas en honor de la santa Trinidad, a saber, el sacerdote que lo sumerge, y dos que prometen por él las palabras de fe. Pero quienes así se unen al bautizado en el lavacro del bautismo; no se mezclen con él en la procreación carnal, porque se adhirieron a él en la generación espiritual. Porque en el bautismo de mi Hijo yo, el Padre, resoné: lo que muestra al sacerdote dando la bendición en el lavacro, y el Espíritu Santo fue visto en forma de ave ligera, lo que anuncia a uno hablando y enseñando al hombre a ser bautizado allí con simplicidad de corazón, y mi Hijo estaba presente en la carne para ser bautizado; lo que declara a la mujer asistiendo en la dulzura de la madre por la dulcísima encarnación del mismo Unigénito. ¿Qué ahora? Pero así como el infante es alimentado corporalmente con leche y alimentos triturados por otro, así también observará la doctrina y la fe propuesta en el bautismo desde lo más íntimo de su corazón. Porque si no succiona los pechos de su madre, ni recibe los alimentos triturados para él, muere sin demora; así también si no recibe los nutrientes de la piadosísima madre Iglesia, ni retiene las palabras de los doctores fieles propuestas en el bautismo; no escapa de la crueldad de la muerte del alma, porque rechazó la salvación del alma y la dulzura de la vida eterna. Y así como cuando el mismo infante no puede moler el alimento corporal con sus dientes, otro lo tritura para él para que lo trague y no muera; así también debe hacerse cuando él no tiene palabras para confesarme en el bautismo, estarán presentes los ayudantes espirituales que le propongan el alimento de la vida, es decir, la fe católica, para que no sean atrapados en la trampa de la muerte perpetua. ¿Cómo? El Señor propone su voluntad a su siervo con la voz del que manda, y él la completa

en temor con la obra, y la madre enseña a su hija en caridad, y ella completa sus palabras con sumisión; y de manera similar, los deudores de la fe deben oportunamente proferir las palabras de salvación al bautizado, para que él las cumpla con devoción fiel por amor a las cosas celestiales.

Porque nadie está tan oprimido por el peso de los pecados, si es sumergido en el santo bautismo en el nombre de la santísima Trinidad, que no borre verdaderamente todos los crímenes de su maldad, como también en el infante cuando es sumergido en el lavacro de la regeneración: verdaderamente lavo la antigua culpa de Adán. Pero no te maravilles, hombre, de que en la fuente del bautismo el hombre sea justificado de todos sus pecados, de modo que es aliviado clementemente del peso de sus pecados. Porque el cordero inocente que sin mancha de pecado entró en la fuente del bautismo, con el gran sacramento de su encarnación, misericordiosamente quitó los crímenes de los pecados de los hombres en el bautismo. Pero examino todo atentamente, tanto en este mundo como en la eternidad donde no hay muerte de cuerpos, sino todo está abierto. ¿Qué es esto? El infierno se prueba en las obras de muerte, y la vida eterna en las obras que pertenecen a la vida. ¿Cómo? La muerte se prueba por la muerte, porque cuando el hombre muere en sus pecados sin penitencia y sin la misericordia de Dios (porque no la busca), la muerte en la muerte del infierno es discutida. La vida también se prueba por la vida; de modo que las buenas obras brillan en los cielos, cuando la vida eterna las domina. Así también quienes son bautizados en la fuente de la bendición, son probados en la santidad de la santa regeneración. Y cuando allí soy invocado por la invocación de la bendición del sacerdote, mis oídos están abiertos a las palabras de fe, aunque aquel que me invoca allí esté en las obligaciones de los pecados. Porque, aunque el sacerdote sea pecador, sin embargo, recibo de él el oficio del bautismo, si lo ejerce fielmente por la invocación de mi nombre. Pero su iniquidad lo condenará, si persevera en ella sin penitencia. Sin embargo, no rechazo recibir de él la celebración del bautismo, cuando me ha invocado en las palabras de fe. ¿Qué es esto? Si algún hombre rico tiene un dispensador, que distribuye correctamente sus bienes a sus soldados, ejerciendo fielmente su oficio, quien aunque el mismo dispensador sea culpable de otra obra suya; sin embargo, su señor no se niega a recibir de él su oficio, diciéndole tal vez: Siervo malo en tu obra, por lo que también lo considera indigno en su mente; sin embargo, no desdeña recibir de él su oficio de justicia. Así también yo, que tengo muchos dispensadores, no desdeño recibir de un sacerdote que ha sido ungido correctamente y permanece fielmente en su oficio, aunque de otras obras suyas sea culpable, mi sacramento, juzgándolo contrario a mí por sus otros actos injustos, pero no despreciando recibir de él lo que es mío.

Pero si alguien que va a ser bautizado, pensando que se acerca la separación de su alma y cuerpo, busca el bautismo y no puede tener un sacerdote que lo bautice, entonces si alguien lo rocía por la invocación de la majestad trina, está bautizado. Y recibirá la remisión de sus pecados y la gracia de la bienaventuranza suprema por esta aspersion, porque fue rociado en la fe católica, y este bautismo no podrá ser cambiado. Pero sin embargo, en esta invocación no debe omitirse ninguna de estas tres personas inefables, porque si allí alguna de ellas se omite por infidelidad en ser invocada; entonces allí la verdad no opera la salvación, sino que más bien la falsedad otorga el engaño. Por lo tanto, allí no faltará la invocación de esta inefable Trinidad; porque incluso en el purísimo bautismo de mi Hijo no faltó la Trinidad, sino que allí declaró sus maravillas maravillosamente por sí misma. Por lo tanto, los hombres que desean ser salvados, reciban la regeneración de la vida para la salvación; y no descuiden recibirla para que no perezcan, porque así como se desecha el aborto que perece sin el calor de la vida, ni en la formación ni en la excitación adhiriéndose a las entrañas de su madre, así también son retenidos en el peligro de la muerte sin la consolación del Espíritu Santo;

quienes ni en mente ni en obra son purificados por los sacramentos de la Iglesia, que es madre de toda santidad. Que todos los pueblos escuchen y entiendan esto; quienes desean entrar en el reino de Dios en la regeneración del espíritu y del agua, según les ha sido propuesto en las santas Escrituras por el don del Espíritu Santo. Pero quien ve con ojos vigilantes y escucha con oídos atentos, que ofrezca un beso de abrazo a mis palabras místicas que emanan de mí, el viviente.

VISIÓN CUARTA

RESUMEN.---Que todo bautizado debe ser adornado y estabilizado por la unción del obispo. Que la inmensa e indeficiente dulzura del Espíritu Santo se da en la confirmación. Que la inefable Trinidad se manifiesta en la confirmación y se declara con virtudes verdísimas. Que la Iglesia, fortalecida por la unción del Espíritu Santo, nunca puede ser derribada en el error de la perversidad. Palabras de Moisés sobre el mismo asunto. Que los bautizados son decorados en la unción del crisma por el pontífice. Palabras del libro de los Reyes sobre el mismo asunto. Que el bautizado y no confirmado tiene la claridad del bautismo pero no el ornamento y la unción de su superior maestro. Que en honor del Espíritu Santo, la confirmación debe ser ejercida solo por los obispos. Quien sostiene al que va a ser confirmado con las manos, no se una a él en la procreación carnal. Quien después del bautismo regresa al diablo, a menos que se arrepienta, será condenado; pero quien sigue fielmente el bautismo, es recibido por Dios, con la Iglesia orando a Dios por sus hijos. Tres modos en que la Iglesia resuena como trompeta. De la diversidad de los bautizados de múltiples maneras. Palabras de Ezequiel sobre el mismo asunto.

Y luego vi como una gran y redonda torre: toda de piedra íntegra y blanca, con tres ventanas en su cima, de las cuales resplandecía tal fulgor que incluso el techo de esa torre, que se elevaba como en una cavidad, se veía más claramente en la claridad de ese resplandor. Las mismas ventanas estaban adornadas con hermosísimas esmeraldas. Y esa torre estaba colocada como en medio de la espalda de la imagen femenina mencionada, a modo de una torre que se coloca en el muro de una ciudad; de tal manera que esa imagen, por su fortaleza, de ningún modo podía caer. Y vi a esos niños que habían entrado en el vientre de la imagen (como se ha dicho), resplandeciendo con mucha claridad; algunos de ellos estaban adornados desde la frente hasta los pies con un color dorado; otros, en cambio, solo tenían claridad, careciendo de ese color. De ellos, algunos miraban un esplendor puro y luminoso; otros, en cambio, contemplaban un resplandor turbio y rojizo que se inclinaba hacia el oriente. Pero de aquellos que contemplaban ese esplendor puro y luminoso, algunos, con ojos claros y pies fuertes, caminaban firmemente en el vientre de esa imagen. Otros, en cambio, con ojos débiles y pies frágiles, eran empujados de aquí para allá por el viento. Y ellos, sosteniendo un bastón en sus manos, volaban ante la imagen, y a veces la golpeaban, aunque débilmente. Algunos, con ojos serenos pero pies débiles, corrían de un lado a otro en el aire ante esa imagen. Otros, con ojos débiles pero pies fuertes, caminaban lentamente ante la imagen. Pero de aquellos que contemplaban ese resplandor turbio y rojizo, algunos, bien adornados en la imagen mencionada, caminaban alegremente; otros, arrancándose de ella, la atacaban y destruían sus constituciones ordenadas, de las cuales algunos, por el fruto del arrepentimiento, regresaban humildemente a ella; otros, en cambio, permanecían en la dureza de la muerte por desprecio. Y nuevamente escuché una voz del cielo que me decía: Así como la nueva esposa del cordero, después de la iluminación de las inundaciones que surgió en el sol de justicia, que santificó al mundo con su efusión, está adornada y confirmada en el ardor ígneo del Espíritu Santo para la perfección de su belleza; así también el hombre fiel que

recibe la regeneración en espíritu y agua, debe ser adornado y estabilizado por la unción del maestro superior, para que, conformado en todos sus miembros al efecto de la bienaventuranza, encontrando perfectamente el adorno de su belleza, produzca la plenitud del fruto de la suprema justicia. Por lo tanto, esta torre que ves, designa la llama de los dones del Espíritu Santo que el Padre envió al mundo por amor a su hijo, encendiendo los corazones de sus discípulos en lenguas de fuego, de donde fueron fortalecidos en el nombre de la santa y verdadera Trinidad. Pero que ellos, antes de la venida de ese mismo Espíritu Santo ígneo, estaban sentados encerrados en su morada, mostraban el encierro de sus cuerpos, por el cual eran tímidos para hablar de la justicia de Dios, e incapaces de soportar las penas de los adversarios. Y porque habían visto a mi hijo en la carne, por eso, con los ojos interiores cerrados, lo amaban en la carne: de tal manera que entonces no veían la doctrina abierta que después derramaron en el mundo, cuando fueron fortalecidos en el Espíritu Santo. En cuya venida fueron tan confirmados, que no temían ninguna pena, sino que la soportaban valientemente. Esta es la fortaleza de esta torre, por la cual la Iglesia ha sido tan fortalecida, que ninguna locura de furia diabólica podrá superarla. Pero que la ves grande y redonda, toda de piedra íntegra y blanca, esto es porque la dulzura del Espíritu Santo es inmensa, y voluble en gracia, rodeando a todas las criaturas; de tal manera que ninguna corrupción en la integridad de la plenitud de la justicia la vacía; porque ella, teniendo un camino torrencial, emite todos los riachuelos de santidad en la claridad de su fortaleza, en la cual nunca se ha encontrado mancha alguna de suciedad, porque el mismo Espíritu Santo es ardiente y luminosa claridad, y que enciende fuertemente las virtudes ardientes y nunca se extinguirá, y por eso todas las tinieblas huyen de él.

Que tiene tres ventanas en su cima: de las cuales resplandece tal fulgor, que incluso el techo de esa torre, que se eleva como en una cavidad, se ve más claramente en la claridad de ese resplandor, porque la inefable Trinidad se manifiesta en la efusión de los dones de la excelencia del Espíritu Santo; de tal manera que de esa misma beatísima Trinidad emana tal claridad de justicia a través de la doctrina de los apóstoles, que incluso de allí la fortísima virtud de la divinidad, que existe incomprensible en la altura de la omnipotencia de su majestad, se da a conocer más abiertamente a la criatura humana mortal; pero sin embargo, tanto como se reconoce posible de captar por la fe del creyente y del hombre fiel. Por lo cual, las mismas ventanas están adornadas con hermosísimos esmeraldas; porque la misma beatísima Trinidad ha sido declarada en todo el mundo de manera muy clara por las verdísimas virtudes y sufrimientos de los apóstoles, que nunca se dice que hayan sentido la aridez de la tibieza de la fe. ¿Cómo? Porque se sabe cómo, por la fe de la verdad, los lobos rapaces los oprimieron con diversas presiones; de donde fueron hechos más fuertes para la batalla del combate: de tal manera que luchando adquirieron la Iglesia, y la fortalecieron con fortísimas virtudes para la edificación de la fe: y la adornaron con múltiples resplandores de virtudes. Y porque la Iglesia ha sido así confirmada en la inspiración del Espíritu Santo a través de ellas, por eso ella misma quiere y exige que sus hijos sean adornados con el signo del Espíritu Santo en esta unción, como el mismo Espíritu Santo penetró los corazones de los fieles en la alta misericordia que es muy mística, de tal manera que vino al mundo en lenguas de fuego por la voluntad de Dios Padre. Por lo tanto, el hombre, bañado en el bautismo de salvación, debe ser confirmado con la unción del excelente maestro, así como la Iglesia ha sido firmada sobre la roca firme.

Por lo cual, esa misma torre está colocada como en medio de la espalda de la imagen femenina mencionada, a modo de una torre que se coloca en el muro de una ciudad, de tal manera que esa imagen, por su fortaleza, de ningún modo podía caer; porque el Espíritu Santo, en la máxima fortaleza de la encarnación de aquel que es el verdadero esposo de la

Iglesia, ha obrado maravillas tuyas de manera maravillosa, y ha mostrado a la iglesia tan fuerte en la defensa de su fortaleza; para que ella, por esa fortaleza con la que ha sido protegida por el don ígneo de él, nunca pueda caer en el error de ninguna perversidad; porque por la protección suprema en el amor de su esposo, siempre se regocijará sin mancha y sin arruga; porque también mi mismo unigénito, concebido por el Espíritu Santo, nació noblemente sin mancha de una virgen; como hablé a Moisés: He aquí, dijo, ha hablado conmigo; y estarás sobre la roca, y cuando pase mi gloria, te pondré en la hendidura de la roca, y te protegerá mi mano derecha, hasta que pase, y quitaré mi mano, y verás mis espaldas (Éxodo XXXIII). ¿Qué es esto? Está cerca el milagro; que se cumplirá en mi voluntad. Pero tú primero lucharás en la dureza de los preceptos legales, mostrando su fuerza a través de la significación exterior: donde no encontrarás dulzura ni ligereza que se abrirá en mi Hijo. Y esta dureza de la ley que escribirás en mi precepto, permanecerá tanto tiempo en la dureza de los corazones de piedra, hasta que toda esa gloria que me será exhibida por ti y por tus imitadores hasta la manifestación de mi Hijo, se manifieste. Y cuando esto se cumpla en la ley que ahora escribes, seré glorificado, y te pondré en la roca perforada. ¿Cómo? Yo te pondré en la dureza de la ley cuando te constituya sobre ella en mi precepto; llamándote a ti maestro de esta antigüedad, que mi Hijo perforará: exponiéndola más que tú en palabras místicas, cuando lo envíe al mundo en el tiempo oportuno. Y por eso te protegerá su fortaleza; porque él traerá palabras más agudas que tú, y abrirá el encierro en los preceptos legales; hasta que regrese a mí. ¿Qué es esto? Él dará palabras saludables al mundo corporalmente, hasta que en su carne, que tomará de una virgen, sufra la muerte corporalmente. Entonces yo quitaré mi mano; porque lo elevaré sobre las estrellas hacia mí, revelando todos sus misterios a través del Espíritu Santo; y así verás su encarnación, como cuando un hombre es visto desde la espalda y no se percibe de frente, porque lo sentirás encarnado, pero no captarás su divinidad, porque tus hijos lo verán más cuando haya regresado a mí, que lo entendieron cuando estuvo visiblemente entre ellos.

Y que ves a esos niños que habían entrado en el vientre de la imagen (como se ha dicho), resplandeciendo con mucha claridad: esto es porque aquellos que en la inocencia de la pureza del corazón puro, a través de la fuente de la regeneración, han alcanzado a la madre, es decir, la Iglesia, como se te ha mostrado: son hijos de la luz por la ablución de sus pecados. De los cuales, algunos están adornados desde la frente hasta los pies con un color dorado; porque desde el inicio de las buenas obras hasta el fin de la santidad, son adornados en la unción de la verdadera credulidad por la mano del pontífice en el crisma, a través de los dones resplandecientes del Espíritu Santo. ¿Cómo? Así como el oro es adornado con piedras preciosas que se le imponen, así también el bautizado fielmente en la unción del bautismo es mostrado adornado en el crisma por la mano del maestro superior; como está escrito: El rey también cruzaba el torrente Cedrón; y todo el pueblo marchaba hacia el camino del olivo que miraba al desierto. ¿Qué es esto? El hijo de la virgen que domina el universo, como un rey terrenal, cruzó las aguas torrenciales del sagrado lavacro: que en la admonición del Espíritu Santo muestra con fuerte deseo el camino de la salvación. ¿Qué es esto? Él dejó la muerte pasando a la vida, cuando en la regeneración del Espíritu y del agua, es decir, en el gran ornamento de la ciudad celestial de Jerusalén, que nunca falla, anunció la suma bienaventuranza. Por lo cual, todo el pueblo que creía en él, marchó por la inspiración del Espíritu Santo por ese camino que estaba oculto en la unción del aceite, mirando a la transgresión de Adán que estaba desierta de la belleza de la herencia de la justicia de Dios, y mirando a esto para que la posteridad de Adán quisiera regresar a la salvación; porque el pecado herido del primer hombre necesitaba ser ungido por el oficio sacerdotal, lo que no era necesario para el hijo de la virgen; porque él fue concebido totalmente en santidad, no en un vientre materno herido ni corrupto, sino perseverando en el honor de la integridad. Porque lo

que fue macerado y confundido por las heridas de la sugestión del diablo, esto debe ser ungido y adornado por la unción del aceite; de tal manera que se borre la envidia devoradora que la concupiscencia de la carne opera.

Otros, en cambio, como ves, solo tienen claridad, careciendo de ese color dorado; porque ellos, solo purificados en el bautismo de la ablución, no han alcanzado la unción de su superior sacerdote en el crisma, que es el signo del ardiente Espíritu Santo. ¿Qué es esto? La unción de la confirmación brilla especialmente en el don del Espíritu Santo en el oficio episcopal: que debe ser ejercido al pueblo fiel después de la regeneración del Espíritu y del agua, cuando el hombre creyente debe ser confirmado sobre la roca firme. ¿Cómo? Mi hijo recibió el bautismo en su cuerpo: santificándolo de esta manera en su carne; en la cual no está dividido; porque él solo es el hijo vivo de la virgen, y por eso es llamado hijo del hombre, porque esa virgen no lo concibió de un útero, sino que lo dio a luz desde la integridad de su virginidad. Quien, después de la miseria de la pasión y la gloria de la resurrección, penetró el cielo en esa misma carne regresando a mí, y luego el Espíritu Santo iluminó el mundo en ardor ígneo, confirmando toda justicia en los corazones de sus discípulos, cuando les abrió lo que antes estaba oculto. ¿Cómo? Así el Espíritu Santo encendió sus corazones, como el sol, cuando comienza a aparecer bajo una nube, muestra su calor ardiente en su luz brillante. ¿Qué es esto? El amor de mi Hijo ardía latentemente en sus mentes; y así el calor del Espíritu Santo penetrándolos mostraba el sol fortísimo de su doctrina, porque este es el testimonio que el Espíritu Santo declaró a la Iglesia; de tal manera que la muerte no puede resistir a la justicia de Dios.

Por lo cual vosotros, oh hijos de la verdad, escuchad y entended la confirmación del Espíritu Santo; que él en la suave unción de su magisterio, que es el maestro de todas las unciones, os ofrece benignamente. Y por eso esta unción debe ser ejercida solo en honor del mismo Espíritu Santo por el superior sacerdote; porque todo el orden eclesiástico ha sido instituido en el Espíritu Santo; y por eso esta unción es del Espíritu Santo. Por lo cual, también el hombre que ha recibido el misterio de la regeneración para la vida; si no ha sido ungido de esta manera, entonces no ha percibido el ornamento de la plenitud eclesiástica, según lo que la iglesia adornada por el ardiente Espíritu Santo ha mostrado, como se ha mostrado arriba. Pero así como la Iglesia es perfeccionada en los dones del Espíritu Santo; así también el hombre fiel debe ser confirmado en la unción del maestro principal, que en honor del Espíritu Santo es un maestro temible, porque el mismo Espíritu Santo con su calor profiere y enciende ardientemente la doctrina más segura al pueblo cristiano. Por lo cual, aquellos que se han adherido a este ungido del Espíritu Santo de esta manera, no se unan en procreación secular; porque han sido unidos a él en el Espíritu Santo. ¿Qué es esto? La fe lleva al hombre a esta unción: y por eso quien lo sostiene entonces en sus manos designa la fe, que no busca lo carnal, sino que siempre tiende a lo espiritual. Porque mi ojo ve al hombre, como vendrá a mí en sus obras.

Pero si tú, oh hombre, después del bautismo me dejas y te vuelves al diablo, entonces serás condenado por justo juicio; porque te di el gran don del entendimiento, y porque te mostré mi misericordia en la fuente del bautismo. Porque todos los que buscan mi misericordia en el bautismo, la encuentran benignamente por el Hijo mío que vino al mundo y soportó muchos trabajos en su cuerpo, y por eso, oh hombre, debes soportar pacientemente las luchas de tu alma y cuerpo, y por mi Hijo te recibiré, y nadie debe ser rechazado del lavacro del bautismo que lo sigue fielmente en mi nombre, porque en cualquier tiempo que el hombre me busque, lo recibo fervientemente. Pero si después sus obras son malas, ellas mismas lo juzgan a muerte. Por eso, oh hombre, inunda en la regeneración del Salvador, y unge en la unción de

la santidad: huye de la muerte, e imita la vida. Porque también la madre de los fieles, que es la Iglesia, para que sus hijos huyan de la muerte y encuentren la vida, fielmente intercede por ellos. ¿Cómo? Ella tiene una voz gemebunda en sus hijos; que está tan puesta en ella, hasta que la plenitud de sus hijos entre en el tabernáculo de la ciudad suprema. Y tiene esta voz por eso; para que me recuerde a mí, que soy antes del tiempo, siempre ver y contemplar, que mi unigénito se encarnó, para que por amor a él perdone a sus hijos; a quienes ella ha recibido en la regeneración del espíritu y del agua; porque no pueden entrar en el reino celestial sino en la salvación. Por lo cual resuena así: Temed al Padre, amad al Hijo, y arded en el Espíritu Santo. ¿Cómo? Este sonido le ha sido dado de mi Padre a través de mi Hijo en el Espíritu Santo; que es una voz resonando en ella como una trompeta en la ciudad. Y de otro modo no habla; sino así en sus hijos. Por lo cual, también el fortísimo Dios es amonestado por su Hijo para que perdone los pecados de los hombres, que por el arrepentimiento deben ser tolerados sin perdición, porque el mismo Hijo de Dios asumió la humanidad sin pecado. Quien no debía ser vestido con carne contaminada que fue concebida del semen del pecado; porque Dios es justo, y porque el esplendor del reino celestial no es tocado por ninguna mancha de suciedad. Y ¿cómo podría ser que el hombre, que está manchado con inmensa suciedad, entrara en el reino supremo, sino por mi Hijo encarnado sin mancha? quien recibe a los pecadores purificados en el arrepentimiento. Y ¿quién podría hacer esto sino Dios? Por lo cual, también la Iglesia se vuelve hacia sus hijos, y los cuida con amor maternal.

Pero lo que ves de que algunos de los niños mencionados contemplan un resplandor puro y luminoso, mientras que otros observan un fulgor turbio y rojizo que se inclina hacia el oriente: esto significa que de los hijos de la Iglesia, a quienes la misma inocencia de su corrupción engendra por la virtud de Dios, algunos atienden al amor del verdadero sol, brillando en la pureza de la vida espiritual con la virtud más serena, pisoteando lo terrenal; mientras que otros, teniendo facultades carnales perturbadas por la diversidad de vicios, y sin embargo ardiendo fielmente en la fe recta, también suspiran por la retribución celestial hacia lo eterno. Y de aquellos que consideran ese resplandor puro y luminoso, algunos tienen ojos claros y pies fuertes, y avanzan poderosamente en el vientre de la imagen, porque estos, mientras siguen lo celestial, ponen la visión de la justa consideración y el paso de la buena consumación en los mandamientos de Dios; caminando así en el íntimo abrazo del amor materno que no fortalecen la devoción de su intención ni en lo caduco ni en lo eterno. Otros, sin embargo, tienen ojos débiles y pies frágiles; porque no sostienen una intención clara ni una fuerte exhibición hacia la obra de la perfección, por lo que son arrojados de aquí para allá por el viento, ya que se dispersan en la diversidad de costumbres por varias tentaciones de la arrogancia. Pero ellos también sostienen un bastón en sus manos, y vuelan ante la imagen y a veces la llevan, aunque con tibieza; porque, poniendo una confianza obstinada en sus obras, se muestran a la Iglesia de Dios con un falso rumor, y a veces, aunque insensatamente, la critican con prudencia secular, ya que, al aparecer sabios ante los hombres por una simulación fingida, se convierten en necios ante Dios por una gloria vana. Algunos, sin embargo, tienen ojos serenos pero pies débiles, y vagan por el aire de aquí para allá ante esa imagen; porque, aunque los preceptos divinos les son conocidos por la intuición de la consideración, cojean en el pie de la realización, y así se demuestran a la esposa de Cristo por el curso de su propia inestabilidad, buscando la sabiduría en la sombra y creyendo tenerla en su poder antes de que los toque en su mente y obtengan alguna fuerza de ella. Otros, sin embargo, tienen ojos débiles pero pies fuertes, y sin embargo caminan débilmente ante la misma imagen; porque sostienen una débil intención hacia la obra buena, cuando deberían avanzar con fuerza en las obras de justicia; pero no corren simplemente en las instituciones eclesiásticas, porque fijan más su mente en lo terrenal que en lo celestial; y por eso son necios

ante Dios, ya que quieren comprender por la prudencia secular lo que no pueden alcanzar. Pero de aquellos que contemplan ese fulgor turbio y rojizo, algunos avanzan fuertemente bien adornados en la imagen mencionada; porque, aunque poseen lo terrenal, llevando el adorno de sus labores en las entrañas de la Iglesia, no desprecian poner el pie de la rectitud en la ley divina, ya que, obedeciendo a los mandamientos de Dios, acogen a los peregrinos, visten a los desnudos y alimentan a los hambrientos. ¡Oh, cuán felices son estos, porque de esta manera reciben a Dios, y por eso Él habita con ellos! Otros, sin embargo, se apartan de la misma imagen y la atacan, oprimiendo sus ordenaciones establecidas; porque estos, abandonando las entrañas maternas y los dulces nutrientes de la Iglesia, la fatigan con varios errores, y por eso desgarran sus leyes establecidas con diversas opresiones; de los cuales algunos, por el fruto de la primera, regresan humildemente a ella; porque lo que gravemente han delinquido, lo castigan gravemente en sí mismos con digna penitencia por la restauración de la vida: pero algunos permanecen en la elevación de la muerte por el desprecio de la obstinación, porque, descuidando la vida, con un corazón endurecido por la obstinada y impenitente locura, reciben el juicio de muerte, como dice en su visión mística Ezequiel: El rey se lamentará, y el príncipe se vestirá de tristeza, y las manos del pueblo de la tierra se turbarán. Según su camino les haré, y según sus juicios los juzgaré, y sabrán que yo soy el Señor (Ezequiel VII). ¿Qué significa esto? El alma en la que reside la racionalidad real, cuando siente la presencia de la delectación del pecado; porque conoce el mal, entonces asume un consentimiento lúgubre. ¿Cómo? Porque a ella le ha sido inspirada la racionalidad, la sabiduría y el conocimiento de Dios; y por eso, aunque consienta al cuerpo, sin embargo, considera indigno el mal, sintiendo que esto no es bueno. Por lo tanto, cuando se contamina con diversos crímenes por la carne operante; suspirando profundamente, anhela a Dios. Y cuando la obra criminal se ha cumplido allí con el espíritu de soberbia: entonces el cuerpo, como un príncipe ignominioso, se vestirá de confusión, ejerciendo su principado en la pureza; porque así como el hombre se duele cuando se cubre con vestiduras viles; así también se aflige, cuando el rumor de la infamia procede de él mismo para su confusión. Por lo tanto, las malas obras de aquellos hombres que han sido postrados en la tierra por sus malas acciones desde los preceptos celestiales; se turbarán, porque no tienen las vestiduras de la salvación, es decir, la bienaventuranza con Dios; porque a quienes les falta esta felicidad, la maligna perturbación los poseerá. Y por eso, según el camino de la iniquidad al que siempre asisten, es decir, cultivando el camino del pecado, y no poniendo ninguna justicia cuando son movidos por el Espíritu Santo en el camino de su corazón; así les haré, no extendiéndoles ninguna misericordia, porque cuando no entienden el conocimiento del bien, no me temen; sino que, con la rabia de la perversidad, me desprecian a mí, el Creador de todo, haciendo lo que quieren. Por lo tanto, y según sus juicios, que son aquellas obras que perpetran en sus deseos, los juzgaré: no dándoles ninguna recompensa de felicidad, sino oponiéndoles penas en la perdición; porque no me exhiben ningún honor: y en esto sabrán que nadie podrá liberarlos de allí excepto yo, que soy el Señor de todo. Pero quien ve con ojos vigilantes y escucha con oídos atentos: a estas mis palabras místicas ofrezca el beso de la aceptación, que emanan de mí, el viviente.

VISIÓN QUINTA.

RESUMEN.---Que los apóstoles y los perfumistas, es decir, los sacerdotes que los siguen, rodean espléndidamente a la iglesia con su doctrina. Ejemplo de Abel. Que los ministros de la Iglesia deben guardar la castidad. Aquellos de ellos que viven regularmente en la clausura de la sujeción, sin preocuparse por los perfumistas, adquieren la recompensa celestial. Sobre el estado de la perfección nobilísima de la alegría virginal. Sobre la imagen de la doncella. Sobre la multitud que la rodea adornada de manera maravillosa. Palabras de Juan sobre lo

mismo. Que la virginidad ofrecida a Dios debe ser conservada prudentemente. Aquella que ha regresado con un pacto de virginidad corrompido, carecerá de la flor de la integridad; pues no es recibida como señora, sino como sierva. Ejemplo para el mismo asunto. Que hay una gran diferencia entre el deseo celestial y la concupiscencia terrenal, de modo que el hombre no sería redimido sino por la sangre del Hijo de Dios. Sobre aquellos que, imitando la pasión de Cristo en el ardor de la caridad y siendo un olor viviente, emprenden el camino de la regeneración secreta. Palabras del evangelio sobre el mismo asunto. Que el género virginal y este orden que promete el camino de la regeneración secreta, no están en el precepto de la ley. Ejemplo de Juan para el mismo asunto. Que aquellos que son un orden viviente que promete el camino de la regeneración secreta, por necesidad y utilidad de la Iglesia, asuman el gobierno eclesiástico, rechazando las contaminaciones de las cosas seculares. Palabras del Evangelio sobre Juan. Que en el vestido de estos, diferente al vestido de otros pueblos, se designa la encarnación y sepultura de Cristo. Que la primera luz del día designa la doctrina apostólica, la aurora el inicio de esta conversación, el sol el camino discreto en Benito, que es como otro Moisés. Aquellos que se encuentran probados en esta conversación, por necesidad de la Iglesia, asuman el sacerdocio extendido. Que nadie aborde la conversación de estos repentinamente sin ser examinado por una íntima prueba. Que el pueblo secular, conservando la ley de Dios, adorna mucho a la Iglesia de Dios. Que ni el marido abandone a la esposa, ni la esposa al marido en este propósito, a menos que sea la voluntad de ambos. Palabras del Evangelio. Que las instituciones eclesiásticas mencionadas consolidan a la Iglesia en sus grados y órdenes. Que en cada orden debe guardarse la concordia, evitando la diversidad de costumbres, la singularidad y la novedad de vida y vestimenta. Palabras de Juan sobre el mismo asunto. Comparación de los artesanos. Que a cada uno debe bastarle con humildad la institución de sus predecesores. Palabras del Evangelio sobre el mismo asunto. Evangelio sobre aquellos que se hacen leyes según su propio corazón. También palabras del Evangelio. Que en estas novedades Dios a algunos los derriba, a otros los tolera en silencio; pero a quienes juzga en el futuro. Que del grado inferior se puede ascender al superior, pero no del superior al inferior. Ejemplo de almas y ángeles. Que aquellos que son un orden viviente que promete el camino de la regeneración secreta, el grano de alimento fuerte y los perfumistas, las manzanas de sabor dulce, y el pueblo secular, designan la carne. Que estas tres instituciones eclesiásticas se mueven en dos caminos. Quien haya rechazado la señal de la religión aceptada en la voluntad del corazón; recibirá el juicio del examen estricto. Palabras de David sobre el mismo asunto. Que aquellos que no por amor de Dios, sino constreñidos por alguna modestia secular, aceptan la señal de la religión de manera fingida, se asemejan a Balaam. Ejemplo de Balaam. Quien haya aceptado la señal de la religión insensatamente y la haya consumado mal, va a la ruina. Palabras de Jeremías sobre el mismo asunto. Quien quiera someter a sus hijos a la santa conversación, no lo haga imprudentemente sino sabiamente, consintiendo ellos sin coacción. Ejemplo del campo. Quien haya retraído a los que quieren seguir a Dios por la envidia de la malicia, comete sacrilegio. Palabras de Moisés. Quien emprenda el servicio de Dios por su propia voluntad y luego lo desprecie negligentemente, debe ser llamado de vuelta estrictamente. Palabras del Evangelio. Quienes, viviendo disciplinadamente, no quieren ser corregidos por ninguna amonestación, para que no contaminen el rebaño del Señor, deben ser expulsados. Palabras del apóstol sobre el mismo asunto. Que aquellos que se convierten de manera fingida, son engañados, y que aquellos que se convierten de todo corazón, son recibidos por Dios. Palabras de David sobre el mismo asunto. Quien haya dicho una blasfemia contra el Espíritu Santo impenitente, y quien se haya precipitado a sí mismo a la muerte, Dios no lo conoce. Palabras del Evangelio. Palabras de David sobre el mismo asunto. Sobre quien cae la blasfemia de la desesperación; si resiste los tormentos, es socorrido más rápidamente por Dios. Que cae en perdición quien separa el cuerpo y el alma que Dios ha unido. Palabras del Evangelio.

Después de esto vi que un cierto resplandor blanco como la nieve, y tan transparente como el cristal, había rodeado desde la cabeza hasta el cuello de la imagen femenina mencionada. Pero desde el cuello hasta el ombligo, otro resplandor de color rojo la había rodeado; que desde el cuello hasta sus pechos resplandecía como la aurora; pero desde los pechos hasta su ombligo brillaba como púrpura mezclada con jacinto. Y donde resplandecía como la aurora, extendía su claridad hacia arriba hasta los secretos del cielo, en la cual apareció una imagen bellísima y juvenil con la cabeza descubierta y cabello oscuro, vestida con una túnica roja que fluía alrededor de sus pies. Y escuché una voz del cielo que decía: Esta es la floración en la Sión celestial, madre y flor de las rosas y lirio de los valles. Oh floración, serás desposada con el hijo del rey poderosísimo; y engendrarás una descendencia muy renombrada, cuando en tu tiempo seas fortalecida. Y alrededor de esa doncella vi una gran multitud de personas más brillantes que el sol, todos adornados de manera maravillosa con oro y gemas; y algunos de ellos estaban velados en sus cabezas con velos blancos adornados con una cinta dorada; sobre cuyas cabezas la semejanza de la inefable Trinidad, como me fue mostrada anteriormente de manera simbólica, apareció como esculpida en esos velos en una esfera, y en sus frentes el Cordero de Dios; y en su cuello la figura de un hombre, y en su oreja derecha un querubín y en la izquierda otra figura angélica: de modo que de la misma semejanza de la gloria de la Trinidad suprema se extendía un rayo dorado hacia estas figuras. Pero entre ellos aparecieron algunos otros que tenían mitras en sus cabezas y mantos del oficio episcopal alrededor de sus hombros. Y nuevamente escuché una voz desde lo alto que decía: Estas son las hijas de Sión, y con ellas están las cítaras de los citaristas, y todo tipo de músicos, y la voz de toda alegría y el gozo de los gozos. Pero bajo el mismo resplandor donde resplandecía como la aurora: vi aparecer entre el cielo y la tierra densas tinieblas, que eran de tal horror que la lengua humana no puede expresarlo. Y nuevamente escuché una voz del cielo que decía: Si el Hijo de Dios no hubiera sufrido en la cruz, estas tinieblas de ninguna manera permitirían al hombre llegar a la claridad suprema. Donde el mismo resplandor brillaba como púrpura mezclada con jacinto, apretando fuertemente la imagen femenina mencionada, ardía. Pero otro resplandor como una nube blanca la había rodeado honrosamente desde el ombligo hacia abajo, aunque aún no crecía más allá. Y estos tres resplandores, extendiéndose ampliamente alrededor de la imagen, mostraban muchos grados y escalas bien y decentemente ordenadas en ella. Pero mientras veía esto, caí al suelo con las fuerzas disueltas por el gran temblor que me había tomado, y no pude dar respuesta a nadie. Y he aquí, un gran resplandor como una mano me tocó, por lo que recuperé fuerzas y voz. Y nuevamente escuché una voz de aquel que me decía: Estos son grandes misterios: Considera el sol, la luna y las estrellas. Yo formé el sol para que brille de día, y la luna y las estrellas para que brillen de noche. Pero el sol significa a mi Hijo, que salió de mi corazón e iluminó el mundo cuando nació de una virgen al final de los tiempos, así como el sol al salir ilumina el mundo; cuando surge cerca del final de la noche. Pero la luna designa a la Iglesia desposada con mi Hijo en el verdadero y supremo desposorio. Y así como la luna siempre tiene incremento y disminución en su constitución, pero no arde por sí misma sino que es encendida por la luz del sol, así también la Iglesia está en la circulación del movimiento, de modo que sus hijos a menudo progresan en el incremento de las virtudes, y a menudo disminuyen en la diversidad de costumbres, y en la dispersión de las adversidades; de modo que a menudo en sus misterios es atacada por lobos rapacísimos, fieles por hombres malignos tanto cristianos como judíos y otros infieles, y en esto no se enciende por sí misma para la tolerancia; sino que es iluminada en mí por mi Hijo para perseverar en el bien. Pero las estrellas, diferentes entre sí en la claridad de su resplandor, significan a los pueblos de diverso orden de la religión eclesiástica.

Por lo tanto, también ves que la imagen femenina prevista es rodeada por un resplandor blanco como la nieve, y tan transparente como el cristal, desde la cabeza hasta el cuello; porque la doctrina apostólica, que anunció la encarnación más pura de aquel que descendió del cielo al vientre de la virgen, y que es el espejo más fuerte y luminoso de todos los creyentes, rodea a la iglesia de los fieles como una esposa incorrupta del Hijo de Dios: de modo que esa misma doctrina, desde el principio cuando comenzó a edificarse, hasta el tiempo en que pudo deglutir fuertemente el alimento de la vida, la rodeó espléndidamente y fielmente. ¿Cómo? La doctrina apostólica rodeó a la Iglesia en la cabeza, cuando los apóstoles primero comenzaron a edificarla con su predicación, es decir, cuando recorriendo diversos lugares reunían a los obreros que la fortalecerían en la fe católica, y que ellos mismos proveerían presbíteros y obispos y todo el orden eclesiástico, y establecerían fielmente los derechos de los hombres y mujeres que están bajo el matrimonio, y otras cosas semejantes. Por lo tanto, a esa misma doctrina la siguen los perfumistas que tienen la semejanza de los sacerdotes del testimonio legal, que bajo la ley de la circuncisión estaban destinados a nutrir interiormente a los pueblos con alimento, por lo que también los apóstoles elegían esos órdenes con los que adornaban la iglesia por inspiración suprema. ¿Qué significa esto? Pues los seguidores de ellos, llevando los perfumes más saludables: recorren fielmente las plazas, villas y ciudades y otros lugares de regiones y tierras, y anuncian la ley divina al pueblo. Ellos son padres exquisitos y dispensadores para la disciplina eclesiástica que debe ser presentada a todo el pueblo en su doctrina, y para dispensarles el alimento de la vida, de modo que también se exhiban tales en su vida, para que mis ovejas no se ofendan en sus obras, sino que caminen rectamente tras ellos, porque tienen este oficio de suministrar abiertamente el alimento de la vida al pueblo, y de ordenar discretamente los oficios fieles a cada uno, constriñéndose a sí mismos de tal manera que no deseen la unión carnal, ya que deben ofrecer el alimento espiritual a los creyentes y ofrecer el sacrificio inmaculado a Dios como se prefiguraba en el inocente Abel, como está escrito de él: Abel también ofreció de los primogénitos de su rebaño, y de algunos de ellos (Gén. IV). ¿Qué significa esto? En el surgimiento del siglo naciente, la santificación de la manifestación real resplandeció en aquel que era inocente en su vida; lo que tocó fuertemente no la tierra sino el cielo, la casa del Dios omnipotente. ¿Cómo? Porque Abel en su integridad ofreció a Dios la intención de su voluntad y el pleno oficio de esa misma voluntad: cuando pensó en su corazón ofrecerle el primer brote que tenía en su sustancia, y cuando también lo completó con una obra perfecta, así también honrando al padre supremo y exhibiéndole la debida reverencia. Por lo tanto, así como Abel presidió su rebaño, y lo cuidó para pastorearlo y también ofreció a Dios con simple devoción de las primeras emisiones de él, y de los nutrientes grasos de esas mismas emisiones: así también los perfumistas mencionados, que han sido puestos por la disposición de Cristo para pastorear a los hijos de la Iglesia, es decir, las ovejas de Cristo, los nutren fielmente en las palabras de la doctrina de la disciplina eclesiástica, y los fortifican fuertemente contra las insidias del antiguo insidiador, y también ofrecen al inspector de todo algunas donaciones de ellos con sincera consideración. ¿Cómo? Porque si no pueden hacerlos perfectos en todo, ofrezcan a Dios algún fruto de ellos, primero la recta intención de su buena voluntad como un simple brote de los primogénitos de su rebaño, y luego la obra perfecta de la operación en esa misma voluntad de ellos como un dulce fruto de sus adiposidades. Pero, ¿de dónde vino esto, que Abel adoró a Dios tan devotamente? La fiel castidad de la integridad lo había impulsado a tal devoción.

Quapropter, aquellos que han sido designados para la consagración y deben ofrecer a Dios el sacrificio sacrosanto, deben acercarse a su altar con la dulzura de la castidad, porque si ellos mismos son autores de corrupción, ¿cómo pueden extender la mano del remedio salvador a

los heridos por la corrupción? Y por eso, para que puedan conferir con mayor confianza el remedio salvador a otros, deseo que imiten virilmente a mi Hijo en el amor a la castidad. Si caen, apresúrense a levantarse rápidamente mediante la penitencia, y huyan de la ignominia del pecado como si estuvieran desnudos, buscando la medicina saludable y siguiendo fielmente a Abel, cuyo sacrificio fue aceptado por Dios. Pero aquellos de ellos que, en el amor de mi Hijo, se contienen en la clausura de la sujeción y observan en sus costumbres la instrucción de los perversos que, inspirados por mí, pronuncian, sin tener la preocupación de los curanderos; aunque no lleven las cargas de la ansiedad de ellos, porque están sujetos a sus mayores por las recompensas eternas, adquieren para sí mismos la recompensa celestial en la ciudad elegida junto con esos curanderos.

Lo que ves, que desde la garganta hasta el ombligo de esa imagen un cierto resplandor de color rojo lo rodea: esto es porque después de la doctrina de los apóstoles, la Iglesia se fortaleció de tal manera que pudo discernir verdaderamente el alimento saludable y transmitirlo a las entrañas de su fortaleza, surgió la perfección más noble de la religión eclesiástica, que degustó con ardor ferviente la dulzura celestial, y constriñéndose severamente, se dirigió hacia la cocción de una fortaleza más secreta, sin llegar, sin embargo, a la división de la amargura carnal, porque rechazó la unión de la conjunción humana. ¿Cómo? Pues ese mismo resplandor desde la garganta hasta los pechos de ella resplandece como la aurora, porque esa perfección, desde el gusto de la maravillosa vegetación, se expandió hacia los dulcísimos nutrientes de la religión eclesiástica en la alegría virginal, de tal manera que incluso desde los pechos hasta el ombligo de ella brilla como púrpura mezclada con jacinto, porque desde las educaciones más nobles se fortalecen hacia la constricción de la castidad íntima, imitando la pasión de mi Hijo por el amor celestial que fielmente tuvo en su corazón. Por lo tanto, donde él resplandece como la aurora, extiende su claridad hacia arriba, hacia los secretos del cielo, porque esa perfección que florece en el honor de la virginidad dirige maravillosamente su virtud no hacia abajo, hacia lo terrenal, sino hacia arriba, hacia lo que está en los cielos.

En la cual aparece una imagen bellísima y juvenil con la cabeza descubierta y cabellos oscuros, que es la virginidad más serena e inocente de toda fealdad de la concupiscencia humana, teniendo una mente desnuda de todo vínculo de corrupción, pero aún no pudiendo abandonar completamente la fatiga de los pensamientos oscuros en sus hijos mientras están en este mundo, a la cual, sin embargo, se opone con fuerza para resistir. Por lo tanto, se viste con una túnica roja que fluye alrededor de sus pies; porque a través del sudor del trabajo en obras virtuosas persevera hasta el final de la perfección amplia y bienaventurada, rodeada de la variedad de virtudes, imitando a aquel que es la plenitud de la santidad. Que también, como se te muestra en el secreto de la luz celestial, es el germen más noble en la Jerusalén celestial, es decir, la gloria y el honor de aquellos que por amor a la virginidad derramaron su sangre, y que también, observando su virginidad por Cristo en el candor de la humildad, descansaron en la dulzura de la paz, porque ella, desposada con el Hijo del Dios omnipotente, que es el rey de todos, le ha dado una prole nobilísima, es decir, un coro elegantísimo de vírgenes, cuando, progresando en la paz de la Iglesia, fue fortalecida.

Lo que ves alrededor de esa misma joven, una gran multitud de personas más brillantes que el sol de pie, todos adornados de manera maravillosa con oro y gemas: esto es porque el coro principal de vírgenes abraza con abrazos ardentísimos la virginidad nobilísima, todos brillando con una claridad más ardiente ante Dios que el sol aparece en la tierra, porque, pisoteándose a sí mismos, vencieron virilmente la muerte, por lo que también son adornados de manera muy decorosa en la suma sabiduría por las obras clarísimas que realizaron

humildemente por Cristo. Por lo tanto, algunos de ellos están velados en sus cabezas con velos blancos adornados con una cinta dorada, porque ellos, brillando en la gloria de la virginidad, demuestran que aquellos que desean el honor de la virginidad deben cubrir sus mentes de todo calor nocivo, y decorados con el fulgor más hermoso de la castidad, deben aprehender fielmente el candor de la inocencia. Sobre cuyas virtudes, la semejanza de la inefable Trinidad, como se te mostró anteriormente de manera simbólica, aparece esculpida en esos velos como en una esfera, porque muestran que las intenciones de los hombres deben sostener firmemente y con fuerza el honor de la suprema y gloriosa Trinidad (como te fue verdaderamente prefigurado en la manifestación del misterio) en la comprensión del amor y la estabilidad de la castidad. Lo que también en sus frentes el Cordero de Dios y en su cuello la figura de un hombre, y en la derecha un querubín dorado, y en la izquierda otra figura angélica: declara, porque en la reverencia de su castidad imitarán la mansedumbre del Hijo de Dios, dejando de lado la petulancia del cuello orgulloso, y considerándose a sí mismos hombres frágiles, en la prosperidad de su audición abrazan la verdadera e inagotable ciencia, y en la adversidad que se les presenta buscan los auxilios angélicos de su misma audición, de tal manera que de esa misma semejanza de la gloria de la suprema Trinidad se extiende un rayo dorado hacia estas figuras, porque la inefable Trinidad no cesa de operar maravillas de los profundos milagros de su sabiduría en los hombres fieles que buscan las virtudes y huyen de las seducciones diabólicas. Pero entre estos aparecen algunos otros, que tienen mitras en sus cabezas y mantos del oficio episcopal alrededor de sus hombros, porque entre aquellos que florecen en el honor de la virginidad, también algunos están en la ciudad celestial, que llevando con fuerza la dignidad de los antiguos padres y la gloria del magisterio superior en el mundo, no perdieron, sin embargo, el decoro de la virginidad. Por lo tanto, como escuchas, todos estos que con sus suspiros por el amor celestial conservaron su integridad, son llamados en la morada celestial hijas de Sion, porque imitaron a mi Hijo en el amor a la virginidad. Y por eso, con ellos están las resonancias de sonidos espirituales y las invocaciones de melodías de toda clase y los ornamentos de agilidad de las mentes prósperas y la visión dorada de piedras y gemas resplandecientes. ¿Cómo? Porque tienen esto del Hijo de Dios que del trono sale un sonido, al cual todo el coro de vírgenes canta con el mayor deseo, es decir, sinfonizando un cántico nuevo, como testifica Juan, el amado virgen, diciendo: Y cantaban como un cántico nuevo ante el trono y ante los cuatro animales y los ancianos (Apoc. XIV). ¿Qué es esto? En aquellos fieles que abrazando la castidad con buena intención, conservan su virginidad intacta por amor a Dios, la buena voluntad de ellos estalla maravillosamente en alabanza a su Creador. ¿Cómo? Porque en la aurora de la virginidad que siempre se adhiere al Hijo de Dios, está escondida la alabanza más fuerte, a la cual ningún oficio terrenal, ni ningún vínculo de la ley puede resistir para que no cante el cántico celestial en voz de júbilo para la gloria de Dios. ¿Cómo? Es decir, teniendo un camino veloz, pronuncia maravillosamente ese cántico en la novedad de la libertad, que antes de que el unigénito de Dios (que es la verdadera flor de la virginidad) encarnado regresara del mundo a los cielos, se sentara a la derecha del Padre: no se había oído, pero entonces, como nuevas costumbres que antes no se habían visto, cuando se ven, se tienen en asombro, así este nuevo misterio que antes no se había oído, entonces resonando en los cielos en honor a la virginidad fue conocido ante la majestad de Dios, porque Dios pudo hacer esto, y ante las cuatro ruedas que recorriendo las cuatro partes del mundo llevaban la verdad de toda justicia y humanidad del Salvador como animales en la nueva ley, y ante aquellos antiguos que imbuidos del Espíritu Santo mostraban a los hombres el camino de la rectitud en la antigua ley con su camino. ¿Qué es esto? Porque Dios en la nueva gracia suavizó la austeridad de la antigua institución.

Pero porque la virginidad es tan gloriosa ante Dios, por eso, porque la ofrecieron a Dios por su propia voluntad, deben conservarla prudentemente, porque este propósito santo, asumido

con la máxima devoción de la virginidad, debe ser custodiado fielmente. Por lo tanto, aquellos que han accedido a este sacramento, deben tener cuidado de no retroceder. Porque ellos son los más queridos imitadores de mi Hijo, cuando se ofrecen a Dios de tal manera que no están ligados en la opinión del matrimonio, ni cargados por la causa secular rechazando la unión carnal, para que no estén sujetos con toda la preocupación de su carne; sino deseando adherirse a la gloriosa inocencia del Cordero inocente. Por lo tanto, el hombre que en su mente delibera no unirse a ninguna costilla, sino que desea perseverar en la pureza de la virginidad por amor a mi Hijo, recibirá su compañía, si persevera en las obras de su castidad, porque estos dones santos, en el voto del pacto sacratísimo de la religión eclesiástica por la gloria de la recompensa suprema, los ofreció a mi Hijo. Pero si después abandona ese pacto y comete adulterio por el estímulo vergonzoso de su carne, ha reducido su libertad a servidumbre, porque ha corrompido neciamente el honor de su cuello donde debía imitar castamente a mi Hijo, por la torpeza de su deleite; y porque ha pronunciado una mentira, prometiendo vivir castamente lo que no cumplió. Por lo tanto, si persiste en la culpa de su temeridad, sufrirá el juicio estricto del juez justísimo, porque ni la torpeza ni la mentira aparecerán en la gloria celestial.

Pero si con amargo llanto antes de su fin hace penitencia por esta culpa suya, entonces la ola de la sangre de mi Hijo lo acoge porque ha aborrecido su culpa; pero no lo coloca entre sus compañeros que florecen en la gloria de la integridad, porque abandonando su sociedad, rechazó la libertad de su pacto y la redujo a la servidumbre del pecado. Pero también la joven que por su propia voluntad se ofrece en el desposorio santísimo a mi Hijo; es recibida de manera muy decorosa por él, quien desea tenerla unida a él en su compañía de esta manera. ¿Cómo? Para que lo abrace con amor casto, como él también la ama en su secreto, porque siempre le es amable, porque lo busca más a él que a un esposo terrenal. Pero si después transgrede su pacto, entonces será mancillada ante aquellos que están en el gozo celestial. Por lo tanto, si persiste en esa temeridad, carecerá de la gloria suprema por justo juicio. Pero si se arrepiente, es recibida como sierva y no como señora, porque abandonó el desposorio real, y porque amó más a otro que a aquel a quien debía amar. Aquel también que la sedujo violándola, si desea enmendar su culpa, debe hacer penitencia como si hubiera roto el cielo, para no caer en la perdición de la muerte, porque temerariamente corrompió el desposorio supremo. ¿Qué es esto? Pues, si un gran príncipe tiene una esposa muy querida para él, que un siervo de sus siervos adultera corrompiéndola, ¿qué hace ese señor? Verdaderamente, en gran ira envía a sus verdugos para que lo destruyan, porque lo ha confundido en sus propias entrañas. Pero si entonces ese siervo, temiendo, ruega a todos esos enviados que intercedan por él, y además se postra llorando a los pies de su señor para que le perdone, entonces ese rey, por su bondad, y por la petición de ellos, permitiéndole vivir, le devuelve la sociedad de sus compañeros siervos, pero no lo recompensa como a los otros amigos inferiores y familiares suyos, aunque entre otros siervos semejantes a él le exhibe la gracia debida. Así será también para aquel que seduciendo violó a la esposa del rey eterno. Porque el rey supremo, ejerciendo sus juicios en el celo más recto, lo envía a la perdición, porque lo tuvo en este hecho como un burlador en el olvido de su mente. Pero si ese miserable anticipando el día de esta indignación ruega suplicante a los elegidos de Dios para que le obtengan el perdón de su señor, y además contempla llorando la humanidad de su Salvador, para que por su gracia sea absuelto de su pecado: entonces el rey, considerando esta sangre que fue derramada para la redención del género humano, y el amor de los ciudadanos supremos, lo arranca de su culpa y del poder diabólico para que no vaya a la perdición, y lo coloca en la salvación de las almas bienaventuradas; pero no decorará el júbilo del desposorio real con el cual los otros amigos de Dios se regocijan con estas sagradas vírgenes que fueron dedicadas a mi Hijo por disposición suprema; y como aquel que perdió el pudor de la virginidad, no lo

coronará con el decoro de la virginidad, aunque se le conceda entre otros elegidos suyos el gozo en la ciudad suprema con una recompensa inestimable.

Pero lo que bajo ese mismo resplandor donde él resplandece como la aurora, ves aparecer entre el cielo y la tierra densísimas tinieblas, que son de tal horror que incluso la lengua humana no puede expresar: esto es porque bajo la gloria virginal entre el entendimiento espiritual y carnal, la caída del primer padre, que era densísima en la ofuscación de la infidelidad, de tal manera que nadie podía explicar su terror, fue claramente conocida. ¿Cómo? Porque en la encarnación del Hijo de Dios que nació de una virgen, el deseo celestial ascendió, y la concupiscencia terrenal fue excluida, porque la transgresión de Adán fue maravillosamente restaurada en la salvación por la sangre de ese mismo Hijo de Dios, cuando antes nadie sino el Unigénito de Dios enviado por el Padre al mundo podía disolverla para el ingreso supremo. Por lo tanto, como escuchas en la manifestación típica, si ese mismo Hijo de Dios no hubiera derramado su sangre por la salvación de los hombres, esa transgresión comprimiría al hombre de tal manera que no podría alcanzar el gozo de los ciudadanos supremos.

Quod autem ubi splendor quasi purpura hyacintho intermista fulget, fortiter praedictam muliebrem imaginem constringens ardet: hoc designat perfectionem illorum qui passionem Filii mei in charitatis ardore imitantes, strenue Ecclesiam in constrictione sua exornant. Quomodo? Quoniam ipsi sunt alta aedificatio surgentis thesauri in divino consilio, quia cum Ecclesia jam roborata convaluit, egressus est ad decorem illius vivens odor, vovens iter secretae regenerationis. Quid est hoc? Quia tunc surrexit, mirabilis ordo qui Filium meum in specie exempli ejus tetigit, quoniam ut Filius meus venit in mundum de communi populo abscisus; ita et haec acies conversatur in saeculo de reliquo populo separata, fragrans ut balsamum de arbore suaviter sudat; sic et populus iste primum in eremo et in abscondito singulariter exortus est; et deinde veluti arbor, ramos suos expandit paulatim in multitudo plenitudinis proficiens. Et populum istum benedixi et sanctificavi; quoniam ipsi mihi sunt amantissimi flores rosarum, et liliorum, qui sine humano opere in agro germinant, sic et populum hunc nulla lex ad hoc constringit ut eam arctam viam appetat; sed ipse illam me suaviter inspirante sine praecepto legis sua voluntate aggreditur, plus quam sibi jussum sit efficiens. Unde et plurimum mercedis inde acquirit, sicut et in Evangelio ubi Samaritanus illum vulneratum hominem in stabulum induxit quemadmodum scriptum est: Altera die protulit duos denarios, et dedit stabulario et ait: Curam illius habe, et quodcunque supererogaveris, ego cum rediero reddam tibi (Luc. X). Quid hoc? In prima die salutis, videlicet cum Filius Dei mirabiliter incarnatus corporaliter in mundo manebat, multa et admiranda opera in humanitate sua usque ad resurrectionem suam perfecit; per quae vulneratum hominem ad vera remedia salubriter reduxit. Sed altera die idem cum omnia mysteria veritatis post resurrectionem suam in Ecclesia aperte posita sunt, protulit in typica manifestatione Novum et Vetus Testamentum aeternae vitae certissimam demonstrationem, et credenti populo dulcissimum cibum. Et haec scripta dedit per gratiam suam pastoribus Ecclesiae qui gregem ejus custodiunt, et ait illis in verbis blandae admonitionis suae. In ecclesiasticis constitutionibus procure Christianam cohortem, quam in sanguine meo redemptam vobis commisi: hoc habentes in sollicitudine vestra, ne in aliquibus quae pertinent ad vitam deficiens erret. Quodcunque autem quae vobis servanda tradidi, in bona voluntate vestra superaddideritis plus scilicet facientes quam vobis praeceptum sit: ego qui ductor et salvator vester sum, nunc mundum relinquens, et ad Patrem ascendens, cum iterum rediero mundum judicare, eumque in indeficientem stabilitatem ponere, ita quod amplius per labentia tempora non debilitetur; tunc mercedem laborum vestrorum, et bonae voluntatis vestrae, cum

augmentato fructu reddam vobis. Et dicam, o fidelis et probe serve, qui fideliter ministras. Quisquis plus voti sui addit quam sibi in lege praeceptum sit, duplicem mercedem accipiet, quia illum in nomine meo gloriosum habeo, quoniam me multum dilexit. Et ego dico: Nec virgineum genus, nec hic ordo singularis devotionis, nec qui eos imitantur ut ii qui in eremo jacent, sunt in praecepto legis, sicut et prophetae, ab hominibus sub carnali lege constituti non sunt; quia tantum mea inspiratione incedentes vivent et hi plus addunt quam eis praeceptum sit, quod sacerdotalis ordo et reliqua institutio sacerdotalis officii non facit, quia haec in Abraham et in Mose in Veteri Testamento jussa sunt, sicut etiam et apostoli illa ex eadem lege tollentes, et in Spiritu sancto ea secundum voluntatem meam bene ordinantes, Ecclesiae conservanda tradiderunt. Sed et ipsa apostolica doctrina in Evangelio per Filium meum disposita est, ubi discipuli ejus in universum mundum verba veritatis effundere missi sunt. Quid tunc? Nam cum apostoli viam salutis populo annuntiarent, lucidissima aurora filiarum Sion in amore Filii mei exorta est, illorum scilicet qui carnem suam fortiter constrinxerunt, et malam concupiscentiam in semetipsis duriter mortificaverunt. Et sicut tunc haec casta virginitas in ardente amore Filium meum subsecuta est, ita etiam hic mihi valde amabilis ordo singularis devotionis, incarnationem illius imitatus est, qui sunt recta templa mea, videlicet ut chori angelorum me colentes, et ejusdem unigeniti mei passionem et mortem ac sepulturam in corpore suo portantes; non tamen ita ut gladio aut aliis terroribus ex quibus homines deficiunt moriantur, sed Filium meum sic imitantes, ut voluntatem carnis suae abjiciant, cum se ab omnibus saecularibus rebus et ornamentis in quibus mundus laetatur abdicant, ut in Evangelio de Joanne lucerna mundi scriptum est: Ipse autem Joannes habebat vestimentum de pilis camelorum, et zonam pelliceam circa lumbos suos (Matth. III). Quid est hoc? Ille in quo divina gratia mirabilem abstinentiam suscitaverat, per eandem gratiam habebat, defensionem virtutis hujus, quod in mente sua honorem et divitias saeculares contempserat, et quod etiam per constrictionem quam in mortificatione vitiorum circa voluptatem carnis suae posuerat, petulantes motus corporis sui fortiter domuerat, cum majores aedificationes quam praedecessores sui institueret, videlicet cum per duras et asperas vias incedens terrenas concupiscentias conculcaret. Quomodo? Quia plurima opera virtutum strenue faciens, castitatem ardentem amavit, praebens etiam iis viam medicamenti qui illud devote exquirebant. Unde etiam illi qui sunt vivens odor, vovens iter secretae regenerationis, eundem Joannem in maximis tenebris saeculi lucentem, per acutissimas operationes beatarum virtutum in vita sua subsequentes, ineptam altitudinem et latitudinem mundialium rerum fugiant, et in constrictione diffusi animi sui corpus suum coercentes malam concupiscentiam abjiciant, ita excellentioribus instrumentis quam qui ante ipsos simpliciter in via Domini gradientes, simplicia habitacula faciebant, serenissime fulgentes, acutam et angustam semitam arripiant ea scilicet quae in voluptatibus saeculi sunt fortiter sub pedibus suis conculcantes. Quomodo? Quoniam seipsos despicientes, et corpus suum servituti Christi in operatione virtutum subjicientes, petulantiam in austeritate morum suorum declinent, sic per bona exempla sua caeteris hominibus lucidissime fulgentes. Nam etiam angelicum chorum fideliter imitantur. Quomodo? In abiectione saecularium, quoniam, ut angeli nec terrena quaerunt nec concupiscunt, ita et isti eos hoc modo mirabiliter subsequuntur, ita quod omnia caduca contemnunt.

Unde etiam sicut Filius meus est nuntius salutiferorum sacramentorum, et sacerdos sacerdotum, ac propheta prophetarum, et aedificator felicium turrium; ita etiam si necessitas ingruerit, qui inter hujusmodi homines radicem odoris cum utilitate habet, sit nuntius et sacerdos, sit propheta et consiliator ecclesiasticae aedificationis; nec omnino ab his separandus est: si tantum oculus claritatis in eo lucet, nec ad usum ecclesiasticum dormiat, sed ad instructionem ejus vigilet, occupationem tantum saecularis causae, et contagia saecularium rerum abjiciens, quia nec angeli, nec sacerdotes, nec prophetae justitiam Dei

occultabunt; sed eam ex praecepto illius in veritate proferent, quemadmodum de Joanne qui arundo vento agitata non fuit, cujus austeritatem isti subsequuntur; in quorum similitudine in Evangelio iterum scriptum est: Et egrediebatur ad illum omnis Judaeae regio, et Hierosolymitae universi, et baptizabantur ab illo in Jordane flumine, confitentes peccata sua (Matth. III). Quid est hoc? In suspiriis et gemitibus a delectatione vitiorum egrediebantur ad illum, in quo divina gratia operabatur tota simplicis confessionis devota voluntas et visionis pacis unanimiter omnis effectus illorum scilicet hominum quorum corda per timorem mortis ad amorem vitae concussa fuerant. Quomodo? Quoniam idem Joannes praecursor veritatis, et amaritudinem et dulcedinem eis intimaverat. Unde et ipsi perfusionem poenitudinis a rectitudine ejus flagitabant; quatenus per declinationem malorum, et per erectionem bonorum, confessionem scelerum suorum facientes, illum mererentur adipisci qui ipsis non in umbra antiquitatis remedium denuntiaret, sed qui eis in luce novitatis veram salutem conferret. Sed ut idem Joannes homines ad se venientes docens, et flumine irrigationis perfundens: verba poenitudinis eorum ad honorem venturi Salvatoris suscipiebat; ita etiam nunc in nomine ejusdem Salvatoris qui veniens salutem fidelibus contulit; et illi facere non negligant, qui testimonio sanctificationis fulminantis, operi plus addunt per inspirationem, videlicet Spiritus sancti, in abrenuntiatione saecularium rerum, novam austeritatem secundum similitudinem illam aggredientes, quam ex praecepto ejusdem testimonii sanctificationis per regenerationem spiritus et aquae in abjectione diabolicae servitutis, novum hominem induentes adierunt; sed ubi stimuli impellentis necessitatis se obtulerint, admonendo et erigendo ac sanando manum devoti juvaminis petentibus porrigant, si tamen ad illam dignitatem ecclesiastica promotione digne pervenerunt, at in hoc praedecessorem suum fideliter imitentur, ut quod ille velut in umbra ostendit, ipsi in novitate lucis veraciter compleant. Ipsi enim sunt zona Ecclesiae eam valde constringentes; quoniam in incarnatione Filii mei occupati sunt, et quia etiam angelicum ordinem exercent, scilicet non cessantes ullis horis cantando cum sonitu, aut orando in compunctione, non autem excussis clamoribus ut inutilis pulvis aut aridus absque vigore compunctionis; et quia etiam non recusant operari pro necessitate sua; non tamen in manibus suis saecularia quaerentes, sed cum charitate et humilitate se ipsos districte circumspicientes. O ipse fortissimus atque amantissimus populus meus, cum in eis afflictionem illam attendo quam Filius meus in carne sua passus est, quoniam et ipsi secundum mortem illius moriuntur, cum voluntatem suam deserentes, et propter vitam aeternam magisterio se subjicientes, secundum imperium praelatorum suorum gradiuntur.

Quapropter et vestitus eorum vestitui aliorum populorum non assimilatur, quia et ipse integer incorruptam incarnationem Filii mei quae plurimum distat a procreatione aliorum hominum ostendit. Nam illam incarnationem legale imperium viri ac mulieris non tetigit, sicut nec iste populus ulla conscripta lege ad hanc constrictionem cogendus est; sed qui eam pro dilectione Dei sua voluntate vovendo aggreditur, hic in ipsa perseveret, ne retrocedens corruat, sicut Lucifer, qui lucem deseruit et tenebras recepit. Hujusmodi enim vestitus secundum coruscationem supernorum spirituum cum alis subtilitatis suae circumvolat, et incarnationem ac sepulturam Filii mei designat, quia signum incarnationis in suo vestitu habet, qui se ad fortissimam obedientiam exhibet, et signum sepulturae ejus in ipso vestitu portat; qui in operibus justitiae, saecularibus causis abrenuntiat. Unde qui pura voluntate eodem vestitu induitur, salubri remedio alleviatur. Et ideo qui illum per invocationem Spiritus sancti in benedictionibus suscipit, non illum abjiciat, quoniam qui eum per abjectionem perseverantis mali contempserit, cum illo erit qui angelicum ordinem sprexit et in mortem sepeliendus corrui. Quid est hoc? quoniam hic populus ex praecepto legis ad hanc constrictionem stimulatus non est, sed voluntate sua aggressus est pactum meum observare, et ita Ecclesiam meam sua sancta conversatione illustrare. Quomodo? Ut post primam lucem diei aurora solis aspicitur, ita ordo iste post voces apostolorum exortus est. Quid est hoc?

Prima lux diei fidelia verba apostolicae doctrinae designat, aurora initium hujus conversationis quae primum in solitudine et in speluncis post illam beatam doctrinam germinavit demonstrat, sol autem discretam et bene dispositam viam in servo meo Benedicto declarat; quem ego per ardentem ignem traduxi, docens eum in vestitu conversationis suae incarnationem Filii mei colere, et in abnegatione voluntatis suae passionem illius imitari, quia ipse Benedictus est quasi alter Moses in lapideo foramine jacens, et corpus suum, in multa asperitate ob amorem vitae crucians et constringens quemadmodum etiam primus Moses in lapideis tabulis ex praecepto meo asperam et duram legem scribens Judaeis dedit. Sed ut filius meus eandem legem per dulcedinem Evangelii perforavit, sic etiam Benedictus famulus meus propositum hujus ordinis quod ante ipsum diversissima conversatio fuit, per dulcedinem inspirationis Spiritus sancti discretam et planam viam fecit, ac per hoc plurimam cohortem suae religionis collegit; ut etiam Filius meus per suavitatem odoris sui Christianum populum sibi coadunavit. Et deinde Spiritus sanctus cordibus electorum suorum suspiria vitae habentium inspiravit, ut sicut in lavacro baptismi crimina populorum abluuntur, ita et ipsi in significatione passionis ejusdem Filii mei saeculares pompas abjicerent. Quomodo? Nam ut homo a diabolica potestate in sancto baptismo convertitur, crimina veteris maculae abjiciens; sic et isti terrenas causas in signo vestitus sui abnegant, in quo etiam et angelicum signum habent. Quomodo? Ipsi enim in voluntate mea; protectores populi mei positi sunt.

Unde qui ex ipsis in sancta conversatione probati inveniuntur, pastores Ecclesiae meae constituentur, quia et angeli qui nulla macula terrenae causae tanguntur, custodes populi mei sunt. Nam sicut angeli coram Deo in duplici honore sunt, sic et homines hujus religionis sunt in duplici vita. Quomodo? Angeli in coelestibus Deo sine intermissione serviunt, et etiam in terris homines a diabolicis insidiis semper protegunt; sic et populus iste angelicum ordinem imitatur, cum terrena despiciens Deo quotidie famulatur, et cum etiam reliquos homines suis orationibus a malignis spiritibus die ac nocte tutatur. Unde si ecclesia mea rectum pastorem non habet, tunc hujusmodi religionis caetus clamando et flendo ipsi subveniat; et qui in eo probatus invenitur si necesse fuerit, superintendentiae sacerdotium suscipiens, ipsam in zelo meo strenue defendat. Nullus autem religionem horum repente et velut ex somno evigilans aggrediatur, nisi prius in constrictione animi sui si in hoc proposito perseverare valeat ex intima probatione examinetur, ne si illud voluntate sua in foedere benedictionis suscepit, et postmodum in perversitate erroris sui abjiciens mihi sine poenitentia illuserit, in damnatione mortis miserabiliter pereat. Quapropter, o charissimi filii mei, qui valde in contrarietate dissipati estis, surgite citius in humilitate et in charitate, et sancto proposito vestro viriliter et unanimiter consentite.

Pero, como ves, otro esplendor, como una nube blanca, rodea de manera honesta la imagen femenina mencionada desde el ombligo hacia abajo, aunque aún no ha crecido más allá: este es la vida secular que, en el brillo de la intención serena, rodea a la Iglesia desde la plenitud de la fortaleza germinante hasta el extremo donde aún no ha avanzado en sus hijos, en reverencia a la justa ayuda. ¿Cómo? Porque alrededor del ombligo está el germen de los miembros del cual se procrea todo el género humano, y allí en la iglesia se muestra al pueblo secular por el cual debe ser llevada al número completo en sus órdenes, cuando allí se anuncian reyes y duques, príncipes y presidentes con sus súbditos, así como otros ricos y pobres y necesitados que conviven con el resto del pueblo. Y por ellos toda la Iglesia se adorna mucho, porque cuando los hombres seculares conservan fielmente la ley de Dios que se les ha dado, adornan mucho a la Iglesia, y abrazan a Dios con muchos abrazos, obedecen con sincera humildad y devoción a sus maestros, y con limosnas, vigiliass y continencia, e

incluso con viudez y otras buenas obras que son de Dios, castigan su cuerpo por amor a Dios. Por lo tanto, aquellos que guardan la ley establecida para ellos según mi voluntad, me son muy amables. Pero si alguno de ellos desea llevar el yugo de mi libertad en el rechazo de lo secular, que venga a mí rápidamente, a menos que esté en la unión del vínculo carnal, el cual no debe romperse temerariamente sino por la voluntad de aquel con quien tiene el consorcio. ¿Cómo? Ni el marido debe abandonar a la esposa, ni la esposa al marido en este propósito, a menos que sea la voluntad de ambos; y entonces, si así lo han deliberado, o ambos permanecen en el mundo, o ambos se separan del mundo; porque no puede ser que un pie permanezca en el cuerpo y el otro sea cortado del cuerpo sin que el hombre se salve. Así tampoco es adecuado que el marido cultive el mundo y la esposa lo abandone; o que la esposa resida en el mundo y el marido lo evite, si desean encontrar su belleza en la vida celestial; porque si esto se hace indiscretamente y sin sabiduría, no se llamará ofrenda sino robo. Por lo tanto, aquellos que están unidos en el vínculo carnal por derecho legal, vivan unánimemente juntos, y que ninguno se separe del otro sin el consentimiento del otro, ni sin la disposición o demostración del vigor eclesiástico, como está escrito de nuevo en el Evangelio: Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre (Mateo XIX). ¿Qué significa esto? Dios, en la creación del género humano, tomó carne de carne y la unió en una sola copulación, estableciendo así que esta unión no se separara precipitadamente. ¿Cómo? Porque así será en la unión del hombre y la mujer donde la carne se une a la carne y la sangre a la sangre por sanción legal para que no se separen precipitadamente por su propia necesidad, a menos que esto ocurra por una causa justa o por una devoción razonable de ambos vínculos, ya que Dios en el secreto de su sabiduría dispuso benignamente esta unión del hombre y la mujer para la propagación de los hombres. Y porque esta unión fue instituida tan decentemente por Él, por eso la necia codicia del hombre no debe hacer separación en estas dos partes, ni esta parte ni aquella debe llevar la dote de su sangre a un lugar ajeno; porque, así como Dios mandó que el hombre no matara al hombre, también ordenó que el hombre no cortara su sangre de su lugar recto por la crueldad de la fornicación. Por lo tanto, el hombre debe reprimir el ardor de su codicia, y no transmitir su incendio a un fuego ajeno; porque si esta ardiente voluntad concibe el calor de otra voluntad con la ferviente concupiscencia de una causa más fuerte o más débil: entonces verdaderamente se coagulan en uno con el deseo de su alma y con la coligación del abrazo de esa mente. Pues el ojo exterior que ve excita el calor interior a la combustión. Y aunque el cuerpo no cometa este pecado con aquel cuerpo, sin embargo, la voluntad viva hace la obra del ardor en ellos, de modo que todas sus entrañas se conmueven por su conciencia. Por lo tanto, que las puertas del hombre exterior se observen con tan cauta custodia, para que el hombre interior no sea herido por una insípida negligencia.

Y como ves que estos tres esplendores se extienden ampliamente alrededor de la misma imagen: esto es porque en honor de la suprema Trinidad, las tres instituciones eclesiásticas mencionadas rodean de manera maravillosa y consolidan a la feliz Iglesia en la expansión de los brotes emergentes y en la difusión de las virtudes bienaventuradas; por lo que también muestran muchos grados y escalas en ella de manera buena y decente, que son diversos órdenes tanto en hombres seculares como espirituales por los cuales la misma Iglesia, en la bondad de las costumbres y en la disciplina de las virtudes, lleva a sus hijos educados con suavísima reverencia a lo supremo. ¿Cómo? Cuando desprecian lo terrenal y aman lo celestial. ¿Qué significa esto? Porque cumplen fielmente en el amor divino los preceptos legales que les han sido instituidos. Pero, así como en tres personas hay un solo Dios; así también en estos tres órdenes mencionados hay una sola Iglesia, cuyo fundador es aquel que es el plantador de todos los bienes. Porque lo que Él no plantó, no podrá permanecer. Por lo tanto, aquella institución que Él no instituyó, caerá en grandes ilusiones. ¿Cómo? Porque

Dios no plantó aquellas que intentan ascender a lo superior con el soplo de la soberbia, ni quieren someterse a sus superiores. Esto ocurre donde un orden menor intenta elevarse sobre un orden mayor que fue constituido en el antiguo consejo de los principales maestros en mi voluntad; y donde algunos, vestidos con diversos signos según sus costumbres, quieren expandirse como piensan en su locura, como si el orden de los ángeles quisiera erigirse sobre el orden de los arcángeles. ¿Y qué sería esto? Como si fueran nada y vacío, quienes quisieran dividir los órdenes de Dios correctamente constituidos en sus vanidades. Pero esto no debe ser, que por ellos en la locura de su diversidad invoquen, quienes siempre quieren ser nuevos en su propósito, y rudos en su ciencia para decir lo que está en sus mentes, abandonando el camino bien trillado y el arca bien allanada de los antiguos Padres, que el Espíritu Santo les inspiró. Por lo tanto, muchos de ellos abandonan con gran soberbia las ordenaciones establecidas que la Iglesia tiene en los antiguos Padres, y esto lo hacen en muchos cismas de sus diversas instituciones. Ellos quieren ser llamados árboles fructíferos en sus diversas circunvoluciones; pero ni siquiera pueden ser llamados cañas vacías, como se le muestra al amado Juan sobre aquel que en el tiempo se marchita y es desechado, como está escrito: Conozco tus obras, que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, comenzaré a vomitarte de mi boca (Apocalipsis III). ¿Qué significa esto? Oh necio, que en ti mismo te marchitas torpemente, yo, que soy el conocedor de los secretos, veo con el ojo omnisciente las obras de tus deseos, porque no has evitado por completo las obras que pertenecen al fuego del iluminador ardiente, ni tampoco has rechazado por completo las obras que inducen el hielo del rigor frío. ¿Cómo? No eres completamente frío en las malas obras, ni completamente ferviente en los buenos actos; sino que en ambos, por la inestabilidad de tu mente, como un viento tibio colgante, es decir, sin saber en ninguno quién eres, porque no consideras ni las penas merecidas en el mal, ni las recompensas dignas en el bien. ¿Cómo? Porque miras a una profundidad tan grande que no puedes encontrar su fondo; y porque también asciendes a una montaña tan alta que no puedes alcanzar su cima. Oh, sería mejor para ti saber que eres un siervo inútil y pecador, que estar en el tiempo de tal manera que apenas mires hacia la justicia. Porque si estuvieras separado de los buenos actos, te entenderías como pecador; o si te apartaras de las malas obras, tendrías alguna esperanza de vida. Ahora, sin embargo, eres como un viento tibio; que no trae humedad a los frutos, ni les induce calor. Porque eres como un principiante y no como un perfeccionador; porque tocas el bien en el inicio, pero nunca te alimentas de él en la perfección, como el viento que golpea la boca del hombre, y no como el alimento que desciende a su vientre. ¿Qué es más querido, un sonido vacío o una obra perfecta? Pero es más aceptable una obra perfecta que un sonido vacío. Y por eso, obra con el silencio de la humildad y no te exaltes con la soberbia, porque aquellos que rechazan la sociedad de la santificación de aquellos que me aman en el servicio de la mansedumbre, serán considerados por nada; porque persiguen con estúpida soberbia lo que desprecian cumplir con suave mansedumbre. Si intentas entrar en la fuerza de mis palabras que proporcionan alimento a los fieles a través del inicio de la rectitud, y si entonces, adormecido en ellas y mostrando ninguna dulzura de justicia que te toque, caes en lo peor, entonces yo también, por el calor de tu negligencia, comenzaré a expulsarte, expulsándote de la misma fuerza de mis palabras, porque no anhelas los interiores de la recepción bienaventurada al no mostrar ningún sabor de suavidad a través de la eficacia de tu obra. Por lo tanto, serás rechazado y pisoteado, como el alimento que, debido a la insipidez del gusto, es arrojado de la boca del hombre antes de ser recibido en su vientre. Pero, ¿qué ahora? Porque los vientos vuelan, y el ruido de los vientos resuena; pero las raíces no florecen ni producen brotes. Porque aquellos que deberían estar bajo mi yugo son lascivos, y no caminan según la disciplina. ¿Qué significa esto? Ellos saltan el camino recto y se hacen muchas tiendas inútiles. Tales hombres no tienen ningún fervor de justicia, sino que se adormecen en sí mismos; ni arden en la ley establecida para ellos, ni actúan según la conversación de sus

padres precedentes; sino que cada uno de ellos planta una cierta singularidad en sí mismo, y según su propia voluntad se pone una ley, así elevándose a volar en sus propias pensamientos y en gran inestabilidad por la soberbia inflada. Y porque no se adhieren al pacto recto de sus padres, por eso siempre son nuevos y rudos en gran inestabilidad, vagando aquí y allá según su voluntad.

Por lo tanto, también los comparo con artesanos necios: que al erigir un gran edificio en altura, no imitan la prudencia de aquellos artesanos que, bien instruidos en muchos instrumentos y examinados en diversas pruebas de edificaciones, conocen bien todo lo que pertenece a la edificación, y disponen correctamente todos sus instrumentos; pero ellos, vacíos e insensatos, confían en sí mismos, porque quieren ser sabios sobre los demás, y disponen sus edificios de tal manera que son móviles ante las tempestades, por lo que también son derribados por los vientos; porque no están puestos sobre la roca, sino sobre la arena. Así también hacen aquellos que, confiando en sí mismos en su soberbia, desean parecer prudentes sobre sus antiguos padres, y no quieren caminar según su pacto, sino que establecen leyes para sí mismos según su voluntad en gran inestabilidad, y por eso frecuentemente son sacudidos por tentaciones diabólicas hacia el pecado; porque no se apoyan en Cristo, sino en la inestabilidad de sus costumbres.

Por lo tanto, para que la inspiración del Espíritu Santo que operaba en los antiguos padres no sea anulada por la soberbia inflada, quiero que al hombre fiel le baste con humildad lo que le ha sido instituido por sus predecesores, para que si desea más vanamente de lo que debería haber buscado humildemente, no se retire después tibio, recibiendo de esto el rubor de la confusión, como está escrito en el Evangelio: Cuando seas invitado a una boda, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya sido invitado por él alguien más honorable que tú, y viniendo el que te invitó a ti y a él, te diga: Da lugar a este, y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar (Lucas XIV). ¿Qué significa esto? Cuando por inspiración suprema seas advertido para que, a través de tus fieles labores, llegues a aquel tabernáculo que siempre abunda en vida nupcial, de modo que continuamente se regocija en sinceridad, honor y santificación en la vara virginal y en la madre bienaventurada, es decir, la Iglesia, y no se entristece en corrupción, confusión y deyección de su brote y flor; entonces comprime tu mente en humildad, no elevándola en altivez. ¿Cómo? Cuando hayas desechado las causas seculares de tu cuerpo por amor a Dios, entonces ascenderás como la flor más hermosa que florece sin sequedad en la Jerusalén celestial con el Hijo de Dios, en quien aparecen todos los ornamentos de las almas; porque el hombre viejo produce todas las abominaciones de los hombres, pero el hombre nuevo edifica toda la santificación de las virtudes. Y por eso, cuando llegues a esta santificación, avergüénzate de imitar al antiguo serpiente que se arrojó a sí mismo del lugar de la bienaventuranza por el apetito de la gloria vana. ¿Qué significa esto? Si ves a alguien más adornado que tú, cuídate de no elevarte sobre él por la codicia de tu mente, diciendo: Quiero ser superior a él, o como él es. Porque si te exaltas de esta manera, ¿acaso eres entonces un siervo fiel, cuando provocas al Señor a la ira, de modo que te opones a él? Pero si entiendes que alguien tiene un don de naturaleza, gracia o fortuna más valioso que el que tú tienes, si entonces le criticas por envidia, no caminas por el camino llano, sino que andas por desvíos. Por lo tanto, esfuérzate por servir a Dios en humildad, y no te embriagues en soberbia, ni te exaltes por la vanidad de la simulación sobre aquel que, por justa examinación, brilla con mayor deseo de vida eterna que tú ardes, invitado al mismo culmen de la bienaventuranza por el ardor supremo de aquel que se manifiesta piadoso a todos los que aman la verdad, no sea que, viniendo con el ojo omnisciente, aquel que te llamó al servicio de la humildad, y a él en el don de la caridad por la inspiración de la bienaventurada admonición, te juzgue con su justo juicio, diciendo: Tú que te erigiste por la

ardiente soberbia en aquel lugar cuyo compañero no eres, deja la vana gloria tuya, y da al oficio de la sujeción a este mi amado el culmen del honor, que temerariamente arrebataste. ¿Y qué será de ti entonces? Porque si de esta manera eres derribado, comenzarás a sentir por la angustia del dolor y la tristeza la extremidad de la abyección, y así aborrecerás ser arrojado, porque el guardián de las almas te quitará el honor ajeno que fraudulentamente invadiste: oponiéndote a él, intentabas temerariamente arrebatarse lo que no debías tener, por lo que también te será quitado lo que querías tener, y te será dado lo que no querías tener. Así también, cuando un orden menor se exalta sobre uno mayor, por mi justo juicio es derribado y suprimido, porque no quiero que la soberbia esté ante mis ojos de otra manera que en la abyección de la confusión. Porque si una sierva se exalta sobre su señora, será tanto más despreciada por todos los que la miran, porque intentó hacer lo que no debía desear.

Por tanto, aquellos que se hacen leyes según su propio corazón y no buscan en ello mi voluntad, más bien caen en la degradación que en el progreso, como nuevamente mi Hijo testifica en el Evangelio, diciendo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada (Mateo XV). ¿Qué significa esto? Todo brote de conocimiento del corazón y de la mente, y de las costumbres que surge en la fertilidad de la naturaleza en la que vive el hombre, cuando el hombre lo siembra en sí mismo de tal manera que luego se une a él con fervor según lo que desea lograr; es decir, transpuesto ya sea en la exaltación de la mente, en la lascivia de la carne, en la contaminación superflua, en la ocasión de excusa, o en la alternancia de la operación, yendo imprudentemente hacia arriba o hacia abajo, sin discernir cuál es el fundamento, y despreciando saber si es útil o inútil: verdaderamente esto será destruido por justo juicio, porque esa plantación no la plantó el Padre; quien es habitante de los cielos y de toda justicia, y por eso, al ser desechada, se secará, porque no ascendió del rocío del cielo, sino que vino del jugo de la carne. ¿Cómo? Porque el hombre, haciendo esta obra por su necio conocimiento, no quiso mirar ni la justicia ni la voluntad de su Creador; sino que miró a aquel que siempre agita incansablemente la rueda de su carne. Pues lo que a los hombres les parece bueno cuando no quieren fijar agudamente su ojo en Dios, si no lo calienta la inspiración del Espíritu Santo, irá a la destrucción, porque esta vana gloria pasa. Porque cuando los hombres vanos se sienten afectados por el tedio en una cosa, se renuevan en otra por la vana gloria, frecuentemente exaltándose en la soberbia y en la provocación y en el espíritu de celos, y también frecuentemente altercando en la molestia y en la indignación y en la contradicción de otras instituciones que han fluido de mí, así como en los demás bienes que no son para el letargo del tedio, sino en el ardor del deseo de progresar día a día, oprimiéndose mutuamente. Pues lo que ha fluido de mí ofrece siempre un dulce y suave sabor al alma, progresando en los perseverantes, y no mirando hacia atrás en la inestabilidad. Por lo tanto, bienaventurado es aquel que, confiando en mí, pone su esperanza y el inicio y fin de sus obras no en sí mismo, sino en mí. Quien hace esto, no caerá; pero quien quiera permanecer sin mí, irá a la ruina. ¿Y quiénes son aquellos que se hacen nuevos a sí mismos por vana gloria, y debido al tedio que sufren en mis preceptos, confían en sí mismos? No es que yo sea despreciable en mis dones como un viejo vestido es molesto en los pensamientos de los hombres, porque esos dones son siempre nuevos en su simplicidad, y cuanto más antiguos, más queridos son. Por lo tanto, lo que los hombres conciben en sí mismos sin mi inspiración en la vanidad de las costumbres: se desvanecerá por sus estudios vanos, y aunque a veces parezcan estar firmes ante los ojos de los hombres, sin embargo, rechazados de mis ojos, los tengo por nada, como está escrito en el Evangelio: Déjenlos, son ciegos, guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo (ibid.). ¿Qué significa esto? Déjenlos que en sus obras perversas se deslicen en su perversidad; porque no quieren corregirse en la rectitud de las buenas obras. Y porque en su propia estimación se llaman

justos cuando en sus actos son vanos, por su misma facilidad se vuelven ciegos, porque desprecian caminar por el camino de la justicia, y porque proponen más el camino de la iniquidad que el de la verdad a aquellos hombres que se apresuran a seguirlos en malas obras. Por lo tanto, aquellos que de esta manera no tienen la visión de la rectitud, pensando que son justos y son injustos, cuando muestran el camino de la falsa justicia a los ignorantes de la verdadera doctrina, caen juntos en el hoyo de la desesperación, porque ni estos ni aquellos saben a dónde van. Pero en estas cosas a veces derribo algo en mi indignación ante los hombres, y otras veces tolero en silencio ante los hombres por la moderación de una visión clara; pero sin embargo, las castigo en el futuro por la ponderación de mi justo juicio. Y por esto, quien es fiel, debe esforzarse por ascender a la altura de las virtudes, y no descender a las profundidades de lo secular. ¿Cómo?

Quien está en un grado menor puede ascender a uno mayor, pero quien está en uno mayor no debe inclinarse a uno menor. ¿Qué significa esto? Pues los praetores pueden llegar a ser duques, y los duques pueden ascender a ser reyes; pero no conviene que los reyes desciendan a ser duques, ni que los duques se inclinen a ser praetores. Porque si los reyes se sometieran a los duques, o si los duques se sometieran a los praetores, todo el pueblo gritaría indignado y se burlaría de ellos. Así, los que están en lo secular pueden seguir el camino de los mencionados perfumistas; y los que están en el camino de esos mismos perfumistas pueden pasar a los mencionados que son el aroma viviente que promete el camino de la regeneración secreta, pero no conviene que esos perfumistas caigan en lo secular. Si aquellos que son el aroma viviente que promete el camino de la regeneración secreta miran a los perfumistas, o si los perfumistas pasan a lo secular: ¡ay! ¡ay! ¡ay! será dicho sobre ellos por las almas de los justos, y serán tenidos en desprecio ante mí, a menos que se vuelvan con digna penitencia, porque si un grado más alto cae sobre uno inferior, ambos serán destruidos. Así será para aquellos que abandonan su camino recto y retroceden. Porque quien se ha revestido de mi Hijo, ¿a quién podría revestir como tal hijo? A nadie, y verdaderamente a nadie. Pero regocíjense en su Padre; porque a menudo veo a los mayores en los menores, y encuentro a los menores en los mayores, porque la soberbia cae y la humildad asciende.

Por lo tanto, tengan paz, caridad y humildad entre ustedes, como las almas de los justos con los ángeles y los ángeles con los arcángeles tienen. Porque las almas de los justos no envidian el oficio de los ángeles, ni los ángeles desprecian la gloria de los arcángeles. ¿Qué significa esto? Los arcángeles en mayor necesidad demuestran cosas mayores; los ángeles en frecuente alternancia anuncian cosas menores; pero el pueblo fiel obedece humildemente. Por lo tanto, cada uno debe ejercer fielmente su oficio. ¿Cómo? Aquellos que son el aroma viviente que promete el camino de la regeneración secreta, cuando surge una mayor ocasión de necesidad eclesiástica, deben recordar las causas inevitables de su ayuda como los arcángeles; y aquellos que en la obra de los perfumistas, con determinación constante en causas frecuentes alrededor de los negocios de su institución, deben ejercitarse como ángeles, y los hombres que desean llegar a la suma beatitud deben recibir fielmente sus palabras. ¿Cómo? Porque aquellos que son el aroma viviente que promete el camino de la regeneración secreta, son como el grano, que es alimento seco y fuerte para los hombres; así también mi pueblo es áspero y duro al gusto de las cosas seculares. Pero los mencionados perfumistas son como frutas que ofrecen un dulce sabor a quienes las prueban; quienes, al igual que ellos, se muestran amables a los hombres por la utilidad de su oficio. Sin embargo, el común secular es considerado como carne; en la cual se encuentran también aves castas, porque quienes viven en el mundo, viviendo carnalmente, procrean hijos, entre los cuales, sin embargo, se encuentran imitadores de la castidad, a saber, viudas y continentes, que vuelan hacia los deseos celestiales por el apetito de las buenas virtudes. Pero también esos órdenes de la

institución eclesiástica, se mueven en dos caminos. ¿Cómo? De los espirituales y de los seculares. ¿Cómo? Como el día y la noche. ¿Qué significa esto? El día tiene la claridad del sol y la serenidad del aire luminoso, lo que prefigura; porque los hombres espirituales y el orden del aroma viviente que promete el camino de la regeneración secreta, y el orden de los mencionados perfumistas, lo guardan en sí mismos. La noche, sin embargo, tiene la luz de la luna con las estrellas y la oscuridad de la tenebrosa sombra, lo que demuestra: que los hombres seculares tienen en sí mismos a los justos brillando en sus obras, y a los pecadores cargados con la oscuridad de sus delitos. Pero quien haya abandonado la noche de los seculares y se haya convertido al día de los espirituales por amor a la vida: sea firme en este hecho, no sea que si retrocede, se asemeje al viejo Adán que, transgrediendo el precepto de la vida, fue expulsado a las miserias seculares. Por lo tanto, nadie debe apresurarse a abandonar el mundo y entrar audazmente en mi pacto por su propia voluntad, a menos que primero haya sido examinado en gran prueba; porque quien haya tomado a mi Hijo por la túnica, no quiero que lo abandone. Porque quien se haya revestido de su encarnación, y haya tomado su cruz en sus manos, ¿es conveniente que abandone a su Señor? De ninguna manera. Por lo tanto, presta atención a esto. El hombre que en la voluntad de su corazón haya confesado y en la devoción de su alma haya prometido llevar mi yugo en el abandono de las cosas seculares; si entonces, incluso en ese ardor de su corazón, por la voluntad de su alma deseante, ha recibido el signo de la religión en el condimento de la justa intención, permanezca en ello, no sea que si después lo abandona en el desprecio del mal perseverante; reciba el juicio del examen estricto. ¿Qué significa esto? Porque despreció a aquel cuyo signo recibió en sí mismo y pisoteó; así como los judíos lo despreciaron cuando, en la locura de la incredulidad, lo clavaron en la cruz. Porque así como los judíos no temieron ese crimen, así también este no teme que rechaza en su voto la misma pasión: Porque lo que el hombre me promete; también debe cumplirlo según lo que David testifica, diciendo: Entraré en tu casa con holocaustos, te pagaré mis votos que pronunciaron mis labios (Salmo V). ¿Qué significa esto? Por la intención de la buena y justa operación entraré, oh Dios mío, en la constitución de tu santísimo don, es decir, en el ardiente deseo dejando el lecho de mi voluptuosidad, de tal manera que nada me es más dulce que anhelar a ti, Creador de todo. Y por esto te pagaré mis votos que pronunció mi boca con mi alma; porque quiero cumplir lo que te prometí a ti, justo juez, en mi ardiente deseo: a saber, dirigir mis actos hacia ti, lo que insensatamente transgredí; pero ahora deseando recurrir a ti, quiero evitar el mal y hacer el bien, porque la racionalidad y el intelecto que arden en mí, por la discreción de la verdadera corrección, buscan más anhelar a ti, Dios vivo, que imitar al diablo por la necedad de la falsa contrariedad. Por lo tanto, oh hombre, cuando ofrezcas tu corazón de esta manera a mí, considera cómo lo perfeccionas prudentemente. Porque mi ojo ve agudamente lo que la voluntad del hombre me dice. Donde está lo mío, eso lo requiero estrictamente. Por lo tanto, oh necios y más que necios, ¿por qué se imponen cargas tan grandes que creen que es tan fácil para ustedes abandonar su voluntad carnal? Porque por la ley que les fue dada de mis preceptos, no se les obliga a abandonar el mundo, a menos que primero se ejerciten en muchos trabajos, para que puedan imponer freno a los deseos carnales que hay en ustedes.

Pero se asemejan a un viento tibio, porque cuando la vana gloria sopla en su mente, entonces hablan con alguna aspereza diciendo: Ya no quiero trabajar más con el mundo, sino que decido huir de él apresuradamente. ¿Y por qué me rompería en un trabajo inútil? Pero cuando dicen esto dentro de ustedes, creen que se resolverá como lo han concebido. Porque muchos me buscan con un ánimo vacilante, de tal manera que solo están marcados exteriormente con el signo de la religión, no buscándome con ojos puros, ni mirando a sí mismos en la verdadera doctrina simplemente para ver cómo escapar del diablo que desea devorarlos, como la paloma que en la pureza del agua ve al halcón que intenta atraparla, huye; pero no

así escapan del diablo cuando lo ven venir en la escritura de las doctrinas, sino que en el repentino sopor que les viene por la ceguera de su mente, como un viento tibio, corren hacia mí. Algunos, de hecho, no abandonan su voluntad, sino solo el hábito secular, y se acercan a la religión espiritual; porque sufriendo muchas miserias y pobreza en el mundo, no pueden tener riquezas, y por eso abandonan el mundo, porque no pueden tenerlo como quisieran. Otros, sin embargo, son necios y tontos en el mundo, de tal manera que son despreciables para los hombres y no quieren gobernarse a sí mismos, y por eso huyen del mundo, porque son objeto de burla. Pero algunos, teniendo debilidad e infirmitud en su cuerpo y trabajando mucho en estas calamidades, no por mí, sino para aliviar más suavemente estos dolores, abandonan el mundo. Otros, sin embargo, sufren tales angustias y opresiones de sus señores carnales a quienes están sujetos, que por temor a ellos se retiran del mundo, no para obedecer mis preceptos, sino para que sus señores carnales no ejerzan más su poder sobre ellos. Y todos estos no vienen a la religión espiritual por amor celestial, sino por estas molestias terrenales que sufren, sin considerar si soy salado o insípido, dulce o amargo, habitante del cielo o de la tierra. ¿Qué significa esto? No atienden ni al condimento ni a la dulzura de las Escrituras; ni consideran cómo habitan en los corazones de aquellos hombres que buscan lo celestial. Y porque no quieren escudriñar estas cosas, por eso, rechazando mi temor, caminan según sus propias voluntades, por lo que son llamados extraños y fugitivos. Por lo tanto, tampoco digo que hayan dejado el mundo y venido a mí, sino que en esto son culpables de temer al siervo y despreciar al Señor, porque siguen causas terrenales; y no me temen, y por eso son llamados temerosos en lo mínimo, y audaces en lo máximo. Por lo tanto, se asemejan a Balaam, quien viendo al pueblo israelita hermoso en sus tiendas, deseó con ánimo fingido tener una morada con ellos, diciendo: Muera mi alma la muerte de los justos, y sean mis postrimerías como las de ellos (Números XXIII). ¿Qué significa esto? Cuando el hombre a veces es sacudido en los suspiros de su alma para comenzar las obras de justicia, entonces, al surgir el deseo, las anhela con gemidos, diciendo así en sí mismo: Yo, miserable, que estoy atrapado en muchos pecados y obligaciones, deseo fervientemente que en el abandono de las concupiscencias carnales mi alma deje toda maldad de iniquidad, y que por esa contrición en la que los justos se desprecian a sí mismos, permanezcan en la morada de las buenas obras. ¿Cómo? Para que en los actos rectos se encuentre mi fin, semejante a esos hombres que obran la justicia de Dios: de tal manera que el término de mis buenas obras se iguale al inicio de la justa intención de ellos. Pero el hombre que habla estas cosas dentro de sí mismo, si después, pasado el tiempo de esos suspiros, es soplado por las tentaciones de los espíritus malignos, y vencido por la concupiscencia carnal, vuelve a la iniquidad, hace como Balaam, engañado por la maldad de la codicia. ¿Cómo? Porque él, después de ser tocado por esa división por la cual antes quería maldecir a mi pueblo, donde le resistí por mi ángel y por su asna, llevándolo sin embargo en mi celo a esto, porque con la bendición de esas palabras que puse en su boca bendecía a mi pueblo: después de ese deseo en el que deseó asimilarse en su muerte a ese pueblo de Israel, volvió a la primera división, y dispersó a mi pueblo en la moneda de la muerte por su consejo a través de la fornicación, como prometió diciendo: Sin embargo, yendo a mi pueblo daré consejo sobre lo que hará este pueblo en el tiempo final. ¿Qué significa esto? A saber, cuando me vuelva al camino de mis deseos que pertenecen al adorno de la carne; entonces entraré en esas concupiscencias que antes conocía. ¿Cómo? Porque sé lo que hay en mi carne a la que sirvo honestamente, de tal manera que yo también, que estoy imbuido de estas causas que siempre están presentes, te muestro, oh hombre, que también ardes en las mismas cosas deleitables, en el escondite de mi mente el estímulo de tus concupiscencias; cuando por la sugerencia de mi voluptuosidad enciendo tu ardor humeante, de tal manera que por los conocimientos de las cosas terrenales venales que florecen en tu corazón, extingas ese ardiente deseo con el que antes anhelabas las obras que se llaman santas: poniendo fin a ellas de esta manera, y dejándolas en el momento oportuno, como si

nunca las hubieras conocido. Por lo tanto, oh hombre, así como este Balaam, después de ese deseo recto en el que antes miraba hacia arriba, se inclinaba hacia abajo a las concupiscencias engañosas; así también hacen aquellos que me buscan falsamente, porque cuando ven a aquellos que verdaderamente han abandonado el mundo caminar simplemente, y perseverar laudablemente y verdaderamente en la estrecha y bienaventurada conversación; dicen que son hermosos y amables, y de inmediato, con un impulso repentino, abordan su vida, deseando vivir según ellos. Pero después de haberse unido a ellos de esta manera, como Balaam miró al pueblo israelita, entonces frecuentemente son llamados de nuevo a los deseos carnales por diversas maldades que antes tenían en sus corazones cuando estaban en el mundo, porque también antes los dominaban. Por lo tanto, cuando son así impedidos, contaminan con su veneno y adversidad a mi rebaño elegido, sacudiéndolo con muchas tempestades, y dispersándolo con el consejo de su maldad. Porque cuando ellos se retiraron del mundo engañosamente, no me invocaron en sus oraciones para que los ayudara, ni me buscaron en la prueba de su cuerpo si podían perseverar en este propósito o no: por lo que también permito que consideren: qué puede hacer su voluntad cuando confían en sí mismos para ayudarlos. Oh, ellos son insensatos e infructuosos; porque son inútiles sin el arado de la ley de Dios, y sin la fructificación de su palabra; porque no buscaron qué debían hacer cuando abordaron el camino estrecho, como se examina la buena tierra que produce un fruto útil. Por lo tanto, escuchen; Oh hombre, si hoy, cuando ardes fuertemente en concupiscencias en tu carne, saliste de un horno ardiente, ¿quién te dio tanto refrigerio, que pudiste escapar de un incendio tan grande en tu deleite?

Vere, quien desee emprender esto, debe avanzar con los ojos de su interior, considerando cómo comenzararlo a través de mí y cómo, con mi ayuda, llevarlo a cabo, para que no suceda que, si lo inicia insensatamente y lo concluye mal, caiga en la ruina, como aquel antiguo enemigo que, confiando en sí mismo, fue derribado en la ira de mi celo; así también serán rechazados aquellos que, sin considerarse a sí mismos, se visten con la pasión de mi Hijo en la precipitación de una gran soberbia, pero luego la rechazan con desdén de manera superflua. Por lo tanto, quienes se revistan de ella, deben prestar atención a cómo la aman, según lo exhorta el profeta Jeremías en el Espíritu Santo, diciendo: "Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como mi dolor, porque me ha vendimiado como ha dicho el Señor, en el día de la ira de su furor" (Lamentaciones I). ¿Qué significa esto? Oh vosotros todos que abandonáis los vicios, es decir, en el rechazo de lo secular y en la imitación de lo espiritual, pasando por el camino que es vida y verdad, que soy yo, el Hijo de Dios; prestad atención al inicio de las buenas obras para no olvidar mi dolor, cuando comencéis a imitarme en mi pasión, y ved en la perfección de la justicia, para que el dolor que os imponéis por amor a mí sea semejante a mi dolor. ¿Cómo? Para que en las mismas miserias que soportáis por mí, perseveréis sin desfallecer hasta el buen fin; así como yo perseveraré en mi dolor para morir por vosotros, porque fui oprimido y pisoteado en la pasión de la cruz; como la uva es exprimida en el lagar para que comáis mi cuerpo y bebáis mi sangre, como en la presciencia de su ojo perspicaz habló el dominador del cielo y de la tierra en el juicio cuando Adán abandonó la vida y aceptó la muerte; donde, sin embargo, mi mismo Padre celestial previó que al final de los tiempos, a través de mí, su Hijo encarnado de la Virgen, quien me oponía al diablo con las más fuertes fuerzas de la justicia, vencería a ese antiguo seductor y liberaría al género humano en la defensa de la ayuda celestial. Por lo tanto, cualquier persona, de cualquier sexo o edad, que se revista de mi pasión, debe asegurarse de mantenerla firmemente, para que si la descuida por error, no pueda encontrarla cuando desee recuperarla.

Por lo tanto, aquellos que deseen someter a sus hijos a mi pasión en una vida de humildad, no lo hagan imprudentemente con presunción precipitada, sino sabiamente con examen de discreción, no obligándolos a emprender esto sin el consentimiento de su voluntad, lo que ni siquiera ellos pueden soportar. ¿Cómo? Si ofreces a tu hijo a mí cuando aún no tiene el conocimiento del discernimiento intelectual, sino que yace en la necesidad de todos sus sentidos, y sin embargo lo ofreces sin su voluntad, sin considerar su consentimiento, no has hecho bien al ofrecer así un carnero. ¿Cómo? Si un hombre ofrece un carnero en mi altar; si no lo ha atado firmemente con cuerdas por sus cuernos, ¿no huirá el carnero? Así también, si un padre o una madre ofrecen a su hijo, que es un carnero, a mi servicio, si no consideran su voluntad, que son sus cuernos, ni con cuidadosa vigilancia, ni con súplica, ni con ruego, ni con exhortación de toda diligencia, que se entienden como las cuerdas de su atadura, ya que con todo esto el niño debe ser inducido al consentimiento de buena voluntad; entonces, si no ha sido probado por estos exámenes, ciertamente huirá en cuerpo o mente, a menos que Dios lo custodie en sus maravillas. Pero si tú, oh hombre, en tan gran custodia de restricción corporal encierras a ese niño de tal manera que no puede liberarse de la presión de su voluntad contraria, entonces en todos los frutos tanto del cuerpo como del alma, debido a esa captura que le fue impuesta injustamente sin su consentimiento, me aparece árido. Entonces también yo te digo a ti, oh hombre, que eres el autor de esta atadura: Tenía un campo verde en mi poder; ¿acaso, oh hombre, te lo di para que lo hicieras germinar cualquier fruto que tú mismo quisieras? Y si siembras en él una semilla, ¿puedes hacer que produzca fruto? No. Pues tú no das el rocío, ni produces la lluvia, ni otorgas la humedad en el verdor, ni sacas el calor en el ardor del sol; por todas estas cosas debe producirse el fruto adecuado. Así también puedes sembrar la palabra en el oído del hombre; pero en su corazón, que es mi campo, no puedes infundir el rocío de las compunciones, ni la lluvia de las lágrimas, ni la humedad de las devociones, ni el calor del Espíritu Santo, en los cuales debe germinar el fruto de la santidad. ¿Y cómo te atreviste a tocar tan temerariamente a quien fue delicado y santificado para mí en el bautismo, para entregarlo sin su voluntad a la atadura más estrecha para llevar mi yugo? Por lo tanto, no se ha hecho ni árido ni verde; porque no ha muerto al mundo, ni vive para el mundo. ¿Y por qué lo oprimiste de tal manera que es inútil para ambos? Tampoco se debe esperar de los hombres mi milagro para fortalecerlo para que permanezca en la vida espiritual, porque no quiero que sus padres pequen en su ofrenda, ofreciéndomelo sin su voluntad. Pero si alguien, ya sea padre o madre, desea ofrecer a su hijo a mi servicio, antes de presentarlo, diga: Prometo a Dios que custodiaré a mi hijo con cuidadosa vigilancia hasta su edad de entendimiento, suplicándole, rogándole, exhortándolo para que permanezca devotamente en el servicio de Dios. Y si me consiente, rápidamente lo ofrezco al servicio de Dios; o si no me da su consentimiento, que sea encontrado inocente ante los ojos de su majestad. Pero si los padres del niño lo han seguido de esta manera hasta su edad de entendimiento; si entonces el niño, apartándose, no quiere consentirles; entonces ellos, porque han mostrado su devoción en él tanto como pudieron, no lo ofrezcan sin su voluntad, ni lo obliguen a llegar a ese servicio que ni ellos mismos quieren soportar ni cumplir.

Pero quien con ánimo devoto desee someterse a mí voluntariamente, debe ser exhortado con firmeza para que lo logre, y no debe ser apartado de su buena intención por la envidia de alguna alma malintencionada. Porque si alguien aparta a alguno de aquellos que desean seguirme de su propósito, comete sacrilegio, porque rompe mi pacto en la mente de esa persona, por lo que también en el juicio recto deberá rendir cuentas de ello; si persiste inflexible en esta maldad, porque apartó a quien deseaba servirme: lo que no debió hacer, como está escrito: "Todo lo que se consagra al Señor, ya sea hombre o animal, o campo, no será vendido ni redimido" (Lev. XXVII). ¿Qué significa esto? Cuando cualquier alma anhelante, con pleno conocimiento, toca el buen sentido en el hombre, para que realice

alguna cosa; entonces su voluntad confirma esa cosa diciendo: Esto es apropiado para el honor de Dios. Y así, con buena devoción y con justa reverencia, ese hombre promete a Dios, ofreciéndole eso a través del beso del corazón, que es a través de la voluntad de sus deseos. Y entonces eso ha sido ofrecido a Dios como dote de santificación de esta manera. ¿Cómo? Porque Dios, viendo la voluntad edificante en ese hombre, lo recibe así a través del anillo de la santificación, como el hombre suele asegurar a su esposa a través del anillo de desposorio en un pacto de unión para no dejarla en adelante. Por lo tanto, cuando Dios ha recibido esa voluntad con la virilidad del ánimo del hombre, quien se constriñe a sí mismo de tal manera que deja lo que tiene, y quien más bien divide para Dios que para sí mismo lo que posee, entonces la unión de esta consagración permanecerá así, y no abandonará su devoción. ¿Por qué? Porque el conocimiento del hombre la reconoció, porque su buen sentido la entendió, y porque su voluntad la edificó para el honor de Dios; y por eso, ya sea un hombre quien se haya ofrecido así a Dios, o un animal sujeto al hombre que de la misma manera ha sido ofrecido para el honor de Dios, o un campo que produce fruto que también ha sido consagrado a Dios, no debe ser dado por un precio más alto, ni retenido bajo una compensación más baja, para que el honor de Dios no sea considerado como una estimación despreciable. Pero así como nadie debe ser obligado contra su voluntad a convertirse del camino secular al sendero espiritual; así también quien con devoción de su voluntad ha emprendido mi servicio, y luego lo desprecia y lo descuida, debe ser llamado de nuevo para que lo reciba con justo juicio. ¿Cómo? Si tiene rectores justos y maestros espirituales que tienen mi celo, deben llamarlo de nuevo a mi servicio, y primero lo harán con súplica, exhortación, y palabras amables, y luego corrigiéndolo con azotes y la constricción del frío y el hambre y otras castigos similares, para que, advertido por estas miserias, recuerde en su mente las penas infernales, y temiéndolas, quite de sí la podredumbre de su alma, y regrese al camino que había abandonado, como también está escrito en el Evangelio: "Sal a los caminos y cercas y obliga a entrar, para que se llene mi casa" (Luc. XIV). ¿Qué significa esto? Tú, que eres pastor espiritual y rector justo y maestro recto, sal de tus antiguos hábitos que te adhieren desde tu primer padre, y ve al camino estrecho y angosto, y a la composición de los preceptos inflexibles que los hombres justísimos han compuesto en la textura del Espíritu Santo; y considera con gran celo en mí a aquellos que, bajo tu precepto y magisterio, han asumido o prometido con su voluntad y no por la coacción injusta de otro hombre observar el santo propósito de mi pacto, y cuando después, despreciándolo, desean volver a los antiguos vicios: a estos, con correcciones dulces y amargas, oblígales a entrar en la disciplina eclesiástica, para que la casa de mi dotación se llene tanto de los corregidos con firmeza como de los suavemente amonestados, porque unos son llamados a la vida por diversas correcciones y otros por varias amonestaciones suaves. ¿Cómo? Así como un pastor diligente busca a su oveja perdida con esmero, así también los maestros espirituales deben buscar con gran diligencia a sus súbditos errantes por diversos vicios, obligándolos con su habilidad a que regresen a la casa de la justicia de la que salieron o querían salir, para que la Iglesia se llene en una parte de ovejas corregidas por amor y en otra de ovejas suavemente exhortadas, y así sean llevadas a los pastos celestiales.

Pero aquellos que entonces están tan cerrados, que ni por la corrección corporal que les es impuesta por sus maestros superiores en mi celo, ni por mi temor, porque yo soy Dios que no quiere la iniquidad, ni por el amor de la sangre derramada de mi Hijo que sufrió por ellos, quieren corregirse, sino que se esfuerzan por contaminar con su podredumbre a mis amigos más fieles que corren rápidamente por mis caminos; entonces deben ser expulsados por mis amigos para que no contaminen a mi rebaño como lobos, como exhorta mi amigo Pablo, diciendo: "Quitad el mal de entre vosotros" (I Cor. V). ¿Qué significa esto? Vosotros que estáis en la cumbre del gobierno, y vosotros que permanecéis en la humildad de la sujeción,

expulsad de entre vosotros ese mal que, despreciando mi temor, se opone a mí, el Creador del cielo y de la tierra, expulsándolo de entre vosotros con tan fuerte examen, que no eche raíces en vuestra conciencia, ni ponga su pie en vuestra compañía, para que los dulces perfumes de las buenas obras en vosotros no se devalúen. Pero quien de estos desee volver en penitencia, y me busque a mí, su Creador, de corazón; y aunque llegue en la extremidad de su carrera, yo lo recibiré porque juzgo todas las cosas con justicia.

Pero quien esconda el tesoro de su corazón, diciendo: A menos que sienta que voy a morir, no me convertiré de las causas seculares y así difiere su conversión hasta la expiración de su alma, y cuando ya no puede respirar más, desesperando de poder tener más tiempo de vida presente, intenta renunciar al mundo: este engaña a su alma, porque su conversión es engañosa, lo hizo jugando, para que también se reciba como un juego. Pero aquel que ya próximo a la muerte, con todo su corazón por sus pecados y por mi amor renuncie al mundo, deseando ardientemente servirme mientras viva; verdaderamente recibo su devoción con todos los coros de ángeles, y le otorgo la gloria de la vida. Porque aunque el hombre esté ocupado en mucho crimen, cuando toca sus pecados de tal manera que llora amargamente sus delitos, y lo hace con un ojo simple porque me provocó a ira, yo lo levanto de la muerte a la salvación, ni le niego la herencia celestial, según lo testifica el salmista David en mi Espíritu, diciendo: "En cualquier día que te invoque, he aquí que he conocido que tú eres mi Dios" (Salmo LV). ¿Qué significa esto? En cualquier luz de mi vida que alguna claridad de ilustración celestial se muestre en mi mente, que yace en tinieblas, por la gracia divina, de tal manera que en la amargura de la penitencia de mis pecados y en las heridas de mi corazón afligido te invoque a ti, que concedes el remedio de tu piedad a todos los que te invocan con corazón puro; entonces en esa misma visita he conocido, porque tú que haces estas cosas misericordiosamente eres mi Dios. ¿Qué significa esto? Cuando por tu gracia me has llevado a esto, que te he conocido como mi Dios en las obras de justicia, de tal manera que en las obras de iniquidad me condeno y me reprimo: entonces me recibes buscándote sinceramente, y clamando tras de ti con lágrimas y reconociéndote en la frescura de mi alma, porque tú eres quien puede hacer estas cosas; entonces, en verdadera penitencia, trituro mi cuerpo, y lo tengo casi por nada. Y cuando el hombre ha hecho su penitencia de esta manera, encontrará el remedio de sus pecados. ¿Cómo? Porque me ha conocido como su Dios. ¿Cómo? Porque ha abandonado sus pecados, y por eso, a través del ojo de la penitencia, verá que fueron vanas aquellas cosas que antes realizó ardientemente en mala concupiscencia.

Por lo tanto, nadie debe descuidar buscar el remedio de la penitencia, porque si lo descuidó estando sano en el cuerpo, debe esforzarse al menos por encontrarlo en su último momento, y lo recibiré para su salvación, porque aunque las manchas sean grandes en los pecados, sin embargo, por mi Hijo, se lavan en pura penitencia, excepto aquel que haya dicho una blasfemia contra el Espíritu Santo impenitente, y quien se haya precipitado endurecido en la muerte de su cuerpo, porque estos dos son como uno. A estos no los conozco en la gloria de la vida celestial, como está escrito en el Evangelio: "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada" (Mateo XII). ¿Qué significa esto? Todo pecado que se haya cometido en la superfluidad de la carne, o con lujuria, o con amargura, o con otros vicios similares, o la blasfemia que es en el culto de los ídolos donde el verdadero Dios es ignorado y se adora una falsa creación, o la invocación de demonios donde el verdadero Dios es conocido, y sin embargo, en la perversidad de los hombres, se invoca al diablo: todo esto será perdonado a los hombres en pura penitencia, cuando con compunción de lágrimas desde el fondo del corazón busquen fielmente al verdadero Dios, que misericordiosamente concede su misericordia a todos los que lo invocan. Porque, aunque tales hombres erren gravemente en pecados, sin embargo, si no rechazan

completamente a Dios, que reina con poder y autoridad en los cielos, buscando su mano de ayuda, la encontrarán. Pero si perseveran en su infidelidad, de tal manera que nunca se arrepienten de esta perversidad, sino que con corazón fijo y alma consentiente niegan completamente a Dios, diciendo dentro de sí mismos: ¿Qué es esto que se dice Dios? Pues de Dios no hay misericordia ni verdad, como para querer o poder ayudarme: y así, impenitentes, desconfían de poder ser limpiados de sus pecados, o de poder ser salvados de alguna manera: estos blasfeman contra Dios, y por eso, debido a la maldad de su endurecimiento, si perseveran así, no recibirán el perdón de la blasfemia, porque sofocan el entendimiento de su corazón de tal manera que no pueden suspirar hacia arriba, porque tienen a aquel por cuya misericordia deben ser salvados como nada, como también testifica David, diciendo: "Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios" (Salmo XIII). ¿Qué significa esto? Por una locución insensata, quien estaba vacío de sabiduría e intelecto, negó a Dios en su corazón, y también fue insensato para conocerlo. ¿Cómo? Porque no quiso saber ni entender al verdadero Dios, cuando en su sentido endurecido decía: ¿Qué es Dios? Dios no es. ¿Y qué soy yo? No sé qué soy. Quien dice esto es insensato, porque no tiene la verdadera sabiduría por la cual se conoce a Dios. Pero quien haya conocido a Dios reinando en su poder no ficticiamente, este es sabio, aunque sea pecador. Por lo tanto, quien tenga esto fijo en su corazón, desespera de la misericordia de Dios, diciendo: Dios no es nada, no lo conozco, ya no me conoció, y lo niego, porque me negó. Y por eso, ese no resucitará a la vida, ni puede tener ningún gozo, porque todas las criaturas lo abandonan, porque tuvo al Creador de ellas por nada. Pero también aquel que desespera de sus pecados, porque por la magnitud de su peso no cree poder ser salvado, es infiel, y por eso no llegará a la vida, porque contradice a aquel que da vida a todos. Pero si alguno de todos estos, llevado por la penitencia, me busca verdaderamente, me encontrará, porque no rechazo a nadie que con corazón puro recurra a mí.

Si, sin embargo, las más negras tempestades de esta blasfemia y desesperación caen sobre algún hombre, y él no consiente en su corazón, ni en su voluntad, ni en el sabor de un gusto perverso, sino que se ve muy atormentado en esta lucha, entonces, si persevera resistiendo con fuerza en ese combate, pronto le socorreré. Y debido a estas pesadumbres, no debe dudar, porque contra las mayores tormentas lo llamo un luchador fortísimo, y lo ayudaré más rápidamente y lo tendré como amigo, ya que por amor a mí ha superado noblemente tantas adversidades con paciencia. Pero así como aquel que de ninguna manera quiere conocerme como el verdadero Dios, con ninguna fe o esperanza en su corazón, no resucita a la vida, como se ha dicho, tampoco aquel que se precipita a la muerte de su cuerpo, porque no espera esa separación que he establecido para los hombres; sino que se desgarró a sí mismo sin ninguna esperanza de misericordia. Por lo tanto, cae en la perdición, porque mata aquello con lo que debía arrepentirse. Pues quien separa de un hombre lo que he puesto en él, se somete a una gran culpa, como mi Hijo mostró en el Evangelio, diciendo: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; y el que mate será reo de juicio" (Mat. V). ¿Qué significa esto? Vosotros que queréis poner vuestro pie sobre el fundamento de la roca, notad que por ese sonido que sale de la raíz de la racionalidad habéis percibido que en las palabras de la Escritura, que tienen ese sentido que el dedo de Dios ha dado, se ha demostrado a aquellos que os precedieron en la antigüedad, que no dividieran en el hombre lo que por disposición divina está unido en él. ¿Qué es esto? Porque quien prohibió a Adán el árbol del conocimiento del bien y del mal, diciendo: "El día que comas de él, morirás" (Gen. II), también habló a su descendencia a través de Moisés: "No matarás, ni destruirás lo que ha sido hecho a imagen de Dios". Pero así como Adán, al transgredir el mandamiento, se privó a sí mismo y a su descendencia de la vida de la salvación, así también el hombre que destruye la obra de Dios en el hombre, corta de su alma y cuerpo las generaciones fieles de obras

saludables. De esto también, haciéndose reo de la sentencia judicial, va al exilio de la miseria. Por lo tanto, aquel que ha hecho una separación tan cruel en el hombre, se arroja a muchas calamidades, separando lo que es mío, porque he unido el cuerpo y el alma juntos en el hombre. ¿Y quién es aquel que se atreve a separarlos? Y si aquel que mata a otro está en gran gravedad de pecado, ¿qué será entonces de aquel que se entrega a la muerte? y arroja al polvo aquello con lo que debía lavar sus crímenes. Pues quien se mata a sí mismo imita al ángel perdido, que primero, encontrando la iniquidad, se entregó a la perdición y se mató a sí mismo en la muerte. ¿Cómo? Porque envidió a Dios; quien no tuvo origen, ni tendrá fin, y quien gobierna todo lo que está en el cielo y en la tierra. Y así como ese diablo soberbio no quiso mirarme cuando se arrojó a la perdición, así tampoco ese hombre se digna conocerme, quien se desgarró violentamente a sí mismo; por lo que también cae en la muerte, como aquel que se precipitó a la perdición. Pues antes de caer, quiso elevar su iniquidad sobre las alas de los vientos, y como un ave que vuela en el aire, así intentó volar en los cielos. Por lo que en esta presunción, se arrojó a sí mismo de la bienaventuranza a la infelicidad. Pero yo formé al hombre de la tierra, para que ascendiera de lo inferior a lo superior, y para que comenzando y perfeccionando buenas obras, edificara virtudes espléndidas hacia lo alto. Por lo tanto, el hombre que tiene cuerpo y alma, cuando puede obrar bien, y cuando puede arrepentirse, no debe matarse a sí mismo, para que después no reciba ese lugar donde no puede tener ni obra ni penitencia, como el diablo que, al matarse a sí mismo, fue arrojado al abismo. Pero quien ve con ojos vigilantes y escucha con oídos atentos, ofrezca un beso de abrazo a mis palabras místicas que emanan de mí, el viviente.

VISIÓN SEXTA.

RESUMEN.---Del venerable sacramento del cuerpo de Cristo. Que la Iglesia, unida a Cristo en su pasión y adornada con su sangre, ha surgido la salvación de las almas. Que Dios Padre venció al antiguo serpiente en la humildad de su Hijo, no en el poder. Palabras del Salmista. Que la Iglesia, creciendo, ofrece devotamente su dote a Dios ante los ángeles: y la profundidad de los sacramentos se ha manifestado por inspiración del Espíritu Santo, y la semejanza del oro. Que cuando el sacerdote se acerca al altar para inmolar, una gran claridad resplandece con el misterio de los espíritus celestiales. Que en el sacramento del altar, Dios Padre recuerda la pasión de su Hijo para la salvación del pueblo. Por qué en el sacramento del altar se ofrecen pan, vino y agua. Palabras de Joel sobre lo mismo. Que la ayuda presente de Dios no abandona al sacerdote en el sacramento, permaneciendo la serenidad hasta que se completen los misterios. Cuando el sacerdote canta Santo, santo, santo, e inicia los misterios de los sacramentos: una serenidad incomprensible irradia los mismos sacramentos. Que la claridad divina atrae invisiblemente la oblación del altar hacia arriba casi en un punto, y devuelve la verdadera carne y sangre efectuada. Comparación del ungüento y el zafiro para la misma cosa. Por qué el hombre no puede recibir visiblemente este don espiritual. Que cuando el sacerdote cree fielmente en Dios y ofrece con humilde devoción, la oblación se convierte en carne y sangre. Semejanza del polluelo y el ave. Que en verdadera manifestación, los misterios del nacimiento, pasión y sepultura, resurrección y ascensión de Cristo, aparecen en el sacramento del altar como en un espejo. Que el hombre fiel debe decir durante mucho tiempo: "Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores;" mientras tanto, la pasión de Cristo aparecerá en la misericordia de Dios Padre. Que la oblación nunca aparece como carne cruda a menos que se demuestre a los elegidos en gran necesidad. Mientras se canta el cántico del Cordero inocente, los hombres fieles comulgan para ser restituidos a la herencia eterna, purificados de la transgresión. Palabras de Salomón en el Cantar de los Cantares. Cómo deben tomarse las palabras del Señor dichas a los discípulos en su cena sobre el mismo misterio. Palabras de David sobre lo mismo. Que ese

sacramento, limpiando todas las inmundicias, debe ser venerado hasta el último hombre. También palabras de David sobre lo mismo. Por qué en el sacramento del altar se ofrece pan. Palabras de Moisés sobre lo mismo. Por qué se ofrece vino en el sacrificio del altar. Palabras del Cantar sobre lo mismo. Por qué en el sacramento del altar el agua debe estar presente con el vino. Palabras de la Sabiduría. También del libro de la Sabiduría. Que Adán antes del pecado tenía sangre pura, después de la transgresión la derramó en el hedor de la inmundicia. Que quienes reciben el cuerpo y la sangre de Cristo son vivificados con mucha dulzura. Palabras de Salomón sobre lo mismo. Que a la invocación del sacerdote en el altar, se perfecciona el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo. Que Dios ejerce en toda criatura el poder y la fortaleza de su voluntad según le place. Que desde la primera hora del día hasta la novena, el oficio de la misa puede ejercerse por necesidad del tiempo. Que todos deben comulgar en ayunas, excepto aquellos que están en la opresión de la muerte. Que el diablo cayó sin la sugestión de otro, pero el hombre, siendo frágil, cayó por la persuasión del diablo, y fue levantado por Dios. Que en la percepción del cuerpo y la sangre del Señor, no se debe considerar la cantidad sino la santidad. Comparación del maná para lo mismo. Que no se debe dudar de que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo están en el altar. Que en el sacramento del altar se deben ofrecer tres cosas en nombre de la Trinidad: pan, vino y agua. Que el sacerdote que por negligencia o por olvido ha descuidado estas tres cosas en el sacramento del altar, debe ser gravemente castigado. Cómo se debe distribuir el cuerpo y la sangre de Cristo al pueblo. Que el sacerdote debe usar estas vestiduras y estas palabras en el sacramento del altar según lo que instituyeron los antiguos Padres. Palabras del Señor al sacerdote negligente. Que el sacerdote, porque ofrece estas comidas en el altar, no debe retirarse del altar en ayunas de estas comidas. Que el sacerdote no debe usar muchos y grandes discursos en el sacramento del altar según la ordenación de los maestros anteriores. De cinco modos de comulgar. De aquellos que son luminosos en el cuerpo y ardientes en el alma. De aquellos que parecen pálidos en el cuerpo y tenebrosos en el alma. De aquellos que están cubiertos de espinas agudísimas en el cuerpo y aparecen leprosos en el alma. De aquellos que son sanguíneos en el cuerpo y parecen fétidos como un cadáver podrido en el alma. De aquellos que se acercan a este sacramento con mente devota y fe pura, y de aquellos que se acercan con corazón contrario y ánimo vacilante. Palabras del Apóstol. Que el sacramento del altar debe ser tratado y custodiado con gran diligencia y solicitud por el sacerdote y el pueblo. Que los secretos místicos del cuerpo y la sangre del Señor no deben ser escudriñados. Que los ministros de la Iglesia que no entran por la puerta sino por caminos desviados; porque son amargos y burladores y piedras sin pulir, imitan al diablo y a Baal, y buscan herir a Cristo como crucificadores. Que los mismos ministros de la Iglesia deben guardar la castidad con toda diligencia según el ejemplo de los apóstoles y abstenerse de toda inmundicia. Palabras de Moisés sobre lo mismo. Que el sacerdote no debe tener dos uniones. Cómo el diablo es sacerdote de sacerdotes. Palabras de la ley sobre lo mismo. Palabras del Evangelio sobre lo mismo. Palabras del Apóstol sobre lo mismo. También Pablo sobre lo mismo. De tres tipos de eunucos. Quien no puede contenerse, no debe hacerse sacerdote ni otro ministro sacerdotal por ninguna ocasión. Por qué se permitió en la Iglesia primitiva que los casados, pero luego separados, accedieran al sacerdocio, y por qué ahora no se permite. Semejanza del rey sobre lo mismo. Que los inmaduros y no consagrados no deben recibir la Iglesia: y que uno no debe atreverse a desear más. Que de todo el pueblo del nombre cristiano, deben elegirse sacerdotes de buen ingenio y de integridad de ánimo viril. Que las mujeres no deben acceder al oficio del altar. Que el hombre no debe vestirse de mujer de ninguna manera ni la mujer de hombre, a menos que una gran necesidad los obligue. Que los fornicadores de mujeres, y en la contrariedad de la fornicación, o en otros o en sí mismos tanto mujeres como hombres contaminándose, y los fornicadores de bestias, Dios los juzga estrictamente. De la contaminación que ocurre a los que duermen. Palabras de Moisés sobre

lo mismo. Quien arde fuertemente en lujuria, no debe alimentar su ardor con ningún incendio. Cargado de diversos vicios, debe huir a la misericordia de Dios en confesión. Que el remedio de la purificación también fue prefigurado durante mucho tiempo en los antiguos Padres. Quien se niega a confesar sus pecados, se engaña a sí mismo. Que en la hora de la muerte, si el sacerdote no está presente, el hombre debe confesarse a otro hombre; si no puede tener a ningún hombre, debe confesarse solo a Dios en presencia de los elementos. Que nadie debe desesperar por el peso de sus pecados. Evangelio sobre lo mismo. Que los pecados deben ser borrados tanto por la limosna como por la satisfacción corporal. Del libro de la Sabiduría. Que los elementos son el lago de las voluptuosidades de los hombres. Que quienes dan limosna y quienes la reciben no lo hagan en vano. Que los pobres y los ricos y los que buscan el honor del poder, cada uno es recompensado según su intención. Los sacerdotes deben exhortar y amonestar al pueblo sobre la confesión. Que los sacerdotes que no muestran al pueblo con la autoridad del magisterio, no son sacerdotes sino lobos. Que los elementos aúllan ante Dios sobre la iniquidad de los sacerdotes, y los cielos reciben su iniquidad. Que los sacerdotes tienen el poder de atar y desatar. Palabras del Evangelio sobre lo mismo. Que nadie debe ser atado sin una culpa razonable. Que si alguien ha sido constreñido, debe buscar la solución por el honor de Dios. Que los rebeldes que no quieren volver a Cristo, y endurecidos que no buscan ninguna misericordia, imitan a la antigua serpiente. Palabras del diablo. Que los hombres han sido llevados de la oscuridad de la infidelidad por la encarnación del Hijo de Dios.

Y después de esto vi cuando el Hijo de Dios colgaba en la cruz, que la imagen femenina mencionada, como un resplandor luminoso procedente de un antiguo consejo, fue llevada rápidamente hacia Él por el poder divino, y bañada por la sangre que fluía de su costado, elevándose hacia arriba; fue asociada a Él por la voluntad del Padre celestial en un feliz desposorio, y dotada noblemente con su carne y sangre. Y oí una voz del cielo que le decía: Esta, hijo, sea tu esposa para la restauración de mi pueblo; de la cual ella sea madre, regenerando almas por la salvación del espíritu y del agua. Y cuando esta imagen ya prosperaba de esta manera en sus fuerzas, vi como un altar al que ella frecuentemente se acercaba, revisando devotamente su dote, mostrándola humildemente al Padre celestial y a sus ángeles. Por lo cual, también cuando el sacerdote, vestido con vestiduras sagradas, se acercaba a ese altar para celebrar los divinos sacramentos, vi que de repente una gran serenidad de luz, con el servicio de los ángeles, venía del cielo, iluminando todo ese altar, y permanecía allí hasta que, completado el sacramento, el sacerdote se retiraba del altar. Pero también allí, al recitarse el evangelio de la paz, y colocada sobre el altar la ofrenda que debía ser consagrada, cuando el sacerdote cantaba la alabanza del Dios omnipotente que es: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, y así comenzaba los misterios de los sacramentos inefables, de repente un resplandor ígneo de claridad inestimable, con el cielo abierto, descendía sobre esa misma ofrenda, y la inundaba completamente con su claridad, como la luz solar ilumina aquello que atraviesa con sus rayos. Y mientras la irradiaba de esta manera, la elevaba invisiblemente hacia los secretos del cielo, y nuevamente la devolvía sobre el mismo altar, como cuando un hombre inhala su aliento hacia adentro y luego lo exhala hacia afuera, así se convertía en verdadera carne y verdadera sangre, aunque a la vista de los hombres aparecieran como pan y vino. Y mientras contemplaba esto, de inmediato también aparecieron como en un espejo los signos del nacimiento, pasión y sepultura, así como de la resurrección y ascensión de nuestro Salvador, el Unigénito de Dios, tal como fueron realizados cuando el Hijo de Dios estaba en el mundo. Pero cuando el sacerdote cantaba el cántico del Cordero inocente que es: Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, y se preparaba para recibir la santa comunión, el resplandor ígneo mencionado se retiraba hacia

los cielos, y así, con el cielo cerrado, oí una voz desde allí que decía: Comed y bebed el cuerpo y la sangre de mi Hijo para abolir la transgresión de Eva, para que seáis restaurados en la herencia recta. Y cuando también los demás hombres se acercaban al sacerdote para recibir el mismo sacramento, observaba cinco modos en ellos. Pues algunos eran luminosos en el cuerpo y ardientes en el alma; otros, sin embargo, parecían pálidos en el cuerpo y oscuros en el alma. Algunos, en verdad, estaban cubiertos de suciedad en el cuerpo y manchados en el alma con mucha inmundicia de la contaminación humana. Algunos, sin embargo, estaban rodeados de espinas muy agudas en el cuerpo y aparecían leprosos en el alma. Otros, en verdad, parecían sanguíneos en el cuerpo, y en el alma como un cadáver putrefacto y fétido. Pero de todos estos, mientras algunos recibían los mismos sacramentos, unos eran bañados como por un resplandor ígneo, otros, sin embargo, eran oscurecidos como por una nube oscura. Pero después de la finalización de los sacramentos, cuando el sacerdote se retiraba del altar, la serenidad mencionada que venía del cielo, iluminando todo ese altar, como se ha dicho, era retirada hacia los secretos celestiales. Y nuevamente oí una voz desde las alturas de los cielos que me decía: Cristo Jesús, el verdadero Hijo de Dios, colgando en el madero de su pasión; la Iglesia, en el secreto de los misterios celestiales, fue asociada a Él, dotada con su sangre purpúrea. Como ella misma demuestra; cuando frecuentemente acercándose al altar reclama su dote, y con cuánta devoción los hijos de ella se acercan a los divinos misterios para recibirlos, lo considera atentamente. Por lo tanto, ves cuando el mismo Hijo de Dios colgaba en la cruz, que la imagen femenina mencionada, como un resplandor luminoso procedente de un antiguo consejo, fue llevada rápidamente hacia Él por el poder divino; porque cuando el Cordero inocente fue elevado en el altar de la cruz para la salvación de los hombres, la Iglesia, en la pureza del candor de la fe y de las demás virtudes, apareciendo repentinamente en el cielo por el profundo misterio del secreto divino, fue unida al mismo Unigénito de Dios por la suprema majestad. ¿Qué es esto? Porque cuando de su costado herido salió sangre, inmediatamente surgió la salvación de las almas. Porque la gloria de la que el diablo con sus seguidores fue expulsado, fue dada al hombre, cuando mi Unigénito, sufriendo temporalmente la muerte en la cruz, despojó al infierno y condujo a las almas fieles a los cielos, de tal manera que en sus discípulos y en aquellos que los siguieron sinceramente, la fe comenzó a aumentar y fortalecerse; para que se convirtieran en herederos del reino celestial. Por lo cual, bañada la imagen con la sangre que fluía de su costado, fue asociada a Él por la voluntad del Padre celestial en un feliz desposorio; porque con la fortaleza de la pasión del Hijo de Dios inundando ardientemente y elevándose maravillosamente a la altura de los misterios celestiales, como el aroma de los buenos aromas se difunde hacia lo alto, la Iglesia, fortalecida en los herederos blancos del reino eterno, fue unida fielmente al mismo Unigénito de Dios por la ordenación del Padre celestial. ¿Cómo? Como la esposa a su esposo, sujeta en el servicio de la sumisión y obediencia, recibiendo de él el don de la fertilidad con el amor del pacto en la procreación de hijos, para llevarlos a su herencia; así también la Iglesia, hija de Dios, unida en el oficio de humildad y caridad, recibiendo de él la regeneración del espíritu y del agua con la salvación de las almas para la restauración de la vida, las transmite a las alturas. Por lo cual, también está noblemente dotada con su carne y sangre; porque el mismo Unigénito de Dios confirió su cuerpo y sangre en la gloria más excelente a sus fieles, que son la Iglesia y los hijos de la Iglesia, para que posean la vida en la ciudad celestial a través de Él. ¿Cómo?

Porque Él dio su carne y sangre para la santificación de los creyentes, así como el Padre celestial lo entregó a la pasión para la redención de los pueblos, venciendo al antiguo serpiente en humildad y justicia a través de Él, sin querer superarlo con su poder y fortaleza, porque Dios es justo y no quiere la iniquidad, como dice el salmista: Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de impíos, ni estuvo en camino de pecadores, ni se sentó en silla de

pestilencia (Salmo I). ¿Qué es esto? Porque Dios es el autor de todas las bienaventuranzas y felicidades de sus criaturas; mostrando en sus mismas criaturas muchos y diversos signos. Así como también la encarnación de su hijo destilaba un sabor suavísimo en mucha dulzura, cuando las virtudes celestiales edificaban muchas edificaciones en Él, por las cuales el hombre regresaría al reino supremo, que ninguna sombra de muerte oscureció. Y así también el mismo Padre celestial manifestó ser las fuerzas más poderosas de todas las virtudes. Porque a través de su Unigénito mató virilmente a la muerte, y rompió el infierno; y en el último día convirtió el orbe de la tierra en una novedad otra y mejor. Por lo cual, también por la difusión de su corazón no anduvo en los caminos vacilantes de los espíritus malignos, que dejaron la verdad y tomaron la mentira. ¿Cómo? Porque quisieron dividir la verdad con la mentira. ¿Cómo? Querían oprimir al Anciano de Días que era antes del tiempo de los días y las horas; y ansiaban hacer consorte a él al antiguo serpiente que no fue antes del tiempo de los tiempos. Pero esto no pudo ni debió ser, porque hay un solo Dios. Por lo cual, también el diablo es mentiroso. Pues se apartó de Dios, abandonando la vida y encontrando la muerte. Y así también Dios no permaneció en el camino en el que los pecadores fijan su paso, porque rechazando el camino de Adán no amó su pecado; sino que lo expulsó del paraíso, seducido por el diablo. Ni tampoco reinó en el poder de su iniquidad, como toda la raza humana está implicada en la muerte, sentada en la sombra de la muerte, cuando la raza humana abandona la verdad con soberbia. ¿Qué es esto? Pues Dios no resistió con su poder ni a la presunción diabólica ni a la negligencia humana, de tal manera que las derribara con su fortaleza. ¿Cómo? Como si hubiera dos luchadores y uno superara al otro con fuerzas más poderosas; ciertamente, el más fuerte mostraría mayores luchas en su posibilidad al más débil, para someterlo confundido, y no querría cederle en nada. Pero Dios no hizo así, porque resistió a la obra de iniquidad con la suma bondad, enviando a su Hijo al mundo; quien en su cuerpo, con la máxima humildad, llevó de regreso a los cielos a su oveja perdida. ¿Cómo? Porque la sangre que salió de su cuerpo, tan pronto como emanó de las heridas abiertas, apareciendo en los secretos celestiales, pidió que se enviara la salvación de las almas. ¿Cómo? Porque toda criatura en el Hijo de Dios mostró que por su pasión y muerte la perdición del hombre fue restaurada a la vida. ¿Cómo? Porque el Unigénito de Dios, siendo vida, se ofreció a sí mismo en la pasión en el altar de la cruz para la redención del género humano. Donde también, como percibiste con verdadera audición la voz resonante de los secretos celestiales, eligió a la Iglesia como su esposa para que fuera madre en la restitución de la salvación de los pueblos creyentes. A saber, para que sin mancha, con regeneración espiritual, los transmitiera a los cielos.

Pero con la imagen mencionada ya prosperando de esta manera en sus fuerzas, ves como un altar al que ella frecuentemente se acerca y allí, revisando devotamente su dote, la muestra humildemente al Padre celestial y a sus ángeles; porque la Iglesia, como se ha dicho, al tomar aumento en las bienaventuradas y fortísimas virtudes, se manifiesta de inmediato como una demostración clara para ti. Inspirada por el Espíritu Santo, la santificación de los altares místicos surgió en la profundidad de los suspiros de los fieles. Donde la misma Iglesia, poniendo continuamente las huellas de sus ejemplos, considerando con profunda devoción su dote, a saber, el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios, la ofrece al Creador de todo en la presencia de las luces vivientes y ardientes, a saber, los ciudadanos celestiales, en la sumisión de la obediencia más humilde. ¿Qué es esto? Porque así como la carne de mi Unigénito nació en el útero incontaminado de la Virgen María, y luego fue entregada para la salvación de los hombres: así también ahora su carne, frecuentemente aumentada en la integridad incorrupta de la Iglesia, se da para la santificación de los fieles. Porque, como el artesano funde su oro en el fuego, a veces uniendo y a veces dividiendo lo unido, así también yo, el Padre, glorifico

la carne y la sangre de mi Hijo en la ofrenda por la santificación del Espíritu Santo, y ahora glorificada la distribuyo a los hombres fieles para su salvación.

Por lo cual, también cuando el sacerdote, vestido con vestiduras sagradas, se acerca al altar para celebrar los divinos sacramentos, ves que de repente una gran serenidad de luz, con el servicio de los ángeles, viene del cielo, iluminando todo ese altar; porque cuando el procurador de las almas, ceñido con la sagrada vestidura, se acerca a la mesa vivificante del Cordero inocente, de repente una gran claridad de la herencia suprema, que expulsa la densidad de las tinieblas, resplandeciendo con la infusión de los espíritus celestiales desde el secreto de los cielos, irradia por todas partes esa composición de santificación. Porque allí se ejerce la refacción de las almas para la salvación de los creyentes. ¿Cómo? Porque cuando la Iglesia, por la voz del sacerdote, reclama su dote, que es el cuerpo y la efusión de la sangre de mi Hijo, para que ella sea apta en el parto bienaventurado para la salvación de las almas, porque también en la efusión de esta preciosa sangre tomó aumento en una gran multitud de pueblos; entonces yo, que soy la luz indeficiente, irradio el lugar de esa santificación en honor del cuerpo y la sangre de ese mismo Unigénito mío, en mi santidad. Pues cuando el sacerdote comienza a invocarme sobre la santificación del altar para que vea que mi Hijo me ofreció pan y vino en la cena de su muerte cuando estaba a punto de pasar del mundo, entonces veo que el mismo Hijo mío me mostró esto en la hora de su pasión, cuando estaba a punto de morir en el madero de la cruz, designándolo para que siempre tuviera su misma pasión ante mi vista, y no la borrara de mi visión más aguda cada vez que la feliz ofrenda del sacrificio sacrosanto me fuera ofrecida por el oficio sacerdotal. Porque Él mismo, en la efusión de su sangre, me ofreció pan y cáliz, derribando la muerte y levantando al hombre.

Pero también porque la dignidad de entrar y salir de la clausura de la virginidad no fue de la naturaleza humana, sino del poder divino: por eso también puede ser que la carne de mi Unigénito se repita en la santificación del pan de trigo, y su sangre del vino de la uva con agua, como mostré a través de mi fiel siervo el profeta Joel, diciendo: Y se llenarán las eras de trigo y rebosarán los lagares de vino y aceite. Y os devolveré los años que comió la langosta y el saltón, y el oruga y el pulgón. Mi gran fortaleza que envié en vosotros. Y comeréis comiendo y os saciaréis: y alabaréis el nombre de vuestro Dios que hizo maravillas con vosotros, y mi pueblo no será confundido para siempre (Joel II). ¿Qué es esto? Por la disposición maravillosa de Dios se llenarán de todo bien las eras de la fe de la Iglesia creyente. Porque entrego el fruto del trigo en la carne de mi Hijo, de tal manera que también en la verdadera salvación en la que mis fieles serán llamados de regreso a la patria: abundarán esas contriciones en las que ellos trituran las concupiscencias de su carne por mi nombre. Donde también les conduzco el licor de la uva en la sangre de ese mismo Unigénito mío; dándoles también el aceite de la misericordia. ¿Cómo? Porque de otro modo, a saber, en vuestra salvación, os devolveré los circuitos de esas vanidades; que por la infidelidad de la ignorancia comió la langosta del olvido, a saber, donde primero surgieron las iniquidades en los hijos de Adán. De tal manera que ellos tenían la fructuosidad de mi justicia en el olvido; como el hombre olvida el alimento de su necesidad después de haberlo transferido a su estómago, desgarrando mi justicia en su impiedad, como también la langosta corroe los frutos. ¿Cómo? Porque donde la langosta de la negligencia por la desidia de la mente quita la utilidad de los buenos frutos, allí también el saltón de la fealdad se envuelve en la hez de la inmundicia. Porque tales hombres, envolviéndose en la suciedad de la infidelidad de los ídolos, y de otros cismas similares, y en las consultas diabólicas y en las artes mágicas, y en la inspección de las criaturas del Creador, en los casos fortuitos de las cosas humanas y en la vilísima fealdad de los homicidios y fornicaciones; así se alimentan en estas cosas, como el saltón se nutre en el lodo. ¿Cómo? Porque donde el saltón de la torpeza ama el hedor de las

inmundicias, allí también el oruga de la amargura consume los metales del esplendor fiel, porque esos hombres, siendo contrarios a la justicia de Dios, así trabajan para oscurecerla, como también el oruga suele quitar el brillo de los metales. ¿Cómo? Porque donde el oruga de la mordacidad infecta el resplandor de las buenas obras, allí también el pulgón de la acción nociva depravó las hierbas verdes de mucha utilidad. Porque tales hombres, arrojando de sí las virtudes clarísimas, como son la simplicidad, la castidad y la fuerte constancia, que el Espíritu Santo irradia en toda la verdor de la bienaventuranza; así intentan destruirlas, como también el pulgón disminuye la utilidad de las hierbas. Y en todas estas cosas se declara mi máxima fortaleza que, con la magnitud de su virtud, superó las adversidades diabólicas, cuando la envié en vosotros para vuestra salvación. ¿Cómo? Yo, el Padre, envié a mi Hijo al mundo, nacido corporalmente de la Virgen, para que a través de Él os redimiera de la perdición de la muerte. De tal manera que yo habitara en vosotros, y vosotros en mí, cuando también mi Hijo, yendo a la pasión, os entregó su carne para comer y su sangre para beber. Por lo cual, comeréis devotamente este sacramento para vuestra salvación, alimentándoos felizmente con él: y por eso, por el aceite de mi misericordia, seréis saciados de la hambre de la perdición del alma. Porque también mi Hijo trajo la medicina de vuestras heridas en la penitencia, y porque también la esposa de mi Hijo está adornada con toda justicia y verdad: por eso alabaréis fielmente mi nombre (que en la verdadera Trinidad, siendo un solo Dios, os gobierno mostrando en vosotros mis maravillas, arrancándoos inmóvilmente de la potestad diabólica). Y por eso, por la confusión de la muerte, mi pueblo no será confundido en la eternidad futura, al que quise sacar tan maravillosamente de las fauces del infierno. Y ves que la serenidad mencionada permanece en el altar hasta que, completado el sacramento, el sacerdote se retira del altar; porque esa serenidad, a saber, de la visión eterna, se muestra tan claramente en esas maravillas hasta que, completados los misterios de ese sacrosanto oficio, aquel que es el dispensador de esos sacramentos, retirándose de esa santificación, completa los misterios secretos. ¿Qué es esto? Porque es digno que la majestad divina manifieste plenamente su virtud en esos sacramentos felicísimos, y que también, mientras el hombre permanece en las cosas que pertenecen a Dios, la ayuda de Dios no lo abandona.

Pero también allí, al recitarse el Evangelio de la paz y colocarse la ofrenda que ha de consagrarse sobre el altar, cuando el sacerdote canta la alabanza al Dios omnipotente que es: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos, y así comienza los misterios de los sacramentos inefables, de repente una fulguración ígnea de claridad inestimable, con el cielo abierto, desciende sobre esa misma ofrenda; porque, con la virtud del aliento viviente en el beso del rey pronunciado, y con el fruto de la claridad de la vida que ha de ser blanqueado en la santificación para la edificación del muro de Dios, impuesto, cuando el mismo mensajero de la verdad emite el dulcísimo sonido en alabanza al Creador de todo con la triple invocación de la unción de ese mismo dominador de los ejércitos, y así comienza la aurora oculta del resplandor, es decir, del Hijo de Dios encarnado de la Virgen, de repente la serenidad impenetrable de la altura incomprensible, con el tabernáculo clarísimo abierto, se inclina sobre los misterios del sacramento sacrosanto, y lo inunda todo con su claridad de tal manera que la luz solar ilumina esa cosa, que atraviesa con sus rayos; porque el mismo círculo resplandeciente de esa misma ofrenda el calor santísimo en la virtud del Padre lo inunda de tal manera, que el resplandor radiante penetra esa cosa sobre la cual se extiende al difundirse. ¿Qué es esto? La esposa de mi Hijo ofrece la ofrenda de pan y vino sobre mi altar con la más devota intención. ¿Cómo? A saber, por la mano del sacerdote recordándome fielmente, para que en esa misma ofrenda le entregue la carne y la sangre de mi Hijo. ¿Cómo? Porque las pasiones de ese mismo Unigénito mío siempre aparecen en los secretos celestiales: por eso también esa ofrenda se une a mi Hijo en mi ardiente calor con la más

profunda admiración, de tal manera que se convierte en carne y sangre tuyas con la más verdadera certeza, de donde la Iglesia se fortalece con la más feliz vegetación. Pues cuando la claridad mencionada ilumina esa ofrenda de la manera dicha, la eleva invisiblemente hacia los secretos del cielo; porque esa misma fulguración ígnea, al inundar el mismo sacramento con su iluminación, lo eleva hacia esos ocultos que el ojo mortal no puede ver, lo atrae con invisible virtud. Y de nuevo lo devuelve hacia abajo sobre el mismo altar, porque lo deposita suavemente sobre la mesa de la santificación con la consideración de la condescendencia; como cuando el hombre inhala su aliento hacia adentro y de nuevo lo exhala hacia afuera; mientras él mismo envía hacia adentro el aliento de la vegetación viviente por la maravillosa disposición de Dios y de nuevo, para poder vivir, lo conduce fuera de sí. Así esa ofrenda convertida en verdadera carne y verdadera sangre, aunque en la vista de los hombres aparezca como pan y vino: porque así como Dios es veraz sin ilusión, también esa altura del sacramento es una altura firme que nadie puede derribar, verdadera carne y sangre existiendo sin engaño. Porque así como el alma verdaderamente vive en la carne y la sangre mientras el hombre vive en el cuerpo, así también es este misterio en el pan y el vino donde se cultiva con verdadera celebración. Así también apareciendo a los hombres: porque así como el ojo ciego del hombre no puede ver a Dios perfectamente, así también el hombre no puede contemplar corporalmente estos misterios. Porque, así como el hombre ve el cuerpo del hombre y no su espíritu, así también el hombre puede percibir la apariencia del pan y del vino y no estos sacramentos. ¿Qué es esto? La claridad que apareció sobre el cuerpo del Hijo de Dios sepultado en el sepulcro resucitándolo del sueño de la muerte, también resplandece en el altar sobre el sacramento del cuerpo y la sangre de ese mismo Unigénito mío, cubriéndolo de tal manera en la vista de los hombres, que no pueden ver su santidad sino en la apariencia de pan y vino según la ofrenda colocada sobre el altar. Así también la divinidad que estaba en la humanidad del Hijo de Dios fue tan oculta a los hombres: que no pudieron verlo sino como hombre, conversando con ellos como hombre, pero sin pecado. ¿Qué es esto? Yo, que he creado todo: cuando la ofrenda mencionada me es ofrecida por la mano sacerdotal de la Iglesia, la recibo benignamente. Porque así como la Divinidad mostró sus maravillas en el vientre de la Virgen, también en esta ofrenda demuestra sus secretos. ¿Cómo? Porque se manifiesta la carne y la sangre del Hijo de Dios. ¿Cómo? Porque cuando esa ofrenda es atraída hacia arriba invisiblemente como en un punto por la virtud de Dios y de nuevo es devuelta, es tan calentada en el calor de la majestad divina, que se convierte en carne y sangre del Unigénito de Dios.

El mismo misterio para los hombres que no lo perciben con sentido carnal es como si alguien envolviera un ungüento preciosísimo en un simple pan, y pusiera un zafiro en el vino, y yo lo convirtiera en un sabor tan dulce que en tu boca, oh hombre, no pudieras discernir ni ese pan con el ungüento ni ese vino con el zafiro, sino que solo sentirías un sabor suave; porque también mi Hijo es suave y apacible. ¿Qué es esto? En este ungüento se entiende a mi Hijo nacido de la Virgen que fue ungido con el ungüento más precioso. ¿Cómo? Porque fue revestido de santa humanidad, que es un ungüento tan precioso, que con su suavidad inunda las heridas mortales de los hombres de tal manera que ya no se pudren ni hieden en la perdición de Adán, cuando se convierten a él. En este zafiro se nota la divinidad que está en ese mismo Hijo mío, que siendo la piedra angular es manso y humilde, porque no echó raíces en la raíz de la carne humana que es de hombre y mujer, sino que en mi calor fue encarnado maravillosamente de la Virgen suavísima. Por lo tanto, también su carne y sangre deben ser creídas dulces y suaves para ser tomadas.

Pero tú, oh hombre, no puedes recibir este don espiritual visiblemente como si comieras carne visible, y como si bebieras sangre visible, porque eres putrefacción de limo; pero, así como tu

espíritu viviente es invisible en ti: así también este sacramento viviente en esa ofrenda existiendo invisiblemente, debe ser recibido por ti invisiblemente. Porque así como el cuerpo de mi Hijo surgió en el vientre de la Virgen, así también ahora la carne de ese mismo Unigénito mío asciende en la santificación del altar. ¿Qué es esto? Pues el espíritu del hombre que existe invisiblemente recibe invisiblemente este sacramento que en esta ofrenda es invisible, recibiendo visiblemente el cuerpo del hombre que es visible esa ofrenda que en el sacramento existe visiblemente, siendo sin embargo un solo sacramento, así como Dios y hombre es un solo Cristo, y como el alma racional y la carne mortal en el hombre es un solo hombre; porque el hombre que me contempla con fe recta, cuando recibe este sacramento, lo recibe fielmente para su santificación. ¿Qué es esto? Mi Hijo nació maravillosamente de la Virgen más íntegra, cuya carne nunca se encendió en la delectación de la libido permaneciendo siempre intacta; porque el vaso de esa Virgen fue purísimo: en el cual quise que se encarnara mi Unigénito. Por lo tanto, no permití que el vaso de esa suavísima Virgen se derritiera en el calor del ardor: porque en él mi Hijo asumió maravillosamente el cuerpo humano.

Pero lo que esa beatísima Virgen escuchó en el mismo secreto una verdadera alocución por el sermón angélico y de ahí se hizo creyente manteniendo en alto los suspiros de su mente, cuando dijo: He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra (Luc. I), enseguida concibiendo al Unigénito de Dios con la venida del Espíritu Santo, designa que el Dios omnipotente debe ser invocado por las palabras del sacerdote en el oficio sacerdotal. Así que el sacerdote creyendo fielmente en Dios y ofreciendo con devoción de su corazón una ofrenda pura, dará palabras de salvación en el servicio de la humildad, donde también la majestad suprema recibiendo esa misma ofrenda, la transfiere en carne y sangre del piadoso Redentor con maravillosa virtud. ¿Cómo? Porque mi Hijo asumió maravillosamente primero la humanidad en la Virgen, así también ahora esta ofrenda se convierte maravillosamente en su carne y sangre en el altar. Por lo tanto, este sacramento es todo e íntegro, existiendo invisible y visible: así también mi Unigénito es todo íntegro según la divinidad invisible, y según la humanidad visible permaneciendo en el mundo. Pues así como el polluelo de las aves sale del huevo, y como el gusano volador surge de un pequeño grano, cuando el animal vuela, permanece aquello de lo que surgió: así también en esta ofrenda debe mantenerse la verdad de la carne y la sangre de mi Hijo por la fe, aunque esa misma ofrenda en la vista de los hombres aparezca como pan y como vino. Por lo tanto, también como ves los signos del nacimiento, pasión y sepultura, así como de la resurrección y ascensión del Salvador Unigénito de Dios, como en un espejo allí aparecen, de la manera en que también cuando el Hijo de Dios estaba en el mundo, en él fueron realizados; porque (como consideras con verdadera manifestación) los misterios del que nace de la Virgen y padece en la cruz, y es sepultado en el sepulcro, así como resucita de los muertos, y asciende a los cielos, a saber, de aquel que vino a la tierra por la salvación de los hombres, resplandecen con purísima claridad en esos mismos sacramentos como también cuando ese mismo Unigénito de Dios temporalmente en el mundo con ellos conversaba por la voluntad del Padre para la redención del género humano los padeció en su cuerpo. ¿Qué es esto? Porque ante mis ojos aparece lo que mi Hijo padeció en el mundo por amor al hombre; porque el nacimiento, pasión y sepultura, resurrección y ascensión de mi Unigénito, mataron la muerte del género humano. Por lo tanto, también ellos resplandecen en los cielos ante mí, porque no los he olvidado, sino que hasta la consumación del siglo aparecerán ante mí como la aurora en mucha claridad. ¿Qué es esto? Porque en esa pasión hasta el fin del mundo preveo a todos aquellos que la creerán y a los que la rechazarán; porque ella siempre resplandecerá ante mí, mientras el hombre deba decir lo que mi Hijo enseñó a sus discípulos para que oraran a Dios, como está escrito: Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat.

VI). ¿Qué es esto? Tú, que tienes todo en tu poder, contempla la efusión de esa sangre que fue derramada por el género humano, y perdónanos que somos hijos de la transgresión nuestras deudas que debimos pagarte, pero por la encarnación de nuestro corazón no lo hicimos. ¿Qué es esto? Porque lo que prometimos en el bautismo no lo cumplimos; porque hemos transgredido tus preceptos y hemos rechazado la inocencia, así como Adán en el paraíso no te obedeció y corrompió la vestidura de la inocencia. Pero tú que eres piadoso no nos castigues según nuestra maldad, sino perdónanos nuestra transgresión según tu piedad; así como nosotros que somos transgresores, aunque tengamos mucha malicia en nosotros, sin embargo por temor y amor a nuestro Salvador perdonamos de nuestro corazón a nuestros deudores la injuria que nos hicieron. ¿Cómo? Porque a aquellos que deberían amarnos porque somos hombres, perturbándonos en muchas cosas y por esto no amándote a ti sino descuidando tus preceptos, no los perseguimos según la malicia que ejercieron contra nosotros, sino mirando tu justo juicio no nos vengamos en ellos cuanto podemos; así también tú, oh Dios, sé propicio a nosotros: porque eres justo y bueno. Tú, por lo tanto, escucha, oh hombre, porque mientras deba socorrerte, y mientras puedas socorrer a otros hombres, tanto tiempo la pasión de mi Hijo aparecerá ante mí en misericordia, y tanto tiempo también su carne y sangre serán consagradas en el altar para ser recibidas, por los hombres creyentes para su salvación y para la purificación de sus crímenes. Pues cuando mi Unigénito estaba corporalmente en el mundo, su cuerpo fue sustentado en el alimento de su carne y sangre de trigo y vino; por lo tanto, también ahora en el altar su carne y sangre son consagradas en la ofrenda de trigo y vino, para que de allí los hombres fieles sean alimentados en alma y cuerpo. Porque ese mismo Hijo mío redimió maravillosamente al hombre de la perdición de Adán, y ahora también libera misericordiosamente a los hombres del mal cotidiano en el que frecuentemente caen. En la consagración de la ofrenda mencionada aparece todo lo que mi Hijo sufrió corporalmente en su carne por la redención del hombre, y no quiero ocultarlo; porque atraigo a sus elegidos hacia los cielos, para que por ellos su cuerpo sea perfeccionado en los miembros mencionados.

Por lo tanto, yo también muestro maravillosamente todos estos sacramentos en esa ofrenda, porque cuando aparecen sobre el altar, entonces también esa ofrenda se convierte en carne y sangre de mi Hijo, sin embargo apareciendo en la vista de los hombres como pan y vino; porque tan frágil es la fragilidad del hombre, que aborrecería recibir carne cruda y sangre cruda. Pues el hombre mortal no puede contemplar la Divinidad mientras es mortal. Por lo tanto, también este misterio que es todo de la Divinidad, está oscurecido para el hombre mismo: de tal manera que lo recibirá invisiblemente, porque ese mismo Unigénito mío ahora existiendo inmortal ya no muere. Por lo tanto, yo, oh hombre, te entrego su carne y sangre en la ofrenda de pan y vino; para que por lo que es visible percibas en verdadera fe lo que es invisible. Y recibes el mismo sacramento en verdadera certeza por el poder divino: sin embargo, no te aparece visible, como también en gran necesidad fue mostrado a mis elegidos cuando por esto estaban en gran aflicción. Pero hago todas estas cosas por amor y por la utilidad del hombre. Pero toda criatura está sujeta a mis preceptos; tú, sin embargo, oh hombre, siempre me eres rebelde; por lo tanto, eres ciego y sordo, pero no puedes rebelarte contra mí. ¿No hago lo que me place sin que tú lo veas? Pero tú no ves con tus ojos ni oyes con tus oídos en la carne, cómo introduzco el alma del hombre en su cuerpo, y cómo la saco de su cuerpo; pero tu alma me entenderá, cuando haya dejado su cuerpo mortal. Así también te entrego la carne de mi Hijo para que la comas y su sangre para que la bebas, y esto lo hago en mi poder, sin que tú, oh hombre, lo veas.

Por tanto, como ves, mientras el mismo sacerdote canta el himno del Cordero inocente, que es "Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo", y se prepara para recibir la sagrada comunión, la mencionada resplandeciente llama se eleva hacia los cielos; porque cuando el mismo ministro proclama la alabanza de aquel que, con la inocencia de su mansedumbre, llevó los pecados de los hombres, y abre el interior de su corazón con devoción exterior hacia los mismos sacramentos, esa invencible claridad que allí muestra su poder se retira hacia los secretos celestiales y así, con el cielo cerrado, es decir, con los mismos misterios celestiales retirándose, escuchas una voz desde lo alto que dice que los hombres creyentes y fieles deben comer y beber con verdadera devoción la carne y la sangre de su Salvador, quien por ellos sufrió y soportó la muerte temporal, para lavar aquella contaminación que los primeros padres introdujeron en el mundo al transgredir el mandamiento de Dios; para que ellos, purificados de esta transgresión, sean restaurados a la herencia recta que perdieron por la desobediencia mediante la fe. Porque así como el Unigénito de Dios en la cena entregó su cuerpo y su sangre a sus discípulos, así también ahora en el altar da su carne y su sangre a sus fieles. Así como un hombre, cuando ha completado la obra de su voluntad, la entrega para el uso de los hombres. Porque el mismo Hijo de Dios, cumpliendo los mandamientos de su Padre, se ofreció a sí mismo por la salvación de los hombres, y dio su cuerpo y su sangre para su santificación, para comer y beber, como también en el Cantar de los Cantares el esposo habla a sus amigos diciendo: "Comed, amigos míos, bebed y embriagaos, carísimos" (Cant. V). ¿Qué significa esto? Comed con fe vosotros que por el santo bautismo habéis venido a mi amistad, porque la sangre derramada de mi Hijo ha borrado para vosotros la caída de Adán, rumiando la verdadera medicina en el cuerpo de mi Unigénito, para que vuestros pecados repetidos, cuando frecuentemente cometéis injusticia en vuestras obras, os sean misericordiosamente borrados. Por lo tanto, también bebed con esperanza de esta vida que os ha sacado de la pena eterna; tomando el cáliz de la salvación, es decir, para que creáis con fortaleza y valentía en esa gracia por la cual habéis sido redimidos. Porque también seréis rociados con esa sangre que fue derramada por vosotros. Y así embriagaos en la caridad, vosotros que sois carísimos para mí, abundando en los riachuelos de las Escrituras, para que con el mayor esfuerzo os apartéis de los deseos carnales; para que yo también despierte en vosotros virtudes muy amables para mí, entregándoos también el cuerpo y la sangre de mi Unigénito, como él mismo dio el mismo sacramento a sus discípulos, como está escrito en el Evangelio: "Mientras cenaban, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, dio gracias y lo dio a sus discípulos, diciendo: Bebed de él todos; esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para el perdón de los pecados. Os digo, sin embargo, que no beberé más de este fruto de la vida hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre" (Mat. XXVI). ¿Qué significa esto? Cuando el Hijo de Dios celebraba con sus discípulos aquella consumación, por la cual él mismo iba a pasar del mundo, es decir, cuando ya no debía permanecer más tiempo en las causas terrenales como lo había hecho antes, sino que, perseverando en la voluntad del Padre hacia la pasión de la cruz, con la máxima devoción tomó el pan para la salvación de los hombres en memoria de su cuerpo, moviendo con todo deseo a su Padre para que, así como salió de él, quisiera regresar a él, también él mismo mirara si era posible que pasara de la fragilidad de su carne aquel cáliz que iba a beber, aunque esto no debía suceder. Por lo tanto, bendijo aquel pan en memoria del sudor de su cuerpo, sometiénolo al mandamiento del Padre, queriendo morir en la cruz en la angustia de esa misma pasión, entregó su cuerpo y su sangre a sus discípulos. Así también, para que ellos no olvidaran que les había dado este ejemplo. Y lo partió para ellos, porque aunque esa pasión era dura para su cuerpo, sin embargo, obedeciendo a su Padre, venció la muerte más cruel en la muerte de su cuerpo, indicando también que su carne y su sangre serían entregadas en el sacramento de la oblación a los que creyeran en él. Y lo dio para la

verdadera salvación a esos mismos discípulos: para que ellos también hicieran esto en su nombre, como él lo hacía por amor a ellos, diciendo con voz muy suave: Vosotros, que humildemente queréis seguirme, con ardiente amor tomad este ejemplo que os dejo, es decir, mi pasión y mis obras, que he cumplido en el mandamiento de mi Padre; porque él me envió a enseñar y mostrar su reino. Y comed fielmente esto que os doy; porque es mi cuerpo. ¿Qué significa esto? Comed mi cuerpo; porque en espíritu y en carne debéis imitar mis obras, cuando el Espíritu Santo las inspira en vuestro corazón, como un hombre traga el alimento que introduce en su cuerpo, porque así como debéis seguirme en mis obras, también comeréis mi cuerpo vosotros y todos los que quieran guardar mis mandamientos. Y luego el Hijo de Dios, tomando en salvación el cáliz de la salvación, dio gracias a su Padre; porque, cuando de su costado fue derramada la sangre, esta gracia fue dada a los creyentes: que fue tan fuerte que venció a la antigua serpiente, liberó al hombre perdido y fortaleció fielmente a toda la Iglesia. ¿Cómo? Porque el mismo Salvador entregó su ejemplo más precioso en la dulzura de su amor a sus fieles, diciéndoles con suave inspiración de amonestación: Bebed con confianza de este cáliz salvador todos vosotros, que deseáis seguirme fielmente, de modo que castigéis vuestro cuerpo en la angustia, y contengáis vuestro sudor en la sangre por amor a mí para fortalecer a la Iglesia, negándoos a vosotros mismos, como yo me sometí a la pasión, y derramé mi sangre por vuestra redención, sin considerar la ternura de mi carne en esto, sino haciendo vuestra salvación. Porque esta sangre, que fue derramada por vosotros, no es la sangre que en el Antiguo Testamento se derramaba bajo la sombra, sino mi sangre del Nuevo Testamento que fue dada para la salvación de los pueblos. ¿Cómo? Yo, que soy el único Hijo de mi madre, es decir, de la Virgen más íntegra, derramé mi sangre en la cruz por la redención de los hombres que me miran con fe. Y así como entonces la di para la liberación del género humano, así también ahora la entrego en el altar por los hombres, es decir, para la purificación de aquellos que la reciben fielmente. En la cena de mi pasión, di mi cuerpo y mi sangre para que comierais y bebierais: para que también vosotros ahora en el altar hagáis lo mismo en mi memoria. Por lo tanto, también en la apertura de la verdad os digo a vosotros que me habéis seguido fielmente: No beberé más de este cáliz de angustia en esa pesadez que ahora sufro de los judíos, hasta aquel día en que, resucitando de la muerte, habiendo vencido a la muerte, traiga el día de la salvación, donde beberé con vosotros, que sois míos, ese mismo cáliz de vuestra redención, mostrándoos la novedad de la exaltación; porque la perdición del antiguo crimen será rechazada, abriéndooos aquel reino que mi Padre ha preparado para los que lo aman. ¿Qué significa esto? Porque con mi muerte que sufrí en la cruz sentiréis la salvación de las almas, cuando también después de mi resurrección, en mi ascensión, recibiendo el Espíritu Paráclito, recibiréis la novedad de la nueva doctrina: así también por mi nombre soportaréis muchas tribulaciones, que yo también soportaré con vosotros; no porque a partir de ahora sufra corporalmente alguna miseria como antes, cuando estaba corporalmente en el mundo, sufrí; sino porque vosotros las soportáis en mi nombre, donde yo también las soporto con vosotros; porque vosotros estáis en mí y yo en vosotros.

Y así, como se ha dicho, recibiréis el cuerpo y la sangre de mi Hijo vosotros que habéis creído fielmente en mí, para la abolición de vuestros pecados, para que, alegrados por este sacramento, obtengáis la virtud de la consolación celestial, como también mi siervo David clama en el ardor de mi voluntad diciendo: "De los frutos de tus obras se saciará la tierra, produciendo hierba para los animales, y hierba para el servicio de los hombres; para que saques pan de la tierra y el vino alegre el corazón del hombre. Para alegrar el rostro con aceite: y el pan fortalezca el corazón del hombre" (Sal. CIII). ¿Qué significa esto? Oh Dios, cuya magnificencia está sobre todos, de esa fe en la que tú eres conocido en verdad (de modo que ella es el fruto de las virtudes en tu sabiduría) se saciará el hombre, es decir, quien adhiriéndose a la fe rechaza el hambre de la infidelidad en el camino de la justicia, cuando

antes, ignorando la verdad, había desfallecido hambriento de rectitud. Pero ahora, en la saciedad de las buenas obras, produciendo la contrición de su alma, ofrece fielmente un ejemplo de humildad a aquellos que son simples, considerando su fragilidad, donde también, surgiendo con el brote de las virtudes, en la abundancia de esa misma seguridad, exhibe la verdor de la verdadera rectitud al servicio de aquellos que anhelan lo terrenal; porque se esfuerza en esos actos para la utilidad de ellos, que con el servicio de su protección y defensa conducen las almas fieles a las alegrías celestiales. Para que también aquellos que con la milicia de su fortaleza y protección defienden valientemente a aquellos que deben proteger. Y esto precede en los hombres por tu voluntad, oh Dios, para que, adornados con esas virtudes, maravillosamente les saques el cuerpo de tu Hijo de aquel fruto que la tierra produce en la pureza de su verdor, como también tu Unigénito, viniendo corporalmente del vientre de la virginidad, misericordiosamente dio el pan de vida a los creyentes en sí mismo. Pero también harás este milagro, para que también la sangre de tu mismo Unigénito, que se derrama para la salvación de las almas, alegre la fuerza interior de los hombres, es decir, sus almas en la remisión de sus pecados. ¿Cómo? Porque así como antes el cuerpo de tu Hijo fue ofrecido en la cruz para la redención del género humano: así también ahora su carne y su sangre se consagran en el altar para la salvación de los creyentes. Por lo tanto, cuando esto se haya hecho maravillosamente en tu voluntad, entonces también será que ese sacramento alegrará el rostro, es decir, la Iglesia, ungida con el aceite de la misericordia, porque con el gozo de la fe, abrazando la misericordia, aparecen hermosos a los ojos del Señor; porque cuando la salvación del mundo, colgando en la cruz, liberó misericordiosamente al hombre del lazo del diablo, entonces también liberó benignamente a los hombres del vínculo de los pecados, para que ellos, en la alegría de su corazón simple, creyendo fielmente en Dios, no dejen de socorrer con ardor de devoción a los que sufren miseria. Y en este amor deben arder los fieles, para que ese pan que ofrece vida a quienes lo prueban, confirme sus sentidos que siempre vacilan en la inestabilidad, para que la intención de su corazón no se desvíe hacia el mal, sino que ascienda con fuerza hacia lo que es vida.

Pero este pan es la carne de mi Hijo, que ninguna oscuridad en los pecados oscurece, ni ninguna mancha en las iniquidades nubla: de modo que quienes la reciban dignamente, sean iluminados en alma y cuerpo con la luz celestial, y sean fielmente purificados de las manchas de su suciedad interior. Y por eso no debe haber duda alguna en esta carne sacratísima; porque quien formó al primer hombre ni de carne ni de hueso, a él le es posible obrar este sacramento de esta manera. Por lo tanto, oh nacimiento virginal, tú te levantas, creces, te expandes, y produces una gran rama en muchos brotes, por la cual se edificará la Jerusalén celestial, no viniendo de semilla viril, sino del soplo místico. Porque en tu nacimiento no estás atado por ninguna mancha de crímenes, sino que floreciste en la maravilla de las virtudes, tú que de un campo no arado surgiste como una flor que nunca se marchitará por ningún caso de mortalidad, sino que en la plenitud de su verdor siempre perdurará. Por lo tanto, este sacramento de tu cuerpo y sangre debe ser celebrado en el oficio de la verdad en la Iglesia hasta que venga el último hombre al final del mundo, quien por este mismo misterio será verdaderamente salvado, porque viniendo del secreto de Dios lleva la salvación a los creyentes, como también lo testifica David diciendo: "Y mandó a las nubes desde arriba, y abrió las puertas del cielo. Y llovió sobre ellos maná para comer, y les dio pan del cielo. El hombre comió el pan de los ángeles, les envió alimentos en abundancia" (Sal. LXXVII). ¿Qué significa esto? El Padre celestial, por el poder de su gloria, ablandó las mentes de los hombres desde la altura celestial, cuando a los patriarcas y profetas en el secreto de sus misterios les mostró esto por lo cual también predijeron verdaderamente a su Hijo en el Espíritu Santo, y lo designaron maravillosamente a los hombres en los preceptos legales a través de la sangre de los machos cabríos y otras manifestaciones. Y de esta manera, abriendo

la suavidad y dulzura de su corazón, en la suavidad y ardor de la caridad les envió a su Hijo, para que por él fueran alimentados de su hambre de infidelidad: así dándoles la alimentación celestial, con la cual, saciados fielmente, obtendrían el pleno gozo de todas las felicidades y bienaventuranzas. Por lo tanto, aquel pan cuya dulzura los ángeles celestiales no pueden saciar suficientemente, es decir, viendo a Dios, así lo recibió el hombre en la humanidad del Hijo de Dios, cuando el Padre supremo envió estas alimentaciones de bienaventuranza a los hombres en abundancia de gozo espiritual. Y por eso el hombre fiel escuche con fiel audición: Oh vosotros hombres fieles, que sois el brote eclesiástico, escuchad y entended el auxilio de vuestra alma, donde no sois hijos del diablo, sino herederos del reino celestial, y considerad cómo yo, el Padre más amable y benigno, os he rodeado con grandes felicidades de vuestra salvación. Por lo tanto, atended a la bondad de vuestro Padre, cómo por mí está ordenado lo que es para vuestra salvación; porque aunque sois vil ceniza, sin embargo, la humanidad de mi Hijo solicita vuestra salvación. ¿Cómo? Mi Hijo nació de una virgen incorrupta, que desconocía ese dolor, pero que permaneció en la verde pureza de su integridad: como la hierba florece en la gloria de su verdor, sobre la cual cae el rocío del cielo.

Y porque aquella virgen fue incorrupta de la cual mi Hijo asumió la carne sin pecado de esta manera: por eso es justo que su carne ahora se haga de aquel fruto, que es sin jugo de amargura. ¿Cómo? El grano de trigo es el fruto más fuerte y óptimo de los otros frutos, no teniendo en su tallo jugo o médula como los demás árboles, sino que surge en su hierba en espiga, así tiende a su fruto, no produciendo jugo amargo ni por calor ni por frío, sino que da harina seca. Así también la carne de mi Hijo fue seca, sin toda la fealdad de la contaminación humana por la cual el género humano surge en los abrazos de la lujuria del hombre y la mujer. No así nació mi Unigénito, sino que salió en la verde integridad virginal, como también el grano engendra el grano de trigo entrelazado. Pues así como el tallo de trigo, sin médula, produce el grano seco en la pureza de la espiga, así también la bienaventurada Virgen, sin la fortaleza viril, engendrando a su santísimo Hijo en la simplicidad de la inocencia, quien de la misma madre suya no extrajo ningún jugo de pecado; porque ella lo concibió sin la médula del hombre, así como el tallo no da jugo al grano porque no brota de un tallo medulado: sino que crece del sol y la lluvia y de la suave brisa, así como la mencionada Virgen íntegra, no del hombre, sino sombreada por la virtud del Altísimo y perfundida por la infusión del Espíritu Santo, engendró a su Unigénito en la suavidad de la castidad. Aunque aquella Virgen nació de la voluntad del hombre y la mujer, no engendró a su mismo Hijo de esa manera, sino que lo engendró viniendo del cielo, verdadero Dios y hombre, purísimo en su integridad sin la voluntad del hombre. Y porque lo dio a luz purísimo en su virginidad sin mancha, por eso ahora el pan que verdaderamente se consagra en su carne, existiendo purísimo en su integridad, debe ser recibido por los fieles en la pureza del corazón y sin mezcla de diversidad, como mostré a los hijos de Israel, tal como está escrito en mi voluntad: Recordad este día en el cual salisteis de Egipto y de la casa de servidumbre: porque con mano fuerte os sacó el Señor de este lugar, para que no comáis pan fermentado (Éxodo XIII). ¿Qué significa esto? Vosotros que queréis ser imitadores de mi Hijo, mirad de la muerte a la vida, teniendo en vuestra memoria la salvación de aquel día que es mi Hijo, quien pisoteó la muerte y dio vida, en el cual en vuestra salvación salisteis del miserable exilio de la perdición; cuando rechazasteis las densas tinieblas de la infidelidad, así también librándoos de la mansión de la servidumbre diabólica, a la cual fuisteis dados en la transgresión de Adán. Ahora, pues, mirad de los actos terrenales a los celestiales; porque en el poder divino os saqué yo, el Señor, quien presumo con tanta fortaleza sobre todos, que ningún obstáculo de contrariedad se opone a mi virtud para que no penetre todo agudamente:

así, librándoos por mi Hijo de este lugar, en el cual por vuestra infidelidad sirviendo a la muerte no trabajasteis en buenas obras, sino que permanecisteis torpemente en vuestra perversidad. Pero porque ahora en mi Unigénito habéis sido liberados de esa opresión, corred de virtud en virtud, cuidando de no introducir en vuestra conciencia aquella infidelidad, que no fortalece vuestro corazón en su recepción, sino que más bien lo agrava con su amargura. ¿Qué significa esto? No sigáis las artes diabólicas; ni los demás inventos que los hombres en las contaminaciones humanas de los filósofos, paganos y herejes se han inventado para sí mismos; sino imitad a mi Hijo en el espejo de la fe, quien os liberó de las cárceles del infierno, cuando se ofreció a sí mismo por vosotros a la pasión de la cruz. Pero para que podáis seguir sus huellas con tanta más cautela; fortaleced vuestros corazones con el pan celestial, y tomad su cuerpo con devoción fiel, porque él viniendo del cielo, nacido de una Virgen suave y pura, y padecido en el madero por vuestra salvación, se entregó a sí mismo a vosotros: para que también vosotros sin mezcla de aquella amargura, recibáis con sincero afecto el pan suave y puro consagrado en el altar como su cuerpo por la invocación divina, para que por esto, huyendo del hambre del hombre interior, podáis llegar a las delicias de la bienaventuranza eterna. Por lo cual también en el vino que fluye de la vid quiero mostrar maravillas por el mismo sacramento de su sangre. ¿Qué significa esto? La sangre de mi Hijo fluyó de su costado, como también la uva suda de la vid. Pero así como la uva es pisoteada con los pies y presionada en el lagar, así fluyendo el vino dulcísimo y fortísimo para fortalecer la sangre en el hombre: así también mi Unigénito, macerado en el sudor de la angustia, con azotes y flagelos, y oprimido en el madero de la cruz, de sus heridas emanó la mejor y más preciosa sangre, rociando con saludable liberación a los pueblos creyentes. Así como también la uva es diferente de otras frutas que, teniendo cáscaras duras, pueden ser comidas, cuando los hombres suelen más chupar la uva que comerla: así también mi Hijo era diferente en pecados de los demás hombres; porque ellos, gravados bajo el peso de la maldad, están sujetos a diversas pasiones, mientras que mi Unigénito, nacido maravillosamente de una Virgen castísima, carecía de toda contaminación de pecado. Por lo tanto, y porque la uva es de materia tierna, por eso también quiero que el vino sea consagrado en la sangre de mi mismo Hijo. Pues, así como el vino suda de la vid, así también mi Hijo salió de mi corazón, siendo el mismo mi Unigénito la verdadera vid, y de él saliendo diversos sarmientos; porque los fieles están plantados en él, quienes por su encarnación son fructíferos en buenas obras. Y así como este licor emana del dulcísimo y fortísimo fruto de la vid, así también toda justicia aparece en misericordia y verdad por la encarnación de mi mismo Hijo, virtudes que encuentran en él todos los que lo buscan fielmente. ¿Cómo? Porque quienes se adhieren fielmente a él, ellos se hacen verdes y fructíferos por él, de modo que traen los mejores frutos en virtudes; así como él, siendo suave y manso, trajo los más preciosos brotes en santidad y justicia, y purificó de toda suciedad de infidelidad a los que creen en él, como está escrito de él en el Cantar de los Cantares: Racimo de ciprés es mi amado para mí en las viñas de Engadi (Cant. I). ¿Qué significa esto? El Hijo de Dios, quien me salva, alma exiliada, en su pasión, en su resurrección también me da misericordiosamente el cáliz de la vida. ¿Cómo? Así como el racimo de ciprés contiene en sí la plenitud más fuerte de la bebida: de modo que el mismo Hijo de Dios nunca se agotará de esta manera, sino que siempre podrá dar la bebida de la vida a los sedientos, porque él es la salvación de la vida. Porque nosotros, que antes estábamos en defecto, ahora fortalecidos en la manifestación y en el conocimiento de la verdadera santificación de las buenas obras, comemos por él el alimento de la vida, en el cual también, conociendo a Dios, avanzamos hacia la vida. Cuando en el Antiguo Testamento, que como por sombra no tenía sentido pleno, pero en la manifestación de la significación contenía en sí mucha diversidad, sufriendo gran hambre, no pudimos levantarnos hacia la salvación: ahora, pues, saciados en él, también bebemos en él el cáliz de salvación, es decir, gustando fielmente en la verdadera fe quién es Dios, a quien no podemos ver con los ojos exteriores de

la carne mortal, pero a quien tenemos dentro con inteligencia espiritual; así como el vino muestra su fuerza más fuerte en las venas de los hombres: sin que los hombres lo sientan, pero solo sabiendo que es así dentro de sí. Y por eso el esposo de las almas es el racimo de ciprés, cuyo fruto no fallará. ¿Cómo? El ciego que entra por la puerta exige la vista de su guía. ¿Cómo? Porque el hombre, no teniendo la claridad de la fe, cuando llega a la fe, entra en el rocío de la sangre de Cristo por la presión del lagar. ¿Cómo? Así como por sus preceptos tenemos vida en nuestra alma: así también en su donación recibimos purificación en nuestra carne; porque nacidos en la transgresión de Adán, existimos inmundos, pero en su sangre somos santificados. Por lo cual, el desposorio de las almas, de él en el Espíritu Santo dice: Mi amado, que es dulce y amable para mi corazón, es para mí el vino más fuerte por su sangre en plena santificación; porque mientras estoy inmunda en la plantación de la carne, como la viña que aún yace inculta en espinas: él, siendo la fuente de salvación, misericordiosamente lava a los pecadores de sus suciedades, y en el misterio de sus secretos gloriosamente santifica; porque así como salió suavemente del corazón del Padre, así también en el vino mostró suavemente su sangre, y así como nació maravillosamente de la Virgen, así también en el pan se declara maravillosamente su cuerpo; porque él es el racimo, que nunca sufrirá defecto por ningún detrimento. Por lo tanto, también sobre el altar, como en el lagar, es pisoteado por la voluntad del Padre: para que el hombre, que por sí mismo de ninguna manera puede subsistir, no desfallezca por la fragilidad de su debilidad. Porque así como la sangre del hombre recibe aumento del beber: así también el hombre tiene santificación de la sangre del Hijo de Dios. Y para que la sangre del hombre no se convierta en aridez sin la irrigación de la bebida, debe ser restaurada por el beber: así también el vino en la consagración de la sangre del Hijo de Dios no fallará, sino que siempre estará sobre el altar en el sacramento de su misterio.

Pero también tú, oh hombre, debes saber atentamente que en esta consagración el vino debe ser mezclado con agua, porque de la costado de mi Hijo emanaron sangre y agua, de modo que en el vino se entiende su divinidad, y en el agua se siente su humanidad. Y por eso, porque en él están la divinidad y la humanidad, así también en esta consagración el vino será unido al agua; porque mientras el vino señala su divinidad, el agua también muestra su humanidad, que existe pura y limpia sin la mezcla de sangre viril. Porque también mi Unigénito, siendo la fuente de agua viva, purificó a los hombres en la regeneración del espíritu y del agua de la antigua culpa de Adán, y los trasladó a los cielos, cuando vino al mundo por su salvación, como está escrito: Yo, como el río Diorix, y como un canal de agua salí del paraíso (Eclesiástico XXIV). ¿Qué significa esto? Dios, fortaleciendo al hombre con racionalidad, le dio muchos misterios, cuando enviando el aliento de vida en él, lo elevó con racionalidad. Quien, al ser seducido, cayó en la muerte, yo, el Hijo de Dios, que vine a liberarlo, fluyendo en el decoro de todas las irrigaciones de la caridad infundida, y emanando en la difusión de la verdadera e indeficiente pureza, salí del secreto de la amenidad suprema; para que el hombre, que había perecido por su culpa, fuera misericordiosamente rescatado de la perdición. ¿Cómo? Para que la sangre inocente de la inocencia inocente, sudando en la angustia de la pasión por él, fuera derramada. ¿Cómo? En la transgresión de Adán, cuando fue expulsado del paraíso; su sangre, por la angustia de la expulsión, porque era culpable, se inundó por completo, y así en esa angustia, licuada, fue perfundida con el sudor del agua. Y así se conoce que al sangre del hombre se le mezcla agua por el sudor. Por lo tanto, oh hombre, cuando el Unigénito de Dios comenzó a angustiarse en la carne, es decir, cuando quiso padecer por el género humano, su sangre emitió gotas de sudor, y luego, estando él suspendido en la cruz, del herida de su costado emanaron agua y sangre. Y por eso en aquel sacramento donde se ha de celebrar el misterio de su pasión, el agua debe ser mezclada con el vino; porque también del herida del costado del Hijo de Dios fluyeron agua y sangre. Pero

también en el mismo sacrificio el vino sobreabundará al agua; porque también la sangre supera al suero, así como la leche excede a su jugo que es suero. Y quienes celebran este misterio deben realizarlo así, como se les ha mostrado, y como también allí se exhorta a los hombres, donde por mi inspiración escuchan con sabiduría, como está escrito: Venid, comed mi pan, y bebed el vino que he mezclado para vosotros (Proverbios IX). ¿Qué significa esto? Vosotros que queréis abandonar la necedad, venid de esa ignorancia en la que no conocéis a Dios, y de esa prostitución por la cual fuisteis enviados al exilio, y regresad a vuestra región blanca, que os ha sido mostrada por el espejo de la fe en la fuente de agua viva, y con piadosa devoción comed mi pan, que el hombre no sembró en el campo, y al que la tierra no dio verdor, sino que salió de Dios, y en él permanece. Porque así como el pan se come, y como la tierra se pisa, así también el Hijo de Dios, el pan vivo, supera a los hijos de los hombres; porque el Hijo de Dios es estable en la virtud de su divinidad; y los hijos de los hombres son inestables en la debilidad de su carne; porque el Hijo de Dios, permaneciendo corporalmente en el mundo, no tuvo la blandura del licor del pecado en su carne, porque así como el fuego seca el pan, no dejándole ningún humor blando, así también el Unigénito de Dios, concebido del fortísimo fuego del Espíritu Santo, y nacido de la castísima Virgen, permaneció sin ninguna contaminación de pecado en su cuerpo. Y así como el pan restaura al hombre, así también los hombres fieles son nutridos en la fe por el mismo Hijo de Dios; porque él es el fruto más fuerte, que nunca fallará. Por lo tanto, también vosotros, fieles, comiendo este pan, bebed también con pura intención este vino que carece de toda suciedad, y que no va a esta vana vagación, donde la corrupción absorbiendo la inmundicia de la inocencia la convierte en veneno.

Porque también de la misma manera el primer hombre fue puro cuando fue creado; porque no estaba en ninguna diversidad, sino que era puro en su carne y sangre. Quien, al cometer la transgresión, fue engañado: de modo que después siempre derramó su sangre en el hedor de la inmundicia de la lujuria. Porque, así como el mismo hombre había rechazado el honor de la inocencia, así también su sangre perdió su color de sangre, subvertida en la concepción humana en el licor de la contaminación. En el cual también licor está sin fornicación hasta que aparece la sangre: y así esa sangre tomando otra forma después de su nacimiento yace en debilidad, hasta que su médula encuentra la plenitud de su fortaleza y hasta que el sentido en él se levanta por la excitación de la oculta resurrección. Y entonces aparece carne pura y sangre pura expiada del veneno, hasta que el calor nocivo lo golpea, que con su golpe expulsa la espuma nociva de la inmundicia. Pero de todo esto el Hijo de Dios fue puro; teniendo carne pura y sangre pura, de modo que nunca fue tocado por el contacto de ningún calor nocivo; sino que permaneciendo en la santificación y honor de la castidad más verde, no pudo ser violado por ninguna contaminación. Quien, sin embargo, puesto en la angustia de la pasión, derramó agua en sangre de su costado; porque la sangre no está sin agua en su derramamiento; sino que existe así templada, para que la sangre fortalezca el agua, y para que el agua suavice la sangre.

Por lo tanto, vosotros que deseáis adorar a Dios con devoción, amando así vuestra salvación, tomad este cáliz de santificación, que he preparado para vosotros de tal manera que no sintáis la aspereza de la venganza en la suavidad del perdón, ya que tanto la divinidad como la humanidad están en el Hijo supremo, por cuya pasión habéis sido liberados de la muerte, y por cuyo cuerpo y sangre habéis sido vivificados, para que tengáis sociedad en la morada eterna. Pero yo, que soy el principio y el fin (Apoc. XXI), te digo de nuevo, oh hombre, acerca de mi noble Hijo, que es la flor de las rosas y el lirio de los valles, nacido de la Virgen castísima, que lo engendró en su integridad. Este nacimiento fue tal que, por él, me he

reconciliado con la iniquidad de los primeros padres del género humano, quienes me provocaron a la indignación con su transgresión. Por eso, siempre contemplo ese mismo nacimiento, ya que tengo el cuerpo y la sangre de mi Hijo consagrados diariamente sobre el altar en mi nombre. De modo que, por este sacramento, tú, hombre, eres santificado, comiendo su carne y bebiendo su misma sangre. Pues cuando allí el sacerdote ejerce su oficio como le ha sido establecido, invocándome con palabras sacratísimas, entonces estoy presente allí con el mismo poder con el que estuve presente cuando mi Unigénito fue encarnado sin la división de ninguna contaminación. Por lo tanto, su cuerpo fue purísimo y suavísimo en toda santidad: de modo que ahora, quienes reciben fielmente su carne y sangre, son vivificados con tal dulzura que no sufren ningún desprecio de abyección, como está escrito en el Cantar de los Cantares: ¿Quién me dará que seas tú mi hermano, amamantado de los pechos de mi madre, para que te encuentre afuera, y te bese, y ya nadie me desprecie? (Cant. VIII.) ¿Qué significa esto? El gemido y la devoción de los que están en la Iglesia dicen con fe certísima: ¿Quién es aquel que me dará a ti, esposo de la Iglesia, a mí, hombre miserable puesto en aflicciones, con la ofrenda más suave: cuando te llamo mi hermano por tu encarnación, amamantado de la misericordia y la verdad que son esos nutrientes con los que la divinidad nutre a los hombres, que es mi madre en mi creación, es decir, dándome vida con la educación de la vegetación? ¿Qué significa esto? Porque también los nutrientes de la Iglesia están llenos de tu gracia: cuando le concedes la plenitud de la abundancia en el sacramento de tu cuerpo y sangre, que eres el pan vivo y la fuente de agua viva. Y haces esto para que con certeza manifiesta te encuentre afuera: cuando, sabiendo que eres el Hijo de Dios en los cielos, te vea también como hombre en la tierra, a quien mis ojos mortales no pueden ver en la divinidad, de modo que también te encuentre en el pan y el vino del misterio divino: que es un sacramento sin el peso del engaño, y sin la ambigüedad de la falacia; y luego de este modo te bese: porque te encarnaste por mi salvación, y porque también me haces partícipe de tu cuerpo y sangre, para que por esto, que viniste al mundo por mí, y que te entregaste a mí, ya ninguna criatura me desprecie en adelante, ya que ella misma sigue siempre tu voluntad sujeta a ti, y aunque yo, rebelde a tus preceptos, me encuentre frecuentemente contrario a ti. Ahora, pues, como ves, oh hombre, cuando el sacerdote, con estas palabras que han sido establecidas en el Espíritu Santo, comience a invocarme sobre el sacrificio ofrecido en el altar: en verdad te digo, que estoy presente allí en mi ardiente calor, y con pleno deseo perfecciono ese sacramento. ¿Cómo? Porque en el efecto de ese mismo misterio extendiendo la ardiente caridad sobre esa misma ofrenda, es decir, desde el principio de las palabras del sacerdote que me invoca, y haciendo esta memoria, que mi Hijo, en la angustia de su pasión, bendiciendo el pan y el vino, los entregó a sus discípulos en el sacramento de su cuerpo y sangre; para que ellos también hicieran lo mismo por la salvación del pueblo. En verdad os digo, que nunca esta invocación sobre tal ofrenda en memoria de mi Unigénito será sin que el misterio del cuerpo y sangre se perfeccione allí, lo que el ojo carnal no podrá ver mientras sea ceniza; a menos que lo contemple en la fe con humilde devoción. ¿Cómo? Cuando el ave ve que el huevo es puesto en su nido: vuela ardientemente sobre él, y calentándolo con su calor, saca al polluelo: de modo que la cáscara del huevo permanece, y el polluelo vuela. ¿Qué significa esto? Yo, el Omnipotente, cuando la ofrenda de pan y vino es ofrecida sobre el altar dedicado a mi nombre en memoria del Hijo, iluminándola maravillosamente con mi virtud y gloria, la transfundo en el cuerpo y sangre de mi Unigénito. ¿Cómo? Con el mismo milagro con el que mi Hijo tomó carne de la virgen: también esta ofrenda en esta consagración se convierte en su carne y sangre. Pero la especie de pan y vino se ve allí visible a los ojos exteriores; pero dentro permanece invisiblemente la santidad del cuerpo y sangre de mi mismo Hijo. ¿Cómo? Cuando mi Hijo estaba entre los hombres en el mundo, también estaba conmigo en el cielo: y ahora, permaneciendo conmigo en el cielo, también permanece entre los hombres en la tierra, pero esto es espiritual y no carnal. Así también yo, el Padre, estoy

presente en toda criatura sin apartarme de ninguna; pero tú, hombre, te apartas de ella; como cuando ves en el agua, tu rostro aparece en ella, pero de tal manera que no puedes ejercer tus fuerzas en ella, pero cuando te apartas de ella, ya no apareces en ella. Sin embargo, yo no aparezco en tal mutabilidad a la criatura, pero estoy presente con verdadera manifestación, ni retiro mi poder de ella, sino que ejerzo en ella la fortaleza de mi voluntad según me place. Por lo tanto, también en el sacramento del cuerpo y sangre de mi Hijo demuestro verdaderamente mi majestad; es decir, desde el principio de las palabras secretas del sacerdote hasta que el pueblo perciba el misterio, ejerciendo mis milagros allí de manera maravillosa.

Pero también este oficio sacerdotal, puede ser ejercido por los fieles desde la primera hora del día hasta la novena hora, según la necesidad del tiempo en las costumbres de los hombres, ya que Adán, levantándose por la mañana, fue seducido a la novena hora, y porque también la pasión de mi Hijo, comenzada al crepúsculo del día, se reconoce que fue consumada a la novena hora: de modo que muriendo en la cruz expiró, y con su muerte venció virilmente a la muerte. Donde también la Iglesia, asistiendo a mi Unigénito, recibió allí su dote; lo que ahora debe ser celebrado por los hijos de esa misma Iglesia. Sin embargo, este oficio debe ser celebrado por los sacerdotes en sacrificio en ayuno del vientre y no en su plenitud, para que la coagulación de los alimentos no evacue el deseo espiritual; ya que primero debe tomarse el banquete espiritual, y después la refección carnal; y porque también el espíritu debe ser honrado, y la carne reconfortada. Pues este sacramento debe ser recibido con deseo espiritual y no con codicia carnal: y por eso debe ser percibido en ayuno, y no sobre banquetes, a menos que en esa necesidad, si el hombre está en la opinión de que va a pasar de este mundo. Pero mi Hijo, al final del día, dio su cuerpo y sangre a sus discípulos; porque les trajo la verdadera mañana de la vida. Y porque también en la consumación del siglo, pasando temporalmente la muerte en los hombres, los elegidos brillarán como el sol en mi reino (Mat. XIII). Y de esta manera, mi mismo Unigénito demostró con su resurrección que las almas de los justos son extraídas del infierno por él, y que el género humano es llevado por él a la restauración de la vida eterna, que los ángeles reprobados perdieron, deseando la muerte, sin que nadie más se lo sugiriera, de modo que no fueron seducidos por ningún otro insidioso que por ellos mismos; ya que no tenían en sí mismos el gusto del pecado, como el hombre lo tiene en la fragilidad de su cuerpo. Por lo tanto, también el hombre, cuando fue seducido por el insidioso, teniendo la fragilidad del cuerpo, fue llevado de nuevo a la vida por el que lo levantó, y el diablo, no teniendo la pesadez corporal, fue dejado en su perversidad. Pero también al hombre se le dio la verdadera y saludable refección en la percepción del cuerpo y sangre de mi Hijo, para que por este sacramento, invisiblemente reconfortado en el alma, se levante y resista virilmente a su adversario invisible.

Pero aquellos que perciben el mismo sacramento en mayor o menor cantidad, deben entenderlo así; porque tanto el que recibe más como el que recibe menos perciben una misma fuerza, ya que este sacramento no está en la cantidad, sino en la santidad, de modo que salva a los que lo perciben según su fe, como está escrito sobre el maná: Y así lo hicieron los hijos de Israel, y recogieron, unos más, otros menos, y lo midieron con la medida de un gomor. Ni el que había recogido más tenía más: ni el que había preparado menos encontró menos, sino que cada uno recogió según lo que podía comer (Éxodo XVI). ¿Qué significa esto? Los hijos de la elección atienden al sacramento celestial según lo que se les ha mandado; quienes desean ardientemente ver a Dios, y lo recogen en sus corazones, según la doctrina de sus principales maestros: y según lo que han aprendido de ellos, lo examinan en sus almas, teniendo uno más devoción; y otro menos intención en el secreto de su corazón. Por lo tanto, también lo miden con su estimación: según lo que sienten en sus almas, discerniendo la fe que tienen en Dios, sin dividirla, sino teniéndola íntegra, y considerando con cuánta y qué

clase de devoción perciben el cuerpo y sangre de su redención. Pero el mismo sacramento no será más santo para aquel que haya percibido más de él, ni más estrecho para aquel que haya tomado menos de él; sino que según la fe de quien lo percibe, así lo iluminará. Por lo tanto, oh hombre, no debe ser percibido en magnitud; porque el Dios fortísimo está tanto en la pequeña como en la gran ofrenda de este misterio, y por eso quienes lo perciben, solo deben atender a esto, que tengan al Dios trino y uno con fe firme e íntegra en su corazón. Y así, cada fiel con corazón sincero y recto, según lo que la posibilidad de la fe en él exige, reúne las fuerzas de su alma, cuidando de no escudriñar la divinidad más profundamente de lo que su sentido o pensamiento puede captar, sino sobriamente como ha sido enseñado en el Espíritu Santo; que esté sujeto al temor del Señor, ya que el hombre es pobre ceniza. Pero vosotros, oh hombres necios, no dudéis de si este sacramento que os ha sido demostrado de esta manera, es el cuerpo y sangre de mi Hijo. Recordad, pues, de dónde creé la carne y sangre de Adán, es decir, del limo de la tierra. ¿Qué os parece entonces? ¿Es más posible para mí hacer de esta ofrenda la carne y sangre de mi Hijo, o hacer del limo de la tierra un hombre? Pero el varón derrama la semilla de su sangre, y la mujer la recibe. ¿Y qué más añaden entonces? Nada en absoluto, ni en la creación ni en la carne del infante. ¿Quién, pues, forma al hombre en carne y huesos, y en médulas, y en su hermoso rostro, sino yo, el Padre de todos? Pero el padre y la madre no tienen ese poder de hacer o crear al infante, sino que solo en la ardiente lujuria derraman su sangre, y después no tienen poder alguno para formarla. ¿Podéis ver cómo se hacen estas cosas, sino que las veis en sus formas? Pero tú, oh hombre, dices: No veo que esta ofrenda sea carne y sangre, como veo que el cuerpo y sangre del hombre lo son. A lo que te respondo: Vosotros visteis a mi Hijo en cuerpo y sangre, mortal en la tierra: que ahora es inmortal en el cielo, y por eso no podéis verlo ahora con ojos corporales, ni tampoco cómo su carne y sangre se consagran en el altar; este sacramento no se hace allí por la gloria del sacerdote, sino por la gloria de mi Unigénito, que realizó este oficio con sus discípulos en su cena. Pero así como no podéis verme en mi claridad mientras sois mortales: tampoco veis carnalmente la carne y sangre de mi Hijo con vuestros ojos carnales, según lo que no podéis percibir de lo invisible, sino según lo que vuestro obtuso mortal puede captar visiblemente de lo visible.

Este sacramento debe serme ofrecido en triple materia. ¿Cómo? En pan, vino y agua, en honor a la Trinidad. Por lo tanto, si falta algo de estos tres; entonces allí no se venera verdaderamente a la Trinidad, ya que en el vino se entiende al Padre, en el pan al Hijo, y en el agua al Espíritu Santo; así quien ofrece vino sin pan y sin agua, venera al Padre, pero niega al Hijo y al Espíritu Santo; o quien da pan sin vino y sin agua, tiene al Hijo, pero rechaza al Padre y al Espíritu Santo; o quien usa agua sin vino y sin pan, atiende al Espíritu Santo, pero rechaza al Padre y al Hijo; o quien da vino y pan sin agua, tiene al Padre y al Hijo, pero niega al Espíritu Santo; o quien ofrece vino y agua sin pan, venera al Padre y al Espíritu Santo, pero niega al Hijo; o quien usa pan y agua sin vino, atiende al Hijo y al Espíritu Santo, pero rechaza al Padre. Por lo tanto, en este sacramento no debe haber división; porque yo, permaneciendo indiviso, soy un Dios inseparable en tres personas, así como el pensamiento, la voluntad y la obra están en un hombre: sin los cuales el hombre no es. Si en este sacrificio hay defecto, de modo que se descuida el pan, el vino o el agua, entonces aquel por cuya negligencia esto ocurre, estará sujeto a grave venganza. Pues si esto se hace conscientemente por negligencia de la tibieza, o infielmente por duda de incredulidad, expulsaré de mi vista a aquel que está sujeto a esta culpa, a menos que él, volviendo a sí mismo con grave penitencia, se castigue severamente a sí mismo por esto; o si esto ocurre ignorante por negligencia del olvido, entonces aquel que es culpable de esto, deberá responderme por esta culpa suya en la corrección de la penitencia; porque no examinó agudamente si estaban presentes todas las cosas que pertenecían a mi sacrificio. Pues cuando mi Hijo colgó en la cruz, allí no faltó nada

para la salvación, porque con su sangre derramada trajo la salvación de las almas a los hombres, por lo que tampoco debe faltar nada en este misterio. Pues este sacramento es la santificación sacratísima en toda santidad, y por eso esta carne y sangre deben ser recibidas con toda fe y devoción.

Cualquiera que reciba esta sacratísima carne, no debe rehusar tomar la sangre de este mismo misterio, ya que mi Hijo es sobre todo puro, y espejo en virtudes, y por eso su nobilísima sangre debe ser recibida, a menos que por la simplicidad del receptor el sacerdote tema el peligro de derramamiento, y entonces se haga para aquel que va a recibirlo según la simplicidad de los niños, a quienes se les concede el alimento del pan, y se les niega la bebida del vino, así también a este se le da esta sacrosanta carne: y se le retira la sangre que fluye, para que no surja un mayor peligro de ello, y porque también esa sacrosanta carne está unida a su sangre y esa sangre a su carne en una santidad. Pero si ese hombre es de tal discreción que puede guardar el misterio, entonces cuando se le da esa santa carne para comer, también se le da la sangre de esa misma carne para beber. El sacerdote que celebra este sacramento, debe estar vestido diligentemente con las vestiduras que los antiguos Padres, instruidos por el Espíritu Santo, establecieron para este mismo oficio, y debe atender con sumo cuidado las palabras que el Espíritu Santo inspiró a esos mismos Padres para la celebración de este misterio: cuidando con esmero de no omitir nada en ellas, mirando con devoción, para no sobrepasar este ejemplo, donde mi Hijo tomó el pan y el cáliz, y los dio a sus discípulos para comer y beber. Pero quien en las vestiduras o en las palabras pertenecientes a este oficio haya cometido alguna falta por negligencia del olvido ignorante, debe ser corregido con grave y saludable penitencia. Sin embargo, buscando mi misericordia la encontrará, porque no cometió esta transgresión en la voluntad o en la malicia de su corazón. Pero quien haya transgredido en estos sacramentos conscientemente o por la indevoción de su voluntad, o por la malicia de su corazón, a este ofendido le diré: Siervo malo, ¿por qué no estabas correctamente vestido con la vestidura sacerdotal, como te lo instituyeron en el Espíritu Santo tus antiguos mayores maestros, en señal del oficio espiritual como siempre me ministran mis ángeles? ¿Y por qué también descuidaste el modo de las palabras que te fueron entregadas en el Espíritu Santo por esos mismos Padres tuyos en la consagración del cuerpo y sangre de mi Hijo, para la salvación y gloria del género humano? Por lo tanto, quien es culpable en esta falta, deberá responderme por ello, si no se castiga a sí mismo con grave aflicción penitente. Pero el sacerdote que ofrece estas viandas en mi altar, no debe retirarse de allí en ayunas, sino que debe recibir la refección de su alma en el cuerpo y sangre de mi Hijo. Pero si sabe que está gravado con cargas más graves y es indigno de estas viandas, entonces no debe atreverse a acercarse a mi mesa, ni tocar a mi Hijo sin haberse lavado del hedor de sus crímenes, como aquellos que contaminaron tanto la mesa como la gloria de su nacimiento, quienes cruelmente cortaron la cabeza de la lámpara luminosa. Por lo tanto, aquel que está tan contaminado, debe mostrar la variedad de su peste al sumo sacerdote, es decir, a mi Hijo, y también confesarse ante otro sacerdote mortal, quien le mostrará el remedio de la consolación con penitencia, y así purificado, se acercará a su oficio.

Pero yo, Padre de todos, no deseo que la disposición secreta del santísimo diálogo, por el cual el sacerdote debe invocarme en el altar, esté en muchas y grandes palabras, sino en la recta ordenación de los primeros maestros, a quienes el don del Espíritu Santo enseñó a invocarme correctamente, y esto no debe estar en la multiplicidad de la sabiduría necia, sino en la simplicidad del corazón; porque no me deleito en el mucho hablar, sino en la pureza del corazón de aquellos que me buscan devotamente y que me abrazan benignamente en el ardor de la caridad. Pues a mis elegidos, cuando buscan mi gracia, se la concedo según la

diversidad de los dones del Espíritu Santo: pero en este sacramento me muestro completamente a ellos, porque mi Hijo está en mí y yo en él, y el Espíritu Santo en nosotros y nosotros en él, y somos uno en la divinidad, así como el cuerpo y otras fuerzas de él son un solo hombre viviente. Por lo tanto, quien se acerque a este sacramento, tenga cuidado de no venir de tal manera que pueda ofender la gloria de la Divinidad. Pero tú, oh hombre, cuando los demás hombres se acercan al sacerdote para recibir este sacramento, consideras cinco modos en ellos, porque aquellos que desean recibir la percepción del divino misterio de su sacerdote deben limpiar los cinco sentidos de su cuerpo de la escoria de sus pecados, y custodiarlos digna y laudablemente de la inmundicia que se infiltra, para que lo perciban con mayor salud. Por lo tanto, de aquellos que ves acercarse a este sacramento, algunos son en el cuerpo luminosos y en el alma ardientes, porque tienen la claridad de la fe hacia este sacramento, no dudan de que es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de mi Hijo, y por eso, cuando lo perciben con esta fe, son vivificados y santificados en su carne, de modo que, santificados por este misterio, después de la resurrección aparezcan en el cielo en el mismo cuerpo, y en su alma son infundidos y encendidos por el don ardiente del Espíritu Santo; para que, bañados por esta iluminación, desprecien lo terrenal y deseen lo celestial. ¿Cómo? Porque así como el fuego es avivado por el viento, así también ellos son imbuidos por este sacramento para arder en el amor supremo. Pero otros parecen en el cuerpo pálidos y en el alma tenebrosos, porque son tibios en la fe, no tienen una fe firme hacia este sacramento, sino que son duros para entender la sabiduría, como un niño cuyas obras son en la necesidad. Pues externamente oyen con el oído, y en la lentitud de su corazón no comprenden lo que se les dice sobre este sacramento, de modo que lo comprenderían perfectamente en la fe, pero sin embargo, debido a la duda que hay en ellos, no pueden ver cuánta santidad hay en él. Por lo tanto, en el hombre interior están rodeados de tinieblas, porque no pueden elevar su mente hacia esa perfección, ya que concebidos en pecados, son pesados por la fragilidad corporal para la perfección de esa creencia, aunque consienten más al espíritu de modo que entenderían la fe si pudieran por la tibieza de su corazón. Porque aquellos que aún no están gravados por mayores cargas de pecados en sus obras, aunque sea a regañadientes, deben consentir al espíritu, porque el alma aún tiene mayor poder, ya que no ha sido destruida por los pecados, y somete el cuerpo a su voluntad. Pues estas son las luchas que hay entre el cuerpo y el alma; porque el alma quiere dominar al cuerpo, ya que es contrario a ella lo que la carne tiene en su concupiscencia, que es pecado, y el cuerpo desprecia la justicia que está en el deseo del alma porque ella ama la vida. ¿Qué es esto? Lo que está muerto, desea lo muerto, y lo que vive, ama lo viviente. ¿Cómo? La carne ama el pecado, y el alma ama la justicia, y en esto se oponen, y rara vez consienten entre sí. Pero así como un niño es alimentado y saciado sin esfuerzo y sin entendimiento de sus sentidos, así también estos hombres son vivificados por este sacramento casi por ignorancia, porque no lo desprecian ni por infancia ni por contumacia; sino que lo abrazan con un ánimo simple.

Ciertamente, algunos en el cuerpo son hirsutos y en el alma están manchados por mucha inmundicia de la contaminación humana, porque estos, impuros e impúdicos en su carne sin pudor, y contaminándose con la escoria de los vicios; como el cerdo se revuelca en el lodo, de esta manera contaminan su alma infectándola con diversas inmundicias de los pecados de la contaminación humana. Y cuando, manchados por estos vicios, no temen acercarse al sacramento del cuerpo y sangre de mi Hijo sin haberse lavado, deben ser purificados con un grave examen por esta presunción suya. Sin embargo, en esta purificación no les niego mi misericordia, porque preveo que en sus mentes surge una digna penitencia. Otros, en cambio, están rodeados de espinas muy agudas en el cuerpo, y en el alma aparecen leprosos; porque en su corazón están rodeados de ira, odio e invidia, y con estas espinas de iniquidad expulsan de sí la suavidad, dulzura y caridad, de modo que deseando el mal y abandonando el bien, y

afligiendo a los demás hombres con injurias en burla, hacen su alma inmunda como con las peores llagas. Cuando se acercan de esta manera al divino misterio, se hieren gravemente a sí mismos, pero sin embargo vuelvo mis ojos hacia ellos, cuando, castigándose en amargura, buscan después mi gracia con penitencia. Algunos, en cambio, parecen en el cuerpo sanguíneos y en el alma fétidos como un cadáver podrido; porque con mano sangrienta hacen división entre los hombres, y hacen su alma fétida como con una gangrena putrefacta de la más cruel perversidad, porque no mirando mi temor, destruyen con su crueldad lo que he establecido en el hombre. Por lo tanto, si no temen recibir el cuerpo y la sangre de mi Hijo estando contaminados de esta manera, se arrojan a sí mismos a una grave herida, porque presumen tocar este sacramento sin haberse lavado, pero sin embargo la fuente de salvación los atravesará después, si con digna penitencia se esfuerzan por lavarse de esta maldad suya.

Pero de todos estos, cuando algunos perciben los mismos sacramentos, unos son bañados como con un resplandor ígneo, otros son oscurecidos por una nube oscura, porque cuando los creyentes se esfuerzan por acercarse al misterio del cuerpo y sangre de mi Hijo, entonces aquellos que lo perciben con mente devota y fe pura, brillando en buenas obras, son iluminados por el don del Espíritu Santo tanto para la salud del cuerpo como de su alma, y aquellos que lo toman con corazón contrario y ánimo vacilante, entorpecidos en actos perversos, inducen sobre sí mismos la oscuridad de la infelicidad presuntuosa para su detrimento, tanto exterior como interiormente, porque presumen unirse temerariamente a esta santidad sin haberse lavado. Pues el hombre que es tan rebelde y contumaz que no teme contaminarse, ya sea con simple fornicación en las entrañas de su propio cuerpo por el tacto y la delectación, o contaminarse con doble fornicación derramando su semen con un hombre o con una mujer, o desgarrarse con ira, odio e invidia con los demás hombres, o ensangrentarse con homicidio en los que se le cruzan, y así, sin haberse lavado y corregido, presume temerariamente acercarse al cuerpo y sangre de mi Hijo sin la purgación de la confesión y sin la penitencia de la corrección, él entra consciente e inteligentemente en el fuego judicial por su culpa. ¿Cómo? Por esta presunción y su pecado será examinado como el oro en el horno, de modo que no quedará en él ningún polvo de esta presunción, con la cual, contaminado e incorrecto, se acercó a la comunión del Cordero inocente. Porque quien así, sin haberse lavado como se ha dicho, se acerque a la santificación del cuerpo y sangre de mi Hijo, y así tome este sacramento, lo toma para juicio sobre sí mismo. ¿Cómo? Como dice mi amadísimo Pablo: Así pues, cualquiera que coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y sangre del Señor. Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y así coma de ese pan y beba de ese cáliz. Porque quien come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y muchos duermen (I Cor. XI). ¿Qué es esto? En verdad os digo: Quien coma el pan de vida, o quien tome el cáliz de salvación, que es el sacramento de aquel que es Señor del cielo y de la tierra, de modo que lo trate indignamente, es decir, manchado en pecados, en esto sentirá su culpa. ¿Cómo? Porque toma el cuerpo y sangre de su Señor, es decir, del Salvador del mundo, mordaz y moribundamente, cuando inclinado al mal y manchado de inmundicia, y olvidado del temor del Señor, así contaminado se acerca al palacio de la redención salvadora. Por lo tanto, allí comete homicidio. ¿Cómo? Porque se apuñala a sí mismo con muchas heridas, cuando sin limpieza y sin el lavado de la penitencia, ocultando sus crímenes, trata temerariamente este sacramento. Por lo tanto, también le digo: Oh miserable y amarguísimo, ¿cómo osabas arrojar a tu Señor en el lago de tanta miseria, a quien los ciudadanos celestiales siempre desean contemplar? Por lo tanto, serás examinado con amarga penitencia en tu cuerpo y en tu alma: de modo que si no corriges tu culpa, después de la resurrección de los muertos se encontrará en ti esta corrección.

Y por eso, con fiel inspección, pruébese a sí mismo aquel hombre que aquí quiera ser su propio purgador, y así con esta devoción de su consideración tome de ese pan de santidad, y de ese cáliz de suavidad guste, para que así, llegando a la inagotable refección, huya del hambre de la debilidad del alma. Porque quien trate mal este sacramento, y no purgándose de la escoria de la iniquidad lo tome indignamente, se impone a sí mismo el juicio de la venganza, porque lo come y bebe impuro; sin embargo, en esta presunción suya no prevaleciendo para herir o oscurecer el misterio, sino condenándose a sí mismo. Y porque, manchados en vicios, así presumís acercaros a este sacramento, por eso hay en vuestra compañía muchos enfermos, es decir, aquellos que no quieren buscar en esta santidad la medicina del alma, sino que se imponen a sí mismos una amarguísima enfermedad en los mismos sacramentos, porque los toman para juicio sobre sí mismos. Y también muchos débiles, es decir, aquellos que son tan débiles en la ley de Dios, que de ninguna manera quieren mirar quién es aquel a quien reciben tan indignamente. ¿Qué es esto? Porque no quieren considerar cómo deben temer y venerar a su Señor, o cómo deben castigar con amarga penitencia la carne que han nutrido en vicios. Pero porque son tan negligentes, por eso también en el olvido de esta negligencia duermen muchos, no sabiendo ni queriendo saber cómo deben llorar sus pecados, como el hombre cuando está en el sueño del sueño, no sabe ni entiende qué o cómo está en su cuerpo. Por lo tanto, tú, hombre, cuando ni en confesiones ni en penitencia te purificas, recibes el cuerpo y sangre de mi Hijo sin haberte lavado, entonces en la tremenda investigación por esta presunción de la suciedad de tus pecados serás examinado, como el mosto se purga de la inmundicia que tiene en sí, cuando la expulsa en su fervor.

El mismo sacramento también debe ser tratado y custodiado con tanta diligencia y solicitud por el sacerdote y el pueblo: para que no sea tan descuidado por alguien que se arroje negligentemente sobre la tierra. Porque si por negligencia cae sobre la tierra, vengo a vengar esa contumacia por mi celo, ya sea en la tierra o en el hombre, a menos que el mismo hombre se castigue con penitencia y amargos golpes; porque la carne y la sangre deben restituir carne y sangre. ¿Cómo? La carne y la sangre del hombre llorarán en el hombre; la carne y la sangre de mi Hijo han sido tratadas negligentemente por el hombre, así como entonces la tierra tembló, y los hombres fueron sacudidos por el temor: cuando mi Hijo, puesto en la cruz, entregó su espíritu. Pero si tú, oh hombre, en la inestabilidad de tu corazón dices en ti mismo: ¿Cómo se convierte esta ofrenda en el altar en el cuerpo y sangre de mi Hijo? Entonces también te responderé: ¿Por qué preguntas esto, oh hombre, y por qué indagas estas cosas? ¿Acaso te lo exijo? ¿Por qué escudriñas mis secretos sobre el cuerpo y sangre de mi Hijo? No debes preguntar esto, sino recibirlos con gran temor y veneración, custodiarlos diligentemente, y no dudar más sobre este misterio. Pues no debes tentarme tan temerariamente. ¿Y qué te importa esto? Pero búscame con fe certísima. Porque cuando vea toda tu fe, entonces no te pregunto qué es el cuerpo y sangre de mi Hijo, ni cómo se consagra este misterio en el altar. ¿Y quién te pregunta, oh hombre, si no sientes el ardor del fuego en el fuego? Nadie. Así tampoco tú busques temerariamente en mis secretos, no sea que te hieras. Pero si deseas buscarlos con devoción de tu alma, entonces búscalos diligentemente en oración, llanto y ayuno, como también tus antiguos Padres los buscaron con certeza, y frecuentemente les fueron revelados. Y cuando los hayas escudriñado de esta manera y los hayas encontrado, entonces lo que quede, déjalo al Espíritu Santo. Pero quienes se acercan a estos sacramentos, no vengán por caminos desviados sino por el camino recto; para que no sean arrojados por ellos y sufran una gran caída del alma. ¿Cómo? Pues el peor engañador, que sin elección y sin consagración de la unción principal usurpa falsamente para sí la cátedra del oficio pastoral, y el más malvado ladrón que, expulsando a su pastor, invade violentamente su cátedra con el consentimiento de sus cómplices: estos o por sí mismos por

su propia voluntad estarán sujetos a grave venganza, o por mi celo soportarán una grave sentencia; porque en la peor amargura imitan a aquel que, queriendo tener el máximo honor en sí mismo, fue arrojado a la muerte desde toda gloria de felicidad; y porque también siguen a Baal, quien se engañó a sí mismo, llamándose falsamente Dios, fue entregado a la disolución. Y si en esta perversidad de su mentira y presunción se atreven a dar mis sagrados, entonces aquellos que de esta manera son más infectados que ungidos por ellos, son contados ante mí como aquellos que son objeto de burla por el pueblo, a quienes los niños en sus juegos y diversiones se constituyen como personajes jocosos. Pero así como esto es vano en los hombres, así también es una burla ante mí, lo que estos invasores de este tipo simulan hacer en su engaño. Por lo tanto, porque su edificación se prueba que es mala, no puede permanecer, porque caerá. Y por eso, si en mi templo se ha visto que edifican algo en órdenes sagrados, debe ser destruido; porque no teniendo justicia, se reconoce que es frívolo.

Por lo tanto, que se arrepientan de su temeridad: no sea que compartan las penas de aquel que, al buscar más de lo que debía, fue arrojado de la altura al abismo de la profundidad. Pero también aquel profanador, que sin tener la unción del oficio sacerdotal se acerca furiosamente a mi altar, como si yo fuera un burlador o un bufón, tocando temerariamente la mesa consagrada a mi nombre, queriendo ofrecer la sagrada oblación, lo cual no es de su oficio, no teme herir a mi Hijo con un duro tormento. ¿Cómo? Así como el incrédulo invade a Dios con su incredulidad, y el insensato corre hacia el fuego con su locura: así este, sin conocerme a mí como Dios, ni sintiendo el fuego ardiente que soy, rechaza mi temor, ni ama mi mansedumbre; sino que hiere a mi Hijo, cuando con labios no ungidos desgarr aquella palabra que mi Unigénito confirió a su esposa, cuando le dio su cuerpo y su sangre como dote. Por lo tanto, a este que tan temerariamente lo invade se le dice: ¿Quién toca a mi Hijo tan contumaz y no ungido? Pero este que de este modo se acerca a mi altar, cada vez que presume invocar a mi Hijo con el mencionado secreto de la palabra, intenta herirlo; no porque lo torture con dolor alguno, sino porque no teme tocarlo tan presuntuosamente. Quien, si permanece en este desprecio sin penitencia, estará entre aquellos en las penas que hirieron a mi Hijo sin causa. Por lo tanto, para que no sienta estos tormentos, que asuma el lamento de la aflicción, pero de tal manera que no presuma acercarse más al ministerio de mi altar. Sin embargo, los demás que bajo el sacerdote intentan ministrar en el servicio del oficio eclesiástico, cuídense de no presumir acercarse a ese ministerio sin el modo de la justicia, no sea que si usurpan falsamente esa rectitud para sí mismos, entonces, encontrados informes e impolutos, sean expulsados por justo juicio de la construcción de la edificación eclesiástica. Porque quiero que mis ministros aparezcan puros ante mí, sin engaño y sin mancha. ¿Cómo? Que se acerquen a mi altar por elección recta, y entonces también allí me asistan sin impureza. ¿Cómo? Que no miren hacia la unión secular, porque eligieron la espiritual. ¿Cómo? Porque han acudido a mi servicio. Pero si alguno de ellos usa la ardiente lujuria de su carne, que mortifique su cuerpo con abstinencia y ayuno, y se castigue con frío y azotes. Y si finalmente cae en la contaminación de una mujer, que huya de esa contaminación como de un fuego ardiente y un veneno mortal, y que limpie sus heridas con amarga penitencia; porque quiero que se me sirva en castidad. ¿Cómo? Porque también mi Hijo era castísimo, quien en sí mismo demostraba todos estos órdenes eclesiásticos. ¿Cómo? A saber, sirviendo, orando y ofreciendo. ¿Cómo? Porque la circuncisión lo tocó con su servicio, y la profecía lo demostró con su clamor, y él mismo predicó a los hombres, y finalmente se ofreció como sacrificio vivo en el altar de la cruz. Y porque él mismo se dio en castidad como holocausto, así también aquellos que intentan ofrecerle un holocausto en el altar deben imitar su castidad; quienes, sin embargo, no solo mantendrán la castidad en otros, sino que también la conservarán en sí mismos. ¿Cómo? Así como el sacerdote debe guardarse de la

contaminación de la mujer: así también debe contenerse de sí mismo, cuidando de no sacar de sí mismo la contaminación por el tacto de sus manos, para que el ruido de la lujuria no tumultúe penosamente en él. Porque el crimen de Adán, trayendo muerte a los hombres, despertó en ellos el sentido de la fornicación, y por eso los hombres deben restringir su carne para no quedar vergonzosamente sujetos a las caídas de la muerte. ¿Cómo? Porque mi Hijo superó la muerte y les dio vida. Y como asumió la carne en la integridad de la pureza virginal, por eso también deben ser castos aquellos que desean servirle, como está escrito en el mandato divino: Estad preparados para el tercer día, y no os acerquéis a vuestras esposas (Éxodo XIX). ¿Qué significa esto? Vosotros que deseáis servir a Dios singularmente, estad preparados con la voluntad de vuestro corazón para el día de su serenidad, donde la santa e inefable Trinidad, apareciendo verdaderamente, demuestra sus maravillas en un gran milagro. Y por eso, si deseáis acercaros dignamente a Dios allí, cuidaos de no uniros con afecto carnal, es decir, con uniones carnales, para que no mezcléis vuestra sangre con la de una estimación más frágil. Lo cual vosotros, oh sacerdotes y demás ministros míos, que militáis bajo el nombre espiritual, debéis evitar; porque ni siquiera los apóstoles a quienes seguís se dividían en diversas cosas, ni os dejaron tal ejemplo. Porque no quiero que haya dos uniones, a saber, del estudio espiritual y carnal en los sacerdotes; porque el sacerdote unirá la justicia de Dios a sí mismo, de modo que sea su esposa, con la cual nutrirá y enseñará a los demás pueblos, como un padre suele educar y enseñar a sus hijos. Y ¿cómo sería adecuado que un sacerdote ejerciera dos uniones en justa medida: que son contrarias entre sí en diversidad? ¿Cómo? Una carnal y otra espiritual.

Y siendo el sacerdote pastor y padre de aquellos hombres que tienen matrimonio carnal, si entonces él mismo poseyera de igual manera, ¿quién debería ser entonces su sacerdote? No podría tener otro sacerdote que lo presidiera, sino el diablo, quien debería ser su sacerdote, porque habría imitado al que esconde veneno bajo la miel. ¿Cómo? Porque así como el diablo esconde el mal bajo el bien, así también estos sacerdotes que siguen más su propia vileza que aman la castidad, intentan ocultar la unión carnal bajo el matrimonio espiritual, como veneno bajo la miel. Pero porque mi Hijo es todo castidad: por eso también deben amar la castidad aquellos que tocan su cuerpo y sangre en el altar; como está escrito: El sacerdote no tomará por esposa a una prostituta o a una mujer vil, ni a la que ha sido repudiada por su marido, porque está consagrado a su Dios, y ofrece los panes de la proposición (Levítico XXI). ¿Qué significa esto? Aquel que ha sido puesto para ofrecer sacrificio a Dios, no debe amar la injusticia del diablo, quien es el autor común de toda la inmundicia de la iniquidad, ni tampoco debe rebajar tan vilmente sus sentidos, que cuando quiere llevar mi yugo, siga vergonzosamente la voluntad de su carne contra la justicia de Dios y contra los ejemplos de los antiguos santos, para que no realice esa inmundicia que fue repudiada por sus mismos antiguos Padres (cuando la reconocieron como proveniente del aliento de la antigua serpiente) en actos deshonorables. Por lo tanto, abandonando estas inmundicias, sea amante de la justicia de Dios; porque está consagrado a su Dios en santidad, es decir, abstraído de las concupiscencias carnales en las obras de los hijos nacientes. Por lo tanto, existiendo sobrio e impoluto, puede ofrecer el pan que se pone en la mesa de la consagración para la salvación de los hombres. ¿Qué significa esto? A saber, porque ese sacrificio que es vida de los vivientes, y refrigerio de las almas, y espejo de todas las virtudes, que son claras en la forma de la castidad santa, está purísimo de toda inmundicia. Por lo tanto, también aquellos que van a ofrecer el mismo sacrificio deben estar sin la suciedad de las contaminaciones, conteniéndose también de la glotonería y la embriaguez, de la broma, de la risa, y de los modales ligeros e inconexos; sino que estén en esa reverencia, como conviene a los sucesores de los antiguos padres de los que fueron plantados, y en esa dignidad como corresponde a los patronos honorables. Y también vivan de tal manera que no sean dobles en dos personas, es decir, que

no caminen simultáneamente en el camino secular y espiritual, porque es difícil servir a dos señores al mismo tiempo, como también mi Hijo testifica en el Evangelio diciendo: Nadie puede servir a dos señores (Mateo VI). ¿Qué significa esto? Ninguno que esté vestido con la túnica mortal puede, debido a la ternura de su sentido y cuerpo, ofrecer servicio a dos señores al mismo tiempo y con igual obediencia. ¿Qué significa esto? Porque no puede servir simultáneamente al señor de la rectitud y al señor de la injusticia. ¿Por qué? Porque la rectitud rechaza la injusticia, y la injusticia combate la rectitud. Así también el sacerdote no puede tener simultáneamente y con igual devoción una sierva y una señora, a saber, la unión carnal y la comunión espiritual; porque estas dos cosas no pueden estar juntas en perfección. Porque lo que es carnal combate lo que es espiritual, y lo espiritual deprime lo que es carnal. Lo cual también Pablo, mi amigo, reconociendo, demuestra que es así por mi voluntad, cuando dice: Es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola esposa (I Timoteo III). ¿Qué significa esto? Es necesario que aquel que sobresale a los demás hombres en el oficio del magisterio espiritual, ordene su vida de tal manera que no se encuentre en él escándalo de ofensa y reprensión. ¿Cómo? Porque el sacerdote no debe tener dos personas, de modo que sea simultáneamente marido de una esposa carnal y esposo de una esposa espiritual; sino que será marido de una sola esposa, a saber, de la Iglesia en santidad, que es única en mi Hijo, porque una Iglesia se levantó en él. Pero aunque esta sea una, sin embargo, tiene muchos maridos; porque con los sacerdotes de mi Hijo, que están diariamente en su oficio, celebra bodas; permaneciendo virgen en su integridad, porque en ella la fe es incorrupta. Por lo tanto, también el mismo Pablo, mi vaso, no dijo que esta esposa fuera de un solo marido, porque está unida a aquellos sacerdotes que hasta el último día se levantan en el mismo Unigénito mío, hasta que también lleguen aquellas bodas que nunca fallarán por la inestabilidad de la mortalidad; pero también aquellos que bajo los sacerdotes ministran próximamente en el servicio de mi altar, son maridos de la misma esposa, como el mismo Pablo, ofreciendo fiel doctrina a los hombres por mí, dijo: Los diáconos sean maridos de una sola esposa, que gobiernen bien a sus hijos y sus casas (ibid.). ¿Qué significa esto? Aquellos que asisten a los sacerdotes con el servicio de su ayuda, sean maridos de una sola esposa en fiel unión. ¿Y quién es esa esposa? A saber, la esposa castísima que no puede ser herida por ninguna corrupción, como se corrompe aquella mujer que pierde la flor de su virginidad y su inocencia que tiene al inicio de su desposorio, cuando aún permanece incorrupta con su esposo. Por lo tanto, estos desposadores deben comportarse tan fielmente con esta esposa de la justicia, que también a aquellos que han sido regenerados por su ayuda en espíritu y agua, les ofrezcan buenos ejemplos de virtudes, y también se esfuercen con fiel solicitud en su oficio que pertenece a la protección de la mansión eclesiástica, como el hombre secular dedica toda su devoción a la procuración de sus hijos y su casa. Porque Pablo, mi amigo, mostró esta esposa a los sacerdotes y demás ministros de mi altar, para que la eligieran como esposa, y no desearan una esposa carnal. Porque ni el mismo Pablo, ni los demás discípulos de mi Hijo, ni los restantes Padres, es decir, sus seguidores, les daban este ejemplo por sí mismos, para que tomaran una esposa carnal, y abandonaran a aquella que primero habían elegido como esposa espiritual. Porque el sacerdote que es tan contumaz en el pecado que toma a una mujer ilícitamente según la voluntad de su carne, comete adulterio; porque abandona a su esposa legítima, es decir, a la Iglesia que le había sido desposada en el oficio espiritual, y toma impudicamente a otra según el deseo de su mente. Pero aunque le sea difícil restringirse en este ardor, sin embargo, por amor supremo, debe contenerse de estas concupiscencias, como también mi Hijo exhorta en el Evangelio, diciendo: Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos; el que pueda aceptar esto, que lo acepte (Mateo XIX). ¿Qué significa esto? Porque hay algunos hombres que salieron así del vientre materno, que por frialdad o debilidad de su cuerpo no pueden tener esposas. Por lo

tanto, por esta continencia suya, no recibirán la utilidad de la recompensa, excepto que solo no sufrirán las penas de esa obra del pecado; porque no tendrán penas por el pecado que no cometieron. Y hay otros hombres que por la voluntad de algunos hombres han sido debilitados en su cuerpo de tal manera que no pueden ejercer el placer de su carne en esta obra conyugal; pero también ellos, conteniéndose así, no merecen la gloria de la alabanza, porque aunque no pueden realizar esta obra de incendio, sin embargo, en su voluntad muchas veces sienten el ardor de la vileza. Y hay otros hombres, a saber, que emprenden la vida espiritual, que se quitan a sí mismos lo que fácilmente podrían realizar con su cuerpo; porque por la gloria de la herencia suprema desprecian la unión carnal, ni quieren tenerla, y por eso tendrán la máxima alabanza con la recompensa de la bienaventurada remuneración. Por lo tanto, mis sacerdotes y todos los que pertenecen al oficio de mi altar deben imitar con plena voluntad a estos, para que reciban la corona de la continencia con el máximo júbilo de la alegría suprema. Y por eso, cualquiera que en la voluntad de su corazón pueda aceptar este ejemplo, de tal manera que con pleno deseo de bienaventuranza pueda superar su cuerpo, y rechazar las concupiscencias carnales, que acepte con ardentísima devoción la comunión celestial, dejando fielmente la unión carnal en la constricción de su carne.

Pero quien no pueda contenerse, quien arda en la voluntad de su carne, que no se haga sacerdote ni otro ministro del grado sacerdotal por la persona de la soberbia, ni por el apetito de las riquezas, no sea que, si después cae en la delectación de su carne, sienta un gran detrimento de sí mismo. Porque aquellos que suelen acercarse al ministerio de mi altar, se contendrán de la contaminación de las mujeres; ni se unirán a matrimonios conyugales por cualquier ocasión, sino que con su voluntad y la rectitud de mi servicio se contendrán castamente, de lo contrario deben evitar el santo servicio en mi altar. Sin embargo, aunque se encuentre que este servicio fue concedido alguna vez a algunos hombres que primero se habían sometido al mundo, se ve que apareció en aquellos que antes de recibir mi servicio y no después de recibirlo, se habían sometido al yugo carnal, de tal manera que, cortado luego ese yugo por ellos, después el Espíritu Santo obró en ellos alabanzas en sus maravillas, cuando esto fue concedido en el milagro al principio de la Iglesia naciente por la escasez de sacerdotes; pero ahora, siendo la misma adulta y bien fortalecida, multiplicados sus ministros, según lo que la censura eclesiástica muestra sobre la misma causa, debe prevenirse, según este ejemplo, porque desde el principio del mundo naciente se concedió a los varones tomar mujeres de la misma estirpe por la rareza de los hombres, lo cual, sin embargo, prohibido es ahora que se han multiplicado. Porque también se suelen poner piedras informes e impolutas en el fundamento de un edificio, aunque después se busquen piedras hermosas y bien compuestas en el muro de sus paredes: así también en la infancia de la Iglesia se pusieron sacerdotes según lo que entonces se podía encontrar, pero ahora en el pueblo espiritual se encuentra un número completo de aquellos que son aptos para el oficio sacerdotal, de tal manera que no están ocupados con la carga secular de la unión terrenal. Porque no conviene que el padre de familia que recibe el precepto en el matrimonio secular sea llamado mi mensajero en el sacerdocio. Por lo tanto, escucha esta similitud: Un rey, dotado de gran fortaleza, había reunido un pequeño ejército, que al observarlo cuidadosamente, viendo que era inexperto para el ejercicio del trabajo, tomó de él a uno con algunos otros de la plebe común que consideró idóneos para la procuración, y los puso al frente de ese ejército, porque el noble germen de esta nobleza aún no estaba maduro. Pero cuando luego ese ejército comenzó a aumentar, y cuando ya en él había nobles adultos, ese rey dispuso bien y ordenadamente cada derecho en ese ejército, y puso al frente de él a duques y presidentes de entre esos más nobles según cada justicia. ¿Qué significa esto? El Rey celestial, cuya fortaleza está sobre todos, había reunido un pequeño grupo de creyentes en la plantación de la Iglesia. Que examinando con aguda investigación, consideró aún débil e incapaz de soportar

las pasiones corporales por su nombre, y así, limpiando a Pedro, que era uno de ellos, que antes había estado en actos terrenales, y después de él a algunos otros que también alguna vez habían probado el jugo de la tierra, de la suciedad de las cosas temporales, porque los conoció sagaces y fieles, y para el cuidado de las almas y el sustento de los cuerpos en su plantación, abrazando la fe católica, los prefirió en el oficio de restricción y relajación; porque la aurora resplandeciente en el ardor de la castidad, quemando las contaminaciones humanas, aún no había difundido ampliamente las flores de su dulzura en los hombres. Pero ya, con la multitud del germen eclesiástico ampliamente diseminada por los circuitos de todo el mundo, y la gloria del honor eclesiástico ya noblemente fortalecida, ese mismo rey supremo inspiró a los hombres con dones seculares y espirituales con la disposición más benigna y decente, y estableció a los sacerdotes y demás ministros de los oficios divinos conservando su sobriedad y castidad al derecho eclesiástico según la justicia de Dios de la manera más honorable. Por lo tanto, oh hombre, porque ya entre los hombres espirituales han surgido muchos que trabajan para luchar contra el mundo y contra el diablo y que se apresuran a acercarse a mi altar en castidad y constricción de su cuerpo, quiero que mis sacerdotes aparezcan ante mí sin la contaminación de la unión terrenal. Porque cuando en el Antiguo Testamento se ordenó a los sacerdotes que cuando se acercaran a mi altar se contuvieran de la contaminación de las mujeres, todo esto en el Nuevo Testamento se ha llevado a plena perfección para mis sacerdotes, de tal manera que lo que aquellos antiguos evitaban en castidad como por una hora, estos nuevos lo completan desde el inicio de su infancia hasta el fin de su vejez. Y como de los antiguos no quise recibir sacrificio contaminado en la unión de una mujer, mucho más quiero que mi Hijo sea tratado en el oficio de la castidad por los nuevos sacerdotes.

Ni nadie inmaduro e inconsecrado reciba la iglesia, ni tampoco presuma desear varias iglesias, no sea que si en la edad de la infancia o sin la consagración del oficio sacerdotal se atreva a recibir la iglesia, o teniendo una intente subyugarse varias, siendo transgresor de la justicia en esto, sea examinado por el juicio de la más grave severidad, como aquel que antes del tiempo legítimo, o sin el legítimo desposorio no teme fornicar, o teniendo esposa legítima, se apresura a contaminarse con otras en adulterio. Pero también de todo el pueblo que está en el nombre cristiano deben elegirse sacerdotes de ingenio sabio y ánimo viril: de tal manera que vengan a mi servicio en orden recto, con justa unción y ánimo voluntario. Sin embargo, no debe ser que se acerquen al oficio de mi altar aquellos que cojean por alguna debilidad de sus miembros; porque tampoco en el reino de los cielos aparecerá mancha alguna de diversas heridas en las almas de los hombres. Y por eso no quiero que asistan a mi altar quienes están privados de alguno de sus miembros. Pero aunque ellos sean débiles en sus cuerpos, no serán separados del reino de los cielos por esta privación de sus miembros, si tienen la salud de sus almas, si me buscan en la pureza de las buenas obras; no quiero, sin embargo, que ejerzan el ministerio de mi altar, sino que trabajen humildemente en la eficacia de las buenas obras. Así tampoco las mujeres deben acercarse al mismo oficio de mi altar, ya que ellas son una morada débil e inestable, puestas para dar a luz hijos y criarlos diligentemente. Pero la mujer no concibe al niño por sí misma, sino del hombre, así como la tierra no se ara por sí misma, sino por el agricultor. Por lo tanto, así como la tierra no puede ararse a sí misma, tampoco la mujer es comparable al sacerdote en el oficio de la consagración del cuerpo y la sangre de mi Hijo, aunque pueda sonar en alabanza de su Creador, como la tierra recibe la lluvia para la irrigación de los frutos. Y así como la tierra produce todo fruto, también en la mujer se perfecciona todo fruto de buena obra. ¿Cómo? Porque puede recibir al sumo sacerdote: al esposo. ¿Cómo? La virgen desposada con mi Hijo lo recibe como esposo: porque ha reservado su cuerpo para un esposo carnal, y por eso en mi

esposo tiene el sacerdocio y todo el ministerio de mi altar, y posee con él todas sus riquezas. Pero también la viuda puede ser llamada esposa de mi mismo Hijo, que rechazando al esposo carnal huye bajo las alas de su protección. Y así como el esposo ama mucho a su esposa, así también mi Hijo abraza dulcemente a sus esposas, que corren solícitas hacia él con amor de castidad. Pero de ninguna manera el hombre debe vestirse con ropa femenina, ni la mujer usar el atuendo del hombre, para que de este modo se distinga cada persona; a saber, que el hombre demuestre en sí la fortaleza viril, y que la mujer muestre en sí la debilidad femenina. Porque esto está así en mi disposición desde el principio del género humano: a menos que el hombre esté en peligro de muerte, o la mujer en peligro de castidad. Entonces, si en ese momento el hombre según la mujer, o la mujer según el hombre, cambian humildemente su vestimenta en el temor de la muerte, cuando busquen mi misericordia por este hecho suyo, la encontrarán; porque no lo hicieron por temeridad, sino por el peligro de su salvación. Y porque la mujer no debe vestirse con atuendo viril, por eso tampoco se acercará al oficio de mi altar; porque no demostrará la persona viril ni en su cabello ni en su vestimenta.

Pero aquellos que se acercan a mi altar, aparezcan en castidad ante mi presencia. Y no solo estos, sino también los demás que desean recibir el sacramento del cuerpo y la sangre de mi Hijo, para que no se arrojen a sí mismos en la caída de la ruina. Pero se encuentran muchos tanto entre los espirituales como entre los seculares que no solo se contaminan con la fornicación de mujeres, sino que también contaminándose en la contrariedad de la fornicación, se imponen a sí mismos la carga gravísima del juicio estricto. ¿Cómo? El hombre que peca con otro hombre según el modo de la mujer, peca amargamente contra Dios, y contra aquella unión en la que Dios unió al varón y a la mujer. Por lo cual ambos aparecen ante Dios contaminados, negros y lujuriosos; horribles y molestos para Dios y los hombres, y culpables de muerte; porque despojan a la criatura que está en ellos contra su Creador. ¿Cómo? Dios unió al hombre y a la mujer, a saber, lo que era fuerte e inestable lo unió, para que uno fuera sostenido por el otro. Pero estos, contrarios adúlteros, cuando transfieren su fortaleza viril a la blandura de la contrariedad, rechazando la institución recta del hombre y la mujer, siguen torpemente a Satanás en su perversidad, quien en su soberbia quiere dividir y separar lo que es indivisible. Pues ellos constituyen en sí mismos un adulterio ajeno y contrario en sus artes perversas, y por eso aparecen ante mí contaminados y contumeliosos. Pero aquel que de la misma manera peca en esta fornicación contraria con una mujer, es un lobo voracísimo en su perversidad. ¿Cómo? Pues así como ese hombre sería contrario y molesto para los hombres, que teniendo manjares bellísimos y purísimos los rechazara, y comiera el estiércol que sale en la excreción del hombre: así también estos son indignos e inmundos ante mí; porque abandonan la institución recta de la unión en la mujer, y buscan en ella una transgresión ajena. Pero también la mujer que toma estas artes diabólicas, pretendiendo unirse en oficio viril con otra mujer, aparece vilísima ante mí, junto con aquella que se somete a ella en tan contumelioso crimen. Porque cuando deberían tener vergüenza de su pasión, usurparon impudicamente un derecho ajeno. Y porque se transformaron en un modo extraño, por eso son transpuestas y despreciables para mí. También aquellos hombres que con el tacto de su prepucio extraen su semen, imponen una gran caída a su alma; porque en esta inquietud se agitan completamente, y por eso aparecen ante mí como animales inmundos que devoran a sus crías. Porque sacudiendo perversamente su semen, lo conducen a una contaminación contumeliosa. A quienes también imitan las mujeres con un tacto impúdico, cuando ardiendo en el incentivo de la ardiente lujuria se fatigan en la constricción de su cuerpo, son muy culpables por ello, porque cuando deberían contenerse en castidad, se contaminan en inmundicia. Por lo cual tanto las mujeres como los hombres que con el propio tacto de su cuerpo extraen su semen, en esta suciedad suya se infectan a sí mismos con úlceras y heridas en sus almas, cuando por amor a mí no quisieron constreñirse en el oficio de

la castidad. ¿Qué es esto? Porque cuando el hombre siente que el aguijón de su carne lo punza: corra a la caverna de la continencia, y tome el escudo de la castidad, y así se defienda de la inmundicia. ¿Cómo? Expulse la cizaña del trigo, es decir, separe el ruido de la lujuria de la suavidad de la castidad. Por lo cual quienquiera que así expulse de sí el gusto de la lujuria: es muy dulce y amable para mí. Pero vosotros, oh hombres, rechazáis la castidad y amáis la lujuria, cuando incluso no solo sois fornicadores de hombres, sino también fornicadores de bestias, de tal manera que no ponéis vuestro semen en lo que vive, sino en lo que está muerto, y abandonáis a vuestro consorte, y deseáis lo que está sujeto a vosotros en servidumbre. Por lo cual los elementos claman sobre vosotros diciendo: ¡Ay! ¡Ay! Nuestros dominadores se mezclan con nosotros en la mezcla de su semen. Y así demuestran tener tristeza en mis obras por vuestra indignación. ¿Por qué entonces convertís vuestro entendimiento inteligible en necedad pecuaria, cuando sabéis que sois hombres? ¿Acaso os creé para la unión con las bestias? De ninguna manera. Y porque os unís a ellas, por eso caerán sobre vosotros las amarguísimas compañías de crímenes nefandos, porque despreciáis mi institución en la unión del hombre y la mujer. Pues quien en sus actos se transforma de tal manera, que hace lo que desea hacer, a saber, que se despoja de tal manera, que derrama su semen con una bestia, este se induce a sí mismo una ruina máxima, como también Satanás se arrojó a sí mismo por su adversidad cuando quiso ser semejante a Dios. Por lo cual todos vosotros que en uso perverso os contamináis en diversas contaminaciones de este tipo: resistid a vuestra concupiscencia, y castigando vuestros cuerpos haced penitencia amarguísima y verdadera con gran llanto y ayuno y mortificación de vuestra carne y con duros azotes, para que no os arrojéis impenitentes en el cúmulo de la culpa más cruel.

No solo quiero que los hombres se limpien de la inmundicia vigilante, sino que también se purifiquen dignamente de la contaminación que les ocurra mientras duermen. Pues si a un hombre dormido le sobreviene la conmoción del semen en sueños; no quiero que así en ese ardiente calor se acerque al sacramento del oficio de mi altar, hasta que ese ardor en él se calme, como está escrito: Si hay entre vosotros un hombre que esté contaminado por un sueño nocturno, saldrá fuera del campamento; y no volverá antes de que se lave con agua al atardecer, y después de la puesta del sol regresará al campamento (Deut. XXIII). ¿Qué es esto? Si hay entre vosotros que os afanáis en mi servicio un hombre que por la noche se contamina en el sueño de su dormición, sepárese de la congregación de santidad que pertenece a mi altar, de tal manera que no presuma unirse a ese misterio, antes de que, yendo el calor nocivo, sea purificado con el lavacro de la penitencia en la confesión y compunción del corazón por el incendio de su lujuria. Y entonces, habiendo realizado esa penitencia que así iluminó su corazón, regrese en el amor de la castidad a aquellos que se defienden fielmente de la inmundicia de la contaminación, y acceda digna y honoríficamente a ese sacramento que es todo en santidad. Pero ese hombre que tanto durmiendo como vigilando arde fuertemente en lujuria, cuide de no alimentar el incendio a su ardor. ¿Cómo? A saber, no se inflame con aquellos alimentos que le ofrecen el jugo de la lujuria, sino que se abstenga humildemente de aquellas carnes que sin cobertura salen desnudas de sus madres, es decir, de los animales, porque en ellas está el fervor del ardor, que no es tanto en la carne de las aves que no sale sin cobertura, sino que nace con cobertura del huevo roto. Por lo cual también hay menos incendio en ella. Pero también se abstenga del vino immoderado, para que no, bebiendo en exceso, sus venas llenas de sangre nociva, se calienten torpemente en el ardor del incendio. Pero si alguien sufre en exceso por estas causas, no pudiendo resistirse a sí mismo, búsqume con la intención más devota, y muéstreme las heridas de su corazón con la más humilde revelación. ¿Cómo? A saber, abra su corazón en humilde confesión ante el sacerdote. ¿Y por qué esto? Porque la verdadera confesión es la segunda resurrección. ¿Cómo? En la caída del viejo Adán el género humano fue muerto, lo que el nuevo Adán en su

muerte levantó. Por lo cual también en la muerte de ese nuevo Adán surgió la resurrección de las almas, de tal manera que el hombre debe confesar sus pecados, lo que el viejo Adán no hizo, cuando más bien cubrió su transgresión que confesarla. ¿Cómo? Porque no la confesó arrepintiéndose, sino que la cubrió acusando a la mujer; por lo cual también se estableció la confesión, para que después de que los hombres caigan, se levanten de su caída por ella. Y por eso cualquiera que con pura confesión al sacerdote en mi amor, confiese sus pecados: resucita de la muerte a la vida, como también fue rescatada de la muerte aquella que en el banquete ante mi Hijo con penitencia lacrimosa se purgó de sus inmundicias. Este remedio de purificación también fue prefigurado durante mucho tiempo en los antiguos padres. ¿Cómo? Pues antes de la ley de la gracia, los patriarcas y profetas eran el consuelo de los hombres, y bajo la ley los pontífices y sacerdotes eran su instrucción, cuando luego los apóstoles viniendo trajeron la verdadera justicia en mi Hijo de tal manera que muchos hombres corriendo hacia ellos, imploraron devotamente su ayuda. Y así desde Adán hasta el apostolado de los apóstoles, siempre hubo quienes por inspiración celestial, con su consuelo e instrucción, socorrían las miserias de los hombres. Pero así como los apóstoles mostraban a los hombres con su predicación y muchos milagros, el hombre que cayendo en la muerte por la persuasión diabólica nunca pudo levantarse por sí mismo, fue rescatado de la muerte por mi Hijo. ¿Cómo? Porque estando en el mundo soportando muchos trabajos en su cuerpo, finalmente fue puesto en la cruz por la redención del mundo. Esto deben imitar los hombres fieles para su salvación con sus sacerdotes. ¿Cómo? Buscando la ayuda de mi Hijo: porque cuando después del bautismo revocan el viejo crimen de Adán, no pueden levantarse de su caída por sí mismos. Y por eso, como buscarán consejo de los patriarcas y profetas, y recibirán ayuda de los apóstoles: donde mostrarán fielmente sus pecados, desnudando sus heridas, en verdadera y pura manifestación. ¿Cómo? Confesarán sus pecados al sacerdote que es ministro de mi Hijo, con el corazón y la boca más devotos. Y entonces ese sacerdote confiriéndoles el remedio en su penitencia, así sepultará sus pecados en la muerte de mi Unigénito. Pero ellos luego resucitando de este modo a la vida, también glorificarán la resurrección de mi Hijo.

Sin embargo, quien se niega a descubrir las heridas de sus pecados, sino que en silencio intenta curarlas por sí mismo sin la ayuda de otro, según lo que entonces prueba querer en su corazón, se engaña a sí mismo, porque quiere ser su propio sacerdote. Por lo tanto, no puede levantarse sin la ayuda de otro; ya que el hombre no fue erguido por sí mismo en la salvación, sino que fue salvado por mi Hijo. Por eso, quien desea ser salvado, no debe desesperar de confesar sus pecados al final de su vida. Y si alguien, en la hora de su muerte, busca remedios para las heridas de sus pecados, pero no puede tener un sacerdote a quien confesarlos, entonces debe manifestarlos a otro hombre que tenga disponible en ese momento. O si tan repentinamente no puede tener a nadie, debe abrirlos ante mí, en presencia de los elementos con los que también los cometió, desde lo más profundo de su corazón, y yo, viendo la devoción de su corazón, no rechazo su penitencia. Por lo tanto, nadie debe desesperar por el peso de su iniquidad, porque si desespera de mi misericordia, no resucitará a la vida. Pero quien lucha contra la desesperación y finalmente la reduce a nada, se ha liberado, porque siendo fuerte, ha vencido valientemente. Pero quien no busca el remedio de su salvación por la soberbia de su mente, no debe ser socorrido; porque, pudiendo encontrarme, se negó a buscarme. Por lo tanto, mientras el hombre tenga tiempo, no debe descuidarse a sí mismo, sino buscar el refugio de la confesión pura, como también mi Hijo lo mandó en el Evangelio, diciendo: Ve y muéstrate al sacerdote, y ofrece el don que mandó Moisés como testimonio para ellos (Mateo VIII). ¿Qué significa esto? Tú, que estás manchado por los pecados, cuando desees ser limpiado de ellos, ve con buena intención y muéstralos con pura confesión

al sacerdote que es mi ministro, y ofrece con devoto corazón el don de la verdadera penitencia, que por la voluntad de Dios fue prefigurado por aquel que fue lavado de muchas inundaciones de iniquidad terrenal por el poder divino, para que testifiquen aquellos que antes te vieron manchado en malas acciones, que ahora en la amargura de la penitencia has sido purgado de ellas como en un horno de examen. Por lo tanto, oh hombre, si el pecador ocultara sus hechos en el secreto de su corazón, ¿quién entonces sería testigo de su penitencia contra el acusador? Nadie. Por eso, el hombre debe manifestar sus pecados, para que tenga un testigo de su penitencia. Pero quien desea completar la penitencia de sus pecados, debe asumir la limosna como ayuda. ¿Cómo? Porque cuando el cuerpo del hombre desfallece por su debilidad en el trabajo de la penitencia, la limosna acude en su ayuda. Y como es difícil para el hombre hacer penitencia áspera y justa, por eso debe asumir la limosna como madre, para que con ella complete lo que es laborioso para su cuerpo. Pues así como una madre no cesa de socorrer la necesidad de su hijo, aunque ya parezca educado, así también la limosna socorre la debilidad del cuerpo en la penitencia del hombre, aunque el mismo hombre aparezca fuerte en la mortificación de su cuerpo al hacer penitencia. Sin embargo, las malas obras que el hombre ha cometido en su cuerpo por la concupiscencia de su carne, también debe castigarlas corporalmente en sí mismo, para que la obra que fue querida y dulce para su carne sea fielmente borrada por la amargura de la penitencia; porque la amargura de la penitencia debe sanar las heridas mortales de los pecados en los hombres con la ayuda de la limosna. ¿Cómo? Porque cuando el hombre se constriñe en la corrección, también se expande por la limosna. ¿Cómo? Porque la limosna designa mi misericordia. ¿Cómo? Cuando el hombre fiel socorre a los pobres con su sustancia por amor a mí, guarda mis mandamientos, porque extiende su misericordia a los necesitados por el honor de mi nombre, así como yo no retiro mi gracia a quienes me buscan con pureza de corazón. Y quien de este modo socorre a los pobres con la restauración de las limosnas por el impulso de la misericordia, es muy amado por mí, porque tiene entrañas de misericordia, cumpliendo lo que está escrito: Guarda tu tesoro en los mandamientos del Altísimo, y la limosna te aprovechará más que el oro (Eclesiástico XXIX). ¿Qué significa esto? Con justa y recta consideración, toma de la materia de tu dinero que está en tu seno y en el abrazo de tu corazón, dividiéndolo según los mandamientos de aquel que está sobre todos, porque Dios mandó que te apartes del mal y hagas el bien. Y por eso, en tus entrañas debes abundar de esta manera por tu buena voluntad, para que no seas de las ovejas perdidas, sino que te santifiques ante Dios, dando de tu sustancia a los necesitados en su restauración; porque entonces Dios no retendrá su misericordia sobre ti en tus miserias. Y si haces esto, entonces esa compasión que tienes sobre aquel que no posee ningún tesoro te traerá mayor utilidad que si, subiendo a una gran montaña, poseyeras mucho dinero de oro en tu soberbia. ¿Cómo? Porque es mejor para ti dar poco a los pequeños en humildad, que poseer el reino del mundo con gran placer; porque entonces la misericordia en la recompensa de Dios te faltaría por el peso de tu soberbia, ya que allí no tendrías entrañas de compasión sobre el pobre. Por lo tanto, los elementos son el lago de los placeres de los hombres, y muestran sus costumbres. ¿Cómo? Porque inducen la venganza de Dios sobre los que pecan. Y por eso, oh hombre, abandona la vanidad del naufragio de la avaricia; porque tu herencia más justa está en la vida eterna, y dejando el mal, haz el bien, para que abandones la malevolencia de la dureza. Y para que consigas misericordia, da de tu sustancia a los necesitados, imitando en esto a Dios, que es misericordioso.

Por lo tanto, también, oh hombre, ningún mentiroso puede contradecir esto, que vosotros que así socorréis a los pobres, cumplís mi voluntad en esto. ¿Cómo? Así como yo os imparto mi gracia, también vosotros debéis dar vuestra limosna a los pobres. Pero quienes reciben la limosna, no deben tomarla en vano ni según la avaricia. ¿Qué significa esto? Porque hay

muchos que, amando la pereza, no quieren trabajar corporalmente para poder alimentarse a sí mismos, ni se esfuerzan por hacer buenas obras espiritualmente para socorrer a sus almas; sino que son como bestias, no teniendo el entendimiento de la justicia ni en su alma ni en su cuerpo. Por lo tanto, también aparecen indignos ante mis ojos, si perseveran de este modo sin corrección y sin penitencia en la tibieza de esta depravación. Pero también hay muchos que, sufriendo necesidad corporalmente, reciben la limosna con humildad en el temor, y oran y trabajan por aquellos que les imparten su misericordia, evitando también las malas obras de la inmundicia más impura. Entre estos también se encuentran muchos a quienes por eso les quito las riquezas terrenales, porque quiero darles riquezas celestiales. Y quienes sufren la pobreza por mi nombre con gusto, son muy amados por mí; pero quienes desearían tener riquezas mundanas por su codicia y no pueden tenerlas, pierden la recompensa de este trabajo. Pero quien busca riquezas para cumplir mi voluntad y no su codicia en ellas, este por su buena voluntad recibirá de mí la recompensa del honor. Así también aquel que busca el poder del honor por la jactancia de su soberbia y no para la gloria de mi nombre, este es para mí como un cadáver podrido; pero quien lo busca para no defender su soberbia sino mi honor, aparecerá glorioso en mi reino por eso mismo. Por lo tanto, también los sacerdotes del oficio de gobierno espiritual deben asumir su magisterio no por ellos mismos, sino por mí, para que puedan presidir a mi pueblo con tanta más seguridad y devoción. ¿Cómo? Porque deben enseñar, amonestar, exhortar y cohibir a mi pueblo, para que guarden la ley de Dios digna y laudablemente. Y esto siempre rumiarán los pastores: mientras mueven al pueblo exhortándolo, para que no perseveren en sus pecados sin confesión y sin penitencia, sino que pisen las malas obras y completen las buenas. Y si el pueblo no obedece a sus sacerdotes en esta amonestación, entonces el pueblo sentirá su culpa, y los sacerdotes se habrán librado de la negligencia de este caso; pero si los sacerdotes no muestran la autoridad de su magisterio al pueblo, entonces no son llamados sacerdotes, sino lobos rapaces, porque tienen su oficio en la rapiña: así como el lobo cruelmente desgarrar a la oveja, así ellos siguen más su voluntad que aman la custodia de sus ovejas. Y porque viven perversamente, por eso temen sembrar la verdadera doctrina al pueblo, consintiendo a la iniquidad como a algún señor suyo, que son las concupiscencias carnales, y cerrando la puerta de su corazón a la equidad como a algún doméstico suyo, que es la justicia de Dios. Por lo tanto, oh vosotros pastores, aullad y lamentad vuestros crímenes que emiten una voz terrible en vuestra iniquidad, de modo que incluso los elementos reciben su clamor, y con ellos resuenan ante mí. ¿Cómo os atrevéis en vuestro oficio a tocar a vuestro Señor con manos ensangrentadas y en suciedad contraria, y en iniquidad adulterina? Verdaderamente, en vuestra inmundicia conmueven el fondo de la tierra. ¿Cómo? A saber, cuando, manchados en tantos crímenes, no teméis tocar a vuestro Dios, oprimo la tierra en gran dolor, así vengando la carne y la sangre de mi Hijo; porque no solo conmueven cruelmente la tierra en este horror, sino que también contaminan pésimamente el cielo en vuestra inmundicia. ¿Cómo? Cuando en el hedor de vuestra inmundicia tocáis al Señor vuestro Dios, como el cerdo contamina las perlas en el estiércol: entonces los cielos, recibiendo vuestra iniquidad, emiten la venganza de mi juicio en mi voluntad sobre la tierra. Pues cuando deberíais preceder a mi pueblo con verdadera justicia y con la ley divina en buenas obras brillando para él, de modo que mi mismo pueblo, caminando tras vosotros, no tropezara en ninguna ofensa; pero a veces contamináis a mi pueblo con mayor iniquidad que él mismo se contamina, en el cual tiene un mal y pésimo ejemplo en vosotros. Pues deberíais ser una gema tan luminosa, para que los creyentes, caminando en vuestra luz, pudieran reconocer el camino de la rectitud; pero les dais ejemplo de muerte, de modo que en vuestra iniquidad no pueden encontrar medida. ¿Y cómo podéis ser sus pastores, cuando así los seducís? ¿Cómo, entonces, responderéis por ellos, que ni siquiera podéis dar respuesta por vosotros mismos? Por lo tanto, llorad y aullad antes de que el tiempo de la muerte os quite. ¿Y por qué no consideraréis vuestro honor, que os ha sido dado

sobre los demás hombres? ¿Qué significa esto? Porque en mi Hijo habéis recibido las llaves del cielo sobre los demás, que son el juicio del recto sentido y del justo juicio en la ciencia de las Escrituras: cuando consideráis rectamente qué es lo que debéis atar. ¿Qué significa esto? Cuando los hombres se oponen a mí en mi ley con obstinación, debéis infundirles el temor de mi juicio. Y si entonces no corrigen su culpa, extendéis vuestra atadura sobre ellos. ¿Cómo? Porque son rebeldes: por eso, con voces abiertas en mis palabras los ataréis, y les indicaréis esa atadura; porque también por su contumacia están atados ante mí: como mi Hijo mostró al primer pastor de la Iglesia diciendo: Te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares en la tierra, será atado también en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado también en los cielos (Mateo XVI). ¿Qué significa esto? Yo, que tengo el poder del cielo y de la tierra, te daré a ti, que me has imitado devotamente, por mi gracia, esos juicios que tocan la dignidad del reino de los cielos, de modo que no sea lícito desatar lo que con justo juicio atares en la tierra, según lo que veas que los hombres pecan en la tierra; porque después de que yo extraiga el alma del hombre de su cuerpo, entonces tu juicio sobre ella no se extenderá, porque ese juicio es mío: que en su maldad esté atada, y en los cielos, es decir, separada y proyectada del cielo, porque en la mansión suprema ninguna iniquidad tiene permiso para tener libertad o lugar. Pero también ese vínculo que así antes en la rebelión constriñiste, cuando luego lo hayas denotado en la penitencia de los delincuentes, será desatado en la tierra y en los secretos supremos. Y entonces, después de la muerte del hombre, orarás por su alma; pero entonces podrás absolverla de los lazos de su atadura, porque Dios no rechaza el gemido del corazón devoto.

Pero vosotros, oh sacerdotes, que de este modo habéis recibido este poder por mi Hijo: no ataréis a nadie sin causa culpable por la rabia de vuestro corazón en mis palabras; sino que debéis considerar con la mayor agudeza a quién debéis así constriñir. Pues quien no puede ser contenido ni por el pudor de los hombres, ni por mi temor, ni por vuestras súplicas ni preceptos, para que no quiera perseverar en su iniquidad, a este lo apartaréis de mi Iglesia con la censura eclesiástica en mis palabras. Pero no ataréis al inocente; porque si lo constriñeráis, os meteríais a vosotros mismos en el nudo de una terrible culpa. Pero si, sin embargo, aquel fuera así constriñido inconvenientemente, aunque sea inocente, sin embargo, debe buscar la solución con la más humilde obediencia de sumisión por el honor de mi nombre, para que si se muestra despreciador, no se atraiga la culpa de la soberbia. Pero esa atadura sea tal. El hombre que ni a mí, ni a los preceptos de sus mayores en sus perversidades quiere obedecer, este debe ser separado de los celestiales en mi palabra, como Adán, existiendo desobediente a mí en mi precepto, fue expulsado del paraíso, y no será recibido en la comunión de los fieles, sino en la penitencia de la obediencia; así como también el género humano fue llamado de nuevo a la patria celestial en el martirio de mi Hijo obediente. Pero quien es tan rebelde que no quiere volver en el oficio de la humildad, entonces, si así persevera en su contumacia, tendrá la comunión de aquellos que, rehusando desechar el corazón de piedra, pero permaneciendo en su infidelidad, rehusaron tener la gloria de la bienaventuranza eclesiástica. Pues quien es tan endurecido que no se preocupa por buscar ninguna misericordia de su iniquidad, este imita a la antigua serpiente que despreció la misericordia y que, engañando al primer hombre en el paraíso, decía en sí mismo. Aunque fui arrojado del cielo cuando no pude resistir luchando contra el ejército del Altísimo con mis ángeles, porque fui vencido por él; sin embargo, ahora en la tierra he encontrado al hombre, en quien ejerciendo mi ira me vengaré fuertemente. Pues en la tierra en el hombre completaré lo que quise hacer en el cielo, a saber, ser semejante al Altísimo. Y si Dios es justo, este poder no me será quitado, porque el hombre me consentirá y no obedecerá a Dios. Esto decía el diablo en sí mismo: preparó todas sus artes contra el hombre para que este se apartara de Dios, quien también lo siguió;

por lo que también se ató tan fuertemente a él, que el hombre lo adoró como a Dios, y negó a Dios su creador.

Pero cuando el hombre yacía en tal oscuridad de infidelidad, y no podía erguirse: para su salvación envié a mi Hijo, de modo admirable encarnado de una virgen, existiendo verdadero Dios y verdadero hombre. ¿Qué significa esto? Porque de mí, el Padre, salió verdaderamente según la divinidad, y porque de la Virgen madre asumió verdaderamente carne según la humanidad. ¿Qué significa esto? Oh hombre, eres blando y tierno en tu cuerpo; pero permaneces duro e inflexible en tu incredulidad; pues la piedra puede ser pulida para la edificación, pero tú no quieres ser ablandado para la fe. Sin embargo, atiende. Así como un hombre teniendo en su arca una gema bellísima, la coloca en metal para que aparezca a los hombres, así también yo, teniendo a mi Hijo en mi corazón, quise que se encarnara de una Virgen para que él confiriera la salvación de la vida a los creyentes. ¿Qué si le hubiera dado un padre carnal, quién sería entonces? A saber, no mi hijo, sino mi siervo; pero esto no debía ser. Sin embargo, él, nacido de una Virgen, comió, bebió, y durmiendo descansó, y soportó otras miserias corporales; pero sin embargo, no sintió el gusto del pecado en su carne; porque no en mentira, sino en verdad asumió carne. ¿Qué significa esto? Porque los demás hombres nacen en la transgresión de Adán y Eva por el gusto de la delectación, lo cual es en mentira y no en verdad. No así nació mi Hijo: sino que en santidad nació de la castísima Virgen para la redención de los hombres. Pues el semejante no podría liberar al semejante de su vínculo, a menos que viniera uno mayor que pudiera rescatarlo. ¿Qué significa esto? Porque el hombre nacido en pecados no pudo liberar al hombre pecador de la perdición de la muerte; por eso mi Hijo vino sin pecado: porque, habiendo vencido a la muerte, misericordiosamente rescató al hombre de la muerte. Pero quien ve con ojos vigilantes, y escucha con oídos atentos, este debe ofrecer un beso de abrazo a mis palabras místicas, que emanan de mí, el viviente.

VISIÓN SÉPTIMA.

SUMARIO.---Que Dios, dispensando todo con justicia y declarando en justicia los diversos dones del Espíritu Santo, fortalece a los fieles en las buenas obras para que no puedan ser vencidos por el diablo. Sobre la multitud de fieles y la ley divina extendida ante ellos. Que las decepciones del diablo son evidentes para los hombres en el camino de este mundo. Que el diablo ofrece riquezas y delicias a los hombres de manera abierta y fraudulenta; quienes las codician, las compran. Que aquellos que resisten virilmente la persuasión diabólica la rechazan, mientras que algunos que viven tibios consienten en ella. Palabras de Ezequiel sobre el mismo tema. Que el diablo, lleno de toda maldad, con el veneno de su arte multiforme, se esfuerza por engañar los cinco sentidos de los hombres. Que el orgullo del diablo fue derribado en la encarnación del Hijo de Dios. Sobre lo que significan los ojos, oídos y narices de la serpiente. Sobre lo que significan sus manos, pies y cola. Que el poder del Dios omnipotente ha quebrantado la fortaleza del diablo de tal manera que no puede ejercer su maldad según su voluntad. Que el diablo lanza el incendio de su persuasión iniqua en las cuatro partes del mundo sobre toda clase de hombres diversos. Palabras de David sobre el mismo tema. Cómo el diablo, en sus persuasiones ígneas, ataca a diversos tipos de hombres espirituales y seculares con múltiples tentaciones. Sobre sus tres filas. Sobre la tentación de los seculares. Sobre los seis modos de tentaciones de los hombres espirituales. Sobre los no bautizados. Sobre lo que significan las flechas de su boca, el humo de su pecho y la humedad de sus lomos. Sobre el torbellino de su ombligo y la inmundicia de las ranas de su vientre. Que el diablo agita a los hombres necios a través de la incredulidad iniqua, haciéndoles creer que es verdad lo que él les muestra falsamente. Que los herejes deben ser evitados y

rechazados por la Iglesia, ya que adoran al diablo como a Dios y son las entrañas del diablo y el germen precursor del hijo de perdición. Que aquellos que desprecian el auditorio de Dios son abandonados por la gracia de Dios, pero a los que la buscan, Él les socorre misericordiosamente. Palabras de Salomón sobre el mismo tema. Que los verdaderos adoradores de Dios, que con todo esfuerzo pisan lo terrenal, derriban con fuerte contrición a la antigua serpiente.

Luego vi una luz ardiente de tal magnitud como la de un monte grande y alto, dividida en su cima como en muchas lenguas. Y ante esa luz estaba una multitud de hombres vestidos de blanco, ante quienes aparecía extendido un velo como de cristal translúcido desde el pecho hasta los pies. Pero también ante esa multitud, como en un camino, yacía boca arriba un gusano de asombrosa magnitud y longitud, que parecía de tal horror y furia que superaba lo que un hombre puede expresar. A su izquierda había como un mercado, donde aparecían las riquezas de los hombres y las delicias seculares y el comercio de diversas cosas; donde también algunos hombres corrían con mucha rapidez sin realizar ningún comercio, mientras que otros iban lentamente y se dedicaban a la venta y compra allí. Pero ese gusano era negro, peludo, ulceroso y lleno de pústulas, llevando en sí cinco variedades que descendían desde la cabeza por su vientre hasta los pies en forma de cinturones, de las cuales una era verde, otra blanca, otra roja, una amarilla y otra negra, todas llenas de veneno mortal. Pero su cabeza estaba tan aplastada que su mandíbula izquierda ya parecía disolverse. Sus ojos eran externamente sanguíneos e internamente ígneos, sus orejas redondas y peludas, sus narices y boca como las de una víbora; pero sus manos eran como las de un hombre, sus pies como los de una víbora, y su cola aparecía corta y horrible. Y en su cuello se había impuesto una cadena que ataba sus manos y pies, de tal manera que esa cadena, firmemente anclada en la piedra del abismo, lo había constreñido tan fuertemente que no podía moverse ni aquí ni allá según la maldad de su voluntad. De su boca salían muchas llamas que se dividían en cuatro partes, una de las cuales ascendía hasta las nubes, otra se extendía entre los hombres seculares, otra entre los espirituales, y otra descendía hasta el abismo. Pero la llama que buscaba las nubes combatía contra aquellos hombres que querían ascender al cielo. De los cuales se veían tres filas; una cerca de las nubes, otra en la mitad entre las nubes y la tierra, y otra junto a la tierra: todos clamando con voces repetidas, vamos al cielo; pero arrojados por esa llama aquí y allá, algunos no caían, otros apenas se sostenían con sus pies, y otros, cayendo a tierra, se levantaban de nuevo y se dirigían al cielo; pero la llama que se difundía entre los hombres seculares quemaba a algunos de ellos y los convertía en una negrura muy horrible, mientras que a otros los atravesaba con tal agudeza que los inclinaba a donde quería. De la cual algunos se liberaban y, dirigiéndose a aquellos que buscaban el cielo, clamaban: ¡Oh vosotros, fieles! prestadnos ayuda; pero algunos permanecieron así atravesados. La llama que se extendía entre los espirituales los cubría con su oscuridad; a los cuales consideraba en seis modos; pues la misma llama hería con cruel incendio a algunos: pero a los que no podía herir, los soplaba ardientemente con el veneno mortal verde, blanco, rojo, amarillo o negro que fluía desde la cabeza del gusano hasta sus pies. Pero la llama que buscaba el abismo contenía en sí diversas penas de aquellos que, no lavados por la fuente del bautismo, ignoraban la luz de la verdad y la fe, y adoraban a Satanás como a Dios. Y también vi salir de su boca flechas muy agudas silbando, y de su pecho exhalar un humo negro y de sus lomos un humor ardiente burbujeante, y de su ombligo un torbellino ferviente soplando, y de la extremidad de su vientre brotar como la inmundicia de ranas; todo lo cual traía gran inquietud a los hombres. Pero también de él salía una niebla muy horrible con un hedor pésimo, que infectaba a muchos hombres con su perversidad. Y he aquí que venía una gran multitud de hombres resplandecientes en mucha claridad que, pisoteando fuertemente a ese gusano por todas partes, lo atormentaban agudamente: de tal manera que ellos no podían ser heridos ni

por las llamas ni por su veneno. Y oí de nuevo una voz que me decía desde el cielo: Dios, dispensando todo justa y rectamente, llama a los pueblos fieles a la gloria de la herencia suprema; pero el antiguo engañador, puesto en emboscadas, intentando impedirlos, excita las artes de su maldad contra ellos, pero vencido por ellos, recibe la confusión de su presunción, mientras ellos poseen la patria celestial, y él sufre los horrores infernales. Por lo cual ves una luz ardiente de tal magnitud como la de un monte grande y alto, dividida en su cima como en muchas lenguas, que es la justicia de Dios ardiente en la fe de los creyentes, demostrando en la fortaleza de su poder la magnitud de las santidades y la altura de la gloria, y declarando maravillosamente en la misma gloria los diversos dones del Espíritu Santo.

Y ante esa luz está una multitud de hombres vestidos de blanco: es la turba de hombres resplandecientes en la fe, bien y honestamente compuestos por sus buenas obras, en presencia de la justicia de Dios, ante quienes aparece extendido un velo como de cristal translúcido desde el pecho hasta los pies; porque tienen siempre ante su vista la ley divina, fuerte y espléndida, desde la intención de las buenas acciones hasta su cumplimiento, en las cuales se fortalecen de tal manera que no pueden ser superados por la astucia y el engaño de las persuaciones falaces. Pero que ante esa multitud, como en un camino, yace boca arriba un gusano de asombrosa magnitud y longitud, esto significa que ante el conocimiento de los hombres, manifiestamente conocido en el camino de este mundo, que está propuesto tanto para buenos como para malos, aparece el antiguo serpiente, no en su forma, sino en la significación del misterio, es decir, grande en malicia, largo en insidias, proyectado, abriendo su boca hacia arriba para derribar a aquellos que tienden a lo celestial mediante su engaño, pero sin embargo yaciendo, porque por el Hijo de Dios sus fuerzas han sido aplastadas, de tal manera que no puede mantenerse en ellas; aunque parezca de tal horror y furia que supera lo que un hombre puede expresar; porque el furor venenoso y los maliciosos intentos en la multiplicidad de su diversidad, la estimación del hombre mortal no puede explicar. Por lo cual a su izquierda hay como un mercado donde aparecen las riquezas de los hombres y las delicias seculares, y el comercio de diversas cosas; porque en la muerte, que se entiende como la izquierda de ese traidor, se ve un mercado, que son las obras más iniquas de la muerte: de tal manera que allí, en las riquezas corruptibles, la soberbia y la vana gloria, y en las delicias transitorias, la lascivia y la concupiscencia, como en un mercado, las ventas y compras de muchas variedades de codicias terrenales arden: de tal manera que quien haya aborrecido abiertamente el terror diabólico, sea engañado secretamente por estas cosas, es decir, cuando se le ofrecen muchas persuaciones de vicios, como cuando un comerciante muestra diversas mercancías a los hombres, para que, deleitados por esto, compren con más ardor lo que han visto que se les ofrece; porque el diablo ofrece sus artes a los hombres fraudulentamente; pero quienes entonces las codician, las compran. ¿Cómo? Venden su buena conciencia como si la rechazaran, y compran para sí las heridas mortales de sus almas como si las adquirieran. Pero allí algunos hombres corren con mucha rapidez sin hacer ningún comercio, porque ellos, conociendo a Dios, llevan el tesoro de la buena voluntad y los aromas de las virtudes y se los adquieren virilmente: de tal manera que, pasando rápidamente en los mandamientos de Dios, desprecian las voluptuosidades seculares y las inmundicias diabólicas. Sin embargo, algunos van lentamente y se dedican a la venta y compra allí, porque estos, teniendo lentitud en las buenas obras, extinguen en sí mismos el deseo celestial como si lo vendieran por la tibieza de su cuerpo, y nutren en sí mismos la voluptuosidad de su carne como si la compraran. Por lo cual aquellos recibirán la recompensa de la buena obra, y estos soportarán las penas de su iniquidad, como muestra Ezequiel diciendo: La justicia del justo será sobre él: y la impiedad del impío será sobre él (Ezequiel XVIII). ¿Qué significa esto? Las obras resplandecientes del hombre puro lo inundan en santidad, y como mil ojos mirando hacia lo alto y hacia lo profundo lo rodean por todas partes, elevándolo hacia un

gran honor y hacia la mortificación de su voluptuosidad, según le inspire el Espíritu Santo, como el ala eleva al ave hacia lo alto en el aire a donde le plazca. Pero el veneno vípero de la maldad son las víboras más feroces, que escupen al cielo, envolviendo la perla en lodo, y rugiendo sobre el más hermoso de todos los hermosos, y al que lo sigue infielmente, lo expulsa de la obra más noble del dedo de Dios, y de todo honor y de la bienaventuranza de la visión suprema, y haciéndolo exiliado, lo corta del fruto viviente y de la raíz del árbol justo.

Pero que ves que ese gusano es negro, peludo, ulceroso y lleno de pústulas: esto indica que el mismo antiguo serpiente abunda en la negrura de las tinieblas de la infidelidad, y en los pelos de las ocultaciones del engaño, y en las úlceras de las inmundicias de la polución, y en las pústulas de las cavernas del furor. También tiene en sí cinco variedades que descienden desde la cabeza por su vientre hasta los pies en forma de cinturones, porque los cinco sentidos de los hombres, con diversas pasiones de vicios, desde aquel engaño cuando primero se esforzó por llenarse hasta aquella consumación cuando su locura tomará fin, no cesa de soplar, sino que simulando una rectitud engañosa, arrastra a los hombres hacia las pendientes de sus artes inmundas, de las cuales una aparece verde, otra blanca, otra roja, una amarilla, otra negra, todas llenas de veneno mortal; porque en la verdor muestran la tristeza secular, en la blancura la irreverencia inapropiada, en el rubor la gloria engañosa, en el amarillo la mordaz detracción y en la negrura la torpe simulación, con la plenitud de otras perversidades que traen muerte a las almas de los hombres que les consienten. Pero que su cabeza está tan aplastada que su mandíbula izquierda ya parece disolverse, esto significa que su soberbia fue derribada en la encarnación del Hijo de Dios de tal manera que la adversidad de la muerte ya no puede ejercer la fortaleza de su amargura. Sus ojos aparecen externamente sanguíneos e internamente ígneos; porque la intención de su perversidad, como un crimen sanguíneo externo, incita a los cuerpos de los hombres, y como un dardo ígneo interno, inflige a sus almas; sus orejas son redondas y peludas, porque rodea al hombre como en la redondez con los pelos de sus artes para derribarlo rápidamente si encuentra en él algo que le pertenezca; sus narices y boca aparecen como las de una víbora, porque muestra a los hombres costumbres indiscretas y fétidas, por las cuales, atravesándolos en muchos vicios, los mata cruelmente. Pero sus manos parecen como las de un hombre, porque ejerce las maquinaciones de sus artes en las obras de los hombres. Sus pies son como los de una víbora, porque no cesa de infligir laceraciones diabólicas en los caminos de los hombres con sus insidias; y su cola aparece corta y horrible, que es su poder de un tiempo pequeño pero muy malo en el hijo de perdición, que desea más apoderarse con furia de lo que puede realizar. Y que en su cuello se ha impuesto una cadena que ata sus manos y pies, esto significa que la fortaleza diabólica ha sido tan quebrantada y aplastada por el poder del Dios omnipotente, que sus obras más malas y sus caminos más iníquos en los que seduce a los hombres, han sido comprimidos en su destrucción: de tal manera que esa cadena, firmemente anclada en la piedra del abismo, lo constriñe tan fuertemente que no puede moverse ni aquí ni allá según la maldad de su voluntad; porque el poder de Dios, permaneciendo en la eternidad más estable sin defecto, oprime al diablo con tal fortaleza en la salvación de las almas, que él no podrá remover de las almas fieles la salvación de la redención con los instrumentos exteriores ni interiores de su intento más malvado, para que lleguen al lugar de gozo que él perdió obstinadamente.

Pero que de su boca salen muchas llamas que se dividen en cuatro partes, esto significa que él, de su voracidad más rapaz, emitiendo el mal más pésimo y múltiple del incendio más cruel de la persuasión iniqua, lo esparce de diversas maneras entre los hombres en las cuatro partes del mundo para que lo sigan. De las cuales una parte asciende hasta las nubes, porque esa afluencia diabólica retrae con su agudeza a aquellos que buscan el cielo con todo el deseo de

su mente, y otra se esparce entre los hombres seculares, porque engaña con su diversidad a aquellos que están ocupados en causas terrenales; otra se extiende entre los espirituales, porque infecta con su simulación a aquellos que se esfuerzan en disciplinas espirituales. Una parte desciende hasta el abismo, porque envía con su seducción a los infieles que le consienten a los tormentos infernales; porque ellos, yendo por el camino de la falsedad y el engaño, no mantuvieron el camino de la rectitud, ni mostraron la debida reverencia al verdadero Dios, como testifica David diciendo: Destrucción e infelicidad en sus caminos, que no conocieron el camino de la paz: no hay temor de Dios ante sus ojos (Salmo XIII). ¿Qué significa esto? La inocencia y las obras más fuertes de Dios que militan en la fuente viva y purísima; aquellos que expulsan a Dios de su corazón con obras más iniquas y condenables, los destruyen de tal manera, como una gran lluvia sumerge algo, de modo que ya no aparece. Y por eso tampoco fulminan en la presencia de Dios; porque la infelicidad con la costumbre más infeliz está en sus caminos dondequiera que se extienda con el pasto de la muerte. ¿De qué manera? A saber, gustando y comiendo lo que es malo; por lo cual tampoco conocen en sus obras el camino que asciende en el calor del sol, porque no saborean la dulzura de Dios ni en honor ni en amor, donde desechan su temor como el temor de un extraño, cuando no desean ni verlo ni contemplarlo. Por lo cual, como ves, la llama que busca las nubes combate contra aquellos hombres que quieren ir al cielo; porque ese incendio más iniquo, cuando siente que las mentes de los hombres fieles tienden hacia arriba, se enfurece cruelmente contra ellos con sus artes, para que no lleguen a aquellas cosas celestiales que buscan con muchos suspiros. De los cuales ves tres filas, porque ellos no cesan de adorar a la verdadera e inefable Trinidad (aunque en sus combates se fatigan mucho). Pues una fila va cerca de las nubes; porque estos, luchando muy fuertemente contra el diablo, elevan su mente de los actos terrenales hacia lo celestial, como también la nube suele fluir sobre la tierra; y una discurre en la mitad entre las nubes y la tierra, porque estos, conteniéndose con cierta moderación, no se esfuerzan con toda su mente en lo celestial, ni con todo su deseo en lo terrenal, sino que imponiéndose un límite en estas cosas, buscan lo interior, pero no rechazan lo exterior; y una va junto a la tierra, porque estos, no abandonando completamente lo caduco, se adhieren un poco a lo caduco, de modo que trabajando mucho en ello, sienten muchas fatigas de pasiones en ellos, pero sin embargo, con la ayuda celestial, son victoriosos, todos clamando con voces repetidas, vamos al cielo; porque tanto estos como aquellos, en muchos suspiros de sus deseos, exhortándose a sí mismos para que tiendan hacia aquellas cosas que están en los secretos supremos, aunque muchas veces se fatigan en esta intención suya por las artes del antiguo serpiente. Pero arrojados por esa llama aquí y allá; porque agitados por el soplo de la tentación diabólica en la diversidad de costumbres, algunos sin embargo no caen, porque ellos, siendo luchadores muy fuertes, se defienden virilmente de esas ilusiones; otros apenas se sostienen con sus pasos, porque estos ponen sus caminos en el camino de la rectitud, pero fatigados en muchos trabajos, apenas superando las artes diabólicas, perseveran en los mandamientos de Dios; otros, cayendo a tierra, pero levantándose de nuevo, tienden al cielo, porque ellos, caídos en la diversidad de vicios, pero luego levantados por la penitencia, ponen su esperanza en Dios con buenas obras.

Quod autem flamma illa quae se inter saeculares homines diffundit, quosdam ex eis comburens in teterrimam nigredinem vertit, hoc est quod idem incendium nequissimae deceptionis ad illos qui terrenis causis insistent tendens, quosdam illorum suae perversitati subjiciens, pessimis vitiis tenebrosae iniquitatis eos inficit: ita quod ipsi claritatem verae fidei despicientes, et seipsos amara morte interficientes in terram cadunt et nefandissima opera in actibus suis perficiunt; quosdam autem suo acumine ita transfigit, quod eos quocunque vult inflectit, quoniam eos sua nequitia ita domat, quod ipsos ad universa vitia pravitatis suae

inclinat, videlicet saecularem dulcedinem in amplexione ardentis libidinis eis suggerens: ita quod et diversos mores multiplicium rituum suorum, scilicet in verbis, in capillis, in veste, in incessu et in caeteris his similibus habent. Unde tortuosi efficiuntur, justitiam Dei negligentes, et praevaricatores legis existentes, nec sibimetipsis circumcisionem mentis imponentes; quia superfluitatem in libidine quaerunt, nec ullum tempus legis ut eis a Deo constitutum est servant; sed ut mare a vento in inquietudinem concutitur, ita et ipsi de flatu antiqui draconis in diversa vitia moventur. De qua tamen quidam se eripiunt, ad illos qui coelos petunt pergentes. O vos fideles, praestate nobis adiutorium, resumpto clamore vociferantur; quoniam de turpi et noxia consuetudine se abstrahentes et eos qui mentem suam coelestibus infigunt imitantes, ut suam sollicitudinem impendant, ipsisque juvamen corde et voce desiderant; quidam autem ita transfixi permanent: quia ipsi diversis vitiis irretiti in malis perseverant. Sed quod illa flamma quae se inter spirituales extendit eos sua caligine obtegit, hoc est quod eadem afflatio diabolicae persuasionis incendia sua ad illos qui toto nisu spiritui servire deberent, emittens eos perversitate vitiorum suorum obnubilat, quatenus magis carni quam spiritui inhiant. Quos etiam in sex modis consideras; quoniam antiquus hostis tam quinque exteriores sensus eorum quam interiorem devotionem cordis ipsorum velut sextum modum pervertere conatur. Nam alios eadem flamma laedit; quia diabolus artes suas eis immittens, carnalibus desideriis et voluptatibus eos afflat, ita quod eos ad libidinem et ad pollutionem multae immunditiae accendit. Quos autem laedere non potest, hos aut viridi aut albo aut rubeo aut croceo aut nigro mortifero veneno illo quod a capite ejusdem vermis usque ad pedes ejus descendit ardentem afflat. Quomodo? Quoniam cum voluptates pollutionum recusant, aut tristitiam saeculi quasi pullulantem viriditatem per quam ita opprimuntur, quod nec in spiritualibus nec in saecularibus rebus valent, eis infundit; aut irreverentiam vitiorum velut ineptam albedinem, ita quod nec coram Deo nec coram hominibus turpitudinem suam abscondunt, ipsis immittit, aut recordationem terrenae gloriae quasi fulgentem ruborem, unde amaritudinem et anxietatem cordis habent, eis ostendit; aut detractionem proximorum velut tepidum erocum, ita quod succurrone et bilingues inde efficiuntur, ipsis inducit, aut simulationem justitiae quasi horridam nigredinem, per quam in cordibus suis miserabiliter obtenebrantur, eis imponit. Quae omnia mortiferae pestes sunt: ab initio deceptionis ejusdem perditoris usque ad finem illum cum jam in ania ipsius finem in mundo accipiet, procedentes, per quas noxium ardorem vitiorum hominibus infert.

Sed quod flamma quae abyssum petit, diversas poenas illorum in se habet qui per fontem baptismatis non loti lucem veritatis et fidei ignorantes Satana pro Deo colunt, hoc est quod incendium illud perditioni adhaerens, dira et amara tormenta illis animabus infert, quae in fonte salutis non emundatae claritatem supernae haereditatis et fidem ecclesiasticae institutionis non videntes, illum qui in insidiis positus animas hominum in mortem mittere conatur, pro illo qui hominibus vitam, et salutem tribuit venerari non cessant. Ut vides ex ore ipsius acutissimas sagittas stridentes, quae sunt a diabolica rabie pessimae et nequissimae infixiones procedentes, et multis iniquitatibus bacchantes, et a pectore ejus nigrum fumum exhalantem qui est a malitiosis conatibus ejus teterrimae irae et invidiae emissio, ac a lumbis ipsius ardentem humorem ebullientem: qui est ab immunditia ipsius in praelatis ferventissimae libidinis effusio. Et ab umbilico ejus fervidum turbinem flantem: qui est a voracitate ejus in subjectis ardentissimae fornicationis suffocatio, atque ab extremitate ventris ipsius velut immunditiam ranarum scaturientem: quae est a perditione perversae absorptionis ejus in obduratione desperationis fetida egestio cum ipse antiquus insidiator se subsequentes ad omnem voluntatem suam perduxerit, quae omnia magnam inquietudinem in hominibus faciunt; quoniam hujusmodi perversitates maximam calamitatem miserrimae irretitionis illis imponunt, qui spem suam non coelestibus, sed terrenis affigunt. Sed quod de ipso, teterrima nebula cum pessimo fetore egrediens multos homines sua perversitate inficit, hoc est quod ab

eodem diabolo nigerrimus error fetentis conscientiae procedens, stultos homines per iniquam credulitatem exagitat. Quomodo? De abscisione capitis Joannis Baptistae, Filium Dei esse remissionem vulnere peccatorum ostendentis, pessimus error exortus est, ubi diabolus multos homines in diversis imaginibus seducit: hoc verum esse putantes quod ipse eis secundum aestimationem ipsorum fallaciter demonstrat. Unde et multi secundum hunc modum decipiuntur; quia et fides ipsorum semper in infirmitate vacillat. Sed, o vos filii mei, si juste et pie vivere volueritis, hunc nequissimum errorem fugite, ne amarissima mors in incredulitate vos apprehendat. Fugite etiam illos qui morantur in speluncis, inclusae cohortes diaboli existentes, vae illis, vae illis qui sic perseveraverint, quia viscera diaboli sunt, et praecurrens germen filii perditionis. Quapropter, o vos dilecti filii mei, omni devotione et omni virtute animae et corporis vestri illos devitate; quoniam antiquus serpens sua arte illos pascit et vestit, quia eum pro Deo colunt, et quia in eum per fallacem deceptionem confidunt. Ipsi sibi pessimi homicidae, ita quod illos qui eis simpliciter adhaeserint occidunt, antequam eos errorem suum declinare permittant, et sunt in se ipsis turpissimi fornicatores, semen etiam suum in homicidio mortificantes et diabolo offerentes, ita etiam in schismatibus suis et in plenitudine vitiorum suorum Ecclesiam meam invadentes, cum baptisma et sacramentum corporis et sanguinis Filii mei, et caetera instituta quae Ecclesia mea habet, in turpibus machinationibus suis nequiter derident. Sed quamvis propter timorem populi mei his institutis meis aperte non repugnent, tamen in cordibus et factis suis ea pro nihilo ducunt. Nam diabolica illusionem sanctitatem se habere simulant, in quibus a diabolo decipiuntur, quoniam, si diabolus se eis palam demonstraret, ab eis cognosceretur, ita quod illum devitarent. Unde ipse sua arte quaedam eis ostendit velut bona et sancta sint, et sic eos illudit. O vae illis qui sic in morte hac per everaverint. Sed quia diabolus novit se modicum tempus erroris sui habere, idcirco nunc festinat infidelitatem in membris suis perficere, quae vos pessimi deceptores estis qui fidem catholicam subvertere laboratis. Vos instabiles et molles ad devitandum venenosas sagittas humanae pollutionis estis, quas secundum voluntatem vestram contra legem exercetis. Unde postquam venenoso semine fornicationis libidinem vestram evacuatis, tunc fictae oratis et sanctitatem vobis fallaciter imponitis, quod oculis meis fetente luto indignius est. Certe schisma quod exortum est in Horeb ubi Judaica plebs sculptile faciens in diabolica irrisione ludere coepit: sic etiam et adhuc quidam petulanter ludere solent, et schisma quod fuit in Baal in quo multi perierunt, et schisma fornicationum ubi cum Madianitis turpia facta perpetrata sunt, et caetera his similia super vos cadent: quia in his omnibus in malis vestris partem habetis, pejores priore populo existentes, quoniam veram legem Dei cernentes, eam pertinaciter abjicitis. Sed, o vos qui salutem vestram desideratis, ita quod baptisma suscepistis, et unctus mons Dei estis, Satanae resistite, et de monte salvationis vestrae descendere nolite.

Homo autem qui tantae duritiae est quod adjutorium Dei ad repugnandum diabolo contemnit, huic ipse insidias suas ponere non desistit, cum etiam in eo nigredinem iniquitatis surgere videt, quae toti corpori illius tantam amaritudinem infert quod etiam corpus ejus inde in infirmitate arescit. Unde cum homo coeperit malum ruminare et seipsum ita in desperationem contere, quasi sibi non sit possibile malum devitare et bonum facere; tunc diabolus hoc videns dicit: Ecce homo qui nobis similis est, Deum suum negans et se ad nos convertens, nos jam sequitur. Quapropter properemus omnes et ad eum festinanter curramus: ita ipsum nostris artibus coercentes, ne a nobis aufugere possit. Nam Deum suum deserere vult: et nos sequi. Sed homo qui his malis diabolicam suggestionem impugnatur, videlicet qui homicidio, adulterio, voracitate, ebrietate, et superfluitate omnium vitiorum polluitur, si tunc in his impoenitens perseveraverit, in mortem cadit; qui autem diabolo repugnans, his vitiis poenitendo se subtraxerit, ad vitam resurgit. Nam qui cupiditatem carnis suae secutus fuerit, et bonum desiderium spiritus sui neglexerit, de hoc fabricator orbis dicit: Iste me despicit et

carnem suam cum peccato diligit, nolens scire quod a perditione se debet avertere, et ideo abjiciendus est. Qui vero bonum ardorem spiritus sui dilexerit, et voluptatem carnis suae abjecerit, de illo dicit Creator mundi: Hic ad me respicit et corpus suum in sordibus non enutrit, desiderans scire quod a morte se debet submovere, unde ei succurrendum est. Quomodo? Ut Salomon in voluntate mea dicit. Peccatores persequuntur malum: et justis retribuentur bona. Quid hoc? Ruentes in lapsu, et cadentes in ruina undique mortiferi morbi invadunt: ita quod prudenter in hoc quod verum est non aspiciunt, sed illud negligenter abjiciunt. Unde quia non sunt digni Deum aspicere, nec ullam felicitatem in Deo aut in hominibus habere, quoniam Deum respuunt et diabolum eligunt; idcirco multam adversitatem illis infert id malum quod operantur. Sed in bonis rectus sensus et justa cogitatio in excelso aedificat: ita quod in sinu suo suscipiunt haereditatem patris, quoniam supernum lumen attendunt, fallaces in irrisione fori quomodo hoc vel illud sine comparatione venundetur non existentes; sed id quod in Deo verum est habentes. Sed ut vides quod magna multitudo hominum in multa claritate fulgentium venit quae praedictum vermem fortiter ubique conculcans diro cruciatu eum afficit, hoc est quod fidele agmen credentium sed in humana miseria procreatorum, in fide baptismatis et in beatis virtutibus multo ornatu et decore ad superna desideria properat: ita quod ipsi in factis suis hunc antiquum seductorem fortissima contritione circumdantes dejiciunt, et eum diro cruciatu comminuunt, veluti sunt virgines, martyres, et caeteri hujusmodi veri Dei cultores qui toto nisu terrena conculcant et coelestia desiderant, ita tamen quod ipsa nec a flammis nec a veneno illius laedi potest; quia isti tanta fortitudine et constantia in Deo muniti sunt, quod nec ab apertis incendiis, nec ab occultis persuasionibus diabolicae iniquitatis contaminari valent, quoniam magna fortitudine virtutum vana figmenta deserunt, et sanctitati, juste viventes adhaerent. Sed qui vigilantibus oculis videt et attentis auribus audit, hic mysticis verbis meis osculum amplexionis praebeat quae de me vivente emanant.

LIBER TERTIUS.

VISIO PRIMA

SUMMARIUM.---Quod corda fidelium timere et venerari debent magnitudinem, latitudinem, altitudinem timoris Domini. Quod omnis fidelis anima sapienter timens Deum, per fidem sedes Dei est. Quod profunditas mysteriorum Dei, hominibus incomprehensibilis est, nisi quantum, ipso donante, fide concipitur. Quod in sapientia Dei Patris per amorem Filii sui perfectio omnium electorum computata est. Exemplum in Evangelium de eadem re. Quid significet luteus limus in pectore et cur homo ab angelo non superatur. Verba Isaiae ad eandem rem. Verba David. Quod Deus Pater in Filio suo ab aurora Virgine incarnato operatur, ordinat ac perfici omnia opera sua. De circulo gyrante. Quod potestas Dei altior est quam homini sciendum sit, et cur angeli laudent Deum absque commutatione. Quod Deus est perspicua justitia, verus et justus. Quod virtus, justitia et judicium Dei nullum finem habent quod comprehendi possit humano sensu. De casu primi angeli et sibi consentientibus et quare et quomodo et quo ceciderunt. Verba Ezechielis de eadem re. Quod gloria splendoris illius quem diabolus per superbiam perdidit servata est in secreto patris alteri factae luci. Quod diabolus cecidit absque haeredem. Exemplum de Goliath et de David. Quod fides quae in antiquis occulta fuit, in mysterio incarnato Dei Filio processit in lucem.

Y yo, un ser humano tomado de otros seres humanos, que no soy digna de ser llamada humana por la transgresión de la ley de Dios, cuando debería ser justa y soy injusta, salvo por ser criatura de Dios por su gracia, que también me salvará: vi hacia el oriente, y he aquí que

allí observé como una piedra entera de inmensa anchura y altura, de color ferroso, y sobre ella una nube blanca: y sobre ella un trono real redondo, en el cual estaba sentado un joven translúcido de maravillosa gloria, de tal claridad que no podía mirarlo claramente, teniendo como en su pecho un limo negro y lodoso, ancho como el pecho humano, rodeado de piedras preciosas y perlas. Y de aquel ser luminoso sentado en el trono se extendía un gran círculo de color dorado como la aurora (cuya amplitud no pude comprender) girando desde el oriente hacia el norte, y al occidente y al sur, reflejándose así hacia el oriente hacia el mismo ser luminoso, sin tener fin alguno. Y ese círculo estaba a tal altura de la tierra que no podía comprenderlo, emitiendo de sí un esplendor muy terrible, es decir, de color pétreo, azul y de fuego por todas partes según su amplitud hacia arriba en la altura del cielo, y hacia abajo en la profundidad del abismo extendiéndose de tal manera que no podía ver su fin. También vi entonces del secreto del que estaba sentado en el trono una gran estrella, de mucho esplendor y belleza, saliendo, y con ella una gran multitud de chispas candentes, que junto con aquella estrella todas fueron llevadas al sur, mirando al que estaba sentado en el trono como a un extraño, y apartándose de él, deseaban más mirar al norte que mirarlo a él. Pero inmediatamente en esa aversión de su mirada, todas se extinguieron, convirtiéndose así en la negrura de carbones. Y he aquí que un viento de torbellino surgió de ellas, que las arrojó inmediatamente desde el sur detrás del que estaba sentado en el trono hacia el norte, precipitándolas en el abismo, de tal manera que no pude ver ninguna de ellas más. Pero vi aquel gran esplendor que les fue arrebatado, regresar de repente en su extinción al que estaba sentado en el trono. Y oí al que estaba sentado en el trono decirme: Escribe lo que ves y oyes. Y respondí desde el conocimiento interior de la misma visión: Te ruego, mi Señor, que me des entendimiento, para que pueda expresar estos misterios de manera comprensible, y no me abandones; sino fortaléceme en la aurora de tu justicia, en la cual se manifestó tu Hijo, y dame cómo pueda y deba expresar el consejo divino, que fue ordenado en el consejo antiguo; cómo quisiste que tu Hijo se encarnara, para que el hombre se hiciera bajo el tiempo, queriéndolo así antes de toda criatura en tu simplicidad y en el fuego de la paloma, es decir, del Espíritu Santo, para que tu Hijo, como una forma espléndida del sol, se revistiera verdaderamente de humanidad en el comienzo de la cabeza de la virginidad por el hombre, tomando la forma del hombre. Y de nuevo oí que me decía: Oh, cuán hermosos son tus ojos en la narración divina, cuando allí surge la aurora en el consejo divino. Y de nuevo respondí desde el conocimiento interior de la misma visión: Me aparezco a mí misma en el seno de mi alma, como ceniza de putrefacción cenicienta, y como polvo de inestabilidad, por lo que me siento temerosa en la sombra como una pluma; pero no me borres de la tierra de los vivientes como a una peregrina; porque en gran sudor trabajo en esta visión, y porque también por la vileza de mi necio sentido que es mío en la carne, me considero frecuentemente en el lugar más mínimo y vil, de tal manera que no soy digna de ser llamada humana, porque temo mucho no atreviéndome a narrar tus misterios. Oh buen y amable Padre, enséñame cuál es tu voluntad, qué debo expresar. Oh tú, temible Padre, y oh tú, dulcísimo, y oh tú, lleno de toda gracia, no me abandones: sino consérvame en tu misericordia. Y de nuevo oí que me decía lo mismo. Ahora di cómo has sido instruida. Quiero que digas: Aunque seas ceniza. Di la revelación del pan que es el Hijo de Dios, que es vida en amor ardiente, resucitando a todo muerto en alma y cuerpo, y disolviendo los pecados relajándolos en serena claridad, él mismo siendo el inicio de la resurrección de la santidad en el hombre, antes de que en sí mismo sea resucitado. Por lo cual también el magnífico y glorioso e incomprensible Dios dio un gran auxilio enviando a su Hijo a la castidad de la virginidad, que no pudo tener ninguna variedad de manchas en su virginidad por la cual se ablandara. Allí no pudo ni debió haber ninguna contaminación de la carne en la mente de la Virgen, porque siendo asesina y mortificadora de la muerte del género humano, ella misma sin saberlo, fue engañada como en un sueño, cuando el Hijo de Dios vino en gran silencio a la aurora, es decir, a la humilde doncella. La

muerte avanzó casi segura sin conocer la vida, que aquella dulce Virgen llevaba; porque su virginidad le estaba oculta. Pues la misma Virgen era pobre en bienes terrenales; porque la divina majestad quiso encontrarla así. Ahora escribe sobre el verdadero conocimiento del Creador en su bondad así.

Dios, que creó todas las cosas y ordenó al hombre para aquella gloria de la cual el ángel perdido con sus imitadores fue arrojado, debe ser venerado y temido con el máximo honor y temor por toda su criatura, porque es justo que al Creador de todo se le rinda veneración por su criatura, y Dios debe ser adorado sobre todo con la mayor fidelidad. Lo cual también esta piedra que ves lo designa con certeza. Pues ella es en el misterio la magnitud del temor del Señor: que con la más pura intención debe siempre surgir y perseverar en los corazones de los fieles. Pero lo que ves que es toda entera y de inmensa anchura y altura de color ferroso, esto es que la misma firme y gran magnitud del temor del Señor debe ser sostenida firmemente, porque Dios debe ser temido por toda criatura en toda integridad, para que se conozca que es el único y verdadero Dios, ya que no hay otro fuera de él, ni semejante a él, en quien hay inmensa anchura; porque es incomprensible en todo y sobre todo, y altura; ya que nadie puede comprender la santa divinidad, ni alcanzarla con la altura de su sentido, porque ella está sobre todo. Pero lo que es de color ferroso, esto es que es oneroso y duro para las mentes humanas temer a Dios, siendo eso muy grave para la blandura del frágil polvo, porque la criatura humana le es rebelde. Sobre la misma piedra, la nube blanca es la clara sabiduría de la mente humana, y sobre ella está puesto el trono real redondo que es la fe fuerte y principal que circula en el pueblo cristiano, a quien Dios es conocido fielmente, porque donde el temor del Señor echa raíces, allí también aparecerá la sabiduría de la mente humana, y luego, con la ayuda de Dios, la fe se impondrá sobre ella, en la cual Dios mismo se prepara un descanso. Pues cuando Dios es temido por la sabiduría de la mente humana, en la fe se entiende; porque con estas cosas debe ser tocado como el asiento toca a su Señor. Y entonces en estas cosas Dios se prepara un asiento, siendo el supremo sobre todo; porque no puede ser comprendido ni por poder ni por dominio, sino que reside en la única y pura fe; porque es uno quien debe ser creído como Dios sobre todo.

Por lo cual el joven translúcido sentado en el trono, de maravillosa gloria, de tal claridad que no podías mirarlo claramente, teniendo como en su pecho un limo negro y lodoso ancho como el pecho de un gran hombre, rodeado de piedras preciosas y perlas; es el único Dios reinando sobre todo, resplandeciente en bondad, y maravilloso en sus obras, cuya inmensa claridad en la profundidad de su misterio, ningún hombre puede mirar perfectamente, sino solo cuanto es comprendido y llevado por la fe; como el asiento contiene y rodea a su señor, que le está tan sujeto que no puede elevarse contra su señor: así la fe no desea mirar con soberbia a Dios, sino que solo lo toca con íntima devoción. Y como en su pecho, es decir, en la sabiduría de su misterio tiene por amor a su Hijo al limo débil y pobre que es el hombre, negro en la negrura de los pecados, y lodoso en la contaminación de la carne, y ancho según la semejanza del pecho del hombre, que es la dilatación de la profunda y gran sabiduría en la cual Dios mismo creó al hombre, mirando a aquellos que están en la salvación del alma por la penitencia, en cualquier crimen contra Dios que estén en su debilidad pateando, porque finalmente llegarán a él. Estos están rodeados de muchos ornamentos de aquellos que surgen entre ellos; como piedras preciosas en grandes personas que son mártires y vírgenes de santidad, y como perlas, que son inocentes y penitentes hijos de la redención, con los cuales el mismo limo está muy adornado; mientras en el cuerpo humano resplandecen tantas virtudes, que en Dios resplandecen en toda claridad. Pues quien constituyó el aliento y la vida de los hombres, él mismo se miró a sí mismo. ¿Cómo? A saber, en la redención cuando previó en su predestinación que su Hijo se encarnaría, de tal manera que en su cuerpo debería

ser limpiada toda variedad manchada de crímenes. Y así también ve las almas que serán justificadas después de la multiplicación de los pecados superfluos mientras aún están en sus cuerpos, y que acostumbran caminar en la justicia de Dios después de la diversidad de sus errores, cómo consisten en Dios, y cómo desisten de mucho olvido, y cómo se vuelven de cada vicio en el que están heridas cuando cayeron en pecados mortales, y como son viendo que muchos pueblos se levantaron de los caminos errantes en los que caminaban llenos de heridas en las peores llagas restaurados de la muerte de la fealdad de los crímenes: así también vienen muchos que en la amargura del dolor amargo del pecado están tan gravemente heridos, que ellos mismos también en la costumbre de malos hábitos en los que pecaron en exceso están tan tediosos, que no pueden respirar más en las olas, para obrar la obra mortífera en el adulterio, y homicidio y superfluidad de todos los males.

Oh miserables, ¿no vienen ellos como peregrinos de una región lejana como la Escritura tiene en el Evangelio, donde el hijo más joven dijo: Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado tu hijo, hazme como uno de tus jornaleros? (Luc. XV). Esto es así. El hombre que del pecado se vuelve por la admonición del Espíritu Santo en sí mismo, dice: Quiero levantarme de los pecados insoportables que de ninguna manera son sostenibles por mí, de la grave culpa, pero volveré en la memoria de mi mente llorando y lamentando mis pecados: así viniendo a mi padre, que es mi padre, porque me creó, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo, es decir, en la obra celestial que soy, a quien formaste en tu voluntad, tocándome así en la misma creación, que yo también debía ser celestial en mis actos, pero me hice contraído con las obras más viles, pecando también ante ti, porque he despojado la naturaleza humana en mí. ¿Cómo? En muchas abominaciones, por lo tanto soy también culpable en mi perdición y en tu majestad: y no soy digno de ser llamado tu hijo, porque por la maldad de mi corazón he llevado tu criatura en mí de otro modo que como fui constituido por ti. Pero ahora hazme como a tu siervo redimido en la recompensa de la sangre de tu Hijo, que lo diste en tan gran recompensa que la muerte nunca podrá devolver con ninguna compensación, sino que deja a los pecadores por la penitencia que surgió en la pasión de tu Hijo, porque perdí la herencia recta de los hijos en Adán, que creado hijo, en justicia fue despojado de la gloria de la felicidad. Ahora, sin embargo, la penitencia debe redimir los pecados del hombre con la sangre de tu Hijo. Esto debe ser dicho por aquellos que repiten la caída de Adán y después de esto se vuelven por la penitencia así alcanzando la salvación, y recuerdan que escucharon muchas advertencias, que son narradas de las Escrituras y del tormento y de la sangre de su Redentor, y recuerdan gimiendo que transgredieron con el oído, con el cual con diligencia debieron percibir cómo guardarían la palabra de Dios, cuando ellos descuidaban su ley que les fue instituida para guardar, en la constitución del precepto rechazando mirar qué debían hacer o qué debían dejar por el temor del Señor, que sin embargo vienen a la verdad, recordando lo que oyeron o supieron de Dios, aunque antes estaban tan cegados, que de ninguna manera querían conocer su justicia, para inclinarse a esto que la antepusieran a sus pecados, cuando la despreciaban y cuando rechazaban la palabra de Dios, rechazando su ley. Muchos de estos serán sobreabundantes en bienes: de tal manera que ni se sacian, ni les basta banquetear en la casa de Dios celebrando el oficio divino y obrando su justicia sobreabundantemente, de tal manera que siempre están llorando y recordando en dolores los males que en cosas pasadas perpetraron mientras cultivaban obras ilícitas, transgrediendo los lícitos de la ley de Dios.

Este es el lodo que ves en el pecho del piadoso Padre. ¿Cómo? Al Hijo de Dios que salió del corazón del Padre viniendo al mundo, le acompaña el pueblo creyente, adhiriéndose a Él con la intención de creer en Él. Ciertamente, por eso también estos aparecen en el pecho del

piadoso Padre, para que ni el ángel ni ninguna criatura desprecien al hombre, porque el Hijo de Dios encarnado tiene la forma del hombre en sí mismo. Pues el bienaventurado coro angélico por eso tiene al hombre en indignación porque se ensucia demasiado en sus pecados, mientras que los bienaventurados ángeles son inviolables sin ninguna transgresión de la justicia, siempre viendo atentamente el rostro del Padre. Y lo que es amado por el Padre: eso también ellos aman en el Hijo. ¿Cómo? A saber, que el Hijo de Dios nació hombre, pues yo, el Padre, puse a mi Hijo nacido de la Virgen para la salvación y restauración del hombre, como os anuncia el profeta Isaías, mi siervo. Como pastor apacentará su rebaño, en su brazo reunirá a los corderos y en su seno los llevará, a las que crían él mismo las llevará. (Isaías LX). Esto es así. Así como el pastor apacienta su rebaño, así apacentará mi Hijo, el buen pastor, a su rebaño redimido. ¿Cómo? Él lo apacienta con su ley, que él mismo plantó a través de mí. Por lo tanto, también en su poder extendido como en su brazo; porque el mismo Hijo mío es hombre, reunirá a los corderos inocentes de la culpa de Adán por la inocencia del bautismo, cuando de ellos se despoja el hombre viejo con sus obras, y los elevará en sus virtudes y en su ley en su seno. ¿Cómo? A saber, porque los eleva sobre las alturas de los cielos de tal manera que se convierten en sus miembros. Por eso, así en el secreto interior de la deidad aparece el hombre en su forma, que ni los ángeles tienen ni ninguna otra criatura, porque mi Unigénito por la redención del género humano asumió en carne virginal la forma del hombre. Él también llevará a las que crían en su cuerpo. ¿Cómo? Mi Hijo lleva a los hombres en su sangre: de tal manera que son salvados por sus cinco llagas; porque lo que hayan pecado por sus cinco sentidos, esto será borrado por la suma justicia después de la penitencia, ya que él mismo los llevó de tal manera que se encarnó, y que sufrió cinco llagas en la cruz, y que murió y fue sepultado y que resucitó de entre los muertos. Él también les extendió su mano, cuando los atrajo hacia sí. ¿Cómo? A saber, porque mi Hijo asumió la humanidad por aquellos que se creían perdidos para siempre por la caída de Adán. Mi mismo Unigénito también venció a la muerte, de tal manera que no pudo dominar más sobre ellos. Por lo tanto, él los conoce en el poder de su claridad, como vendrán en la purificación de la penitencia. Pero que los veas aparecer en el seno del Padre, esto es que el Hijo del hombre se perfecciona con sus miembros en el secreto del Padre. ¿Cómo? Pues cuando el mundo se complete, entonces también los elegidos de Cristo que son sus miembros, se perfeccionarán. ¡Oh, cuán hermoso es él, como también dice el salmista: Hermoso de forma más que los hijos de los hombres. (Salmo XLIV). Esto es así. La hermosura más hermosa resplandece en él de forma clarísima sin ninguna mancha de pecado, y sin la suciedad de la fealdad humana, y sin ninguna concupiscencia de obra hecha en los deseos de los pecados, que exige la carne de la debilidad mortal. Esto nunca tocó a este hombre. Y esa forma del Hijo del hombre nació en simplicidad más que otros hombres, de tal manera que la Virgen ilesa dio a luz a su hijo en ignorancia del pecado, sin saber que tenía un hijo en aflicción. ¿Cómo? Porque no sintió ningún contacto en pecados, por eso ignoraba tener dolor en el parto, sino que en su interior la integridad de su cuerpo se regocijaba. ¡Oh, cuán hermoso de forma! Pero sepan los hombres que allí no había una belleza carnal mayor, sino en cuanto la ordenación de la profunda sabiduría constituyó la forma del hombre, porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios en tres personas, no se deleita en la belleza de la carne, sino en la gran humildad con la que el Hijo de Dios se revistió de humanidad. En la forma del hijo del hombre no había ninguna mancha, como a veces el hombre se distorsiona con un rostro molesto en la diversidad del cuerpo, lo cual es en el juicio de Dios, a saber, cuando los miembros del hombre están divididos y no ordenados correctamente como los de los débiles, lo cual no es según la naturaleza de la formación en el cuerpo del hombre, sino según el juicio de Dios. Y ciertamente la naturaleza fuerte existe en la formación correcta, pero la débil se desvía en la diversidad de la formación contraria a la forma, lo cual no era obra en el hombre, mi Hijo. Pero, digo, hay gran diversidad entre los hombres en sus miembros, de tal

manera que son negros, feos, sucios, leprosos, hidrópicos, y llenos de vicios, teniendo también la herrumbre del mal en la persuasión del arte diabólico, e insensatos y duros para ver los bienes del Señor, y acusando y culpando con mucho olvido lo que debieron obrar en justicia y obran mal, y dejan el bien, despreciando la cruz y el martirio de su Señor. Sin embargo, Dios el Padre mira con la intención de su bondad la obra hecha del lodo como un padre mira a sus hijos mientras los eleva a su seno. Y porque él es Dios; tiene el amor de un padre piadoso hacia sus hijos. De tal manera tiene en él un amor interior del corazón hacia los hombres, que envió a su Hijo al oprobio de la cruz como un cordero manso que es llevado a la víctima para ser sacrificado: de tal manera que mi Hijo recuperó la oveja perdida, que sacó de las fauces del lobo, sobre su hombro, asumiendo la humanidad, llevándola en grandes dolores, cuando se dignó morir por sus ovejas. En esos hombres hay muchos rodeados de ornamentos, que también están decorados con el precioso adorno de las virtudes: que son mártires, vírgenes, inocentes y penitentes y sujetos a sus maestros, como ya se ha dicho, y que se hacen conscientes de sus crímenes, en estos se crucian con una lucha inexpugnable, negando en sí mismos lo que son. Allí no se debe decir quiénes son, o dónde están los elegidos; pues todos están contados. ¿Quién es aquel a quien le sea posible ver en la profunda sabiduría del Altísimo y en la discreción de su ciencia lo que él tiene en el número de los salvados? Sus juicios son incomprensibles para todos los hombres. Debéis correr; porque el reino de Dios está preparado para vosotros. Pues según el esfuerzo de los fieles que obran la justicia de Dios que son lavados en el bautismo y conocidos en la fe, tal será también su recompensa.

Pero lo que ves que del que está sentado en el trono se extiende un gran círculo de color dorado como la aurora, cuya amplitud de ninguna manera puedes comprender, esto es que del omnipotente Padre se extiende el poder más fuerte y su obra más fuerte abarcando todo en su potencia, con la cual está obrando en su Hijo a quien siempre ha tenido en la majestad de la divinidad consigo, ordenando y perfeccionando todas sus obras a través de él antes del mundo y en el mundo desde el principio, que resplandece con el fulgor más hermoso como la aurora; porque el Hijo en la Virgen sapientísima que la aurora significa, se encarnó por la inspiración del dedo de Dios que es el Espíritu Santo; en quien también se hizo toda la obra del Padre. El circuito de esta gloria no puedes comprenderlo de ninguna manera, porque ni su poder ni sus obras, ni hay medida alguna de bondad o poder para medirla que sea, o haya sido, o deba ser en alguna criatura, sino que Dios es inestimable e incomprensible en su poder, e invicto y maravilloso en su obra. Y el mismo círculo girando desde el oriente al norte, y al occidente y al sur reflejándose al oriente hacia el que está sentado en el trono sin tener fin alguno; esto es que el poder y la obra de Dios circundan, abarcando toda criatura. ¿Cómo? En la voluntad del Padre que con el Hijo y el Espíritu Santo es un solo Dios, todas las criaturas han surgido, que todas lo sienten en el poder. ¿Cómo? Todas lo sienten en la creación, a saber, girando desde el oriente que es en el nacimiento de toda justicia, y tendiendo al norte en la confusión del diablo y al occidente donde las tinieblas de la muerte quieren oprimir la luz de la vida, resurgiendo sin embargo la luz de nuevo, vencida la oscuridad de las tinieblas, y al sur, donde está el ardor ardiente de la justicia de Dios en los corazones de los fieles, convirtiéndose finalmente al nacimiento de la justicia como al oriente se recibe. ¿Qué es esto? Cuando por el poder supremo la obra de Dios según el tiempo preordenado por Dios se haya completado en los hombres en este mundo, entonces también se completará el circuito de este mundo, perfecto en el fin del tiempo en el último día, resplandecerán todas las obras de Dios en sus elegidos, sentado en el trono sin tener fin; porque Dios es perfecto en poder y en su obra, que era y es y permanecerá sin ningún comienzo de tiempo en la divinidad, de tal manera que no fue sino que es. Y que ese círculo, desde la tierra es de tal altura que no puedes comprenderlo, esto es que el poder supremo es

tan elevado sobre todas las vidas de las criaturas en el sentido y en el intelecto del hombre, y tan incomprensible en todo y sobre todo, que ninguna criatura podrá medirlo con ninguna capacidad de sentido sin que sea mucho más sublime de lo que le sea dado conocer. Por lo cual también los ángeles frecuentemente resuenan a Dios en alabanzas. Pues ellos lo ven en su poder y gloria; pero no pueden comprendiéndolo perfectamente como si llegaran a un fin, ni nunca pueden ser capturados por el hastío de la saciedad de su grandeza y belleza.

Pero que de sí mismo emite un esplendor muy terrible, a saber, de color pétreo, acerado y ígneo, esto es que el poder divino de sí mismo muestra una dura virtud en gran severidad contra la iniquidad disimulada e impenitente e impune, temible, y como de acero; porque Dios es justicia perspicua que no tiene ninguna injusticia de ceder en blandura, (como polvo, se dice, es injusto lo que no agrada a Dios) sino que él es esa justicia que como acero ha confirmado toda otra justicia que es mucho más frágil que su justicia que el hierro cede al acero, y también como ígneo; porque él es fuego judicial que quema el pecado por toda injusticia que nunca quiso convertirse a él buscando su misericordia. Dios es también como una piedra en el hombre; porque él es verdadero y justo sin ninguna mutación; porque así como la piedra no puede convertirse en blandura, así él no tiene ninguna mutación, y es como acero, a saber, en eficacia atravesando todo sin ninguna mutación de lugar o tiempo, porque él es Dios sobre todo existente, es también como fuego; porque inflama e incendia e ilumina todo sin la vicisitud del tiempo sucesivo en novedad, porque él es Dios. Y que ese esplendor por todas partes según su amplitud se extiende hacia arriba en la altura del cielo y hacia abajo en la profundidad del abismo de tal manera que no puedes ver su fin, esto es que la virtud del poder y la obra de Dios, y su justicia y juicio rectísimo en todas partes en su incomprensibilidad ni en las alturas del cielo, ni en las profundidades del abismo tiene fin alguno que pueda ser comprendido por el sentido humano ya que está sobre todo.

También ves del secreto del que está sentado en el trono una gran estrella de mucho esplendor y belleza saliendo, y con ella una gran multitud de chispas cayendo; porque por el mandato del omnipotente Padre, el ángel Lucifer, que ahora es Satanás, en su nacimiento adornado con gran gloria y vestido con mucha claridad y belleza salió, y con él todas las chispas de su séquito entonces resplandecientes en el fulgor de la luz, ahora sin embargo extinguidas en la oscuridad de la negrura; porque inclinado al mal, no miró en mí solo perfecto; sino que pensaba confiando en sí mismo, poder comenzar lo que quisiera, y perfeccionar lo que comenzara. Por lo cual lo que debía al que está sentado en el trono de honor porque por él fue creado, esto lo retorció en sí mismo, y en esto mismo se inclinaba al mal. Pero que con esa estrella todas las llevadas al sur, miraban al que está sentado en el trono como ajeno, apartándose de él más anhelaban hacia el norte que querer mirarlo, esto es que Lucifer y todo su séquito miserablemente creados en el ardiente bien de Dios se mantuvieron, como de lado, en soberbia desdénando al que reina en el cielo; porque todos ellos nacidos en la creación; desde el principio gustaron la impiedad que se volvió hacia la perdición, mirando a Dios no de tal manera que quisieran conocerlo en bondad, sino que querían elevarse sobre él como sobre un extraño, con ardiente altivez apartándose de su conocimiento, y más tendiendo a su caída que desear conocer a Dios en su gloria. Pero que inmediatamente en esa aversión de su mirada todos se extinguieron así convertidos en negrura de carbones, esto es que mientras despectivamente no querían conocer a Dios, Lucifer con todos sus seguidores en su malicia fue extinguido del resplandor del claro esplendor, con el que por el poder divino estaba revestido, borrando en sí mismo la belleza interior, que debió haber usado para el bien; y extendiéndose para devorar la impiedad; así fue extinguido de la claridad eterna para caer en la perdición eterna. Por lo cual todos se convirtieron en negrura de carbones de fuego extinguido; porque con su líder, a saber, el

diablo, despojados de la claridad de su esplendor así se extinguieron en la perdición de la oscuridad, careciendo de toda gloria de bienaventuranza, como el carbón carece de toda luz de chispa ígnea. Pero que un viento de torbellino surgió de ellos, que las arrojó inmediatamente desde el sur detrás del que está sentado en el trono hacia el norte precipitándolas en el abismo, de tal manera que no podías ver ninguna de ellas más, esto es que un gran soplo de impiedad se levantó en esos ángeles de iniquidad, cuando querían prevalecer sobre Dios y oprimirlo por soberbia, que fue soplado en la amarguísima negrura de la perdición, y los arrojó desde el sur, es decir, desde el bien hacia atrás; que es en el olvido de Dios que todo lo gobierna, casi hacia la parte norte, para que donde querían exaltarse soberbiamente, allí confundidos encontraran la caída, por su soberbia precipitados en el abismo de la muerte eterna, que es su perdición para que en ninguna claridad sean vistos más, como por mi siervo Ezequiel al bosque meridional que ardientemente debió dar fruto de justicia y no lo trajo le hablé diciendo: He aquí que yo encenderé en ti fuego, y quemaré en ti todo árbol verde, y todo árbol seco; no se extinguirá la llama de la combustión y se quemará en él todo rostro desde el sur hasta el norte. Y verá toda carne, que yo el Señor lo encendí, y no se extinguirá (Ezequiel XX). Esto es así. Oh necio, que en tu soberbia te levantaste contra mí, yo que no tengo ni principio ni fin, haré que en mi cielo se encienda en ti el fuego de mi indignación, por el cual quemaré en ti toda tu verdor con la que quisiste comenzar la obra, confiando más en ti que en mí; porque elegiste en tu estulta ciencia ser según tu soberbia y quemaré en ti toda esa sequedad de tu pecado y de otros perdidos cuando sugieres pecado en el bien árido al hombre que es ceniza, porque tu sugerencia no recibirá en ti ninguna salvación; sino que se hará en ti fuego eterno. Ni queda para ti ninguna recompensa de salvación, ni para aquellos que te siguen en tu ejemplo. Y no se extinguirá esa combustión de penas en sus suplicios, sino que quemará la soberbia precipitada como en el rostro de la concupiscencia del honor que concebiste querer tener en ti mismo, que fuiste expulsado de toda tu gloria; desde el sur a saber surgiendo en la ardiente clarísima luz, y cayendo en las tinieblas del norte, es decir, del infierno. Y esto lo verá todo hombre: a saber, los elegidos y los réprobos conociendo el infierno, porque los elegidos lo conocen; porque lo han evitado; los réprobos sin embargo, porque con él en las penas permanecerán, sabiendo que yo el Señor omnipotente lo encendí para la retribución de tus males, oh diablo, y no se extinguirá en tus males ni en los de los que te siguen. Y así la perdición de la soberbia diabólica arrojó a Satanás y sus ángeles en las tinieblas exteriores de los tormentos eternos sin ninguna consolación de luz; de tal manera que para ellos no se encontró lugar en la luz eterna, y tú, oh frágil hombre horrorizado y asombrado, no pudiste ver nada más de ellos; como también el mismo Ezequiel en mi espíritu al rey de Tiro bajo mística significación dice: Todos los que te vean entre las naciones se asombrarán sobre ti. Te has hecho nada, y no serás para siempre (Ezequiel XXVIII). Esto es así. Todos los rectos de corazón que te vean, diablo, embriagado de vicios en esas naciones que te abrazan en la transgresión de la ley de Dios, se secarán asombrándose en tu suciedad, cómo contaminas con tu sugerencia el templo en la edificación de Dios que es el hombre; y por eso te has hecho nada por tu soberbia en la que caíste de toda gloria de salvación; porque en absoluto no eres vigor, en ninguna felicidad, ni serás encontrado teniendo alguna gloria más en la eternidad de los celestiales, porque estás confundido en ellos para siempre sin fin.

Pero el esplendor grandioso que viste serles arrebatado y que de repente se extinguió, regresando al que está sentado en el trono: esto significa que el brillo claro y magnífico que el diablo perdió por su soberbia y contumacia, cuando en él y en todos sus seguidores entró la semilla de la muerte (pues Lucifer era de una luz más pura que los demás ángeles), regresó al Dios Padre de donde había salido, guardado en su secreto; porque el lugar de la gloria de ese

esplendor no debía quedar vacío; sino que Dios lo reservó para otra luz creada. Pues aquel a quien Dios ordenó surgir desnudo y no cubierto de carne, que es el diablo con toda su comitiva, en esplendor sin embargo claro; Dios reservó el esplendor para el barro que formó en hombre, cubriéndolo con la naturaleza más vil de la tierra, precisamente para que no se ensalzara en semejanza de Dios, porque aquel que fue creado claro en mucho resplandor pero no cubierto con un revestimiento tan frágil y miserable como el del hombre, no pudo mantenerse en su altivez, porque no hay más que un Dios sin principio y sin fin en la eternidad. Y por eso es el más criminal de todos los crímenes, que alguien se simule a sí mismo como Dios. Ahora bien, yo, Dios celestial, guardé la luz ilustre que retiré del diablo por su maldad, ocultándola cuidadosamente en mí, y la di al barro de la tierra que formé a mi imagen y semejanza, como hace un hombre cuando su hijo muere y su herencia no pasa a sus descendientes; porque murió sin hijos; el padre atrae hacia sí la herencia del hijo y la propone en su mente para otro hijo suyo aún no nacido, dispuesto a dársela cuando nazca de él. Pues el diablo cayó sin heredero, que es en la intención recta una buena obra: porque nunca hizo ni comenzó nada bueno, y por eso otro recibió su herencia, quien también cayó, pero teniendo heredero, a saber, el inicio de la obediencia; porque la aceptó con devoción, aunque no perfeccionó la obra correspondiente, sino que la gracia de Dios perfeccionó esa obra en la encarnación de la salvación de los pueblos, en la restauración de la buena herencia. Y por eso el hombre recibió su herencia en Cristo, porque no despreció al principio el mandato de Dios, mientras que el diablo no deseó en absoluto el servicio de su Creador en el bien, sino el honor en la soberbia: por lo cual no recibió su gloria sino que pereció en la perdición.

Y así como Goliat se levantó despreciando a David; así se levantó el diablo en presunción en sí mismo, queriendo ser semejante al Altísimo. Y como Goliat, ignorando las fuerzas de David, lo menospreció considerándolo nada, así el diablo, lleno de soberbia, despreció la humildad en la humanidad del Hijo de Dios, quien nacido en el mundo, no buscó su propia gloria sino la gloria del Padre en todo. ¿Cómo? El diablo no deseó imitar este ejemplo, sometiénose a su Creador como el Hijo de Dios se sometió a su Padre. Sin embargo, David cortó la cabeza de Goliat en la fortaleza secreta de Dios, como está escrito por inspiración del Espíritu Santo: "Tomando David la cabeza del filisteo, la llevó a Jerusalén, y sus armas las puso en su tienda" (1 Sam. XVII). Esto es así. Los despojos y saqueos del diablo los tomó mi fortísimo Hijo, cuando derribó la cabeza de esa misma serpiente antigua. ¿Dónde? En el vientre de la Virgen que aplastó esa cabeza. ¿Por quién? Por su mismo Hijo. ¿Qué es esta contrición? La santa humildad, que apareciendo en la madre y el hijo, golpeó el primer inicio de la soberbia, que es la cabeza del diablo. Y así, la victoriosa humildad de mi Hijo, según la carne, llevó esa misma cabeza a la santa Iglesia que es la visión de la paz, mostrándole que por esa fortísima humildad había sido muerta la soberbia del diablo; y sus armas más fuertes son sus múltiples vicios, con los cuales él superó al género humano que lo adoró como a Dios, aterrorizándolo con sus artes viciosas como las armas suelen aterrorizar a los hombres. Esto lo rompió mi Hijo poniéndolo en su tabernáculo, es decir, en la pasión de su cuerpo mientras sufría en la cruz. Por lo cual dejó esa misma lucha también en los tabernáculos, es decir, en los cuerpos de los miembros elegidos suyos: para que ellos también distribuyan las armas del diablo con él. ¿Cómo? Así como él venció al diablo en su pasión, así también ellos lo venzan constriñéndose en sus deseos, y no consientan en sus vicios. Y según esta similitud, así como la gloria de Goliat fue dada a David: así la gloria que fue arrebatada al primer ángel, la di a Adán y a su descendencia, que me confiesa guardando mis mandamientos, habiendo sido muerta la soberbia del diablo. Quien tenga oídos para oír, perspicaces del sentido interior, que anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN SEGUNDA.

RESUMEN.---Que la fe grande en virtud, se levantó claramente en la circuncisión de Abraham. Que la fe está unida al temor del Señor y el temor del Señor a la fe. Que los fieles edifican sobre la fe buenas obras por las cuatro partes de la tierra. De los cuatro cuadrados. Que es necesario que el hombre camine humildemente y huya sabiamente de las insidias del diablo. De los cuatro ángulos del edificio y lo que significan. También de otra manera sobre los mismos ángulos. Que a los hombres se les da de Dios Padre protección y defensa para obrar bien y son circunspectos porque son carne cenicienta. De la ciencia especulativa. Palabras de Pablo. Palabras de Salomón. De la operación de dos causas. Que las instituciones rectas surgieron en Abraham y en Moisés. Que la ciencia especulativa comenzó a aparecer en Noé, reinando sin embargo la iniquidad hasta Abraham y Moisés sin interrupción. Palabras de Pablo sobre el mismo asunto. Que la obra recta fue mostrada en Abraham y en Moisés, la justicia clara en la Encarnación del Hijo de Dios, la obra ardiente por el bautismo en la Iglesia durando hasta el fin del mundo. Palabras de David sobre el mismo asunto. Que los miembros de Cristo aún permanecen imperfectos en sus elegidos y la Iglesia aún carece de la futura perfección que tendrá. Cómo el número diez, atenuado por Adán, se levantó en el Hijo de Dios en diez, y diez en mil. Palabras del Evangelio sobre el mismo asunto. Que en las cinco llagas de Cristo se borran los pecados de los hombres. Que el hombre con los cinco sentidos inspirados por el Espíritu Santo, discierne el bien y el mal. Que el hombre debe trabajar con alma y cuerpo para evitar el mal y hacer el bien en la prosperidad y en la adversidad. Que la mente humana debe tener sabiduría y discreción para conocer a Dios. Que el hombre, compuesto de cuatro elementos, cultive la fe católica con igual devoción. Que el hombre fiel ascienda de virtud en virtud. Que el Hijo de Dios fue enviado al mundo según el tiempo preordenado por el Padre para cumplir la voluntad del Padre en la redención del hombre. Que la soberbia del mal o su fin en la criatura operante, o el inicio o fin de la justicia suprema y la justa distribución de la voluntad de Dios: ningún hombre puede escrutar.

Luego vi entre el ámbito del círculo que se extendía desde el que estaba sentado en el trono, como una gran montaña unida a la raíz de esa inmensa piedra sobre la cual estaban colocadas las nubes con el trono y el que estaba sentado en él: de modo que la piedra parecía erguida en altura y la montaña extendida en anchura. Y sobre esa misma montaña se alzaba como un edificio cuadrangular formado a semejanza de una ciudad cuadrada, con una posición algo oblicua, cuyo un ángulo miraba al oriente, y otro al occidente, y uno al septentrión y otro al mediodía; el edificio en su circuito llevaba un muro de dos formas, cuya una forma era como un esplendor luminoso como la luz del día, y la otra como una composición de piedras unidas entre sí en el ángulo oriental y en el ángulo septentrional, de modo que la parte luminosa del muro se extendía desde el ángulo oriental y terminaba en el ángulo septentrional, toda íntegra y sin tener ningún lugar interrumpido, y la otra parte, es decir, la de piedra, se extendía desde el ángulo septentrional al ángulo occidental y al ángulo meridional y terminaba en el ángulo oriental, teniendo dos lugares interrumpidos entre el ángulo occidental y el ángulo meridional. La longitud del edificio era de cien codos, y su anchura de cincuenta codos, y su altura de cinco codos: de modo que sus dos paredes en cada lado del mismo eran de una longitud, y las otras dos paredes en el frente y en el final del mismo, de una anchura. Pero también las mismas cuatro paredes en todo el circuito del edificio eran de igual altura, excepto por sus almenas que sobresalían un poco de su altura. La anchura entre el mismo edificio y el esplendor que se extendía desde el mencionado círculo hacia el abismo profundo era en el vértice del ángulo oriental de un palmo, pero en otros lugares, es decir, en la parte septentrional y en la occidental y en la meridional, la anchura entre el mismo edificio y el esplendor era tal por todas partes que de ninguna manera podía comprender su amplitud. Y

esto, mientras me admiraba, el que estaba sentado en el trono me dijo de nuevo: La fe que en los antiguos santos con la obra de justicia edificada por la bondad del Padre desde lo alto, apareció como en palidez, encarnado el Hijo de Dios, con manifestación abierta, con obras ardientes avanzó ardientemente hacia la luz, cuando el Hijo de Dios, no deseando lo caduco, enseñó con su ejemplo a despreciarlo y a amar lo celestial; mientras que los Padres anteriores no huyendo del mundo, ni separándose de él, adoraban a Dios con simple credulidad y humilde devoción; porque aún no se les había mostrado que debían abandonar todo. Por lo cual también lo que ves dentro del ámbito del círculo que se extiende desde el que está sentado en el trono, una gran montaña unida a la raíz de esa inmensa piedra sobre la cual están colocadas las nubes con el trono y el que descende en él, de modo que la piedra parece erguida en altura y la montaña extendida en anchura: esto es que en la potente y fuerte obra del poder del Padre supremo que obra poderosamente, está la montaña que significa la fe, que es grande en virtud, levantándose claramente en la circuncisión de Abraham, y así progresando hasta el Hijo del Dios supremo después de la caída de la serpiente antigua inspirada por el Espíritu Santo a los hombres, para que operando fielmente en la bondad del Padre crean que él es el Dios omnipotente, que pudo superar a tan gran enemigo, de modo que por esa misma credulidad elevados alcancen aquella gloria, de la cual el diablo por su soberbia fue arrojado y pereció.

Y esa misma montaña está puesta en la raíz de la mencionada piedra que tiene el misterio del temor del Señor, porque la fe está unida a la estabilidad del temor del Señor, y el temor del Señor también a la fortaleza de la fe, a saber, cuando del Padre fue enviado el Hijo a nacer de la Virgen, y cuando del Hijo brotaba la verdadera fe primero en el fundamento de la buena obra, que el temor del Señor produce con todas las virtudes tocando a Dios en su altura: de modo que en la sabiduría de las mentes fieles Dios, reinando sobre todo, sea adorado fielmente: ¿Cómo? Porque el temor del Señor penetra agudamente los secretos del cielo con la visión de la circunspección: porque él es el inicio de la intención justa, con la cual también la bienaventurada fe se extiende ante Dios en la amplitud de la perfección cuando se dilata en las buenas obras hacia la santidad. Pero que sobre esa misma montaña se alza un edificio cuadrangular formado a semejanza de una ciudad cuadrada, esto es que sobre la fe la bondad del Padre edificando buenas obras, reuniendo a muchos fieles por los cuatro ángulos de la tierra los atrae hacia lo celestial, así advertidos en la estabilidad de las virtudes que el Padre celestial en su seno, es decir, en su poder interior y en su consejo místico, los componga benignamente con cuatro cuadrados en la fe. ¿Cómo? Yo, que soy el Altísimo, ordené en mi obra el primer cuadrado de los hombres, a saber, Adán, cuyo linaje debilitándose por un gran cisma mientras él dormía, avanzó hasta el segundo cuadrado, es decir, Noé bajo quien se hizo el diluvio, donde también premostré los misterios de mi Hijo en el arca. Pero en ese cuadrado que es Noé, por mi admonición manifesté esa parte luminosa del muro del mencionado edificio; porque allí en el diluvio ahogando a los pecadores, insinué a los hombres que huyeran de la muerte y buscaran la vida, así abriéndoles claramente la ciencia especulativa del conocimiento de dos caminos. ¿Qué es esto? El hombre florece y prospera en la vida viviente que es el alma, por la cual especula y conoce dos sendas, a saber, el bien y el mal, ya que el hombre es tocado por cualquiera de estas partes: de modo que permaneciendo en el cuerpo, ya sea el bien o el mal, obra con el alma y el cuerpo, lo cual él comienza por la operación de su mente, cumpliendo su voluntad así en la obra. Y así en Noé se mostró por mi admonición la ciencia especulativa de dos caminos, es decir, con la consideración más aguda despreciar el mal y amar el bien, que así con la emisión de la circuncisión tiende en el curso de la voluntad de Dios, hasta el tercer cuadrado, en el cual Abraham y Moisés están unidos en la circuncisión y la ley; que la circuncisión y la ley así procedían hasta el cuarto cuadrado de la santa Trinidad: en el cual el Antiguo Testamento fue terminado en el Hijo de Dios con la

significación exterior. Por lo cual también surgió el germen interior por el Hijo de Dios en la Iglesia: quien nacido y padecido por la salvación de los hombres resucitando también y regresando al Padre, restauró aquel ángulo que en la caída de Adán estaba oculto y atenuado en salvación, por las almas de los hombres.

Pero que el edificio está algo en posición oblicua, esto es que el hombre que es obra de Dios, no puede por su fragilidad caminar firmemente sin pecado, y audazmente sin temor de la carne frágil superando al diablo, sino que le conviene evitarlo con humildad, y huir sabiamente de sus insidias para no pecar, y unirse fielmente a las buenas obras, y así permanecer en el Hijo de Dios, que como en un ángulo sentado es la piedra angular, uniendo así la obra elegida en el hombre. Pero que un ángulo mira al oriente y otro al occidente y uno al septentrión y otro al mediodía, esto es que el Hijo de Dios nació de la Virgen y padeció en la carne, para que en el nacimiento de la justicia el hombre fuera restaurado a la vida a la cual toda justicia fue añadida, que es el ángulo oriental de donde surge la salvación de las almas, como Dios completó en su Hijo toda justicia que desde Abel hasta él fue prefigurada; en quien se terminó la constitución de la observancia carnal del Antiguo Testamento, ya viniendo la salvación de los hombres fieles por la fe, que el Hijo de Dios trajo enviado por el Padre al mundo en el fin de los tiempos, que es el ángulo occidental. Contra el diablo también en Abraham y en Moisés se elevó la justicia que premostraban la gracia prometida por la cual el hombre fue salvado a quien el diablo había engañado, matándolo como un ladrón en la caída de Adán, que es el ángulo septentrional; por lo cual también la caída miserable y mortal que se hizo en el género humano, después fue restaurada noblemente y magníficamente por la gracia suprema con pleno fruto, en la obra ardiente de Dios y del hombre, que es el ángulo meridional. El ángulo también meridional es; porque el primer hombre Adán fue creado por Dios. Pero que desde este ángulo la ciencia especulativa del conocimiento de dos caminos no comienza a brillar, es decir, desde el mismo Adán; esto es así porque su linaje era desordenado, no adorando a Dios en su ciencia con el servicio diligente de la ley, sino solo cumpliendo su propia voluntad con el máximo mal, de modo que ni en la ciencia recta de Dios ni en la verdadera bienaventuranza era brillante: más bien yacía en la muerte, pero estaba solo oculto en el corazón del Padre, lo que había decidido hacer con el hombre. El ángulo también en el oriente designa a Noé, donde la justicia comenzó a mostrarse, y donde también fue manifestada abiertamente la ciencia especulativa premostrada, mostrando toda la santidad que después en el Hijo de Dios iba a ser perfeccionada. Y porque toda justicia en el Hijo de Dios que es el verdadero Oriente estaba comenzando, por eso este edificio debe ser llamado primero al oriente en honor de la santidad, que también primero en Noé fue verdaderamente declarada. El ángulo también en el septentrión es Abraham y Moisés: quienes contra Satanás con la ejecución de la obra rodeaban la mencionada ciencia especulativa como si la circunvalaran con piedras preciosas, y con la obra dorada por encima de la justicia clara de Dios que era la circuncisión y la ley; porque la justicia antes de la circuncisión y la ley, estaba como desnuda sin obra. Y el cuarto ángulo occidental prefigura también la verdadera Trinidad; que fue manifestada abiertamente en el bautismo del Salvador, quien levantó la ciudad plena y santa de Jerusalén con toda su obra, regresando al cielo en la salvación de las almas. Pero que el mismo edificio en su circuito tiene un muro de dos formas, una de las cuales es como un esplendor luminoso como la luz del día y la otra como una composición de piedras unidas entre sí en el ángulo oriental y en el ángulo septentrional, esto es que por la bondad del Padre a los hombres de toda parte se les ha dado como una seguridad, es decir, protección y defensa en las buenas obras para que rodeados y fortalecidos por ellas abandonen las concupiscencias carnales, y huyan hacia el único Dios que es su fortaleza. Este muro tiene dos formas porque una forma del muro es como la ciencia especulativa de dos caminos, porque el hombre tiene esa ciencia en la más aguda y

certera investigación de la especulación de su mente, para que sea circunspecto en todos sus caminos y también otra forma del muro es como la carne cenicienta del hombre, porque el hombre fue creado por Dios operando, obra hecha en la operación.

Y esta ciencia especulativa brilla en el esplendor de la luz del día; pues a través de ella los hombres ven y consideran sus actos, porque es un rayo espléndido de la mente humana, que se observa cautelosamente, ya que esta ciencia ilustre aparece en el hombre como una nube blanca que atraviesa las mentes de los pueblos con rapidez, así como una nube se disipa rápidamente en el aire, y brilla como la luz del día porque se declara blanca debido a la obra espléndida que Dios realiza benignamente en los hombres, es decir, para que cuando eviten el mal, realicen el bien que en ellos brilla como la luz del día. En esta ciencia también procede cada obra en el hombre. ¿Cómo? El hombre tiene dos caminos. ¿Cómo? Él conoce el bien y el mal con sensibilidad, quien, al pasar del mal, haciendo el bien, imita a Dios haciendo el bien en él, quien es justo y no quiere la injusticia. Pero cuando obra el mal, se ve implicado por el seductor diablo en pecados, quien no quiere desistir a menos que lo sienta en el vínculo de las malas obras, porque el diablo busca la iniquidad, huyendo de la santidad. Pero si el hombre se aparta del mal y obra el bien: entonces es recibido con suma bondad, porque se ha superado a sí mismo por amor a Dios: quien entregó a su Hijo por él en la muerte de cruz. Por lo tanto, esta ciencia es especulativa: porque es como un espejo de esta manera, ya que así como el hombre mira su rostro en el espejo para ver si hay belleza o manchas; así él mismo observa en la ciencia el bien y el mal en la obra realizada, que considera dentro de sí, porque esta consideración está en el sentido racional que Dios inspiró en el hombre, cuando sopló en su rostro el aliento de vida en el alma. Pues la vida de los animales carece de esto; porque no es racional, pero el alma del hombre nunca carece de esto; porque vivirá eternamente, ya que es racional. Por lo tanto, el hombre también siente en la consideración del bien y del mal que su obra es reprobada o elegida, formada e inspirada por la gracia de Dios con sentido racional en el origen de su creación, esa gracia lo restaura nuevamente en la elección del bautismo, y en la salvación del alma del nuevo testimonio, como dice Pablo, mi amadísimo, sobre esa elección de gracia: Las reliquias según la elección de gracia han sido salvadas. Pero si es por gracia, ya no es por obras: de lo contrario, la gracia ya no es gracia (Rom. XI). Esto es así. Las reliquias que el lazo de la muerte no comprendió, para que se desviarán al ejemplo del diablo, esas han sido salvadas por la salvación abierta cuando Dios envió a su Hijo a encarnarse, que es la elección de gracia para la salvación manifestada de los hombres. ¿Cómo? La gracia de Dios constituyó al hombre, pero él cayó en malas obras. Entonces se mostró la elección de gracia en el vaso elegido, cuando el Hijo de Dios nació de la Virgen, en quien no era posible que ocurriera ninguna caída. Pues si alguno de los hombres hace algo útil que le es arrebatado por otro, entonces elige para sí algo más útil, que nadie le puede quitar, y en lo que él abunda plenamente. Así hizo la gracia de Dios. Ella formó a Adán, el primer hombre, a quien el diablo apartó de la inocencia de la obra, pero la misma gracia hizo después la plenitud de las buenas obras por el Hijo de Dios en la salvación de las almas. Pero si la gracia de Dios hizo la salvación, entonces la salvación no se hizo por el mérito de los hombres. ¿Cómo? La justicia de la obra falló en Adán: de modo que el hombre nunca volvería a la salvación por los méritos de sus obras, a menos que fuera recuperado por la misma gracia en el justísimo Hijo de Dios por sus obras, porque se hizo obediente a su Padre, y a menos que el hombre también fuera purificado por el bautismo que el Hijo de Dios entregó a los hombres con buena obra, que la obra de la gracia de Dios realiza con el hombre: y el hombre realiza esa obra con ella. Por lo tanto, la gracia de Dios está con esta obra; y esta obra surgió de la gracia. Porque si la salvación fuera por el mérito de los hombres y la obra recta del hombre fuera propia de él por sí mismo, de modo que la gracia de Dios no

encendiera esa obra, entonces la gracia no sería gracia. ¿Cómo? Entonces el hombre sería por sí mismo y no por Dios: y ninguna criatura daría gracias a Dios, y la gracia de Dios no sería nada. Ahora bien, la gracia de Dios constituyó al hombre apoyado en la racionalidad para que obrara justicia en la ciencia del bien y del mal, de modo que con esta ciencia apeteciera el bien rechazando el mal y así conociera la vida y la muerte eligiendo en cuál parte desea permanecer, como dice Salomón en el entendimiento de la sabiduría: Te ha puesto delante el agua y el fuego: extiende tu mano a lo que quieras (Ecli. XV). Esto es así. Dios puso al hombre en el primer despertar del alma una gran y aguda fuerza, a saber, el conocimiento de los males y los bienes, que son el agua y el fuego. Pues así como el agua siempre inunda y oculta en sí muchos animales mortales y muchas cosas inútiles, así también el hombre inunda en sus malas obras, ocultándolas para que no se divulguen. Y así como el fuego quema no tolerando en sí ninguna impureza no quemada, y como el herrero hace más puras sus joyas por el fuego eliminando el óxido, así también el bien hace al hombre puro, arrancando de él el óxido de la maldad. Pues el agua y el fuego disienten, sofocándose y matándose mutuamente. Así también hace el hombre. En el mal mata el bien, y en el bien mata el mal y en ambos siempre oculta dentro de sí silenciosamente sus deseos, girándolos de un lado a otro.

Y en esa conmoción de deseos tiene la opción de la voluntad de ese camino que desea: y a él se convierte con la voluntad de la obra, extendiendo la mano a esto, es decir, perfeccionando la buena obra con la ayuda de Dios por la gracia, y realizando el mal con el diablo acechando por la sugerencia de sus artes, el mismo hombre observando esto en la ciencia de su racionalidad. Pues en esa ciencia observa el bien y el mal, y de ahí surge en él el deseo de elección de dos caminos, a saber, el del bien y el del mal, según su voluntad. ¿Qué es esto? La opción es que el hombre ve en el deseo de su alma como en un espejo algunas cosas diciendo dentro de sí: Ojalá pudiera hacer esto o aquello, a lo que aún no accede por la obra, pero lo tiene en su ciencia, colocado como en la cabeza de dos caminos, que es teniendo la ciencia de las ocasiones del bien y del mal, y así según su deseo finalmente tiende a esa obra ya sea hacia arriba o hacia abajo.

Y la otra forma del muro que ves como una composición de piedras mostrando el género humano, también designa las instituciones rectas que surgieron en las mentes de los hombres, como en Abraham y en Moisés y en los demás, que eran la semilla precedente de la ley de Dios, con todos los apéndices de la justicia de Dios en la ley hasta el último tiempo. ¿Cómo? A saber, que la obra de Dios está en el hombre y por el hombre, de modo que Dios envió a su Hijo para la salvación de los hombres al final de la ley, sin pecado y obrando en un cuerpo humano, y poniendo el fundamento de la fe sobre sí mismo, de esta manera que llevó al género humano con el primer hombre expulsado del paraíso por la transgresión de la justicia, haciendo todo esto maravilloso en el hombre por su ley donde comprendes la multitud cristiana que esta edificación es en la bondad del Padre, y que el hombre será repuesto en la Jerusalén celestial. Por lo tanto, las dos formas del muro están unidas en una en la parte oriental y septentrional, porque en la ciencia especulativa y en la obra humana hay una terminación común de la injusticia, en la que el género humano estaba implicado en el olvido de Dios, que se levantó primero desde Adán con la insana injusticia antes del diluvio: de modo que fue abatida con toda su gente por la gran iniquidad en el diluvio de aguas, donde la ciencia especulativa comenzó a aparecer por mi inspiración con la ciencia del bien en Noé, la advertencia de Dios se levantó: sin embargo, el cuello y el apetito del mal en su memoria avanzaron fatalmente hacia el norte, de modo que la iniquidad de la rebelión contra Dios no fue pisoteada hasta Abraham en quien fue sofocada como en el ángulo septentrional: cuando en él surgió la agudísima punta de la justicia de Dios. Pero esa parte luminosa del muro se

extiende desde el ángulo oriental y termina en el ángulo septentrional, toda íntegra, y no tiene ningún lugar interrumpido, esto es que la ciencia especulativa en la fortificación de las mentes de los hombres desde el ángulo oriental, es decir, desde los días de Noé comenzó a aparecer, cuando antes de Noé la iniquidad se esforzaba por cumplir lo que podía perpetrar en la irritación de Dios, los hombres siguiendo más sus concupiscencias que amando el culto de Dios, porque el primer género humano desde Adán donde la ciencia especulativa estaba oculta, el diablo lo devoró en toda su voluntad hasta Noé, en quien esa ciencia fue mostrada abiertamente, como se ha dicho, no obstante, el diablo aún confiaba en que tendría todo el género humano: la iniquidad avanzando así en su precepto hasta el ángulo septentrional, esto es hasta Abraham y Moisés; porque antes de ellos en la ciencia especulativa la iniquidad estaba casi íntegra en su maldad, y aún no interrumpida o rota por la justicia establecida de la ley de Dios, porque aún no se había dado la circuncisión o la ley, en las que entonces los Padres el diablo comenzó a ser confundido, cuando antes casi confiadamente reinaba en el mundo, como abre Pablo mi vaso luminoso de elección: Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés incluso en aquellos que no pecaron, a semejanza de la transgresión de Adán que es figura del futuro (Rom. V). Esto es así: La muerte reinó sin que nadie luchara contra ella, ni nadie la superara en batalla, desde Adán hasta Moisés. ¿Cómo? Porque la austeridad y el culto de la ley antes de Moisés no se había dado: excepto que la circuncisión en Abraham por mandato de Dios la había prefigurado levemente, pero el vicio de la muerte avanzó de error en error, como le plació. Entonces se levantó en la voluntad de Dios el fuerte soldado Moisés, y preparó fuertes armas de justicia, en las que la muerte en su culto fue destruida por los instrumentos de la ley, porque la ley escondió en sí toda la salvación de las almas, con la prefiguración del Hijo de Dios, porque incluso la muerte dominaba en los inocentes: que por la simplicidad de su moderación no conocían en sus actos la obra de la transgresión de Adán en las naciones, que es figura del futuro. ¿Cómo? Adán fue creado por Dios justo e inocente de toda concepción e inicio de pecado: así también el Hijo de Dios nació de la virgen María, viniendo sin ninguna mancha de pecado.

Pero como ves que esa parte de piedra del muro se extiende desde el ángulo septentrional al ángulo occidental y al ángulo meridional, y termina en el ángulo oriental; esto es que las obras rectas de los hombres con las que están fortificados en Dios, procedieron como desde el ángulo septentrional, es decir, desde la circuncisión de Abraham con la ley de Moisés y con los apéndices de su justicia en los hombres hasta el ángulo occidental, donde surgió la justicia clara en la encarnación del Hijo de Dios, desde allí extendida más allá hasta el ángulo meridional, donde la obra ardiente por el bautismo y por la justicia restante de la esposa elegida y nueva del mismo Hijo de Dios, para restaurar a Adán en la salvación fue encendida, nuevamente desde allí prolongada más allá poniendo término en el primer ángulo oriental, así regresando al Padre supremo. ¿Cómo? El mismo Padre supremo estaba en su misterio ordenando cada justicia cómo debería regresar la caída del primer hombre en la salvación de las almas regresando a Dios. Porque el hombre había caído, por eso me levanté en misericordia y envié a mi Hijo en la restauración de la salvación de las almas, como mi siervo el salmista David mostró diciendo: Pero en la ley del Señor está su voluntad, y en su ley meditará día y noche (Sal. I). Esto es así: En la ley de justicia que mi Unigénito nacido de la Virgen mostró al mundo, quien existiendo con el Padre y el Espíritu Santo un solo Dios domina todo el siglo: de modo que el mismo Hijo del Padre encarnado y visto hombre visible, Señor y elevado en carne sobre toda criatura fue la voluntad del Padre en la salvación. ¿Cómo? Porque el Hijo de Dios engendrado por el Padre antes de los siglos, después nacido en el mundo de una madre al final de los tiempos aún no encarnado permanecía en el Padre invisible, como la voluntad es invisible en el hombre antes de que salga en obra, visible luego apareció en carne para la salvación de los hombres: así como con su Hijo medita el Padre

omnipotente toda justicia contra la primera caída de Adán. ¿Dónde? En el amor del Hijo de Dios, quien antes de los tiempos permaneciendo en la gloria de la divinidad en el Padre maravillosamente después bajo el tiempo establecido del mundo, se encarnó, a quien el Padre envió de su corazón al mundo como sumo sacerdote sobre toda justicia. Por lo tanto, el mismo Hijo recogió la ley de justicia como la recibió del Padre hecha ley de los hombres que creerían en él. Pero en esa ley que el Padre quiso constituir y establecer en su Hijo, medita en el día. ¿Cómo? A saber, en el día que él es, cuando no había oscuridad de iniquidad en ninguna criatura antes de que creara alguna criatura de los siglos meditó esta ley de su Hijo. Y también en la noche. ¿Cómo? Porque en la criatura hecha cuando comenzó a levantarse el mal que es como la oscuridad de la noche, en el ángel y en el hombre medita también el Padre hasta el último día en el que alcanzan sus obras que inefablemente realiza, mostrando y abriendo la ley de su Hijo, cuando en él perfecciona todos los bienes, que deben ser perfeccionados en el hombre.

Pero como ves que la parte de piedra del muro tiene dos lugares interrumpidos entre el ángulo occidental y el ángulo meridional: esto es que la obra del género humano en la fortificación de su defensa, de dos maneras aún es imperfecta, cuando los miembros del Hijo de Dios encarnado permanecen aún como imperfectos en sus elegidos, que es el primer lugar interrumpido como desde el occidente, porque el Hijo de Dios fue enviado al mundo al final de los tiempos, y cuando luego la Iglesia también aún está como imperfecta en todas sus virtudes, como debe consistir y edificarse en la Jerusalén celestial, que es el otro lugar interrumpido como hacia el sur, cuando la Iglesia se perfeccionará en los cielos. Pero la longitud de ese edificio es de cien codos, esto es que el número diez estaba disminuido en el hombre transgresor, y fue recuperado en mi Hijo por el múltiple número centenario del diez, de múltiples virtudes en la salvación de las almas, de ese diez por el centenario luego asciende el número mil perfecto en todas las virtudes, para que se evacuen completamente las mil artes del diablo, con las que seduce a todo el rebaño de los amados de todo el Dios omnipotente. ¿Qué es esto? Yo, el Omnipotente, constituí al principio luces ardientes y vivientes que brillaran en sus esplendores; pero algunas permanecieron en mi amor, otras cayeron despreciando a su Creador. Pero no me convenía a mí, el Creador, dejar mi institución vacía e inútil. ¿Cómo? La criatura angélica del ejército soberbio este bien que su Creador le concedió para su conocimiento; lo atribuyó a sí mismo en una gloria engañosa, creyendo que podía ser semejante a su Creador, por lo que cayó en la muerte. Entonces Dios previó, porque lo que cayó en ese ejército perdido, debía ser restaurado más fuertemente en otro. ¿Cómo? Porque creó al hombre del limo de la tierra viviente en alma y cuerpo para que alcanzara esa gloria, de la cual el diablo transgresor con sus imitadores fue expulsado; porque el hombre es muy querido por Dios, ya que lo hizo a su imagen y semejanza, para que en la perfección de la santidad realizara todas las virtudes, así como Dios creó todas las criaturas, y para que también cumpliera obrando en la humildísima obediencia y en la obra de las virtudes la administración de la alabanza entre los ángeles gloriosos, que en devoción continua están alabando a Dios, y en esa misma bienaventuranza suya cumpliera esto, que el ángel perdido en su presunción cayendo vació. Por lo tanto, el hombre es un número diez completo, que todo esto perfecciona por la virtud de Dios.

Sin embargo, el número diez en su naturaleza multiplica el centenario en esta intención, porque el hombre, al caer por la seducción diabólica, finalmente es advertido por la divina misericordia e inspiración de Dios y comienza a reconocer a Dios con la ley y la profecía del Antiguo Testamento, y luego más agudamente con la santidad y todos los ornamentos de la invicta constancia de la Iglesia. Así, el hombre comenzó a practicar todas las virtudes desde

Abel, perfeccionándolas hasta el último justo, que es el número centenario de la longitud de este edificio, que Dios muestra a los hombres en una figura mística, para que no desesperen al caer en sus iniquidades; sino que, levantándose de ellas, trabajen con gran fuerza en la obra de Dios; porque cada uno que cae en pecados, cuando se levanta de ellos, será más fuerte de lo que era antes, así como Dios restituye mayores y más fuertes virtudes en el hombre, enviando a su Hijo al mundo para levantar al género humano caído, que el primer hombre realiza. Por lo tanto, el hombre trabaja más fuertemente en el alma y el cuerpo que si estuviera sin la carga corporal, porque lucha en sí mismo en muchos peligros, librando las más fuertes batallas, y siendo victorioso, milita fielmente con su Señor Dios, conociéndolo así en su milicia, castigando su cuerpo, porque el ángel, careciendo de la carga del cuerpo terrenal, es solo un soldado de la armonía celestial, luminoso y puro, perseverando en la visión de Dios; pero el hombre, cargado de putrefacción corporal, es un fuerte y glorioso santo soldado, con la obra restaurada, que trabaja por Dios en alma y cuerpo, alcanzando así a través del número centenario del trabajo presente el milenario de la retribución futura, es decir, cuando en el último día recibiendo la recompensa plena, sin fin, en alma y cuerpo, se regocijará en la morada celestial. Así, el número diez, atenuado, fue recuperado por mi Hijo, quien nacido de una virgen y sufriendo en la cruz, devolvió al hombre a las cosas celestiales, como él mismo dice en el Evangelio: ¿Qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende una lámpara, barre la casa y busca diligentemente hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Alégrense conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido (Luc. XV). Esto es así: La santa divinidad tenía diez dracmas, es decir, en los ángeles elegidos y en el hombre, diez órdenes de distinciones celestiales, pero perdió una dracma cuando el hombre, siguiendo más la seducción diabólica que el mandato divino, cayó en la muerte. Por lo tanto, él mismo encendiendo la lámpara ardiente, es decir, Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y el sol de justicia más resplandeciente, barrió a través de él la casa, es decir, el pueblo judío, y entre la ley buscó diligentemente toda santificación que fue en la salvación, en la cual instituyó una nueva santificación, y así encontró su dracma, es decir, al hombre que había perdido. Entonces convocó a sus amigas, es decir, las justicias seculares, y a las vecinas, es decir, las virtudes espirituales, diciendo: Alégrense conmigo laudablemente y regocíjense y edifiquen la Jerusalén celestial con piedras vivas, porque he encontrado al hombre que había perecido por la decepción del diablo.

Pero como ves que la anchura de este edificio es de cincuenta codos, esto es que toda la anchura de los vicios de los hombres, que debieron edificar en la obra de Dios, pero que más bien siguen sus concupiscencias que cultivan la obra de Dios, es misericordiosamente limpiada y remitida en las cinco heridas extendidas de mi Hijo que sufrió en la cruz, de modo que las heridas de sus manos borraron las obras de las manos de la desobediencia de Adán y Eva, y las heridas de sus pies liberaron los caminos del exilio humano, y la herida de su costado de la cual surgió la Iglesia, borró la culpa de Adán y Eva, porque del costado de Adán fue creada Eva. Por lo tanto, mi Hijo fue fijado en el madero, para abolir lo que por el madero fue hecho en la transgresión, y fue dado a beber vinagre y hiel, para que el sabor del fruto nocivo fuera diluido. Y su altura es de cinco codos; que es la excelencia de las ciencias divinas en las Escrituras que son para la obra de Dios en los cinco sentidos que están en el hombre; que el Espíritu Santo inspiró para la utilidad de los hombres, porque el hombre con sus cinco sentidos mira a la altura de la divinidad, discerniendo cada cosa, lo bueno y lo malo. Por lo tanto, sus dos paredes en cada lado de él son de una longitud; porque en el edificio de la bondad de Dios, como en dos paredes del alma y del cuerpo de cada lado, próspero y adverso, el hombre debe trabajar con la mayor constancia. ¿Cómo? Para evitar el mal y hacer el bien. ¿Cómo? Porque el profundo e incomprensible poder divino instituyó al

hombre, para que con todas sus fuerzas y todo su sentido cultive a Dios con igual devoción en la longitud de la racionalidad inteligible; porque es digno que el Creador de todo, antes de todo, y sobre todo, sea dignamente adorado como Dios. Por lo tanto, sus otras dos paredes en el frente y al final de él, son de una anchura, porque en la obra de Dios la sabiduría y la discreción son como dos paredes, es decir, la sabiduría como en la parte superior y la discreción como en la parte inferior, que Dios inspira con su justo y equitativo don en la magnitud de la anchura de la mente humana; para conocerse a sí mismo.

Pero que esas cuatro paredes en todo el circuito de ese edificio son de igual altura, excepto por sus baluartes que sobresalen un poco de su altura; esto es que el hombre, puesto en los cuatro elementos, tendrá en alto la fe católica por la bondad del Padre con igual devoción y culto, adorando al Hijo con el Padre y el Espíritu Santo, que realiza todas sus obras en ellos. ¿Cómo? Toda obra que el Hijo de Dios ha realizado y realiza, la perfecciona por la bondad del Padre en el Espíritu Santo. ¿Qué es esto? Porque según la voluntad del Padre, el Hijo estaba redimiendo al hombre por su encarnación, que es una gran bondad; porque el Padre ordenó así que su Hijo naciera de una Virgen concebido por el Espíritu Santo, asumiendo la humanidad por amor al hombre, para que lo llevara a la restauración de la vida, de modo que el hombre tuviera parte con Dios, con la cual entrara en la salvación por él en la fe recta y católica, en la cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo deben ser conocidos, un solo y verdadero Dios. Pero también allí están los baluartes de mayor altura. ¿Cómo? Porque, cuando el hombre mira a la cima de la buena mente, entonces edifica la altura de los muros de los fieles, ascendiendo en las virtudes de la obra de Dios sobre la fe inteligible, sabiendo que Dios es en el poder de su divinidad, sobre la cual fe luego construye una estatura más alta de virtudes de los baluartes más excelentes. ¿Cómo? Pues edifica virtudes más altas, no contentándose solo con tener fe en Dios: sino que asciende en la palma verde, que es de virtud en virtud, con las cuales la fe más recta es exaltada y adornada como una ciudad con baluartes.

Pero que la anchura, entre el mismo edificio y el esplendor extendiéndose desde el círculo mencionado hacia el abismo profundo, es en la cima del ángulo oriental de un palmo: esto es que la amplitud de los secretos celestiales está entre la obra del Hijo de Dios que mostró como un edificio, viviendo sin pecado corporalmente en el mundo, es decir, haciendo muchas virtudes en la bondad del Padre y entre el poder del Padre como un esplendor en su máxima virtud extendiéndose hacia lo inferior y lo superior, cuando envió a su Hijo al mundo, en la cabeza del ángulo que mira al oriente, esto es, en la justicia que primero fue prefigurada en Noé por la advertencia del Espíritu Santo prefigurando aquella justicia perfecta, que fue declarada en la encarnación del Hijo de Dios, de modo que en estos secretos había como un espacio de una estatura como la mano extendida desde el pulgar hasta los otros dedos; que es el tiempo ordenado en las entrañas paternas cuando quiso enviar a su Unigénito en la mano más fuerte, para que él así rodeara con todos los artículos de los dedos que son todas sus obras en el Espíritu Santo para cumplir la voluntad de su Padre sufriendo en la cruz por la miserable y despreciable desobediencia, que el diablo instiló en el primer hombre en su sugestión, cuando por esto para redimir al hombre la misericordia de Dios se inclinó a la tierra, por la humanidad del Hijo de Dios en la incomprensible altura de la divinidad.

Pero que en otro lugar, es decir, en la parte septentrional y occidental y meridional, hay tanta anchura por todas partes entre el edificio y el esplendor que de ninguna manera puedes comprender su amplitud; esto es que ningún hombre cargado de cuerpo mortal podrá conocer la elevación del mal en las entrañas del diablo del norte: ni su fin en la criatura operante en el ocaso del hombre caído, ni el principio o fin del ardiente mediodía que es de la justicia

suprema, ni considerar cómo estas cosas están extendidas y diferenciadas entre la obra y el poder de mi ciencia en todos los pueblos, es decir, ya sea en los elegidos o en los reprobados, que todos están puestos en la más equitativa investigación, de modo que serán examinados con la más aguda y diligente restricción en mis mandamientos, aunque todos ellos deben confiar con precisión, que los alimento en todas sus necesidades, porque todas estas cosas están tan ocultas en mis secretos, que la amplitud de su profundidad, ni el sentido o intelecto del hombre de ninguna manera puede comprender o entender, a menos que sea concedido por mi permiso. Pero quien tiene oídos agudos de intelecto interior aquí en el ardiente amor de mi espejo, anhele estas palabras, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN TERCERA.

RESUMEN.---Que las virtudes divinas florecientes bajo la ley traen mucho fruto en la nueva ley. Que por la voluntad de Dios las virtudes operan en los hombres. Sobre el estado del amor celestial, la disciplina, la misericordia, la victoria. Sobre el hábito de las mismas y qué significa. Especialmente sobre el amor celestial y su hábito y qué significa. Especialmente sobre la vergüenza y su hábito y qué significa. Sobre la misericordia. Especialmente sobre la victoria y su hábito y qué significa. Sobre el estado de la paciencia y el gemido y qué significa. Sobre el hábito de los mismos y qué significa. Especialmente sobre la paciencia y su hábito y qué significa. Especialmente sobre el gemido y su hábito y qué significa.

Después de esto vi, y he aquí, casi en medio de la longitud de la parte luminosa del muro del edificio designado, se alzaba como una torre de color de hierro colocada exteriormente al mismo muro, de una anchura de cuatro codos y una altura de siete codos, en la cual vi cinco imágenes de pie individualmente en cada arco, teniendo encima como un cono almenado, de las cuales la primera miraba al oriente, la segunda al norte, la tercera al septentrión, y la cuarta a la columna de la palabra de Dios; en cuya raíz residía el patriarca Abraham, y la quinta a la torre de la Iglesia y a aquellos hombres que en el mismo edificio iban y venían. La similitud era una en ellas en esto: cada una de ellas estaba vestida solo con una especie de vestidura de seda y calzadas con calzado blanco, excepto la quinta, que parecía armada por completo. La segunda y la tercera tenían la cabeza descubierta, con el cabello suelto y blanco, careciendo de manto; pero la primera, la tercera y la cuarta estaban vestidas con túnicas blancas. Pero la disimilitud era esta: La primera imagen llevaba en su cabeza una mitra pontifical, con el cabello suelto y blanco, vestida como con un manto blanco, con dos bordes de púrpura en la parte inferior; en la derecha llevaba lirios y otras flores; en la izquierda, una palma. Y decía: Oh dulce vida, y oh dulce abrazo de la vida eterna, y oh bienaventurada felicidad en la que están las recompensas eternas, que siempre estás en verdaderas delicias, pero nunca puedo llenarme, nunca saciarme de la alegría interior que está en mi Dios. La segunda estaba vestida con una túnica púrpura, de pie como un joven que aún no es completamente de edad viril: pero sin embargo de gran gravedad; y decía: No me aterrorizará el horrible enemigo que es el diablo, ni el enemigo hombre, ni este mundo en la disciplina de Dios, en cuya presencia siempre estoy. La tercera cubría su rostro con la manga blanca de su mano derecha, y decía: Oh suciedad y oh inmundicia de este mundo; escóndanse y huyan de mis ojos, porque mi amado ha nacido de la pura virgen María. La cuarta estaba velada con un velo blanco en la cabeza al modo femenino, y envuelta en un manto de color azafrán; en su pecho llevaba la imagen de Jesucristo; alrededor de la cual en su pecho estaba escrito: Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en las que nos visitó el Oriente desde lo alto (Luc. I). Y decía: Extiendo mis manos siempre a los peregrinos y necesitados y a los pobres y débiles, y a los que gimen. La quinta, por su parte, estaba armada con un casco puesto en su cabeza, vestida también con una coraza y grebas, y guantes de hierro, llevando también en su

izquierda un escudo colgando de sus hombros, ceñida también con una espada y sosteniendo una lanza en su mano derecha. Bajo sus pies yacía como un león con la boca abierta, la lengua extendida desde su boca, y también como algunos hombres, de los cuales unos tocaban trompetas, otros hacían sonar alegremente ciertos instrumentos lúdicos, y otros jugaban diversos juegos: a los cuales la imagen, junto con el león, pisoteaba con sus pies, y con la lanza que sostenía en su derecha los atravesaba con fuerza, y decía: Venzco al fuerte diablo y a ti odio y envidia, y a ti, oh suciedad, con los que juegan con engaño falaz. Pero dentro de ese edificio vi otras dos imágenes de pie hacia esta misma torre: de las cuales la primera aparecía de pie sobre el pavimento del mismo edificio, como en un arco de esplendor ígneo con diversas imágenes de espíritus malignos pintadas en su interior, y colocado contra la mencionada torre, la otra solo colateral al mismo arco exteriormente, no estando en ningún arco, ambas mirando a veces a la mencionada torre, y a veces a los hombres que entraban y salían del edificio. También ellas estaban vestidas con vestiduras de seda y veladas en la ligadura de la cabeza con un velo blanco al modo femenino, no envueltas en mantos, vestidas con calzado blanco. Pero la primera de ellas tenía en su cabeza como una corona triangular roja, como el jacinto rojo brilla en su color, vestida también con una túnica nívea, cuyos pliegues estaban en todas partes distinguidos por un color verde, y decía: Venzco en el oriente con el fortísimo Hijo de Dios: que salió del Padre viniendo al mundo para la redención de los hombres, y que nuevamente regresó al Padre; pues en la mayor aflicción muriendo en la cruz resucitando de los muertos ascendió al cielo, por lo tanto no quiero ser confundida; huyendo de las miserias y dolores de este mundo. La otra estaba vestida con una túnica blanca pero algo pálida. Y en su brazo derecho llevaba una cruz con la imagen del Salvador Jesucristo inclinando su cabeza sobre ella, y decía: Este niño soportó muchas miserias en este mundo; y por eso quiero siempre llorar y tener tristeza por la alegría de la vida eterna, en la cual las buenas ovejas serán llevadas por el noble Hijo de Dios. Y vi que todas las imágenes mencionadas decían sus palabras individuales por el misterio de Dios para la admonición de los hombres.

Entonces, nuevamente sentado en el trono quien me mostraba todas estas cosas, me dijo: Por la fortaleza y constancia de la voluntad de Dios, las virtudes divinas en el Antiguo Testamento rápidamente florecían, pero allí se mostraban como en ignorancia a los que las cultivaban, aún no ofreciendo plenamente un sabor suave y dulce, porque entonces solo la austeridad de la ley corregía severamente a los transgresores; pero después, por la gracia de Dios en la nueva ley, produciendo mucho fruto, ofrecían un alimento fuerte y perfecto y con la máxima dulzura a los que tenían hambre de las cosas celestiales, cuando antes, como se ha dicho, eran una cierta manifestación oculta y signo de lo que estaba por venir, según lo que también este espectáculo con sus añadidos demuestra. Pues esta torre que ves como en medio de la longitud de la parte luminosa del muro del edificio designado, tiene el tipo de la precursión de la voluntad de Dios, que en la circuncisión fue manifestada de muchas maneras y con diversos significados: de modo que Dios en señal de la misma circuncisión mostró la ley, y por la ley la gracia del Evangelio; porque con la fe revelada en el fiel Abraham: surgió en él también la circuncisión en el misterio de la verdadera prefiguración; porque por el poder divino se instruyeron las fuertes virtudes comenzando en Abraham como en medio de la longitud de la ciencia especulativa de dos caminos de opción humana bajo la fortísima protección de la bondad del Padre celestial, cuando después serían abiertas por la voluntad de Dios, prefigurando en figura lo que Dios quiso hacer antes de que esto se mostrara manifestamente en la obra. Que es de color de hierro, y colocada exteriormente al mismo muro, que es la justicia de Dios fuerte e invencible, mostrándose en la misma ciencia especulativa como exteriormente a través de la circuncisión que se formó carnalmente por fuera puesta con las bienaventuradas virtudes en los espirituales del muro espiritual, que Dios

estableció en los hombres. Y la misma torre es de una anchura de cuatro codos, porque por la voluntad de Dios las mismas virtudes operan en el hombre, puesto bajo la extensión de los cuatro elementos, con los cuales se nutre corporalmente en el cuerpo, y de una altura de siete codos; porque en la altura de los siete dones del Espíritu Santo hay tanta firmeza, que la misma torre se elevaría de tal manera, que de ella surgiría la Iglesia en la encarnación de mi Hijo, prefigurada en la circuncisión del Antiguo Testamento.

Quod autem conspicias in ea cinco imágenes singulariter stantes, en cada uno de los arcos superiores como un cono en forma de torre, esto es porque en esta torre, es decir, en la fortaleza de la circuncisión, colgaban cinco fuertes virtudes, no porque alguna virtud sea una forma viviente en sí misma, sino solamente una esfera resplandeciente de Dios brillando en ayuda del hombre; porque el hombre se perfecciona con las virtudes, ya que ellas son la obra del hombre que obra en Dios. Por lo tanto, estas cinco virtudes se colocaron en esta torre a semejanza de los cinco sentidos del hombre; porque tocaban con gran celo la circuncisión, cortando de ella la iniquidad, así como los cinco sentidos del hombre son circuncidados en la Iglesia por el santísimo bautismo, pero sin embargo no operan en los hombres por sí mismas; porque el hombre obra con ellas, y ellas con el hombre, así como los cinco sentidos del hombre no operan por sí mismos, sino que el hombre obra con ellos y ellos con el hombre, produciendo así fruto mutuamente. Y son singulares; trabajando con gran esfuerzo en una estatura singular, es decir, teniendo un ápice en forma de torre, que es una dignidad excelente y bien compuesta de la más fuerte constancia. Y la primera imagen mira hacia el oriente, porque esa virtud miró al Hijo de Dios con el llanto del amor, para que viniera algún día, hablando abiertamente de la vida eterna que la circuncisión tenía en lo oculto. La segunda imagen mira hacia el norte; porque consideró la parte del oriente y la parte del norte, mirando con gran disciplina a Dios como al oriente, despreciando la inconveniencia de la lascivia indisciplinada, es decir, que Dios no era tenido en veneración, y despreciando que la ley de Dios no era dignamente tenida en ese pueblo, como en el norte. La tercera se dirige hacia el septentrión; porque muy fuertemente derriba la fornicación superflua, despreciándola y protegiéndose de ella con la institución legal. La cuarta imagen se vuelve hacia la columna de la palabra de Dios, en cuya raíz reside el patriarca Abraham; porque se volvió adhiriéndose a la encarnación del Hijo de Dios, que tocó como en el fundamento Abraham, con la prefiguración de una profundidad maravillosa, con el carnero colgando en las espinas. La quinta mira hacia la torre de la Iglesia, y a aquellos hombres que corren de aquí para allá en ese edificio; porque se levantó victoriosamente para destruir toda injusticia que surgió en Adán, mirando a la fortaleza de la Iglesia católica, para que luche victoriosamente y sin cesar contra los vicios del diablo, y a los hombres que en ella corren con diversa variedad de costumbres, mostrándoles en el temor del celo de Dios para que perseveren como ovejas de justicia.

Quod autem similitudo una est in eis: esto es que con igual devoción cultivan a Dios en las obras de los hombres; pues cada una de ellas está vestida solamente como con una sola vestidura de seda, porque cada una de esas virtudes tiene en sí dulzura y suavidad con las que de ninguna manera gravan ni constriñen a los hombres; sino que, así como el bálsamo suda suavemente de su arbusto, así operan suavemente la dulzura del reino celestial en las mentes humanas sin la suciedad y dureza de la injusticia. Y están calzadas con zapatos blancos, porque siguen rectamente mi justicia en la blancura del reino celestial, pasando por encima de la sujeción del diablo, y pisoteando completamente sus huellas en los hombres. Pero la quinta virtud parece armada por todas partes; porque ella mira a la Iglesia, en la cual se perfeccionan las más fuertes luchas contra los vicios diabólicos, extendiendo en ella su victoria por todas

partes, con la armadura más preciosa que es la fortaleza invencible de Dios, que al pasar mata toda injusticia en la confusión del engaño diabólico. Que la segunda y la tercera estén con la cabeza descubierta, con el cabello suelto y blanco: esto es que no se imponen a sí mismas ningún suplicio de trabajo, ni carga de riquezas o concupiscencia por amor a mí; sino que con la cabeza descubierta, es decir, con su conciencia abierta, me revelan todo lo oculto suyo, ardiendo siempre en mi amor, rechazando de sí toda confusión y lascivia de la concupiscencia de la carne; comenzando esto en los cabellos blancos que es la claridad de la mente, deseando buenas obras. Y carecen de manto; porque rechazan de sí las costumbres de los paganos, con la impudicia y suciedad del diablo y con todas las preocupaciones mundanas; porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (I Cor. 3). La primera, la tercera y la cuarta están vestidas con túnicas blancas; lo que es la aprehensión de la inocencia prefigurando la encarnación de mi Hijo de Dios con la suavidad de la castidad, quien sustrajo al hombre de la muerte, vistiéndolo con vida en la salvación. Que haya disimilitud entre ellas: esto es que su fuerza está en el don del Espíritu Santo, cuando esta virtud tiene este instrumento del alma, y otra virtud otro, siendo un solo esfuerzo en Dios: para que la Jerusalén celestial se construya perfectamente con ellas; porque ellas son la obra que los hombres realizan: por la cual llegan a Dios.

Por lo tanto, esta primera imagen designa el amor celestial, porque debe estar presente en los hombres con el cuidado del alma; llevando en su cabeza la mitra pontifical, con el cabello suelto y blanco, porque está muy coronada en el sumo sacerdote Jesucristo, y en los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento, y en aquellos que dijeron al mismo Hijo de Dios: Ojalá rasgaras los cielos y descendieras; estando con el cabello descubierto sin el velo femenino de la cabeza en la blancura aparente: prefigurando en ellos que el oficio sacerdotal debía ser desnudado del oficio conyugal en la venida de mi Hijo, aquel que debe ser imitado por sus sacerdotes en castidad por la salvación; porque deben adherirse siempre con el amor celestial más perfecto: para que expulsen las malas costumbres de los hombres, de la contaminación del pecado: siendo una parte clara y blanca en el don espiritual de Dios. Que también está vestida como con un manto blanco, con púrpura tejida en sus dos bordes inferiores; esto es que la rodea la gracia de Dios en la blancura de la suavidad, apoyada y adornada en los extremos de sus protecciones con los ornamentos de la caridad; porque la comprensión de la gracia divina debe estar presente en el término de cada buena obra, constante en dos partes, a saber, en la virtud del amor de Dios y del hombre. Que en su mano derecha tiene lirios y otras flores, esto es que en la buena obra tiene las blancas recompensas de los lirios de la vida eterna y la claridad de la luz eterna, y otras florecillas de santidad que son sus compañeros, que se le unen en el amor celestial. Pero que en su mano izquierda lleva una palma, esto es que en la memoria de la muerte tiene la palma que asciende del oculto de la bienaventurada virtud, con la cual cubre la muerte como con piedras torrenciales, como también declara en sus palabras a los hijos de Dios, como se ha dicho antes.

La segunda, sin embargo, representa la disciplina; porque después del ardiente amor de la vida celestial surge la constricción de las concupiscencias carnales en la disciplina de la gran contrición. Que está vestida con una túnica púrpura; porque está rodeada por mi ley y la mortificación de la carne en los hombres, que es el ejemplo de mi Hijo en la vestidura púrpura: así como mi Hijo nació de la Virgen purísima en la caridad, que de todas maneras obró en él. Se mantiene como un joven que aún no ha alcanzado la plena edad viril, pero sin embargo de gran gravedad; porque la disciplina siempre está en el temor infantil, como un niño está en la constricción temiendo a su maestro bajo la enseñanza. Por lo tanto, yo, el omnipotente, siempre soy el maestro de la disciplina, porque ella es para mí como no viril; porque no quiere ser poderosa en el oficio de su propia voluntad, sino siempre temer

fielmente en la gran restricción de la reverencia, como también lo muestra muy claramente en sus palabras mencionadas anteriormente.

La tercera, sin embargo, declara la vergüenza: porque después de la disciplina surge la vergüenza, huyendo de la confusión del pecado. Por lo tanto, también cubre su rostro con la manga blanca de su mano derecha; porque protege su conciencia interior como el rostro del alma, huyendo de la fornicación y de la contaminación diabólica, defendiéndose con la vestidura blanca de la inocencia y la castidad, teniéndola en la derecha, que es en la salvación de su obra; porque a ella se adhieren poderosamente el desprecio de toda la suciedad de Satanás, que de todas maneras rechaza de sí, como también declara en sus palabras de advertencia mencionadas anteriormente.

La cuarta, sin embargo, significa la misericordia; porque después de la vergüenza se eleva hacia los necesitados la virtud de la misericordia, porque también en el corazón del Padre eterno está la verdadera misericordia de su gracia, porque él ordenó esto en su antiguo consejo que primero mostró misericordiosamente a Abraham en la circuncisión, sacándolo de su tierra y ordenándole que se circuncidara él y su descendencia, cuando le mostró grandes maravillas en la verdadera Trinidad, por las cuales también había anunciado a su Hijo en figura, que todo es esa misericordia que el mismo Abraham prefiguró ofreciendo a Isaac. Y está con la cabeza velada con un velo blanco al modo femenino; que es el manto y el inicio de la salvación, como la cabeza del que tiene misericordia, trayendo de regreso las almas perdidas del exilio de la muerte bajo el candor del piadoso velo; porque hace blancas las almas y al hombre resplandeciente; cuando ha sido cubierto con misericordia por Dios, porque a aquellos hombres que tienen a Dios en indignación, mientras aún están en pecados, a estos les resplandece después de que se les ha otorgado misericordia celestial, como el rayo del sol en suave dulzura, porque la misericordia en persona femenina es la madre más fecunda de las almas de la perdición. Porque así como la mujer cubre su cabeza, así la misericordia deprime la muerte de las almas, y así como la mujer es más suave que el hombre, así también la misericordia es más suave que la locura insana de los crímenes en la locura del pecador antes de que su corazón sea visitado por Dios: como también la misma virtud aparece en forma femenina, porque en la castidad femenina cerrada en la materia virginal surgió en el vientre de María la suavísima misericordia, que siempre estaba sombreada en el Padre, hasta que el Padre la mostró visible por el Espíritu Santo en el vientre de la Virgen. Y está rodeada por un manto de color azafrán; porque está rodeada por el sol más resplandeciente que es el signo de mi Hijo brillando desde el cielo en el mundo, como el resplandor del sol en la tierra. Que en su pecho tiene la imagen de mi Unigénito: esto es que en el pecho de la misericordia incliné a ese mismo Hijo mío, cuando lo envié al vientre de la Virgen María. Por lo tanto, alrededor de ella en el pecho de su virtud está escrito: Por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, en las cuales nos visitó el Oriente desde lo alto (Luc. I). ¿Qué es esto? Porque en todo el poder circundante mío se demuestra en el secreto del conocimiento del pecho de la misericordia: que mi Hijo es la verdadera misericordia. ¿Cómo? como se ha dicho antes en las palabras de Zacarías, mi siervo, en el Evangelio diciendo: Por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios en las cuales nos visitó el Oriente desde lo alto. Esto es así: Por las entrañas de la misericordia paterna está la salvación, que estaba oculta en el corazón del Padre, como las entrañas permanecen en el hombre: que su Hijo en el fin de los tiempos se encarnaría donde Dios visitó a los hombres. ¿Cómo? Con el pan celestial que es su Hijo nacido en la carne de la Virgen María, que viniendo desde lo alto, es decir, saliendo del corazón del Padre, ofreció la mayor misericordia a los que lo buscaban, como también la misma virtud en sus palabras mencionadas anteriormente habla a los hijos de Dios.

La quinta imagen, sin embargo, prefigura la victoria: porque después de la misericordia que mostré en la circuncisión queriendo enviar a mi Hijo al mundo, se levantó la victoria en la misma circuncisión, procediendo así con mayor virtud hasta mi Hijo, y con él hasta el último día. Porque en mi Hijo superé a la antigua serpiente; que se levantó sobre su cabeza, arrebatando al género humano por mil maldades con las que lo atrapó como en su cadena, porque esas maldades mi Unigénito las venció por todas las armas belicosas que surgieron en su encarnación, que es la flor de todas las virtudes. ¿Qué es esto? Después de la misericordia surge la victoria cuando el hombre se vence a sí mismo y a los vicios ajenos. ¿Cómo? En los vicios mencionados de las cinco virtudes: el primero es el amor celestial, es decir, en esto que el hombre conoce y reconoce a Dios, amándolo sobre todas las cosas. Luego, por causa de esa fe, el mismo hombre se liga a la ley de la disciplina; de la cual él mismo refrena los crímenes de pecar por la buena y recta vergüenza. En estas tres fuerzas, por lo tanto, el hombre será justificado en su corazón: así mirando otra cosa que es la angustia de su prójimo a quien procurará en todas sus necesidades como a sí mismo. Por lo tanto, inmediatamente surge el hombre como un fortísimo soldado con estas tres fuerzas en las que es perfecto en su mente imitando en misericordia a mi Hijo, el verdadero Samaritano, así en la victoria atravesando las fuerzas del diablo con las armas más victoriosas de las virtudes, cuando se vence a sí mismo y gobierna a su prójimo, en esas virtudes matando todo mal, rechazando a saber la soberbia que expulsó a Adán del paraíso. Y esa misma virtud está armada con un casco puesto sobre su cabeza; porque el hombre debe suspirar con pleno deseo celestial hacia Dios que es la cabeza de todos para que obtenga la salvación eterna. También está vestida con una coraza, para que el hombre resista al diablo constriñendo la voluntad injusta de sus deseos carnales, en el verdadero temor y con justo temblor sujeto a Dios, temiendo fielmente su juicio estricto como por mí advertido dice David: Resplandecieron tus relámpagos en el orbe de la tierra: se conmovió y tembló la tierra (Sal. LXXVI). Esto es así: Resplandecieron tus maravillas y secretos, oh Señor de todos; y aparecieron maravillosamente. ¿Cómo? Como el relámpago que en parte se ve y en parte se oculta; porque tus misterios ahora se entienden, ahora no se conocen; pues no hay nación difundida en la latitud de toda la tierra que en tu voluntad maravillosamente creada; que no haya llegado a ella el nombre de tu gloria y la potencia de tu majestad de diversas maneras y con admirables signos maravillosamente, incluso si la luz de la fe y la verdad aún no la ha iluminado perfectamente para su salvación. Por lo tanto, el hombre en grandes suspiros conmovido se aparta de su voluntad, y abandona sus concupiscencias, temiendo a saber el juicio supremo; porque él antes caminando imprudentemente en los actos terrenales se había olvidado de sí mismo, cuando ahora sabiamente regresa a sí. También está la virtud mencionada vestida con grebas para que, con el camino recto señalado, evite los caminos de la muerte por la castidad corporal. También está vestida con guantes de hierro, para que evite las obras del diablo por la circuncisión de la mente, y por la fe más recta, de modo que crea en Dios: así escapando de las trampas del enemigo más cruel. También tiene en su mano izquierda un escudo colgando de los hombros; porque en la parte izquierda que es la lucha diabólica contra el hombre, rodeada por la gracia de los mandamientos más fuertes de Dios, con los cuales el hombre debe estar rodeado y defendido con tanta fortaleza de fe, para que el diablo no lo corrompa con sus persuaciones, y para que el mismo hombre no se someta a los vicios de aquel con la protección de Dios, rodeado desde los hombros; porque la gracia de Dios se adhiere a la fortaleza recta del alma hacia Dios en el lazo del amor de Dios y del prójimo. Y está ceñida con una espada; con la cual el hombre debe constriñirse con la castidad del cuerpo, en la austeridad de la palabra de Dios; y cortando de sí y de otros la iniquidad. También sostiene una lanza en su mano derecha; lo que es para que el hombre con confianza sea audaz en Dios para superar toda la sabiduría del diablo; haciendo esto con la paz más fuerte del Señor que es la verdadera

justicia contra la lucha más malvada del diablo y del hombre; que difícilmente puede ser derrotada sin la ayuda de Dios. Que bajo sus pies yace como un león con la boca abierta, esto es el diablo a quien la victoria ha derribado con los pies del camino recto de la vida y la verdad, cuando ese mismo Satanás con la más aguda y amarga crueldad devoraría al género humano. La lengua extendida desde su boca, es su estimación con la cual con terrible iniquidad pensaba devorar completamente a todo el género humano procreado de Adán. Y que también bajo sus pies yacen como ciertos hombres: estos son las flautas del diablo que se doblan hacia el inicio de todo mal, a quienes ella protegió en el celo de Dios procediendo rectamente en la justicia; porque las maquinaciones perversas en diversas costumbres se someten al diablo sirviéndole. De los cuales algunos resuenan con trompetas; porque se embriagan con el sonido de todos los males, y enloquecen exaltados con la mente ardiente odiando la justicia de Dios, haciendo género sobre género esto en gran soberbia. Y otros resuenan juguetonamente con ciertos instrumentos lúdicos; porque son engañosos en ilusiones fantásticas pertenecientes al diablo, y porque son obstinados en la lascivia tortuosa de la elevación envidiosa de la disciplina de Dios. También otros juegan con diversos juegos; porque se ocupan en la diversidad y suciedad de los vicios, que según el deseo de su voluntad inventan en sí mismos cumpliendo por las insidias diabólicas. Y todos estos la misma imagen junto con el león los pisa con sus pies; con lo cual con gran celo rechaza todas estas vanidades de las artes y destruye las persuaciones de Satanás en la justicia de Dios. Pero también la lanza que sostiene en la derecha los atraviesa agudamente; porque con confianza y audacia hacia Dios los transfigura fuertemente superando y hiriendo en dolores todas estas inmundicias, porque son burladas por Dios y consideradas como nada; como también ella misma en las palabras de advertencia mencionadas anteriormente lo demuestra.

Pero lo que ves dentro de ese edificio son dos imágenes más, de pie hacia la misma torre, esto es, dentro de la obra que el Padre celestial realizó a través de su Hijo, mostrándolo abiertamente en la obra manifiesta que se mostró en la circuncisión, en la sombra surgieron dos virtudes que son ejemplo de Cristo en una y seguir sus huellas, en la otra, apareciendo con gran fortaleza y reverencia ante el preámbulo de la voluntad de Dios; porque en sí mismas declaran el fruto que fue prefigurado en la circuncisión. Y la primera de ellas aparece de pie sobre el pavimento del edificio como en un arco de esplendor ígneo con diversas imágenes de espíritus malignos pintadas en su interior, y colocada frente a la mencionada torre; porque la misma virtud se perfecciona en las cosas terrenales al pisotearlas en la bondad del Padre, cuando atraviesa diligentemente los deseos de la carne en el ejemplo del Hijo de Dios. ¿Cómo? Porque con mucha tolerancia atraviesa las adversidades del mundo, examinadas y cribadas con fuerza en el arco, es decir, en la excelencia del poder secular, que es ígneo en el terror de la soberbia detractora que sigue la turba diabólica: atrayendo a su voluntad los deseos carnales de las almas seculares que aman, cuando incluso el mismo arco a través del poder terrenal a veces se opone de muchas maneras a la justicia; pero la virtud victoriosa supera todo esto con la ayuda de Dios en los hombres buenos, aunque sean muy atacados y fatigados por las insidias de los malignos. La otra, sin embargo, está solo exteriormente al lado del mismo arco, no consiste en ningún arco; porque cuando la primera virtud vence pacientemente el poder hinchado que le infligió muchos castigos, esta virtud procede fuera del mismo poder, porque de los castigos que aquella sufrió, esta como nacida fuera del mismo poder escapa de su rabia; pero finalmente junto a ella, que es el recuerdo de las tribulaciones de donde tomó origen; sin estar bajo la opresión del arco, porque es libre del poder de este mundo, llevando abiertamente la cruz de Cristo. Pero el hecho de que ambas a veces miren hacia la mencionada torre, significa que ellas son la obra plena prefigurada en el preámbulo de la voluntad de Dios, en la circuncisión del Antiguo Testamento, considerando

el inicio de su raíz; sin embargo, siendo mayores en el mismo inicio que tuvieron en la circuncisión, porque la obra resplandeciente supera el inicio de la doctrina, a veces también mirando a los hombres que entran y salen del mismo edificio; lo cual es su advertencia en el Espíritu Santo a los pueblos que caminan hacia Dios en el camino de la ley de la justicia, y a aquellos que están en los crímenes del diablo queriendo apartarse del camino justo, de donde son exhortados por ellas, para que las imiten en el bien.

También están vestidas con ropas de seda, porque tienen esa suavidad, para que el hombre no se agobie en la indignación del trabajo de las persecuciones. Y están veladas con un velo blanco en la cabeza al modo femenino, porque es justo que el hombre esté sujeto a Dios, su cabeza, rodeándolo continuamente en su mente con el candor del amor, de modo que lo abraza con gozo y alegría, como la mujer tiene a su marido en honor de temor y amor, como Dios lo estableció. Pero no están cubiertas con mantos, porque carecen de toda preocupación secular, declinándose solo tras aquellas cosas que son eternas en Dios en la vida futura. Sin embargo, están calzadas con zapatos blancos; porque brillan en los caminos de la justicia por la blancura de la fe en las mentes de los hombres, para que ellos también sigan las huellas de su ejemplo.

La primera imagen designa la paciencia, porque surgió en el cuerno de Abraham, que es en el inicio de la obediencia cuando obedeciendo a Dios en la circuncisión significó el primer sonido de la obediencia después de la caída de Adán, prefigurando la obediencia operante en la verdadera palabra, que está en el Hijo de Dios, como el sonido precede a la palabra, en la parte septentrional, es decir, opuesta a las maldades e inquietudes de la antigua serpiente. Y tienen en su cabeza una corona triangular rojiza, como el jacinto rojo brilla en su color, porque en el principio de la mente de los hombres fieles está muy coronada por la fe en la santa Trinidad, quienes despreciando su carne por amor a Dios y la verdadera fe no dudan en derramar su sangre, porque también el Hijo de Dios apareciendo en la carne, venció a la muerte con el rubor de su sangre por la cual la Iglesia fue adornada, como con un noble jacinto rojo en su esplendor. También está vestida con una túnica blanca cuyos pliegues están en todas partes distinguidos por un color verde, porque se viste con la vestidura de la obra de Dios en la blancura de la luz perpetua adornada, es decir, en sus pliegues, que son las tribulaciones y los gemidos diciendo: Oh, ¿cuándo vendré a la vista de la verdadera luz? que este deseo se tiene felizmente en la vida presente en el ejemplo sombreado, por el cual se adornan las mismas adversidades de los fieles en la verdor del alma distinguidas por muchas calamidades, sufriendo todo esto por Dios en paciencia, como también la misma virtud declara en sus palabras mencionadas.

La otra imagen, sin embargo, representa el gemido, porque después de la paciencia de los contrarios, se eleva en mis elegidos el gemido del recuerdo de la vida, surgiendo por mi amonestación, como envié a mi Hijo desde mi corazón por el gemido de mi pueblo. Pues mi pueblo en el Antiguo y en el Nuevo Testamento tenía y tiene este recuerdo de la mente, que el gemido del que comprende en su ornamento lamentable, porque es la verdadera compunción del corazón. Por lo cual también está en la región septentrional, para oponerse a la inmundicia disoluta de las insidias diabólicas. Y está vestida con una túnica blanca, pero de un color algo pálido, porque está rodeada de buenas obras en el candor de la fe; mostrando sin embargo un pálido turbado, porque siempre tiene suspiros y llantos por la eterna felicidad. Pero el hecho de que en su brazo derecho lleva una cruz con la imagen del Salvador inclinando su cabeza sobre ella, esto es que en la derecha, es decir, en la parte recta de su fuerte obra abraza la pasión de mi Hijo con todo el deseo de su intención anhelando, e inclinándose hacia él, imitándolo en dolores y tribulaciones, como también demuestra en sus

palabras de exhortación mencionadas. Por lo cual también ves que todas las imágenes mencionadas dicen sus palabras individuales por el misterio de Dios para la amonestación de los hombres, porque en todas las virtudes la dulcísima suavidad de la piedad de Dios enseña, exhortando las mentes de los pueblos a dejar el mal, elevándose hacia el bien. Quien tiene oídos agudos del entendimiento interior, que anhele en el ardiente amor de mi espejo hacia estas palabras, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN CUARTA.

RESUMEN.---Cuando la austeridad de la ley fue endulzada en la encarnación del Verbo de Dios: los poderosos se mostraron, y la justicia de Dios se hizo manifiesta. Lo que los patriarcas en el misterio señalaban que la ley estaba cercana. Que a la fortaleza de Dios ninguna soberbia puede resistir. Que la justicia de Dios es temible y su altura supera a todas las criaturas. Que el Verbo de Dios tiene tres puntas incidentes, la antigua ley y la nueva gracia y los expositores de los libros divinos. De la inicial cognición de la ley divina y de la operación del Evangelio y la exquisita sabiduría de los principales maestros. Que desde el inicio de la ley los tiempos de los patriarcas y profetas, Dios los extendió hasta la manifestación de su Hijo. Que los patriarcas y profetas venerando la doctrina evangélica, se admiraron de la encarnación del Hijo de Dios. Que el Verbo de Dios por el tipo de prefiguración se ocultó en las almas de los antiguos desde el primer elegido hasta el último. Que la doctrina del Hijo sale del Padre y regresa al Padre difundiéndose en el fruto de la bendición así llegando a los doctores de la Iglesia. Que al predicar Cristo se hicieron apóstoles, mártires, y otros elegidos. Difundido el Evangelio se extendió en los hombres la sabiduría de la Escritura divina, que al principio era de menor estudio, y al final débil enfriándose la caridad de muchos. Que el hombre al principio de la buena obra debe ser tímido, en el medio fuerte y constante, al final humilde. Que los misterios del Hijo de Dios en el secreto profundísimo del Padre en el Antiguo y en el Nuevo Testamento editados, por la gracia del Espíritu Santo fueron declarados, cuando al hombre ceniciento no se le muestra sino en sombra. De la ciencia de Dios y su estado qué significa. Que los ángeles están alrededor de ella y por qué tienen alas. De aquellos que se llaman ovejas compelidas. Que Dios a algunos con un azote más suave, a otros con uno más fuerte, a algunos con la máxima tribulación de mente y cuerpo constriñe. Ejemplo de Faraón, y Moisés, y Aarón para la misma cosa. De los modos de castigos y las vías de consolaciones de Dios mirando a los hombres. Palabras de la sabiduría de Salomón. Por qué la ciencia de Dios mira a los hombres vestidos con una nueva vestidura.

Y luego más allá de la mencionada torre del preámbulo de la voluntad de Dios, pero un codo por debajo del ángulo que mira al norte vi como una columna de color azul celeste colocada exteriormente a la parte luminosa del muro del mismo edificio, muy terrible de aspecto, y de tal magnitud y altura que de ninguna manera podía discernir su medida. Y esa columna tenía tres ángulos desde la base hasta la cima como de espada afilados, de los cuales el primero miraba al oriente, el segundo al norte, y el tercero al sur, exteriormente algo unido al edificio. Del ángulo que miraba al oriente salían ramas desde la raíz hasta la cima de ella, junto a cuya raíz vi en la primera rama a Abraham sentado, en la segunda a Moisés, en la tercera a Josué, y luego a los demás patriarcas y profetas así hacia arriba cada uno en sus respectivas ramas ordenadamente sentados: según el tiempo en que en este mundo se sucedieron unos a otros, quienes todos se volvían hacia el ángulo de la misma columna que miraba al norte, admirando lo que en espíritu vieron que sucedería en ella. Pero entre estos dos ángulos, uno que se inclinaba al oriente y otro al norte, estaba ante la cara de esos patriarcas y profetas esa columna desde la base hasta la cima como torneada y redonda, llena de arrugas, como del

corteza del árbol suele brotar el germen. Pero del segundo ángulo que miraba al norte salió un esplendor de claridad maravillosa extendiéndose y reflejándose hacia el ángulo que miraba al sur. Y en ese esplendor extendiéndose en tan gran amplitud, vi a los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, y a muchos otros santos, caminando en gran gozo. El tercer ángulo que miraba al sur, era en el medio ancho y extendido; en la base y en la cima algo más delgado y estrecho, según el modo del arco que se extiende para lanzar flechas. En la cima de esa columna vi tal claridad de luz que la lengua humana no puede expresar; en la cual apareció una paloma teniendo en su boca un rayo de color dorado, irradiando con mucho fulgor esa columna. Y mientras miraba allí, escuché una voz del cielo, reprendiéndome con gran terror y diciendo: Lo que ves, es divino. De esa voz temblé tanto, que no me atreví a mirar más allí. También vi entonces dentro del mencionado edificio como una imagen ante esa misma columna de pie sobre el pavimento de ese edificio, y a veces mirando a la misma columna, a veces también a los hombres que corrían en ese edificio; pero esa imagen era de tal fulgor y claridad, que por el excesivo resplandor que brillaba en ella, no podía considerar ni su rostro, ni las vestiduras con las que estaba vestida, excepto que solo como las otras virtudes apareció en forma humana. Y alrededor de ella vi una bellísima multitud, con forma angelical y alas, y de pie en tal veneración, que la temían y amaban. Pero ante su rostro vi otra multitud en forma humana, apareciendo con vestidura oscura, y de pie en gran constricción de temor. Y la mencionada imagen miró a los hombres que viniendo del mundo eran vestidos con una nueva vestidura en ese edificio, diciendo a cada uno de ellos: Considera la vestidura que has vestido, y no olvides a tu Creador que te creó. Mientras admiraba esto, el que estaba sentado en el trono, nuevamente me decía: El Verbo de Dios por el cual todas las cosas fueron hechas, él mismo antes de los tiempos engendrado del corazón del Padre, pero después en el fin de los tiempos como los antiguos santos predijeron encarnado de una virgen, aunque asumió la humanidad, sin embargo no abandonó la divinidad, sino que existiendo con el Padre y el Espíritu Santo como un solo y verdadero Dios, endulzó al mundo con su dulzura, y lo iluminó con el resplandor de su claridad. Por lo cual también esta columna que ves más allá de la mencionada torre del preámbulo de la voluntad de Dios, designa el inefable misterio del Verbo de Dios, porque en el verdadero Verbo, es decir, en el Hijo de Dios, se cumplió toda la justicia del Nuevo y del Antiguo Testamento, que fielmente a los hombres creyentes se les ha revelado por inspiración divina para su salvación, cuando el mismo Hijo del Padre supremo se dignó encarnarse de la dulcísima Virgen, porque después de que por el preámbulo de la voluntad de Dios en el inicio de la circuncisión se mostraron las poderosas virtudes; entonces también se declaró en la estricta justicia el misterio del Verbo de Dios, insinuado a través del sonido de los patriarcas y profetas, quienes predijeron que él sería manifestado con toda justicia, y con todas las administraciones, sujetas a Dios, y con la máxima austeridad que tocó la justicia incidente de Dios, no dejando ninguna injusticia ilesa, sino que la corta en los preceptos legales.

Pero un codo por debajo del ángulo que mira al norte de pie, que es en el curso humano y singular la vecindad preeminente, que fue de los patriarcas hablando de la estricta justicia de ese mismo Verbo de Dios en sus significaciones hasta la ley como en la parte septentrional oponiéndose al diablo. Por lo cual también es de color azul celeste colocada exteriormente a la parte luminosa del muro de ese edificio, porque la fortaleza del Verbo de Dios es invicta e insuperable, a la cual nadie puede resistir por vana rebelión o por vil soberbia, de modo que incluso las ciencias especulativas por las fortificaciones y acciones de justicia, es decir, los antiguos padres estaban como exteriormente unidos: aún no fijados en la obra ígnea y perfecta que se erige en el Hijo de Dios, que ellos solo en el sonido exterior de sus palabras preanunciaban.

También es muy terrible de aspecto, porque la justicia en el Verbo de Dios es temible para la ciencia humana en el juicio impío de los jueces injustos juzgando solo según ellos mismos. También es de tal magnitud y altura, que de ninguna manera puedes discernir su medida, porque el mismo Verbo, es decir, el Hijo de Dios en la magnitud de su gloria, y en la altura de su divinidad supera a todas las criaturas en la majestad paterna, de modo que esto ningún hombre en carne corruptible puede considerar perfectamente.

Pero el hecho de que esa misma columna tiene tres ángulos desde la base hasta la cima como de espada afilados, esto es que la fortaleza giratoria y voluble en gracia del Verbo de Dios que el Antiguo Testamento prefiguró para ser declarada en el Nuevo, manifestó por el Espíritu Santo, tres puntas incidentes, es decir, la antigua ley y la nueva gracia y la elucidación de los doctores fieles en los cuales hecho hombre lo que es justo opera, desde el inicio de su inepción como en la base cuando comienza el bien, así tendiendo hacia arriba a lo perfecto como a la cima cuando lo consuma; porque todo lo que es justo, fue y es, y permanece eternamente en la deidad simplísima que todo lo penetra, de modo que ningún poder puede permanecer en su malicia, que quiere vencer la gloria de su piedad.

Y el primer ángulo mira al oriente, que es el primer nacimiento de la inepción de conocer a Dios en la ley divina, antes del día perfecto de toda justicia. El segundo, sin embargo, al norte, porque después de la inepción de la buena y establecida operación, el Evangelio de mi Hijo y otros preceptos en mí Padre surgieron contra la parte del norte, donde toda injusticia se originó. El tercero, sin embargo, al sur exteriormente algo unido al edificio, que es con las obras robustecidas de justicia la profunda y exquisita sabiduría de los principales maestros por el calor del Espíritu Santo que aparecieron oscuros en la ley y los profetas, y que en los Evangelios mostraron el germen que hicieron fructífero para entender, tanto las gentes la materia exterior de las Escrituras en la obra de la bondad del Padre, y rumiando suavemente en ella el significado místico.

Pero el hecho de que del ángulo que mira al oriente, proceden ramas desde la raíz hasta la cima de ella: esto es que en el nacimiento del conocimiento de Dios por la ley de justicia, como en el ángulo oriental aparecieron ramas, en el tiempo de los patriarcas y profetas, porque esa columna aguda de la divinidad, extendió todo esto desde el inicio de la raíz, es decir, la buena inepción en las mentes de sus elegidos hasta la cima de ella: que es hasta la manifestación del Hijo del hombre, que es toda justicia. Por lo cual también junto a la raíz de ella ves en la primera rama a Abraham sentado, porque en todo lo que sube la divinidad se exhalaba este tiempo que primero surgió en Abraham, cuando con mente tranquila dejó su patria obedeciendo a Dios. En la segunda, sin embargo, a Moisés, porque luego la plantación surgió por la inspiración de Dios en el inicio de la ley dada por el mismo Moisés en la prefiguración del Hijo del Altísimo, y en la tercera a Josué, porque él después tuvo este espíritu de Dios, para confirmar la costumbre de la ley de Dios más robusta en el precepto divino. Y luego ves a los demás patriarcas y profetas así hacia arriba cada uno en sus respectivas ramas ordenadamente sentados, según el tiempo en que en este mundo se sucedieron unos a otros, porque en cada tiempo de los patriarcas y profetas subsiguientes Dios inspiró desde arriba a la altura de sus preceptos el germen singular de cada uno, cuando ellos en sus días descansaban dispuesta y ordenadamente en la justicia mostrada a ellos, fielmente sujetos a la divina majestad, como venían en sus tiempos.

Y todos ellos se vuelven hacia el ángulo de la columna que mira al norte, admirando lo que en espíritu ven que sucederá, porque todos, advertidos por el espíritu, se volvieron y miraron

hacia la doctrina evangélica de la fortaleza del Hijo de Dios que resiste al diablo, hablando de su encarnación y admirando que él, viniendo del corazón del Padre y del vientre de la Virgen, se mostró en grandes maravillas en su obra y en los que lo siguen, quienes, imitando maravillosamente en la nueva gracia, pisotearán lo caduco y anhelarán con fuerza las alegrías eternas. Pero entre estos dos ángulos (uno que se inclina hacia el este y otro hacia el norte) ante la faz de esos patriarcas y profetas, está la columna que desde la base hasta la cima es como torneada y redonda, llena de arrugas como el brote que suele surgir de la corteza de un árbol: esto es que entre dos cumbres, a saber, entre mi conocimiento manifiesto y la doctrina subsiguiente de mi Hijo, se ocultó a través del tipo de prefiguración en las almas de los antiguos padres que moraban en mis leyes, la única Palabra que es mi Hijo desde el primer elegido hasta el último santo; adornado en una coronación mística, porque él compuso y pulió bien todos sus instrumentos, manifestándose piadoso a todos por la noble gracia, como se prefiguraba en las arrugas de la circuncisión, que fue sombra de lo futuro en significados añadidos por la austeridad de la ley que contiene en sí el germen rectísimo, latente, de la suma y santísima encarnación.

Y que desde el segundo ángulo que mira al norte sale un esplendor de claridad maravillosa que se extiende y refleja hacia el ángulo que mira al sur, esto es que desde el otro, el Nuevo Testamento opuesto al diablo, salen las palabras de mi Hijo que salen de mí y regresan a mí; porque al brillar el sol en la carne, que es mi Hijo, resplandece la luz del santo Evangelio en su predicación, difundiéndose desde él y sus discípulos en fruto de bendición, y volviéndose hacia la fuente de salvación, llegando así hasta los rectores, es decir, a los profundos escrutadores de las palabras del Antiguo y Nuevo Testamento, mostrando que la sabiduría se erige en el mismo sol que ilumina el mundo, que arde intensamente en su costado, como el mediodía en sus elegidos.

Y en el mismo esplendor que se difunde en tan gran amplitud, ves a los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y muchos otros santos caminando en gran gozo; porque en la luz clara, mientras mi Hijo predicaba y expandía la luz de la verdad, los apóstoles se convirtieron en administradores de la verdadera luz, y los mártires en soldados robustos derramando fielmente su sangre, y los confesores en servidores diligentes tras mi Hijo, y las vírgenes siguiendo el germen supremo, y otros mis elegidos regocijándose en la fuente de alegría y en la fuente de salvación, mientras el Espíritu Santo los inunda, de modo que arden y fluyen de virtud en virtud. Pero que el tercer ángulo que mira al sur es en el medio ancho y extendido, en la base y en la cima algo más delgado y estrecho según el modo de un arco que se extiende para lanzar flechas, esto es que, difundido el Evangelio, ardiendo en el fervor del Espíritu Santo, esa sabiduría de los santos, que buscaban en profundidad, para encontrar en ella el germen típico de la profundidad, es decir, lo que les era comprensible en la palabra de Dios; ella inmediata, es decir, ancha, porque fortalecida y robustecida en la fe del pueblo cristiano, estaba casi en el medio el sentido que salía de las almas de los santos doctores, que escrutando la profunda aspereza de las Escrituras, la llevaron al conocimiento de muchos que aprendían de ellos, de modo que ampliaban su sentido en la extensión de la sabiduría y el conocimiento de la Escritura divina, que al principio, casi en la base de la institución eclesiástica, era aún de estudio más delgado y menor, porque los pueblos aún no la abrazaban con tal amor, como lo hicieron después, cuando también al final del siglo, como en su cima, se enfriarán los estudios de muchos, de modo que la ciencia divina no será para ellos amable en el amor de la obra, sino que ocultarán a sí mismos su conciencia, como si no les fuera a cambiar el bien en la obra, conociéndolo solo exteriormente como en un sueño.

Y por eso este ángulo es en su medio muy ancho en aspereza, porque las obras ásperas del culto de Dios, despojadas de la sombra del Antiguo Testamento, se extendían desde su inicio más estrecho, casi hasta su medio, que son virtudes fortísimas en un estudio más alto, cuando el pueblo fue más veloz, contra la iniquidad, es decir, el diablo en las palabras que son de Dios, y expulsar y pisotear todos sus vicios con gran austeridad de la justicia de Dios, él sin embargo descendiendo así finalmente, en el olvido de sí mismo, y existiendo más estrecho en el fervor del Espíritu Santo hacia el fin del mundo; así extendido como con una cuerda se extiende la madera para la guerra, porque en alma y cuerpo el hombre debe erigirse contra los vicios, más estrecho de ambos lados y más ancho en el medio, para que en su primera y última obra sea circunspecto con gran temor y humildad y en el medio fuerte y constante para lanzar las flechas de las buenas obras por el don del Espíritu Santo contra las insidias del diablo. Pues en el inicio del bien el hombre es de virtud más delgada, pero en la prosecución de su operación cuando obra el bien, es de fortaleza más robusta, porque el Espíritu Santo lo ha atravesado con su infusión, en la cual, sin embargo, no puede ser frecuente la virtud operante. Por lo tanto, de nuevo será de virtud más estrecha, casi al final de la obra por la fragilidad de su carne. Así siempre debe extenderse el arco que se protege contra los vicios diabólicos.

Pero que en la cima de esa columna ves tanta claridad de luz que la lengua humana no puede expresarlo, esto es que el Padre celestial en su secreto más alto y profundo ha revelado los misterios de su Hijo, que en el mismo Padre resplandece con clarísima fulguración, en la cual se ha manifestado toda justicia, tanto en la proposición legal como en el Nuevo Testamento que es la máxima claridad de la sabiduría resplandeciente, de modo que no es posible para ningún hombre terrenal expresarlo con alguna palabra, mientras está en carne corruptible. Y en esa misma claridad aparece una paloma que tiene en su boca un rayo de color dorado irradiando con gran fulgor esa columna, está en la fulguración de la luz del Hijo de Dios en el corazón del Padre resplandeciente, el Espíritu Santo ígneo, por quien se han declarado los misterios de ese altísimo Hijo de Dios viniendo desde la suma altura para la redención del pueblo, seducido por la antigua serpiente. Por lo tanto, el mismo Espíritu Santo inspirando todos los preceptos legales y nuevos testimonios, dando la ley de la claridad de su misterio antes de la encarnación del Señor, y mostrando en esa misma claridad su virtud en la encarnación de ese mismo Hijo de Dios; tiene en su profundísima inspiración un esplendor dorado, es decir, una iluminación excelsa y excelente de su unción con mucha y gran infusión mística, abriendo los secretos de ese Unigénito de Dios a los antiguos pregoneros, como se ha dicho, quienes mostraban típicamente al Hijo de Dios, y se maravillaban enormemente de su salida inefable del Padre, y de su surgimiento maravilloso en la aurora de la perpetua Virgen, quemando también fuertemente el texto del Antiguo Testamento y del Evangelio en un germen espiritual, en el cual toda justicia está erigida. Por lo tanto, debido a la inmensa fuerza de la divinidad, no te es posible contemplar la claridad divina, que ningún hombre mortal podrá ver, sino como la muestro en sombra, a quien quiero. Por lo tanto, también tú cuídate de no presumir temerariamente de mirar lo que es divino, como también el temblor que te ha tomado te lo demuestra.

Pero que ves dentro del mencionado edificio como una imagen ante esta columna sobre el pavimento del mismo edificio, esto es que dentro de la obra de Dios Padre, esta virtud se muestra declarando el misterio de la Palabra de Dios, porque ella abrió toda justicia en la ciudad del Omnipotente en el pueblo, es decir, del Antiguo y Nuevo Testamento, sobre el pavimento, es decir, sobre todas las cosas terrenales en la obra de ese mismo piadoso Padre de pie, porque todas las cosas terrenales como las celestiales están en su providencia. Pero que a veces mira esa columna y a veces también a los hombres que discurren en ese edificio,

esto es que tanto su secreto que la fuerza de la divinidad ha revelado a la Palabra de Dios considera, y también a los hombres que obran en la bondad del Padre, observando quiénes se tocan o no se tocan en la obra, porque conoce la calidad de cada uno según su estudio. La misma imagen declara la ciencia de Dios; porque ella prevé a todos los hombres y todas las cosas que están en el cielo y en la tierra, existiendo de tanto fulgor y claridad que por el excesivo esplendor que en ella brilla, no puedes considerar ni su rostro ni las vestiduras con las que está vestida; porque ella es terrible en terror como el relámpago amenazante, y suave en bondad como el resplandor del sol: de modo que en su terror y en su suavidad es incomprensible para los hombres, por el terrible fulgor, la divinidad casi por su rostro, y por la claridad que tiene en sí misma casi como vestiduras de su decoro, como tampoco se puede considerar el sol en su rostro ardiente ni en el decoroso vestido de sus rayos. Ella está en todo y en todos, y de tanta belleza en su secreto; que ningún hombre puede saber con cuánta suavidad tolera a los hombres, y cómo les perdona en visible misericordia; hasta que la piedra más dura ya no pueda ser perforada en su impenetrable dureza, que es el hombre duro e incorregible, que de ninguna manera quiere apartarse de su mal. Pero sin embargo, como las demás virtudes, aparece en forma de hombre; porque Dios en la virtud de su bondad hizo al hombre, adornado profundamente con racionalidad y ciencia e intelecto, para que amándolo con íntima devoción y adorándolo con máxima devoción desprecie las ficciones de los demonios; amándolo especialmente a él, quien le dio tanto y tal honor.

Pero que alrededor de esa misma imagen ves una multitud bellísima, con forma angélica y alas, y de pie en tanta veneración que la temen y la aman: esto es que en todas partes la ciencia de Dios los bienaventurados y excelentes espíritus en la ministración angélica, con inexplicable y purísima alabanza, la adoran, lo que tan dignamente no puede cumplir el hombre, mientras aún está en cuerpo mortal; ellos abrazando a Dios en su ardor, porque son luz viviente, y elevados: no porque tengan alas como otra criatura voladora, sino porque arden en sus esferas por la virtud de Dios, como si estuvieran alados. Por lo tanto, me veneran a mí, el verdadero Dios, persistiendo en el recto temor y en la verdadera sujeción, conociendo mis juicios, y ardiendo en mi amor, porque siempre contemplan mi rostro, no deseando ni queriendo otra cosa que lo que ven que agrada a mis ojos perspicaces.

Pero que ante su rostro ves otra multitud en forma humana y con vestidura oscura, y de pie en gran constricción de temor, estos son en la ciencia de Dios los hombres existentes. ¿Cómo? El hombre está en la presencia de Dios en gran honor, a quien prevé que le pertenece, rechazando a aquel que más se esfuerza en permanecer en la perdición que en estar en Dios. Pero esos hombres que ves en esta multitud, se llaman ovejas compelidas, teniendo forma humana, por las obras de los hombres, y vestidura sombría que es duda en las obras de los pecados; en la constricción, sin embargo, temiendo el juicio de Dios. Por eso se llaman ovejas compelidas porque de muchas maneras los obligo a que lleguen a la vida por la sangre de mi Hijo rescatados de la muerte. Por lo tanto, las ovejas compelidas son esos hombres, que por muchas tribulaciones y penas contra su voluntad son compelidos por mí, para que abandonen su iniquidad que por la voluntad de su propia carne, y por la flor de su juventud, tan gustosamente cumplirían mientras se adhirieran al mundo, queriendo así permanecer en el ardor de la lujuria hasta que el fuego de la carne los abandonara por el frío de su edad; a quienes, sin embargo, constriño de diversas maneras, según veo en ellos, para que cesen de sus pecados.

Porque a algunos de ellos en quienes el mundo no arde con tan fuerte deseo no los constriño con un flagelo más fuerte sino más leve; porque no veo en ellos tanta amargura como en otros, ya que cuando sienten mi corrección, pronto abandonan con prontitud su voluntad, y

vienen a mí, renunciando a las pompas seculares. A otros, sin embargo, los corrijo con un azote más fuerte, porque son tan ardientes y tan obstinados en los pecados por el vicio de su carne, que si no fueran fuertemente coartados por mí, no serían aptos para mi reino. Mi ciencia los prevé y los conoce, y los constriñe según la superfluidad de sus cuerpos. Y de nuevo a algunos los supero en máxima y fortísima pena y miseria de su mente y cuerpo; porque son tan rebeldes, y tan superfluos en la obra de la voluptuosidad carnal, que si no fueran constriñidos, por gravísima calamidad, no cesarían de sus crímenes por la petulancia de su carne, porque mientras estuvieran en la prosperidad de su voluntad, no se convertirían a Dios, porque donde uno por la pusilanimidad de su mente cae completamente en la desesperación: allí otro se burla por la necedad de su soberbia, y por lo que él es completamente pisoteado en la desesperación; por esto aquel apenas es constriñido en la plenitud de su ánimo. De este modo coarto a los que me pertenecen cuando me resisten en sus obras; para que, porque los conozco, al menos por las calamidades tanto del cuerpo como del espíritu que sufren sean compelidos a llegar a mí, para que ellos mismos sean salvados, como también Faraón, aterrorizado, finalmente obligó al pueblo israelita a salir de su tierra, como está escrito: Y Faraón, llamando a Moisés y Aarón de noche, dijo: Levantaos, salid de mi pueblo, vosotros y los hijos de Israel. Id y ofreced sacrificios al Señor, como decís. Tomad vuestras ovejas y vuestros ganados, como habéis pedido, y al ir, bendecidme (Éxodo XII). Esto es así: Los crímenes onerosos y gravísimos que se adhieren a este mundo en muchas penas y miserias, agobian en exceso a muchos hombres, diciendo en sus corazones: ¡Ay, ay! ¿a dónde huiremos? Y entonces esas mismas penas, riñendo, los expulsan de sí: de modo que incluso esos hombres se apresuran a alejarse de ellas, porque en sí mismos se marchitan en su cuerpo por el peso del flagelo de la mano de Dios, no pudiendo vivir con alegría en la voluptuosidad del mundo, porque Dios los reclama: que es la vocación de los justos por diversas calamidades en las obras tenebrosas de la noche de los pecados. Por lo tanto, Faraón, es decir, los vicios diabólicos llaman en el clamor de las penas y miserias a Moisés, es decir, a esos hombres que Dios constriñe con fortísimos dolores ya sean espirituales o corporales, y a Aarón, es decir, a aquellos que coarta con adversidades más leves en el tiempo nocturno de las malas obras convocados, esos vicios en la opresión de la voluptuosidad de los hombres diciendo: Levantaos de vuestra costumbre carnal y salid de la antigua morada que habéis tenido con nosotros separándoos del pueblo común que poseemos, ya que nos cultiva, y apartándoos de los negocios seculares a los que gustosamente nos adherimos, vosotros que estáis aterrorizados en nosotros cuando estuvisteis en nuestra captura, y los hijos de Dios con vosotros que lo ven en su conocimiento. Id, pues, por otro camino dejándonos, y ofreced vosotros mismos a Dios con causas inexpugnables con las que nos habéis superado (como decís) en vuestros deseos, también vuestra mansedumbre en la mansedumbre del redil, con la cual os es duro trabajar con nosotros, porque queréis soportar otro dolor siguiendo al Cordero y las armas victoriosísimas en la fortaleza de los rebaños con las que nos habéis superado, y con las que no podemos resistir, tomad en la novedad de vuestra mente, que ahora queréis tener, y separaos de nosotros como habéis querido desde hace tiempo cuando nos habéis atacado con dureza, y yendo a la patria por la que os duele en vuestro ánimo, comprended otra vida que os lleva lejos de nosotros, y bendecid en la alabanza de Dios esa lucha en la que os apartasteis de las causas y negocios seculares.

Yo también, Dios omnipotente, así como obligo a las ovejas mencionadas a venir a mí, también consolido mis columnas, es decir, los herederos celestiales más fuertes, en el fundamento de la corrección, según la maldad de la implicación del pecado en la invasión de la transgresión de Adán que los ataca, porque no podrían mantenerse en pie si no los confirmara con mi gracia. A algunos de ellos, a quienes no les pesa tanto el grave peso de los

vicios, los corrijo con una disciplina más suave, porque si los atara con un castigo más severo, caerían en la desesperación al faltarles completamente el espíritu, ya que no están encadenados por el soplo de un mayor torbellino de sugestión diabólica. Sin embargo, a otros, cargados con un peso más grave en la variedad de costumbres muy severas y en la superfluidad de las concupiscencias por la lucha diabólica, los tengo en la dureza de la constricción de dolores muy graves, para que no se aparten de mi pacto, al cual asisten deseando con todo su ser alcanzarme y observar mis mandamientos, porque si a estos los corrigiera suavemente como a los primeros, considerarían mis correcciones como nada, ya que son atacados por la gravísima lucha de la antigua serpiente. También hay algunos exiliados de la patria celestial que no conozco, porque me abandonan completamente, seduciéndose a sí mismos con la avidez de su mente en una rabia voraz, sin buscarme ni querer conocerme, sino sofocando en sí mismos el buen deseo, de modo que no piden ninguna ayuda de mí, deleitándose ávidamente solo en sus propias cosas, como les agrada en los deseos carnales. Algunos de ellos actúan en la superfluidad y en la delectación de la carne haciendo lo que quieren; sin embargo, no están en odio ni envidia, sino que se revuelcan en blandas voluptuosidades, teniendo delicias y suavidad en su carne, a quienes les dejo los frutos de la tierra en prosperidad, para que no carezcan en la pobreza; porque también fueron creados por mí, y porque tampoco absorben al pueblo con su malicia, y por eso se les dará según sus deseos. Otros, en cambio, son de tal ferocidad y exceso de amargura de hiel y odio y envidia, devolviendo mal por mal, sin querer soportar ninguna injuria que se les haga, de modo que si tuvieran honor y riquezas del mundo, romperían las virtudes celestiales en los hombres para que no fueran veneradas en ellos; por lo cual les quito los frutos y las riquezas, arrojándolos a grandes miserias, para que no puedan elevarse a tanto mal como está en su voluntad, porque perpetrarían obras diabólicas si tuvieran la facultad para ello. Así me opongo a los caminos de los hombres, buenos y malos, ponderando con justa medida sus ascensos, según mi ojo ve sus deseos, como también lo atestigua la sabiduría a través de Salomón, diciendo: "Todos los caminos del hombre están ante los ojos de Dios, el Señor es el ponderador de los espíritus" (Prov. XVI). Esto es así: Todos los caminos que el alma viviente de los hombres respira en presencia de su conocimiento, en lo que el hombre tiene la circunvalación del entendimiento de la utilidad, es decir, de la fructuosidad y de la debilidad de la inutilidad: estos están abiertos a la vista del Dios omnipotente. Así, Dios ve a través de todo, y nada se oculta a la vista de su divinidad porque lo sabe todo, mirando así todas las cosas para que disponga cada cosa correctamente. ¿Cómo? Él es el ponderador de los espíritus, suavizándolos en la dulzura de los halagos y las tranquilidades, y castigándolos en la tribulación de los dolores y miserias, para que sean sacudidos a la medida correcta, la cual no pueden superar ni corriendo ni huyendo, sino solo en la medida en que él lo prueba según sus méritos, porque la ponderación de ellos es lo que en la sacudida de su retribución, ya sea en este mundo o en el futuro, se muestra cómo han venerado a Dios. Por lo tanto, también esos espíritus son justamente ponderados, de modo que la racionalidad del hombre no se eleva más a lo alto ni se deprime más a lo bajo de lo que Dios le recompensa con su justo juicio, porque así él se opone a ella de modo que ninguna alma tiene tanto poder en la superfluidad de cualquier cosa que pueda oponerse a Dios; porque él juzga todo con la mayor rectitud, oponiéndose a ellos con su justicia, a la cual no pueden resistir, para que puedan más de lo que es su promesa. Pues así como el plomo pondera justamente el dinero, así Dios con una balanza equitativa pone tal obstáculo a los buenos y a los malos, que de ninguna manera pueden escapar de la norma justísima de su juicio, recibiendo estos la gloria y el gozo de la vida, y aquellos el castigo y el dolor de la muerte, según lo que Dios prevé con la mayor agudeza en ellos.

La imagen mencionada observa a aquellos hombres que, viniendo del mundo, son revestidos de una nueva vestidura en el mismo edificio: esto es que la ciencia de Dios los conoce, quienes dejando la perfidia de su infidelidad, en el poder de la obra de Dios por la vida eterna se revisten del nuevo hombre en el bautismo, moviéndolos para que no retrocedan caminando hacia el diablo, o si se han desviado hacia eso, que regresen a Dios su Creador, según lo que dice a cada uno de ellos en las palabras de su amonestación, como se ha dicho antes. Quien tiene oídos agudos del entendimiento interior, que anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN QUINTA.

RESUMEN.---Sobre la forma del celo de Dios y lo que obra. Que Dios examina diligentemente los pecados de los hombres, ya sea castigando en el cuerpo del hombre o en el castigo del siglo futuro, o el mismo hombre los purgará mediante la penitencia en el alma y el cuerpo. Palabras de Job sobre el mismo asunto. Aquellos que pecan con temor merecen resurgir por la gracia de Dios mediante la penitencia en la purificación: que si no la encuentran plenamente aquí, la encontrarán en el futuro. Cómo en la racionalidad del hombre el bien responde al mal y el mal al bien hacia la muerte. Que el hombre tiene en sí dos vocaciones, una llamada a la vida y otra a la muerte. Palabras del salmista sobre lo mismo. Que los juicios maravillosos y admirables del celo de Dios se vieron en el Antiguo Testamento para que Dios sea temido. Que Dios no se mueve de la rectitud del juicio ni por palabras engañosas ni aduladoras. Que la venganza suprema no excede los actos de los hombres castigando más gravemente. Palabras de David sobre el mismo asunto. Que los ojos del Señor ven cada injusticia castigándola, de modo que aunque el sentido humano no pueda escrutar el juicio de Dios, sin embargo, los crímenes de los hombres no se pasan por alto sin discusión. Que el celo del Señor, juzgando justamente las obras de los hombres, es terrible para toda criatura. Que la virtud de la santa Trinidad en mucha suavidad y recta venganza somete a sí misma las mentes de los hombres según la diversidad de su intención. Que el celo de Dios venció primero al diablo en Cristo, luego lo ahuyentó en los elegidos, y tercero lo destruirá completamente en el hijo de perdición: perdonando a los que temen, castigando a los rebeldes. Que los endurecidos que desprecian la justicia de Dios y no reciben la amonestación de Dios ni la exhortación del hombre son arrojados a la perdición. Que los elementos se quejan de la dureza de los impenitentes; y traen venganza sobre ellos. Que Dios trae la venganza de Caín y del Faraón y de aquellos que adoraron el ídolo en Horeb y que fueron iniciados en Beelphegor sobre los que pecan rápidamente y con presunción y conocimiento. Sobre la justicia de Dios nacida en Abel, cultivada en otros elegidos, suave en el Hijo de Dios; esta transgredida es vengada por el celo de Dios que era entonces, es ahora y permanecerá. Quien abomina a la Iglesia como un perro, y destruye la dedicación de la Iglesia y las cosas pertenecientes a las Iglesias, es expulsado por el celo de Dios. Que en el hecho de Jacob se prefiguraba la dedicación de la Iglesia. Dondequiera que el cuerpo de Cristo deba ser inmolado, debe haber una piedra sellada, aunque allí por alguna imposibilidad no pueda haber un templo. Que el templo debe tener la causa de su constitución que se adhiere a él por el trabajo del pueblo. Cómo y por qué causa Jacob dio el diezmo de toda su sustancia. Los que destruyen iglesias, contaminan las dedicaciones con sangre de homicidio o fornicación, y los que no tienen la piedra sellada en el sacrificio y los que saquean los diezmos o las cosas del templo: ¡Ay de ellos, ay de esos miserables! Los que dividen las cosas de la iglesia entre perros y cerdos, es decir, hombres perversos, el celo de Dios los arrojará a ellos o a su descendencia desde el grado más alto hasta el más bajo. Cómo Dios con su venganza golpea a creyentes e incrédulos. Los que se creen sabios y elevan su poder mediante juicios injustos, cuán miserablemente los consume el celo de Dios. Que en el celo

de Dios no hay clamor de voz amenazante, sino un poder inmóvil y firme de justo juicio. Que la ciencia en el hombre es como un espejo en el que se oculta el deseo de bien o de mal. Cómo del miedo procede el temor, y del temor el temblor, y cómo el hombre debe obrar lo que es justo a través de estas tres cosas. Sobre la primera raíz, es decir, la discreción del hombre y sobre la gracia ígnea mencionada anteriormente en Cristo. Que nadie debe murmurar contra su Creador en excusa de su pecado.

Después de esto vi, y he aquí, en el ángulo septentrional de la conjunción de las dos formas del muro del edificio mencionado, aparecía como una cabeza de forma maravillosa colocada exteriormente en ese ángulo inmóvil desde el cuello, de tanta altura desde el suelo como era la altura de ese ángulo, sin sobresalir, sino solo igualándose a él en la cima con igualdad. Y esa cabeza era de color ígneo, resplandeciente como una llama de fuego, y tenía un rostro humano terrible, mirando con gran ira hacia el norte. Desde el cuello hacia abajo no vi ninguna forma de ella, porque el resto de su cuerpo estaba completamente oculto y escondido en el ángulo mencionado. La cabeza en sí la vi como una forma desnuda de cabeza humana, no cubierta con cabellos al estilo de una forma masculina, ni con velo al modo femenino, pero apareció más masculina que femenina y muy terrible de contemplar. Tenía tres alas de maravillosa anchura y longitud, blancas como una nube blanca, no elevadas hacia lo alto, sino solo extendidas separadamente de sí, de modo que la cabeza las superaba un poco en altura, de las cuales la primera surgía de la mejilla derecha y se extendía hacia el norte; la segunda, que era la del medio, se dirigía desde su garganta hacia el septentrión, y la tercera desde la mejilla izquierda se extendía hacia el occidente; a veces moviéndose con gran terror, y golpeando en esas direcciones; a veces cesando de golpear. Y no oí que esa cabeza pronunciara ninguna palabra; sino que permaneciendo inmóvil en sí misma, a veces golpeaba con sus alas hacia donde se dirigían, como se ha dicho. Y de nuevo oí al que estaba sentado en el trono diciéndome: Dios, que en el pueblo antiguo ejerció gravemente su celo, en el nuevo se muestra manso y suave por el amor de su Hijo; no porque ahora disimule negligentemente los pecados de los que delinquen, sino porque misericordiosamente espera la íntima y verdadera penitencia de corazón puro, no tolerando la maldad endurecida, sino castigándola con su justo juicio. Por lo tanto, ves esta cabeza que aparece en el ángulo septentrional de la conjunción del muro bifforme del edificio mencionado: muestra en significación el celo del Señor, que es la venganza inflexible de la iniquidad, que no desea ninguna medicina, surgiendo abiertamente en el misterio insinuado del Verbo de Dios a través de las figuras y el sonido de los patriarcas y profetas, en las significaciones de ellos anunciados. Así también su celo se ve en la forma de una cabeza; porque sobre todo temor es conocido en la severidad de su venganza, como el hombre es conocido en su rostro, y arde contra la parte septentrional porque él en Dios, rapidísimo y agudo, mata al diablo y todo mal, cuando también en Abraham y en Moisés las dos partes de la defensa de los que obran, la ciencia especulativa de las dos causas de opción, es decir, de los dos caminos del bien y del mal, y el género humano en la obra de Dios se unen, porque el hombre debe obrar con la mayor fuerza contra el diablo en la ciencia del bien y del mal en todas las causas por la bondad del Padre. La transgresión, sin embargo, que se hace por la ciencia especulativa en las obras de los hombres que transgreden los preceptos de Dios, el celo del Señor la castiga, donde no hay lugar para la indulgencia. ¿Dónde es esto? Allí, evidentemente, donde no hay temor del Señor, ni del hombre en el reconocimiento de Dios. Y tal corazón que está tan endurecido y muerto en la suciedad de la iniquidad, que ni teme el juicio de Dios, ni el rostro del hombre: esto el celo del Señor lo confunde y deprime con su venganza en la ley de Dios. ¿Cómo?

Después del precepto establecido donde se hace la transgresión de la ley, está el celo que arranca la injusticia con el juicio más recto, arrancada la injusticia en el Antiguo Testamento con la austeridad de la reprensión en el hombre exterior: cuando la transgresión de la ley se vengaba corporalmente en él, y después de la gracia del Evangelio es el mismo celo por la penitencia, y después de la muerte de los hombres es él mismo por las penas y tormentos del infierno, que examino las iniquidades de los hombres concebidas y proferidas y retorcidas en los que obran, de modo que las vengo ya sea corporalmente en el cuerpo del hombre, o en el castigo del siglo futuro, o el mismo hombre las purgará mediante la penitencia de la remisión viviendo en el alma y el cuerpo, con los cuales también las obró, como dice en mi espíritu mi siervo Job: "Cambio mi rostro, y me atormento con dolor. Temía todas mis obras, sabiendo que no perdonarías al delincuente. Pero si aun así soy impío, ¿por qué trabajé en vano?" (Job IX). Esto es así: Cambiaré mi aspecto interior. ¿Cómo? Derribaré, es decir, lo que soy mutable e inundante en la sangre de mis venas, teniendo en mí a veces deleite, a veces también ira y a veces tristeza aplastante, lo que en mí miro como si viera un rostro deleitable cuando lo realizaría con gusto. Y eso lo cambiaré contra mi voluntad, convirtiéndome a la obra de la buena operación. Y cuando haga esto, me atormento gravemente en este flagelo, que me constriño a mí mismo, apartándome de mi rostro cognoscible, que es la obra de mi voluntad en la delectación contraria, uniéndome a la contemplación especulativa viendo a Dios en buena conciencia, y no en la concupiscencia de la carne, por la cual no lo atiendo. Y por estas dos causas temo todas mis obras. ¿Cómo? Cuando hago una buena obra, temo que no sea perfecta ante Dios, porque no la veo claramente sino oscuramente como en un espejo: a veces la conozco en el espíritu, a veces también la ignoro por el peso de mi cuerpo. Pero cuando hago una mala obra, estoy en confusión por la conciencia de mi espíritu, porque en el intelecto interior reconozco que Dios no perdonará a los que tienen conocimiento en los pecados, lo que es cuando el hombre entiende qué en su obra es contrario a Dios, pero debe ser purgado, ya sea con venganza en el cuerpo, o con la pena de la penitencia o con la pena de los tormentos en la otra vida. Y por eso no perdona al delincuente si no se arrepiente; porque no se le da poder para pecar para que peque, sino que debe ser castigado aquí o allá. Por lo tanto, si soy tan impío, de tal dureza que no quiero ablandarme para apartarme de mis propias cosas que son mis pecados, de modo que no miro en la gran lucha que me resiste, que estoy en fragilidad, sino que siempre soy contrario a Dios en mis causas conocidas, porque fui concebido en pecados siempre deseando obrar iniquidad, sin temer ser juzgado por el Señor; entonces, si estoy constreñido en tan vano trabajo que frecuentemente con el conocimiento con el que reconozco a Dios, me opongo a la iniquidad en mí mismo? Sin embargo, no soy tan impotente como para ignorar el bien y el mal. Por lo tanto, si rechazo el sentido inteligible de mí mismo diciendo así: Ignoro a Dios, soy mentiroso, porque la misma ciencia me acusa de ser reprehensible, que soy deudor a Dios, cuando comienzo a obrar iniquidad. Pero no trabajo en vano, cuando en buena conciencia me opongo al mal, porque soy obra de Dios; por lo cual también me convierto a él, recibiendo de esto una buena recompensa.

Por lo tanto, yo, el Señor de todos, testifico que es necesario que el hombre con dolor de gemidos, o con contrición de penitencia, o con digna venganza, lave sus pecados, ya sea en este siglo o en el futuro, como se ha dicho. ¿Cómo? Los que pecan con temor y dolor de penitencia temiendo sus pecados, merecen por la gracia de Dios que a menudo se levantan de sus cometidos en su purificación; aunque no encuentren plenamente esa purificación en este siglo, la encontrarán en el futuro para la vida. Pero los que son de tal dureza de corazón, que ni desean, ni quieren conocer en temor y dolor de penitencia sus pecados, sino que permanecen en tal maldad, como si no tuvieran a Dios para temer: estos no conseguirán la purificación de los pecados ni en esta vida ni en la futura, sino que tendrán penas sin consuelo

de purificación para la vida; porque de su racionalidad como fueron creados por mí, no quisieron dar cuenta de su desobediencia. ¿Cómo?

El intelecto en la racionalidad del hombre tiene dos caminos en el conocimiento del bien y del mal, a los cuales pertenecen dos respuestas, a saber, el bien y el mal. ¿Cómo? El bien responde al mal cuando le resiste en el Señor. El mal, por su parte, responde al bien cuando se opone a él con el diablo. Pero aquellos que en el bien responden al mal son los que siempre se refrenan en el mal, para no deleitarse en sus propias delectaciones. Sin embargo, aquellos que en el mal responden al bien son los que de ninguna manera se apartan de los actos perversos, sino que se deleitan con sus concupiscencias, no queriendo responder a la llamada del mal. ¿Cómo? El hombre tiene en sí dos llamadas, a saber, el deseo del fruto y la concupiscencia del defecto. ¿Cómo? Por el deseo del fruto es llamado a la vida, y por la concupiscencia del defecto es llamado a la muerte. Pero en el deseo del fruto, cuando el hombre desea obrar el bien, diciendo así en sí mismo: haz buenas obras, esta es la respuesta contra el mal para evitarlo y hacer un fruto útil; en la concupiscencia del defecto, cuando desea perpetrar el mal, también se exhorta a sí mismo: haz la obra de tu deleite; esta también es una respuesta contra el bien, cuando no quiere resistir su iniquidad, sino que se deleita en llegar al defecto, despreciándose en esta respuesta y teniéndose casi como burla al no exhibirme el debido honor. Y porque se aparta del bien, no afligiéndose por temor a mí, se convierte en ilusión en los cielos, como dice el Salmista por mi manifestación: Pusieron su boca en el cielo, y su lengua paseó por la tierra (Salmo 73). Esto es así: Muchos hombres son insensatos en la racionalidad, no queriendo entender el innumerable temor del Señor, y apartándose a sí mismos de los buenos deseos en los que deberían anhelarme y conocer al verdadero Dios; rehusando prestar su consentimiento a la buena ciencia, que siempre asiste al hombre para que obre buenas obras en Dios, pero frecuentemente abrazan la amargura en la contradicción del bien, despojándose a sí mismos, quitándose el buen tesoro al atesorar para sí diversas iniquidades. Y en esto ponen en los cielos la circunvolución de su mente como su boca mal cubierta, despreciando eso en sí mismos por la rabia de la burla, diciendo así en su corazón: Estas obras de nuestra voluntad podemos hacer tan libremente como aquellas que se dicen celestiales, que los antiguos (ignorándonos) instituyeron según les plació. Y de esta manera se burlan de las palabras e instituciones de los antiguos Padres, que fueron puestas en mí por obra celestial. Por lo cual también en el gusto de la obra perversa, como en su lengua, se conmueven y pasan en la audacia de su propia posibilidad: de tal manera que persistentemente cumplen sus voluntades, no queriendo tener constricción de su cuerpo contra los vicios, sino que sin esfuerzo de su espíritu se revuelcan en los deseos de su carne como en la tierra, que es seducción diabólica.

Y lo que ves en la cabeza mencionada de forma maravillosa, esto es que en el celo del Señor son maravillosos y admirables los juicios de Dios, que no pueden ser conocidos por ningún hombre cargado de pecados. Lo que está inmóvil en el mismo ángulo desde el exterior del cuello, esto es que mi celo contra el diablo, como se mostró en el Antiguo Testamento por Abraham y Moisés, aparece exteriormente en la ciencia especulativa y en la práctica humana en la visión de los pueblos, para que me teman, sintiendo mi terror ojo a ojo, cuando también mi justicia amenaza al norte la iniquidad más cruel de Satanás. Y permanece inmóvil, porque Dios no puede ser movido ni ablandado por discursos engañosos o aduladores de la rectitud de su juicio por crímenes no enmendados, como por el cuello de su fortaleza fijado por Dios a la ley para obrar en los hombres, devolviendo a cada uno las penas merecidas por no observar los preceptos de la ley, según las malas obras en las que se marchitó, resistiendo también con

su fortaleza más excelente, como en la virtud de su cuello, al diablo y a los que lo siguen, oponiéndose a su injusticia.

Es también de tanta altura desde la tierra como es la altura de ese ángulo; porque Dios en la suma justicia de su venganza supera todas las cosas terrenales, existiendo la misma venganza de esta altura, como en la prefiguración de Abraham y Moisés por la ley se designaron las obras de los hombres, porque el juicio divino está en la cumbre de la ciencia especulativa y de los actos de los pueblos, para derribar su ignorancia, cuando no quieren conocer a Dios. Sin embargo, no excede ese ángulo, sino que solo se iguala a él en la cumbre con igualdad, porque la venganza suprema no excede los actos de los hombres, vengando más y más gravemente en ellos los males que sus méritos, solo juzgando con juicio equitativo y justo en la excelencia de su justicia todas las cosas correctamente, como nuevamente en espíritu conoció David cuando dijo: Conocí, Señor, que tus juicios son equidad, y en tu verdad me humillaste (Salmo 113). Esto es así: Por tu bondad en mí mismo conocí, Señor, cuando por mis pecados no me mataste, no quitándome en alma y cuerpo la eficacia de obrar, que ni por tu poder, ni por tu ira juzgas más en los que saben o ignoran que sus méritos. Pues obro el bien luchando contra mí, y hago el mal por la concupiscencia de la carne. Y por eso das al bien la recompensa y al mal el juicio, no juzgando de otra manera que lo que es equitativo y justo. ¿Cómo? Si insistieras más agudamente que las obras de los hombres en la acción realizada, no habría equidad en el juicio. Si, por el contrario, descuidaras con tibieza de tal manera que no provocaras al arrepentimiento, y que no hubiera investigación en la purgación de la iniquidad, entonces tú, justo Dios, suavizarías y fomentarías la injusticia. La muerte fue en otro tiempo el juicio amarguísimo en la muerte de Adán: ahora, sin embargo, devuelta la gracia en el arrepentimiento, llamando al hombre a la vida, lo que sería imposible de hacer por cualquiera, sino por ti, Dios. Y este es tu juicio justísimo y equitativo, la purgación a la vida con gracia, porque a cada obra en justa medida medirán tus juicios. Pues en verdad son todas las cosas que haces, de tal manera que no ejerces ninguna exageración más allá del modo engañosamente; porque es engañoso lo que es más en exceso, o menos en poco que lo que es justo. Pero sin embargo, perdonas en muchas misericordias de tu poder, no matando a ninguno por la posibilidad de tu clarísima virtud: esto considerando en ti mismo que perdonas por el arrepentimiento; y por eso de tu misericordia me humillé, dando gloria a tu nombre: a veces también turbado en mis culpas merecidas, de tu juicio.

Pero lo que ves en la cabeza de color ígneo resplandeciente como llama de fuego, esto es que en el cielo del Señor es un obstáculo ígneo para los malos, rubicundo en el fortísimo ardor de su venganza, teniendo un rostro terrible de hombre; porque los ojos del Señor ven cara a cara cada injusticia, de tal manera que las culpas de diversos crímenes no quedan desatendidas ante Dios, a las cuales no mire terriblemente, examinándolas con su justo juicio; y porque también son monstruosas y horrendas las obras iniquas del hombre, mostrando rostro humano en los actos de deseos carnales. Y en gran ira mira al norte, porque Dios en su venganza desprecia todo mal que surge de la sugestión diabólica. Pero lo que desde el cuello hacia abajo no ves ninguna forma de él, porque el resto de su cuerpo está completamente oculto y escondido en el ángulo mencionado, esto es que en el cielo de Dios los juicios rectos que poderosamente dispersan las obras perversas de diversos hombres ningún sentido humano puede casi al final escrutar, porque se ocultan y cubren en el ángulo de la ciencia especulativa y de la obra de los hombres; de tal manera que no pueden ser vistos ni comprendidos por ninguna investigación, a menos que a veces se conozcan cuando se muestra el hecho en la causa de la venganza de Dios, como el rostro del hombre se ve según los deseos de su voluntad. Por lo cual también en la misma venganza no hay ninguna simulación de alguna

facilidad sino siempre un juicio justo según los pecados de los hombres, porque sus crímenes no se descuidan sin discusión, como se ha dicho, porque el celo del Señor es su examen.

Pero lo que ves en la cabeza misma como una forma desnuda de cabeza humana, esto es que el mismo celo del Señor no está sujeto a ninguna mortalidad, permaneciendo desnudo de toda sujeción de debilidad, juzgando justamente las obras de los hombres. No está cubierto de cabellos como una forma viril, ni con velo al modo femenino, porque no tiene ninguna preocupación del sentido de que alguien superior con alguna fortaleza viril lo derrote, ni tiene en él ninguna blandura femenina de ánimo tímido que no pueda superar lo adverso. Sin embargo, es más viril que femenino; porque la fortísima virtud de Dios es más en vigor viril que en blandura de negligencia femenina, y muy terrible de contemplar, porque el celo es terrible y temido por toda criatura, cuando ella lo siente en la causa dada de su venganza. Pero lo que tiene tres alas de maravillosa anchura y longitud blancas como una nube blanca, esto es la expansión de la inexplicable virtud de la Santísima Trinidad, que ningún hombre puede comprender en la anchura de su gloria, ni en la longitud de su poder, brillando en mucha suavidad y claridad de divinidad, sometiendo con justa venganza las mentes de los hombres, en gran diversidad como nubes discurriendo. Que no están elevadas en lo alto sino solo extendidas en línea recta desde sí mismas, de tal manera que la misma cabeza las supera un poco en altura; porque la venganza del Señor no se eleva con ninguna arrogancia, sino que se adapta a cada causa según sus méritos, extendida en la norma más recta, con justo juicio de su corrección; así, sin embargo, que la posibilidad del poder de Dios como en la cabeza de su misma venganza: precede a las obras humanas que la verdadera Trinidad no tolera sin discusión, en la altura de su fortaleza, no obstante, no vengándolas y destruyéndolas tan agudamente como podría la misma posibilidad de su poder.

Y la primera ala que surge de la mejilla derecha se extiende hacia el norte; porque Dios con justo juicio primero desde la parte derecha de la salvación en su Hijo venció al diablo, y todo mal. La segunda, que es también la media, se dirige desde su garganta hacia el septentrión; porque después de la salvación que se hizo en el Hijo de Dios, como ya en medio fortalecida la fe, y gustada la dulzura de los elegidos, por ellos también ahuyentó al enemigo rugiente, rescatándolos de sus fauces. La tercera se extiende desde la mejilla izquierda hacia el occidente; porque de los elegidos de Dios, habiendo huido Satanás, también desde la parte izquierda de la perdición en el hijo de perdición será completamente destruido, con el mundo ya tendiendo al ocaso de su término. Y a veces se mueven con gran terror y golpean en esas partes, porque el juicio terrible y temible para toda criatura es el celo del Señor en la venganza, allí ejerciendo los juicios de su golpe dondequiera que con justo juicio plazca a la divina majestad. Donde el temor y el amor y el honor de Dios se tienen fielmente en reverencia; allí Dios mostrándose manso y suave, no ejerce su venganza, pero castigando terriblemente y justamente a los duros y rebeldes. Por lo cual la primera ala de mi venganza golpea y arroja a esos hombres en el abismo de la perdición; que están tan endurecidos sobre la dureza de las piedras, que con los ojos interiores desprecian siempre mi justicia, mirando hacia atrás por la ciencia de su intelecto, consintiendo más a los deseos carnales y a las sugerencias diabólicas que queriendo conocer la verdadera justicia, y que con ningún consentimiento suyo o por mi amonestación, o por la exhortación de un hombre se vuelven, como si de su iniquidad así torturaran el espíritu de su ciencia, porque aman y hacen más la injusticia del diablo que mi justicia. Estos infunden en sus corazones como plomo disuelto, es decir, deseos disueltos de blanda perversidad, enviándolo como para establecer la dureza del hierro, a saber, el olvido de Dios, así endurecidos como si fueran de hierro: de tal manera que ni por la causa de Dios ni del hombre, se perdonan a sí mismos ni a ninguna iniquidad.

Sobre estos claman y se quejan los elementos con el resto de la creación, que una naturaleza tan vil del hombre, en su brevísimo tiempo es tan rebelde a Dios, cuando ella siempre en temor y reverencia cumple los preceptos del Señor. ¿Por qué claman tan terriblemente sobre el hombre? ¿Cómo? No es que los elementos clamen en voz, o se quejen en la ciencia de la criatura racional; sino que según su modo claman en el estruendo de los sonidos, y que emiten quejas en el temor de los terrores, como cuando ella o alguna otra criatura el justo juicio de Dios induce sobre los mismos hombres rebeldes; ella no se mantiene de otra manera ni se imita en sí misma de otra manera que por su mandato la divina potestad la dirige. Por lo cual esos hombres endurecidos imitan tan cruelmente a Satanás, que en la dureza de su iniquidad no quieren someterse a Dios su Creador, por lo que pereció de toda bienaventuranza y ellos con él perecerán siguiéndolo. Pero la ala media de mi cielo golpea a los hombres insensatos y a todo mal presuntuoso que hacen con conocimiento y temeridad; que primero se levantó en el hombre en la sangre de Abel, a quien su hermano odiaba por esto, porque por la oblación de su sustancia que distribuyó con buena voluntad, era querido por Dios; y que también se levantó en Faraón, quien fue amonestado en mis maravillas; de tal manera que aterrorizado en mi terror, a regañadientes dejó ir a mi pueblo Israel, que nuevamente por su demencia quiso retraer, por lo cual mi cielo lo absorbió, y que también se levantó en ese mi pueblo, que conociéndome y viendo mis maravillas, adoró un ídolo en Horeb, de donde cayó la corona de su cabeza, de tal manera que la ley de Dios se hizo corruptible para ellos en dos tablas de piedra, otras similares a estas por las que cayeron de su gloria y felicidad todas estas cosas vengándose mi venganza. Por lo cual también Moisés mi siervo de ese pueblo contrario a mí tan frecuentemente adverso en este mi cielo hizo venganza por mi voluntad; cuando eficazmente dijo a mis elegidos, que cada uno matara a su hermano y amigo y vecino; y nuevamente cuando ardientemente dijo a los jueces de ese mismo pueblo, que cada uno matara a sus vecinos, que se habían iniciado en Baal-peor, donde me vengué, matando esa iniquidad que luchaba contra mí.

Pero en Abel primero surgió la justicia de Dios, después de él se encontraron muchos otros elegidos, de todas estas generaciones malas y perversas, que recogieron y cultivaron mis preceptos más sutiles, como los hijos de Israel, entre los cuales también surgió el luto y el dolor, deseando la humanidad de mi Hijo. Pero después de la manifestación de ese mi Hijo a quien envié nacido de la Virgen: se cocía y se sazónaba toda la justicia de la ley, hecha dulce y suave alimento para todo el pueblo creyente en mí, manifestando los apóstoles de la verdad la misma verdad. Así que en todas estas generaciones mencionadas la justicia de Dios transgredida con conocimiento, se vengaba y se venga este mi cielo; porque Dios que era entonces, es ahora, y siempre permanecerá, y mi cielo que era entonces, es ahora, y siempre estará, hasta que se acaben las tribus y los pueblos, no acabando la justicia de Dios, discutiendo toda la herrumbre de la injusticia.

Por lo cual también en este mismo mi cielo quito esta iniquidad, diciendo a aquel que, como un perro, aborrece la floreciente en mí Iglesia, o que por la locura de su iniquidad destruye la dedicación establecida por mí, o las otras justicias establecidas relacionadas con mi templo, que se levantaron fuertemente en la prefiguración de mi siervo Jacob; como tiene esta Escritura; Levantándose pues Jacob por la mañana tomó la piedra que había puesto por cabecera, y la erigió en título derramando aceite sobre ella, y llamó el nombre de la ciudad Betel (Génesis 28). Esto es así: Jacob se levantó por la mañana, porque él surgió como amante temprano de la verdadera justicia en el templo establecido, al cual le dio un nombre conveniente, porque de él debía surgir el templo más recto, a saber, la virgen María, de la cual resplandeció el Sol de justicia. Y tomando la piedra que en figura del altar había puesto bajo su cabeza superior, es decir, Cristo, para que en el nombre de él que es la verdadera roca,

se santificara, y santificado se llamara, porque cada santificación del altar está puesta bajo el poder del Dios omnipotente, cabeza de todos los fieles, y lo erigió en título del libro de la vida, y en persona del principal olor de la Jerusalén celestial, porque así como Cristo es cabeza de sus miembros en la Jerusalén celestial, así es cada altar santificado la parte más excelente de su templo, derramando sobre él aceite en la santificación del crisma que es la gracia derramada de Dios omnipotente en el santo bautismo. Y llamó a ese lugar santificado, casa y templo de Dios según el nombre de la ciudad celestial Jerusalén, que es el templo viviente del Dios viviente.

Por lo tanto, con este ejemplo y significado, debe erigirse una piedra en el templo en mi nombre al ordenarlo, es decir, el templo está marcado con la piedra porque yo soy la roca firme a la que pertenece toda justicia y ley de los cristianos. Dondequiera que se santifique un lugar donde se inmole el cuerpo de mi Hijo, allí quiero que haya una piedra marcada en mi nombre; porque yo soy la fortaleza más verdadera, incluso si allí, por alguna imposibilidad, no puede haber un templo, ya que mi siervo Jacob erigió una piedra en su prefiguración en mi nombre, como se ha dicho, porque también mi Hijo se encarnó de su linaje. Sin embargo, un templo dedicado a mí de esta manera no debe estar vacío de este asunto sin pedir la causa de su constitución, que se adhiere a él por el trabajo del pueblo que le sirve, así como la Jerusalén celestial con su cabeza, Cristo, no quiere carecer de su justicia siempre, mirando los trabajos de sus hijos, que recibirá en Dios. ¿Cómo? Para que se aparten de la servidumbre diabólica, constriñéndose de los deseos voluntarios de su carne, y afligiéndose contra sí mismos en la abscisión de sus propias cosas por amor a las celestiales; no usándolas todas, sino apartando algunas para sí mismos y ofreciéndolas a Dios en su honor, así también mi siervo Jacob instituyó el diezmo de toda su sustancia cuando decía, como está escrito de nuevo: "De todo lo que me des, te ofreceré el diezmo" (ibid.). Esto es así: De todo lo que me des, te ofreceré la décima parte, porque esta es tu ley: primero, en mi alma, oh Dios mío, cortando de ella mi propia voluntad, ofreciéndote contra mí mi justicia, y luego la décima parte de toda mi sustancia que poseo sobre la tierra. ¿Qué es esto? Todo hombre fiel que ha sido contado en el décimo orden de los ciudadanos celestiales, debe siempre dar al templo mi décima parte de su sustancia, por aquella restitución en la que ha sido contado en el décimo número de los numerados, es decir, en la ciencia de Dios existente, y perteneciente al verdadero templo, a saber, la Jerusalén celestial. Pero aquellos que, olvidando mi temor, destruyen los templos dedicados en mi nombre por la crueldad de su iniquidad, o que eliminan sus dedicaciones según el ejemplo surgido de Jacob, contaminando lugares santificados, ya sea con sangre de homicidio, o sacando de allí la contaminación de la semilla en adulterio o fornicación, o que en el sacrificio supremo descuidan la dedicación instituida de los antiguos padres sin la piedra marcada que Jacob erigió en su prefiguración, o que abandonan la justicia constituida por mí en los diezmos, o en las sustancias de mi templo: ¡Ay de los miserables, ay de los miserables, ay de los miserables hombres que se seducen tan torpemente, y tan perversos ante los ojos de mi majestad existen, es decir, como se ha dicho, descuidando mis instituciones que todas han sido trasladadas de la antigua ley, porque del Antiguo Testamento se ha promulgado la nueva ley en mi Hijo según la misericordia de la gracia; y porque de toda justicia de la ley y los profetas, lo que era menor se ha hecho mayor en el mismo Hijo mío, quien mostró manifiestamente en sí mismo todos los signos de los padres anteriores que ellos dijeron ocultamente en la sombra, en toda justicia.

Y aquellos que abandonan todo esto de tal manera que desprecian el alimento de vida que se ha hecho de ambos Testamentos, como si lo pisotearan como lodo, y lo dividen entre perros y cerdos y otros animales, es decir, hombres perversos, dándoselo más a las costumbres

paganas y a la vana ignorancia que a mí, Dios omnipotente, y preparándolo para su uso según su voluntad: a ellos y a su semilla los abandonaré, arrojándolos desde el grado más alto hasta el más bajo, y de las riquezas a la pobreza, en venganza de este celo mío.

La tercera ala de mi venganza golpea tanto a los creyentes como a los incrédulos en sus obras impías e injustas. Ella golpea a los creyentes que no realizan buenas y justas obras en su voluntad; quienes ven bien la fe, y a quienes les es conocida la justicia de Dios, y sin embargo se sientan en la oscuridad de las malas obras, gimiendo desconocidos tras las tinieblas de la iniquidad, deseando revolcarse en la perversidad, lo que sin embargo Dios no les permite realizar según su voluntad, cortándoles esto mismo con su venganza, mientras están tan oscurecidos que se han olvidado de él, de tal manera que se apartarían de él con mucho gusto. Pero golpea a los incrédulos en su infidelidad, de tal manera que incluso se les quita su iniquidad con la retribución de la venganza, cuando no se les permite realizar el mal que con gusto harían, por lo que también el maligno diablo es superado en la bienaventuranza de los hombres fieles que brillan ante los ojos de Dios; quisiera arrastrarlos a las tinieblas de la muerte según su maldad, pero no puede comprenderlos más, salvo en cuanto son sus obras. Pero hay otra medida de hombres sobre la tierra, que tienen prosperidad en la forma de un espíritu sensato, de tal manera que son sabios para recordar a Dios, encendidos según su voluntad con el conocimiento del sentido; por lo que entonces quieren tener presuntuosamente en sí mismos el conocimiento de la sabiduría haciendo lo que piensan, y mezclando justicia con iniquidad, pero son necios en sabiduría, porque se consideran a sí mismos como si fueran plenos y perfectos para tener y comprender, y para adquirir la plenitud de su voluntad según su propio juicio lo que piensan. Y cuando quieren levantar sus alas por su poder en provincias y ciudades y en otros lugares y en otras causas en las que entonces están ocupados con el imperio, en el que no quieren tener una medida inteligible mirando a Dios lo que hacen, entonces se derraman y son arrojados ante los ojos de Dios, por los juicios impíos e injustos que antes juzgaban, en los que no querían tener el temor del Señor conscientemente. Y así, por este celo mío, serán hechos en gran lamento, y en voces lamentables ante todo el pueblo que verá y oirá el tiempo del juicio de su iniquidad, algunos de ellos aún en esta vida en muchas miserias viviendo muchos de sus defectos, algunos también llevados por una muerte pésima, en diversas pasiones. En tan diversa vicisitud mi celo se venga y quema toda injusticia, porque esa está contra mí.

Entonces, lo que no escuchas que la cabeza mencionada pronuncie palabras, sino que permanece inmóvil en sí misma golpeando a veces con sus alas hacia donde también se extienden las alas: esto es que en el celo del Señor no hay clamor de voz amenazante, y erigiéndose en soberbia, sino permaneciendo inmóvil en el poder de su fortaleza y en sus justos juicios, vengándose con su venganza después de la locura de las obras realizadas sin temor del Señor, confundiéndolas y aplastándolas según la extensión de la venganza de su juicio, como te ha sido mostrado con la manifestación más verdadera, oh hombre. Y porque Dios es justo, toda injusticia debe ser examinada por el justo, porque Dios mismo conoce bien el examen discreto, que está en el conocimiento del hombre. Pues el conocimiento en el hombre es como un espejo, en el que yace el deseo ya sea de bien o de mal de la voluntad. Por lo tanto, el hombre colocado entre estas dos partes, se inclina con su voluntad hacia la parte que desea. Pero el hombre que se convierte al bien, abrazándolo con obra fiel por la ayuda de Dios; recibirá laudablemente la recompensa de la bienaventurada remuneración, porque despreció el mal e hizo el bien; pero quien se inclina al mal, devorándolo con acción perversa por la sugerencia diabólica, incurrirá miserablemente en las penas de la justa retribución, porque descuidó el bien y perpetró el mal. Por lo tanto, en mucha devoción y humildad, el hombre sometándose a Dios, opere fielmente su salvación, que emana del sumo

bien, de tal manera que su alma se embriague con santidad interior, porque en una discusión bien dispuesta y ordenada correctamente y en temor sirve a su Creador. ¿Cómo? Porque el miedo, es decir, el comienzo de la angustia, produce temor; el temor, sin embargo, sacude el temblor, por lo que el hombre debe obrar lo que es justo. ¿Cómo? Que el hombre comienza a angustiarse por miedo, esto lo tiene por el don del Espíritu Santo del sentido racional, por lo que de ninguna manera puede suceder que no conozca a Dios, y ese conocimiento que tiene de Dios produce en él temor, en esto que comienza a temer según las cosas que son de Dios. Y si tiene esto con estudio conociendo a Dios, entonces lo sacude de nuevo la gracia ardiente en Cristo, advirtiéndole que luego comience a temblar, para que por la compunción se aterrorice, para que opere fielmente la justicia de Dios.

Ahora, pues, oh hombres, entiendan y aprendan de dónde vienen estas cosas. ¿Qué es esto? Dios es quien en ustedes obra lo que es bueno. ¿Cómo? Él los ha constituido de tal manera que por el sentido racional en sus obras lo sientan, que hacen sabiamente con discreción. Pues el animal irracional hace todas las obras sin entendimiento y sabiduría, y sin discreción y vergüenza, ni conoce a Dios porque es irracional, pero solo lo siente, porque es su criatura. El animal racional que es el hombre, tiene entendimiento y sabiduría, discreción y vergüenza en sus obras, que obra racionalmente, que es la primera raíz que la gracia de Dios fijó en todo hombre, cuando despertó el alma para vivir. Por lo tanto, estas cosas mencionadas prevalecen en la racionalidad, porque en todas estas cosas los hombres son conocedores de Dios, para que deseen lo que es justo. Por lo tanto, la obra burbujeante y perfecta y próspera en la buena voluntad del hombre que el mismo hombre abraza en su Salvador, en el Hijo de Dios, por quien el Padre obra todas las obras en el Espíritu Santo: esto de nuevo enciende y advierte la gracia ardiente dada en Cristo Jesús. Por lo tanto, en el gozo del Espíritu Santo, el hombre haga obras de justicia, no dudando en la inusitada perversidad, es decir, que no diga que algo le falta en todas estas cosas, ya sea en la primera raíz impuesta primeramente al hombre por el don de Dios, o en la gracia ardiente del Espíritu Santo tocando de nuevo esa raíz en la advertencia, para que no caiga perversamente y luego se angustie en las cosas que hizo por el impulso reprobable, como si hubiera tenido algo menos en su raíz interior, es decir, para que después de haber caído en la necesidad no murmure, diciendo así en sí mismo: ¡Ay, ay! ¿Qué hice que no pude prever mis obras en Dios? Y también camine sin el peso de la infidelidad, de tal manera que no desconfíe de Dios en sus obras, sino que esté seguro sin la queja lacrimosa de la obra perversa; porque él mismo, Dios y hombre existente, no está dividido en dos, sino que es uno Cristo; no obstante, no por la transformación de la divinidad en carne, sino por la asunción de la carne que la divinidad se unió a sí misma, y que así la inundó con su claridad, como el rayo del sol brilla en el sol, y por esto no hay confusión alguna de la sustancia de la divinidad ni de la sustancia de la carne entre sí, sino que en la verdadera unidad de la persona es uno Cristo, verdadero Hijo de Dios. Pues así como en el alma racional no hay transformación por la carne del hombre, sino que la misma espiración racional es de Dios que inunda todo el cuerpo del hombre, y que mueve todas las obras del hombre que obra para que sea alma y carne un solo hombre, así también sin duda alguna el Hijo de Dios nacido antes de los siglos, vestido plenamente con carne asumida de la Virgen como se ha dicho, Dios y hombre existente es uno Cristo, llamado Cristo por la unción de la gracia de Dios. Quien en su santa humanidad fue herido por la fijación de clavos y la lanza, por la única herida del primer hombre que infligió a todo su linaje, para que con el azote de su sangre lo sanara, y con la unción del aceite de la gracia lo ungiera, y por la penitencia lo atara cuando el hombre se doliera de haber pecado. Sin embargo, herido, descendió el espíritu al pozo del profundo infernal, y allí atrajo a muchos a sí mismo, es decir, arrebató del infierno al primer hombre, y a todos los que nunca tocaron a Dios en las costumbres de la honorabilidad humana, y los colocó en el lugar de delicias y gozos que habían perdido en el

primer padre. Pero que al tercer día resucitó de la muerte del cuerpo dormido, en esto designó las tres personas de la Deidad, y ascendiendo con el mismo cuerpo a los cielos, allí sentado a la derecha del Padre, que es la salvación del pueblo creyente, dando vida a aquellos que redimió con su sangre. Y todos estos antes de los tiempos de todos los principios fueron preconocidos, porque el Verbo del Padre por quien todas las cosas fueron hechas se revistió de carne, para redimir al hombre que había formado. Pero quien tiene oídos agudos de entendimiento interior, este en el amor ardiente de mi espejo anhele estas palabras, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN SEXTA.

RESUMEN.---Palabras de abstinencia. Palabras de generosidad. Palabras de piedad. Palabras de verdad. Palabras de paz. Palabras de bienaventuranza. Palabras de discreción. Palabras de salvación. Que ninguno de los fieles desprecie estar bajo la enseñanza porque incluso por los maestros del pueblo israelita en la ley se prefiguraban los rectores del tiempo de la gracia. Lo que la dureza de la ley ocultó como bajo un velo, la encarnación del Hijo de Dios por la gracia del Espíritu Santo lo iluminó. Que el hombre en la dignidad del magisterio actúa en lugar de Dios. Que además del magisterio especial hay algunos mayores de poder secular, y hay menores en el pueblo que son gobernados por ambos. Que por el magisterio exterior se entiende el interior. Por qué razón Dios permitió que un género sobresaliera y otro estuviera sujeto. Palabras de Isaac a Jacob sobre el mismo asunto. Aquí se insinúa el triple orden: de los dominantes, de los libres, de los servidores. Que los seculares y espirituales se dividen en cuatro y cuatro. Que nadie usurpe la dignidad espiritual o secular, ya sea por robo, por hurto, o por compra. Quienes son de maduro juicio teniendo buena conciencia, y no buscando palabras volantes y alabanzas de los hombres, son dignos de la elección del gobierno. Quienes adquieren el poder del gobierno, despreciando si agrada a Dios o no, huyendo de la faz de Dios, están en la parte del diablo a quienes no se resiste para que cuando sean más castigados. Que las diferencias mencionadas de los hombres como fueron así son y siempre serán por la extensión del tiempo humano según la autoridad de la Providencia divina. Que en la condición de los seculares, es decir, mayores y menores, hay tres partes. Que los maestros espirituales deben presidir al pueblo en la unidad de la fe. Que el poder del gobierno secular y el pueblo, se toquen mutuamente con pureza de inocencia y devoción simple. Que en la obra de Dios seis virtudes prefiguraban a las demás. Del estado de abstinencia, generosidad, piedad, verdad, paz, bienaventuranza, discreción, salvación de las almas: y qué significa. Del hábito de las mismas y qué significa. Especialmente de la abstinencia y su hábito y qué significa. Especialmente de la generosidad y su hábito y qué significa. Especialmente de la piedad y su hábito y qué significa. Especialmente de la verdad y su hábito y qué significa. Especialmente de la paz y su hábito y qué significa. Especialmente de la bienaventuranza y su hábito y qué significa. Especialmente de la discreción y su hábito y qué significa. Especialmente de la salvación de las almas y su hábito y qué significa.

Y después de esto vi entre el ángulo septentrional y el ángulo occidental un muro del edificio mencionado, en su parte interior, todo arqueado al modo de celosías, pero no abierto como celosías, sino íntegro y con una especie de pintura de hombres en cada arco. En la parte exterior de ese mismo muro vi otros dos muros menores, de la longitud del espacio que iba desde el mencionado ángulo septentrional hasta el ángulo occidental, unidos a estos ángulos por ambos lados, al modo de una bóveda. La altura de estos dos muros menores era de tres codos. La anchura entre el muro interior arqueado y el medio era de un codo, y entre el exterior y el mismo medio, la anchura era de un palmo, como la mano de un niño. Dentro de

ese mismo edificio vi seis imágenes de pie sobre el pavimento del edificio, frente al muro arqueado mencionado, tres juntas en la parte frontal de ese muro cerca del ángulo que miraba al norte, y tres también juntas al final del mismo muro, cerca del ángulo que se extendía hacia el oeste, todas mirando la pintura en los arcos de ese muro. En el mismo final de ese muro vi otra imagen dentro del edificio, sentada sobre una piedra a modo de asiento en el pavimento, inclinando su lado derecho hacia el muro, pero con su rostro vuelto hacia la columna de la verdadera Trinidad. Pero en ese mismo final vi otra imagen de pie sobre el mismo muro en un lugar más alto, también vuelta hacia la mencionada columna de la verdadera Trinidad. En estas imágenes observé una semejanza tal. Estaban vestidas como las imágenes anteriores, con vestiduras de seda y calzado blanco, excepto aquella que estaba a la derecha de la imagen central de las tres que vi en la parte extrema de ese muro, que era de tal pureza y claridad que, debido a su gran resplandor, no podía contemplar perfectamente su forma, y excepto aquella que estaba sobre el muro, como se ha dicho, que calzaba zapatos negros. Pero todas estaban sin mantos, excepto la central de las tres que estaban en la primera parte del muro, que llevaba un manto. Dos de las tres superiores, es decir, la que estaba a la derecha y la que estaba a la izquierda de la imagen central, y dos de las tres inferiores, la central y la que estaba a su izquierda, no llevaban velos femeninos en sus cabezas, estando de pie con cabellos blancos y sueltos. La central de las tres primeras, y aquella que estaba sentada sobre la piedra junto al muro, tenían la cabeza cubierta con un velo blanco, como es costumbre entre las mujeres. La misma central de las tres superiores y la que estaba a su derecha estaban vestidas con túnicas blancas. Pero vi tal diferencia entre ellas. La imagen que estaba en medio de las tres superiores tenía en su cabeza un círculo de color azafrán a modo de corona, con la inscripción en su parte derecha "siempre encendida". Y vi que a la derecha de esa imagen una paloma volaba, soplando con su pico en esa inscripción. Y esa imagen decía: Estoy impregnada de la misericordia interior, de la cual surge un arroyo que de ninguna manera quiere ocultar el dinero, ni el oro, ni las piedras preciosas, ni las perlas ante los necesitados y aquellos que no tienen la sustancia necesaria en sus necesidades, y por eso lloran. Ahora los consolaré y siempre restauraré su pobreza por amor al Hijo de Dios, que es suave y amable y que distribuye sus bienes en las almas de los justos, tocando las heridas de sus pecados por la penitencia. La otra imagen que estaba a su derecha tenía en su pecho algo parecido a un león como un espejo brillante, y de su cuello colgaba algo como una serpiente de color pálido en una curva torcida de una varilla, también hacia su pecho. Y dijo: Miro al león brillante, y por amor a él doy. Pero huyo de la serpiente encendida, aunque amo a la serpiente colgada en el madero.

La tercera imagen que estaba a su izquierda vestía una túnica de color azul rojizo. Y en su pecho apareció un ángel con un ala a cada lado, de modo que el ala derecha se extendía hacia el hombro derecho de esa imagen, y el ala izquierda hacia el hombro izquierdo de esa imagen. Y esa imagen decía: Tengo la compañía angelical, y no camino con los hipócritas que se disimulan, sino que festino con los justos. La imagen que era la central de las tres inferiores estaba vestida con una túnica de color azafrán. Y sobre su hombro derecho se posaba una paloma muy blanca, soplando con su pico en su oído derecho. En su pecho apareció una cabeza humana monstruosa e informe. También yacían bajo sus pies como figuras de hombres pisoteados y aplastados por ella. En sus manos tenía un pergamino extendido, inscrito con siete líneas hacia el cielo, que quise leer, pero no pude, y dijo: Quiero ser la vara de corrección amarga y del flagelo contra ese mentiroso que es hijo del diablo, porque incluso el diablo es perseguidor de la justicia inefable de Dios. Por eso soy causa contraria y molesta para él, porque nunca fui encontrada en su boca, de modo que yo también lo escupo de mi boca como un veneno mortal y letal, porque él nunca me encontró en su astucia. Él es también para mí el peor y más molesto mal de todos los males, porque todo mal

se originó de él. Por eso lo rechazo y lo piso en la justicia amable de Dios, que para mí es incesantemente amable sin fin, de la cual también soy sustentadora y guía, porque sobre mí se solidificará y se mantendrá todo el edificio de las virtudes de Dios, que edifican en altura. Oh Dios fortísimo y nobilísimo, atiende.

La otra imagen que estaba a su derecha tenía un rostro angelical, y de cada lado una ala voladora, apareciendo sin embargo en forma humana como las demás virtudes. Y dijo: Yo ludo contra la contienda diabólica que se levanta contra mí con pertinacia, diciendo: No puedo soportar ninguna tribulación, sino que quiero apartar de mí todo lo que me es contrario. No temeré a nadie. ¿A quién temería? No quiero temer a nadie. Pero los que dicen este mal serán rechazados por mí, porque estoy puesta para alegrarme siempre y regocijarme en todos los bienes, porque el Señor Jesús es el perdonador y consolador de todo dolor, ya que él mismo soportó el dolor en su cuerpo. Y porque él también es la corrección justa, por eso quiero unirme a él, y siempre llevarlo, rechazando de mí el odio y la envidia, y todos los males. También quiero tener siempre un rostro alegre en tu justicia, oh Dios. Pero la tercera imagen que estaba a su izquierda vestía una túnica blanca, distinguida con color verde. Tenía en sus manos un pequeño vaso de resplandor pálido, emitiendo mucha luz como un relámpago, de modo que esa misma luz brillaba en el rostro y alrededor del cuello de esa imagen. Y decía: Soy feliz. Porque el Señor Cristo Jesús me hace y me prepara hermosa y blanca, cuando huyo de ese consejo mortal del diablo, que siempre rumia esa infelicidad, a saber, que Dios sea rechazado y el diablo sea atraído por malas obras. Huyo de este Satanás, lo rechazo, y siempre lo tengo como molesto para mí, porque deseo a ese amante, a quien abrazo continuamente, y a quien tengo con alegría en todo y sobre todo. La imagen que estaba al final de este muro, sentada sobre la piedra, vestía una túnica subnegra. En su hombro derecho tenía una pequeña cruz con la imagen de Jesucristo, que se movía de un lado a otro. Y como si desde las nubes resplandeciera en su pecho un esplendor de claridad maravillosa: dividido en muchos rayos, como el resplandor del sol se divide cuando brilla a través de pequeños y numerosos agujeros de alguna cosa.

En su mano derecha también tenía un pequeño trozo de madera a modo de abanico, de cuya cima brotaban tres ramitas de manera maravillosa con flores. También tenía en su regazo pequeñas piedras de todas las gemas, que consideraba con mucha solicitud y diligencia, como un mercader suele considerar cuidadosamente sus bienes, y dijo: Yo, madre de las virtudes, tengo siempre la justicia de Dios en todas las cosas. Pues en la milicia espiritual y en el ruido secular, dentro de mi conciencia, siempre espero a mi Dios. No condeno, no piso, no desprecio a los reyes, duques y presidentes, y las demás magistraturas seculares, que han sido ordenadas por el autor de todas las cosas. ¿Cómo sería lícito que la ceniza despreciara a la ceniza? El Hijo de Dios crucificado se vuelve hacia todos, moviéndolos según su justicia y misericordia. Yo también quiero tener cada ordenación e institución suya según su voluntad. Pero la imagen que estaba en ese mismo final sobre el muro tenía la cabeza desnuda y cabellos negros y rizados, y el rostro oscuro. También estaba vestida con una túnica variada tejida con muchos colores. Y vi que se quitaba la túnica y el calzado, quedando desnuda. Y de repente sus cabellos y rostro resplandecieron en la belleza de la blancura y la novedad, como la de un recién nacido, y todo su cuerpo brilló como un resplandor puro y luminoso brilla en claridad. Entonces también vi en su pecho una cruz muy brillante con la imagen de Cristo Jesús, colocada sobre un arbolito entre dos flores de lirio y rosa, que se curvaban un poco hacia esa cruz. Y vi que sacudía fuertemente la túnica y el calzado que se había quitado, de modo que mucho polvo se sacudía de ellos. Y dijo: Me quito el Antiguo Testamento y me visto con el noble Hijo de Dios con sus justicias en santidad y verdad. Por eso he sido restaurada en los bienes y cambiada de los vicios. Por lo tanto, tú, Dios mío, no recuerdes los

delitos de mi juventud ni mis ignorancias, ni tomes venganza de mis pecados. Y mientras observaba esto atentamente, el que estaba sentado en el trono me dijo de nuevo: Ninguno de los fieles que desea humildemente obedecer a Dios debe dudar en someterse a la enseñanza humana, porque el gobierno en el pueblo ha sido dispuesto por el Espíritu Santo, por la eficacia de la utilidad de los vivientes, y eso en las observancias eclesiásticas será futuro, y debe ser tenido fiel y firmemente, como fue prefigurado en el pueblo antiguo. Por lo tanto, lo que ves entre el ángulo septentrional y el ángulo occidental, el muro del edificio mencionado en su parte interior todo arqueado, al modo de celosías, pero no abierto como celosías, sino íntegro: esto es que desde Abraham y Moisés, resistiendo al diablo, como en un ángulo mirando al norte hasta la verdadera Trinidad que fue declarada abiertamente en la verdadera y católica fe, cuando el Hijo de Dios fue enviado al mundo por Dios Padre, emitió abundantemente su doctrina en el final de los tiempos, como hacia el ángulo mirando al oeste estaba el muro, es decir, el pueblo israelita constituido en la ley de la justicia de Dios, operando en la construcción de la bondad del Padre omnipotente, es decir, frenado en el Antiguo Testamento, y convencido de él, porque después de la manifestación de la aspereza que fue excitada en el celo del Señor por las instituciones de las antiguas prelaciones, fueron prefigurados los gobiernos de las nuevas dignidades. Pues el Antiguo Testamento se extendía hasta el Nuevo, germinando de sí mismo preceptos mucho mayores de la ley del Nuevo Testamento, que primero surgieron en él; así que de lo menor se hizo mayor, de la menor doctrina de los antiguos preceptos, una doctrina mayor y más amplia de los nuevos, cuando el Antiguo Testamento era solo como un fundamento puesto al principio: sobre el cual se edificó la sabiduría profundísima de toda doctrina, manifestada en la encarnación del Hijo de Dios, tendiendo desde la ley antigua de la circuncisión hasta la nueva regla del bautismo adornada con mayores preceptos.

Y ese muro, es decir, el pueblo judío en la parte interior de su entendimiento, en el cual el alma del hombre conoce a Dios, está rodeado por todas partes de arcos, es decir, rodeado por todas partes por la significación del magisterio de sus precursores, clamando los preceptos de la ley de Dios y mostrándose a sí mismos, como los menores suelen ser ordenados por los mayores, como por hombres preeminentes, según la construcción de las celosías, que es una prefiguración típica del Espíritu Santo, perforando las duras letras en la encarnación del Hijo de Dios, quien mostró plenamente las celosías de su misericordia a los que las pedían. Sin embargo, no está abierto en la perforación del portero, es decir, del Espíritu Santo, que no revela el entendimiento espiritual en la ley antigua como se hizo después en las celosías de la misericordia en la carne manifestada del Hijo del Altísimo, sino que permanece íntegro en la dureza de los preceptos legales, que después fueron esclarecidos por el Espíritu Santo en la fuente de agua viva.

También tiene en cada arco una especie de pintura de hombres, porque así como esta pintura muestra la imagen de los hombres, así en el arco triunfal, es decir, en la dignidad del magisterio, se coloca al hombre, en lugar de Dios. ¿Cómo? Porque la sabiduría profundísima y capital ha sido puesta por la gracia de Dios en la boca de la racionalidad del hombre, para que el hombre en el nombre de Dios ejerza el oficio de magisterio, por la estricta justicia y misericordia del Altísimo.

Pero lo que ves en la parte exterior de ese mismo muro, otros dos muros menores, esto es que en los asuntos exteriores, además del magisterio espiritual, está interceptada la constitución de los pueblos mayores y menores, que han sido constituidos por el precepto de Dios, como dos muros, porque exteriormente son mayores en edad por la fortaleza del poder secular en mi ordenación, y el medio son menores que consisten bajo el poder de las personas

espirituales y seculares, como entre los arcos interiores del mencionado muro que es el magisterio espiritual, y el muro exterior que es el poder secular, como se ha dicho. Por lo tanto, dos muros colocados fuera del ámbito del interior arqueado, porque las personas seculares están en causas terrenales, teniendo más exterior que interior, de modo que sin embargo están en la línea de mi constitución. ¿Cómo?

Por lo exterior se entiende lo interior, porque así como el hombre conoce por la persona visible y alta del hombre, cómo el hombre debe ser temido y adorado y amado, así también en ese mismo entendimiento entienda cómo el Dios invisible y altísimo debe ser temido y venerado y amado sobre todas las cosas. Pues por el dominio exterior y secular se advierte al hombre del poder interior y espiritual de la majestad divina, que está tan cerrada y oculta al hombre, que no puede ser vista por sus ojos carnales, sino en cuanto es captada por su fe. Y dado que Dios es invisible para la criatura mortal, al menos por el magisterio visible aprenda el hombre a temer y venerar al altísimo, su institutor de la preliación. ¿Cómo?

La inspiración divina dio en los sentidos de los hombres por su racionalidad, para que en la constitución recta entre los pueblos, las grandes personas dominen, que sean temidas y honradas por ellos. Pues Dios permitió que un linaje sobresaliera y otro se sometiera, para que así los hombres se dividieran y no se mataran y perecieran entre sí: de lo contrario, estarían ociosos sin saber proceder al conocimiento de Dios, si no previeran esto por el temor y el honor en los hombres. Y así el Espíritu Santo procedió, conduciendo al pueblo a la ley interior del espíritu, por la cual el hombre se gobernara interior y exteriormente, hasta que el manantial saltante salió apareciendo al mundo en la plenitud de la justicia, que gobierna ambos, cuerpo y alma. Por lo tanto, también el cuidado del poder secular ha sido constituido para el uso de las cosas terrenales, para que el cuerpo requiera la restauración para no desfallecer y el magisterio espiritual para la aspiración interior de llegar al servicio de Dios, para que el alma anhele las cosas celestiales. Estas cosas, por lo tanto, han sido constituidas por mi ordenación según lo que también Isaac dijo a su hijo Jacob: Sé señor de tus hermanos y que se inclinen ante ti los hijos de tu madre (Gén. XXVII). Esto es así: Debes ser señor de tus hermanos, sobresaliendo sobre ellos en honores y en bienaventuranzas, bendecido en las bendiciones que me han sido dadas por Dios, e inclínense ante ti todos los nacidos de los hijos de tu madre, sujetos a ti, por la causa preeminente de tu bendición. De ti saldrá un gran linaje del cual surgirá un hombre fortísimo y poderosísimo, a quien sus hermanos perseguirán huyendo de él; pero él, muy velozmente en sus máximas fuerzas, como un león escapándose de ellos, los dominará con una dominación excelentísima, y los oprimirá en el nombre de su potestad, que nunca será erradicada en la cola más vil, siendo sus hermanos hechos cola. Así también yo, el Padre celestial, dije a mi Hijo encarnado: Sé Señor de todos los nacidos procreados del semen humano que he creado por ti, porque tú, nacido maravillosamente de la Virgen, no concebido por el semen del hombre, sino que saliste de mí por el fuego ardiente apareciendo en la tierra, verdadero hombre con el sello cerrado de la Virgen más íntegra y castísima. Tú, por lo tanto, eres Señor de ellos en la claridad suprema de la divinidad, que son tus hermanos por tu encarnación en la que eres hombre. Y la inclinación, es decir, la sujeción, se te exhiba a ti por los hijos de tu madre, es decir, de tu encarnación, y en el servicio de la devoción piadosísima se te sujeten los hombres nacidos de hombres. Y dado que el Hijo de Dios es así Señor de todas las criaturas, por él también en la voluntad del Padre y en el toque del Espíritu Santo ha sido instituida la disposición de los diversos poderes en el mundo. ¿Cómo? Así, a saber, que Dios quitó la excesiva arrogancia y jactancia de que el pueblo no honraría al pueblo; de modo que cada uno haría lo que le placiera si Dios no hubiera derribado esto con la sabiduría inestimable de su consejo, sino que él distinguió al pueblo entre el pueblo, al menor con el ministerio de la obediencia sometido a su mayor, y al mayor

en todo el régimen de utilidad solícitamente y devotamente socorrer al menor, como también en la ascensión del Espíritu Santo fue dado a Jacob por su padre, que fuera señor de sus hermanos, como también se ha dicho.

Pero en esto que se mostró, que sería el Señor, se demostró que el negocio secular tiene la persona de dominar sobre la libertad de los demás, a quienes, por temor al honor que le imparten a través de su poder, perdona, no oprimiéndolos con el derecho de servidumbre, sino teniéndolos casi en el amor de hermanos. En esto que se dijo que se haría una inclinación ante él, se insinúa el servicio de la ministración de aquellos que, por el vínculo de los sirvientes, están sujetos a sus señores, como hijos de la carne que tienen cuidado carnal. Pero después de que Jacob usurpó este dominio a su hermano mediante la bendición paterna; luego estableció la celebración celestial a través de la piedra que erigió como título, y mediante el diezmo que prometió dar, como se prefiguró, significando la persona principal en la milicia espiritual, porque cada fiel debe ascender del grado más bajo al más alto: aprendiendo, a través del poder secular, la enseñanza superior de la luz más clara, de la vida espiritual, en la cual se cumple el oficio del navegante según el camino del Cordero inmaculado, que elevó al hombre con plenitud y bondad de toda justicia, es decir, levantando al hombre postrado por las insidias del perverso raptor.

Por lo tanto, estas dos instituciones, que proceden hacia lo terrenal y lo celestial, se dividen en cuatro y cuatro partes, porque Dios dio a los hombres un gran poder de conocimiento racional, de modo que en la ascensión del Espíritu Santo investigaran esto en sí mismos en la figura de los cuatro elementos, añadiendo más a los dos modos mencionados, lo cual no desprecio ni rechazo, porque quien en mi nombre multiplica lo que es menos, es digno de recompensa y no de rechazo, que también son cuatro partes tanto en las cargas seculares como en las instituciones espirituales. ¿Cómo? Porque en las causas seculares hay nobles y más nobles, y también hay sirvientes y obedientes. En los sacramentos espirituales hay preeminentes y superiores, y también obedientes y correctores. Sin embargo, no quiero que esas causas de los oficios, establecidas por mi orden, sean arrebatadas por el don furtivo de la compra en la venta, sino que quiero que se les asista con una causa razonable, de modo que quienes las reciban sean útiles ante Dios y los hombres. Pero, algunos escorpiones venenosos transgreden mi justicia, y las usurpan con el veneno mortal de la avaricia y la soberbia, no solo en las preeminencias seculares, sino también en las disposiciones espirituales. Sin embargo, el robo de las dignidades seculares, es decir, lo terrenal adquirido por lo terrenal, será examinado severamente en la ira de mi celo; pero el robo de lo espiritual es de mayor peso y examen. Porque los seculares son en lo exterior carne de carne; pero los espirituales están unidos al espíritu en lo interior. Pero aunque los seculares estén ocupados en lo exterior teniendo cuidado terrenal, bajo esa apariencia deberían aspirar a lo interior del espíritu en su gobierno; los espirituales, en cambio, colocados en la apariencia de religión y en el desprecio de lo mundano, ordenados interiormente en el corazón del Padre omnipotente, deberían imitar ardientemente a su Hijo en el sumo sacerdocio bajo el nombre espiritual; porque, así como el Hijo de Dios salió del corazón de su Padre, así el Padre estableció en sí mismo en su Hijo las personas de los maestros que están colocados en tan egregia ordenación para la utilidad de la Iglesia, y unidos a Dios en la obra recta. ¿Cómo?

Quienes están en la compunción y prueba del corazón y en el sentido maduro, lo cual me es completamente claro, teniendo una buena conciencia, de modo que no desean perversamente y contrariamente el magisterio, ni lo buscan con arte diabólica, ni lo adquieren por dinero o poder secular, ni buscan de él palabras volantes de alabanza humana, sino que lo reciben con

verdadera elección mía y del pueblo, en humildad; estos son mis custodios más queridos y probados, y mis amigos más seguros. Pero quienes avanzan por detrás, y lo adquieren de otro modo en las tinieblas, es decir, robando furtivamente los misterios celestiales a través de los seculares terrenales, huyen de mi rostro, y matan agudamente sus almas; en esto me desprecian, porque así me niegan y patean contra mi voluntad. ¿Cómo? Porque desprecian obtener el poder del magisterio a través de mí; de modo que no elevan los ojos interiores de su corazón hacia mí diciendo: ¿Le agrada esto a Dios o no? sino que cada uno de ellos dice en sí mismo: Aunque esto sea malo ante Dios, yo lo tomaré confiando en el Señor, que alguna vez, aún viviendo en el cuerpo, me arrepentiré, y de tal manera adquieren el magisterio sin mí, el Dios vivo; de modo que ni me lo piden, ni confían en llegar a ello por mi voluntad; sino que en este ardor huyen de mi rostro, así arrebatando el magisterio, naufragando de mi misericordia. Estos no están dentro del corazón del Padre supremo, sino que están fuera en la parte del norte, que en estas causas es su príncipe, no queriendo buscarme a mí, el Creador de todo, sino siguiendo su propia voluntad que tienen por Dios y abandonándome a mí. Porque no quieren conocerme, ni yo a ellos. Su concupiscencia les sugiere lo que desean. Y porque rehúsan tener mi temor, por eso tampoco quiero resistirles entonces en el terror de mi ira, para que se les resista en aquel día en el que ya no puedan prevalecer; pero ellos, dejados por mí en esta vida, responderán en el futuro juicio tremendo por lo que hacen; sabiendo de mí en la fe, pero no queriendo mirar hacia mí en lo que perpetran.

Ahora bien, como ves que los dos muros menores mencionados son de la longitud del espacio que va desde el ángulo septentrional hasta el ángulo occidental: esto es que en la constitución de los pueblos mayores y menores con la extensión de la longitud del tiempo humano desde Abraham y Moisés, como desde el norte hasta la manifestación de la fe católica en la verdadera Trinidad, la cual mi Hijo, enviado por mí al mundo como hacia el occidente, enseñó, existieron en mi ley los pueblos y sus principales maestros, prefigurando el germen y ejemplo del nuevo pueblo del testimonio desde el cielo hasta mi Hijo nacido en la carne, tendiendo a que hubo y hay y siempre habrá diferencias interpuestas en los hombres de lo interior y lo exterior, es decir, de lo espiritual y lo secular, de los mayores y los menores. Que están unidos en esos ángulos de cada lado de sí mismos al modo de una tortuga, porque tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, desde cada lado de su inicio, en honor y magisterio, los pueblos se declaran unidos, y esto a semejanza de una tortuga, que está bien y dignamente compuesta en la autoridad de la providencia divina para el estado de edificación de la Jerusalén celestial.

Que la altura de esos dos muros menores es de tres codos: esto es que en la elevación de la rectitud de las dos condiciones seculares, es decir, de los mayores y menores, hay tres partes de hombres, es decir, los rectores más preeminentes y otros libres del vínculo de la servidumbre de los sirvientes, y el pueblo común sometido a sus prelados en sujeción. Por lo tanto, también la anchura entre el muro interior arqueado y el medio es de un codo, que es la amplitud de la dignidad entre las personas superiores del magisterio espiritual y entre los menores nombres de la servidumbre terrenal, constituida en la unidad de la fe según Dios para corregir a sus súbditos. Y entre el exterior y el mismo medio hay una anchura de un palmo como de mano infantil, porque también hay entre el poder inferior del gobierno secular y entre la sujeción de la ministración secular una extensión de justa consideración, de modo que estas se toquen mutuamente con devoción unánime y simple de la inocencia infantil en la mano de su operación conjunta. Pero que dentro del mismo edificio ves seis imágenes ante el mencionado muro arqueado sobre el pavimento del mismo edificio de pie, esto es que en la obra de la bondad de Dios se extienden seis virtudes, prefigurando las demás virtudes, como

Dios creó sus criaturas en seis días; es decir, las virtudes en figura de lo futuro apareciendo ante el muro, es decir, ante el pueblo israelita frenado por la ley divina, y rodeado por el magisterio y defensa de sus precursores, cuando también pisan el pavimento de las preocupaciones terrenales en la misma construcción del Padre supremo en este significado, para que la milicia cristiana se oponga al diablo a través de ellas.

Por lo tanto, tres están de pie juntas en el frente de ese muro cerca del ángulo que mira al norte; porque la santa Trinidad inseparable en la virtud de su majestad, en el inicio del Antiguo Testamento desde Abraham y Moisés, opuestos al diablo, fue designada a través de diversas y secretas figuras. Y tres también juntas al final de ese mismo muro junto al ángulo que se extiende hacia el occidente, porque la misma Trinidad reinando en la unidad de la divinidad, al final de esa misma ley declinante fue predicada con su nombre abierto, nacido en la carne el Hijo de Dios para la redención del hombre tendente al ocaso. Todas las cuales miran la pintura en los arcos de ese mismo muro, porque siempre con igual estudio de devoción en los hombres atienden al magisterio de la ordenación de Dios designado por su poder en la ley tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, considerando cómo se perfecciona en ellos. Pero que al final de ese mismo muro ves otra imagen dentro del mismo edificio sentada sobre una piedra en forma de asiento colocada en el pavimento, esto es que en la reposición de la antigua ley del pueblo antiguo, y en el inicio de la nueva fe comenzada en la verdadera Trinidad, cuando Dios construyó todas las virtudes constantes en la Iglesia, también apareció decentemente esta virtud en la obra del Padre supremo, operando en él a través del hombre hasta la consumación del mundo. Por lo tanto, también se sienta sobre la piedra más fuerte, sobre el único, es decir, el Hijo de Dios, que es el asiento y descanso de todos los fieles que desprecian lo caduco, y creen en él con fe pura. Y su lado derecho se inclina hacia el muro, porque en la rectitud del descanso y en la parte de la salvación se adhiere a este pueblo que está bajo el magisterio de la disposición de Dios, de modo que también los mayores con los menores la cultiven en sus obras. Su rostro se vuelve hacia la columna de la verdadera Trinidad, porque en toda cosa dirige su intención a esa Trinidad con la más aguda visión de justa consideración, para que así como la perpetua Trinidad debe ser considerada inviolablemente en tres personas: así todos los que adoran a Dios, la consideren diligentemente en sus hechos, y considerando no la abandonen. Pero que en ese mismo final ves otra imagen sobre ese mismo muro en un lugar más alto: esto es que también en la traslación de la sombra de la antigua ley, en la fe de la santa Trinidad brillando con la verdadera luz de la justicia, esta virtud en el magisterio principal y en el pueblo fiel se ha elevado en la cima del deseo celestial de salvación, de pie, luchando contra los vicios en el Hijo de Dios erguida, porque de él comenzó, y con él permanecerá en la Jerusalén celestial después del fin del siglo. Que también está vuelta hacia la mencionada columna de la verdadera Trinidad, porque fortalecida por la santa e inefable Trinidad, devuelve las almas a la patria.

Pero que en esas imágenes ves similitud, esto es que esas mismas virtudes son unánimes en la diversidad de los dones de Dios. Por lo tanto, también están vestidas como las imágenes anteriores con vestiduras como de seda; que están alrededor de ellas, como alrededor de las demás virtudes, las obras suavísimas que en la ley divina los adoradores de Dios le exhiben: haciéndolas en la justicia de la verdad, y con calzados blancos; porque en su ardor también hay blancura de seguir el ejemplo de los buenos actos en los hombres. Pero aquella que está a la derecha en medio de estas tres que ves en la parte extrema de ese mismo muro, es de tal pureza y claridad, que por su gran esplendor no puedes contemplar perfectamente su forma, porque esa virtud con la salvación de la verdadera confortación por el don de la santa Trinidad, surgiendo al final de la santa austeridad antigua, es toda translúcida y pura,

careciendo de toda indignación diabólica en la claridad del gozo alegre de la unanimidad de los hombres, de modo que por la multitud de gloria y honor que tiene en los celestiales; ninguna razón puede considerar la unanimidad inestimable de ella, como su forma, por ningún hombre mortal, a menos que Dios se haya dignado revelarlo. Y aquella que está sobre el muro está calzada con calzados negros, porque tanto en la dignidad más alta como en la menor antes de la encarnación de mi Hijo hubo en los hombres signo y vestigio de muerte. Pero que todas están sin mantos, esto es que igualmente han rechazado los cultos terrenales y el texto exterior de la institución legal, mirando interiormente la verdadera justicia, excepto la del medio de esas tres que estaban en la primera parte de ese mismo muro, que está vestida con un manto, porque ella, sudando bajo la defensa de Dios en el inicio de la austeridad prescrita, está rodeada por la comprensión del amor de Dios, en la cual esconde el tesoro celestial, rechazando el deseo de lo carnal. Y dos de las tres superiores que están a la derecha y a la izquierda de la imagen del medio, y dos de las tres inferiores, la del medio y la que está a su izquierda, no tienen velos femeninos en sus cabezas desnudas, solo de pie con cabellos blancos, porque la ley y los profetas emanando por la virtud de la majestad suprema y mostrando vida y muerte con su fortaleza, con los dos preceptos de amor gemelo por esa misma potencia divina que les sigue y teniendo la constancia de la circunspección íntima en los contrarios, y el gozo de la suavidad en lo divino fielmente están sueltos de toda sujeción de cualquier dolor o lazo de muerte, en la cabeza en Cristo, es decir, mi Hijo, sin embargo, brillando con cabellos desnudos en el candor de la virginidad, porque la divinidad amó mucho la naturaleza virginal en la Virgen María. Pero que el medio de las tres primeras, y aquella que está sentada sobre la piedra junto al muro, tienen la cabeza velada con un velo blanco, como es costumbre de las mujeres: esto es que ellas en la ayuda de la altura suprema y en la estabilidad de la conversación del descanso bendito, están dulcemente y suavemente ligadas con la fuerte ligadura de la sujeción, venerando a Dios, la cabeza de todos los fieles, en la blancura de la devoción piadosa, como el esposo debe ser honrado por la esposa con sincera caridad. Y el medio de las tres superiores y las que están a su derecha están vestidas con túnicas blancas, porque por esa misma virtud de la majestad divina en la beatitud suavísima emanan las obras más luminosas y blancas de ellas en los hombres establecidas bajo la ley del Señor a quien están unidas. Pero que también ves disimilitud en ellas, esto es que tienen diversas fuerzas en Dios, concordemente adorándole a él.

Por lo cual la imagen que está en medio de las tres superiores prefigura la abstinencia, porque ella en el primer combate es como la ciudad y el fundamento, y el ornamento de las virtudes que se le adhieren, conteniéndose del pecado en la gravedad de las costumbres. De modo que es investigadora y rechazadora de todas las cosas pueriles en los males, no teniendo ninguna petulancia en sí, y apareciendo como madre en medio de esas virtudes que designan la gloria de la Trinidad en el inicio de la ley dada al pueblo antiguo. Y tiene en su cabeza en forma de corona un círculo de color azafrán esculpido en la parte derecha, siempre encendido, porque ella está coronada por la cabeza suprema con el rayo azafranado del sol más resplandeciente, es decir, el Hijo de Dios en cuya claridad está toda comprendida y no deseando a nadie más que a aquel que también en la parte derecha de la salvación del alma siempre la enciende. Por lo cual, como ves, a su derecha vuela una paloma, soplando con su boca en esa Escritura, porque en la derecha de la prosperidad celestial está el don de la verdadera simplicidad, es decir, el Espíritu Santo en la abstinencia encendiendo todo lo bueno por la inspiración suprema en la salvación de las almas, como también esa virtud demuestra en las palabras mencionadas de su amonestación.

La otra imagen que está a su derecha, significa la largueza, existente en la simplicidad infantil, no teniendo en absoluto astucia o dureza contra los dolores de los hombres, con la

cual la abstinencia siempre se aparta de toda aspereza en las derechas de las buenas obras, así tendiendo a Dios, porque la largueza es el inicio de su operación, cuando primero la abstinencia emprende su obra. Que tiene en su pecho como un león como un espejo luminoso, que es en su corazón mi Hijo Cristo Jesús, león fortísimo, como un espejo de amor piadoso y espléndido encerrado. Pero que lleva en su cuello como una serpiente de color pálido en la torsión de una varilla colgando también hacia su pecho: esto es que como cuellos fortísimos, es decir, la paciencia, ese mismo Hijo mío prudentísimo soportó en el palor de la carne angustiada la torsión de los sufrimientos con la exaltación de la cruz en el medicamento de todas las heridas que la largueza imprime en su pecho por el amor celestial frecuentemente mirándolo en las mentes de los hombres, como también en las palabras mencionadas de su exhortación confiesa.

La tercera imagen que está a su izquierda representa la piedad que de ninguna manera alberga odio o envidia, ni ninguna fealdad humana, sino que siempre se regocija y abraza la prosperidad de todos los hombres. Con su verdor y la unción de la generosidad, la abstinencia resiste al lado izquierdo de la insuflación diabólica, ya que la piedad es la obra plena de la abstinencia en la lucha significativa por la cual siempre resulta victoriosa. Por eso también se viste con una túnica de color azul jacinto, porque bajo la obra más espléndida, en la que se ocultan las más bellas sustentaciones de las contrariedades sangrientas, es decir, soporta todas las injurias, después de la pasión de mi Hijo, rodeada por su ejemplo. Lo que aparece en su pecho es un ángel con un ala a cada lado, lo que significa que el hombre en su conocimiento siempre debe imitar el orden angélico, amando cada ordenación de Dios, con ambas partes de sí mismo, tanto en las cosas prósperas como en las contrarias, en las alas gemelas, es decir, en un solo Dios, no se eleva en exceso en lo bueno, ni se abate completamente en lo malo, sino que se eleva para volar, que es mirar a Dios en la pureza del corazón, así tendiendo hacia arriba y no arrojándose a la tierra. Por lo tanto, también el ala derecha se extiende hacia el hombro derecho de la misma imagen, porque la prosperidad del hombre se extiende en la derecha de la salvación de las almas para la ayuda de la piedad, cuando mi Hijo devolvió al hombre a la patria. Y el ala izquierda se extiende hacia el hombro izquierdo de ella, porque en la izquierda de la contrariedad de las insidias diabólicas, el hombre fiel extiende la pluma volátil, por la cual rechaza las obras de las tinieblas hacia el refugio de mi Hijo, por quien es fuerte contra toda adversidad, imitando la vida de los justos, como también esta virtud declara en sus palabras, como se mostró arriba.

La imagen que está en medio de las tres inferiores representa la verdad, porque después de la abstinencia y las virtudes que le son afines, surge la verdad en todas las causas, con las imágenes que le acompañan, como una torre y protección de ellas, es decir, designando un fuerte presidio, casi en medio de las virtudes prefigurando la santa Trinidad en el ocaso de la costumbre judía y en el amanecer de la verdadera fe. Sobre cuyo hombro derecho se posa una blanquísima paloma soplando con su boca en el oído derecho de ella: lo que está en la parte superior derecha, es decir, el retorno bendito que aparece a través de la encarnación del Hijo de Dios a la vida, la admirable virtud del Espíritu Santo, que sopló con su toque en el oído derecho, es decir, en los corazones de los hombres creyentes para que entiendan qué es Dios en su divina potencia. Pero lo que aparece en su pecho como una cabeza monstruosa e informe de un hombre: esto es que Dios permite que en los corazones de sus elegidos existan miserias y persecuciones de los príncipes, como también su Hijo quiso sufrir de los príncipes de los sacerdotes. Y como Dios está en el corazón del hombre fiel, por eso también el hombre debe por amor a Dios sufrir pacientemente la persecución de Dios, y como la muerte se erigió en la caída del diablo, por eso es necesario que el hombre fiel sostenga muchas luchas contra

las maldades diabólicas en diversas aflicciones, que a menudo son laboriosas y contrarias a su cuerpo, porque se adhieren al hombre: lo que el mismo antiguo serpiente siempre persigue. ¿Qué es esto? La concupiscencia de la carne, a la que ese maligno enemigo acecha en sus insidias. Pero lo que yace bajo sus pies como especies de hombres pisoteados y aplastados por ella: esto es que bajo las huellas de la verdad, todas las falsedades diabólicas que se realizan en las obras de los hombres se reducen a nada, teniendo ella el amor de la edificación de la Iglesia cuando todas las virtudes aparecen manifiestamente y se prueban en la verdad, que antes de los tiempos de los siglos, oculta en el corazón del Padre, era invisible, pero al final de los tiempos aparece visible en la verdadera carne del Hijo de Dios. Por eso también en sus manos tiene un pergamino extendido y por un lado, es decir, hacia el cielo, inscrito con siete líneas, porque en todas las obras de la verdad, hay una textura extendida por la gracia de Dios de la ley establecida para el pueblo cristiano, y por parte de los deseos celestiales debe ser mantenida con culto abierto y por parte de las concupiscencias carnales debe ser temida, mostrando en sí los siete dones del Espíritu Santo, es decir, un firme e inexpugnable baluarte contra las insidias diabólicas de la muerte. Y deseas leerlo pero no puedes, porque, aunque el hombre desee mucho conocer los misterios y secretos en los dones de Dios, sin embargo, no le es posible mientras esté cargado con un cuerpo mortal entender o captar lo que Dios quiere hacer en sus maravillas, pero el hombre debe abrazarlos y comprenderlos en la verdad: es decir, siguiendo los preceptos de Dios, como también esta misma virtud muestra en sus palabras antes mencionadas.

La otra imagen que está a su derecha designa la paz, teniendo un signo supremo y una compañía angélica, porque en plena verdor germina la verdad, ya que la misma verdad está rodeada de dones eximios y supremos en la parte derecha de la salvación de las almas teniendo paz por el Hijo de Dios. ¿Cómo? Como está escrito en el cántico angélico, donde se dice: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II). Esto es así: En el Dios altísimo resplandece el hombre y Dios en el hombre, porque el Hijo de Dios se encarnó maravillosamente. Por lo tanto, Dios es loable y glorioso en el cielo, por toda su creación. Por lo que también en la tierra se hace paz de salvación para aquellos hombres que reciben la voluntad del Padre con devoción y fe, porque también la paz de buena voluntad es la voluntad de toda la bondad del Padre, que es su Hijo, quien es Dios y hombre. ¿Y cómo es él la paz? Él es la paz de los hombres, defendiéndolos de las insidias de la antigua serpiente, que fue el primer transgresor, quien perdió la luz de la vida arrojado a las tinieblas, esa luz que la verdadera paz, es decir, el verdadero Hijo de Dios trajo a los hombres: de tal manera que ellos se hicieron partícipes del reino de Dios en el lugar bendito que el diablo perdió. Y como ves, la virtud mencionada tiene un rostro angélico, porque ella huye de todo mal en santa intención, casi mirando a Dios en su rostro con deseo angélico. Por lo que también de cada lado suyo tiene un ala volátil, porque en ambas partes de la manifestación tranquila, es decir, y turbulenta, tiende hacia Dios sin causar terror ni amargura, sino siempre existiendo en prosperidad placentera, comprende a un solo Dios en la unanimidad de las dos alas, porque no es derribada por ninguna tempestad de inestabilidad ni en lo bueno ni en lo malo, solo persiste en tranquilidad. Y aparece en la forma de un hombre como las otras virtudes, porque por el Hijo de Dios brilló maravillosamente, cuando también todas las virtudes son probadas en los hombres a través de ella, de tal manera que de ninguna manera busca contienda o riña, sino siempre en suavidad, oponiéndose así a la lucha diabólica como también se manifiesta arriba en las palabras de su locución.

Pero la tercera imagen que está a su izquierda indica la bienaventuranza que anhela la vida eterna, por cuya fidelidad y suavidad íntima, la verdad a la izquierda contradice a toda falacia de la persuasión serpentina que engaña al hombre que consiente en ella, porque la

bienaventuranza es la seguridad invicta de la verdadera claridad en la que ella no teme la infelicidad de la muerte. Por lo que también se viste con una túnica blanca, distinguida con color verde, porque está rodeada de obras fieles que blanquean en el deseo celestial, y decorada con múltiples dones que florecen en el verdor del Espíritu Santo. Pero lo que tiene en sus manos es un pequeño vaso de esplendor pálido: esto es que en su obra demuestra cómo en un pequeño receptáculo, es decir, en el secreto contrito de su corazón, el hombre aprehende a Dios por la fe, en el pálido sin embargo de la fragilidad de la carne humana, porque la fe también en esta vida mortal debe ser cultivada puramente, para que la miseria del hombre no lo abandone. Por lo que también emite mucha luz como un relámpago de sí misma, de tal manera que esa luz brilla en el rostro y alrededor del cuello de la imagen, porque el conocimiento de la luz eterna se difunde en el temor y en el amor de Dios, es decir, tendiendo desde el corazón interior del hombre hasta el rostro, es decir, hasta el inicio de la obra recta, manifestando su intención en buen ejemplo, y alrededor del cuello que es después en todas partes prudentemente comprendiendo la fortaleza en la obra completa, cuando en el hombre ante Dios brilla más claramente que el sol por la bienaventuranza, como también se declara en la manifestación antes mencionada de la misma virgen.

La imagen que se sienta al final del muro sobre una piedra representa la discreción, porque ella en la consumación de la antigua observancia descansando en Cristo, apareció plenamente, siendo la más diligente cribadora de todas las cosas, reteniendo lo que debe ser retenido y cortando lo que debe ser cortado, y separando el trigo de la cizaña. Y está vestida con una túnica subnegra, porque está rodeada de la mortificación de la carne, rechazando la ligereza de toda vanidad. Pero lo que tiene en su hombro derecho una pequeña cruz con la imagen de Jesucristo: esto es que la misma virtud puso la raíz en la parte derecha del poder de la fortaleza de Dios, cuando Dios omnipotente envió a su Hijo a encarnarse maravillosamente y a sufrir humildemente, a cuya devoción está unida la discreción, porque por ella se manifiesta, para que por ella toda justicia sea discernida. Y como Dios es el dispensador de la estatura conveniente del hombre, así es la discreción imitadora de él en su oficio, cumpliendo sus obras en el dispensador crucificado, el Hijo de Dios, cuando ella está en ambas dignidades, es decir, de la divinidad y de la humanidad. Que se mueve de un lado a otro, porque en la comprensión de la amplitud por la significación de la santa cruz tiene un circuito entre buenos y malos. Pero lo que casi resplandece desde las nubes en su pecho como un esplendor de claridad maravillosa: esto es que de la misericordia de Dios, casi de una nube clarísima, se aspira la encendida piedad divina en las mentes de los hombres, haciendo discreción en ellos, iluminándolos. Por lo que también de sí misma se divide en muchos rayos como el esplendor del sol se divide de sí mismo, cuando brilla a través de pequeños y muchos agujeros de alguna cosa, porque el Espíritu Santo en su virtud suprema dividiendo diversos rayos de sus dones a los hombres, los difunde más luminosos que el sol e inefablemente discretos en las humildes cavernas, es decir, en las visiones perspicaces de las almas de sus fieles, iluminando sus sentidos y mentes, de tal manera que entiendan agudamente en cada causa lo que deben hacer apropiadamente en Dios. Pero lo que tiene en su mano derecha un pequeño madero en forma de abanico: esto es que la discreción en la parte derecha de la salvación de las almas, considera siempre su obra en los hombres por el don del Espíritu Santo casi en el madero de la frágil carne, teniendo sin embargo este signo en sí misma, para que por la ayuda divina ahuyente diversas moscas de las persuasiones diabólicas, para que no se disperse en diversas vanidades. Por lo que también de su cima brotan de manera maravillosa tres ramitas con flores, para que los hombres fieles sobre todo y en todo crean fielmente en la santa Trinidad siempre floreciente en sus maravillas, reinando en la unidad de la divinidad gloriosísima, no examinando temerariamente los secretos celestiales en sí mismos; sino como Dios dispone todas sus obras en sus diversas criaturas con justicia y

discreción; así también los hombres por la fuerza de la discreción dispensen bien y rectamente todas sus obras. Pero lo que tiene en su regazo pequeñas piedras de todas las gemas, que considera con mucha solicitud y diligencia como un mercader suele considerar diligentemente sus cosas: esto es que ella en el seno de las mentes de los hombres, contiene todo lo que es apto y conveniente en los más pequeños consejos y artes de ellos, casi en las gemas de las virtudes buscando con cautela y diligente examen cada justicia establecida por Dios, para que proceda congruente y justamente en todas las cosas en los corazones de los hombres considerando agudamente por la recompensa de la obra, donde está la remuneración en Dios, como también se manifiesta en sus palabras antes mencionadas.

La imagen que está al final sobre el muro, significa la salvación de las almas, porque ella en el ocaso de la antigua dureza resplandeció en la cumbre de la autoridad de la nueva gracia: de tal manera que casi su fundamento es la discreción, con la cual y sobre la cual aparece la misma salvación de las almas, nacida en el Hijo de Dios cuando nació de la Virgen para la salvación de los hombres. Y tiene la cabeza desnuda y cabellos negros y rizados, porque está desnuda de la servidumbre de la sujeción, permaneciendo en la dignidad libre, porque se adhiere abiertamente al Hijo de Dios, de quien también fue clementemente resucitada, sufriendo sin embargo la negrura de los cabellos, porque en el pueblo judío aparecía oscurecida, no teniendo la verdadera claridad, sino una diversidad múltiple, casi como un cabello rizado de diversas observancias. También tiene el rostro oscuro; porque antes de la encarnación del Hijo de Dios, en la sombra de la muerte no se veía que retuviera la felicidad de la eterna salvación. Por lo que también está vestida con una túnica variada, tejida con muchos colores, porque en el pueblo antiguo estaba rodeada de muchas maneras con la variedad de obras, mezclada con la diversidad de muchos vicios. Pero lo que ves cómo se quita la túnica y los zapatos, quedando desnuda: esto es que en la pasión de mi Hijo, con la muerte borrada, cuando también después del advenimiento del Espíritu Santo el sonido y las palabras de los apóstoles fueron enviados al mundo, fue despertada en la salvación de las almas, de tal manera que despreciando las malas obras, y rechazando las huellas contrarias, se despojó, fuertemente desnudada de la maestría diabólica dentro de sí misma diciendo: Oh tú, diabólico y vil, nunca me dejarías, si no hubiera sido redimida en la sangre del Cordero. Pues en el lago del infierno querías retenerme, pero ahora por la gracia de Dios he sido liberada. Y así sus cabellos y rostro resplandecen en la belleza de la blancura y la novedad, como de un niño recién nacido, porque después de la encarnación de mi Hijo creció un gran pueblo en la figura de sus crímenes, bien iluminado en el rostro interior del alma, adhiriéndose a la verdadera y espléndida justicia, de tal manera que buscaba la felicidad eterna, confiando en la blancura de la vida y en la liberación de los miembros fieles adheridos a Cristo su cabeza por la nueva regeneración, y por la verdadera inocencia de la infancia ser salvado en la vida celestial, y a través de todo su cuerpo resplandece como un esplendor puro y luminoso brilla en claridad, porque ella casi por todos sus miembros por el pueblo fiel sujeto a ella por mi Hijo se ha hecho pura, en la simplicidad de la paloma, clara en la pulcritud más luminosa de la justicia de Dios. Pero lo que ves en su pecho una cruz brillantísima con la imagen de Cristo Jesús, colocada sobre un arbolito entre dos flores de lirio y rosa que se inclinan un poco hacia la misma cruz: esto es que la misma virtud se ha hecho el fuerte corazón de los pueblos creyentes en la pasión de Jesús el Salvador, quien con su martirio en las huellas de su buen y recto ejemplo, abatió y aplastó el árbol de la muerte y la perdición de Adán, contra el cual también los dos Testamentos, es decir, el Antiguo en blancura y el Nuevo en rubor procedían repugnantes por la disposición de Dios, reflejándose en la altura del entendimiento espiritual hacia la pasión del mismo piadoso y nobilísimo Redentor, y hacia toda su justicia desde la perdición de la muerte. Por lo que también ves que sacudiendo fuertemente su túnica y sus zapatos, se sacude mucho polvo de ellos, porque la salvación de las almas muestra en las

nuevas y justas obras de los hombres, la túnica despojada de la costumbre anterior y de todos los vicios de los antiguos delitos, y el mal ejemplo de la transgresión de Adán rechazado, discutiéndolos y despreciándolos con un examen fortísimo, y arrojando de sí el polvo de la vana gloria y otros pecados, como también se confiesa arriba en su propia locución. Quien tiene oídos agudos de entendimiento interior: que en el amor ardiente de mi espejo anhele estas palabras, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN SÉPTIMA.

RESUMEN.---Que la inefable Trinidad al final de los tiempos declarada, debe ser creída y venerada con corazón simple y humilde por los fieles: para que nadie investigue más de lo que debe, porque no puede ser comprendida, y caiga en lo peor. Que en la sangre de Cristo el mundo fue salvado, y el culto de la santa Trinidad fue manifestado clarísimamente: sin embargo, no está abierta a la comprensión de nadie. Que la inefable Trinidad aparece clarísimamente con imperio y poder a toda criatura excepto a los corazones incrédulos, sin embargo, todo lo penetra como una espada cortante. Aquellos que en el pueblo cristiano se oponen a la fe católica, en la aridez de la infidelidad: esto la divinidad lo corta en confusión. Que la divinidad derriba la jactancia del pueblo judío. Que el cisma diabólico del pueblo gentil cortado por Dios va a la perdición. Parábola sobre el mismo asunto. Palabras de Juan sobre el mismo asunto. Sobre la diferencia y unidad de las tres personas. Sobre tres similitudes a la Trinidad. Palabras del libro de los Reyes sobre el mismo asunto.

Luego vi en el ángulo occidental del edificio mostrado una columna maravillosa y secreta y muy fuerte, de color púrpura oscuro, colocada de tal manera en el mismo ángulo que aparecía tanto dentro como fuera del edificio. Que también era de tal magnitud que ni su grandeza ni su altura eran evidentes a mi entendimiento, pero que era de tal manera maravillosamente lisa sin ninguna arruga. Sin embargo, tenía en su parte exterior tres ángulos de color azul desde el pie hasta la cima, como una espada muy afilada cortante, de los cuales uno miraba hacia África donde mucho heno podrido había sido cortado y dispersado por él, y uno hacia el coro, donde muchas plumas habían sido cortadas y caído por él, y el medio hacia el oeste, donde muchos maderos podridos yacían cortados por él, cada uno de estos cortados por los mismos ángulos debido a su temeridad. Y nuevamente aquel a quien veía sentado en el trono mencionado y que me mostraba todas estas cosas me dijo: Estos dones místicos y maravillosos y desconocidos, que te aparecen, oh hombre clarísimo, en la verdadera luz te los muestro, te concedo decir y mostrar para encender los corazones ardientes de los fieles, que son piedras purísimas para la edificación de la Jerusalén celestial.

Porque la santa e inefable Trinidad, oculta bajo el yugo de la ley a los que servían, pero manifestada en la nueva gracia a los liberados de la servidumbre, debe ser creída por los fieles como un solo y verdadero Dios en tres personas, con un corazón simple y humilde, y no debe ser investigada temerariamente, para que quien no quiera estar contento con el don que ha recibido del Espíritu Santo, al buscar más de lo que debe, no caiga en algo peor debido a la temeridad de su arrogancia, en lugar de encontrar lo que indebidamente desea. Esto también lo muestra la visión presente. Pues esta columna que ves en el ángulo occidental del edificio mostrado, es figura de la verdadera Trinidad, porque el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo son un solo Dios en Trinidad y la misma Trinidad en unidad, siendo la columna perfecta de todo bien, penetrando lo más alto y lo más bajo, y gobernando todo el orbe de la tierra. Aparece en la región occidental porque el Hijo de Dios, encarnado en el tiempo como en el ocaso, glorificó a su Padre en todas partes, y prometió el Espíritu Santo a sus discípulos,

cuando también el mismo Hijo, cumpliendo la voluntad del Padre al someterse a la muerte, realizó el bien para los hombres, para que ellos también caminen rectamente en el edificio del Padre supremo, realizando obras verdaderas y justas en el Espíritu Santo. Pero se muestra admirable, secreta y fortísima, porque Dios es tan admirable en sus criaturas que de ninguna manera puede ser llevado a su fin por ellas, tan secreto que ninguna de ellas debe ser examinada con ciencia o sensibilidad obstinada, y tan fuerte que toda su fortaleza es dirigida por Él, y no puede ser comparada con su fortaleza.

Y el hecho de que tenga el color de la púrpura oscura, y esté colocada en el ángulo de tal manera que aparezca tanto dentro como fuera del edificio: esto significa que en la voluntad del Padre, su único Hijo derramó su sangre púrpura por la oscuridad de los pecados de los hombres, y así, salvando al mundo con su pasión, trajo la verdadera y recta fe a los creyentes, porque en el defecto de la antigua observancia y en el surgimiento de la nueva santificación, el culto de la santa Trinidad fue declarado manifiestamente, cuando se creyó abiertamente que el Padre celestial envió a su Hijo al mundo concebido por el Espíritu Santo, quien buscó la gloria del Padre y no la suya, y reveló la profunda consolación del Espíritu Santo, como se ha dicho, de modo que esto no quedara oculto en ninguna parte, sino que fuera anunciado tanto a los fieles que permanecen en la obra de Dios, como a los infieles que están fuera de la fe. Y el hecho de que sea de tal magnitud que ni su grandeza ni su altura se revelen a tu entendimiento: esto significa que la misma Trinidad es de una gloria y poder tan inefables, que ni en la grandeza de su majestad, ni en la altura de su divinidad puede ser determinada por ningún circuito o presunción de la sabiduría de la mente humana. Y de manera maravillosa es planísima sin ninguna arruga, porque lo que es digno de admiración, es suavísima en gracia y siempre benigna y llana en la dulzura de la justicia para los que se le acercan, de modo que no se encuentra en ella nada arrugado de injusticia, siendo justa y buena en la parte de la salvación.

Y el hecho de que tenga en su parte exterior tres ángulos de color azul desde el pie hasta la cima como una espada muy afilada que corta: esto significa que, con la oposición de las tinieblas en todo el mundo, la inefable Trinidad en la unidad de la deidad aparece clarísimamente, y no está oculta a ninguna criatura bajo su imperio y poder, excepto a los corazones incrédulos a quienes se les oculta por su incredulidad, por lo cual también el juicio de Dios con justa retribución los mata como merecen, como el acero más fuerte que no cede a ninguna inflamación, sino que se opone a sí mismo, de donde también se extiende de lo más alto a lo más alto: desde el principio de la creación del mundo hasta su fin, y lo que queda, esto poderosamente en la divinidad más aguda como en una espada cortante siempre ha penetrado y penetra con sabiduría y poder.

Y el hecho de que un ángulo mire hacia el África donde se ha cortado y dispersado mucho heno seco, esto significa que la justísima divinidad de la Trinidad, en el pueblo cristiano, corta y quema toda la sequedad de la diversidad y contradicción y rechazo de la fe católica rectísima, en la máxima confusión de ella, como el heno que es pisoteado y quemado en el fuego separado del grano fructífero del trigo, que es la fe con obras en la ciencia de la Escritura, de la cual todo lo que es contrario e inútil a esa verdadera fe en su credulidad, se dispersa y se quita, porque el pueblo insensato abusa de ella como un ganado necio. Y uno se dirige contra el coro donde muchas plumas caen desgarradas por él, porque la misma divinidad derribó la arrogancia altiva del pueblo judío, que volaba con gran soberbia en la altura de su mente, cuando quería ser justo en sí mismo y no en Dios, como los fariseos que intentaban ascender a lo alto de los cielos, confiando en su propia confianza en sí mismos,

pero por el justo juicio de Dios, desgarrados por la diversidad de sus costumbres, caen en esta presunción.

El del medio mira hacia el occidente, donde yacen muchos maderos podridos derribados por él, porque por la misma Trinidad se corta la nefanda y diabólica cisma del pueblo gentil, que en el ocaso de la infidelidad yerra en la fe recta, porque como maderos podridos son molestos e inútiles para el uso de los hombres, así también este pueblo es cortado y rechazado del gozo de la vida, siguiendo más las invenciones diabólicas que los preceptos divinos. Por lo cual también estas cosas individuales han sido cortadas por los mismos ángulos debido a su temeridad, porque en todas las causas mencionadas, la verdadera y santa Trinidad permite que los infieles, que o bien audazmente quieren romperla, o que obstinadamente no quieren creer en ella, sean cortados de sí mismos y vayan a la perdición, porque rabiosa e ignorantemente invaden la divinidad, no queriendo inclinarse a la fe que el Hijo de Dios trajo por sí mismo, y que también transmitió a los hombres por medio de sus discípulos, según lo que dice esta parábola: Un cierto señor que tenía una piedra ígnea quería enviar por ella y por sus mensajeros una cosa necesaria a mucha gente. Pero los mensajeros no eran sabios ni conocían las palabras de su señor para entenderlas, sino insensatos e ignorantes para cumplir ese mandato. Mientras tanto, surgió un tumulto y una gran tempestad y un torrente y un trueno feroz, de modo que la tierra se movió, y las piedras se rompieron, de modo que un vaso en el que había muchos vasitos yacía oculto en la tierra, con la espalda vuelta hacia el cielo, fue arrancado con gran fuerza de la tierra, y su vientre fue vuelto hacia el cielo. Entonces también de ese Señor por la misma piedra vino un soplo vehementísimo de fuego, que atravesó a esos mensajeros con tal ardor que todas sus venas se calentaron, y toda la desidia del miedo fue sacudida de ellos con tal rapidez, como cae de una piel seca lo que se vierte sobre ella. Y así finalmente recordaron todo lo que habían oído y aprendido de su señor, y fueron al pueblo que no tenía ombligos, y cuya ciudad había sido destruida, y les anunciaron el mandato de su señor. Pero a algunos de ellos les devolvieron los ombligos, y reconstruyendo su ciudad se la devolvieron, pero a otros ni les devolvieron los ombligos ni la ciudad, sino que matándolos los dividieron como a cerdos. Y así esa piedra se dio a conocer a todo el mundo, sacudiendo y matando todas las obras engañosas de la carne humana. Esto es así: Este señor es el Padre omnipotente con quien está su Unigénito, es decir, esa piedra angular que fue concebida del Espíritu Santo ígneo, y nacida de la Virgen purísima como hombre, siendo él mismo la flor más blanca y hermosa en la blancura y belleza de toda santidad. Pues el Hijo de Dios era según la divinidad inenarrablemente antes del tiempo de toda criatura, con el Padre y con el refrigerador ígneo, enviado después en el tiempo oportuno por el Padre, para que concebido del Espíritu Santo, como se ha dicho, verdaderamente encarnado naciera de la Virgen, para conferir a los creyentes la blancura y el decoro de la vida. Al encarnarse, el Padre celestial mostró por él y por sus discípulos anunciando benignamente una cosa necesaria, la salvación y redención de los hombres que creyeran en él. Pero los discípulos de él, mientras el mismo Hijo permanecía corporalmente con ellos en el mundo, eran necios e ignorantes y torpes, y tardos para entender vigilante y espiritualmente sus palabras y cumplirlas en obra, sino que solo las escuchaban en simplicidad como en un sueño, aún no confirmados, sino temerosos y aterrados como hombres. Mientras tanto, vino el tiempo de los corazones insanos, de modo que los judíos haciendo tumulto buscaban, suscitando muchos cismas contra el Hijo de Dios, para en esta gran tempestad matarlo. Y mientras así cumplían toda su maldad como deseaban, entonces en este precipicio y gran trueno se llevó a cabo un homicidio tan grande, como no fue antes ni será después, de modo que la tierra se movió, es decir, que las mentes terrenales de los hombres se aterrorizaron con el resto de la creación, y que la ley pétrea de los judíos se rompió en su acto criminal. Entonces el primer hombre con su linaje en el que yacía el signo del resto de la creación,

yacía sepultado en la muerte; de modo que toda su intención se había vuelto hacia lo terrenal, teniendo la espalda vuelta al cielo, no queriendo mirar a Dios, fue arrancado con gran fuerza de la tierra de la muerte en la que dormían con sus hijos, de modo que suspirara de todo corazón con toda su ciencia como en el vientre volviéndose a la patria celestial, porque oyó que Cristo, el Hijo de Dios, fue muerto por él. Pero después de la ascensión del mismo Hijo de Dios, el Espíritu Santo, como él mismo había prometido, vino del Padre y por el mismo Hijo, porque toda la tierra destilaba en dulzura celestial, porque el pan celestial permanecía en el mundo, que los infieles negligentemente habían despreciado como en un rumor, pero los fieles lo habían recibido con toda devoción. Porque el Verbo se había encarnado, el Espíritu Santo apareció abiertamente en lenguas de fuego, porque del Espíritu Santo fue concebido el Hijo que en su predicación convirtió al mundo a la verdad. Y porque también los apóstoles habían sido enseñados por el mismo Hijo, el Espíritu Santo los llenó de tal manera en su calor, que hablaban en diversas lenguas con alma y cuerpo, porque en ellos el alma dominaba al cuerpo, así clamando que en sus voces todo el orbe de la tierra se conmovió.

El mismo Espíritu Santo también les quitó el temor humano; de modo que no había en ellos tal miedo que temieran la crueldad de los hombres para no hablar la palabra de Dios, sino que toda esta clase de timidez les fue arrebatada con tanto ardor y tanta prisa; que se volvieron como secos y no blandos, sino como muertos ante toda adversidad que pudiera haberles sucedido. Por lo tanto, también con sentido perfecto, recordaron de inmediato todo lo que antes, tardos en la fe, habían escuchado y percibido negligentemente de Cristo: trayéndolo a la memoria como si lo hubieran conocido en esa misma hora de Él. Y partiendo, viajaban entre pueblos incrédulos que no tenían el ombligo, es decir, el sello, el conocimiento de la santa inocencia y justicia, y cuya ciudad, es decir, los instrumentos de la ley de Dios, había sido destruida en la infidelidad, anunciándoles las palabras de salvación y la verdadera fe en Cristo. De donde llevaron a muchos de esa multitud al conocimiento de Dios, conduciéndolos al ombligo, es decir, a la fuente del bautismo, en la cual recuperaron la santidad perdida en la transgresión soberbia, y erigieron la santa ciudad de los preceptos de Dios, reconstruyéndola para ellos, de la cual el diablo insidioso los había despojado en Adán, y se la devolvieron en la fe para su salvación. Pero aquellos que no querían recibir la fe del bautismo y la fortaleza del mandato de Dios debido a su incredulidad, los pasaron por alto en las proclamaciones de señales, y condenándolos por la dureza e incredulidad que había en ellos, los entregaron a la muerte, porque, envolviéndose en sus crímenes y en las suciedades de las contaminaciones de la carne, y en las seducciones de sus fornicaciones y adulterios, como el cerdo se revuelca en el lodo, no quisieron convertirse a la verdadera fe, por lo que fueron divididos y separados de la vida. Así, el Hijo de Dios fue manifestado por muchos y admirables signos en todo el orbe de la tierra, habiendo sido engendrado inefablemente del Padre según la divinidad antes de los tiempos, y después, en el tiempo, encarnado maravillosamente según la humanidad de la Virgen, de modo que los corazones de todos los que escuchan estas cosas sean sacudidos con horror y gran temblor, y que las obras vanas y falaces que hicieron según sus placeres sean reducidas a nada en ellos por el desprecio de la muerte, dando testimonio al verdadero verbo de Dios de la santa Trinidad y de la salvación vivificante que se realiza por el agua de la regeneración para la vida, como el amado Juan muestra en las palabras de su exhortación diciendo: Y el Espíritu es el que testifica que Cristo es la verdad, porque tres son los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre, y los tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu, y los tres son uno (I Juan V). Esto es así: el espíritu del hombre es espiritual, es decir, no procede de la sangre ni nace de la carne, sino que corre del arcano de Dios, siendo invisible para lo que está sujeto a la mutabilidad. Por lo tanto, su testimonio es hacia el Hijo de Dios cuya gloria es maravillosa en

el sople místico, que ningún hombre puede entender perfectamente, es decir, cómo el mismo Unigénito de Dios fue recibido del Espíritu Santo y vino a este mundo, así como ningún hombre podrá saber plenamente cómo el alma atraviesa el cuerpo y la sangre del hombre, de modo que sean una sola vida. Y así como el espíritu del hombre en la causa más cierta del conocimiento que le ha sido dado por Dios, atravesando en ella todas las cosas que le han sido concedidas por Dios, ya que no es una vida falsa y engañosa sino verdadera y fiel: así es Cristo la verdad perfecta en la que la vida resucitó, y la luz de la salvación resplandeció, de la cual la muerte cayó porque ella es engañosa. Y tres que significan la santa Trinidad dan testimonio en la tierra: de modo que muestran y otorgan en el presente siglo el remedio de la salvación vivificante por el cual se ha de llegar a los cielos que permanecerán sin fin, que aún no se tienen en realidad de inmortalidad, pero se esperan en esperanza. Pues el espíritu del hombre tiene de mí el testimonio en sí mismo de que no está en la plena vida de la restauración de la salvación, a menos que resucite por mí en el agua de la regeneración, porque falló en aquella luz que brilla en mí: expulsado de la felicidad por la concepción corrupta del crimen que crece en la sangre. Y el agua tiene ese testimonio, que purga en sí misma todas las cosas sucias, y que la perdición mortal de la muerte perece en ella por la purísima purificación, aquí unida al espíritu antes que a la sangre, porque así como el espíritu es espiritual; así también el agua trae la santificación espiritual, y puesta en medio entre el espíritu y la sangre, ya que conforta y transmite a la vida tanto al alma como al cuerpo por la generación espiritual. La sangre también tiene este testimonio, que retuerce sus caminos venenosos hacia la casa de la santificación por el agua de la salvación, que es la fuerza medicinal en mi Hijo comenzando, y permaneciendo en él para la vida, porque la sangre contiene en sí misma crímenes muy culpables, y una gran inquietud de injusticia corriendo por caminos errantes en la dulzura tortuosa que sirve a la lujuria ardiente y que ahoga la inocencia por horrendos vicios, comenzando a crecer por el gesto del que come por la sugerencia del insidioso diablo. Y estos tres son uno porque el espíritu no es un hombre viviente sin la materia sanguínea del cuerpo, ni la materia sanguínea del cuerpo es un hombre viviente sin el alma, ni estos dos reviven en la gracia de la nueva ley para la vida sino por el agua de la regeneración, y así son uno en la redención, ni son íntegros en la salvación mientras estén separados de esta agua salvífica, porque a la racionalidad le falta el honor preeminente de la vida, en la cual el hombre redimido siempre debe resonar la alabanza perfecta en la presencia de Dios que le dio la racionalidad. Pues Dios creó al hombre por su propia voluntad para el honor que se completa en el cuerpo de su Hijo en la vida eterna: cuando el hombre perdido revive en el honor de la vida redimido por la gracia salvífica en Dios. Y el espíritu, invisible a los ojos corporales, designa al Padre inestimable para toda criatura, y el agua que hace la purgación de la suciedad, significa el Verbo, es decir, el Hijo que con su pasión limpia las manchas de los hombres, y la sangre que envuelve y calienta al hombre, figura al Espíritu Santo que suscita e incendia las clarísimas virtudes en los hombres. Así, estos tres, a saber, el espíritu, el agua y la sangre son en uno, y uno en tres, y son uno en la salvación, es decir, como se ha dicho, y demuestran la Trinidad en unidad y la unidad en Trinidad. ¿Cómo? La santa y celestial Trinidad da testimonio celestial: de modo que no es tomado de otro, sino manifestado en ella con fe cierta. ¿Cómo? El Padre testifica que su único Verbo fructífero, que engendró antes de los siglos, por el cual todas las cosas fueron creadas, floreció gloriosamente en la Virgen en el tiempo predestinado. El Verbo, sin embargo, testifica que salió del Padre, inclinándose hacia la naturaleza humana encarnado, es decir, en el pudor de la virginidad, porque salió del Padre en una salida espiritual, y nuevamente regresó al Padre en la fructuosidad de la carne, aquí puesto en medio, porque del Padre es engendrado invisiblemente antes de los tiempos, y del Espíritu Santo en el vientre de la Virgen en el tiempo corporalmente concebido. El Espíritu Santo, en verdad, testifica que encendió la integridad de la Virgen, de modo que el Verbo de Dios concibiera: y que afirmó

la doctrina de ese mismo Verbo en lenguas de fuego, cuando llenó a los apóstoles de tal manera que clamaron por todo el mundo la verdadera Trinidad. ¿Cómo? Ellos clamaban que Dios Padre perfeccionó aquello que creó al hombre para la felicidad suprema, de la cual el hombre había sido despojado, porque él fue hecho del limo de la tierra en elevación hacia arriba, pero por su voluntad se inclinó hacia la tierra hacia abajo: ahora en gracia por el Hijo de Dios encarnado elevado de nuevo hacia arriba, e iluminado y confirmado por el Espíritu Santo para que no pereciera en la perdición, sino que fuera salvado en la redención, fue restituido a la claridad eterna. Así, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo testifican que de ninguna manera se distinguen en poder, aunque se distinguen en personas, porque operan juntos en la unidad de la sustancia simple e inmutable. ¿Cómo? Porque el Padre es el que crea todas las cosas por el Verbo, es decir, por su Hijo en el Espíritu Santo; el Hijo por quien todas las cosas se perfeccionan, en el Padre y el Espíritu Santo; el Espíritu Santo por quien todas las cosas reverdecen, en el Padre y el Hijo. Y estas tres personas están así en la unidad de la sustancia inseparable, que no se confunden mutuamente en sí mismas. ¿Cómo? Por eso, porque el que engendró es el Padre, y el que nació es el Hijo, y el que procede del Padre y del Hijo con ardentísima verdor, y apareciendo en la forma de un ave inocente sobre las aguas las santificó, y llenó a los apóstoles con ardor ígneo, es el Espíritu Santo. Pues el Padre antes de los tiempos de los siglos tuvo al Hijo, y el Hijo estaba con el Padre, con el Espíritu Santo eternamente coeterno al Padre y al Hijo en la unidad de la divinidad. Por lo tanto, se debe considerar que si de estas tres personas faltaran dos o una, no sería Dios en su plenitud. ¿Cómo? Porque ellas son una unidad de divinidad, ya que si alguna de ellas faltara, Dios no sería. Pues aunque estas mismas personas están así distinguidas, sin embargo, son una e íntegra y sustancia inmutable de inestimable belleza, permaneciendo en unidad indivisa. ¿Cómo? Poder, voluntad, ardor: estos tres ápices están en una cumbre de operación. ¿Cómo? En el poder la voluntad, en la voluntad el ardor y son inseparables, como también el aliento del hombre en su emisión. ¿Cómo? El viento que circula con humedad y calor es una emisión indivisible en la espiración del hombre, como también tu ojo en su integridad. ¿Cómo? El círculo de tu ojo tiene dos partes translúcidas en sí mismo, siendo sin embargo una sola morada, gobernando todas las cosas que le han sido constituidas. Escucha y entiende, hombre. Así, tres personas están en una esencia inmutable de divinidad. En el Padre el Hijo, en ambos el Espíritu Santo, y son uno y cooperan inseparablemente entre sí; porque ni el Padre obra sin el Hijo, ni el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin ellos, ni el Padre, ni el Hijo, sin el Espíritu Santo, que son una unidad indivisa. Así es Dios en tres personas sin principio antes del tiempo; aún antes del comienzo del mundo con la asunción de la carne en el Hijo realizada, hasta el tiempo preordenado donde vino la plenitud de ese tiempo cuando Dios envió a su Hijo. Pero con el mismo Hijo encarnado, el mismo Dios es en tres personas, queriendo ser invocado así en ellas, cuando el mismo flor virginal floreció en la integridad de la virginidad, y no por esto se añadió persona a la inefable Trinidad; sino que solo el mismo Hijo de Dios asumió la carne inviolablemente. Por lo tanto, estas tres personas son un solo Dios en la divinidad. Y quien no cree así, será cortado del reino de Dios, porque divide la integridad de la divinidad y a sí mismo en la fe, como está escrito: En el tercer día apareció un hombre viniendo del campamento de Saúl con sus vestiduras rasgadas y polvo sobre su cabeza (II Reg. I). Esto es así: En aquel día cuando la fe católica surgió en la manifestación de la santa Trinidad, brotaban hombres en mucho cisma viniendo del ejército de la cohorte mortal, investigando perversamente lo que no es posible para el hombre saber. Por lo tanto, encarnados por muchas persuasiones del arte diabólico, fingen ascender sobre aquella altura, de modo que quieren saber más de lo que les es dado saber de la incomprensible divinidad. Y por eso son rasgados de la vestidura de la salvación y la justicia porque son contrarios a Dios, y se ensucian por la diversidad de dispersión; no teniendo en la cabeza de la fe la fe íntegra, sino esparciendo el único honor de la deidad en muchas sectas, y

disminuyendo su honor superior en la burla del cisma. Todos los cuales serán juzgados por Dios, como se contiene en lo siguiente: Dijo David al joven que le había anunciado: ¿De dónde eres tú? Y él respondió: Soy hijo de un hombre extranjero amalecita. Y David le dijo: ¿Por qué no temiste extender tu mano para matar al ungido del Señor? Y David llamó a uno de sus siervos y le dijo: Acércate y arremete contra él. Y lo hirió y murió. Y David le dijo: Tu sangre sea sobre tu cabeza. Porque tu boca ha hablado contra ti, diciendo: Yo maté al ungido del Señor (ibid.). Esto es así: Aquel victorioso que es incomprensible para toda criatura, dice a la ignorancia pueril, que está en el hombre, a esa puerilidad que se exalta a sí misma, queriendo saber lo que no debe saberse, en la cual invade a Dios casi por temeridad anunciándole: te conozco bien, Señor. De modo que él le responde así. ¿De dónde eres tú que teniendo principio quieres saber todo lo que carece de principio? Y la necedad que ha surgido en el hombre teniendo principio, responde casi en su ciencia diciendo: Yo soy hijo de un hombre que es extranjero, viniendo aquí de esta tierra maldita, porque el primer hombre caído en el gusto del fruto, hizo un viaje a este exilio de la patria, de la cual yo también soy descendencia. Entonces Dios le dice: Porque eres hombre de la tierra maldita y expulsado de la patria como exiliado, ¿por qué no temiste con tanta presunción escudriñar lo que no te es dado saber, sofocando tu obra, de modo que de ninguna manera es útil en la luz de la esperanza, y tocando en ella el mal del homicidio; porque cualquiera que temerariamente escudriña qué hizo Dios antes de la creación del mundo, o qué hará Dios después del último día: este sea anatema de la porción de la bienaventurada comunión, porque esto no le es dado saber, quien tiene principio mortal, cargado de pecados; sino que será miserable de la feliz salvación de la buena ciencia, porque en la obstinación ha escudriñado lo que no debía escudriñar. Por lo tanto, tú que haces esto presuntuosa y cruelmente por la matanza, matas en ti la bienaventurada inteligencia de la profecía real, porque tu alma debería proveerse de pura ciencia, fielmente en esa simplicidad que es conveniente, y creer en Dios. Entonces Dios ordena con el celo de su purísima justicia que no tiene mancha alguna de iniquidad, llamándolo por la rectísima unidad del juicio de sus juicios, diciendo así: Apresúrate y oprímelo de la buena ciencia que tuvo para que no descansa en ninguna felicidad de su sentido; porque no me ha dado descanso en mi corazón. Y así la plaga del celo del Señor lo hiere: de modo que no quedará ninguna chispa de ningún ojo para él para ver, es decir, para conocer a Dios. Por lo tanto, muere a la justicia de la consolación vital, no pudiendo gobernarse a sí mismo. Entonces Dios le dice: Que tu nefasta sangre, con la que te elevas a aquellas alturas que no puedes contemplar, esté sobre tu alma; que injustamente te levantas contra mí, que ese mal te aplaste en el lugar bajo del que no puedas levantarte, en la medida recta de la proposición de la fe; que no quisiste ir por los caminos rectos, sino que en tu sentido buscaste un gran cisma. Pues que tu boca sea dejada de las palabras de sabiduría; porque ha hablado contra tu salvación, cuando falsamente has escudriñado la secreta e incomprensible divinidad, presumiendo saber lo que no debe saberse, diciendo temerariamente en ti mismo qué es Dios bien sé, por esta temeridad matando tu salvación interior, cuando no quisiste creer cautamente en Dios, sino que te erigiste soberbiamente contra él. Pero quien tiene oídos agudos de entendimiento interior: este en el ardiente amor de mi espejo, anhele estas palabras y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN OCTAVA.

RESUMEN.---Palabras de humildad. Palabras de caridad. Palabras de temor. Palabras de obediencia. Palabras de fe. Palabras de esperanza. Palabras de castidad. Palabras de la gracia de Dios para la admonición de los hombres. Que la humanidad del Salvador sosteniendo la edificación eclesiástica, aparece en la fe de los pueblos que obran fielmente. Que la santidad de la verdadera encarnación sombreada a las mentes humanas, se conoce desde el interior por

la fe y la obra, y se manifiesta desde el exterior por la fama y la voz. Que solo a Dios le es conocido cuántos y cuáles serán para que se complete el cuerpo de Cristo. Que todas las obras del Hijo de Dios encarnado y la recolección de la Iglesia de las cuatro partes del mundo, están en la voluntad del Padre. Que en Cristo todas las virtudes operan con agudo estudio plenamente y en él están manifiestamente reveladas. Que las siete virtudes significan los siete dones del Espíritu Santo. Palabras de Isaías sobre el mismo asunto. Palabras de Salomón sobre el mismo asunto. Sobre el estado y hábito de las virtudes mencionadas y qué significan. Sobre la humildad. Sobre la caridad. Sobre el temor del Señor. Sobre la obediencia. Sobre la fe. Sobre la esperanza. Sobre la castidad. Sobre la gracia de Dios y su estado y hábito y qué significa.

Y luego, en el lado sur del mencionado muro de piedra del edificio señalado, más allá de la columna de la verdadera Trinidad, vi nuevamente como una gran columna sombreada que aparecía dentro y fuera del edificio, la cual me pareció tan oscura a la vista que no pude discernir ni su magnitud ni su altura. Y entre esta columna y la columna de la verdadera Trinidad había un espacio interrumpido de tres codos de longitud, vacío y sin muro, como se mostró anteriormente, con solo el fundamento colocado allí. Esta columna sombría estaba en el mismo edificio en el lugar donde anteriormente había visto en los misterios celestiales ante Dios aquel gran y cuadrado esplendor de un candor luminosísimo, que designando el secreto del Creador supremo me fue manifestado en un gran misterio, en el cual también otro esplendor, como el amanecer, brillaba con una claridad aérea de luz púrpura en lo alto; a través del cual, en una visión mística, me fue mostrado el misterio del Hijo de Dios encarnado. En esta columna, desde su base hasta su cima, había un ascenso en forma de escalera, donde veía a todas las virtudes de Dios descendiendo y ascendiendo cargadas de piedras para ir a su obra, teniendo el mismo estudio diligente de completar esa obra. Y escuché al luminoso que estaba sentado en el trono decir: Estos son los fortísimos obreros de Dios. Pero entre estas virtudes, especialmente veía a siete; cuyas formas y hábitos consideraba con gran diligencia. Tal era la semejanza en ellas, todas como las otras virtudes que se mencionaron antes, vestidas como con ropas de seda. Pero todas con cabellos blancos, con la cabeza descubierta, y sin manto, excepto la primera, que estaba velada al modo femenino en la cabeza, y vestida como con una casulla translúcida como cristal, y excepto la segunda, que tenía cabellos negros, y la tercera, que parecía diferente a la forma humana. La primera, la cuarta y la quinta también estaban vestidas con túnicas blancas. Todas tenían calzado blanco, excepto la tercera, que no aparecía según la forma humana, como se ha dicho, y excepto la cuarta, que estaba calzada con calzado cristalino que brillaba de manera maravillosa. Esta fue la disimilitud entre ellas.

La primera imagen llevaba una corona de oro puesta en su cabeza, con tres ramas que sobresalían más alto, y adornada con piedras preciosísimas de color verde y rojo y con bayas blancas que brillaban con gran ornato. En su pecho tenía un espejo muy luminoso, en el cual aparecía con maravillosa claridad la imagen del Hijo de Dios encarnado. Y dijo: Yo soy la columna de las mentes humildes, y la destructora de los corazones soberbios. Comencé en lo más pequeño y ascendí a las alturas de los cielos; Lucifer se elevó sobre sí mismo y cayó bajo sí mismo hacia abajo. Quienquiera que desee imitarme, deseando ser mi Hijo, si anhela abrazarme como madre, completando mi obra en mí, toque este fundamento y suavemente ascienda a las alturas. ¿Qué significa esto? Que primero contemple la vileza de su carne; y así, de virtud en virtud, progrese gradualmente con ánimo suave y apacible, porque quien primero agarra la rama más alta del árbol para ascender, cae muy a menudo con una caída

repentina. Pero quien, deseando ascender, comienza desde la raíz, no le es tan fácil caer, si avanza con cautela.

Pero la segunda parecía completamente como un jacinto de color aéreo en lo alto, tanto en forma como en su túnica. Y en esa túnica había dos cinturones maravillosamente entretejidos de manera inestimable con oro y gemas; de modo que sobre cada hombro de esa imagen un cinturón descendía hasta sus pies, por delante y por detrás. Y dijo: Yo fui provocada a la indignación en el cielo, cuando Lucifer se mordió a sí mismo con odio y soberbia. Pero ¡oh humildad! no quiso tolerar esto. Por lo cual también él fue arrojado con una gran caída; pero al formarse el hombre, ¡oh grano nobilísimo y germen dulcísimo!, el Hijo de Dios nació hombre al final de los tiempos por el hombre. Y porque Lucifer quiso y trató de desgarrar mi vestidura e integridad, por eso aparecí como un esplendor luminosísimo en Dios y en el hombre. Ahora, sin embargo, los ciegos y muertos llaman a mis equivalentes burdeles y prostitutas e incestuosas. Pero así como es imposible que el barro toque el cielo, así es imposible que esta suciedad toque mi voluntad. Por lo tanto, haré alas en otras virtudes para mí, con las cuales desecharé estas cosas inútiles que Lucifer esparció por el mundo. Oh virtudes, ¿dónde está Lucifer? Está en el infierno. Levantémonos, pues, todos, acercándonos a la verdadera luz, y construyamos las torres más grandes y fuertes en las provincias; para que cuando venga el último día, llevemos mucho fruto tanto en lo espiritual como en lo carnal. Y cuando la plenitud de las naciones haya entrado, entonces también nosotros nos perfeccionaremos en la tierra y en el cielo. Oh Lucifer, el más vil, ¿de qué te sirvió tu temeridad repentina? En tu primer esplendor, cuando fuiste creado por Dios, quisiste, enloqueciendo y embriagándote, pisotearme y arrojarme del cielo; pero tú caíste en el abismo, y yo permanecí en el cielo, descendiendo después a la tierra en el Hijo de Dios encarnado. Y por mí se ha perfeccionado la multitud de los fieles armados con mil justas y buenas artes; las cuales, si pudieras, ya hace tiempo que las habrías saqueado con gusto. Oh humildad, que elevas a los pisoteados y oprimidos hasta las estrellas: oh humildad, que eres la reina gloriosísima de las virtudes, ¡cuán fuerte e invicto es tu amparo en todas partes, sin que caiga ninguno que te ame con corazón puro, como también yo soy contigo una defensa muy útil y muy deseable para los míos, porque siendo muy delgada y sutil, busco los más pequeños agujeros de los que me cultivan, y los atravieso agudamente.

Pero vi la tercera imagen en el mismo esquema que la había visto en la visión anterior, de mayor y más larga estatura que las otras virtudes, y diferente a la forma humana, teniendo muchos ojos por todas partes en sí misma, y viviendo completamente en sabiduría, y vestida como con un manto sombrío a través del cual los ojos miraban, y temblando con mucho temor ante el mencionado luminoso sentado en el trono. Y dijo: ¡Ay de los miserables pecadores que no temen a Dios, sino que lo tienen como un burlador! ¿Quién puede escapar del temor del incomprensible Dios, a quien Él permite perecer culpable no rechazando de sí el mal? Por eso yo temeré mucho y mucho al Señor Dios. ¿Quién me ayudará ante el verdadero Dios? ¿Quién me liberará en su temible juicio? Nadie en absoluto, sino el mismo Dios justo. Por lo tanto, lo buscaré, a Él siempre huiré.

La cuarta llevaba un lazo níveo alrededor del cuello, y tenía las manos y los pies atados con una ligadura blanca. Y dijo: No puedo correr según mi voluntad por el camino secular, ni por los contagios de la voluntad humana: y por eso quiero regresar a Dios, el padre de todos, a quien el diablo rechazó, y a quien no quiso obedecer.

La quinta también tenía un collar rojo alrededor del cuello, y dijo: Hay un solo Dios en tres personas, de una sola esencia, y de igual gloria que debe ser adorado; por lo tanto, tendré fe y confianza en el Señor, y no borraré su nombre de mi corazón por la eternidad.

La sexta estaba vestida con una túnica de color pálido. Y la cruz de la pasión del Hijo de Dios crucificado apareció ante ella en el aire; hacia la cual ella levantaba los ojos y las manos con mucha devoción, y dijo: Oh piadoso Padre, perdona a los pecadores, que no abandonaste a los exiliados, sino que los elevaste sobre tus hombros. Por lo cual ya no perecemos teniendo esperanza en ti.

Pero la séptima vestidura era de cristal más claro y puro; que brillaba en tal blancura, como el agua resplandece cuando es bañada por el sol. Y sobre su cabeza, con las alas extendidas como para volar, se posaba una paloma, orientada hacia su rostro. Y apareció también como en su vientre, cual en un espejo, un niño blanquísimo; en cuya frente estaba inscrita la palabra inocencia. Tenía también en su mano derecha un cetro real, mientras que la izquierda la había colocado sobre su pecho. Y decía: Yo soy libre y no estoy atada. He atravesado la fuente purísima, es decir, al dulcísimo y amantísimo Hijo de Dios. Lo he atravesado y de él he salido. Sin embargo, aplasto al soberbísimo diablo que no prevalece en atarme. Él ha sido apartado de mí, porque siempre permanezco en el Padre supremo. Pero en la cima de la mencionada columna sombreada vi otra imagen bellísima, de pie con la cabeza descubierta, y con cabellos rizados y algo oscuros, y un rostro viril de tal ardiente claridad, que no podía considerarlo claramente como el rostro de un hombre. También llevaba una túnica de color púrpura y algo oscura; sobre cada hombro de esa imagen había sido tejida una banda de color azafrán rojizo, extendiéndose por delante y por detrás hasta sus pies. Tenía además alrededor del cuello un palio episcopal, adornado de manera maravillosa con oro y piedras preciosas. Un resplandor blanquísimo lo rodeaba por todas partes, de modo que solo podía verlo desde la cabeza hacia abajo hasta sus pies. Sus brazos, manos y pies estaban sombreados para mi vista. Pero el mismo resplandor que lo rodeaba estaba lleno de ojos por todas partes, todo él viviente, y se extendía aquí y allá, como suele fluir una nube, de modo que a veces se hacía más ancho y otras más estrecho. Y esa misma imagen clamó con gran voz al mundo, diciendo a los hombres: Soy la gracia de Dios, hijitos míos: por eso escuchen y entiéndanme, porque doy la luz del alma a quienes me entienden en la advertencia; a quienes también contengo en la misma bienaventuranza, para que no regresen a la iniquidad. Y puesto que no me han despreciado, por eso también quiero tocarlos con mi advertencia, para que comiencen a obrar el bien, y me dirijo a aquellos que me buscan con sencillez y pureza de corazón. Y mientras doy perlas de bondad, advirtiéndolo y exhortando al hombre; así, cuando el entendimiento del hombre es tocado por mí, soy para él el inicio, es decir, cuando el sentido del hombre entiende mi advertencia al escucharla, de modo que ese mismo sentido es llevado al consentimiento de mi toque en su ánimo, entonces soy en él el inicio del bien que debe comenzar, siendo yo así su ayudante. Entonces también hay una lucha; para que se perfeccione lo que doy o no. ¿Cómo? Quiero que esto se entienda así; porque cuando advierto al hombre de tal manera que comienza a gemir y llorar por sus pecados, entonces si su voluntad accede a la advertencia con la que lo he advertido, ya que el hombre en su sentido siente tal cambio de ánimo, como cuando levanta sus ojos para ver, y sus oídos para escuchar, y su boca para hablar, y sus manos para palpar, y sus pies para caminar según ese deseo que tiene en su ánimo; si entonces la voluntad ha recibido mi advertencia, pronto ella se eleva y somete y supera el sentido, de modo que el sentido aprende cosas desconocidas en su costumbre. ¿Cómo? Él se transforma, porque cualquiera que sea debe seguir la voluntad que está sobre él, aunque sea a regañadientes. Porque él está sujeto a ella en servicio; porque es

inferior a ella, y la seguirá quiera o no quiera. Pues yo doy el bien en el inicio, y lo caliento en la mente y doy la obra a la voluntad para que se perfeccione, y esto lo hago con la advertencia, exhortación y calor del don de la inspiración del Espíritu Santo. Pero si la voluntad se opone a estos dones, entonces se reducen a nada las cosas que he mencionado. Por lo tanto, en el mismo tiempo en que el hombre puede recibir en el ardor de los dones en los signos del anuncio que surge de mí; entonces que se apresure hacia ello, y que la voluntad venga más rápidamente en los bienes, y perfeccione esta obra en claridad. Pues el hombre tiene el conocimiento del bien y del mal para que él en todas sus obras entienda mejor a Dios, evitando el mal y obrando el bien; porque así cultiva a Dios con temor, abrazándolo en perfecta caridad. ¿Cómo? Así, si abre los ojos interiores del espíritu al bien, y si niega y rechaza en el hombre exterior el mal que pudo haber hecho. Por eso también la criatura terrena está sujeta bajo su poder; para que entienda y ame más a Dios, y obre en él la obra de su conocimiento con entendimiento, por lo cual él teme y ama al omnipotente, quien le ha asignado el gran honor del servicio de muchas criaturas. Por lo tanto, y por estas razones, el hombre derrama lo que él comprende con conocimiento en su entendimiento: la discreción en las criaturas, de modo que sabe cuáles son amables y odiosas, y cuáles útiles e inútiles, y que también después de esto en la fe en la que él entiende a Dios se concluyen todas sus obras; de modo que agradan tanto a Dios como a sus ángeles, a veces también toco al hombre en su ánimo, y lo advierto para que comience a obrar justicia y evitar el mal; pero me desprecia, y piensa que le es posible hacer lo que quiera, y se establece un tiempo para arrepentirse hasta el momento en que su cuerpo en la simplicidad de la fría edad le consienta, y también cuando debido a la vejez le sea tedioso pecar más. Entonces nuevamente lo advierto y exhorto al bien, y a que resista en su ánimo. Quien, al descuidarme: a menudo por muchas adversidades como en las riquezas y otras cosas similares que sufre, es llevado a que casi a la fuerza y contra sí mismo debe hacer el bien, y que en un ánimo tan exasperado no le deleita mucho cumplir lo que antes había propuesto realizar en tiempo próspero; en el cual le parecía que nada contrario podía dañarlo, según lo que él mismo había ordenado en sí mismo durante tanto tiempo hacer lo que le placiera. Este hombre si me ha recibido con duda, no quiero sin embargo dejarlo; porque, aunque me haya recibido así, sin embargo no me ha despreciado del todo. Por lo tanto, tampoco he trabajado en vano en él. Porque no me es tedioso tocar las heridas ulcerosas que están rodeadas de gusanos roedores en la innumerabilidad de vicios, y el hedor del mal rumor y la infamia, y la languidez de la iniquidad envejecida de los pecados; ni despreciaré tratarlas suavemente: en el tiempo en que comienzo a extraer la lividez devoradora de la malicia, esto es cuando miro y toco esas heridas con el suave calor de la inspiración del Espíritu Santo. Pero a menudo cuando este tipo de dolor se envejece con un antiguo ungüento, de modo que el pecado comienza a calentar ardientemente en el ánimo del hombre, y cuando también así surgen en el dolor las heridas de los pecados, de modo que serán en la obra coagulada de esta inmundicia como un globo y un montón que se eleva de la gran suciedad de los gusanos y el fomento del lodo envuelto del cual nacen los venenos mortales de escorpiones, serpientes, ranas y otros gusanos venenosos similares, y cuando también entonces se endurecen como piedra en tal dureza que nadie piensa en romper, que son cargas insoportables de crímenes en aquellos hombres que están agobiados con cargas más pesadas; ¿qué entonces a esto? Entonces ciertamente los hombres debido a su infidelidad no pueden confiar, que sea posible para este hombre convertirse a Dios de su iniquidad; porque lo ven como si fuera presa del diablo. Sin embargo, no quiero abandonar a ese hombre, sino que quiero estar con él en la lucha con ayuda y combate, donde suavemente primero comienzo a tocar como la dureza de esa piedra del pecado, porque es casi difícil romperla en tan gran hedor de horribles crímenes, que son para él las causas mencionadas de gran suciedad y maldad, y que son como un cadáver de putrefacción, y presa del diablo, que él ciertamente ha absorbido en su vientre. ¿Cómo? La Escritura dice del Hijo de Dios

diciendo: Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre (Juan IV), y en cambio, la comida del diablo es hundir al hombre en la muerte, por la cual los aflige con tales venenos, como se ha dicho, quienes le consienten en su voluntad, y se desvían tras él. Y eso mismo es el deseo del diablo y su continuo estudio, porque de esta suciedad surge todo mal. Pero de estos hombres muchos me entienden. ¿Cómo? Cuando los toco primero, ese hombre dice dentro de sí: ¿Qué me pasa? No sé ni sé pensar en nada bueno. Y nuevamente suspira sin saber y dice: Ay de mí, pecador. Sin embargo, no siente más; porque está agobiado por la masa de pecados, y porque las tinieblas de la iniquidad lo han perturbado. Entonces nuevamente toco sus heridas. Y como antes había sido advertido por mí, entonces me entiende mejor, y mirando en sí mismo nuevamente dice: ¡Ay de mí, qué haré? No sé, ni puedo concebir qué será de mí, debido a mis múltiples pecados. ¡Ah! ¿A dónde me volveré o a quién acudiré que me ayude, para que cubra y borre en penitencia los crímenes más viles en mí? Por lo cual nuevamente mira en sí mismo con esa lucha que antes tuvo en el estudio de pecar; y con el mismo deseo se convierte a la verdadera penitencia, como antes se esforzaba en los pecados. Y porque entonces ese hombre con mi advertencia así despertó del sueño de la muerte, que había elegido para sí como vida: por eso entonces ni en pensamiento, ni en palabra, ni en hecho lo que antes tenía ardientemente hacia los crímenes, quiere pecar más, sino que con el mayor esfuerzo en la más fuerte penitencia se eleva hacia mí. Por lo cual pronto también lo recibo todo: y de ahí en adelante lo dejo casi libre: de modo que en las concupiscencias mencionadas no tendrá más grave infestación; como sostienen mis amadísimos hijos, a quienes advierto en la múltiple miseria con las flechas encendidas de las persuaciones diabólicas, porque él no necesita de estas entonces. Porque él siempre lamentará por sus pecados pasados, de modo que incluso enojado consigo mismo hará una penitencia tan severa que se considerará indigno de ser llamado hombre. Pero esta es la victoria en el hedor de la suciedad de aquellos hombres que no quiero rechazar, porque después de sus pecados finalmente me buscaron. Porque quienes no me desprecian, sino que reciben mi advertencia, y me buscan devotamente, estoy preparada para hacer lo que quieran; pero quienes me desprecian y rechazan, están muertos, ni los conozco.

Hay muchos hombres que cuando sienten que estoy presente, entendiendo que su mente ha sido tocada por mi advertencia, huyen de mí por la mala costumbre de los pecados concebidos, que en sí mismos tragaban con voluntad y consentimiento y obra. Por lo cual también ellos son considerados ante Dios como nada y vacíos; porque no quieren ser conscientes de lo que pueden hacer, tocados por mí. Sin embargo, no quiero estar en la contaminación de esos pecados que no quieren recibir mi advertencia; ni quieren purificarse por esa exhortación para que se aparten de sus pecados, ni desean comer ese alimento que es la Escritura del Evangelio, con el cual deben saciarse todos los fieles, ni gustar su sabor según les ha sido dado; sino que se apresuran a huir de la gracia de Dios; porque ni quieren ver, ni oír, ni pensar qué deben hacer, cuando son llamados por la advertencia del bien. Ellos huyen de la buena advertencia, como el gusano que entra en la tierra escondiéndose de toda la belleza de este mundo. Esto hacen también estos hombres malvados huyendo de los preceptos de Dios, contaminándose en la escoria en la que se envuelven en la muerte, cuando se esconden en su maldad, no queriendo salir a la luz del hedor de la maldad. Quienes son así, no pertenecen a mí. Porque no quiero estar dividida aquí y allá en la contaminación del lodo. ¿Cómo? Quiero estar con aquellos que me entienden con pura penitencia; donde también me uno a la corruptibilidad humana, porque quiero purificarla. Pero quienes no quieren recibirme, los rechazo de mí, no queriendo estar con ellos; porque no tengo parte con ellos, porque están en la parte de la ignorancia necia que no quieren entenderme, y porque no quiero estar en la obra que pertenece a la conglutinación de la perversidad endurecida: que es hacia la muerte. Y quienes de esta manera me desprecian, imitan al ángel perdido, quien

cuando pudo ver a Dios, no quiso mirarlo, de modo que lo reconociera humildemente; y por eso de repente huyó de toda la gloria celestial, cayendo en la muerte; cuando quiso asemejarse a Dios con igual honor. Estos me desprecian, porque obran la obra maligna, como exigen los deseos ilícitos de la carne en sus placeres. Y porque me desprecian, por eso hacen lo que mal quieren. Desprecian a Dios, así también descuidan su precepto. Por lo cual también frecuentemente en mi indignación se les permite hacer a plenitud de su mente lo que quieran; porque la vida de la felicidad eterna los huye como si fueran nada, frecuentemente también fallando tanto en la prosperidad de la vida presente como en la futura, porque son duros e inmóviles hacia la felicidad del bien. Porque al pecador contumaz, perseverante en sus males, lo abandono: vivificando a quien se mira a sí mismo y de sus pecados en mi temor con pura penitencia se convierte a mí. Porque yo soy la columna de firme estabilidad, que nunca abandono a quien me busca, porque quien me toma y se une a mí íntima y fielmente, nunca caerá en perdición. Pero quien me tiene en el olvido de su mente, y elevándose con soberbia sobre mí, es decir, quien confía más en sí mismo que en mí, y por eso desprecia tener confianza en mí porque considera la gracia de Dios como nada, porque en su ánimo soy y el viento del torbellino, él teniéndome negligentemente en burla y con soberbia con altivez en desesperación, no por la gravedad de los pecados que ha cometido, sino por la soberbia burlándose de mí diciendo así, ¿qué es la gracia de Dios? A este yo lo derribaré matándolo, y en mi elección no quiero levantarlo; porque está muerto de la felicidad eterna. Pero también estos hombres que no tienen confianza en poder levantarse de las culpas más graves de sus pecados así rechazando al omnipotente Dios y su gracia, desesperando en una tristeza extrema como si no pudieran salvarse de la enormidad de sus crímenes, fallan arrojados de mí, y caen amargamente en la muerte, muriendo en el infierno inferior en el tormento de la muerte eterna.

Ahora también hablaré de mis amados hijos que me reciben con mente abierta, ánimo voluntario e intelecto agudo, y que me conmueven con gemidos y lágrimas, recibíendome con alegría y abrazándome con toda su intención. Oh mis flores, que cuando sienten mi presencia, de repente se alegran en mí, y yo en ellos. Ellos son para mí más dulces y suaves que el amor de la piedra más preciosa, y más que las brillantes perlas preciosas en la mente de los hombres, que las abrazan con ardiente deseo. Ellos también son para mí piedras cuadradas muy nobles; porque ante mi vista, siempre me son amables, y deseo continuamente pulirlas y purificarlas: para que sean colocadas recta y decentemente en la Jerusalén celestial, porque siempre en sus mentes con buena voluntad banquetean conmigo, y no pueden saciarse de mi justicia. Pues tan pronto como sienten mi toque, se apresuran hacia mí, como el ciervo hacia la fuente de agua. Pero a menudo los dejo, de modo que les parece que están sin ayuda: lo hago para que el hombre exterior en ellos no se infle de orgullo. Entonces lloran y se lamentan pensando que me han ofendido; pero así examino su fe. Sin embargo, los sostengo con mano fuerte: así les quito la arrogancia, y no permito que conozcan lo que son en sus bienes ocultos, porque quiero hacer en ellos múltiples frutos: con sus almas dolientes y sus corazones heridos en dolores. Permito frecuentemente que las persuasiones diabólicas los invadan con flechas ardientes del aliento de la inmundicia del fuego del espíritu de fornicación, que hieren sus cuerpos en la debilidad de la naturaleza frágil; y permito esto para que de este modo sean tan fuertemente imbuidos de la inspiración del Espíritu Santo, que además se conviertan en insignes pregoneros y ardientes en virtudes. Ellos serán en la prueba como el oro en el horno, es decir, probados en la burla y en la indignación, de modo que no serán considerados nada, y que muy a menudo por los ladrones serán despojados de su sustancia, y por la disensión del pueblo en adversidades serán desgarrados como corderos por los lobos. Y como las ovejas, cuando el lobo las dispersa, no mueren; así son estos hombres,

no muriendo en la muerte del alma, sino viviendo más purificados en las adversidades. Pues el buen árbol para dar fruto es regado, podado y cavado alrededor; y de él se quitan las orugas para que no corroan su fruto. ¿Qué significa esto? Que el buen hombre no debe ser duro, esto es, malvado ante la justicia de Dios, sino suave y flexible para todo bien, cortando de sí el mal, considerándose a sí mismo en el examen de sus obras, y quitando de sí la infestación de los enemigos que lo dañan. Pero antes de que el hombre me sienta en su pensamiento o su intelecto me entienda dentro de él; soy para él la cabeza y la raíz de la fructuosidad, y la fuerza y fortaleza de la ciudad firme, que está edificada sobre la roca firme. Por tanto, todo hombre fiel me escuche diciéndole: Oh hombre, ¿es conveniente y adecuado que el hombre racional esté sin entendimiento, como el animal irracional que no hace otra cosa que lo que su deseo le dicta? Oh miserables hombres, que no quieren conocer aquella gran gloria que Dios les ha dado a su semejanza. Pero no puede ser que quieran hacer libremente y como por derecho hereditario todos los males que desean; como si esto lo poseyeran por naturaleza de su cuerpo, no queriendo considerar que tienen ese honor, que pueden realizar buenas obras. Dios en su ordenación ha dispuesto todo con justicia. ¿Y quién puede oponerse a Él? ¿Qué significa esto? En esta comparación, que alguien pueda compararse a la ordenación de Dios con un ejemplo similar, ya sea en sabiduría o en discreción en sus asuntos. ¿Y por qué es esto que no quieren quitarse a sí mismos la eficacia que les ha sido dada: que pueden hacer el bien y el mal? ¿Cómo? Pues cuando los amonesto con mi toque, aquellos que me aprehenden tan pronto como sienten mi presencia, pueden llevar a cabo la buena obra que desean con mi ayuda. Pero aquellos que me desprecian, caen en su debilidad y en el mal. Pero los hombres perversos intentan excusarse: diciendo que no pueden realizar buenas obras, y lo hacen para que el hombre exterior en ellos ejerza su voluntad en libertad. Ahora, oh mis queridísimos hijos, que sois para mí más dulces en fragancia que todas las especias, escuchadme mientras os amonesto. Mientras tenéis tiempo para hacer el bien y el mal, adorad a vuestro Dios con sincera devoción. Oh vosotros, mis dulcísimos hijos, que ascendéis como la aurora, vosotros que debéis arder en caridad como el sol en su rayo, corred y apresuraos, mis queridísimos, en el camino de la verdad que es la luz del mundo, que es Jesucristo, el Hijo de Dios, que nos redimió con su sangre al final de los tiempos, para que con alegría después de vuestro tránsito podáis llegar a Él. Y de nuevo escuché al que estaba sentado en el trono diciéndome: A los que desean las cosas celestiales, se les debe creer fielmente y no examinar obstinadamente, cómo el Hijo de Dios enviado al mundo por el Padre nació de una virgen; porque el sentido humano, gravado con el cuerpo frágil y mortal y con el pesadísimo peso de los pecados, no podrá conocer más los secretos de Dios, que el Espíritu Santo a quien quiera se los revelará.

Por lo tanto, por un místico misterio, esta columna que ves en la región meridional, en el muro de piedra del edificio mostrado, más allá de la mencionada columna de la verdadera Trinidad, significa la humanidad del Salvador, que concebido por el Espíritu Santo, nacido de la suavísima virgen, es el hijo del Altísimo, existiendo como la columna más fuerte de santidad, sosteniendo toda la edificación eclesiástica. Cuya humanidad aparece en la ardiente fe de las piedras de los pueblos fieles, operando fuertemente en la bondad del Padre celestial, manifestada después de la declaración de la Trinidad; porque con la Trinidad certificada en un solo Dios al pueblo creyente, también se creyó en la encarnación del Verbo de Dios, verdadero Dios con el Padre y el Espíritu Santo en la unidad de la divinidad en un solo y verdadero Dios que debe ser adorado.

Esta columna es grande, y aparece sombreada dentro y fuera del mismo edificio; porque la santidad de la verdadera encarnación es grande e inestimable, así está sombreada para las mentes humanas que no puede ser considerada, sino cuanto es posible contemplar por la fe, y ser conocida por los que trabajan en el culto divino con fe y obra, y ser manifestada por la

fama y la voz a los que están ociosos en lo exterior. Y a tu vista aparece tan sombría, que no puedes conocer ni su magnitud ni su altura; porque mi Hijo entre los hombres en la mortalidad de la carne, ya que iba a sufrir la muerte por el pueblo, apareció como sombreado, existiendo mortal sin ninguna mancha de pecado; así, sin embargo, que su verdadera encarnación en la mística magnitud de los secretos de Dios es incomprensible, y en la excelencia del poder divino inestimable, excede todo conocimiento del intelecto humano.

Pero que entre esta columna y la columna de la verdadera Trinidad hay un lugar interrumpido de longitud de tres codos, y vacío sin muro como se te mostró anteriormente: esto es que el Hijo de Dios encarnado, verdadero Dios con el Padre y el Espíritu Santo existiendo, aún está oculto en sus miembros que son los hombres fieles, que hasta el fin del mundo han de nacer, hechos miembros de su cabeza por las obras vivientes, como se te ha enseñado maravillosamente y de manera típica. Cuántos y cuáles han de ser en la prolongación de los tiempos venideros, esto es en el misterio de la inefable Trinidad que adorará la misma Trinidad en la unidad de la divinidad con culto fiel: su lugar (como los que aún han de nacer) está vacío, ya que está sin el muro edificado de las buenas obras. Donde, sin embargo, se ha puesto el fundamento, porque están en la presencia de Dios, y porque también la fe de su salvación que han de tener ya está firmemente establecida: de modo que el hombre no tenga esperanza y confianza en otro que en Dios, no difiriendo de su misericordia, sino confiando en Él que es el fundamento más fuerte del alma fiel.

Pero que esta columna sombría en este mismo edificio está en el lugar donde en los misterios celestiales ante Dios viste primero aquel gran y cuadrado esplendor de blancura resplandeciente, que designando el secreto del Creador supremo en el mayor misterio te fue manifestado: esto es que el Hijo de Dios encarnado, todas sus obras que corporalmente en el mundo sufrió muchas injurias, las cumplió según la secreta voluntad del Padre. ¿Qué significa también aquel esplendor, grande en la significación de los misterios de Dios, y de cuatro ángulos; porque muchos de los que nacen por las cuatro partes del mundo han de llegar al conocimiento de Cristo, y de blancura eximia; porque la divinidad lucidísima no puede ser oscurecida por ninguna oscuridad, donde el mismo secreto de la majestad suprema y gloriosa en la gran profundidad y misterio de la ciencia del Creador de todo lo que creó se abre típicamente allí; de modo que al mismo Creador nadie le asistió en esto, ni nadie resistiéndole se opuso a Él, creando solo en la voluntad de su bondad por su palabra. Por lo cual en él otro esplendor como la aurora en sí mismo teniendo en lo alto la claridad aérea de luz púrpura resplandece, por el cual en la mística visión te fue demostrado el misterio del Hijo de Dios encarnado; porque en el secreto del Dios supremo, se declara el resplandor de la aurora de la virgen María, que en su vientre llevó al Hijo del Padre celestial y altísimo, quien derramó su sangre púrpura resplandeciente con la clarísima luz de la salvación, según te fue mostrado en esta visión secreta la encarnación del mismo Hijo en mística sombra.

Pero que en la mencionada columna desde el fondo hasta su cima hay un ascenso en forma de escalera: esto es que en el Hijo de Dios encarnado todas las virtudes operaban plenamente, quien dejó en sí las huellas de la salvación, de modo que tanto el pequeño como el grande de los fieles encuentren en él un grado que les corresponda; en el cual pongan el pie en el ascenso de las virtudes, para que lleguen a los mejores lugares donde se deben realizar las virtudes. ¿Cómo? En los mejores lugares de los corazones buenos se reúnen las virtudes para su obra santísima: para que perfeccionen al Hijo de Dios en sus miembros, que es en los hombres elegidos. Por lo cual también en él está el ejemplo de perfección para todos los fieles que están ocupados en la ley de Dios; para que se reciban de lo bueno a lo mejor, conociendo la manifestación de la verdadera encarnación, donde el Hijo de Dios fue

verdaderamente demostrado en la carne, en el cual se encuentra el ascenso más fiel a las cosas celestiales. Por lo cual también todas las virtudes de Dios descendiendo y ascendiendo cargadas de piedras para su obra ves que van aquí; porque en el Unigénito de Dios las virtudes más luminosas descienden como por su humanidad, y ascienden como por su divinidad. También descienden por él a los corazones de los hombres fieles; que dejando su voluntad con buen corazón, se hacen flexibles a las obras rectas según el obrero se inclina para levantar la piedra que ha de llevar al edificio. En él también ascienden, cuando las obras celestiales en los hombres son ofrecidas a Dios con gratitud, para que el cuerpo de Cristo en sus miembros fieles se perfeccione lo más rápidamente posible. Por lo cual también como has oído son llamados fuertes obreros de Dios, porque siempre se ocupan vigorosamente en las buenas obras de los hombres fieles.

Sin embargo, entre estas virtudes ves principalmente siete, cuyas formas y hábitos consideras según te es permitido: esto es porque entre las obras diligentes estas siete virtudes son las más excelentes, designando los siete dones ardientes del Espíritu Santo, ya que bajo la sombra del Espíritu Santo la Virgen clarísima concibió al Hijo de Dios sin pecado, en la santificación de las santas virtudes, que se manifestaron abiertamente en el mismo Unigénito de Dios; iluminando los corazones de los fieles en su forma, y expandiéndose en la unidad de la fe en su hábito, como testifica mi siervo Isaías, diciendo: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un vástago de sus raíces florecerá, y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu del temor del Señor (Isaías XI). Esto es así: La Virgen María salió de las angustias de las opresiones mundanas hacia la dulzura de la honestidad de costumbres, como alguien que sale de una casa en la que estaba encerrado, quien no se eleva por encima de la misma casa, sino que camina rectamente por el camino delante de él, y como un riachuelo de vino que se exprime del lagar sin elevarse por encima del lagar, sino fluyendo moderadamente hacia su lugar. ¿Y por qué una vara? Porque no es espinosa en costumbres, ni nudosa en deseos terrenales, sino llana, es decir, no unida a la concupiscencia carnal, nacida del tronco de Jesé, es decir, de aquel que era como el fundamento de la descendencia real, de la cual nació esa madre inmaculada. De donde también de la raíz de esa misma vara ascendió un suavísimo olor, que fue la pureza íntegra de esa misma virgen, queriendo llegar a la más alta cumbre, siendo regada por el Espíritu Santo, de modo que de ella nació la flor sagrada. ¿Cómo? Como una flor nace en un campo sin semilla sembrada; así surgió en ella el pan celestial sin raíz de mezcla viril, y sin ninguna carga humana, sino solo nacido en la suavidad de la divinidad, no tocado por ninguna indignación de pecado, viniendo, sin que la serpiente tortuosa lo supiera, ni lo tocara de cerca. De donde también esa flor lo engañó secretamente; de modo que ascendió y elevó al género humano concebido en pecado a las alturas, que esa serpiente había engañado fraudulentamente antes, y lo había arrastrado consigo a la perdición. Y puesto que esta flor era el Hijo de Dios, reposó sobre él el Espíritu del Señor, es decir, el espíritu de la eterna divinidad. ¿Cómo? Cuando la humildad fue exaltada en la ascensión de esa flor; donde en la burla fue postrada la soberbia, que la primera mujer atendió, cuando quiso saber más de lo que debía, sometiéndose la segunda mujer al servicio de Dios, al reconocerse pequeña, confesando a su Dios en humildad; el Espíritu Santo reposó ardientemente en él: en quien se ocultó la caridad elegida, que salvó al pueblo perdido limpiando los crímenes y delitos de los hombres. Pues la plenitud del tiempo estaba en él; porque la luz viviente resplandeció en él, en quien el fruto nocivo con sus maldades subsiguientes se secó, surgiendo en él la medicina de los muertos, que elevó aquel estandarte que superó y aplastó la muerte. Pues la santidad en él no careció de ninguna posibilidad, siendo concebido sin ninguna mezcla de pecado, como a menudo se ofende en los nacidos de los hombres que nacen en la variedad de múltiples

crímenes. Pero también cuando esa flor dio operando y enseñando toda inspiración de justicia; ya produjo fruto en la plenitud del Espíritu Santo, porque el mismo Hijo de Dios revestido de carne, demostró abiertamente en su obra, lo que antes el Espíritu Santo movió mística y casi ocultamente con su inspiración. El Espíritu Santo se designa para reposar séptuplemente sobre esa flor; porque cuando Dios creó todo por su Verbo en el Espíritu Santo, el séptimo día reposó de toda su obra. Pero también esos dones se duplican en su señalación; porque el cuerpo y el alma unidos deben operar juntos en doble amor por la unción del Espíritu Santo, con el temor del Señor solo puesto; porque él, como venerando la caridad en temblor, designa que uno sea adorado sobre todo. De donde también el Espíritu del Señor domina las fortísimas virtudes que resplandecen de él, como las ramas proceden de la raíz, porque hay un solo Dios de quien vienen todos los bienes, y por quien todos los bienes están sabiamente dispuestos. Y porque el Espíritu del Señor reposó sobre esa flor; también el espíritu de sabiduría permaneció sobre él, porque apareció gran sabiduría, cuando Dios creó todo por su Verbo, la sabiduría se difundió en él: porque el mismo Verbo era sabiduría. Pero el mismo Verbo aún no encarnado era invisible: pero encarnado apareció visible, porque el Verbo que era antes de toda criatura estaba en el corazón del Padre por quien todo fue hecho, y sin el cual nada fue hecho: ese mismo floreció como una flor bajo el tiempo, es decir, brillando en humanidad, trayendo buen entendimiento a los hombres con sus testimonios. ¿Qué es esto? El entendimiento de la sabiduría se une adecuadamente; porque cuando el hombre fue creado por Dios en sabiduría, debía entender dignamente a su Creador. Por lo tanto, antes del parto virginal, Dios debía ser entendido sin ninguna duda. Pero después del parto, trayendo la flor predicha en la carne, esa misma flor debía ser entendida como Dios y hombre, pero no sin admiración. Y ese entendimiento antes invisible, fue visto visible en la flor: cuando esa flor produjo esta causa inteligible, que el hombre, a saber, entiende sabiamente a Dios en sus hechos. ¿Cómo? La sabiduría es el origen de las buenas obras, cuando el hombre venera sabiamente a su Dios. A quien se adhiere el entendimiento, porque cuando el hombre obra bien por la sabiduría, ya se dilata a otros, de modo que entienden con alegría el buen olor y el dulce sabor que emana de él. En esta flor virginal también el entendimiento sigue al consejo; porque el hombre teniendo entendimiento, debía ser liberado por el consejo divino. De ahí que el espíritu de consejo y fortaleza reposó sobre él; porque este consejo estuvo en el Padre sin tiempo, para que su Verbo se encarnara, perfeccionando bajo el tiempo todas sus obras según la voluntad del Padre, y ofendiendo la obediencia por sí mismo, de modo que brillara de él hacia los hombres, para que aprendieran a imitarlo así en sus hechos. Lo cual, cuando apareció así en la fortísima virtud, todo surgió de la divinidad: la fortaleza se ocultó en él, para que derrotara al diablo tanto más fuertemente cuanto más secretamente se le había ocultado por consejo. ¿Cómo?

Al consejo se adhiere adecuadamente la fortaleza; porque el consejo de Dios destruyó el reino del diablo por la fortaleza de su Hijo. De donde el mismo Hijo de Dios, el león fortísimo, rompió la muerte de la infidelidad por la luz esplendísimas que es la fe, porque es gran fortaleza que el hombre crea por consejo lo que no puede ver con la vista corporal. ¿Qué es esto? El consejo por la fortaleza unida a él perfora la dureza de los corazones de piedra, que están endurecidos en la costumbre de malas costumbres, atravesando tal dureza inepta que se rechaza la obra carnal, y se perfecciona aptísimamente la obra de Dios. Por lo tanto, en la flor predicha la fortaleza acompaña a la ciencia, porque los hombres por la fortaleza de Dios llegan a su ciencia de modo que lo conozcan. De aquí que también el espíritu de ciencia y piedad tuvo reposo en él por la dulzura suprema, porque él compadeció sabiamente las miserias de los hombres; siendo también la esperanza por la cual se entra a la salvación, cuando borró sabiamente el crimen del mundo por su muerte en gran piedad. ¿Qué es esto? La piedad de la ciencia se une correctamente, porque el Hijo de Dios cumplió sabiamente en

gran piedad la voluntad de su Padre. Pues el mismo Hijo, nacido solo de la virgen, transfundió entre los pueblos el germen de la virtud celestial; para que sigan la compañía de los ángeles que es la castidad de la pureza, porque esta virtud surgió en la piedad suprema: así que en la vara que sale de Jesé, germinaran las virtudes de esta flor, que la primera mujer había ahuyentado cuando consintió escuchando el consejo de la serpiente, de modo que en ella cayó todo el género humano, careciendo del gozo de la claridad suprema, sino que la floridez de esa vara lo elevó sabiamente por la piedad en la santidad de la salvación. ¿Cómo? A la fortaleza que vence al diablo, el Espíritu Santo inspira la ciencia que se adhiere a ella; cuando Dios es reconocido devotamente por los hombres fieles en ardientes deseos, y es abrazado con el íntimo toque del alma fiel deseando ardientemente. Pero también en la flor virginal la piedad sigue al temor del Señor; porque cuando la piedad está en los hombres fieles, adquieren el temor del Señor, para cumplir sus preceptos. De donde el temor del Señor llenó esa misma flor; porque él tuvo tal plenitud de virtudes en sí mismo, que en él no se encontró lugar vacío, donde la soberbia mortal, o la delectación del honor, o la transgresión de la ley pudieran encontrar asiento; sino que estaba todo lleno del temor del Señor: no buscando gloria ajena como el primer ángel y Adán buscaron, sino honrando a su Padre en toda su obra, ofreciéndole obediencia digna. Por eso el temor del Señor es el principio de toda justicia; porque él es el fin y el principio de las demás virtudes, como el séptimo día de descanso, muestra la completación y el origen de las criaturas. ¿Cómo? El temor sacude y mueve el temblor, que es la raíz de germinar para que procedan las virtudes fructíferas. De donde también esta flor está llena del temor del Señor; porque todos los gérmenes de buenas obras se adhieren a él, porque él es su materia; germinando la misma flor la verdor de cualquier virtud, llenando su fruto más que los demás para que perfeccione todos los bienes, como también la Escritura dice de él: Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos. Bajo su sombra, a quien deseaba, me senté, y su fruto es dulce a mi paladar (Cantar de los Cantares II). Esto es así: El Hijo de la virgen, dulcísimo amante del amor casto, a quien el alma fiel aprehende deseando coronar su integridad con su dulcísimo abrazo, dejando al hombre carnal, y uniéndose a Cristo, amándolo con el pacto más seguro y mirándolo en el espejo de la fe, es el fruto hermosísimo del árbol fructífero, es decir, el Hijo de la virgen saliendo del candor virginal, como una manzana de la floridez fructífera, ofreciendo alimento de restauración a los hambrientos, y jugo de dulzura a los sedientos, y de este modo superando a los árboles silvestres, es decir, a los hijos de los hombres que son concebidos en pecados, y en ellos se convierten, sin traer tal fruto como él trajo, porque salió de Dios trayendo el fruto pleno de la suavidad de la vida, a otros que no tienen ni verdor ni fruto de sí mismos sino de él. ¿Cómo? Él por su encarnación dio salvación al mundo, apareciendo el amado Hijo de Dios entre los hijos de los hombres que reverdecían por su fervor y traían fruto, pero no con tanta plenitud fecunda como él estaba lleno, porque todo santo salió de Dios nacido de la virgen. ¿Y por qué amado? Porque él aplasta aquello que se opone al alma fiel que se apresura hacia las cosas celestiales. De donde también el alma santa con juicio equitativo lo llama amado: porque por la fe del amor dejándose a sí misma, y en gran lucha de las voluptuosidades carnales anhelando benevolentemente hacia él, y en el ardor del deseo lacrimoso reprochándose a sí misma, se adhiere a él, como una mujer a su marido, a quien se ha asociado con alegría de su voluntad. Y por eso cuando en el inicio de la castidad conservada comienza a suspirar por él, se dice a sí misma: Quiero postrar la voluptuosidad carnal y unirme a él bajo cuya sombra de amor, con la que me ha cubierto en el ardor de su ardiente deseo del fuego contrario, me siento. ¿Cómo? Teniendo un estudio embriagado en su amor, sujeto en el amor ígneo de la carne en el consentimiento de mi alma lo oprimo. Y por esto su dulcísimo fruto que gustaba en mi alma suspirando hacia Dios, es más dulce para mí en ella sobre toda dulzura de la carne, que sentía en sus concupiscencias. ¿Y por qué dulce? Porque él nacido de la virgen tiene el dulcísimo sabor, y el ungüento

fortísimo destilando como bálsamo: que es la resurrección a la vida en la que los muertos fueron levantados, y conteniendo la máxima medicina que limpió las heridas de los pecados por su encarnación, que es plenísima de santidad y dulzura en todo género de virtudes con virginidad. De donde, oh virginidad, que consistes en la encendida incandescencia, el germen robustísimo que emana de la estrella del mar, siempre combatiendo contra las saetísimas flechas del diablo, pisotea toda suciedad de la torpeza, regocíjate en la armonía celestial, en la esperanza de la compañía de los ángeles. ¿Cómo? El Espíritu Santo sinfoniza en el tabernáculo de la virginidad; porque ella siempre rumia el Verbo de Dios, cómo puede abrazar a Cristo con toda devoción ardiendo en su amor, teniendo esto en el olvido que en la concupiscencia de la carne en el ardor del incendio es frágil en el hombre, adhiriéndose a un solo hombre a quien nunca tocó el pecado, a quien también sin ninguna concupiscencia de la carne está unida, siempre floreciendo con él en el gozo de las bodas reales.

Ahora bien, que ves semejanza en las virtudes predichas, de modo que todas como las otras virtudes que te fueron mostradas arriba están vestidas como de seda: esto es porque en su orden preparan una piadosa unanimidad esas luminarias en las mentes de los hombres, también como las demás virtudes en Dios tienen la suavidad de las vestiduras, es decir, la suavidad de la devoción en la consideración de las almas santas, careciendo de espinas en la dureza de los vicios. Pero que algunas caminan con cabellos blancos y la cabeza descubierta y sin el manto de las capas: esto es porque ellas en la unión del candor de la inocencia, no tienen la ligadura de la unión de las malas costumbres en los miembros de los hombres fieles, y que tampoco están rodeadas de estudios seculares, huyendo completamente de la vicisitud de los vicios. Pero la primera está con la cabeza velada al modo femenino, y así como vestida con una casulla transparente como cristal, porque lleva humildemente el vínculo de la sujeción a Dios, derribando toda exaltación diabólica con solicitud suprema, y adhiriéndose a la cabeza piadosa, es decir, a Cristo, incitando también al sacerdote humildísimo y purísimo sin ninguna mancha de pecado en la purísima claridad del corazón, porque los sacerdotes constreñidos y humildes y puros deben ser sumos sacerdotes. Pero la segunda tiene cabellos negros, mostrando claramente que en su cabeza Cristo borra la negrura de los pecados en los hombres. La tercera, sin embargo, parece diferente a la forma humana; porque tiene este ministerio, que sacude al hombre de tal manera que se aterrorice y tiemble del juicio de Dios. De donde también carece de la apariencia del hombre, porque el hombre a menudo pospone a Dios, olvidando su temor, lo que ella se niega completamente a hacer. La primera también y la cuarta y la quinta están vestidas con túnicas blancas; porque están rodeadas con la vestidura de la inocencia que Adán perdió transgrediendo el piadoso mandato, pero luego recuperada en el lirio blanquísimo de la floridísima virginidad con la obra vestida de la simple sujeción en Dios para la salvación, que ante Dios brilla como la estrella clarísima enciende a los ojos humanos. Todas también tienen calzado blanco, excepto la tercera que no aparece según la forma del hombre; porque ellas son la obra hermosísima en los hombres que reducen a nada los deseos de la carne en sí mismos, según el ejemplo de su Salvador, que es el esplendor esplendidísimo; una de ellas no simulando al hombre, porque no tiene respeto a ninguna audacia, siempre solícita y no negligente como el hombre que a menudo se olvida de sí mismo por contumacia, ella siendo dispensadora de la justa admonición para que cada fiel contemple cautelosamente el juicio de Dios, y excepto la cuarta que está calzada con calzado cristalino maravillosamente brillante; porque ella constriñéndose en su voluntad, sigue el camino lucidísimo de Cristo, sofocando también la muerte en sí misma por el ardor ígneo del Espíritu Santo. Pero que en esas mismas virtudes hay disimilitud: esto es porque aunque tienen la unanimidad de un solo estudio, sin embargo, obran diversas obras en los hombres.

Por lo cual también la primera imagen representa la humildad: que primeramente manifestó al Hijo de Dios, cuando Dios que tiene el cielo y la tierra en su poder no despreció enviar a su Hijo a la tierra. De donde también lleva una corona de oro puesta en su cabeza, teniendo tres ramas que se elevan más alto; porque ella, sobresaliendo a las demás virtudes y precediéndolas suavemente, está coronada con una corona de oro, es decir, con la preciosísima y resplandeciente encarnación del Salvador, quien la decoró como en la cabeza, es decir, en este misterio cuando se encarnó. Que es triangular; porque la Trinidad está en la unidad y la unidad en la Trinidad, el Hijo a saber, con el Padre y el Espíritu Santo, uno y verdadero. Dios todo excelso en la altura de la divinidad. Y resplandece con preciosísimas piedras de color verde y rojo y con bayas blancas en gran ornato; porque la misma humanidad del Salvador mostró en sí la altísima y profundísima bondad de su obra, que el mismo Hijo de Dios obró en esa verdor cuando las virtudes reverdecían en su doctrina, y en el rojo de su sangre: cuando sufrió la muerte en la cruz, salvando al hombre, y en la clarísima blancura de su resurrección y ascensión, con las cuales todas la Iglesia fue iluminada y adornada, como se ilustra y decora una cosa a la que se le imponen piedras preciosas. Pero que en su pecho tiene un espejo lucidísimo, en el que aparece con maravillosa claridad la imagen del Hijo de Dios encarnado: esto es porque en la humildad que está en el corazón del templo sagrado, en la beatísima y esplendísimas ciencia piadosa y humildemente y espléndidamente firmemente resplandeció el mismo Unigénito de Dios, en todas sus obras que realizó corporalmente, en las cuales se manifestó principalmente al mundo. De donde también ella en la parte más ilustre de los corazones de los fieles elegidos consigna, poniendo en ellos su tribunal, es decir, gobernando y dirigiendo todos sus actos; porque es el fundamento solidísimo de todos los bienes en los hombres, como también en su admonición materna supradicha lo muestra.

Sed la segunda designa la caridad; porque después de aquella humildad con la que el Hijo de Dios se dignó encarnarse, se mostró también la verdadera y ardentísima lámpara de la caridad, cuando Dios amó tanto al hombre que por amor a él envió a su Unigénito para encarnarse. La cual se ve toda como un jacinto de color aéreo en lo alto, tanto en su forma como en su túnica; porque el Hijo de Dios encarnado iluminó a los fieles y a los hombres celestiales a través de su humanidad, como esa cosa se ilumina por el jacinto sobre el que se coloca, encendiéndolos también en caridad; para que fielmente socorran a cada hombre necesitado: así como esta virtud se viste con la túnica de la dulzura de Dios, teniendo esta función para que con devoción, acto y uso, brille en la luz recta para todos los hombres. Por lo cual también a esa túnica se le han tejido de manera inestimable dos cinturones, adornados maravillosamente con oro y gemas; que son en la dulzura de Dios los dos mandamientos gemelos de la caridad, compuestos con buena y principal voluntad como de oro y con obras justas como clarísimas gemas, por el don maravilloso del supremo dador. De modo que sobre cada hombro de la misma imagen un cinturón descende hasta los pies, tanto por delante como por detrás; porque lleva los mismos mandamientos con mucha solicitud, uno en Dios como en el hombro derecho, y el otro en el prójimo como en el hombro izquierdo, como está escrito: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XXII). Esto es así: Debes amar al Señor tu Dios, que es tu Señor, es decir, con el honor con el que domina sobre toda criatura, y tu Dios porque Él no tiene principio, sino que es el creador de todo, de modo que por amor a Él en tu corazón primero superes y sometes la carne de tu cuerpo, lo cual es muy difícil para ti, porque una vez vencida la carne, después reinará tu espíritu en ti, y entonces entenderás a Dios en tu alma de tal manera que guardarás sus mandamientos con conocimiento, y los cumplirás sin obra perezosa. Y luego, de esta manera, todas las fuerzas de tu cuerpo y alma se someten a Dios; porque esta primera victoria se ha hecho en tu cuerpo,

de modo que entonces en todas estas causas propuestas comprendas a Dios, el más fuerte, en tu mente: lo cual es para ti como un firme baluarte contra las insidias de tus enemigos, de modo que ningún enemigo pueda superar su fortaleza en las cosas mencionadas, porque tu mente debe contener todo esto, confirmando y consolidando en sí misma todo lo que haces. Por lo tanto, harás esto con todo tu corazón, toda tu alma, todas tus fuerzas y toda tu mente: de modo que no te falte nada en la fe, para que no consientas en ninguna cosa que se oponga a Dios, dividiéndote en cosas ajenas; sino que te recojas en la dulzura de su amor, amándote también a ti mismo. ¿Cómo? Si amas a Dios, amas tu salvación. Y así como entonces en todas estas cosas te amas a ti mismo, así amarás también a tu prójimo, porque cualquier hombre fiel es tu prójimo, existiendo en el nombre cristiano y en la fe: de modo que te regocijes en su recta prosperidad y en su salvación celestial para que se conserve fielmente en la fe, así como también te alegras por tu salvación. Por lo tanto, esta obra gemela de caridad debe estar en el hombre, descendiendo hasta sus pies, es decir, hasta el fin de la consumación; ante él, apareciendo en la ley de Dios; y detrás, en la ayuda al hombre, para que el hombre siga la caridad de tal manera que, rechazando la muerte, llegue a la perfección de la vida, como también la misma caridad declara en sus palabras superiores.

La tercera imagen significa el temor del Señor, que después de esta caridad que Dios manifestó a los hombres, cuando quiso que su Hijo sufriera la muerte por ellos, surgió en las mentes de los fieles, de modo que entendieran más plenamente los mandamientos celestiales y los cumplieran más perfectamente que antes. La cual ahora ves en el mismo esquema que la viste en la visión anterior; porque el Dios inmutable debe ser tenido en el mismo y no diferente honor y reverencia en toda criatura y obra suya, como también se te ha declarado anteriormente. Es también de mayor y más larga estatura que las otras virtudes, y diferente de la forma humana; porque ella, más que las demás, infunde angustia y temblor en los hombres, de modo que al considerar siempre con ojos perspicaces la grandeza de la suma majestad y la altura de su divinidad, tiemblan; porque Dios debe ser temido con mucha veneración por todos los hombres, ya que por Él y no por otro fueron creados. Por lo cual también la misma virtud no tiene la apariencia de un hombre, porque rechaza aquella contradicción con la que se resiste a Dios en las malas acciones (como se ha dicho antes), fijando solo en el temor su conocimiento en Dios, y avanzando por los caminos más rectos de su voluntad. Por eso tiene muchos ojos por todas partes, viviendo toda en sabiduría; porque a través de los ojos del buen entendimiento, se mira a sí misma en todas partes, contemplando a Dios en todas sus maravillas, de modo que en sus buenas obras tiene un camino recto, y en las malas huye de la confusión del diablo por el conocimiento de Dios; brillando toda de esta manera en sabiduría, porque desprecia todo lo que es mortal y nocivo para el espíritu, huyendo de la muerte y dejando la iniquidad, y construyendo sabiamente una casa para sí misma en la vida. También está vestida como con un manto sombrío, a través del cual esos ojos miran; porque está rodeada de una constricción muy fuerte, rompiendo los deseos de la carne en los hombres, y mirando a través de la misma abstinencia en la luz de la vida, en la que el hombre brilla maravillosamente en la bienaventuranza. Y tiembla con mucho temor ante mí; porque pone angustia y temblor en los corazones de los hombres encendidos, de modo que siempre tengan en pavor el torbellino y la fragilidad de su carne, para que no caigan en pecados, y para que no pongan su confianza en sí mismos o en otros hombres, sino en aquel que reina por los siglos, como también ella misma mostró en su queja, como se ha visto antes.

La cuarta declara la obediencia; porque después de ese temor, que se me exhibe en reverencia, también se obedece adecuadamente a mis mandamientos. Por lo cual lleva un vínculo níveo alrededor del cuello; porque hace las mentes de los hombres blanquísimas, que por la sumisión de una fiel sujeción abandonan en todas partes la fortaleza del cuello de su

voluntad y se adhieren al Cordero inocente, es decir, a mi Hijo. Y tiene las manos y los pies atados con un lazo blanco; porque está atada a la obra de Cristo y a la vida de la verdad en la blancura de la verdadera fe, no haciendo ni yendo según sí misma, sino según la voz del Dios que preside, como también se demuestra en sus palabras anteriores.

La quinta designa la fe; porque después de la obediencia con la que el pueblo obedece a mis mandamientos en el oído, también se hace creyente en la fe, cumpliéndola fielmente en la obra, lo que percibió diligentemente en la admonición. Y esta lleva alrededor del cuello un collar rojo; porque perseverando fielmente en su fortaleza por todas partes, se adorna con el martirio de la sangre, no poniendo su confianza en vanidades engañosas, sino en Dios, según lo que ella misma declara de sí misma, como se ha mostrado antes.

La sexta prefigura la esperanza; que después del fin de creer en Dios surge hacia la vida en la tierra no habitada, sino en los cielos hasta el tiempo de la recompensa perpetua oculta, a la que la misma esperanza anhela con todo deseo como el mercenario a su salario, y como el niño a la herencia que le corresponde. Por lo cual también está vestida con una túnica de color pálido; porque la confianza en su obra está rodeada como de palidez, ya que aún no ha sido recompensada en el presente, pero lo que siempre suspira con gemidos, lo espera en el futuro con mucha fatiga. Pero que la cruz de la pasión de mi Hijo crucificado aparece ante ella en el aire, hacia la cual levanta los ojos y las manos con mucha devoción: esto es que al martirio de mi Unigénito, con deseo celestial como en el aire, prepara mucha confianza en las mentes de los fieles; de modo que a él dirijan la visión interior de la fe y las clarísimas obras de su labor con humilde y sincera intención, como también esta virtud mostró anteriormente en su oración.

Pero la séptima presenta la castidad; porque después de que los hombres hayan puesto plenamente su esperanza en Dios, crece en ellos la obra perfecta. De modo que comienzan a restringirse de los deseos carnales en castidad, que en la flor de la carne siente la abstinencia más aguda; como una joven siente el ardor de la concupiscencia, pero no quiere mirar a un hombre. Así la castidad rechaza toda impureza en los más bellos deseos: anhelando a su dulcísimo amante, que es el más suave y amoroso aroma de todos los bienes, en las delicias de todas las virtudes, para ser contemplado en temor y belleza del alma por sus amantes. Por lo cual también está vestida con una túnica más luminosa y pura que el cristal, que resplandece en blancura como el agua brilla cuando es bañada por el sol; porque en la más simple intención y purísima sin ningún polvo de la ardiente lujuria de las concupiscencias, maravillosamente fortalecida por el Espíritu Santo, está rodeada de la vestidura de la inocencia que brilla en la clarísima blancura de la fuente de agua viva, que es el sol más resplandeciente de la eterna claridad. Pero que sobre su cabeza una paloma está con las alas extendidas como para volar, vuelta hacia su rostro: esto es que la castidad en su inicio o en su cabeza está fortalecida por la expansión y sombra de las alas de la paloma, es decir, por la protección del Espíritu Santo, haciendo que vuele sobre la vicisitud de las insidias diabólicas, cuando por el amor ardiente de la santa inspiración se dirige hacia donde la castidad manifiesta el rostro de su dulzura. Por lo cual también aparece como en su vientre, como en un espejo, un niño blanquísimo, en cuya frente está inscrita la inocencia; porque en las entrañas de esta purísima y clarísima virtud, está la inviolable y bellísima certísima integridad, teniendo una forma rudimentaria por la integridad de la simple infancia, así como la frente, es decir, su conocimiento no muestra arrogancia y altiva soberbia, sino simple inocencia. Y que en su mano derecha tiene un cetro real, poniendo la izquierda sobre su pecho: esto es que en la derecha de la salvación por el Hijo de Dios, rey de todos, la vida se ha manifestado en la castidad, confundiendo y reduciendo a nada la izquierda de la lujuria por

el mismo defensor, en los corazones de los que lo aman. ¿Cómo? Porque no quiere dejar ninguna libertad a la lujuria; sino que como un ave rapaz que atrapa un cadáver putrefacto lo constriñe y lo reduce a nada, así rechaza y destruye completamente la lujuria que apesta ante Dios, de modo que no pueda ni siquiera respirar bajo ella, según lo que también esta virtud manifiesta en sus palabras anteriores.

Pero que en la cima de la mencionada columna sombreada ves una alta y bellísima imagen; esto es que en la suma y excelentísima piedad del Omnipotente, en la misma encarnación del Salvador, se ha manifestado la virtud más resplandeciente, es decir, la gracia de Dios, que es la plenitud más fuerte en Dios: advirtiéndolo a los hombres que hagan penitencia, para que por ella se liberen de las iniquidades perpetradas por ellos mismos. La cual está de pie con la cabeza descubierta; porque a todos los que la buscan se les revela su dignidad y claridad; teniendo cabellos rizados y subnegros, porque el Unigénito de Dios bajo el pueblo judío tortuoso e intrincado en la negrura de su infidelidad, se revistió de humanidad sin mancha de pecado en carne virginal. Y tiene un rostro viril de tanta ardiente claridad, que no puedes considerarlo claramente como el rostro de un hombre; porque en la gracia de Dios en la potente virtud del Omnipotente, el Señor de la vida apareció en la vida, tan ardiente en la clarísima divinidad que excede toda visión tanto inferior como exterior del hombre, mientras aún está gravado por la pesadez corporal, y no apareciendo tan abiertamente en sus secretos como para que aparezca desnuda al juicio de los hombres, sino oculta; porque los juicios de la gracia divina son ocultos. Pero que está vestida con una túnica de color púrpura y subnegro; esto es que la obra de la gracia de Dios ardiente en caridad se inclina hacia la negrura de los pecados, como hacia el vestido de los hombres. ¿Cómo? De modo que los advierte para la salvación, elevándolos del lodo del pecado al espectáculo de la luz por la penitencia, porque así como el día ahuyenta las tinieblas, así ella quita los crímenes reconstruyendo en penitencia a los pecadores para la vida. A la cual también sobre cada hombro de la misma imagen un cinturón de color rojo azafrán, extendiéndose por delante y por detrás hasta los pies, está tejido; porque la gracia de Dios inclinándose hacia los hombres fieles, en su fortaleza y piedad los eleva hacia lo celestial, ¿cómo? Esto es: tocando con estos dos caminos de los cinturones la ansiedad de la carne frágil sudando en la lucha sangrienta, y la virtud del vigor del alma en el cuerpo tibio y atrayéndolos en el resplandor rojo y azafrán de la humanidad y divinidad del Hijo de Dios, es decir, del sol serenísimo hacia el amor de lo celestial, de modo que el hombre fiel se resista a sí mismo en la concupiscencia del pecado en la integridad de la gracia; es decir, ante sí hacia las virtudes y detrás de sí hacia la mortificación de los vicios, para que consuma sus obras virilmente con buen y verdadero fin, vestido en ellas con una textura deseable y deleitable. Pero que alrededor del cuello lleva un palio episcopal adornado maravillosamente con oro y preciosísimas gemas: esto es que Cristo, el Hijo de Dios, siendo el sumo sacerdote del Padre, tiene en todas partes en la fortísima virtud el oficio sacerdotal, que debe ser adornado con el oro de la sabiduría y las gemas de las virtudes por sus imitadores en los miembros de sus mismos fieles por la gracia de Dios. Por lo cual también un resplandor blanquísimo la rodea por todas partes, de modo que no puedes verla sino por delante desde la cabeza, es decir, y hacia abajo hasta sus pies; porque está rodeada por el resplandor serenísimo de la misericordia del Omnipotente, la gracia de ella, que en el misterio de la divinidad en tiempos pasados, antes de la humanidad del Salvador, permaneció invisible y menos grata, solo desde la encarnación de ese mismo Salvador hasta el último de sus miembros que estará cerca del fin del mundo, tanto como es posible al intelecto humano, se manifiesta más abiertamente en sus obras. Pero sus brazos y manos y pies te aparecen sombreados para ver; porque la fortaleza y la obra y el fin del camino de la gracia de Dios en los hombres, no aparecen plenamente para ser conocidos por nadie gravado por el cuerpo. Pero que el resplandor que la rodea está lleno de ojos por todas

partes, y todo viviente: esto es que la misericordia divina unida a la gracia de Dios muestra muchas misericordias de los ojos de sus muchas misericordias, mirando a los dolores de los hombres que desean seguir a Dios, y todo viviente es, en la consolación y en la salvación de sus almas, de ningún modo preparando en ellos perdición sino vida. Y se difunde aquí y allá como una nube suele difluir; porque precede a los justos para que se provean a sí mismos para no caer, siguiendo a los pecadores para que se arrepientan y se levanten, manifestándose a todos los que la buscan con don celestial, de modo que ahora se hace más amplia, ahora más estrecha; porque en los corazones afligidos y llorosos de los fieles, a veces abunda en mucho fruto, a veces también en las mentes flagitiosas y duras de los pecadores se contrae, debido a la aridez de ellos. Por lo cual también ella precede y sigue, toca y advierte a los hombres, como se ha dicho antes; para que los que desean ser hijos de Dios, reciban sus palabras con alegría y al recibirlas las cumplan, despreciando lo caduco y abrazando lo que permanece, como también la misma virtud en su exhortación superior habla a los hijos de Dios. Pero quien tiene oídos agudos de entendimiento interior: que anhele hacia estas palabras en el amor ardiente de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN NOVENA.

RESUMEN.---Palabras de sabiduría. Palabras de justicia. Palabras de fortaleza. Palabras de santidad que era tricéfala. Palabras de la cabeza derecha. Palabras de la cabeza izquierda. Que al Hijo de Dios encarnado, la vocación del nuevo pueblo con la fortificación de las virtudes; una nueva construcción surgió. Que la Iglesia iluminada por la luz de la humanidad del Hijo de Dios, se demuestra a la ciencia interior y exterior de los hombres. Que la Iglesia transmite todo su ornamento a su esposo. Que la sabiduría divina en la obra eclesiástica, el corazón del hombre no puede escrutar. Que sobre la Iglesia en la ciencia de Dios, la proclamación aún está oculta y con solícita industria, los doctores no cesan de apresurarse diariamente hacia la perfección. Que la Iglesia está inexpugnablemente rodeada por los siete dones del Espíritu Santo. Qué los doctores eclesiásticos floreciendo en la doctrina apostólica, confortan a la Iglesia con su operación unánime. Que los doctores de la Iglesia condujeron a los errantes al camino de la verdad con fe y obra. Que los apóstoles y sus seguidores, es decir, los hombres apostólicos, teniendo un mismo tenor deben presidir a la esposa de Dios con gran solicitud de piedad. Palabras de Salomón sobre el mismo asunto. Parábola sobre el mismo asunto. Que los que viven carnalmente atiendan por la ciencia al poder de Dios. Sobre la diversidad multiforme de los que entran en la iglesia y de los que salen. Sobre los simoníacos y sobre los ocultos juicios divinos sobre ellos. Palabras del apóstol Pedro sobre el mismo asunto. Que la dignidad del gobierno es buena para la utilidad de los tiempos dispuesta por Dios para que por ella aprendan a temer a Dios, a quien quien resiste, resiste a Dios. Sobre los simoníacos que se arrepienten o que no se arrepienten. Que Dios dio a la nueva esposa los dones del Espíritu Santo para la defensa y el adorno. Sobre la sabiduría y su estado y hábito y lo que significa. Sobre el estado de la justicia, la fortaleza, la santidad. Sobre la justicia. Sobre la fortaleza. Sobre la santidad.

Después de esto, vi más allá de la mencionada columna de la humanidad del Salvador, una torre de esplendor luminosísimo colocada sobre el muro de piedra de la parte meridional del edificio previamente visto, de tal manera que podía ser vista tanto dentro como fuera del edificio. Su anchura en toda la parte interior de su circunferencia era de cinco codos, pero su altura era tal que no podía discernirla. Entre esa torre y la columna de la humanidad del Salvador, solo estaba puesto el fundamento, sin que aún se hubiera construido un muro encima, apareciendo solo un lugar interrumpido y vacío; su longitud era de un codo, como ya

se ha mostrado antes. Y esta torre aún no había sido completamente edificada, pero se construía continuamente con mucha habilidad y rapidez por numerosos obreros: tenía alrededor de su cima siete baluartes, contruidos con admirable fortaleza, y desde la parte interior del mencionado edificio vi una especie de escalera erigida hasta la cima de esa torre, y desde la base hasta la cima, en sus escalones, una multitud de personas de pie con rostros ardientes y vestiduras blancas, pero con calzado negro, y entre ellos algunos de similar apariencia pero de mayor estatura y esplendor, observando la torre con mucha diligencia.

Luego, en la parte septentrional del mismo edificio, vi el mundo y a los hombres que son procreados del linaje de Adán dentro del mencionado muro luminoso de la ciencia especulativa del edificio, y el ámbito del círculo que se extendía desde el que estaba sentado en el trono, corriendo, de los cuales muchos pasaban por el mismo edificio entre la torre del precurso de la voluntad de Dios y la columna de la divinidad de su palabra: entrando y saliendo a través del mencionado muro de la ciencia especulativa, como una nube que se difunde aquí y allá. Pero quienes entraban en el edificio, eran vestidos con una túnica blanquísima. Algunos de ellos, regocijándose con gran alegría por la suavidad y ligereza de esa vestidura, la conservaban; otros, sin embargo, entristecidos como por su pesadez y dificultad, querían despojarse de ella. Esta virtud, que había oído antes ser llamada ciencia de Dios, los contenía benignamente, diciéndole a cada uno de ellos: Considera y guarda la vestidura con la que estás vestido. Y vi que algunos de ellos, castigados por estas palabras, aunque esa vestidura les parecía difícil, la retenían con mucho esfuerzo; otros, burlándose de esas palabras, se despojaban furiosamente de la vestidura y la arrojaban; regresaban al mundo de donde habían venido y, explorando mucho, aprendían muchas vanidades inútiles del mundo. Algunos de ellos finalmente regresaban al edificio, tomando de nuevo la vestidura que habían arrojado y se la ponían, pero otros, no queriendo regresar, permanecían desnudos en el mundo ignominiosamente.

Y vi que algunos, muy sucios y negros, como excitados por la locura, venían del norte y se precipitaban en el edificio, invadiendo la mencionada torre con furia y silbando como serpientes. Algunos de ellos, cesando de esta locura, se purificaban; otros perseveraban en su misma maldad y suciedad. Pero también dentro del mismo edificio, observé hacia la misma torre como siete columnas de mármol de color blanco, torneadas en una maravillosa redondez, de pie, de una altura de siete codos, y en su cima tenían como un entablado de hierro y redondo, decentemente elevado un poco en altura; en la cima de ese entablado vi como una bellísima imagen de pie, mirando a los hombres en el mundo, cuya cabeza resplandecía como un rayo con tal brillo que no podía contemplarla completamente. Y tenía las manos reverentemente colocadas sobre su pecho, con los pies ocultos a mi vista en el mismo entablado. Llevaba en la cabeza un círculo resplandeciente como una corona. Y estaba vestida con una túnica de color dorado; en la cual, desde el pecho hacia abajo hasta los pies, descendía una faja adornada con preciosísimas gemas, decorada con un fulgor púrpura de color verde, blanco, rojo y dorado. Y clamaba a los hombres que estaban en el mundo, diciendo: Oh lentos, ¿por qué no venís? ¿No se os socorrería si quisierais venir? Cuando comencéis a correr por el camino de Dios, los mosquitos y las moscas con su zumbido os serán un impedimento. Pero tomad el abanico de la inspiración del Espíritu Santo y alejadlas rápidamente de vosotros. Debéis correr, y también debéis esperar la ayuda de Dios. No os presentéis al servicio de Dios con hipocresía, y seréis fortalecidos por su mano.

Pero en el pavimento de ese edificio vi otras tres imágenes; una de las cuales estaba inclinada hacia las mencionadas columnas, y las otras dos estaban de pie ante ella, todas dirigiéndose hacia la columna de la humanidad del Salvador y hacia la mencionada torre. La que estaba

inclinada hacia las columnas aparecía de tal anchura que podía notarse la anchura de cinco hombres de pie junto a ella, y de tal altura que no podía discernir perfectamente su longitud, de tal manera que podía ver a través de todo el edificio. Tenía una gran cabeza y ojos claros que miraban agudamente al cielo, siendo toda blanca y translúcida como una nube muy serena.

Sin embargo, no vi en ella ninguna otra forma humana. Y a través de todo el edificio clamaba a todas las demás virtudes, diciendo: Levantémonos con vigor, porque Lucifer difunde sus tinieblas por todo el mundo. Construyamos torres y confirmémoslas con baluartes celestiales, porque el diablo es adversario e impugnador de los elegidos de Dios. Así como al principio quiso y tentó mucho en su claridad, así también ahora quiere y tienta mucho en su oscuridad. Pues dilata su malicia y su iniquidad soplando y esparciendo, y no quiere cesar de esto. Contra esto, nosotros somos puestos como soldados celestiales para superar su malicia e iniquidad, de lo contrario, los hombres no podrán salvarse en el mundo ante su impugnación. Y así como él en su primer surgimiento intentó resistir a la divinidad, así también su imitador el Anticristo intentará resistir a la encarnación del Señor en el último tiempo. Lucifer cayó al inicio de los tiempos, y el Anticristo caerá al final de ellos. Entonces se conocerá quién es el verdadero Dios, y se verá quién es el que nunca cayó. Así como Lucifer tuvo seguidores demonios, que lo siguieron desde la altura del cielo en la caída de la condenación, así también aún tiene hombres en la tierra que lo siguen hacia la destrucción de la perdición. Pero nosotros, las virtudes, estamos puestas contra sus astucias y exhalaciones que emite para absorber las almas, de tal manera que todas sus artes sean reducidas a nada por nosotros en las almas de los justos, para que aparezca completamente confundido. Por lo cual, Dios será reconocido por nosotros, porque no debe ser ocultado, sino manifestado, ya que es justo en todo.

La primera de las que estaban de pie ante esta imagen, colaterales a ella, parecía armada, vestida con casco, coraza, grebas y guantes de hierro, sosteniendo también una espada desenvainada en la mano derecha y una lanza en la izquierda. Y bajo sus pies pisoteaba un horrible dragón: atravesaba su boca con el hierro de la lanza, de tal manera que vomitaba espumas inmundísimas. Y también blandía la espada que sostenía como para golpear con fuerza. Y decía: Dios fortísimo, ¿quién puede resistirte y oponerse a ti? Esto no puede hacerlo la serpiente antigua, el dragón ese diablo. Por lo cual, con tu ayuda, quiero resistirle, de tal manera que nadie pueda prevalecer sobre mí o derribarme, ni fuerte ni débil, ni príncipe ni despreciado, ni noble ni innoble, ni rico ni pobre. Quiero ser como el acero más fuerte, haciendo todas las armas para las batallas de Dios invencibles, en las cuales soy la hoja más afilada, porque nadie podrá romper en ti, Dios fortísimo, por quien también me levanté para expulsar al diablo. Por lo cual, siempre seré un refugio segurísimo para la fragilidad de los hombres, dando a su debilidad una espada cortante para defenderse. Oh Dios misericordiosísimo y piadosísimo, ayuda a los contritos de corazón.

La otra imagen aparecía con tres cabezas, de tal manera que en el lugar natural de la cabeza, y en cada uno de sus hombros, aparecía una cabeza, aunque las otras dos sobresalían un poco por encima de la del medio. Pero tanto la del medio como la que estaba a su derecha resplandecían con tal fulgor que su claridad reverberaba mi vista, de tal manera que no podía considerar perfectamente si tenían forma masculina o femenina, aunque la que aparecía a la izquierda era un poco oscura y estaba velada con un velo blanco de costumbre femenina. Esa imagen estaba vestida con una túnica de seda blanca y calzaba zapatos blanquísimos. Y en su pecho llevaba el signo de la cruz, alrededor del cual también un gran resplandor brillaba en su pecho como una aurora resplandeciente. En la mano derecha blandía una espada desnuda, que

aplicaba con mucha devoción a su pecho y a la cruz. Y vi en la frente de la cabeza del medio escrito, santidad, y en la frente de la derecha, raíz del bien, y en la frente de la izquierda, no se perdona a sí misma. Y el medio, mirando a las otras dos, decía:

Nací de la santa humildad en ella, como un niño nace en su madre. Por ella también fui educada y fortalecida, como un niño es nutrido por una nodriza hacia la fortaleza. Mi madre, la humildad, vence y supera todas las cosas contrarias, que son intolerables para otros. Y la cabeza que estaba a su derecha, mirando a la cabeza principal, dijo: Yo en el primer surgimiento echo raíces en la cima del monte excelso, que es Dios. Y por eso, oh santidad, para que puedas permanecer, es necesario que me adhiera a tus entrañas. Pero la que estaba a su izquierda, también mirando a la cabeza principal, decía: ¡Ay, ay, ay! ¿Cómo soy tan rígida e inflexible, que me es tan difícil superarme a mí misma, oh santidad, para tu auxilio? porque sin mí no podrás permanecer, si huyo. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! el bien negligente, porque sin embargo debo arrancar la espina inquietísima, que al punzarme intenta empujarme a la perdición, si no la arranco antes de que se clave completamente en mí, y antes de que se albergue en mí como en un cadáver podrido. Oh santidad, para que pueda perseverar libremente en ti, quiero evitar el lazo rapacísimo del diablo, y romperlo en el verdadero Dios.

Y nuevamente, el que estaba sentado en el trono como antes, me manifestó estas cosas, diciendo: Con la encarnación del Hijo de Dios, la vocación del nuevo pueblo se eleva a la salvación a través de su doctrina en el Espíritu Santo, fortalecida por la exhortación de las bienaventuradas virtudes contra el enemigo más feroz, al que ningún hombre puede resistir, a menos que sea ayudado por la gracia de Dios, se muestra a sí misma inexpugnable con la ayuda de Dios, de tal manera que ninguna de sus artimañas puede ser arrancada o borrada por Dios. Por lo cual, la torre que ves más allá de la mencionada columna de la humanidad del Salvador prefigura a la Iglesia; que, completada la encarnación de mi Hijo, es una nueva construcción surgida en toda buena obra, en la fortaleza y altura de los actos celestiales, como una torre muy fortificada opuesta a la iniquidad del diablo. Por lo tanto, es de un esplendor luminosísimo, colocada sobre el mencionado muro de piedra de la parte meridional del edificio, de tal manera que puede ser vista tanto dentro como fuera del edificio; porque iluminada por la luz serenísima de la humanidad del Hijo de Dios, tiene piedras vivas encendidas por el calor del Espíritu Santo en la obra divina, de tal manera que tanto el conocimiento interior de las Escrituras con el entendimiento celestial como la necesidad exterior de las cosas mundanas, y a los fieles e infieles en esa edificación que el Padre supremo opera a través de su Unigénito, se demuestra abiertamente. Y su anchura en toda la parte interior de su circunferencia es de cinco codos, porque la amplitud de toda inspección íntima y la intención de toda meditación continua a través de los cinco sentidos de su ornamento en la infusión del Espíritu Santo, con todas aquellas virtudes que el verdadero cordero le manifiesta, la remite al honor de ese mismo Cordero, es decir, su esposo. Sin embargo, su altura es tal que no puedes discernirla, porque la mayor altura y profundidad de la sabiduría y ciencia divina en la obra eclesiástica es tal que el corazón humano frágil y mortal no puede escrutarla con su estimación.

Pero que entre esta torre y la columna de la humanidad del Salvador solo está puesto el fundamento, sin que aún se haya construido un muro encima, sino que solo aparece un lugar interrumpido y vacío, de una longitud de un codo como también se te ha mostrado antes: esto es que de la Iglesia, unida en desposorio a mi Hijo, aún permanece oculto un gran anuncio en la ciencia de Dios como en un fundamento firme, que aún no resplandece revelado en la obra completa de la perfección, sino que sin apertura yace oculto en los corazones humanos, de una longitud de un codo, porque los sentidos de los hombres están en el poder de un único y

verdadero Dios omnipotente, de tal manera que incluso el hombre en la ciencia del bien y del mal puede captar con su entendimiento lo que le sea más útil, como también se te ha manifestado con una revelación abierta antes. Y que esta torre aún no está completamente edificada, pero se construye continuamente con mucha habilidad y rapidez por numerosos obreros: esto es que la misma Iglesia aún no ha llegado al curso y estado al que llegará, aunque con mucha solicitud e industria, a través de la rapidez de los tiempos que pasan, en sus hijos que pasan y vienen, no cesa de apresurarse sin demora hacia el efecto de su belleza.

Sin embargo, tiene alrededor de su cima siete baluartes, contruidos con admirable fortaleza, porque está rodeada en la altura de las obras celestiales por los siete dones inexpugnables del Espíritu Santo, que son de tal virtud que ningún adversario puede destruirlos ni puede alcanzarlos con altivez a través de la altura de su mente.

Pero que desde la parte interior del mencionado edificio ves una especie de escalera erigida hasta la cima de esa torre: esto es que en esa obra que el Padre supremo operó en el consejo divino a través de su Hijo, muchos florecen en la unanimidad de los grados en la simplicidad de la constitución de la procesión eclesiástica, es decir, alcanzando la altura de los secretos celestiales, en los cuales la Iglesia está fortalecida y robustecida. Y desde la base hasta la cima, en sus escalones, está una multitud de personas, porque desde los primeros tiempos del desposorio de la iglesia hasta ese tiempo nupcial, cuando ella abiertamente con su esposo en el pleno muro de sus hijos se regocijará, en los grados de la constitución de los preceptos de Dios, con los cuales ella está edificada, brillarán las luminarias apostólicas, defendiéndola de las tinieblas de la infidelidad con su protección.

Por lo tanto, también tienen rostros de fuego y vestiduras blancas, pero calzado negro, ya que en el sentido intelectual de ellos, es decir, de los rectores apostólicos, la fe admirable de creer en un solo Dios por el ardor del Espíritu Santo en ellos es como un rostro encendido, de modo que también por la purísima claridad en la vestidura de buenas obras resplandecieron ante Dios y el mundo, aunque con calzado negro visible, porque atravesaron los caminos de la infidelidad y la suciedad de múltiples crímenes de los incrédulos, a quienes, con su ejemplo, condujeron al camino de la justicia (aunque con mucha dificultad). Pero el hecho de que entre ellos algunos aparezcan de similar figura, pero de mayor estatura y esplendor, significa que entre esos mismos defensores eclesiásticos, son los primeros fundadores de la Iglesia, quienes primero, después del Hijo de Dios, la edificaron con su predicación, teniendo el mismo tenor que sus seguidores, quienes se conocen principalmente por imitarlos, ya que así como ellos precedieron, estos los siguieron, superándolos en forma, porque no tenían otro predecesor del cual tomar ejemplo de la nueva gracia, excepto el Hijo de Dios, de cuya boca escucharon la palabra de vida, y superándolos en claridad, ya que vieron el resplandor de su encarnación más que los demás. Y ellos contemplan la torre con mucha diligencia, porque no cesan de asistir a la esposa de Dios en el amor divino, con la solicitud de su piedad, para que permanezca perfectamente en su fortaleza, como está escrito: "Tu cuello es como la torre de David, edificada con almenas. Mil escudos cuelgan de ella, toda la armadura de los valientes." (Cant. IV.) Esto es así. Así como la encarnación del Hijo del supremo rector, el león fortísimo que viene de la floración virginal, fue colocada como el instrumento más fuerte de la nueva gracia, así la fortaleza de tu fe, oh nueva esposa, permaneciendo incorrupta, ha sido establecida como la defensa más segura del pueblo fiel. ¿Cómo? A tus fuerzas más poderosas se adhieren todas las defensas de tus hijos; quienes deben ser nutridos con la nueva iluminación de los riachuelos que fluyen del vino y de la fuente purísima que tienes en esta conjunción de fortaleza; así como el cuello está unido al resto del cuerpo, de

modo que no puedes ser destruida ni disipada, así como tampoco los instrumentos victoriosos del verdadero David podrán ser superados. ¿Cómo? La virtud de Cristo Jesús, el Hijo de Dios, es la torre más fuerte: en la cual la milicia más victoriosa de los fieles se ejerce con la prueba más invencible, a la que ningún adversario se gloriará de prevalecer, porque contienen en sí a Cristo, verdadero Dios y hombre; por quien en la segunda regeneración toda la estructura de tus hijos se extiende dignamente hacia la salvación. De donde es aquella purísima encarnación predicha por los profetas, y adornada con las piedras preciosas de las virtudes, con las almenas de la doctrina apostólica, es decir, con los plantadores de la justicia del verdadero lumínar, proclamada en todo el mundo para la salvación de los creyentes, como esta parábola demuestra: Un cierto señor tenía una ciudad de mármol en la cual tronó con gran voz, esculpió sus muros interiormente con muchas esculturas, de las cuales exhaló una agudísima limadura de piedras sin pulir. Hecho esto, el mismo señor en su única palabra decía a las aguas de las aguas, que con su efusión hicieran igualdad sobre los montes. Y esto también realizado, igualmente advirtió al fuego del fuego, que preparara pequeñas tiendas. Cumplido esto, esas mismas tiendas prosperaron tanto en altura, que con su rápido progreso superaron en altura a aquella ciudad. Esto es así: Este señor es aquel a quien nunca precedió otro en dominio; sino que él solo está sobre todo y en todos, porque nada fue encontrado antes de él, ni después de él, y por eso es el Señor de todos. Este tuvo en su poder una noble ciudad, es decir, el coro de los profetas, fuerte y constante contra la rabia de las tempestades seculares; porque estaban llenos de la infusión del Espíritu Santo, cuando el mismo Señor tronó con gran voz en ellos, de modo que en ellos suscitó aquella inspiración, por la cual proclamaron sus misterios con palabras oscuras, como primero se escucha el sonido cuando aún no se conoce la palabra, sin embargo, el sonido de su profecía, seguido por la verdadera palabra, es decir, el Hijo de Dios encarnado. Este Señor hizo múltiples esculturas en sus corazones: cuando infundió en su entendimiento el múltiple espíritu de sabiduría, de modo que en sentido espiritual profetizaron las profundidades de Dios tanto del presente como del futuro siglo, por el cual pronunciaron discursos muy eficaces contra las costumbres contrarias de los hombres, con los cuales provocaron a los durísimos corazones de los judíos a la suavidad y piedad de los actos felices. Pero con el Verbo de Dios encarnado, el Padre celestial insinuando a los mismos apóstoles en su Hijo (quienes siendo hombres fueron segregados del pueblo común como los riachuelos más puros son elegidos de las demás aguas que fluyen en el llano) decía; que con la inundación de la verdadera fe fluyeran en el orbe de la tierra, suprimiendo y destruyendo el gran cisma del desprecio, el soplo de la soberbia y la exaltación del culto a los ídolos, para que los hombres, reconociendo al verdadero Dios, abandonaran su infidelidad en la predicación de ellos. Con esta fe fortalecida en los pueblos: el mismo proveedor de todos suavemente también en el Espíritu Santo advirtió a las mentes encendidas de sus elegidos, quienes habían sido encendidos de los corazones ardientes de aquellos a quienes el Espíritu Santo viniendo en lenguas de fuego había tocado, para que, hechos despreciadores del mundo en la contemplación de la vida celestial, no rehusaran ser pequeños y pobres de espíritu; sino que por estas pequeñas moradas de humildad, se compararan a sí mismos las riquezas celestiales. Estas obras de humildad, mientras los despreciadores de lo caduco en el estudio elevado de los preceptos más sutiles de Dios siempre rumiando imitaban, como los mártires, vírgenes y los demás que se despreciaban a sí mismos, así en esta contrición suya ascendieron al amor de las cosas celestiales; de modo que incluso superaron a los agricultores que trabajaban en la viña del Antiguo Testamento en la velocidad de sus buenos estudios, mientras se tenían a sí mismos como nada, anhelando con todo deseo lo eterno. De donde también mil escudos, muchas defensas perfectas de la fe perfecta con la nueva gracia, cuelgan del Hijo de Dios; mientras los primeros pastores de la Iglesia, tomando ejemplo de él y pisoteándose a sí mismos por la esperanza de las cosas celestiales, protegieron la fe católica fortalecida con la efusión de su sangre, de los dardos

encendidos del diablo (que hieren las almas de los hombres), quienes siguiendo las múltiples virtudes de la armadura de la milicia celestial en los demás elegidos; también en este siglo obedecen al amor de Dios. ¿Cómo? Porque la antigua serpiente insufló al primer hombre el peor hedor del desprecio de Dios: por eso también el mismo diablo es atravesado durísimamente en estas cosas contrarias a él con los dardos celestiales, por el olor de todos los aromas de la castidad, es decir, y de la continencia y de la ligadura de los preceptos de Dios, así como de la sociedad de Cristo, soportando su yugo y el desprecio de todo el mundo, de modo que, expulsado de la ciudad de Dios, es aborrecido por los fieles, confuso y pisoteado en la parte abierta de su condenación.

Pero lo que ves en la región septentrional de ese edificio, el mundo y los hombres que son procreados de la semilla de Adán, corriendo entre el mencionado muro luminoso de la ciencia especulativa de ese edificio y el ámbito del círculo que se extiende desde el que está sentado en el trono: esto es que en los deseos carnales que se vuelven hacia la debilidad en las terrenales codicias seculares, el mundo y los hombres mundanos están puestos por la culpa del primer padre, de un lado la ciencia del bien y del mal puesta ante ellos, para que se acerquen a la obra de Dios por el bien, y huyan del mal, y del otro lado el poder de Dios mostrado a ellos, para que sepan que están bajo su majestad, y no duden que todas sus obras son examinadas por él.

Por lo tanto, muchos pasan por el mismo edificio entre la torre del preámbulo de la voluntad de Dios y la columna de la divinidad de su Verbo a través del mencionado muro de la ciencia especulativa, entrando y saliendo, como una nube se difunde aquí y allá; porque muchos, advertidos por la obra divina del Antiguo Testamento y del nuevo comienzo, lo abordan, entrando en él por la ciencia especulativa dejando los deseos carnales, y muchos siguiendo sus placeres lo abandonan en sus malas concupiscencias; de modo que en su voluntad, ya sea para bien o para mal, se conducen relajándose aquí y allá en la velocidad de las nubes, es decir, en el movimiento de sus pensamientos. Pero lo que aquellos que entran en el edificio, se visten con una vestidura blanquísima: esto es que aquellos que abordan la obra de Dios con buena voluntad, se visten con la vestidura purísima y lucidísima de la verdadera fe para que conozcan a Dios por su misericordia. Algunos de ellos, regocijándose con gran alegría por la suavidad y la lenidad de esa vestidura, la retienen; porque con espíritu contrito y humillado, imbuidos de la dulcísima y lenísima fe católica, y perfundidos con el licor interior de la santidad, siempre se alegran con los ojos interiores en las cosas celestiales, cumpliendo devotamente y reteniendo lo que el Espíritu Santo les inspira. Otros, sin embargo, como si por la pesadez y dificultad de ella se vuelven tristes, quieren despojarse de ella; porque como si estuvieran cargados con un peso gravísimo y como si estuvieran impedidos por un camino muy difícil, desgarrándose y macerándose interiormente con la costumbre inquietísima y amarguísima de la voluptuosidad ilícita, intentan desechar la fe en sus obras, ni permiten ser movidos por los preceptos divinos. A quienes esta virtud benigna que has oído nombrar como la ciencia de Dios, a menudo reprende, diciendo a cada uno de ellos su verdadera admonición, como se ha dicho; porque el altísimo Dios, previendo que los corazones de las piedras duras se ablanden en los hombres, se inclina en su misericordia hacia ellos (como te ha sido mostrado) frecuentemente advirtiéndoles que gimiendo y llorando dentro de sí mismos le rueguen para que los libere de la importunidad de su maldad con la que han sido perfundidos por la sugestión diabólica, de modo que en este arrepentimiento puedan volver al entendimiento de la buena voluntad, recordando la vestidura de la inocencia que recibieron en la regeneración del espíritu y del agua. Pero como ves que algunos de ellos, castigados por estas palabras, aunque la misma vestidura les parezca difícil, sin embargo, la retienen con mucho sudor: esto es que ellos, advertidos por la inspiración del Espíritu Santo, en la fe que

reciben emprenden un camino que les parece grave y difícil a sus mentes, pero que aunque con mucho trabajo, sin embargo, no desesperando ni languideciendo por el tedio, finalmente lo completan. Algunos, sin embargo, burlándose de las mismas palabras, y furiosamente despojándose de la vestidura, la desechan, regresando al mundo de donde vinieron, investigando muchas cosas, aprenden muchas inutilidades de las vanidades seculares; estos son los que tienen la ley de Dios y su justicia en burla, desnudándose de la fe católica en las vanidades de sus errores, negándola en las obras malignas que pertenecen a la muerte, y se inclinan hacia las vanidades de este mundo, que antes habían dejado ficticiamente, y en sus actos perversos investigando hechos libidinosos, aprenden el ardiente gusto del siglo y lo pervierten con las irrisiones diabólicas según el engaño de este. Algunos de ellos, finalmente regresando al mismo edificio, tomando nuevamente la vestidura que habían desechado, se la ponen; porque estos, regresando a la obra divina del camino de su error, vienen, y desechando el cisma del diablo que habían aceptado según su voluntad, confiesan nuevamente con corazón puro y simple el hábito de la verdadera fe que habían recibido en el bautismo y que en sus errores, burlándose del verdadero Dios, habían desechado. Otros, sin embargo, no queriendo regresar, permanecen ignominiosamente desnudos en el mundo, porque ellos, despreciando regresar a Dios con pura penitencia, son despojados de la vestidura de la inocencia, y por eso, desnudos de las buenas obras de los fieles, pero llenos de maldad de los vicios de las artes diabólicas, en las iniquidades de las vanidades mundanas con la máxima confusión tanto de este siglo presente como del futuro, conducen su vida hasta la muerte sin arrepentimiento.

Sin embargo, ves cómo algunos de los más sucios y negros, como si fueran impulsados por la locura, viniendo del norte, irrumpen en el mismo edificio y, atacando la mencionada torre con furia, silban en ella como serpientes: esto significa que ciertos hombres malvados, bajo el calor móvil de un estúpido júbilo, manchados por la negrura de la visión diabólica, miran a Dios, pero no buscan la causa que desean a través del don del Espíritu Santo, sino que, influidos e incitados por el arte diabólico y enviados desde el lado de la condenación, entran con astucia en la obra divina, y, robando furtivamente y arrebatando abiertamente, y enloqueciendo con furia temeraria por el dinero nefando de la horrible negrura diabólica, devoran los oficios establecidos por Dios y, perturbando a la Iglesia de esta manera con una locura insana, emiten en ella los silbidos de la decepción de la antigua serpiente. ¿Cómo? La astucia diabólica sopla sobre los hombres incautos hasta que los supera según su voluntad a través de una compra mortal, contaminando a la Iglesia con este silbido de jactancia mientras roban así los poderes que han sido establecidos por mi orden. Y porque hacen esto: han sido arrojados de mi presencia sin arrepentimiento, y no los reconozco en estos hechos; porque los obtuvieron por sí mismos y no por mí, como mostró Oseas, mi siervo, diciendo: "Ellos reinaron, pero no por mí; príncipes surgieron, y no los conocí. Su plata y su oro hicieron ídolos para sí mismos para que perecieran" (Ose. VIII). Esto es así: los hombres, siguiendo su propia voluntad, calculan y establecen en sí mismos todo lo que su propio apetito delibera. ¿Qué es esto? Deseando, es decir, la concupiscencia de lo que está en ellos; sugiere que dominen a los hombres con honor robado y arrebatado, no solicitado ni tomado, ni establecido por mí, lo cual, sin embargo, a veces permito que suceda; para que el castigo judicial les sobrevenga por sus propias voluntades, porque no me buscaron en esto. ¿Y qué les beneficia esto? Porque en esto no tienen verdor sino sequedad; y porque esto no se planta sino que nace en ellos como una hierba inútil sin tronco. Pues las hierbas infructuosas nacen fácilmente de la tierra por sí mismas; pero las fructíferas se siembran y plantan con gran esfuerzo. Así permito que a veces el deseo terrenal del hombre, sin raíz en el mal, florezca fácilmente, sin buscar la plantación del bien; porque no tiene el verdor del verano,

permitiendo también que a veces su deseo recto, bien enraizado en el bien, produzca fruto a través de muchas miserias, amando el riego de la santidad, porque carece de la aspereza del invierno. Por lo tanto, a menudo los hombres viles sobresalen en el principado sobre el pueblo común y útil, como las hierbas inútiles a veces son más altas que las útiles; puestas solo en sus propios deseos y no en mi plantación, o tocadas por el conocimiento de mi don, o enraizadas en mi ordenación, pero permito que esto suceda por justo juicio; porque no me buscaron en esto, sino que lo establecieron dentro de sí mismos, por lo que también me responderán sobre esto en mi juicio. Pues también la felicidad de la mejor doctrina, que deberían examinar en su mente de toda indignidad de infidelidad como se purifica la plata de toda falsedad, y la utilidad de la sabiduría más profunda, que deberían ordenar en su voluntad con la fe más resplandeciente, siempre viendo cómo Dios debe ser adorado, venerado y confesado; se hacen a sí mismos en la contrariedad de la vanidad. ¿Cómo? Ellos la inclinan hacia la máxima infelicidad, ofreciendo su entendimiento, que tienen de Dios, a las concupiscencias insaciables de su carne; como si su carne fétida y podrida fuera dios, no queriendo levantar sus ojos a Dios que los formó, sino teniendo su voluntad como dios, porque viven según esto; como ordenan y establecen en sí mismos. Pero no hacen esto para poseer aquel campo que produce el alimento de la vida eterna, sino para estar ausentes de él y perecer impenitentes para siempre, porque aquel a quien adoran como dios está muerto: como también ellos están muertos, es decir, tanto los vendedores como los compradores de lo espiritual, deseando ser lo que no buscaron de mí. Pues quien invade el poder por una concupiscencia insana, de modo que hace vendible el don razonable del Espíritu Santo; ¿cómo podría salvarse de tal venta? porque el hombre que vende su sustancia a otros, no debe usarla más. ¿Y cómo debería también ese comerciante usar la salvación comprada que no quería recibir de Dios, sino que se apresuró a obtenerla con dinero, lo cual, sin embargo, Dios permitió que sucediera por su justo juicio? Pues a algunos, Dios, indignado, les permite robar eso; por lo cual, sin embargo, los castiga en el presente con juicio oculto, y no en el futuro; para que, según amaron en el olvido del Espíritu Santo, se confundan en sí mismos, de modo que por esta confusión sean llevados a volver a Dios en penitencia; por lo que, habiendo hecho esto, obtienen el perdón en el futuro. Pero a otros los tolera en esto, no castigándolos en el presente, sino difiriendo por justa causa en el futuro, porque tienen su voluntad como dios; por lo tanto, él también les muestra en el futuro que su voluntad les beneficia en amargos tormentos. Pero también a otros los castiga tanto en el presente como en el futuro, porque su claro entendimiento se hace vil y despreciable en ellos por su propia voluntad, imitando al diablo en sus males. También permite que otros lleguen a esto; para que el mal mismo se confunda en su penitencia, castigándose severamente por la injusticia cometida, lo desechan como un cadáver podrido. Pero a algunos, para que no lo alcancen, resiste misericordiosamente; porque si llegaran a eso, merecerían ser fuertemente atormentados sin escapar de las penas del infierno. Sin embargo, cualquiera que prostituya o se apropie de la cátedra del poder en el consejo de su padre, que es el dinero, porque este se convierte en su padre en el mercado, adquiriendo perdición de esa dignidad; y el que dio y el que recibió deben ser rechazados, porque si a un hombre le roban su ganado y se lo venden a otro; aquel a quien se lo robaron, lo reclama con todo derecho cuando se encuentra, y tanto el que lo vendió como el que lo compró lo dejarán sin contradicción. Así también la dignidad del poder que debe poseerse según mi justicia, si es arrebatada por alguien con un regalo furtivo, y se disipa perversamente en otros; se requiere de mí con juicio estricto, y por eso el que la puso en el mercado, o el que la compró indignamente, ambos carecerán de su utilidad por justo juicio, porque hicieron del templo consagrado a mi nombre un don de robo. ¿Cómo? La sabiduría y el consejo que tenían de mí en su corazón: lo pusieron en el foro con su sentencia. recibiendo de esto dinero de iniquidad en la perdición de otros. Por lo tanto, desecharán ese mercado en amarga penitencia; o me responderán de ello en el fuego de un ardor terrible.

Pues quien compra la dignidad viva que el espíritu vivifica en los ápices espirituales, con un precio muerto, intenta llevarla al hedor de la putrefacción brotante: por esa perversidad de presunción (a menos que se arrepienta pronto) será arrojado a la perdición, como encendido en el Espíritu Santo, el desertor del error, dejando todo, el hijo de la paloma Pedro, dice al torbellino que quería absorber la luz en la negrura más oscura: "Tu dinero perezca contigo; porque pensaste que el don de Dios se podía obtener con dinero. No tienes parte ni suerte en este asunto. Porque tu corazón no es recto delante de Dios" (Hechos VIII). Esto es así: el dinero de tu confianza engañosa que tienes en cosa ajena como señor, pero que te tiene a ti como esclavo o más bien como nada, sea para ti en la perdición del fuego del infierno; si retienes impenitente ese don que es del Espíritu Santo ardiente, comprado con el pecado del dinero, porque en la ciencia transitoria de tu alma pensaste falsamente que se podía poseer con dinero; lo cual dudaste que pudieras tener por el don de Dios. Pero si te arrepientes por esta causa: dejarás lo que compraste, y sentirás que el dinero que diste por ello está perdido, porque quisiste mercar con lodo lo que es eterno, de aquel que te formó del barro. Pero mientras persistas en esa compra, no tendrás parte de la luz en la compañía de los ángeles celestiales; porque en el discurso de tu lengua manifestaste la rapacidad de tu corazón, deseando algo diferente de lo que desean los ciudadanos de la claridad eterna. Por lo tanto, tu corazón es injusto ante Dios en esta perversidad: queriendo tener por compra de dinero lo que debe ser dado gratuitamente por Dios. Así que los desertores de este pacto divino, porque deberían buscarlo por el don gratuito del Espíritu Santo y no lo hacen, por justo juicio son comparados por mí a ídolos vanos; porque como esas obras de manos existentes están vacías de la compañía de la verdad, pero sin embargo son adoradas por los infieles como dios, así también estos, por la contrariedad de los dones terrenales, careciendo de la iluminación del Espíritu Santo, se convierten en maestros engañosos, no elegidos en el suspiro de su alma como si fueran indignos de ese oficio, sino recibéndolo de los hombres en la soberbia ardiente, sin considerar mi voluntad en esto. Por lo tanto, no sé de dónde son esos y son como extraños para mí; porque por esta injusticia suya, si perseveran así, han sido arrojados de mí. Pero si se arrepienten de todo corazón, mirándolos, haré gozo sobre ellos con los ángeles.

Pero, aunque actúan injustamente quienes desean estas dignidades con ardor perverso, y no se debe consentir a quienes intentan invadirlas con su maldad, como se ha dicho; sin embargo, esos gobiernos buenos están bien dispuestos por Dios para la utilidad de los hombres, y no se debe resistirles con soberbia y obstinación, sino más bien obedecerles en mi amor. Por lo tanto, ningún fiel que quiera obedecer dignamente a Dios se oponga al magisterio que le preside: porque imita el honor de Dios, cuidando y pastoreando sus ovejas, para que el honor de esas ovejas no se disipe en el extraño que es ladrón y salteador; porque así como nadie debe oponerse a Dios, tampoco nadie debe resistir insensatamente a su magisterio. Por lo tanto, todo hombre que vive en alma y cuerpo debe obedecer a las dignidades superiores a él, ya sea que retengan justicias corporales o espirituales: debe obedecerles para ser dirigido en el temor de su magisterio, para que la ley establecida de los hombres no se desvíe en la libertad indisciplinada de su voluntad, poniéndose a sí mismos una ley según lo que quieran, errando así en el camino del Señor, porque para que no erren; por esto el poder es de Dios. ¿Cómo? Por la inspiración del Espíritu Santo, los gobiernos de los hombres están dispuestos; para que a través de ellos los hombres aprendan a temer al Señor. Que si los pervierten según su propio deseo en contrariedad; no obstante, no está así en la voluntad de Dios, sino en su secreta permisión para que por justo juicio se cumpla su concupiscencia en ardor perverso para su propio detrimento. Por lo tanto, las dignidades de los poderes inspiradas por Dios para la utilidad de los hombres están justamente ordenadas por él debido a su gran necesidad; para que el pueblo de Dios, como ganado sin gobierno, no ande por los caminos de su inestabilidad. Por lo tanto, quien se opone a ellas, no queriendo obedecerles en la sujeción de

humildad, como es justo, por impulso de soberbia; no contradice a los hombres, sino a mí, el Creador que dispongo todo justamente, oponiéndose pertinazmente según la transgresión de Adán, acumulándose a sí mismo las tinieblas de la condenación, como también él fue expulsado del gozo a las penas; pero no aquel que, en el cielo por mí, no consiente a la maldad perversa de los hombres, caminando en humildad, porque este aumenta la justicia de Dios más que disminuirla, si lo hace de manera adecuada y oportuna; sino aquel que quiere oprimir indecentemente esas dignidades por soberbia elevada, porque estas han sido manifestadas por mi disposición para la utilidad de los vivientes, como se ha dicho. Y quien patea contra ellas con soberbia, se opone a mi inspiración, aunque algunos en la locura de su ignorancia, no viendo mi temor, se introducen en esas dignidades en la iniquidad de su voluntad, transgrediendo el precepto divino, lo cual permito que suceda por justo juicio como desean ellos, respondiendo por esto en grave penitencia o en el fuego del infierno.

Pero como ves que de estos algunos, cesando de esta necesidad, se han vuelto puros, mientras otros perseveran en la misma maldad y suciedad: esto significa que algunos de ellos, arrepintiéndose de su perversidad por inspiración divina, merecen ser purificados y salvados por pura y verdadera penitencia, mientras otros, endurecidos e impenitentes, permanecen en la misma astucia e inmundicia hasta el final de su vida, y así, sofocados miserable y cruelmente, mueren en los tormentos de una muerte terrible.

Pero lo que ves dentro del mencionado edificio, hacia la mencionada torre de la Iglesia, como siete columnas de mármol de color blanco, torneadas en una maravillosa redondez, de pie: esto significa que en la obra del Padre omnipotente, para la protección y el adorno de la nueva esposa, el Espíritu Santo, declarando los siete sustentáculos más blancos de su inspiración, que eliminan toda adversidad de las tempestades con su fortaleza, manifestó el poder supremo que no tiene principio ni fin en la redondez de la eternidad. Que son de una altura de siete codos; porque esos dones, superando toda fortaleza y altura de todo entendimiento humano, demuestran que quien creó todo debe ser adorado con la fe más pura. Y en su cima tienen una plataforma de hierro y redonda, decentemente elevada un poco en altura hacia arriba; porque en la excelencia de su claridad designan el poder invencible e incomprensible de la divinidad, cubriendo y sosteniendo con su rectitud elegantísima a aquellos en los cielos que aquí se han separado de las voluptuosidades carnales por los dones del Espíritu Santo.

Pero lo que ves en la cima de esa plataforma como una imagen bellísima de pie: esto significa que esta virtud estuvo en el Padre altísimo antes de toda criatura, ordenando en su consejo todos los instrumentos de las criaturas que fueron creadas en el cielo y en la tierra, siendo ella misma un gran ornamento resplandeciente en Dios, y el más amplio grado de los grados de las demás virtudes existente en él, y unida a él con el abrazo dulcísimo de un amor ardiente en júbilo. Que mira a los hombres en el mundo; porque siempre guía y protege con su protección a aquellos que quieren seguirla, amándolos mucho; porque permanecen en ella. Pues esa imagen designa la sabiduría de Dios; porque todo fue creado y gobernado por Dios a través de ella, cuya cabeza resplandece como un rayo con tanto brillo que no puedes considerarla plenamente; porque la divinidad es terrible y amable para toda criatura, viendo y considerando todo, como el ojo del hombre juzga lo que se le presenta, sin embargo, no puede ser llevado al fin por ningún hombre en la profundidad de su misterio. Por lo tanto, también coloca sus manos decentemente sobre su pecho: que es el poder de la sabiduría que sabiamente se constriñe a sí misma, de modo que dirige toda su obra de tal manera que nadie puede resistirle en nada ni en prudencia ni en poder, con sus pies ocultos a tu vista en la misma plataforma; porque sus profundidades están ocultas en el corazón del Padre y no son

visibles para ningún hombre, solo a Dios sus secretos están desnudos y manifiestos. Pero lo que ves como un círculo en forma de corona resplandeciendo con mucho brillo en su cabeza: esto significa que la majestad de Dios, sin principio ni fin, brilla con un honor incomparable, con la divinidad resplandeciendo con tanto fulgor que las mentes mortales se deslumbran en ella. Pero lo que está vestida con una túnica de color dorado: esto significa que la obra de la sabiduría se considera frecuentemente como en el oro más puro. Por lo tanto, desde el pecho hacia abajo hasta los pies, una sola faja desciende adornada con gemas preciosísimas, decorada con el fulgor verde, blanco, rojo y púrpura aéreo interluciente; porque desde el principio del mundo, cuando la sabiduría dio su obra a la manifestación abierta, ya se extendió como un solo camino hasta el fin de los siglos, adornada con los mandamientos santos y justos, a saber, con la primera plantación del germen verde de los patriarcas y profetas, que en sus aflicciones con el mayor deseo clamaban por la encarnación del Hijo de Dios, y luego adornada con la virginalidad más blanca en la Virgen María, y después en la fe más robusta y roja de los mártires, y finalmente en la caridad púrpura y luminosa de la contemplación, con la que se debe amar a Dios y al prójimo por el calor del Espíritu Santo, lo cual así procederá hasta el fin del mundo con su amonestación no cesando, sino siempre emanando mientras dure el siglo, como también esta virtud declara en su exhortación, como se ha dicho.

Pero lo que ves nuevamente en el pavimento del mismo edificio tres otras imágenes: esto significa que estas virtudes, pisoteando lo terrenal y siguiendo lo celestial en la obra divina, designan los tres instrumentos por los cuales la Iglesia en sus hijos busca lo eterno, a saber, el alimento de los maestros y la lucha de los fieles contra el diablo, y su regreso del consentimiento de los vicios; de las cuales una está inclinada hacia las mencionadas columnas; porque los doctores eclesiásticos, imbuidos del don del Espíritu Santo, encuentran descanso en su fortaleza; y las otras dos están de pie ante ella como compañeras, porque el amor de Dios y del prójimo se contiene en la operación conjunta y sociable de estas. Por lo tanto, todas se dirigen a la columna de la humanidad del Salvador y a la mencionada torre; porque con una unanimidad igual muestran que el Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, debe ser adorado y venerado devotamente en la Iglesia, elevando la justicia a través de la justicia, designando, es decir, en los santos antiguos al Dios altísimo obrando la salvación de las almas en la encarnación de su Hijo.

Pero esta imagen que está inclinada hacia las mismas columnas, prefigura la justicia de Dios; ya que ella, después de la sabiduría, obra en los hombres a través del Espíritu Santo con todas sus justicias, apareciendo de tal amplitud que puede ser nombrada como la anchura de cinco hombres que están a su lado; lo cual es la expansión de los cinco sentidos de la capacidad humana, con los cuales ella se mueve en la amplitud de la ley de Dios, conteniendo y conservando los mandamientos de vida instituidos por Dios, para aquellos que la aman. Y es de tal altura que no puedes discernir perfectamente su longitud, de modo que también puede ver a través de todo este edificio; porque ella, en su amplitud, sobresale al entendimiento humano, tendiendo hacia lo celestial; así que incluso en la encarnación del Salvador miró desde el cielo: cuando el mismo Salvador, es decir, el Hijo de Dios, salió del Padre, quien es la verdadera justicia. Por lo tanto, dirige su mirada a todos los instrumentos eclesiásticos; porque ellos son fabricados y contenidos por ella, como baluartes más altos que se unen a la torre más fuerte por la cual pueden sostenerse. Por eso, teniendo una gran cabeza y ojos claros, ve agudamente al cielo; porque la máxima y suprema bondad de la justicia, declaró la visión más luminosa a los hombres a través del Hijo de Dios encarnado, cuando Él se manifestó en un cuerpo humano a ojos terrenales y oscuros: mirando lo celestial a través de la

redención de las almas. Y es toda blanca y translúcida como la nube más serena; porque ella habita en el candor y la pureza de las mentes de los hombres justos, quienes dirigen todo su esfuerzo a ser fielmente sometidos a la justicia de Dios. Por lo tanto, ella se asemeja a las nubes; porque prepara una morada grata para sí misma en los corazones de los justos. Pero el hecho de que no veas en ella otra forma humana: esto es porque permanece celestial y no terrenal, según te ha sido declarado, es decir, no adhiriéndose a las obras humanas que agobian a los hombres, sino a aquellas que los conducen a la justificación de la vida; porque Dios es justo, como también ella, opuesta al diablo en la obra de Dios, exhorta fielmente a las demás virtudes como se ha demostrado anteriormente.

La primera imagen de aquellas que están de pie junto a la imagen mencionada; muestra la fortaleza, porque después de la justicia de Dios surge la fortaleza como un príncipe ante la vista del rey supremo, resistiendo con obra recta y santa en los hombres todas las insidias de los adversarios; apareciendo armada, es decir, con la virtud del Dios omnipotente; porque ella, fuerte en la fe, resiste con fortaleza la sujeción diabólica. Por lo tanto, se viste con el casco, es decir, con el vigor celestial para la salvación de los creyentes, y con la coraza: que es la ley de los cristianos, que por la justicia que contiene en sí misma no es abolida por ninguna flecha del arte diabólico; y con grebas, es decir, caminos rectos frecuentados en la doctrina de los maestros principales; y con guantes de hierro, que son las obras más fuertes y agudas que los fieles realizan en Cristo. También sostiene una espada desenvainada en la mano derecha, es decir, en la buena obra la advertencia de Dios desnuda y abierta en la Escritura divina, que el verdadero Hijo de Dios desnudó en significado místico, cuando mostró la dulzura interior del núcleo en la revelación de la ley. Teniendo una lanza en la mano izquierda, que en esta acción también designa la confianza en las cosas eternas que los hombres infieles tienen, donde son atacados por las concupiscencias carnales a través del placer de la carne. Pero el hecho de que bajo sus pies pise un dragón horrible: esto es porque a través del camino de la rectitud somete al antiguo y horrible serpiente a su poder; también atravesando su boca con el hierro de la lanza de tal manera que vomita espumas inmundas; porque la boca de la libidine más sucia y diabólica, perforando con la audacia más aguda de la castidad, extirpa de él la espuma de la ardiente libidine, con la que él contamina a los hombres. Por lo tanto, también agita la espada que sostiene como para golpear con fuerza; porque Dios manifestó su palabra penetrante para destruir toda infidelidad de ídolos y otros cismas que son de incredulidad, en la fortaleza extendida, como también esta virtud manifiesta en su advertencia.

La otra imagen significa santidad; porque cuando se resiste al diablo con fortaleza, la santidad surge en los hombres buenos para el ornamento de la milicia celestial. Que es de tres cabezas; porque con esta triple dignidad se lleva a su estado, de modo que en el lugar natural de la cabeza y en cada uno de sus hombros aparece una cabeza; porque con acción justa y digna Dios es la cabeza de toda verdadera exaltación tanto en lo próspero como en lo adverso de lo que el hombre puede alegrarse o entristecerse, es temido y venerado; sin embargo, con las otras dos un poco más elevadas; porque aquel que es juez de los buenos y los malos, sobresale sobre todo con su equidad. Pero el hecho de que el mismo medio y el que está a su derecha brillen con tal resplandor, que su claridad reverbera tu vista, de modo que no puedes considerar perfectamente si tienen forma masculina o femenina: esto es, que la santidad en la cumbre del honor y en la parte de la dulzura eterna, está tan impregnada del esplendor de la gracia divina, que la profundidad de su misterio excede tanto el entendimiento de los hombres, que por el peso de la mortalidad no puede contemplar ni su libertad ni su sujeción en Cristo, excepto lo que florece en él. Pero esa cabeza que aparece a la izquierda, un poco oscura y cubierta con un velo blanco por costumbre femenina; porque esta perfección que se

constríne fuertemente por amor a Dios, en la adversidad en la que es atacada por la infestación diabólica y la obra humana, tiene como ansiedad y preocupación cómo defenderse con la ayuda divina, en la más humilde sumisión en la blancura y belleza de la lucha cristiana, encomendándose al Redentor supremo con los gemidos de los corazones fieles. Pero el hecho de que la misma imagen esté vestida con una túnica de seda blanca, esto es que aparece rodeada por la obra del estudio más luminoso y suave, en el cual la santidad perfecta imita a mi Hijo, también equipada con los calzados más blancos; porque a través de la muerte de Cristo, en el resplandor de la regeneración del espíritu y del agua, brilla en las mentes de los hombres, para que ellos también imiten su muerte. Y en su pecho tiene el signo de la cruz, alrededor del cual también un gran resplandor en el mismo pecho brilla como una aurora resplandeciente; porque en la intención de las mentes de los fieles que la abrazan con la mayor diligencia, rumia la recordación de la pasión de Cristo Jesús. También designando en esas mismas mentes con esta claridad serena de la fe; que aquel que obedeció al Padre y sufrió de tal manera en su santa humanidad por la voluntad del Padre, vino nacido en la aurora más hermosa del sol que es la virgen María sin mancha de pecado. Pero el hecho de que en la mano derecha sostenga una espada desnuda, que con mucha devoción aplica a su pecho y a la misma cruz: esto es que con buena y santa obra muestra cómo ama las Escrituras desnudadas por el Espíritu Santo en la recordación de la mente de los hombres elegidos (porque ellos también recuerdan dulcemente la pasión de su Redentor). Por lo tanto, también ves en la frente de la cabeza media escrito santidad, porque en la cara interior que es del alma sin ninguna indignación de vergüenza con el gozo de la vida se reconoce la santidad, y en la frente de la derecha, raíz del bien; porque ella es claramente el inicio y fundamento en la salvación de la santidad, y en la frente de la izquierda no perdonándose a sí misma; porque sin el cuerpo rechazando la blandura y vanidad de las voluptuosidades carnales, siempre se constríne en la restricción, uniendo a sí misma los ornamentos de las demás virtudes para que pueda perfeccionarse y perdurar. Pero también el medio mirando a los otros dos y ellos a él, confieren su utilidad mutuamente; porque consistentemente en la unanimidad de la visión interior y el amor, de modo que ninguno de ellos puede durar sin la ayuda del otro, dirigen sus palabras y advertencias para el provecho de los hombres, como se ha dicho. Quien tiene oídos agudos de entendimiento interior; que en el amor ardiente de mi espejo anhele estas palabras, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN DÉCIMA.

RESUMEN.---Palabras del Hijo del hombre. Que el hombre teniendo conocimiento del bien y del mal, es inexcusable. Advertencia a los casados. Comparación del campo. Que el hombre no debe indagar lo que no le es necesario saber, como se muestra en los ejemplos. Que nadie de repente tome el camino de la santidad como se ve en los ejemplos propuestos. Advertencia a las vírgenes y continentes sobre cómo deben abordar la santidad. De la continencia interior de la mente como se manifiesta en los ejemplos sujetos. Comparación del tesoro. Palabras de constancia. Palabras de deseo celestial. Palabras de compunción del corazón. Palabras de desprecio del mundo. Palabras de concordia. Que en la altura de la justicia y la fortaleza de los dones del Espíritu Santo se solidifican las obras que Dios opera en los hombres. Que toda acción que se perfecciona en los fieles con fe y obra se une a la providencia divina en el temor del Señor. Que el Hijo de Dios guía al que quiere perseverar en la buena obra para que no caiga en el error, quien con su humildad destruyó la muerte. Que la sombra de la ley en el nacimiento y pasión del Hijo de Dios llegó a su fin. Lo que Dios ha hecho en la Iglesia puede ser visto y conocido por los hombres; pero lo futuro solo por fe o revelación divina. Que Dios, mirando misericordiosamente al hombre, lo advierte para que imitando a los santos busque la patria celestial. Del estado de constancia, deseo celestial, compunción del corazón,

desprecio de la concordia. Del hábito de ellas. De la constancia. Del deseo celestial. De la compunción del corazón. Del desprecio del mundo. De la concordia. Que en la fortaleza vigilante de la fe se explica la buena obra y en la perfección de la obra se muestra con qué devoción cada uno adora a Dios. Que por la fortaleza de la fe Dios arrojó al antiguo serpiente al abismo de la confusión eterna. Paganos, judíos, falsos cristianos negando la verdadera fe, están en el poder de Dios aunque han sido expulsados de la Iglesia que está puesta en lo alto. Palabras de Juan sobre el mismo asunto. Que Dios lleva a efecto la Iglesia reunida de todas partes del mundo, según lo que ha predestinado: con el diablo confundido, lo que será en el último día.

Y después de esto, en la cima del ángulo oriental del edificio mostrado, donde las dos partes del muro mencionadas, la luminosa y la de piedra, estaban unidas: vi como siete escalones de mármol blanquísimo, que parecían enrollados en forma de tortuga hacia la gran piedra sobre la cual el mencionado luminoso apareció sentado en el trono. Y sobre esos escalones había un asiento: sobre el cual un joven sentado tenía un rostro viril y noble, aunque de color pálido, y cabellos negros hasta los hombros, vestido con una túnica púrpura. Que desde la cabeza hasta su ombligo me apareció; pero desde el ombligo hacia abajo estaba sombreado para mi vista. Y él mirando al mundo, con gran fortaleza clamaba a los hombres que estaban en él, diciendo: Oh hombres necios que languidecen tibia y torpemente en ustedes mismos, no queriendo ni abrir un ojo para ver, qué son en la bondad de su espíritu, sino que siempre arden en obrar el mal que tiene la concupiscencia de su carne, rehusando estar en buena conciencia y en la recta especulación de su mente, como si no tuvieran el entendimiento del bien y del mal, ni esta gloria de saber evitar el mal y hacer el bien: escúchenme a mí, el Hijo del hombre, diciéndoles: Oh hombre, mira qué eras: cuando eras coagulación en el vientre de tu madre. Pues entonces eras insensible e impotente en tu vivificación. Pero entonces te fue dado el espíritu y el movimiento y la sensibilidad; para que viviente te muevas y moviéndote, entiendas el fruto de la utilidad. Teniendo conocimiento del bien y del mal y la eficacia de obrar, no puedes excusarte de no tener en ti todos los bienes de estos: de modo que, advertido por la suma inspiración, ames a Dios en verdad y justicia, y te resistas a ti mismo en la concupiscencia y deleite de la injusticia, de modo que te crucifiques en estas cosas: y de esta manera honres mi martirio, resistiéndote a ti mismo en estos ardores, llevando mi cruz en tu cuerpo, es decir, huyendo de los deseos ilícitos, cuando te deleita pecar. ¿Y por qué tienes tanto poder, es decir, para evitar el mal y hacer el bien? Por el conocimiento del bien y del mal; por el cual entiendes que eres hombre, me responderás. Pero desprecias el bien, y obras el mal ardiendo en deseos carnales, porque el bien te parece como pesado: pero el mal se excita fácilmente en ti. Y siendo así: no quieres constreñirte, sino pecar libremente. ¿Qué hice cuando por ti sufrí en la cruz en la debilidad de la carne, cuando temblé y me angustié yo, el Hijo del hombre? Por esto requiero de ti un martirio contra ti mismo que padezcas en el placer de tu carne, y en las demás perturbaciones y deseos ilícitos tuyos que son contra mi voluntad, y en otras iniquidades de este tipo que siguen a estas en las cuales no puedes excusarte de no saber cuándo obras bien y cuándo mal.

Pero no rechazo el vínculo de la unión legal casta, que por consejo divino fue constituida para la multiplicación de la procreación de los hijos de Adán; donde esto sea en el verdadero deseo de prole y no en el falso placer de la carne por aquellos a quienes les es lícito sin injuria, según les ha sido mandado en la ley divina, es decir, a los dedicados al mundo y no a los segregados por el espíritu. Por lo tanto, el bien que tienes de mí, debes amar contra ti mismo. Eres celestial en espíritu, terrenal en carne. Por lo tanto, debes amar lo celestial, y pisotear lo terrenal. En la obra de las cosas celestiales te muestro la recompensa suprema; en la voluntad de tu carne cuando desees hacer lo que es injusto, allí te muestro mi martirio y las penas que

sufrió por ti, de modo que en los deseos contrarios te resistas a ti mismo por amor a mi pasión. Tienes mucho entendimiento en ti, también se requerirá mucho sentido de ti. Mucho te ha sido dado, también mucho se te requerirá. Pero en todas estas cosas soy tu cabeza y ayuda. Pues tocado por el toque supremo, si me invocas, escucharás respuesta de mí; si llamas a la puerta, se te abrirá. En el espíritu de la ciencia más perspicaz con el que has sido dotado, tienes en ti todo lo que te es útil. Y porque esto está en ti, por eso también mis ojos agudísimos, considerarán qué encuentran en ti. Por lo tanto, de tu conciencia requiero las heridas y el dolor de tu corazón: en los cuales te cohibas, cuando sientas que tu voluntad te arrastra al pecado. Y cuando ardas en ello de tal manera que, todo derretido, apenas puedas suspirar: he aquí que entonces te miro. ¿Qué harás entonces? Si entonces en este trabajo, con el corazón herido y los ojos húmedos, sacudido por el temor de mi juicio me invocas, y si entonces también en este clamor perseveras para que te socorra contra las iniquidades de tu carne y contra las luchas de los espíritus malignos: haré todo lo que desees que se haga para ti, y pondré en ti la casa de mi morada.

Ahora, hijo mío, mira con cuánto trabajo y sudor se trabaja en el campo antes de que se siembre la semilla; pero después de que ha sido sembrado con semilla, da su fruto. Por lo tanto, atiende y considera esto. ¿No niego a la tierra el proporcionar que dé fruto sin el sudor del trabajo? Pero cuando me place, ella se llena de frutos tan abundantemente, que los hombres tienen suficiencia en abundancia, a veces incluso sobreabundan, y cuando quiero, se les reduce tanto, que a veces los hombres apenas viven por el hambre extrema, a veces incluso muchos debilitados en ellos perecen. Según este modo, los hombres puestos por mí; es decir, a aquel hombre que de buen corazón recibe voluntariamente la semilla de mi palabra, le concedo abundantemente grandes dones del Espíritu Santo como a un buen campo. Pero aquel que a veces recibe mi palabra, a veces también se niega a recibirla, es como un campo que en este tiempo reverdece, en este otro se seca. Este hombre, sin embargo, no perece del todo; porque aunque sufre hambre en el alma, algo aunque sea poco de verdor tiene; pero este muere por completo, que de ninguna manera desea recibir mis palabras, y que ni por la advertencia del Espíritu Santo, ni por la doctrina de los hombres, quiere de ninguna manera excitar su corazón al bien. Te maravillas de esto, oh hombre, y quieres saber por qué estas cosas son así.

Pero así como no puedes contemplar la divinidad con la mirada mortal, tampoco podrás comprender sus secretos con el sentido mortal, salvo en la medida en que Él mismo te lo permita. Sin embargo, con tu ánimo vacilante, te debates de un lado a otro. Así como el agua es absorbida por el calor de un horno ardiente, así tu espíritu es oprimido por la inquietud de tu mente insensata. Porque desees conocer lo que no debe ser conocido por la carne humana concebida en pecado. Levanta, pues, tu dedo y toca las nubes. ¿Qué sucede ahora? Pero esto no es posible, así como tampoco lo es indagar aquello que no te corresponde saber. Así como las hierbas no pueden abarcar sus campos porque carecen de sentido e intelecto, sin saber qué son ni qué hacen con su fruto, aunque llenen y rodeen los campos por utilidad, y así como los mosquitos o las hormigas, o los demás animales pequeños no desean dominar sobre los demás semejantes a ellos, ni conocer o entender la fuerza o el significado del león o de otros animales mayores, así tampoco podrás conocer lo que hay en la ciencia de Dios. ¿Qué hiciste tú o dónde estabas cuando el cielo y la tierra fueron creados? Quien creó estas cosas no necesitó de tu ayuda entonces, ni la necesita ahora. ¿Por qué indagas el juicio de Dios, cuando has sido tocado por la lluvia salvadora desde lo alto? Muéstrame cómo trabajas en el campo de tu corazón y cómo lo cultivas. Si ese trabajo me agrada, te daré el mejor fruto según tu esfuerzo, y tu fruto será con recompensa. ¿Acaso doy el fruto de la tierra sin trabajo?

Así tampoco lo hago contigo, oh hombre, sin el sudor que requiero de ti. Porque tienes en ti, por mí, aquello en lo que puedes trabajar. Por tanto, esfuérzate diligentemente en el trabajo, y de él obtendrás fruto. Y cuando tengas fruto, recibirás recompensa de ello. Pero, ¿qué? ahora muchos me buscan con corazón devoto, puro y sencillo, y al encontrarme, me retienen.

Sin embargo, muchos, jugando y bromeando, quieren acercarse a mí sin el esfuerzo de su mente y pensamiento, sin querer meditar previamente lo que deben hacer, es decir, invocándome y considerando el sentido de su cuerpo, queriendo solo aprehenderme, como si despertaran de un profundo sueño con un repentino movimiento de simulación y engaño, tomando el camino de la santidad, como lo conciben en sí mismos; otros, en el rechazo de los asuntos seculares, otros en la continencia carnal, otros en la pureza de la virginidad, asumiendo sobre sus hombros mi yugo, creyendo que todo lo que desean les es posible, sin querer mirar quiénes son o qué pueden lograr, ni queriendo tener en su conocimiento quién los formó, o quién es su Dios, queriendo tenerlo solo como su doméstico que cumple toda su voluntad. Así no quiero dar mi don ni sembrar un campo vacío en aquel hombre, que en tal vanidad no se conoce a sí mismo en la alienación de la ignorancia. Por lo cual, su pie a menudo caerá. A quien también digo: Oh hombre, ¿por qué no inspeccionaste el campo de tu mente para arrancar las hierbas inútiles y las espinas y abrojos, invocándome y considerándote a ti mismo, antes de que, como un ebrio y loco, ignorándote a ti mismo, vinieras a mí, ya que no puedes realizar ninguna obra luminosa sin mi ayuda? Pues después de esta precipitación con la que me buscaste como en un sueño; cuando, afectado por el tedio en mi servicio, recuerdes aquel sueño en el que antes dormiste en tus pecados habituales, volverás a los mismos crímenes anteriores, loco e ignorante del bien, desprovisto de la ayuda y consolación del Espíritu Paráclito. Pero, ¿a quién buscaste como guía y ayuda para esto? Ciertamente a tu mente engañosa y falaz, que te conducía neciamente a la aridez, sin verdor y sin recuerdo de tu intelecto, olvidando que nada bueno puedes hacer sin mí. ¿Y qué tienes entonces? Ciertamente entonces caerás miserable y vacío ante mí y ante el pueblo, y serás pisoteado como polvo inútil. Pues, ¿qué te es posible contra mí? Nada. ¿Y qué puedes con mi ayuda? Puedes realizar obras clarísimas que son más resplandecientes que el brillo del sol, y más dulces en el gusto interior que la miel y la leche, cuando se manifiestan al pueblo deseoso. Pues cuando me buscas con el íntimo intelecto de tu alma, como fuiste enseñado en el bautismo por la fe, ¿no te doy todo lo que deseas? Pero después de su caída, muchos me buscan gimiendo y lamentándose; quienes debieron haberme buscado antes de caer. A quienes extendiendo mi mano, diciendo: ¿Por qué no me buscaste antes de caer? ¿Dónde estaba? ¿Y dónde me buscaste? ¿Acaso cuando me buscaste, te rechazé? Y digo: Oh hombre, si estuvieras al borde de un puente sobre aguas profundísimas, y por vana jactancia y olvido de tu corazón (con el que me despreciaste en todo, creyendo que todo lo que deseabas te era posible, como si no necesitaras mi ayuda) temerariamente dijeras en ti mismo: quiero evitar este puente y caminar sobre el agua, ¿no actuarías prudentemente? Pero si lo hicieras con presunción e insensatez; ¿no exhalarías tu espíritu en esa misma criatura que te fue sujeta para tu utilidad, creada para ti? Pero para que esto no te suceda: te precaves por el temor presente y visible del agua, que te absorbería hacia la muerte. O si vieras caer un gran árbol cortado, ¿no huirías para no ser aplastado por él? O si vieras leones o osos que se te acercaran, ¿no te esconderías en la tierra si pudieras, por el temor que concebirías? Y así como evitas el daño corporal; ¿por qué no evitas la muerte más terrible del alma, temiendo a tu creador? ¿No has visto o escuchado a nadie resistirme jamás? Pues quien no está conmigo, será dispersado; y sobre quien caiga, será quebrantado. ¿Qué eras cuando el cielo y la tierra fueron creados, que así cumplen sus fuerzas como les fue ordenado? Tú, formado por el consejo de Dios, y tocado por su iluminación, transgredes sus preceptos. ¡Oh gran locura! Por la criatura que te sirve sujeta, desprecias a tu Dios, pisas la tierra y miras al cielo que,

temiendo a su Creador, le obedecen y cumplen su mandato: lo que tú, insensatísimo, no haces cuando ni en pensamiento ni en obra quieres conocerlo ni mirarlo, como deberías reconocerlo. Por lo tanto, si no te arrepientes, el infierno te devorará con justo juicio, como a aquel que endurecido fue arrojado del cielo, a quien has imitado. Sin embargo, cuando hayas caído, clamando fielmente búscame, y te recibiré levantado. Pero tú, oh hombre, tan frecuentemente deseas tocar las alturas, que ni siquiera puedes comprender las cosas más bajas.

Por lo tanto, escúchame decirte: Si, advertido por mí, en el rechazo de los asuntos seculares, o en la continencia carnal deseas llevar mi yugo, antes de emprender esto, primero clama, y persevera en buscarme, y yo te ayudaré. Y si, tocado por mi advertencia, deseas imitarme mirándome, en la pureza de la virginidad, porque así como una flor nace de un campo no arado, así también yo, sin semilla viril, nací de una virgen como Hijo de Dios: muéstrame el campo de tu mente con mucha humildad, y háblame con la abundancia de tus lágrimas interiores, y di: Oh Dios mío: yo, hombre indigno, no tengo en mí mismo la capacidad de conservar mi virginidad, a menos que tú, Señor, me ayudes, porque soy totalmente culpable en el origen del ardiente jugo del que broto en muchas miserias, repitiendo frecuentemente el origen de mi fragilidad. Por lo cual tampoco puedo, con mi propia fuerza, superar en mí mismo el gusto de la dulzura de mi carne, siendo un árbol concebido y nacido en pecados. Por esto, Señor, dame en tu virtud el don ardiente, que en mí extinga este estímulo y este ardor de perversidad, para que con rectos suspiros beba del agua de la fuente viva que me haga gozar en la vida, siendo yo ceniza y polvo, mirando más a las obras de las tinieblas que a las de la luz. Y si entonces eres diligente y constante en esta súplica, preparo para mí en ti aquel campo que Isaac propuso a su hijo cuando decía: He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno, al que el Señor ha bendecido (Gén. XXVII); y bendeciré ese mismo campo mío en tu corazón y, como también decía el perseguido: Sé señor de tus hermanos, y que se inclinen ante ti los hijos de tu madre (ibid.). Y de la misma manera, serás una generación elevada ante el pueblo común. Yo sembraré rosas y lirios, y otros óptimos pigmentos de virtudes en ese campo, y lo regaré con la inspiración del Espíritu Santo con lluvia continua, y en la erradicación de la infertilidad cortaré de él el mal, de modo que, paseando mis ojos, los alimente en el verdor y en la floración de este campo incorrupto. Esto es mío y por mí, y no tuyo, oh hombre, ni por ti. Pues yo soy la flor del campo (Cant. II): porque así como el campo sin arado produce la flor, así yo, el Hijo del hombre, fui engendrado sin unión viril de una virgen. Por lo tanto, este don es mío y no tuyo, porque tú, concebido en pecados, naciste en pecados de la corrupción. Pero si pides fielmente este don de mí, lo obtendrás confiadamente de mí, y te lo daré para que tengas mi compañía en la virginidad ante mi Padre. Sin embargo, debido a la fragilidad de tu cuerpo, no podrás tenerlo sin el esfuerzo del calor que hay en ti, porque la naturaleza humana de tu fragilidad a menudo se manifiesta en ti, lo cual no puedes evitar, porque eres carne de carne. Pero en esto debes llevar mi cruz e imitar mi martirio: constriñéndote a ti mismo, de modo que por mí te venzas, lo cual siempre me es amable, porque te conozco como un frágil vasito, pero entonces quiero comunicarme contigo y compadecerme de tus dolores. Y si también en esto alguna vez caes, levantándote rápidamente, haz penitencia de corazón y, recibéndote, te salvaré.

Sin embargo, algunos engañados por el diablo, y perseverando en el mal, piensan que están santificados, cuando contienen en sí al hombre exterior del matrimonio, rechazando la circuncisión de la mente donde son superfluos en pensamientos impuros y también negando la circuncisión del espíritu donde manifiestan el mal en sus palabras y obras, sin querer saber que esto es escandaloso, pero solo observando con tibieza para que su carne esté íntegra de la mezcla, rechazando por completo la integridad de su espíritu. Por lo cual, indignos ante mí,

son arrojados fuera de la ley tanto carnal como espiritual; porque ni vivieron en la carne ni en el espíritu según la justicia de Dios. Pues no guardaron la ley del matrimonio que se les había establecido, ni lo que es más, que lo que se les había mandado en la ley, en el amor a la virginidad. Por lo tanto, son indignos ante mis ojos, porque no sé quiénes son. No los he visto caminar en el precepto de la ley, ni que favorecieran más en esa cosa de lo que se les había mandado. Por lo cual, también son rechazados de mi visión. Los comparo a una tierra estéril que produce espinas y abrojos y hierbas infelices, inútiles para el uso de los hombres, que en su altura y color se asemejan a las rosas y lirios y otras flores útiles y hierbas que tienen en sí un jugo útil y un fruto dulce y un buen aroma para los usos de la medicina, y nuevamente los comparo al cobre: que se asemeja exteriormente al oro, pero retiene en su interior el engaño y la hipocresía del oro, porque de esta manera estos hombres exteriormente muestran tener la semejanza de las vírgenes prudentes, pero interiormente están llenos de engaño e indignación. Por lo cual, ante mí son como un viento tibio, que no tiene ni calor ni frío con vigor; porque no son útiles en el calor de su ánimo para perseverar en la continencia de la virginidad como comenzaron, ni valen en el frío de la vida mundana para vivir en las cosas seculares como se proponen. Pues ni pecan fuera de la ley como los publicanos, ni dentro de la ley como los injustos; sino que, tibios en sí mismos, no son perfectamente justos ni injustos. Pero así como un cachorro de animales inmundos es arrojado antes de que se sienta vivir, o antes de que se fortalezca en la fortaleza de su edad, así este pueblo es arrojado a la muerte, porque ni sabe vivir para la vida, ni entiende en sí la fortaleza de las virtudes que están en la casa de la sabiduría. Por lo cual, también los expulso de mi boca; porque son indignos de mi vista, si así perseveran impenitentes. Ahora, oh hombre, mira en ti.

Si alguien te diera un tesoro, porque te amara mucho, y te dijera, gana con esto y sé rico, para que también de esta manera se sepa quién es el que te dio este tesoro: entonces te correspondería pensar muy agudamente cómo lucrarlo útilmente, diciendo en ti: El tesoro de mi Señor debe aparecer en mí en el mejor lucro, para que también él sea alabado en él. Y cuando lo multiplicaras útilmente de esta manera, un buen rumor llegaría a los oídos de aquel que te dio el tesoro. Por lo cual, él también, recordándote por esto, te amaría más, y te conferiría mayores dones. Así también hace tu Creador. Él te dio el mejor tesoro viviente, es decir, el intelecto, amándote mucho, porque eres su criatura, y te mandó por las palabras de la ley establecida por él, que con tu intelecto hagas lucro con buenas obras, y te vuelvas rico en virtudes: para que él, el buen dador, sea más conocido y alabado por esto. Por lo tanto, en todo momento debes meditar cómo este tan grande don que has recibido se haga útil tanto para los demás como para ti mismo en las obras de justicia, devolviendo de ti el esplendor de la santidad, para que los hombres, provocados por tu buen ejemplo, ofrezcan a Dios el honor de la alabanza. Cuando lo multipliques humildemente en toda justicia: la alabanza y acción de gracias a la cognición de Dios, quien en el Espíritu Santo te inspiró estas virtudes, crecerá, por lo cual él también, volviendo la misericordia de su gracia hacia ti, te hará arder más abundantemente en su amor; de modo que, lleno de la consolación del Espíritu Santo, disciernas sabiamente todo lo que es bueno, y hagas mayores obras buenas, glorificando con amor ardentísimo a tu Padre, quien benignamente te dio estas cosas. Que estas palabras las escuchen mis ovejas, y quienes tengan oídos del espíritu interior las conciban; porque me agrada que así obren los hombres que me conocen y aman, para que también ellos en sí mismos entiendan qué deben hacer con los dones del Espíritu Santo. Pero en la misma región oriental vi sobre el pavimento del mencionado edificio, ante el mismo joven, tres imágenes de pie juntas, mirándolo devotamente, y hacia el norte, entre ese gran círculo que se extendía desde el mencionado resplandeciente sentado en el trono, y entre el mismo edificio, vi como una rueda colgando en el aire, y en ella la imagen de un hombre apareciendo hasta el pecho, mirando agudamente al mundo. Ante la esquina del mismo edificio hacia el sur, otra imagen

dentro del mismo edificio aparecía sobre el pavimento; que se volvía hacia el mencionado joven con gran alegría. Y estas imágenes tenían tal semejanza, que, como las demás virtudes que había visto antes, todas estaban vestidas con ropajes de seda. Todas también tenían sus cabezas cubiertas con velos blancos: excepto aquella que estaba a la derecha en medio de las tres mencionadas, que parecía tener el cabello blanco con la cabeza descubierta. Ninguna de ellas estaba envuelta en un manto; excepto la misma que estaba en medio de las tres, que vestía un manto blanco. Pero todas vestían túnicas blancas: excepto aquella que aparecía en la rueda, que tenía una túnica subnegra. Y además de esta que estaba a la izquierda en medio de las mismas tres, usaba una túnica de color pálido. Todas también estaban calzadas con zapatos blancos: excepto la que estaba en medio de las tres, cuyos calzados parecían negros y de color diverso. Pero esta fue la disimilitud entre ellas. En el pecho de la imagen que estaba en medio de las tres mencionadas que estaban de pie, aparecieron dos ventanillas, y sobre ellas, un ciervo vuelto hacia la derecha de la misma imagen: de modo que sus patas delanteras estaban sobre la ventanilla derecha y las traseras sobre la izquierda, como si se preparara para correr.

Y la misma imagen decía: Yo soy la más fuerte, columna y no movable por la ligereza de la inestabilidad, de modo que el soplo del viento pueda moverme como una hoja de árbol que es movida por él, y es impulsada de aquí para allá; pero debo perdurar en la verdadera piedra que es el verdadero Hijo de Dios. ¿Y quién puede moverme? ¿Quién puede dañarme? Esto no podrá hacerlo ni un príncipe fuerte o débil, ni un ignoble, rico o pobre, sin que yo persevere en el verdadero Dios que no será movido por la eternidad. Ni yo me moveré; porque estoy fundada sobre un fundamento fortísimo. No quiero estar con los aduladores que son esparcidos por el viento de la tentación en todos los caminos, nunca permaneciendo en el reposo de la estabilidad, sino siempre cayendo a lo inferior y peor. Pero no yo: porque estoy puesta sobre una roca firme. Pero la imagen que estaba a su derecha, mirando al ciervo mencionado, decía: Como el ciervo anhela las fuentes de agua, así mi alma te anhela a ti, Dios (Salmo 41). Por lo tanto, quiero saltar montañas y colinas, y la debilidad de la dulzura de la vida transitoria, mirando solo con un corazón simple a la fuente de agua viva; porque él está lleno de una gloria innumerable cuya suavidad nadie puede saciarse, con el tedio de su saciedad. Pero la imagen que estaba a su izquierda, mirando a las ventanillas mencionadas, decía: Siempre miro, siempre sostengo la luz verdadera y eterna: ni pensando ni suspirando ni contemplando podré saciarme de la perpetua dulzura que está en el Dios supremo. Pero la imagen que apareció hacia el norte en la rueda, tenía en su mano derecha una ramita verde; y la misma rueda giraba continuamente con la misma imagen permaneciendo inmóvil en ella. Alrededor de la misma rueda estaba escrito: Si alguno me sirve, sígame; y donde yo esté, allí estará también mi servidor (Juan 12). Y en el pecho de la misma imagen estaba esculpido: Yo soy la ofrenda de alabanza en las provincias. Y la misma imagen decía: Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Dios, porque la fuente de la salvación que sumerge la muerte ha vertido sus arroyos en mí y me ha hecho verde en la redención. Pero la imagen que aparecía ante el ángulo mirando al sur, tenía un esplendor tan grande en el rostro que no podía mirarla perfectamente. Pero de cada lado tenía un ala de color blanco, cuya anchura superaba la longitud de cierta imagen, y decía: ¿Quién es de tanta fortaleza que intente resistir a Dios? ¿Y quién tiene la audacia de atreverse a desnudarme y corromperme en la vileza del odio y la envidia? Dios es justo y uno en poder y gloria sincera. Siempre quiero abrazarlo con un corazón puro y un rostro alegre, y siempre regocijarme en todas sus justicias. No quiero ser cambiante, sino siempre durar en un solo ánimo y alabar a Dios continuamente. Por lo tanto, ni el diablo ni el hombre malvado podrán ablandarme, ni arrojarme a esta rabia de engaño; sino que siempre perseveraré como imitadora de la paz en

la recta unanimidad. Pero después de que el mundo haya pasado, apareceré más claramente en la visión celestial. Después de esto vi, y he aquí que todo el pavimento del edificio mencionado apareció todo como vidrio blanco, devolviendo de sí un esplendor serenísimo. Y el esplendor del luminoso que estaba sentado en el trono, que me mostraba todas estas cosas, resplandecía a través del mismo pavimento hasta el abismo. Entre el círculo extendido desde el que estaba sentado en el trono y este edificio, entonces apareció la tierra, y como inclinándose un poco hacia abajo, de modo que el edificio parecía estar colocado sobre un monte. Y el luminoso que estaba sentado en el trono me decía de nuevo: El Hijo del Dios viviente nacido de la Virgen, él mismo siendo la piedra angular, a quien rechazaron aquellos que debieron haber edificado en la ley de Dios para su salvación, lo cual sin embargo se negaron a hacer, prefiriendo más las tinieblas que la luz y la muerte que la vida: reina poderosamente en estos que, ardientes por el toque del Espíritu Santo, se pisan a sí mismos saludablemente desde el exterior, llevándose con todo esfuerzo hacia el interior del espíritu en la plenitud de las virtudes y las buenas obras.

Por eso también en la cima del ángulo oriental del edificio mostrado, donde las dos partes del muro del mismo, es decir, la luminosa y la de piedra, están unidas, ves como siete escalones de piedra blanquísima, porque en la altura de la justicia desde el verdadero oriente que es la piedra angular en la obra divina emanante, donde las dos uniones de la necesaria fortificación, a saber, la ciencia especulativa y la obra humana en la unanimidad del reposo se adhieren: está presente la ascensión séptuple de fortaleza blanquísima, existiendo llena de acción rectísima, que Dios obra y perfecciona en el hombre, como en seis días trabajó y en el séptimo descansó.

Quienes parecen estar decentemente enrollados hacia la gran piedra sobre la cual el luminoso mencionado aparece sentado en el trono; porque toda acción que se perfecciona en los hombres fieles por la fe y la obra, se une con el efecto de la composición más digna de la autoridad de su providencia al temor del Señor, a quien preside la fortísima omnipotencia que gobierna todo. Por lo tanto, también sobre esos escalones se ha colocado un asiento, es decir, sobre las obras que Dios obra en los hombres, el firmamento de protección más firme del que gobierna y ayuda a ellos; porque cualquiera que quiera perseverar con él, no caerá en el error; porque él es el sostén más fuerte, sobre el cual toda justicia está establecida. Y sobre el asiento está sentado un joven con el gobierno más constante, el Hijo del hombre, el Hijo de Dios, reinando en toda justicia con el Padre y el Espíritu Santo, un solo Dios; teniendo un rostro viril y noble, porque él, el león más fuerte, destruyó la muerte con un rostro noble, viniendo visible sin pecado, nacido de una virgen; sin embargo, de color pálido, porque no buscó el honor terrenal entre los terrenales, sino que apareció humildísimo, modesto y pobre en santa humildad.

Por lo tanto, también tiene cabellos negros que descienden hasta sus hombros, porque el pueblo judío, no buscando la claridad de la fe que fue demostrada en la encarnación del mismo Hijo de Dios, se desvaneció obstinada e infielmente en la sombra del entendimiento exterior de la ley; sin embargo, surgido en la cabeza de la justicia y llegando hasta el hombro de la fortaleza donde floreció la obra perfecta en la humanidad del Hijo de Dios, allí en su incredulidad encontró su fin. Y está vestido con una túnica púrpura; porque derramando su sangre en caridad, redimió al hombre que había perecido.

Pero lo que te aparece desde la cabeza hasta el ombligo: esto es que desde su encarnación hasta el tiempo presente, las obras que realizó en la Iglesia son manifiestas para los fieles, pero desde el ombligo hacia abajo está oscurecido para que lo veas; porque aquellas cosas

que desde este tiempo hasta la consumación de este siglo, están por venir en la misma Iglesia, no podrán ser vistas ni conocidas, excepto en cuanto son percibidas por revelación divina y fe católica, porque las máximas resplandores de virtudes que han de manifestarse en los hombres antes del último día, aún permanecen ocultas e ignoradas para los hombres. Y él mirando al mundo, porque el mismo Hijo de Dios dirigiendo con la mirada de su misericordia hacia los hombres, por causas pasadas y futuras dice sus palabras de amonestación más fieles a ellos, para que ellos en sus santos imiten la milicia celestial, huyendo de los peligros de los pecados, y para que luchando con la mayor fortaleza adquieran la felicidad suprema en sus hechos, contradiciendo las penas de los impíos.

Pero lo que ves en la misma región oriental sobre el pavimento del edificio mencionado, ante el mismo joven, tres imágenes de pie junto a él, mirándolo devotamente: esto es que en el nacimiento de la justicia, reprimiendo los deseos carnales, en la disposición del omnipotente Padre apareciendo el Hijo de Dios en carne, estas tres virtudes en devoción unánime por la virtud de la trinidad más constante se manifestaron dirigiendo su mirada hacia él; porque lo desean y buscan en los hombres fieles. Por lo tanto, también hacia el norte entre el gran círculo que se extiende desde el luminoso mencionado sentado en el trono, y entre el mismo edificio ves como una rueda colgando en el aire, y en ella una imagen de hombre apareciendo hasta el pecho, y mirando agudamente al mundo; porque contra las artes diabólicas entre el poder secreto de Dios y la edificación espiritual de él, la circulación de su misericordia en las mentes de los hombres como colgando en el aire, y ahora tocando el poder de la justicia de Dios, ahora confirmando fuertemente su obra en ellos, se gira, en la cual la perfección cristiana en el desprecio del mundo aparece hasta el pecho de su fortaleza; porque esta virtud confiando en la fuerza del combate más fuerte en Dios, amonesta a los hombres que viven secularmente en el mundo con la mirada más aguda de su advertencia, para que en el rechazo de las cosas terrenales imiten el ejemplo del Hijo de Dios que precede, aspirando fuertemente con la intención más constante hacia él. Por lo tanto, también ante el ángulo del mismo edificio que se inclina hacia el sur, otra imagen apareciendo dentro del mismo edificio sobre el pavimento, se vuelve hacia el joven mencionado con gran alegría; porque para que la caída del hombre fuera restaurada a la vida por la bondad del Padre supremo en el ardor de la fructuosidad, esta virtud en la plenitud de la obra divina pisoteando las cosas seculares, y manifestándose abiertamente en la dulzura de su afecto, se dirige con gozo de los hombres fieles hacia el Hijo de Dios en la compañía del orden angélico, porque en la encarnación del mismo Salvador floreció por la virtud suprema. Pero estas imágenes tienen una similitud, porque manifiestan a Dios en los hombres con igual devoción, quienes lo magnifican concordemente en sus obras.

Por lo tanto, también como las otras virtudes que viste antes, todas están vestidas con ropas de seda; porque en sus fuerzas no son diferentes de las otras virtudes que te fueron demostradas anteriormente como las más verdaderas, sino que en el suave negocio de la obra suavísima de los hombres fieles, siempre tienden hacia Dios igualmente hacia arriba. Pero lo que todas están cubiertas con velos blancos en sus cabezas, esto es que juntas en el propósito blanco de la institución legal con gran ligadura ante Dios, la cabeza de todos están ocupadas, como la mujer ante su marido suele ser velada, excepto aquella que está a la derecha de la media de las tres mencionadas, que se ve con la cabeza descubierta y cabellos blancos; porque con la misma prosperidad de la fortaleza por la trinidad suprema que aparece, no cargada por ninguna preocupación de este siglo, en el candor solo del deseo celestial busca disolverse y estar con Cristo, por lo cual también ninguna de ellas está envuelta en un manto; porque están despojadas de todo oficio de servidumbre, por lo cual de su oficio de libertad siempre pueden mirar hacia el cielo, y suspirar hacia Dios, no deseando nada más que lo que

está separado de las cosas terrenales, excepto la media de ellas tres que está vestida con un manto blanco; por lo cual en el sustento divino se insinúa la belleza de la obra discreta de la ley bendita, con la cual la misma virtud está así envuelta como el hombre está envuelto en su manto. Pero lo que todas están vestidas con túnicas blancas: esto es que en el candor de las buenas obras sin la negrura de los malos hábitos se comportan quienes en las iniquidades y vicios de la ceguera de la infidelidad se oscurecen: excepto aquella que aparece en la rueda, que tiene una túnica negra; porque esta en la volubilidad de la clemencia divina está rodeada por aquellos actos que en su severidad son difíciles para la carne, y además de esta que está a la izquierda de la media de las mismas tres, que usa una túnica de color pálido; ella en la adversidad por el amparo de la majestad suprema para su defensa rodeada y vallada, con el lamento de la obra gemebunda, en la cual llorando y lamentándose siempre suspira hacia Dios. Por lo tanto, también todas están calzadas con zapatos blancos; porque en la muerte de mi Hijo iluminando preparan el camino de la paz en las mentes de los hombres, para que deseen las cosas celestiales, excepto la media de ellas tres cuyos calzados de los pies se ven negros y pintados de diversos colores; porque esta permaneciendo bajo la protección de Dios, pero soportando grandes cismas de los infieles en la burla de la negrura de los que se desvían del camino de la verdad, decorada sin embargo con el camino recto de la fe en la mortificación de mi Hijo no disidente a través de muchas infestaciones de las artes diabólicas y diversas tribulaciones de los hábitos de los hombres, perseverando en su fortaleza y belleza tiende hacia lo supremo. Pero sin embargo hay una disimilitud en ellas; porque aunque unánimes y adherentes entre sí en la operación, sin embargo cada una de ellas demuestra sus fuerzas singularmente en los hombres sujetos a ellas en el fervor de la claridad suprema.

Por lo tanto, la imagen que está en medio de las tres mencionadas que le están de pie, declara la constancia; que es columna y fortaleza de las virtudes que le adhieren en medio de este número significando la santa Trinidad, manifestándose y mostrando a los hombres que sean constantes en las buenas obras, porque también Cristo Dios y hombre consumó sus obras que realizó en el mundo con buen fin, así como esta virtud siendo el fundamento de las virtudes interiores en los hombres, con gran disciplina lleva a los hombres hacia Dios. Por lo tanto, también en su pecho aparecen dos ventanillas: lo que es en los corazones de los hombres la manifestación de las cosas celestiales en dos espejos de fe demostrada, porque se debe creer en la divinidad y humanidad en el Hijo de Dios; por quien esa virtud en los hombres perfecta no será movida de la fortaleza de su rectitud. Pero sobre esas ventanas aparece un ciervo vuelto hacia la derecha de la misma imagen, porque sobre esta fe de que el Hijo de Dios es creído como Dios y hombre, él mismo se coloca firmemente por la credulidad del pueblo fiel, cuando por el curso de su velocidad designando el deseo celestial, se vuelve hacia la derecha de la constancia; porque la vida eterna se encuentra en la perseverancia de la buena obra, de modo que pone sus patas delanteras sobre la ventana derecha, y las traseras sobre la izquierda; porque que él mismo sea el verdadero Dios, no debe ser despreciado en la tranquilidad de la fe, ni que sea el verdadero hombre debe ser dudado por nadie que verdaderamente ame a Dios en la impugnación de la misma fe. Por lo tanto, también se adapta como para correr, porque la salvación de las almas se encuentra en su carrera; cuando él en grandes dolores apresurándose hacia la pasión de la cruz, confirió la vida a los que perseveran en la verdad, como también esta virtud en las palabras de su confesión designa arriba.

Pero la segunda imagen que está a su derecha, prefigura el deseo celestial, siempre mirando al cielo y tendiendo hacia la salvación, por lo cual la constancia no apeteciendo la prosperidad de lo caduco, más bien desea la felicidad de lo eterno. Por lo tanto, también mira al ciervo mencionado; porque atendiendo asiduamente al Hijo de Dios en su obra más

luminosa, no podrá saciarse en los dulcísimos abrazos de él, como también afirma arriba en la locución de su deseo.

Pero la tercera imagen que está a su izquierda, muestra la compunción del corazón y el recuerdo de la mente gimiendo y llorando en continua contrición su exilio, cuya bienaventurada efusión la constancia declinando la contrariedad de la parte izquierda que es la perdición del alma, se apresura hacia la vida desde la muerte. Por lo tanto, también mira a las ventanillas mencionadas; porque en los corazones de los fieles dirigiendo toda su intención hacia el Hijo de Dios, reinando tanto en humanidad como en divinidad, se deleita en disfrutar de su dulzura en continua visión, como también lo demuestra en sus palabras con manifestación abierta.

Pero la imagen que aparece hacia el norte en la rueda, pretende la perfección de Cristo y el desprecio del mundo, porque la plenitud de las virtudes en el rechazo de lo secular fue declarada clarísimamente por el Hijo de Dios; quien conversando entre los hombres no codiciando las cosas terrenales, exhortó fuertemente a sus imitadores a aspirar con todo ardor hacia lo celestial. Que en su mano derecha tiene una ramita verde, porque en la felicidad de la salvación del alma contiene la obra del germen más verde y hermoso de las virtudes bienaventuradas que ha sido infundido por la inspiración del Espíritu Santo. Por lo tanto, también la misma rueda gira continuamente con la misma imagen permaneciendo inmóvil en ella, porque la misericordia de Dios inclinándose con piadosa compasión hacia los hombres, y compadeciéndose de sus miserias, siempre es flexible para los que la buscan, teniendo la perfección de Cristo en el desprecio del mundo ninguna movilidad de inestabilidad, sino siempre tendiendo hacia aquellas cosas que están sin ninguna ofensa de mutabilidad. Pero lo que está escrito alrededor de la misma rueda: Si alguno me sirve, sígame. Y donde yo esté, allí estará también mi servidor (Juan 12): esto es que en todas partes la flexible misericordia de Dios, contiene en sí que cualquiera que preste servicio al Hijo de Dios imitando su ejemplo, se regocijará en la bienaventuranza celestial, con él obteniendo la compañía sin fin de los ángeles. Por lo tanto, también en el pecho de la imagen aparece esculpido: Yo soy la ofrenda de alabanza en las provincias; porque Cristo enseñando sabiamente el desprecio de lo secular, por el secreto de su consejo insinúa en los corazones de sus elegidos, que toda alma fiel lo venera y adora con íntima devoción como ofrenda al Padre en el madero de la cruz: cuando también en todo el orbe de la tierra la voz y la lengua de todos los fieles no cesa de resonar su gloria y alabanza, por la recompensa de la vida, como también ella misma lo proclama abiertamente en su locución.

Pero la imagen que aparece ante el ángulo mirando al sur: significa la concordia, huyendo de la rabia de los espíritus malignos, pero abrazando la compañía de los ángeles bienaventurados, cuando ella por amor a Dios evita las divisiones de los infieles; y anhela la visión de la paz perpetua. Por lo tanto, también tiene un esplendor tan grande en el rostro que no puedes mirarla perfectamente; porque careciendo de odio mortal y envidia, prepara una mayor claridad en las almas de los hombres, que la mente mortal puede captar con el cuerpo frágilmente cargado. Pero lo que de cada lado tiene un ala de color blanco cuya anchura supera la longitud de la misma imagen; esto es que tanto en las cosas prósperas como en las adversas que se unen al sudor del trabajo justo, esa virtud extendiendo la protección de su bondad blanquísima, sostiene más en la anchura de su expansión que posee en la caridad de los supremos, que en la longitud del género humano naciente tiene; porque terminado el mundo, volando sobre los cielos de los cielos, aparecerá más entonces que ahora en su claridad. Donde no se busca nada terrenal ni caduco; sino que lo que es celestial para ella es eterno, se ama con el abrazo más dulce, y donde todo claro y alegre perdurará; borrada toda

nube de iniquidad, como también se anuncia fielmente en las palabras de la profesión de esta virtud.

Lo que ves como el pavimento del edificio, que aparece como vidrio blanco y emite un resplandor serenísimo: esto es porque la fortaleza de la verdadera fe, que sostiene y explica la obra y la ciudad de Dios, es completamente pura y lisa en el candor y en el espejo de la simplicidad. La fe misma, con todas las obras que le pertenecen, vigila y edifica en la ciudad de Dios, de modo que Dios, al inicio de las buenas obras de los hombres, sea tocado por el resplandor de la intención más serena; y al final de ellas, sea conocido claramente por la salvación del alma, porque al completar la obra, la fe misma muestra con qué devoción cada alma buscó a Dios. Por eso, el resplandor de aquel que está sentado en el trono, que te muestra todo esto, resplandece a través del pavimento hasta el abismo; porque la gracia del Dios omnipotente, que gobierna todo lo que conoces en esta visión, se manifiesta, y por la fortaleza de la fe, redujo al diablo a la nada en la perdición de la muerte. ¿Cómo? Dios arrojó a la serpiente antigua y a la muerte de la perdición eterna al abismo de la confusión perpetua mediante la fe purísima, que está en la regeneración del espíritu y del agua, atravesando con fuerza las tinieblas de la infidelidad, cuando el Hijo de Dios advirtió a sus fieles que emitieran al mundo las palabras de su doctrina recibidas de él.

Pero entre el círculo extendido desde el que está sentado en el trono y este edificio, aparece la tierra, como si descendiera un poco, de modo que el edificio parece estar colocado sobre un monte; esto significa que entre la fortaleza del poder del Dios omnipotente y la obra elegida de su bondad, hay muchos hombres que, negando la verdadera fe, persiguen más lo temporal que lo eterno, como los paganos, judíos y falsos cristianos, siempre descendiendo de mal en peor, sin mirar hacia arriba al espejo de la fe católica en las cosas caducas, sino esforzándose más por arrastrar su obra perversa en las profundidades del pecado; de modo que la obra máxima y bellísima de Dios, entre las tinieblas de esta infelicidad, aparece claramente a todo hombre que la busca en la altura de la suma bondad; como testifica Juan, el amado evangelista, en la revelación divina, diciendo: "Y me llevó en el espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, teniendo la claridad de Dios" (Apoc. XXI). Esto es así: el Espíritu eleva al espíritu. ¿Cómo? En su virtud, el Espíritu Santo atrae la mente del hombre del peso de la carne, para que pueda volar en la visión de los ojos del espíritu de aquel que ve lo interior, no oscurecido por la ceguera de las voluptuosidades carnales. ¿Qué es esto? Pero el Espíritu Santo eleva el espíritu del hombre hacia el monte de los deseos celestiales: para que pueda considerar claramente las obras que deben realizarse en el espíritu, que es la grandeza de las obras de Dios; a las cuales están subordinadas mil artes de la obra diabólica, de modo que las domina como un monte se prefiere a la llanura de la tierra, y que es un fundamento inmóvil como un monte que no se mueve de su lugar, existiendo de tal altura que el hombre mortal no puede narrarla en su sentido; porque supera toda prudencia humana, que asciende de las mentes terrenales de las cualidades terrenales. Y así se muestran las obras del espíritu al alma fiel y santa: como también la Jerusalén celestial, sin obra de manos de carne, debe ser edificada espiritualmente por la obra dada por el Espíritu Santo, apareciendo en el espíritu con la magnitud y altura de las obras santas, de modo que la misma ciudad se adorna en las buenas obras que se hacen en los hombres por el toque del Espíritu Santo; porque así, colocada sobre el monte y edificada con innumerables edificaciones, recoge en sí las piedras más nobles, que son las almas santas en la visión de la paz, purgadas de toda podredumbre del pecado. Por eso, también con esas piedras preciosas brilla como el oro, porque en los hombres buenos la sabiduría muestra la obra de su claridad. Pero esas obras realizadas en la rectitud de la justicia, con las cuales

también se perfecciona la Jerusalén celestial adornada, ¿de dónde surgieron? Evidentemente, de la altura del cielo, porque como el rocío desciende de las nubes y empapa la tierra con su humedad; así las buenas obras descienden de Dios a los hombres, y son regadas por la infusión del Espíritu Santo; de modo que el hombre fiel, generando buen y dulce fruto, alcanza la comunión de la ciudad celestial. Así, pues, las obras celestiales que vienen del cielo a los hombres por el don del Espíritu Santo, tienen claridad en él, de quien también emanaron. ¿Cómo? Porque la claridad de Dios brilla en las buenas obras de los hombres justos: de modo que él mismo es conocido, adorado y venerado en la tierra con tanto más ardor, por las virtudes con las que la misma ciudad se adorna en sus ornamentos; porque el hombre, haciendo buenas obras con la ayuda de Dios, lo venera en sus maravillas. Y así, esta revelación es vista y conocida por los ojos del espíritu, de modo que por la inspiración del Espíritu Santo, las obras rectas realizadas en los hombres aparecen ante Dios en las alturas.

Por lo tanto, como se ha mostrado, Dios obra desde el oriente y el norte y desde el occidente hasta el sur; donde por su hijo, en el amor de la Iglesia, lleva a efecto todo lo que había sido predestinado antes de la constitución del mundo, hasta ese efecto que es el último día, como también saca su obra por sí mismo, confirmándola y adornándola con las torres y virtudes designadas místicas, y llevándola a la suma perfección, la devuelve a sí mismo. ¿Cómo? La justicia de la acción justa, designada después de la caída de Adán en Noé; se dirige al último día rodeada de muchos milagros, que Dios no ha cesado de mostrar en sus elegidos a través de diversos tiempos, como en la preparación en Noé, y en la manifestación en Abraham y en Moisés, y en la operación en su hijo. ¿Cómo? Antes de los tiempos, estaba en el corazón del Padre celestial que quería enviar a su Hijo al mundo al final de los tiempos para la verdadera salvación y redención del hombre perdido; quien, nacido de una virgen, completó con obra perfecta todo lo que los antiguos santos llenos del Espíritu Santo habían predicho, como el brazo del hombre primero se dobla hacia la obra, y luego la mano opera. ¿Qué es esto? La justicia, es decir, el justo juicio de Dios cuando Adán fue expulsado de la tierra de la floración: comenzó a moverse primero en Noé como en la primera articulación del hombro, así tendiendo a cosas más fuertes en Abraham y en Moisés como a cosas más flexibles según la articulación del brazo, llegando finalmente a la obra perfecta en el Hijo de Dios, por quien todos los signos y proclamaciones de la antigua ley fueron completados con obra abierta; y por quien todas las virtudes con las que la Jerusalén celestial será adornada en sus hijos, fueron manifestadas con declaración certísima en la regeneración del espíritu y del agua, como la mano en sus dedos lleva la obra que opera a la perfecta manifestación: de este modo, completo mi obra para mi gloria y para tu confusión, oh diablo, opuesto a ti por la fortaleza de mi brazo en el norte, en el septentrión y en el occidente, y también resistiéndote según el curso del sol desde el oriente y el mediodía, así subvirtiéndote en el occidente, para que en toda parte estés confundido, porque en mi iglesia que es monte de fortaleza, para tu destrucción, oh deformísimo impostor, hago obra de justicia y santidad; de modo que tú, vencido, perezcas por completo, tú que querías que mi pueblo pereciera. Pero quien tiene oídos agudos de entendimiento interior: que anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN UNDÉCIMA

RESUMEN.---De los cinco cursos ferocísimos de los reinos temporales. Del perro ígneo. Del león fulvo. Del caballo pálido. Del cerdo negro. Del lobo gris. Del monte con cinco cimas y de los cinco lazos de las bestias, qué significa. Palabras de Job sobre el mismo asunto. Que la Iglesia brilla desde su perfección en el decoro de la justicia hasta el tiempo del Anticristo. Que entonces la fe de la Iglesia está casi en duda, excepto por el testimonio de Enoc y Elías.

Que antes del fin del mundo, por el testimonio de los mismos, el esposo de la Iglesia brillará muy claramente, vencido el hijo de la perdición y manifestada la fe de la verdad. Palabras de David sobre el mismo asunto. Que la Iglesia, al enfriarse la justicia, sufrirá muchas y diversas pasiones y persecuciones lamentablemente. Que el Anticristo, desgarrando a los fieles con un terror horrible, infunde a los hombres el hedor de su crueldad y la locura de su mordacidad. Que el Hijo de la perdición intentará doblegar a quienes no puede con halagos, con persecuciones crudísimas. Que la Iglesia en la consumación del mundo será empapada con la sangre más noble, hasta los dos testigos de la verdad. Que estamos en el séptimo milenio. Por qué razón Dios habla a través de un mudo e indocto sobre nuevos secretos y muchos misterios hasta ahora ocultos. Exhortación de Dios a los doctores para que no desprecien este discurso, sino que levanten el estandarte victoriosísimo contra el hijo de la iniquidad. Palabras del Espíritu Santo a la Iglesia sobre el último tiempo. Evangelio sobre el mismo. Que, turbado el orbe, los cuatro elementos serán purificados y la Iglesia se llenará en sus hijos, para que no falten miembros a la cabeza. Que el curso del mundo está ahora en el séptimo número, y después del trabajo, los sellos de las Escrituras se abrirán clara y suavemente como se presentan en este libro, y no hay otro número, lo que queda, no es dado al hombre saber. Por qué Dios quiso encarnar a su Hijo. Del Anticristo y su madre. Que, instruido por su madre en artes mágicas, ejerce su voluntad en diversas criaturas con el permiso de Dios. De su poder y los diversos milagros que parece hacer. Palabras de Moisés sobre la visión de Dios. Que algunos, engañados por el diablo, muestran portentos en las criaturas de manera engañosa; pero no pueden transformarlas de otro modo. Que de diversas maneras el Anticristo engaña a los suyos y por qué se le permite esto. De la muerte simulada del Anticristo, de la escritura de maldición; quien contradiga esto, será muerto. Palabras de Juan. De Enoc y Elías, por qué están reservados para ese tiempo. Palabras de ellos a los hijos de Dios. De los verdaderos signos de ellos por los cuales se rechazan los falsos del Anticristo. Que, con el permiso de Dios, consumados, obtendrán la recompensa de sus trabajos. Que todos los miembros de la Iglesia, por la arrogancia presuntuosa del Anticristo, serán sacudidos con temor, pensando que puede penetrar los secretos celestiales. Que el poder de Dios, con manifiesta virtud, derriba al hijo de la perdición al modo del diablo en la condenación eterna. Que el hedor infernal y la niebla llenarán el lugar de su elevación para que los engañados regresen. Que, derribado el hijo de la perdición, la esposa de Cristo brillará con el candor de una belleza maravillosa, regresando los errantes al camino de la verdad. Que nadie podrá conocer el día del juicio sino Dios. Ejemplo de Sansón.

Luego vi hacia el norte, y he aquí que allí estaban cinco bestias, de las cuales una era como un perro ígneo, pero no ardiente, una como un león de color fulvo, otra como un caballo pálido, otra como un cerdo negro, otra como un lobo gris, y se volvían hacia el occidente. Y en el occidente, ante esas bestias, apareció como un monte con cinco cimas; de modo que desde la boca de cada bestia se extendía una cuerda hacia cada cima del monte, todas de color subnegro, especialmente la cuerda que se extendía desde la boca del lobo, que parecía en parte negra y en parte blanca. Y he aquí que en el oriente, vi nuevamente al joven que antes había visto sobre el ángulo de la unión del muro luminoso y de piedra del edificio, vestido con una túnica púrpura, sobre el mismo ángulo, pero ahora apareciendo desde el ombligo hacia abajo: así ves que desde el ombligo hasta el lugar donde se distingue al varón, brillaba como la aurora, y allí había como una lira con sus cuerdas tendida transversalmente, y desde ese lugar hasta los talones de los pies, es decir, hasta la medida de dos dedos transpuestos tocando arriba el talón, era sombrío y desde esa medida por todos sus pies aparecía más blanco que la leche. Pero también aquella imagen femenina que antes había visto ante el altar que está ante los ojos de Dios, ahora también me fue mostrada aquí nuevamente; pero de modo que también la viera desde el ombligo del vientre hacia abajo. Pues desde el ombligo

hasta el lugar donde se conoce a la mujer, tenía manchas variadas y escamosas. En el lugar de la cognición femenina apareció una cabeza monstruosa y negrísima con ojos ígneos, y orejas como orejas de asno, y narices y boca como narices y boca de león, rechinando con gran abertura, y afilando horriblemente dientes como de hierro y horribles. Pero desde esa cabeza hasta sus rodillas, aquella imagen era blanca y roja y como si estuviera contusa por mucha contrición. Desde las mismas rodillas hasta dos zonas que tocaban transversalmente arriba el talón de los pies, aparecía sanguínea. Y he aquí que aquella cabeza monstruosa se movió de su lugar con tanto estruendo que toda la imagen femenina fue sacudida en todos sus miembros. Pero también como una gran masa de mucha hez se unió a esa cabeza, de modo que elevándose sobre un monte, intentó ascender a la altura de los cielos. Y he aquí que como un golpe de trueno viniendo de repente, golpeó aquella cabeza con tanta fuerza que cayó de aquel monte y exhaló su espíritu en la muerte. Por lo cual, de repente, una nube fétida cubrió todo el monte, en la cual aquella cabeza fue envuelta con tanta suciedad que los pueblos que estaban alrededor se convirtieron en gran terror, permaneciendo la nube alrededor del monte por algún tiempo. Lo cual viendo el pueblo que estaba alrededor, sacudido por gran temor, decía entre sí: ¡Ay! ¡Ay! ¿Qué es esto? ¿Qué nos parece que es esto? ¡Ah, nosotros miserables! ¿Quién nos ayudará? ¿O quién nos librará? No sabemos cómo fuimos engañados. ¡Oh Dios omnipotente, ten misericordia de nosotros! Volvamos, volvamos entonces; apresurémonos al testamento del evangelio de Cristo, porque ¡ah, ah, ah! fuimos amargamente engañados. Y he aquí que los pies de la imagen femenina mencionada aparecieron blancos, devolviendo un resplandor sobre el resplandor del sol. Y oí una voz del cielo que me decía: Aunque todas las cosas que están en la tierra tienden a su fin, de modo que el mundo, puesto en el defecto de sus fuerzas, se inclina hacia su salida oprimido por muchas miserias y calamidades; sin embargo, la esposa de mi Hijo, aunque muy fatigada por los precursores del hijo de la perdición y por el mismo destructor en sus hijos, no será quebrantada, aunque sea muy combatida por ellos. Cuando ella, al final de los siglos, resurgirá más robusta y fuerte, será devuelta más hermosa y clara; para que de este modo proceda más suavemente y dulcemente a los abrazos de su amado. Lo cual también esta visión que ves designa místicamente. Pues ves hacia el norte, y he aquí que allí están cinco bestias, que son en los deseos carnales en los que no falta la mancha del pecado, cinco cursos ferocísimos de los reinos temporales que se embriagan ferozmente en sí mismos.

De las cuales una es como un perro ígneo pero no ardiente; porque el curso de esos tiempos tendrá hombres mordaces en su constitución, apareciendo en su estimación como fuego, pero no ardientes en la justicia de Dios. Y una es como un león de color fulvo; porque ese curso sostendrá hombres belicosos, moviendo muchas guerras, pero sin mirar en ellas la rectitud de Dios, porque en el color fulvo los reinos comenzarán a incurrir en la fatiga de la debilidad. Otra es como un caballo pálido; porque esos tiempos producirán hombres lascivos en el diluvio del pecado y saltando en la velocidad de su voluptuosidad sobre la operación de las buenas virtudes, donde entonces el corazón de esos reinos se romperá en el palor de su ruina, porque perderá entonces el rubor de su fortaleza. Pero otra, como un cerdo negro; porque ese curso tendrá gobernantes haciendo en sí mismos una gran negrura de tristeza, y envolviéndose en el lodo de la inmundicia, es decir, posponiendo la ley divina en muchas contrariedades de fornicaciones y otras abominaciones similares, y maquinando muchos cismas de los preceptos divinos en santidad.

Otra, sin embargo, como un lobo gris; porque esos tiempos tendrán hombres acumulando para sí mismos muchas rapinas tanto en potestades como en otros éxitos, mostrándose en estas contiendas ni negros ni blancos, sino como grises en sus astucias: dividirán y derribarán las cabezas de esos reinos, porque entonces vendrá el tiempo de la enredadera de muchas

almas, donde el error de los errores se levantará desde el infierno hasta el cielo; de modo que los hijos de la luz serán puestos en el lagar de sus martirios, no negando al Hijo de Dios, sino rechazando al hijo de la perdición que intentará realizar sus voluntades con artes diabólicas. Y estas bestias se vuelven hacia el occidente, porque estos tiempos caducos caen con el sol poniente; porque así como él nace y se pone, así también hacen los hombres cuando aquí nacen y cuando allí mueren.

Unde etiam allí en el occidente aparece ante esas bestias como una colina que tiene cinco cimas; porque en las concupiscencias carnales, en esos impulsos, se muestra el poder dispuesto, revelado en cinco alturas, de tal manera que desde la boca de cada bestia se extiende una cuerda hacia cada cima de esa colina; ya que desde el inicio de esos tiempos, la extensión de la duración se extiende hacia cada altura del poder dispuesto, todas de color negro excepto la cuerda que se extiende desde la boca del lobo, que se ve en parte negra y en parte blanca, porque esas extensiones están en la variedad de la contumacia del placer de los hombres. Con esa extensión que está en la voracidad del robo, extendiéndose en parte de negrura, muchas iniquidades, de tal manera que de ella proceden en mucho candor de justicia aquellos que, con milagros aterradores, se oponen al hijo de la perdición, como mi siervo Job muestra sobre el hombre justo haciendo justicia, diciendo: "El inocente se levantará contra el hipócrita, y el justo mantendrá su camino y con manos limpias añadirá fortaleza" (Job XVII). Esto es así: Quien es inocente de obra sanguinaria, es decir, de homicidio y fornicación y obras malas similares, se levanta como una chispa ardiente contra aquel que siempre miente en sus obras. ¿Cómo? Porque él nombra miel; pero devora veneno y llama amigo a quien como enemigo asfixia. Es decir, cuando suenan palabras dulces; pero dentro tienen malicia, y cuando habla amablemente con un amigo, intenta matarlo en emboscadas. Pero quien tiene la vara, ahuyentando de sí mismo a los animales indignos, tiene también caminos claros ante el sol resplandeciente, porque él es una chispa clara y una luz clara en Dios, levantándose como una antorcha brillante; y así, rodeándose de obras fortísimas y purísimas, se pone una fuerte coraza y una espada cortante, expulsando de sí mismo los vicios y conciliando las virtudes.

Por lo tanto, también en el oriente ves de nuevo a ese joven que antes habías visto sobre el ángulo de la unión del muro luminoso y de piedra de ese edificio, vestido con una túnica púrpura, sobre el mismo ángulo, porque el oriente de la justicia, el Hijo del Hombre, presidiendo la fortaleza de la unión de la ciencia especulativa y la obra humana en la bondad del Padre que edifica hacia arriba, cuando el mismo Hijo del Hombre, en la voluntad de su Padre, juega con su sangre por la salvación del mundo (como te ha sido mostrado), allí él también ahora sentado en la misma altura para la confirmación de la verdad se te manifiesta de nuevo a través de los misterios de sus milagros, de tal manera que ahora se te aparece desde el ombligo hacia abajo; porque desde la fortaleza de sus miembros, que son sus elegidos, donde ahora él, el Esposo de la Iglesia, florece hasta la culminación de ellos, ves muchas señales admirables y oscuras, de tal manera que desde el ombligo hasta el lugar donde se distingue al hombre, brilla como el amanecer; porque desde esa perfección, cuando ya sus miembros fieles tienen la perfección de la fortaleza, hasta el tiempo del hijo de la perdición, que se simulará ser un hombre de virtud, en la rectitud de aquellos que lo cultivan devotamente, mostrará el resplandor de la justicia. Por lo tanto, allí yace como una lira con sus cuerdas en transversal; lo que es en esa persecución en la que el hijo de la iniquidad infligirá muchos tormentos a los elegidos, el gozo de los cánticos de aquellos que ya, debido a los terribles tormentos que sufren en sus cuerpos, se liberan de los lazos corporales, pasando al descanso.

Pero desde ese lugar hasta los talones de los pies, es decir, hasta la medida de dos dedos transversales tocando arriba su talón, es sombrío; porque desde esta persecución que los fieles sufrirán del hijo del diablo, hasta la doctrina de los dos testigos, a saber, Enoc y Elías, que desprecian lo terrenal y ponen sus labores en deseos celestiales, la fe de la institución eclesiástica debe ser tenida como en duda: con los hombres diciendo con mucho dolor: ¿Qué es lo que se dice de Jesús? ¿Es verdad o no? Pero desde esa medida tocando arriba el talón, a lo largo de sus pies aparece más blanca que la leche: lo que es desde el testimonio de esos testigos que esperan las recompensas eternas, con el hijo de la perdición vencido, el Hijo antes del fin del mundo brillará en la fe católica más blanco y hermoso, de tal manera que entonces la verdad será conocida abiertamente por él; y que la falsedad en el hijo de la iniquidad será completamente rechazada, como también mi siervo David testifica, donde dice: "El rey se alegrará en Dios, serán alabados todos los que juran por él; porque se ha cerrado la boca de los que hablan iniquidades" (Salmo LXII). Esto es así: La profunda ciencia que es un gran estado en el hombre, tocando la hermosa forma de las lenguas de los hombres por la voluntad y disposición de Dios, sinfoniza vigorosamente en el altar de Dios, porque conoce a Dios y los benditos en las alabanzas de las mentes sonantes corren, haciendo un torrente de palabras en la purísima fuente del más fuerte dominador: cuando en el tiempo perdido se destruyen las aperturas de los silbidos de las artes diabólicas, que infectan vergonzosamente las mentes de los hombres. Pero también esa imagen femenina que antes habías visto ante el altar que está ante los ojos de Dios, ahora también se te muestra aquí de nuevo; porque la esposa del Hijo de Dios, insistiendo en las purísimas oraciones de los santos, y ofreciéndolas devotamente a la investigación celestial según te ha sido mostrado, ahora también se te declara en los mismos sacramentos para la afirmación de la justicia; de tal manera que ahora también la ves desde el ombligo del vientre hacia abajo; porque ella, por esa creación en la que ahora es promovida en la dignidad eclesiástica, hasta la plenitud de sus hijos, se te manifiesta con muchos misterios de milagros para la protección de muchos. Pues desde el ombligo hasta el lugar donde se conoce a la mujer, tiene manchas variadas y escamosas: lo que es desde esa fortaleza en la que ahora florece digna y laudablemente en sus hijos, hasta ese tiempo en el que el hijo de la perdición intentará perfeccionar sus artes, que el diablo infundió en la primera mujer, soportará lamentablemente y miserablemente la variedad y dureza en la objeción de muchos vicios tanto en los fornicarios como en los males mortíferos y rapaces. ¿Cómo? Porque aquellos que deberían amarla, la perseguirán con dureza.

Por lo tanto, también en el lugar del conocimiento femenino aparece una cabeza monstruosa y negrísima; porque con las artes de la primera seducción en monstruosas torpezas, y en negrísimas iniquidades, el hijo de la perdición vendrá enloquecido, teniendo ojos de fuego y orejas como las de un asno, y nariz y boca como las de un león: cuando, con actos furibundos de fuego nequísimo y sonidos torpísimos de contradicción, hace que los hombres nieguen a Dios, infundiendo así un hedor pésimo en sus sentidos, y desgarrando con la más cruel rapacidad las instituciones eclesiásticas, rechinando con gran abertura y afilando horriblemente como dientes de hierro y horribles; porque con una voracidad de vicios, la fortaleza y locura de su mordacidad, la infunde pésimamente en aquellos que le consienten. Y desde esa cabeza hasta esas rodillas, está blanca y roja y como aplastada con mucha contrición; porque desde la pésima decepción con la que el hijo de la perdición intentará primero seducir a los hombres suavemente y con dulzura, hasta ese tiempo cuando ya intentará doblegarlos e inclinarlos más cruelmente, la Iglesia en sus hijos soportará la blancura de la verdadera fe, pero en ella la angustia del estupor sanguíneo y las máximas tribulaciones de diversas pasiones. Pero desde esas rodillas hasta las dos zonas que transversalmente tocan arriba el talón de los pies, se ve blanca, aparece sanguínea; porque

cuando ya haya soportado como el movimiento de su opresión, hasta los dos testigos de la verdad que sostendrán fuertemente a la Iglesia, ya cerca de la consumación del mundo mostrando el candor de la justicia y la rectitud, sufrirá persecuciones muy criminales y derramamientos de sangre muy crueles, en aquellos que despreciarán a ese destructor. ¿Qué es esto? Cuando el hijo de la perdición en su doctrina contraria ya haya recibido confianza y fortaleza falsamente fortalecida; entonces también la Iglesia en el curso de su prisa será empapada con la sangre más noble, donde también entonces se construirá plenamente la morada celestial. Pues vosotros, oh calles de Jerusalén, entonces resplandeceréis en el mejor oro por la sangre de los santos; porque el diablo entonces será extinguido, ya que persiguió a los miembros del rey supremo, de tal manera que él mismo por su gran terror será reducido a nada.

Pero oh vosotros hombres, que deseáis habitar en ellos, huid de él, y adorad a Dios que os creó. Porque en seis días Dios perfeccionó sus obras; y en el séptimo descansó de su obra. ¿Qué es esto? Seis días son seis números del siglo; pero en el sexto se han manifestado nuevos milagros al mundo, como también en el sexto día Dios completó sus obras. Ahora, sin embargo, el mundo, en el séptimo número del siglo antes del último día, está como en el séptimo día. ¿Cómo? Las voces de los profetas se han completado, también mi Hijo ha perfeccionado mi voluntad en el mundo, y el Evangelio ha sido predicado abiertamente en todo el mundo, pero también esto a través del tiempo de los tiempos del número pleno, y a través de más tiempo de los años de ese número pleno, aunque en mucha diversidad de costumbres de los hombres, sin embargo, por mí bien fundado ha permanecido. Pero ahora la fe católica vacila en los pueblos, y el Evangelio cojea en los hombres, incluso los volúmenes más fuertes que los doctores más probados han desentrañado con mucho estudio: se disuelven en un tedio vergonzoso, y el alimento de vida de las Escrituras divinas ya se ha enfriado. Por lo tanto, ahora hablo a través de un hombre que no habla de las Escrituras, ni enseñado por un maestro terrenal; pero yo, que soy, expongo a través de ella nuevos secretos y muchos misterios que hasta ahora han estado ocultos en los volúmenes, como hace un hombre que primero compone el barro para sí mismo: y luego de él discierne cada forma según su voluntad.

Oh doctores fructuosos de buen lucro, redimid vuestras almas y proclamad este discurso con fuerza, y no seáis incrédulos a él; porque si lo despreciáis, no lo despreciáis a él sino a mí que soy veraz. Vosotros debéis nutrir a mi pueblo bajo mi ley, teniendo cuidado hasta el tiempo prefijado de esa curación, cuando toda cura de todos los trabajos cesará. Pero de este tiempo tenéis los tiempos de los tiempos de la predestinación prefijada, corriendo hacia ese tiempo en el que vendrá el hijo de la perdición. Fortaleceos, pues, y confortaos, mis elegidos, precaviendo que no caigáis en la trampa de la muerte; sino levantad el estandarte más victorioso de estos discursos, y arrojadlo sobre el hijo de la iniquidad. Porque en el error de esos caminos que preceden y siguen al hijo de la perdición, a quien llamáis Anticristo: imitad las huellas de aquel que os enseñó el camino de la verdad cuando apareció en carne en el mundo con gran humildad y no con soberbia. Escuchad, pues, y entended. Porque el Espíritu dice a la Iglesia sobre el tiempo del último error. La muerte irrumpirá en la Iglesia en esa hora cuando al final de los tiempos vendrá el maldito, el hijo de la maldición, que es la maldición de las maldiciones, como mi hijo testifica en el Evangelio sobre la ciudad del peor error diciendo: "Y tú, Capernaum, ¿serás exaltada hasta el cielo? hasta el infierno descenderás" (Mateo XI). Esto es así: Oh tú, cueva de iniquidad, fosa de ocultación, y alas de simulación de hipócritas, ¿cómo podrías estar en lo alto de los muros, cuando tu ojo contempla las iniquidades de los vicios, que esconden la luz ardiente en las inmundicias, diciendo: ¿Quién es como el parricida en la hipocresía, a quien los necios llaman dominador?

¿Tendrás el cielo en los milagros de las señales, cuando mojes tu dedo en el abismo? ¿Cómo? Tus obras buscarán el fondo del infierno, en cuya voracidad yacerás absorbida: de tal manera que incluso el infierno vomitará ese hedor, en el que el mundo verá la amargura de la muerte en el destructor de las destrucciones.

Pero la cabeza no debe estar sin el vientre y sin los demás miembros. La cabeza de la Iglesia es el Hijo de Dios, el vientre y los demás miembros que siguen, es la Iglesia con sus hijos. Sin embargo, la Iglesia aún no está perfecta en sus miembros y en sus hijos, pero en el último día, cuando se complete el número de los elegidos, entonces también la Iglesia estará plena. Pero también entonces en el último día habrá una turbación del orbe terráqueo; cuando yo, Dios, lave los cuatro elementos, con aquello que es mortal en la carne del hombre, y entonces en la consumación del siglo habrá pleno gozo de la descendencia de la Iglesia. Como se ha dicho antes, en seis días Dios perfeccionó sus obras. Cinco días, cinco números del siglo son, en el sexto se han manifestado nuevos milagros en la tierra como en el sexto día fue formado el primer hombre. Pero ahora el sexto número ha terminado y se ha llegado al séptimo número; en el que ahora el curso del mundo está como en el séptimo día de descanso, porque ese trabajo que antes los doctores más fuertes tuvieron en la profundidad de los sellos cerrados de las Sagradas Escrituras: ahora estando abierto debe ser abiertamente proclamado, en la ligereza de las palabras como son las palabras de este libro, casi en el séptimo día de descanso. Porque seis días son de trabajo, el séptimo es de descanso. No hay otro número de días, lo que te queda, oh hombre, no es para saber; pero está en el secreto del Padre. Pero vosotros, oh hombres, de este tiempo: tenéis el tiempo de los tiempos en vuestro curso antes de que venga ese homicida, que deseará pervertir la fe católica. Pero lo que suceda después; ni el tiempo ni el momento os es dado a conocer, como tampoco podéis saber qué hay después de los siete días de la semana; pero solo el Padre lo sabe, quien también ha puesto estas cosas en su poder. Porque de los días de la semana o de los tiempos de los tiempos del siglo, no se te da a conocer más, oh hombre.

Pero después de cinco números del siglo, he manifestado milagros celestiales al mundo; como también en cinco días fue creada otra criatura antes del hombre, que fue sujeta al hombre. Así también la plenitud de los infieles y de los judíos había sido, y diversos cismas de diversos males tanto del pueblo gentil como del judío habían hervido, y la ley y la profecía ya habían sudado, y todos los pueblos tanto en males como en bienes habían sido probados, antes de que mi unigénito tomara carne de la virgen. Pues no había sido decretado que él fuera enviado sino después de que todas estas cosas fueran precedidas, para que toda justicia fuera probada en él, y para que toda injusticia fuera escandalizada por él. Si mi Hijo hubiera venido antes, esto habría sido hecho como insensatamente, como actúa imprudentemente aquel hombre que quiere recoger sus frutos antes de que maduren, o si su encarnación hubiera sido dilatada hasta el mismo fin del mundo: entonces vendría rápidamente como ese cazador que atrapa aves fraudulentamente, sin que ellas sepan cómo han entrado en su red. Pero mi Hijo vino en ese tiempo como cuando ya el día después de la nona tiende hacia la tarde, es decir, cuando ya la máxima virtud del día se retira, el frío comienza a llegar: así después de cinco números del mundo mi Hijo vino al mundo cuando el mundo ya corre hacia el ocaso. ¿Qué entonces? Él viniendo abrió la médula de la ley donde convirtió el agua de la ley en el vino del Evangelio, donde también hizo emanar los máximos flujos de virtudes, lo que completó viniendo tan oportunamente; para que las virtudes eclesiásticas que el Espíritu Santo enciende se fortalecieran con raíces firmes en los hombres, y para que la virginidad que él mismo trajo, brotara y se expandiera en los más dignos brotes de flores.

Pero el homicida insano, el hijo de la perdición, vendrá en un tiempo brevísimo; cuando ya el día se retira, el sol ocultándose en el ocaso, es decir, cuando el tiempo último ya cae y el mundo abandona su curso; este testimonio, oh mis fieles, escuchad, y entendedlo devotamente para vuestra cautela, no sea que sin saberlo el error de ese destructor venga de repente, precipitándoos en la ruina de la infidelidad y la perdición. Por lo tanto, armaos y preparaos para la más fuerte lucha de esta manera, premunidos con las más fieles municiones: preparaos. Porque cuando llegue ese tiempo en el que ese engañador más inicuo aparezca horriblemente, esa madre que dará a luz a este engañador en el mundo, desde su infancia en la edad de doncella llena de artes diabólicas y vicios, en el desierto de la abyección entre los hombres más nefandos ha sido criada, allí sin que sus padres lo sepan, ni aquellos con quienes mora la conozcan, porque el diablo la persuade de ir allí, y allí la compone según su voluntad engañándola, como si fuera un ángel santo. Y por eso ella se separa de los hombres, para que pueda ser ocultada más fácilmente; por lo tanto, también se mezcla con algunos pero pocos hombres con el más nequísimo latrocinio de fornicación en secreto, y en tanto estudio de torpeza se contamina con ellos, como si un ángel santo le ordenara cumplir el fervor de su depravación. Y así en el ardor más ferviente de su fornicación concibe al hijo de la perdición, sin saber de qué semilla de esos hombres lo ha concebido. Pero Lucifer, la serpiente antigua, deleitándose con esta torpeza, sopla esta coagulación con mi justo juicio con sus artes, y la posee con todas sus fuerzas en el vientre de su madre, así saliendo ese destructor del vientre de su madre lleno del espíritu diabólico. Luego evita esa fornicación acostumbrada: y abiertamente dice al pueblo necio e insensato, que no tiene marido, ni sabe quién es el padre de su hijo; pero la fornicación que ha perpetrado, la llama santa. Por lo tanto, el pueblo la considera y la nombra santa.

Así, el hijo de la perdición es nutrido hasta la edad adulta por las artes diabólicas, siempre ocultándose del pueblo que lo conoce. Pero su madre, a veces, lo muestra al pueblo que adora a Dios y al que no, usando ciertas artes mágicas; así logra que lo vean y lo amen. Cuando alcanza la plena madurez, enseñará abiertamente una doctrina contraria; oponiéndose a mí y a mis elegidos, adquiriendo tal fortaleza que intentará elevarse sobre las nubes con su gran poder. Pues yo, en mi justo juicio, le permito ejercer su voluntad en diversas criaturas; porque así como el diablo dijo al principio: "Seré semejante al Altísimo" (Isaías XIV) y cayó, también permito que el mismo diablo caiga en el último tiempo cuando dice en este su hijo: "Yo soy el Salvador del mundo". Y así como todo el siglo de los fieles supo que Lucifer fue un mentiroso cuando quiso ser semejante a Dios al principio de los días, así también todo hombre fiel verá que el hijo de la iniquidad es un mentiroso cuando se hace semejante al Hijo de Dios antes del último día. Él es la peor bestia, matando a los hombres que lo niegan y aliándose con reyes, duques, príncipes y ricos, oprimiendo la humildad y levantando la soberbia, sometiendo el orbe de la tierra con arte diabólica. Su poder se extiende hasta el borde del viento; de tal manera que parece mover el aire, sacar fuego del cielo, y producir relámpagos, truenos y granizos, incluso derribar montañas, secar aguas, quitar el verdor a los bosques y devolverles su savia verde. Muestra tales ilusiones en diversas criaturas; a saber, en su humedad, en su verdor y en su sequedad. Pero tampoco cesa de hacer sus engaños en los hombres. ¿Cómo? Parecerá que imparte enfermedad a los sanos y salud a los enfermos, expulsa demonios y a veces resucita muertos. ¿Cómo? Pues cuando alguien haya expirado, cuya alma está en poder del diablo, alrededor del cadáver de aquel que ha muerto, a veces, con mi permiso, mostrará sus ilusiones, haciendo que el cadáver se mueva como si viviera, lo cual se le permitirá hacer por un brevísimo tiempo y no por un período más largo; para que con esta presunción no se burle ni desprecie la gloria de Dios. Algunos, al ver esto, confiarán en él; otros, queriendo mantener su fe anterior, siempre desearán que él les sea propicio. Sin

embargo, no queriendo dañarlos más severamente, les envía ciertas enfermedades. Quienes, al buscar medicina y ayuda de los médicos y no poder curarse, recurrirán a él intentando ver si puede curarlos; y cuando los vea venir a él, les quitará la debilidad que les había infligido. Por lo cual, amándolo mucho, creerán en él. Y así muchos serán engañados, ya que nublan los ojos del hombre interior; por los cuales debieron mirar hacia mí, queriendo en la prueba de su alma conocer como en una novedad aquellas cosas que ven con los ojos exteriores y que tocan con las manos, despreciando aquellas invisibles que permanecen en mí y que deben ser comprendidas con verdadera fe, porque los ojos mortales no pueden verme, pero muestro mis milagros en sombra a quienes quiero; pero nadie me verá mientras permanezca en un cuerpo mortal, salvo en la sombra de mis misterios como hablé a mi siervo Moisés, como está escrito: "No me verá hombre y vivirá" (Éxodo XXXIII). Esto es así: El ojo de su mortalidad no pondrá en la claridad de mi divinidad, aquel que es mortal, de tal manera que en la ceniza corruptible pueda tener vida mortal, mientras está en el cambio del tiempo transitorio, es decir, que deja una vida y pasa a otra; porque todas las cosas vivientes están consolidadas por mí, y porque yo vivo y no hay cambio en mí. Pues así como el mosquito no puede vivir si se lanza a la llama del fuego, así tampoco el hombre mortal podría subsistir si viera el resplandor de mi divinidad, pero yo me muestro a los hombres mortales mientras están cargados con el peso de su mortalidad, en sombra; como el pintor declara a los hombres lo que es invisible a través de las imágenes de su pintura. Pero si, oh hombre, me amas, te abrazaré y te calentaré con el calor del Espíritu Santo. Pues cuando con buena intención me mires y me reconozcas en tu fe, entonces yo también estaré contigo. Pero quienes me desprecian, se vuelven al diablo, porque no quieren conocerme. Por lo cual yo también los rechazo.

El diablo los engaña y los decepciona como le place: de tal manera que ellos creen que es verdad todo lo que les muestra. Y el diablo infunde esta misma arte de su engaño a quienes confían en él: de tal manera que ellos muestran falsamente a los hombres diversos portentos en las criaturas según su voluntad. Pero no pueden transmutar los elementos ni otras criaturas que fueron creadas por Dios de otra manera; sino que solo a través de sus engaños, fingen ciertos monstruos o como ciertas nubes en ellos para quienes creen en él. Pues así como Adán, cuando buscó más de lo que debía tener, perdió la gloria del paraíso; así también estos pierden la vista y el oído del hombre interior, porque abandonan a Dios y adoran al diablo.

De esta manera, el hijo de la perdición opera los engaños de sus artes en los elementos, mostrando en ellos belleza, dulzura y suavidad según la voluntad de los hombres a quienes engaña. Pero este poder le es prometido para que los fieles en la fe recta vean que el diablo no tiene poder en los buenos, sino solo en los malos de muerte eterna. Pues todo lo que este hijo de la iniquidad opera, lo hace en poder, soberbia y crueldad, no teniendo misericordia, humildad ni discreción; sino que precipita a los hombres con imperio y gran asombro para que lo sigan, pues adquiere para sí muchos pueblos, diciéndoles que realicen libremente sus voluntades, que no se constriñan mucho en vigiliass o ayunos, proponiéndoles que solo amen a su Dios, a quien él simula ser: para que así, liberados del infierno, lleguen a la vida. Por lo cual, aquellos engañados de esta manera dicen: ¡Ay de aquellos miserables que fueron antes de estos tiempos, porque afligieron su vida con terribles tormentos, ignorando la piedad de nuestro Dios! Pues él les muestra tesoros y riquezas, y les permite banquetes según sus voluntades, confirmando su doctrina con signos engañosos; de tal manera que creen que no es necesario de ninguna manera constriñir y castigar sus cuerpos. Pero también les ordena observar la circuncisión y el judaísmo según las costumbres de los judíos, haciendo más leves para ellos los preceptos más fuertes de la ley, que el Evangelio convierte en gracia con digna penitencia, según su voluntad. Y dice que quien se convierta a mí, sus pecados serán

borrados, y vivirá conmigo eternamente. También rechaza el bautismo y el evangelio de mi Hijo. Y se burla de todos aquellos preceptos que fueron entregados a la Iglesia. Y nuevamente, con burla diabólica, dice a sus servidores: miren quién y qué clase de loco fue aquel que instituyó observar estas cosas con sus mentiras al pueblo sencillo.

Pero yo quiero morir por ustedes y para su gloria, y resucitar de la muerte. Y así liberaré a mi pueblo del infierno; para que de aquí en adelante vivan gloriosamente conmigo en mi reino, que aquel engañador antes simuló haber hecho. Y luego dice a sus amados: que lo golpeen con la espada, y lo envuelvan en una sábana hasta el día de su resurrección, engañándolos de tal manera que creen que lo matan, y que cumplen sus preceptos de esta manera, después simulando resucitar, presenta la escritura de una maldición terrible como si fuera la salvación de las almas; la cual, entregándola como señal a los hombres, ordena que lo adoren. Y si algún fiel, por amor a mi nombre, se niega, será consumido por él con un terrible tormento de torturas, por lo cual todos los que vean o escuchen esto serán sacudidos con gran asombro y duda, como también mostró mi amado Juan, diciendo: "Y vi una de sus cabezas como herida de muerte, y su herida mortal fue curada. Y toda la tierra se maravilló tras la bestia" (Apocalipsis XII). Esto es así: Yo, amante de los misterios de Dios, vi al engañador y maldito en máximas e innumerables iniquidades rodeando toda la santidad de los santos, y fatigándola con múltiples vicios; quien en los actos de sus mentiras asimilará derramar su sangre en la muerte, no cayendo en su cuerpo sino en una sombra engañosa, como si fuera golpeado y muerto. Por lo cual, también en el error de sus heridas engañosas, simula como si hubiera revivido del sopor de la muerte; y así todos los hombres que están en toda la tierra, en el horror de esta maldición, serán tomados por un asombro admirable y terrible, como también el pueblo se asombró ante la magnitud y fortaleza de Goliath, cuando lo vio armado en la batalla contra ellos. Y así como ves, las columnas de mis elegidos, tanto de estos tormentos como de los signos contrarios e inmensos y horribles que el hijo de la perdición emitirá, parecerán ser movidas con gran asombro de pavor, emitiendo un gemido de angustia lamentable.

Pero enviaré a mis dos testigos que he reservado para ese tiempo en el secreto de mi voluntad, a saber, Enoc y Elías; para que ellos se opongan y conduzcan a los errantes al camino de la verdad. Quienes mostrarán a los fieles las virtudes más fuertes y robustas; porque cuando las palabras de su testimonio en la boca de ambos consientan igualmente, los oyentes prestarán fe. Pues por eso estos dos testigos de la verdad han sido reservados por mí durante tanto tiempo, para que entonces, al proceder ellos, su palabra se mantenga y se consolide en los corazones de mis elegidos, para que de allí el germen de mi Iglesia subsista en gran humildad. Y ellos dirán a los hijos de Dios cuyos nombres están en el libro de la vida: Oh vosotros rectos de corazón y elegidos en la gloriosa alabanza de las benditas gracias de la vida, escuchad y entended lo que os decimos con confianza. Este maldito ha sido enviado por el diablo, para enviar al error a las almas que se someten a sus preceptos. Pues nosotros estábamos reclusos de este mundo, reservados en los secretos de Dios que están ocultos a los hombres, de tal manera que no estuvimos en la preocupación y angustia de los hombres. Pues para esto fuimos reservados, y enviados a vosotros; para contradecir los errores de este destructor. Mirad, pues, si somos semejantes a vosotros en estatura corporal o en edad. Y todos los que quieran conocer y confesar al verdadero Dios: seguirán a estos dos ancianos y verdaderos testigos, portadores del estandarte de la justicia de Dios, abandonando el error iniquo, porque ellos brillarán en grandes proclamaciones y ante Dios y ante el pueblo; recorriendo aldeas, plazas, ciudades y otros lugares dondequiera que el hijo de la perdición haya exhalado su doctrina contraria, y haciendo en ellos muchos signos en el Espíritu Santo, de tal manera que todo el pueblo que los vea se llene de gran admiración. Por eso, estos

grandes signos sobre la roca firme les serán dados, para que aquellos signos contrarios y falsos sean rechazados. Pues así como el rayo incendia y quema, así también el hijo de la perdición hará con su iniquidad perversa y su maldad, quemando a los pueblos con artes mágicas como con el fuego del rayo. Pero Enoc y Elías, con la doctrina recta, como con el golpe del trueno, aterrorizando, derribarán toda su cohorte, estabilizando a los fieles de esta manera.

Sin embargo, en la permisión de mi voluntad, finalmente consumados por él, recibirán la recompensa de sus trabajos en los cielos. Entonces, las flores de su doctrina cayendo, porque sus voces ya no se escucharán en el mundo, mostrarán buen fruto en los elegidos, despreciando las palabras y la rabia del arte diabólico, y bien firmados en la esperanza de la herencia suprema, como también Salomón mostró sobre el hombre bueno y recto, diciendo: "La casa del justo es gran fortaleza, y en los frutos del impío hay turbación" (Proverbios XV). Esto es así: La aguda morada donde no hay contrición ni infelicidad: es un espejo especial del ojo de Dios en el hombre recto, en el cual el mismo ojo ve la fortaleza de sus milagros como en el apetito de una espada golpeante. Pero en los hechos procedentes, como en los frutos crecientes del corazón soberbio, que en sus propias voluptuosidades edifica ruinas, habrá tristeza, porque el corazón soberbio no confía en esa esperanza que florece en la saciedad suprema.

Pero como ves que esa monstruosa cabeza se movió con tanto estruendo de su lugar, que toda la imagen femenina mencionada se sacude en todos sus miembros: esto es cuando el hijo de la perdición, siendo la cabeza de la iniquidad, se levanta con mucha arrogancia de soberbia como de un pequeño error de iniquidad fijada en sí mismo, tomando un error mayor, es decir, queriendo exaltarse sobre todos, es decir, cuando sus engaños están por llegar a su fin, toda la Iglesia en todos sus hijos, tanto mayores como menores, es puesta en gran temor, esperando la locura de su presunción. Y como una gran masa de mucha escoria se une a esa cabeza, de donde se eleva sobre una montaña, intenta ascender a la altura de los cielos; porque las grandes artes de las insidias diabólicas, que traen mucha inmundicia, asisten a ese hijo de la iniquidad, proporcionándole alas de soberbia, y lo elevan a tal presunción que incluso cree poder penetrar los secretos celestiales. ¿Cómo? Pues cuando haya cumplido toda la voluntad del seductor diablo, de tal manera que por el justo juicio de Dios ya no se le permitirá tener tanto poder de iniquidad y crueldad; reunirá toda su cohorte, y dirá a quienes creen en él que quiere ir a los cielos. Pero así como el diablo no supo que el Hijo de Dios nacería para la redención y salvación de las almas, así también este malvado, cuando se envuelva en el mal mortal de todos los males, ignorará que el golpe más fuerte de la mano de Dios vendrá sobre él.

Y he aquí que como un golpe de trueno viniendo de repente golpea la misma cabeza con tanta fortaleza que la derriba de esa montaña y que emite su espíritu a la muerte; porque el poder de Dios manifestándose, derriba a ese mismo hijo de la perdición con tanta virtud de su celo, que cae con gran precipicio de su presunción de soberbia con la que se había levantado contra Dios, y que exhala su aliento vital en la muerte de la condenación eterna así consumado; porque así como las tentaciones de mi Hijo terminaron, cuando él tentado por el diablo dijo: "Vete, inmundo Satanás", y él aterrorizado huyó; así también las tentaciones que el hijo de la iniquidad inflige a la Iglesia, en este mi celo recibirán su consumación.

Entonces, de repente, una nube fétida cubre toda la montaña, en la cual la misma cabeza se envuelve con tanta suciedad que los pueblos presentes son puestos en gran terror; porque un hedor inmundísimo e intolerable e infernal llenará todo el lugar de su elevación, en el cual

ese malvado criminal hervía con tanta inmundicia y fetidez, que por el justo juicio de Dios ni su principio ni su fin serán recordados de ahora en adelante; porque los pueblos viendo su cadáver sin voz postrado en la tierra y cubierto de mucha podredumbre: reconocerán que han sido engañados, permaneciendo esa nube alrededor de esa montaña un poco más; porque ese hedor abrazando la elevación diabólica, muestra su inmundicia, para que los hombres seducidos por él viendo ese hedor e inmundicia, declinen su error y regresen a la verdad. Pues el pueblo presente viendo esto, es sacudido con mucho temor; porque viendo esto, se infunde un gran horror, de tal manera que emiten voces lúgubres y quejas llorosas, y dicen que han errado gravemente.

Y he aquí que los pies de la mencionada imagen femenina aparecen blancos, devolviendo un resplandor superior al del sol: esto significa que la fortaleza del fundamento y el sostén de la esposa de mi hijo mostrarán mucho el brillo de la fe, y demostrarán aquella belleza que supera toda belleza de la claridad terrenal, cuando el hijo de la perdición, como se ha dicho, sea abatido, muchos de los que erraron volverán a la verdad. Pero después de la caída de ese impío, cuando el último día en la disolución del mundo ocurra, el hombre mortal no lo busque; porque no podrá saberlo, ya que el Padre lo ha guardado en el secreto de su misterio. Por tanto, prepárense para el juicio, oh hombres. Como se ha predicho, el hijo de la perdición con su padre el diablo y con todas sus artes en el último tiempo será superado por mi Hijo, el más fuerte guerrero, con gran confusión; así como los enemigos más fuertes de Sansón fueron derribados en prefiguración de él, como está escrito en la Sagrada Historia: "Sacudidas fuertemente las columnas, la casa cayó sobre todos los príncipes y la multitud que allí estaba: y mató a muchos más muriendo que los que había matado en vida" (Jueces XVI). Esto es así: al Hijo de Dios, es decir, al fortísimo Sansón, primero se unió la Sinagoga; a la cual él distribuyó aquellas cosas ocultas que estaban escondidas en el Antiguo Testamento, en su maravillosa doctrina, abriéndole benignamente la dulzura interior de la ley que era más fuerte que el león. Pero ella lo engañó; haciendo que sus secretos fueran burlados, no queriendo mirar su doctrina, sino despreciándola con gran arrogancia de soberbia. Por eso él, conmovido, predijo que el reino de Dios le sería quitado y dado a otra nación; así, con muchos prodigios, subiendo a la ciudad de Jerusalén con una gran multitud, fue traicionado por su esposa, donde lo que les había prometido a través de milagros les fue devuelto, y ellos, en su infidelidad, extendieron sus vestiduras en el camino. Y en ese fervor abandonó a su esposa, cuando predijo que su casa sería dejada desierta. Pero el padre de esa esposa, es decir, la seducción diabólica, la unió a otro hombre, es decir, a la infidelidad. Entonces el Hijo de Dios envió astutas zorras, es decir, apóstoles, que con el fuego del Espíritu Santo quemaron las cosechas de sus enemigos, es decir, que convirtieron los preceptos legales en entendimiento espiritual, así la Sinagoga con su padre fue quemada, es decir, la perversa infidelidad de la Sinagoga fue destruida. Luego, con grandes señales y milagros asombrosos, mató a los incrédulos; de modo que todos temblaron con gran asombro, diciendo que temían que los romanos vinieran y les quitaran su lugar y su nación. Por eso reunieron su consejo para perderlo, pero él se escondió en el monte, en oración, diciendo que, si fuera posible, ese cáliz pasara de él. Pero Judas Iscariote lo traicionó, entregándolo en las manos más crueles de sus enemigos. Y él ocultó la fuerza de su poder, que tenía en su cabello, es decir, en su padre; lo cual es desconocido para todo el pueblo, excepto en cuanto se capta en la fe, así como los cabellos se ven en la cabeza del hombre. Después, cuando quiso sufrir, mostró la fuerza de su poder, es decir, tomando la quijada de un asno, dijo a las hijas de Jerusalén que no lloraran por él, sino por ellas mismas; así las mató, es decir, prediciéndoles con toda verdad el terror de los males futuros. Y así, fatigado en la cruz, cuando tuvo sed, la fuente de la verdadera fe emanó del pueblo gentil; de la cual él bebió sin avergonzarse, diciendo también que así se

había consumado. Por lo tanto, cuando entregó su espíritu, descendió al infierno, es decir, a la mujer prostituta, después de ser sitiado por sus enemigos, cuando pusieron guardias en su sepulcro, pero él resucitando de la muerte, con dos puertas, es decir, con sus elegidos especiales, y con el pueblo común que liberó del infierno, buscó el reino celestial. Pero así, la bellísima esposa, es decir, la Iglesia, unida a él, le preguntó diligentemente cómo podría conocer su fortaleza. Pero él no le reveló sus fuerzas de repente, sino poco a poco y con discreción. ¿Cómo?

Cuando primero percibieron la fe católica en la antigua ley y en la nueva, hasta la corrección perfecta, algunos de ellos pensaban que debían caminar, lo cual era una atadura de nervios húmedos pero que aún no tenían la sequedad perfecta. Por lo tanto, la Iglesia, aún ruda, decía a muchas multitudes: Esta es la fortaleza de mi esposo. Y el pueblo, al oír esto, quería adorar a Dios con un movimiento repentino solo en la audición de las palabras, y no vivir en la significación del Espíritu Santo. Pero así no se conoció su fortaleza. Luego, la virginidad, como nuevas cuerdas que nunca han sido usadas en el trabajo, así como la virginidad antes no se tenía gloriosamente; se erigió noblemente, lo cual tocó fuertemente al Hijo de Dios, pero sin embargo no lo mostró plenamente. Pero la Iglesia, levantándose, decía: Oh vosotros, mis amigos, estas son las máximas virtudes de mi esposo. Y de repente, con gran estruendo, mucha gente se abalanzó sobre él, diciendo: Nosotros en sus máximas fuerzas, lo hemos capturado. Pero ni así se manifestaron sus fuerzas. Después, en los siete dones del Espíritu Santo, como en sus siete cabellos, la Iglesia se consolidó, fijándolos con un fuerte clavo en el fundamento de los predicadores apostólicos. Por lo tanto, con la red de la fe tejida de esta manera, la Iglesia clamaba: Oh cuán fuerte es mi esposo en sus siete cabellos. Y todos los pueblos al oírla, se abalanzaron sobre él, pensando que no tenía mayores fuerzas. Pero tampoco de esta manera se reconoció su fortaleza. Luego, la Iglesia derramó muchas lágrimas; porque ignoraba la fortaleza de la Santísima Trinidad, diciendo que había visto la humanidad del Hijo de Dios, pero aún no había comprendido perfectamente su divinidad. Por lo cual él, conmovido, en su amado Juan manifestó los secretos de la Santísima Trinidad en cuanto al hombre le era lícito saber: en honor del Padre y en el ardor del Espíritu Santo. Y así, reclinando su cabeza en el regazo de su esposa: allí descansará hasta los máximos cismas que habrán en el hijo de la perdición; allí su fortaleza será cortada con sus cabellos rasurados: cuando los hombres en ese tiempo prefieran seguir al hijo de la perdición que a él, diciendo: ¿Qué es, oh Dios, que vemos tales y tantos milagros? Y así su fortaleza se debilita, cuando ya la verdadera fe parece nublarse en la ceguera de la infidelidad. Pero sus fuerzas resurgirán, cuando Enoc y Elías aparezcan. Por lo tanto, sacudiendo fuertemente la soberbia y la presunción, derribará al hijo de la perdición con todas las artes diabólicas y los demás vicios de él, y aplastará mucho más duramente los vicios diabólicos, cuando ya la Iglesia con el nombre cristiano pase del presente y temporal siglo a lo eterno, que antes lo había hecho cuando aún el culto divino florecía temporalmente en el mundo. ¿Qué es esto? Porque cuando ya el siglo llegue a su fin, entonces también las persecuciones diabólicas y las operaciones más fuertes de las virtudes, incluso temporalmente en los hombres, cesarán. Pero quien tenga oídos agudos de entendimiento interior: que anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN DUODÉCIMA.

RESUMEN.---Que en el último tiempo el mundo se disolverá con muchas calamidades como el hombre en la hora de la muerte. Que todas las criaturas se conmoverán repentinamente y todo lo que es mortal en el aire, en el agua o en la tierra devolverá la vida y lo que es impuro en ellas desaparecerá. Que los cuerpos de los muertos, dondequiera que estén, resucitarán en

la integridad de su cuerpo y sexo. De los marcados y no marcados de los resucitados. Que el Hijo a quien el Padre dio poder para juzgar, vendrá al juicio en forma de humanidad. Evangelio sobre lo mismo. Que los marcados serán arrebatados rápidamente al encuentro del justo juez y sus obras aparecerán. Que todas las flores: patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y monjes y otros prelados brillarán. Que los cielos mientras tanto contienen sus alabanzas en silencio cuando el Hijo pronuncie la sentencia judicial con la conciencia de cada uno abierta. De los buenos y malos que serán juzgados. De los infieles que ya juzgados no llegan al juicio. Que terminado el juicio, surge una gran paz de tranquilidad. Que los elegidos son recibidos con grandes alabanzas en la gloria de la eternidad, pero los réprobos son absorbidos por el infierno con gran lamento. Evangelio sobre lo mismo. Cómo los elementos, el sol, la luna y las estrellas, al terminar el juicio, se transforman en algo mejor y no habrá noche. Palabras de Juan sobre lo mismo.

Después de esto vi, y he aquí que todos los elementos y todas las criaturas fueron sacudidos por un terrible movimiento: el fuego, el aire y el agua estallaron, y hicieron que la tierra se moviera, los relámpagos y los truenos resonaron, las montañas y los bosques cayeron: de modo que todo lo que era mortal exhaló vida. Y todos los elementos fueron purificados, de modo que todo lo que en ellos era impuro desapareció de tal manera que ya no apareció más. Y oí una voz clamando con gran clamor por todo el orbe de la tierra y diciendo: Oh vosotros, hijos de los hombres, que yacéis en la tierra, levantaos todos. Y he aquí que todos los huesos de los hombres, en cualquier lugar de la tierra que estuvieran, se reunieron como en un momento, y fueron cubiertos con su carne, y todos los hombres resucitaron con sus miembros y cuerpos íntegros en su sexo: los buenos resplandeciendo en claridad, y los malos apareciendo en negrura, de modo que también la obra de cada uno se veía claramente en ellos. Y algunos de ellos estaban marcados en la fe, pero otros no, de modo que algunos de esos marcados tenían ante su rostro un resplandor dorado, otros como una sombra que era su señal. Pero de repente desde el oriente resplandeció una gran luz: y allí en una nube vi al Hijo del hombre con el rostro que tenía en el mundo, con las heridas desnudas y abiertas viniendo con coros angélicos, y sentado sobre un trono flamante pero no ardiente, y bajo él teniendo esta gran tempestad de purificación del mundo. Y los que estaban marcados fueron arrebatados al encuentro con él en el aire como en un torbellino, donde antes había visto aquel resplandor que designa el secreto del Creador supremo; separando allí a los buenos de los malos. Pero él con voz suave, como manifiesta el evangelio, beatificó a los justos con el reino celestial, y con voz terrible, como también está escrito, destinó a los injustos a las penas infernales; sin embargo, no se hizo allí otra investigación o respuesta sobre sus obras, sino como muestra la voz evangélica; porque la obra de cada uno, ya sea buena o mala, apareció manifiestamente en él. Pero los que no estaban marcados estaban de lejos en la parte del norte con la turba diabólica, y no llegaron a este juicio; pero sin embargo, viendo todas estas cosas como en un torbellino, esperaban el fin del juicio, y dentro de sí emitían amargos gemidos. Y así, terminado el juicio, cesaron los relámpagos, los truenos, los vientos y las tempestades; y todo lo que en los elementos era transitorio, de repente desapareció y se hizo una gran tranquilidad. Entonces los elegidos, de repente hechos resplandecientes sobre el resplandor del sol: con el Hijo de Dios, y con las bienaventuradas huestes de ángeles en gran gozo buscaban las cosas celestiales, mientras los réprobos con el diablo y sus ángeles se dirigían con gran lamento a los lugares infernales. Y así el cielo recibió a los elegidos, y el infierno absorbió a los réprobos. Pero de repente surgieron en los cielos tantas alegrías y tantas alabanzas, y en el abismo tanta tristeza y tantos lamentos, incluso más de lo que el sentido humano puede expresar. Y pronto todos los elementos resplandecieron en gran serenidad, como si se les hubiera quitado una piel negrísima; de modo que ni el fuego tenía más calor, ni el aire densidad, ni el agua calor, ni la tierra fragilidad alguna. El sol también, la luna y las

estrellas, como un gran adorno en el firmamento, brillaban con mucho esplendor y belleza: y permanecían fijas sin movimiento de circulación, de modo que ya no distinguían entre día y noche. Y así no había noche, sino día. Y se terminó. Y de nuevo oí una voz del cielo que me decía: Estos misterios muestran los últimos tiempos: en los cuales los tiempos temporales se transformarán en la eternidad de aquel resplandor que es sin fin. Porque los últimos tiempos serán fatigados con muchos peligros, y el ocaso del mundo será demostrado con varios signos. Pues como ves, en el mismo último día todo el orbe de la tierra será sacudido por terrores, y será sacudido por tempestades: de modo que todo lo que en él es caduco y mortal, será terminado por estas calamidades; porque entonces, completado el curso del mundo, ya no podrá durar más, sino que será consumado según la disposición divina. Porque así como el hombre cuando va a morir, es abatido por muchas enfermedades, de modo que incluso en la misma hora de su muerte se disuelve con mucho dolor; así también el fin del mundo será precedido por grandes adversidades, y en su fin será disuelto por diversos terrores, porque entonces los elementos mostrarán sus terrores; porque ya no podrán ejercerlos.

Con un movimiento repentino e inesperado en este fin, los elementos se relajan, todas las criaturas se conmueven, el fuego estalla, el aire se disuelve, el agua fluye, la tierra se sacude, los relámpagos arden, los truenos resuenan, las montañas se parten, los bosques caen, y todo lo que es mortal en el aire, en el agua o en la tierra devuelve la vida. Porque el fuego mueve todo el aire, y el agua llena toda la tierra; y de esta manera todo se purifica, de modo que todo lo que es impuro en el mundo desaparece, como si no hubiera sido, como la sal se disuelve cuando se echa en el agua. Pero por el mandato divino, como te ha sido mostrado, recibido para resucitar, los huesos de los muertos dondequiera que estén se juntan en su lugar como en un abrir y cerrar de ojos, y son cubiertos con su carne, y de ningún modo se retrasan, sino que ya sea que hayan sido consumidos por el fuego, por el agua, por un ave o por una bestia, son restituidos rapidísimamente; de modo que la tierra los devuelve de esta manera, como la sal suda del agua, porque mi ojo todo lo conoce, y nada puede ocultárseme. Así todos los hombres en alma y cuerpo, sin ninguna contracción o amputación de sus miembros, sino en la integridad de su cuerpo y sexo, resucitan como en un abrir y cerrar de ojos: los elegidos teniendo el resplandor de sus buenas obras, y los réprobos llevando la negrura de sus actos infelices, de modo que sus obras allí no se ocultan, sino que aparecen claramente en ellos.

Y algunos de ellos están marcados en la fe, pero otros no; de modo que las conciencias de los que tienen fe resplandecen por las obras de la fe en el resplandor de la sabiduría, mientras que las de los otros aparecen en la oscuridad de su negligencia, por lo cual se distinguen claramente, porque aquellos cumplieron la fe en las obras, pero estos la extinguieron en sí mismos. Pero algunos no tienen el signo de la fe; porque ni en la antigua ley ni en la nueva gracia quisieron tener el conocimiento del Dios vivo y verdadero. Y entonces en la claridad de la luz eterna, pero sin embargo en una nube en la que la gloria celestial está oculta a los réprobos, el Hijo de Dios en la forma de su humanidad y pasión que sufrió en la voluntad del Padre por la salvación del género humano, vendrá a juzgar al género humano rodeado de un ejército celestial; porque el Padre le dio esto, para que como él se había comportado visiblemente en el mundo, juzgue las cosas visibles del mundo, como él mismo muestra en el Evangelio, diciendo: "Y le dio potestad de hacer juicio porque es hijo del hombre" (Juan V). Esto es así: el Padre testifica sobre su Hijo. ¿Qué es esto? El Padre dio potestad al Hijo; porque él, permaneciendo siempre con el Padre en la divinidad, pero tomando la humanidad de la madre según lo que es hombre, también recibió del Padre, que toda criatura lo sienta como Hijo de Dios, así como toda criatura en la creación de su forma subsiste creada por Dios. Y por eso todas las obras son discernidas por el Hijo en cualquier dignidad o inclinación que estén: y según lo que deben ser colocadas, él las coloca, para que como él fue

hombre palpable y visible en el mundo, también discierna aquellas cosas que fueron visibles en el mundo según lo que es justo, es decir, apareciendo terrible en el poder judicial a los injustos, pero amable a los justos; juzgándolos de tal manera que incluso los elementos sientan su purificación.

Entonces, los que están marcados, al encuentro del justo juez, no en dificultad sino con mucha celeridad son arrebatados, para que como ellos tuvieron fe creyendo en Dios: también las obras de la fe aparezcan manifiestamente en ellos, donde la ciencia de Dios no ignora sus actos tanto en los buenos como en los malos, como te ha sido mostrado; porque allí los buenos y los malos serán separados, porque también sus obras son disímiles. Porque allí aparece con toda certeza tanto en los malos como en los buenos cómo buscaron a Dios ya sea en la infancia, en la niñez, en la juventud, en la vejez o en la decrepitud. Allí también resplandecen todas las flores de mi Hijo, es decir, los patriarcas y profetas que fueron antes de su encarnación, y los apóstoles que conversaron con él en el mundo, así como los mártires, confesores, vírgenes, viudas, que todos lo imitaron fielmente, y aquellos que fueron prelados de mi Iglesia tanto en lo secular como en lo espiritual, así como los anacoretas y monjes, que en la mortificación y castigo de su carne se hicieron viles por el nombre de mi Hijo, lo cual también mostraron en su vestimenta, imitando con gran humildad y caridad el orden angélico. Pero quienes me buscan en la vida contemplativa porque dicen que esta vida es más gloriosa que aquella, ante mí es como nada; pero quien me busca en humildad en esa conversación que es dada por la inspiración del Espíritu Santo, a este lo exaltaré en los primeros lugares en la patria celestial.

Luego, los cielos nuevamente contienen sus alabanzas en silencio, mientras el Hijo de Dios pronuncia la sentencia judicial tanto para los justos como para los injustos: escuchando con reverencia y honor, cómo juzga a aquellos, otorgando suavemente a los justos las alegrías celestiales, y cómo envía terriblemente a los injustos a las penas infernales. Pero allí no habrá excusas ni interrogatorios sobre sus acciones; porque allí las conciencias de los hombres, tanto buenas como malas, están desnudas y abiertas. Sin embargo, los justos que perciben allí las palabras del juez más equitativo, ciertamente realizaron muchas obras de justicia; pero no las tuvieron en la plenitud de la perfección mientras vivían en el mundo, por lo que ahora deben ser juzgados por ellas. Los injustos, por otro lado, que sienten allí la severidad judicial en sí mismos; ciertamente cometieron malas acciones, pero no las realizaron en ignorancia de la majestad divina, lo cual es en la iniquidad de la condenación premeditada de la infidelidad, y por eso no escapan de la sentencia de ese juez, ya que todo debe ser ponderado con un peso justo. Aquellos que no están marcados en la fe, porque no creyeron en Dios; en la parte del norte, es decir, de la perdición, permanecen temporalmente con la multitud diabólica, y no llegan a este juicio; pero, sin embargo, viéndolo en la sombra, y esperando su fin, gimen mucho en su interior; porque ellos, permaneciendo en la infidelidad, no conocieron al verdadero Dios, ya que ni antes del bautismo adoraron al Dios vivo en el Antiguo Testamento, ni bajo el Evangelio recibieron el remedio del bautismo; sino que perseveraron en la maldición de la caída de Adán, teniendo las penas de la condenación. Por lo tanto, ya se encuentran juzgados en la infidelidad de sus crímenes. Así, terminado el juicio, cesan los terrores de los elementos, y los relámpagos, truenos y vientos en las tempestades, y todo lo que es caduco y transitorio se desvanece, y no aparecerá más, como la nieve que deja de existir al derretirse por el calor del sol, surgiendo así una gran quietud de tranquilidad por la disposición divina. Y así, los elegidos, teniendo el esplendor de la eternidad, junto con su cabeza, es decir, mi Hijo, y con el glorioso ejército celestial, buscan en gran gloria las alegrías celestiales: y los réprobos, junto con el diablo y sus ángeles, se dirigen a los castigos

eternos en gran contrición, donde ven eternamente la muerte eterna preparada para ellos; porque siguieron más sus concupiscencias que mis preceptos. Y así, el cielo recibe a los elegidos en la gloria de la eternidad, porque amaron al Señor de los cielos, y el infierno absorbe a los réprobos, porque no añadieron al diablo, resonando así en la gloria celestial con tantas alabanzas de todas las alegrías, y en el infierno con tantos lamentos de todos los gemidos, más allá de lo que la inteligencia humana puede comprender; porque aquellos poseen la vida eterna, y estos tienen la muerte eterna, como mi Hijo habla en el Evangelio, diciendo: Y estos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna. (Mat. XXV.) Esto es así: Quienes apestan en la lujuria de todos los males, y no tienen sed de beber lo que es justo en la suma bondad: se sumergen en las penas de la perdición eterna por el camino de su infidelidad y maldad, recibiendo tormentos infernales según sus obras. Pero los constructores de la resplandeciente Jerusalén celestial, que insisten fielmente en las puertas de la hija de Sion, brillarán en la luz de la vida eterna: que la castísima virgen trajo maravillosamente a los creyentes en la fecundidad de su virginidad.

Y como ves, los elementos brillarán en la máxima claridad y belleza con todos estos pactos: eliminando todo impedimento de negrura y suciedad. Pues el fuego sin calor resplandecerá entonces como el amanecer, y el aire sin densidad brillará purísimo, y el agua sin ímpetu de derrame y sumersión estará clara y suave, y la tierra sin fragilidad ni desigualdad aparecerá fortísima y planísima, trasladándose todas estas cosas a una gran tranquilidad y belleza. Pero también el sol, la luna y las estrellas, como piedras preciosísimas en oro, así también en el firmamento resplandecerán con mucha claridad y máximo fulgor, y ya no tendrán la inquietud de su revolución para discernir el día de la noche, porque terminado el mundo ya están en inmutabilidad; por lo tanto, tampoco aparecerán más las tinieblas de la noche, porque entonces es un día sin fin, como también mi amado Juan testifica diciendo: Y no habrá más noche, y no necesitarán luz de lámpara, ni de sol: porque el Señor Dios los iluminará (Apoc. XXII). Esto es así: Quien tiene un tesoro, a veces lo retira, a veces también lo muestra: así como la noche oculta la luz, y como el día ahuyenta las tinieblas, trayendo luz al hombre. Así no será en la mutación de los tiempos, porque entonces la sombra de la noche será ahuyentada, por lo tanto, las tinieblas de la noche ya no aparecerán, porque también esa mutación ya no necesitará de esa luz que los hombres encienden para expulsar las sombras de las tinieblas. Ni tampoco el sol abrazará entonces la mutabilidad, que ahora contiene los tiempos que se tienen en la sombra; porque entonces el día será sin ninguna mutación, porque entonces también el dominador de todo, con la claridad de su divinidad que ninguna mutabilidad oscurece, ilumina a aquellos que en el mundo huyeron de las tinieblas por su gracia. Quien tiene oídos agudos del entendimiento interior, que anhele estas palabras en el ardiente amor de mi espejo, y las escriba en la conciencia de su alma.

VISIÓN DECIMOTERCERA.

RESUMEN.---Sinfonía sobre Santa María. Sobre los nueve órdenes de los espíritus celestiales. Sobre los patriarcas y profetas. Sobre los apóstoles. Sobre los mártires. Sobre los confesores. Sobre las vírgenes. Voz de armonía en las quejas sobre los llamados a los mismos grados. En la exhortación de las virtudes y en la contradicción de las artes diabólicas. Que por su gracia inefable, Dios debe ser alabado incesantemente con el corazón y la boca. Que la sinfonía debe ser pronunciada en unanimidad y concordia. Que la palabra designa el cuerpo, la sinfonía el espíritu, y la armonía la divinidad, y la palabra la humanidad del Hijo. Que por la sinfonía de la racionalidad, el alma adormecida se despierta para vigilar. Que la sinfonía ablanda los corazones duros e induce el humor de la compunción y convoca al Espíritu Santo.

Que el fiel debe jubilar incesantemente con toda devoción. Palabras de David sobre el mismo tema.

Luego vi un aire muy luminoso, en el cual escuché de manera maravillosa en todos los significados mencionados un diverso género de músicos en las alabanzas de los ciudadanos de los gozos celestiales, perseverando fuertemente en el camino de la verdad, y en las quejas de los llamados a las alabanzas de esos mismos gozos y en la exhortación de las virtudes exhortándose a la salvación de los pueblos, a quienes las insidias diabólicas se oponen; pero esas mismas virtudes las oprimen, de tal manera que así los hombres fieles finalmente pasan de los pecados a lo celestial por la penitencia. Y ese sonido como la voz de una multitud en alabanzas de los grados celestiales en armonía sinfonizando, decía así: Oh, joya esplendidísima, el sereno decoro del sol te ha sido infundido, fuente que brota del corazón del Padre, que es su única Palabra por la cual creó la primera materia del mundo; que Eva perturbó: esta palabra fabricó en ti al hombre, y eres esa joya luminosa, de la cual la misma palabra sacó todas las virtudes, así como en la primera materia produjo todas las criaturas. Oh, tú dulcísima vara que brota del tronco de Jesé, oh, cuán grande es la virtud que la divinidad miró en la más hermosa hija, como el águila fija su ojo en el sol, cuando el Padre supremo atendió la claridad de la virgen, cuando quiso que su palabra se encarnara en ella. Pues en el místico misterio de Dios, iluminada la mente de la virgen, salió de ella un flor claro de manera maravillosa. Y nuevamente decía: oh, gloriosísima luz viviente, ángeles que bajo la divinidad miran con ojos divinos con la mística oscuridad de toda criatura en ardientes deseos, ¡de donde nunca pueden saciarse! ¡Oh, cuán gloriosos gozos tiene esa vuestra forma, que en vosotros está intacta de toda obra perversa, que primero surgió en vuestro compañero ángel perdido, que quiso volar sobre el pináculo de Dios oculto en su interior. De donde él mismo, tortuoso, fue sumergido en la ruina, pero sus instrumentos de caída, la sugerencia de su consejo, el dedo de Dios los instituyó. Pues, oh, vosotros ángeles, que custodiáis a los pueblos, cuya forma brilla en vuestro rostro, y oh, vosotros arcángeles, que recibís las almas de los justos, y vosotros virtudes, potestades, principados, dominaciones, y tronos, que estáis contados en el quinto número secreto, y oh, vosotros querubines y serafines, sello de los secretos de Dios, sea alabanza para vosotros, que miráis el cofre del antiguo corazón en la fuente. Pues veis la fuerza interior del Padre, que sopla de su corazón como un rostro. Y nuevamente decía: Oh, hombres espectaculares que atravesasteis lo oculto mirando a través de los ojos del espíritu, y anunciando en la sombra luminosa la luz aguda y viviente en la vara que brota, que solo floreció de la entrada de la luz radiante, vosotros, antiguos santos, predijisteis la salvación de las almas exiliadas que estaban sumergidas en la muerte, que recorristeis como ruedas, hablando maravillosamente los misterios del monte que toca el cielo, atravesando ungiendo muchas aguas, cuando también entre vosotros surgió una lámpara luminosa, que iluminando precede a ese monte. Oh, felices raíces, con las que la obra de los milagros y no la obra de los crímenes fue plantada a través del torrente del camino de la sombra clara! y oh, tú, voz ardiente que rumia, precediendo a la piedra que lima, subvirtiendo el abismo, regocijaos en vuestra cabeza. Regocijaos en aquel, a quien muchos no vieron en la tierra, que lo llamaron ardientemente. Y nuevamente decía: Oh, cohorte de la milicia de la flor de la vara sin espinas, tú, sonido del orbe de la tierra recorriendo las regiones de los sentidos insanos, banqueteano con cerdos, a quienes venciste por el ayudante infundido que pone raíces en las tiendas de la obra completa de la palabra del Padre, tú también eres noble gente del Salvador, entrando en el camino de la regeneración del agua por el cordero, que te envió con la espada entre los perros más feroces, que destruyeron su gloria en las obras de sus dedos, estableciendo lo no hecho a mano en la sujeción de sus manos, en la cual no lo encontraron. Pues, oh, turba luminosa de los apóstoles, surgiendo en el verdadero conocimiento y abriendo el cierre del magisterio del diablo, lavando a los cautivos

en la fuente del agua viva, tú eres la luz clarísima en las tinieblas más negras, y la raza más fuerte de columnas sosteniendo a la esposa del Cordero, en todos sus ornamentos, por cuya alegría, la misma madre y virgen es la primera portaestandarte. Pues el Cordero es el esposo immaculado: y su esposa es immaculada. Y nuevamente decía:

Oh, victoriosos triunfadores, que en la efusión de vuestra sangre saludando la edificación de la Iglesia entrasteis en la sangre del Cordero, banquetando con el becerro sacrificado! Oh, cuán grande recompensa tenéis, porque despreciasteis vuestros cuerpos vivientes, imitando al cordero de Dios, adornando su pena, en la cual os introdujo en la restauración de la herencia. Vosotros, flores de rosas que en la efusión de vuestra sangre sois benditos en los máximos gozos, fragantes y sudorosos en la compra que fluyó de la mente interior del consejo, permaneciendo antes del tiempo en aquel, en quien no había constitución, desde la cabeza sea el honor en vuestra compañía: que sois el instrumento de la Iglesia, y que en las heridas de vuestra sangre abundasteis. Y nuevamente decía: Oh, sucesores del león fortísimo, dominando entre el templo y el altar en su ministerio, como los ángeles suenan en alabanzas, y como están presentes a los pueblos en ayuda, vosotros estáis entre aquellos que siempre hacen esto en el oficio del Cordero teniendo cuidado. Oh, vosotros, imitadores de la excelsa persona en la significación más preciosa y gloriosa, oh, cuán grande es vuestro ornamento, donde el hombre procede soltando y atando en Dios a los perezosos y peregrinos, también adornando a los blancos y negros, y remitiendo grandes cargas. Pues también tenéis los oficios del orden angélico: y conocéis los fundamentos más fuertes dondequiera que deben ser establecidos, de donde es grande vuestro honor. Y nuevamente decía: Oh, rostros hermosos mirando a Dios, y edificando en el amanecer. Oh, bienaventuradas vírgenes, cuán nobles sois, en quienes el rey se consideró, cuando en vosotras prefiguró todos los ornamentos celestiales, donde también sois el jardín suavísimo en todos los ornamentos fragantes. Oh, nobilísima verdor que arraigas en el sol y que en la serenidad blanca brillas en la rueda, que ninguna excelencia terrena comprende: estás rodeada de los abrazos de los misterios divinos. Ruborizas como el amanecer, y ardes como la llama del sol. Y nuevamente ese sonido, como la voz de una multitud en las quejas sobre los llamados a los mismos grados en armonía, se lamentaba así, diciendo: Oh, esta es una voz lamentable de máximo dolor. ¡Ah! ¡Ah! una victoria maravillosa surgió en el deseo maravilloso de Dios; en la cual la delectación se oculta secretamente. ¡Ay! ¡Ay! donde la voluntad no conoció crímenes, y donde el deseo del hombre huyó de la lascivia, porque tan pocos vienen a ti. Lloras, lloras entonces en esto la inocencia; que en la buena vergüenza no perdiste la integridad, y que no devoraste la avaricia de la garganta de la antigua serpiente allí, porque tan negligentemente los hombres te atienden. Oh, fuente viviente, cuán grande es tu suavidad, que no perdiste el rostro de ellos en ti; sino que previste agudamente cómo los sacarías de la caída angélica, que se estimaban tener aquello, que no es lícito así estar. De donde: Alégrate, hija de Sion, porque Dios te devuelve a muchos, que la serpiente quiso cortar de ti, que ahora brillan en mayor luz de lo que antes hubiera sido su causa. Pues la luz viviente dice de estos: Escandalicé a la serpiente tortuosa en su sugerencia, que no había sido tan plena como él pensaba. De donde juré por mí mismo, que en estas causas hice más y más, que en ellas. Oh, serpiente, tu alegría traicionaría, porque en tu sugerencia corté: lo que nunca se encontró en tu crueldad, oh, ilusionista más vil.

Y nuevamente ese sonido, como la voz de una multitud en la exhortación de las virtudes en ayuda de los hombres, y en la contradicción de las artes diabólicas que las virtudes superan, y los hombres finalmente regresan a la penitencia por inspiración divina, en armonía clamaba así: Nosotras somos las virtudes en Dios, y en Dios permanecemos: Al Rey de reyes servimos, y separamos el mal del bien. Pues en el primer combate aparecimos, donde fuimos

victoriosas: cuando él cayó, que quiso volar sobre sí mismo. Por lo tanto, ahora también luchemos, ayudando a aquellos que nos invocan, y pisoteando las artes diabólicas: y conduciendo a las moradas benditas a aquellos que quieran imitarnos.

QUEJAS DE LAS ALMAS EN LA CARNE. Oh, somos peregrinas. ¿Qué hemos hecho, desviándonos hacia los pecados? Debimos ser hijas del rey, pero caímos en la sombra de los pecados. Oh, sol viviente, llévanos en tus hombros a la herencia justísima, que perdimos en Adán. Oh, Rey de reyes, luchamos en tu batalla.

INVOCACIÓN DEL ALMA FIEL. Oh, dulce divinidad, y oh, vida suave, en la cual llevaré una vestidura espléndida, recibiendo aquello que perdí en la primera aparición: a ti suspiro, y a todas las virtudes invoco.

RESPUESTA DE LAS VIRTUDES. Oh, feliz alma y oh, dulce criatura de Dios, que fuiste edificada en la profunda altura de la sabiduría de Dios, amas mucho.

ALMA FIEL. Oh, con gusto vendré a vosotras, para que me deis el beso del corazón.

VIRTUDES. Debemos luchar contigo, oh, hija del rey.

ALMA FIEL. Oh, pesado trabajo y oh, dura carga que soporto en la vestidura de esta vida, porque es demasiado pesado para mí luchar contra la carne.

VIRTUDES. Oh, alma constituida por la voluntad de Dios, y oh, feliz instrumento: ¿por qué eres tan débil contra esto, que Dios quebrantó en la naturaleza virginal? Debes superar al diablo en nosotras.

ALMA FIEL. Ayudadme, ayudándome, para que pueda resistir.

CIENCIA DE DIOS. Mira qué es aquello con lo que estás vestida, hija de la salvación, y sé firme y nunca caerás.

ALMA FIEL. Oh, no sé qué hacer, ni a dónde huir. ¡Ay de mí, no puedo cumplir con aquello con lo que estoy vestida! Ciertamente quiero desecharlo.

VIRTUDES. Oh, infeliz conciencia, oh, miserable alma; ¿por qué escondes tu rostro ante tu Creador?

CIENCIA DE DIOS. No sabes, ni ves, ni entiendes a aquel que te constituyó.

ALMA FIEL. Dios creó el mundo, no le hago injuria si quiero usarlo.

DIABLO. Tonta, tonta, ¿de qué te sirve trabajar? Mira el mundo y te abrazará con gran honor.

VIRTUDES. ¡Ay! ¡Ay! nosotras, las virtudes, lamentemos y lloremos, porque la oveja del Señor huye de la vida.

HUMILDAD. Yo, humildad, reina de las virtudes, digo: Venid a mí, todas las virtudes, y os nutriré para buscar la dracma perdida y para coronarla en la perseverancia feliz.

VIRTUDES. Oh, gloriosa reina y oh, suavísima mediadora, con gusto vendremos.

HUMILDAD. Por eso, queridísimas hijas, os tengo en el tálamo real. Oh, hijas de Israel, bajo el árbol os despertó Dios, de donde en este tiempo recordad su plantación. Alegraos, pues, hijas de Sion.

DIABLO. ¿Cuál es este poder, que no hay nadie más que Dios? Pero yo digo: A quien quiera seguirme a mí y a mi voluntad, le daré todo; tú, sin embargo, con tus seguidores no tienes nada que puedas dar, porque incluso todos vosotros no sabéis qué sois.

HUMILDAD. Yo, con mis compañeras, sé bien que tú eres ese antiguo dragón, que quisiste volar sobre lo más alto, pero Dios mismo te precipitó en el abismo profundo.

VIRTUDES. Pero nosotras todas habitamos en las alturas.

ALMA FIEL. Oh, vosotras, virtudes reales, cuán hermosas y cuán resplandecientes sois en el sol supremo, y cuán dulce es vuestra morada; y por eso, ¡ay de mí, porque huí de vosotras!

VIRTUDES. Oh, fugitiva, ven, ven a nosotras, y Dios te recibirá.

ALMA FIEL. ¡Ah! ¡Ah! la ferviente delectación me absorbió en los pecados, y por eso no me atreví a entrar a vosotras.

VIRTUDES. No temas ni huyas, porque el buen pastor busca en ti a su oveja perdida.

ALMA FIEL. Ahora es necesario para mí que me recibáis, porque estoy infectada en las heridas, con las que la antigua serpiente me contaminó.

VIRTUDES. Corre hacia nosotras, y sigue esas huellas, en las que nunca caerás en nuestra compañía, y Dios te curará.

FID. A. Yo, pecadora que huí de la vida llena de llagas, vengo a vosotros para que me ofrezcáis el escudo de la redención. VIRT. Oh alma fugitiva, sé fuerte y vístete con las armas de la luz.

FID. A. Oh toda la milicia de la reina de las virtudes, y oh vosotros, lirios blancos de ella con púrpura rosada, inclinaos hacia mí, porque como extranjera he estado exiliada de vosotros, y ayudadme para que en la sangre del Hijo de Dios pueda resucitar. Y oh verdadera medicina, humildad, bríndame ayuda; porque el orgullo, imponiéndome muchas cicatrices en muchos vicios, me ha herido. Ahora huyo hacia ti, y por eso acógeme.

HUMIL. Oh todas las virtudes, acoged a la pecadora que llora en sus cicatrices por las heridas de Cristo, y conducidla hacia mí.

VIRT. Queremos devolverte y no queremos abandonarte, y toda la milicia celestial se regocija por ti: por lo tanto, nos corresponde sonar en sinfonía.

HUMIL. Oh hija miserable, quiero abrazarte, porque el gran médico sufrió duras y amargas heridas por ti.

DIABOLUS. ¿Quién eres, o de dónde vienes? Me abrazaste y yo te saqué afuera; pero ahora, en tu regreso, me confundes, sin embargo, con mi lucha te derribaré.

FID. A. Reconocí que todos tus caminos son malos, y por eso huí de ti; pero ahora, oh burlador, lucho contra ti.

FID. A. Por lo tanto, reina humildad, con tu medicina ayúdame.

HUMIL. Oh victoria que lo superaste en el cielo, corre con tus compañeras y atad a este diablo.

VICTORIA A LAS VIRTUDES. Oh soldados fortísimos y gloriosísimos, venid y ayudadme a vencer a este engañador.

VIRT. Oh dulcísima guerrera en la fuente torrencial que absorbió al lobo rapaz, oh gloriosa coronada, gustosamente luchamos contigo contra el burlador de las almas.

HUMIL. Atadlo, pues, oh virtudes ilustres.

VIRT. Oh nuestra reina, te obedeceremos y cumpliremos tus mandatos en todo.

VICTORIA. Alegraos, oh compañeras, porque la antigua serpiente ha sido atada.

VIRT. Alabanza a ti, Cristo, rey de los ángeles. Oh Dios, ¿quién eres tú que en ti mismo tuviste este gran consejo, por el cual destruiste el sorbo infernal en publicanos y pecadores; quienes ahora brillan en la bondad suprema; por lo cual, oh rey, alabanza a ti. Oh Padre omnipotente, de ti fluye la fuente en ardor ígneo, conduce a tus hijos al viento recto de las velas de las aguas, para que también nosotros los conduzcamos de esta manera a la Jerusalén celestial. Y esas voces eran como la voz de una multitud, cuando la multitud eleva sus voces en alto. Y su sonido me atravesó de tal manera que las entendí sin dificultad de tardanza. Y oí una voz del mismo aire luminoso, diciéndome: Las alabanzas al Creador supremo deben ser dadas con voz incesante del corazón y de la boca: ya que él no solo coloca en los asientos supremos a los que están de pie y erguidos, sino también a los que caen y se inclinan por su gracia. Por lo cual ves, oh hombre, el aire más luminoso: designando el resplandor del gozo de los ciudadanos supremos, en el cual escucho en todos los significados predichos, de manera maravillosa, un género diverso de músicos, en las alabanzas de los ciudadanos de los gozos supremos, perseverando fuertemente en el camino de la verdad, y en las quejas de los llamados de nuevo a las alabanzas de esos mismos gozos; porque así como el aire comprende y sostiene lo que está bajo el cielo, así como escuchas en todas las maravillas mostradas a ti de Dios, una sinfonía suave y dulce suena en el gozo, los milagros de los elegidos que existen en la ciudad suprema, y en Dios persisten con devoción suave; y en las quejas, la curvatura de aquellos que la antigua serpiente intenta perder, pero que la virtud divina conduce fuertemente a la sociedad de los gozos bienaventurados: manifestando en ellos aquellos misterios, que son desconocidos para las mentes humanas inclinadas a la tierra, y en la exhortación de las virtudes exhortándose a la salvación de los pueblos a quienes las insidias diabólicas se oponen, pero las mismas virtudes las oprimen, de tal manera que los hombres fieles finalmente pasan de los pecados a lo supremo por la penitencia; porque allí las virtudes

en las mentes de los fieles, resisten a los vicios para su redención, con los cuales son fatigados por el soplo diabólico; pero superados por la fortísima fortaleza, los hombres caídos en pecados, por el designio divino, regresan a la penitencia, cuando buscan y lamentan los hechos anteriores, y cuando consideran y evitan los posteriores.

Por lo tanto, ese sonido como la voz de una multitud en alabanzas desde los grados supremos en armonía sinfoniza, porque la sinfonía en unanimidad y en concordia rumia la gloria y el honor de los ciudadanos celestiales, de tal manera que también ella eleva lo que la palabra proclama abiertamente. Así también la palabra designa el cuerpo, pero la sinfonía manifiesta el espíritu, porque la armonía celestial anuncia la divinidad, y la palabra revela la humanidad del Hijo de Dios. Y así como el poder de Dios volando por todas partes lo rodea todo, y ningún obstáculo se le opone, así también la racionalidad del hombre tiene gran fuerza para sonar en voces vivas, y despertar las almas adormecidas a la vigilancia en la sinfonía. Lo que también David prueba en la sinfonía de su profecía, y Jeremías muestra con voz lamentable en su llanto. Así también tú, oh hombre, que eres de naturaleza pobre y frágil, escuchas en la sinfonía el sonido del ardor ígneo de la pureza virginal, en los abrazos de las palabras de la vara floreciente, y el sonido de la agudeza de las luces vivientes que brillan en la ciudad suprema, y el sonido de la profecía de los profundos discursos, y el sonido de la dilatación del apostolado de las palabras maravillosas, y el sonido de la efusión de la sangre de los que se ofrecen fielmente, y el sonido del oficio sacerdotal de los secretos, y el sonido del grado virginal floreciendo en la verdor suprema, porque al Creador supremo su criatura fiel en voz de exultación y alegría responde, y le ofrece frecuentes gracias. Pero también escuchas el sonido como la voz de una multitud, resonando en las quejas de los llamados de nuevo a esos mismos grados en armonía; porque la sinfonía no solo se regocija en la unanimidad de la exultación, en el camino de la rectitud perseverando fuertemente, sino también en la concordia de la resurrección de los caídos del camino de la justicia, y finalmente exulta en la verdadera beatitud de los elevados, porque también el buen pastor trajo de regreso con alegría al rebaño a la oveja que se había perdido. Asimismo, como escuchas, ese sonido como la voz de una multitud en la exhortación de las virtudes en ayuda de los hombres, y en la contradicción de las artes diabólicas que se oponen, con las virtudes superando los vicios y los hombres finalmente regresando a la penitencia por inspiración divina en armonía clama, porque hay una dulce composición en las virtudes que llevan a los hombres fieles a la verdadera beatitud, pero hay una terrible acumulación en los vicios de las insidias diabólicas; no obstante, no de tal manera que las virtudes no superen los vicios; sino así que las virtudes los debiliten por completo, y a los que consienten con ellas, con la ayuda del auxilio supremo, los conduzcan a la retribución eterna por la verdadera penitencia, como también en las voces de su armonía te ha sido demostrado.

Porque también la sinfonía ablanda los corazones duros; y les induce el humor de la compunción, y convoca al Espíritu Santo. Por lo cual también las voces que escuchas son como la voz de una multitud, cuando la multitud eleva sus voces en alto; porque las alabanzas de júbilo pronunciadas en la simplicidad de la unanimidad y la caridad, conducen a los fieles a esa unanimidad donde no hay discordia, cuando los hacen suspirar con el corazón y la boca por la recompensa suprema estando en la tierra. Y su sonido te atraviesa de tal manera que las entiendes sin dificultad de tardanza; porque donde la gracia divina ha obrado, elimina toda oscuridad de sombra, haciendo puro y luminoso lo que es oscuro para los sentidos carnales en la debilidad de la carne.

Por lo tanto, quienquiera que entienda a Dios fielmente, ofrezca alabanzas incansables y fielmente, y jubile incesantemente con devoción fiel, como también David, mi siervo,

infundido por mí con el espíritu de profundidad y altura, exhorta, diciendo: Alabadle con sonido de trompeta, alabadle con salterio y arpa. Alabadle con pandero y danza, alabadle con cuerdas y órgano. Alabadle con címbalos resonantes, alabadle con címbalos de júbilo; todo lo que respira alabe al Señor (Salmo 150). Esto es así: Vosotros que conocéis, adoráis y amáis a Dios con intención simple y devoción pura: alabadle con sonido de trompeta, es decir, en el sentido de la racionalidad, porque cuando el ángel perdido cayó en perdición con los que consintieron con él, las huestes de los espíritus bienaventurados permanecieron razonablemente en la verdad, y se adhirieron a Dios con amor fiel. Alabadle en el salterio de profunda devoción, y en la arpa de melodioso canto, porque al sonar la trompeta, el salterio, y al cantar el salterio, procede la arpa, así como los ángeles bienaventurados perseverando en el amor de la verdad, luego de la creación del hombre, surgieron los profetas con voces maravillosas: a quienes los apóstoles siguieron con palabras dulcísimas. Y alabadle con pandero de mortificación, y en danza de exultación, porque después de la arpa el pandero, después del pandero la danza exulta, así como los apóstoles predicando las palabras de salvación: los mártires en honor de Dios, en sus cuerpos soportaron diversos suplicios, de los cuales luego surgieron los verdaderos doctores del oficio sacerdotal. Alabadle en las cuerdas de la redención humana, y en el órgano de la protección divina, porque al exultar la danza, se manifiestan las voces de las cuerdas y del órgano, así como los verdaderos doctores mostrando la verdad en el oficio de la bienaventuranza: surgieron las vírgenes, que amaron al Hijo de Dios verdadero hombre como en las cuerdas, y adoraron al verdadero Dios como en el órgano, cuando creyeron en él como verdadero hombre y verdadero Dios. ¿Qué es esto? Porque cuando el Hijo de Dios asumió carne por la salvación de los hombres, no perdió la gloria de la divinidad. Por lo cual también las vírgenes bienaventuradas eligiéndolo como esposo, lo tomaron con devoción fiel como verdadero hombre en el desposorio, y como verdadero Dios en la castidad. Pero también alabadle con címbalos resonantes, es decir, en aquellas afirmaciones que hacen buen sonido en el verdadero gozo, cuando los hombres yaciendo en lo más bajo de los pecados, por inspiración divina compungidos, se elevan desde lo más bajo. Alabadle con címbalos de júbilo, es decir, en las afirmaciones de la alabanza divina, donde las poderosas virtudes haciendo la victoria con gran fortaleza, oprimen los vicios en los hombres, y los conducen con fuerte deseo a la bienaventuranza de la verdadera recompensa perseverando en el bien. Por lo cual todo espíritu que tiene buena voluntad de creer en Dios y honrarlo, alabe al Señor, es decir, a aquel que es Señor de todos: porque es justo que quien desea la vida glorifique a aquel que es la vida.

Y de nuevo oí una voz del aire luminoso mencionado diciendo: ¡Oh rey altísimo! Alabanza a ti, que haces esto en el hombre simple e indocto. Pero también de nuevo una voz del cielo clamaba con gran vociferación, diciendo: Escuchad y prestad atención, todos los que deseáis tener la recompensa y la bienaventuranza suprema. Oh vosotros, hombres que tenéis corazones crédulos, y esperáis la recompensa suprema: recibid estos discursos, y ponedlos en lo más profundo de vuestros corazones, y no rechazéis esta admonición en vuestra visita. Porque el testigo de la verdad, Dios vivo y verdadero que habla y no calla, digo y vuelvo a decir: ¿Quién podrá prevalecer contra mí? Quien lo intente, lo derribaré. Por lo cual el hombre no debe intentar alcanzar una montaña que no podrá mover; sino que permanezca en el valle de la humildad. Pero, ¿quién transita caminos sin agua? Aquel que se lanza al torbellino, y que divide los frutos sin restauración. ¿Y cómo estará mi tabernáculo allí? Pero mi tabernáculo está donde el Espíritu Santo derrama su irrigación. ¿Qué es esto? Yo estoy en medio. ¿Cómo? Quienquiera que me aprehenda dignamente, no caerá ni en la altura, ni en la profundidad, ni en la amplitud. ¿Qué es esto? Porque yo soy esa caridad, que ni la ardiente soberbia derriba, ni los profundos caídas rompen, ni la amplitud de los males destruye. ¿Acaso no puedo edificar en la altura del escabel del sol? Los fuertes que muestran su

fortaleza en los valles me desprecian; los torpes, en el sonido de los torbellinos me rechazan; los sabios, rechazan mi alimento, y cualquiera que prepare una torre según su voluntad. Pero yo confundiré a estos en lo pequeño y diminuto, como derribé a Goliath en un niño, y como vencí a Holofernes en Judith. Por lo cual, quien rechace las palabras místicas de este libro, extenderé mi arco sobre él, y lo atravesaré con las flechas de mi aljaba, y arrojaré su corona de su cabeza y lo asemejaré a aquellos que cayeron en Horeb, cuando murmuraron contra mí. Pero también quien pronuncie sus maldiciones contra esta profecía, la maldición que Isaac pronunció vendrá sobre él; y se llenará de la bendición del rocío celestial quien la abraza, y quien la tenga en su corazón, y quien la lleve a caminos llanos. Y quien la pruebe, y la ponga en su memoria, se convertirá en monte de mirra, e incienso, y de todas las especias y dilatación de muchas bendiciones, ascendiendo de bendición en bendición como Abraham, y la nueva esposa del Cordero se unirá a él como columna ante Dios; y la sombra de la mano del Señor lo protegerá. Pero si alguien oculta temerariamente estas palabras del dedo de Dios, y las disminuye por su locura, o las lleva a un lugar ajeno por causa de algún sentido humano, y así las ridiculiza, será reprobado, y el dedo de Dios lo destruirá. Alabad, alabad, pues, a Dios, entrañas benditas, en todos esos milagros que Dios estableció en la forma suave de la especie excelsa, que él mismo previó en la primera aparición de la costilla de aquel hombre, que Dios creó del barro. Y quien tenga oídos agudos de entendimiento interior, que anhele en el ardiente amor de mi espejo, y escriba estas palabras en la conciencia de su alma. Amén.